

# LA PERFECCIÓN CRISTIANA

*Una compilación de la Biblia y los escritos de Elena G. de White  
sobre la perfección cristiana*

**Autor / compilador: Silvio Mariani**

**RECC MINISTERIO**

# INDICE

## Capítulo 1 - LA BASE BÍBLICA DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA

- El estado del hombre luego de la caída
- Siempre existieron hombres perfectos
- Dios nos pide perfección
- La perfección es un proceso
- La perfección es dada por Dios
- La perfección será alcanzada mediante padecimientos
- La perfección tiene que ver con recibir los atributos de Dios
- La perfección cristiana tiene que ver con guardar los mandamientos
- Conclusión

## Capítulo 2 - LA PERFECCIÓN CRISTIANA EN LOS ESCRITOS DE ELENA G. DE WHITE

- La Biblia y la perfección
- Necesitamos y debemos llegar a la perfección cristiana
- La perfección cristiana como un proceso
- La perfección cristiana está relacionada con nuestro carácter
- La perfección cristiana es una obra de Dios
- Cristo vivió la perfección cristiana como hombre para que nosotros también pudiéramos alcanzarla
- Debemos luchar por obtener la perfección cristiana
- La perfección cristiana es una obra conjunta
- Existieron personas perfectas
- La perfección está relacionada con guardar los mandamientos
- La perfección cristiana como una condición para la salvación
- La perfección cristiana nos permite colaborar con Dios para traer a los perdidos
- Conclusión

## Capítulo 3 - LA PERFECCIÓN CRISTIANA Y EL CARÁCTER DE CRISTO

- La perfección cristiana es tener el carácter de Cristo
- Conclusión

## Capítulo 4 - CRISTO ES NUESTRO EJEMPLO PARA IMITAR

- Cristo nuestro ejemplo
- Cristo es nuestro ejemplo en carácter
- El ejemplo debe ser contemplado
- Vencer como Cristo venció
- Para darnos un ejemplo de una vida sin pecado (guardando los mandamientos)
- Conclusión

## Capítulo 5 - ¿UN EJEMPLO REFERENCIAL O UN EJEMPLO QUE NECESARIAMENTE DEBE SER ALCANZADO?

- Debemos ser perfectos en carácter como él fue perfecto en su carácter
- Debemos guardar los mandamientos como fueron guardados por Cristo
- Las tres potencias del cielo trabajan juntas para que el carácter cristiano sea una reproducción del carácter de Cristo

- Cristo graba su propio carácter en el hombre a través del Espíritu Santo
- La perfección de un carácter como el de Cristo es una condición para el cielo
- Conclusión

### **Capítulo 6 - ¿QUÉ ES Y COMO RECIBIMOS EL CARÁCTER DE CRISTO?**

- Se recibe el carácter de Cristo mediante el estudio y la contemplación
- Dios nos da poder para nacer de nuevo
- Dios nos da poder para someter nuestra voluntad a Dios
- Haciéndonos participantes de la naturaleza divina a través de la obra del Espíritu Santo y su Palabra para resistir la tentación
- Recibimos poder para restaurar y desarrollar nuestras facultades
- Recibimos poder para vencer las pasiones y los apetitos
- El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo
- El Espíritu Santo nos trae el carácter de Cristo y el poder para imitarlo hasta poder reflejar su imagen
- ¿Cuales son los rasgos de carácter que serán reemplazados por los atributos del carácter de Cristo?
- Cristo nos da sus propios atributos de carácter
- ¿Cuáles son esos atributos?
- Conclusión

### **Capítulo 7 - ¿SE PUEDE DEJAR DE PECAR RECIBIENDO EL CARÁCTER DE CRISTO?**

- La ley requiere justicia, una vida justa y un carácter perfecto (Y el hombre no lo tenía para darlo)
- Cristo vino a desarrollar un carácter perfecto para ofrecérselo al hombre (Un carácter que recibe los atributos de Dios y entonces puede guardar la ley)
- Definitivamente debemos dejar de pecar
- Cuando la humanidad trabaja junto al poder de Dios puede guardar la ley de Dios
- Conclusión

### **Capítulo 8 - ¿SE NECESITAN GUARDAR LOS MANDAMIENTOS PARA SER SALVOS?**

- La ley de Dios no pasará por alto los pecados
- ¿Es necesario guardar toda la ley?
- ¿Podemos guardar los mandamientos por nuestro propio poder?
- La ley por sí misma no tiene poder para salvar
- Necesitamos guardar los mandamientos para heredar la vida eterna
- Los perdidos han despreciado la salvación por su desobediencia a la ley
- Conclusión

### **Capítulo 9 - EL PROCESO DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA**

- El proceso hacia la perfección
- Conclusión

### **Capítulo 10 - LA PERFECCIÓN CRISTIANA Y LA SANTIFICACIÓN**

- Debemos ser santos
- La santificación deberá ser alcanzada para heredar la vida eterna
- La perfección cristiana es la santidad de carácter

- La santificación es guardar los mandamientos
- La santificación es tener el carácter de Cristo
- La santificación es dejar de pecar
- La santificación es obediencia
- La santificación es hacer la voluntad de Dios
- Conclusión

### **Capítulo 11 - ¿CÓMO ES POSIBLE LOGRAR LA PERFECCIÓN DEL CARÁCTER CRISTIANO?**

- La perfección cristiana es un regalo de Dios
- La perfección cristiana llega a través del Espíritu Santo
- La perfección cristiana puede ser desarrollada en nosotros haciéndonos participantes de la naturaleza divina
- La perfección cristiana es posible porque Cristo se hizo hombre
- La perfección cristiana puede alcanzarse gracias a la muerte de Cristo
- La perfección cristiana puede alcanzarse por el ministerio sumo sacerdotal de Cristo en el santuario
- La perfección cristiana puede desarrollarse mediante una ferviente lucha del hombre colaborando con Dios
- La perfección cristiana debe ser desarrollada por la fe
- La perfección cristiana debe desarrollarse cultivando nuestras facultades
- La perfección cristiana debe desarrollarse crucificando el yo
- La perfección cristiana comienza con el nuevo nacimiento
- La perfección cristiana debe desarrollarse mediante pruebas
- La perfección cristiana debe desarrollarse estudiando y aplicando la palabra de Dios
- La perfección cristiana puede desarrollarse mediante la oración
- La perfección cristiana puede desarrollarse mediante la contemplación
- Conclusión

### **Capítulo 12 - ¿PERFECCIÓN DE CARÁCTER AÚN EN PENSAMIENTOS?**

- ¿Los requerimientos de la ley de Dios abarcan los pensamientos?
- Jesús y los pensamientos
- ¿Cómo pueden cambiar nuestros pensamientos naturalmente malos?
- Conclusión

### **Capítulo 13 - LOS QUE ALCANZARON LA PERFECCIÓN**

- Dios tiene hombres perfectos en su pueblo
- Adán
- Abel
- Enoc
- Job
- Noé
- Abraham
- Jacob
- José
- Moisés
- Samuel
- David

- Ezequías
- Josías
- Elías
- En la época de los reyes malvados de Israel
- Daniel
- Juan el Bautista
- Jesús
- Zacarías y Elizabeth
- Los discípulos
- Pablo
- Juan
- La iglesia de Éfeso
- En la actualidad
- Los 144000
- Conclusión

#### **Capítulo 14 - EL CARÁCTER DEL HOMBRE EN LA SEGUNDA VENIDA**

- ¿Cómo era en el principio?
- La perfección cristiana debe ser desarrollada ahora
- La perfección cristiana debe ser desarrollada antes del derramamiento de la lluvia tardía
- La perfección cristiana debe haberse terminado de desarrollarse antes del sellamiento
- El carácter de los salvos será examinado en el juicio
- La perfección del carácter debe haberse terminado de desarrollarse antes del fin del tiempo de gracia
- La perfección del carácter cristiano debe ser una realidad durante el tiempo de angustia
- La perfección del carácter cristiano debe estar completamente desarrollada en la segunda venida de Cristo
- Nuestros caracteres deben ser perfeccionados a fin de poder vivir en el cielo con seres santos y que no se levante una segunda rebelión
- Conclusión

#### **Capítulo 15 - ¿PODEMOS CREERNOS PERFECTOS?**

- ¿Podemos creernos perfectos?
- El perfeccionismo
- Conclusión

#### **Capítulo 16 - LOS QUE DUDAN DEL PODER DE DIOS PARA VENCER EL PECADO**

- El hombre y el cumplimiento de la ley
- Satanás y el cumplimiento de la ley
- Cristo y el cumplimiento de la ley
- Conclusión

#### **Capítulo 17 – COLECCIÓN DE CITAS BÍBLICAS: ¿EL HOMBRE PUEDE GUARDAR TODOS LOS MANDAMIENTOS?**

- Citas bíblicas del Antiguo Testamento
- Citas bíblicas del Nuevo Testamento

**Capítulo 18 – COLECCIÓN DE CITAS DE ELENA G. DE WHITE: ¿EL HOMBRE PUEDE GUARDAR TODOS LOS MANDAMIENTOS?**

- Citas de Elena G. de White: ¿El hombre puede guardar todos los mandamientos?

**Capítulo 19 – COLECCIÓN DE CITAS DE LA BIBLIA Y DE ELENA G. DE WHITE: ¿ES POSIBLE OBEDECER?**

- ¿Es posible obedecer? En la Biblia
- ¿Es posible obedecer? En los escritos de Elena G. de White

**Capítulo 20 – COLECCIÓN DE CITAS DE LA BIBLIA Y DE ELENA G. DE WHITE: ¿PODEMOS DEJAR DE PECAR?**

- ¿Podemos dejar de pecar? En la Biblia
- ¿Podemos dejar de pecar? En los escritos de Elena G. de White

## PREFACIO

Agradezco a Dios por haberme dado el tiempo y la voluntad para escribir, mejor dicho, hacer esta compilación sobre la perfección cristiana.

Y agradezco a mi familia y a aquellos que me han instado a realizarlo.

Esta compilación nace gracias a una duda.

Creo que Dios puso esa duda en mí luego de leer muchos libros no inspirados que hablaban de este tema, y que me tenían convencido que para el hombre la perfección cristiana no era posible. Pero a la vez de vez en cuando leía versículos y citas que parecían decir todo lo contrario.

Entonces me lancé al estudio de los escritos inspirados, sin importar lo que antes pensaba sobre este tema, me interesaba la verdad, aún si en algún momento hubiera mantenido lo contrario estaba dispuesto a cambiar si encontraba otra cosa en la palabra de Dios.

Así que este libro es el resultado de ese estudio y esa duda.

Prácticamente no hay opiniones mías, solo en las conclusiones, que pueden obviarlas y solamente sacar conclusiones de la Biblia y los escritos de Elena G. de White.

Para entender mejor el tema de la perfección cristiana los animo a ver también el libro / compilación "La naturaleza del hombre", que estoy terminando de preparar, y que es complementario para ver cómo funciona el hombre, con sus facultades, pasiones y apetitos, en su relación con Dios y con las tentaciones de Satanás. Harán mucho más claro el proceso de la perfección cristiana al entendimiento.

Soy consciente de que se trata de un libro de muchas páginas que difícilmente el hermano lea por completo, pero sí creo que será útil para predicadores que puedan tener mucha información sobre el mismo tema en un mismo lugar. El hermano que no tenga el tiempo suficiente, podrá leer de los capítulos y subtemas sólo algunas citas que ya le darán un panorama que completan las demás citas.

En fin ojalá esta compilación ayude aunque sea a una sola persona en su camino a la salvación.

¡Dios los bendiga grandemente!

## Capítulo 1

### LA BASE BÍBLICA DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA

**Versículo clave:** *“Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48).*

El tema que vamos a abordar en este libro o compilación es el de la perfección cristiana. Muy proclive a ser malentendido, y a ser usado para irse a los extremos.

Hace algunos años me lancé a la investigación de saber que era exactamente la perfección de la que hablaban la Biblia y los escritos de Elena G. de White. Había leído otros autores también, pero quería saber de los escritos inspirados, de primera mano y en textos que fueran 100% confiables de que se trataba. Y lo hice sin buscar una respuesta que a priori esperaba, lo hice con el deseo de saber que tenía para decirnos el registro inspirado, sin importar lo que encontrara, quería conocerlo.

Fue una gran satisfacción y un viaje alucinante descubrir las maravillas que enseña esta doctrina.

Este libro surge de ese estudio que me llevó un tiempo considerable y el cual sigo estudiando y tratando de comprender mejor todos los días. Descubrí que es un tema central del evangelio.

A modo de introducción no agotare aquí todo lo que la Biblia tiene para decir, ya que la perfección cristiana tiene que ver y se relaciona con otros elementos que componen el plan de salvación que no tratare por ahora.

Viajemos por la Biblia para descubrir que tiene para decirnos:

El apóstol Pablo dice que “la Biblia es útil para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2Timoteo 3:14-17).

#### **El estado del hombre luego de la caída**

Luego de la caída de Adán y Eva, el ser humano cayó en la esclavitud del pecado, y esto le trajo serias consecuencias, por la caída misma y por las elecciones orientadas al pecado que fue tomando.

El libro de Isaías pinta de cuerpo entero el estado en que quedó la humanidad comparándonos con la “suciedad, y a todas nuestras justicias como trapos de inmundicia” (Isaías 64:6). En el libro de Romanos se afirma esta cuestión: “no hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). “Pero el mismo Pablo nos da esperanza, si tomamos noción de nuestro real estado bajo pecado, y reconocemos nuestra imposibilidad, dice Dios: “porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2Corintios 12:9).

Solo reconociendo nuestro estado podemos acceder al poder de Dios.

#### **Siempre existieron hombres perfectos**

En el libro de Job, tanto Dios como Job reconocen la existencia de hombres perfectos (Job 1:1, 1:8, 2:3, 12:4), y también a Noé se lo consideró un “varón justo... perfecto... con Dios caminó Noé” (Génesis 6:9).

#### **Dios nos pide perfección**

Dios le pidió a Abraham y a todo Israel que debían andar en forma perfecta delante de Él. Promete poner su pacto entre su pueblo y Él, y bendecir de esta manera al hombre (Génesis 17:1-2, Deuteronomio 18:13), con promesas de permanecer en la tierra (Proverbios 2:20-22), y heredar el bien (Proverbios 28:10).

También es importante notar que la falta de perfección era observada por Dios y como consecuencia no les ofrecía sus bendiciones a tales personas (Números 32:11-12). Dios evaluaba a sus reyes según su corazón, así por ejemplo Asa fue perfecto (1 Reyes 15:1-3) y Abiam no lo fue (1 Reyes 15:9-14). Dios contempla la tierra para corroborar a los de perfecto corazón delante de él (2 Crónicas 16:9), agradándole sólo los de perfecto camino y abominando a los perversos de corazón (Proverbios 11:20), tanto que “el camino de Jehová es fortaleza para el perfecto pero destrucción para el que hace maldad” (Proverbios 10:29).

Tal vez el versículo más poderoso en este tema y también muchas veces discutido o tergiversado es el que tuvo como protagonista nada más y nada menos que a Jesús:

“Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). ¿Pero, qué quiso decir el Señor? ¿Podemos ser perfectos como Dios el Padre? Estas palabras las iremos desarrollando a medida que avancemos en nuestro estudio en los capítulos siguientes, pero de arranque presenta un desafío enorme, el de ser perfectos como Dios, ¿Será posible?

Pablo menciona varias veces el tema en sus cartas: “Vamos adelante a la perfección” (Hebreos 6:1-3), “Oremos por vuestra perfección” (2 Corintios 13:9), “perfeccionaos” (2 Corintios 13:1), “Debemos limpiarnos perfeccionando la santificación en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1), y pide que “estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Colosenses 4:12).

Pablo nuevamente escribe que debemos ser enseñados de toda sabiduría a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre (Colosenses 1:24-29), y llegar a la medida de un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:7-16). Palabras fuertes las de Pablo, que unidas a las que dijo Cristo, dan la impresión de que debemos llegar a ser como Dios y como Cristo, siempre hablando del carácter como veremos más adelante. ¿Otra vez, será esto posible? Tendremos que averiguar en los capítulos que siguen que es la perfección cristiana y como puede ser alcanzada, pero al margen de lo que ella sea, deberá ser alcanzada en plenitud, al nivel de Cristo, si no queremos contradecir a Jesús y a Pablo.

### **La perfección es un proceso**

Otro aspecto que presenta la perfección bíblica es que se trata de un proceso. Así, el libro de Proverbios dice que “la senda de los justos va en aumento hasta que el día es perfecto (Proverbios 4:18).

Pablo refuerza esta idea, con una que pareciera contradictoria, pero que sin embargo como aprenderemos no lo es. El dice refiriéndose a la carrera del cristiano, para alcanzar la meta y ganar el premio: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús... pero una cosa hago, olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta... así que todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos...” (Filipenses 3:12-16). Pablo sabe que el está transitando el camino de la perfección, pero que también esta perfección no está terminada, que tendrá que seguir corriendo esa carrera, luchando para subir más alto en su experiencia, aún

después que Cristo venga y por toda la eternidad, entonces en todo el peso del significado siempre tendrá que crecer si quiere seguir ese camino.

Esta otra declaración también apunta a la perfección como un proceso: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

Existe un versículo en la Biblia que menciona la perfección del corazón de David (1Reyes 11:4). Muchos han tomado esto para afirmar que entonces hay ciertos pecados que se pueden cometer y que sin embargo no se pierde el estado de perfección. Pero esto es un error, la Biblia fue escrita para que cada hombre que deseara alcanzar la perfección y se encaramara en esta lucha viera la vida de otros antes de ellos, que pasaron por situaciones similares, como lucharon, como cayeron y como vencieron. Así podemos ver las vidas de Abraham, Moisés, Job, Daniel, Noé, David, etc., y aprender de esos hombres que pese a sus caídas (momentos donde esa perfección desaparecía), tomaban las decisiones necesarias para volver a transitar el camino de la perfección.

Elena G. de White lo comenta de la siguiente manera:

“Los hombres a quienes Dios favoreció, y a quienes confió grandes responsabilidades, fueron a veces vencidos por la tentación y cometieron pecados, tal como nosotros hoy luchamos, vacilamos y frecuentemente caemos en el error. Sus vidas, con todos sus defectos y extravíos, están ante nosotros, para que nos sirvan de aliento y amonestación.

Si se los hubiera presentado como personas intachables, nosotros, con nuestra naturaleza pecaminosa, podríamos desesperar por nuestros errores y fracasos. Pero viendo cómo lucharon otros con desalientos como los nuestros, cómo cayeron en la tentación como nos ha ocurrido a nosotros, y cómo, sin embargo, se reanimaron y llegaron a triunfar mediante la gracia de Dios, nos sentimos alentados en nuestra lucha por la justicia. Así como ellos, aunque vencidos algunas veces, recuperaron lo perdido y fueron bendecidos por Dios, también nosotros podemos ser vencedores mediante el poder de Jesús. Por otro lado, la narración de sus vidas puede servirnos de amonestación. Muestra que de ninguna manera justifica Dios al culpable. Ve el pecado que haya en aquellos a quienes más favoreció, y lo castiga en ellos aun más severamente que en los que tienen menos luz y responsabilidad” (Elena G. de White - PP 242-243).

“Muchos, leyendo la historia de la caída de David, han preguntado: ¿Por qué se hizo público este relato? ¿Por qué consideró Dios conveniente descubrir al mundo este pasaje oscuro de la vida de uno que fue altamente honrado por el Cielo? El profeta, en el reproche que hizo a David, había declarado tocante a su pecado: “Con este negocio hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová.” A través de las generaciones sucesivas, los incrédulos han señalado el carácter de David y la mancha negra que lleva, y han exclamado en son de triunfo y burla: “¡He aquí el hombre según el corazón de Dios!” Así se ha echado oprobio sobre la religión; Dios y su palabra han sido blasfemados; muchas almas se han endurecido en la incredulidad, y muchos, bajo un manto de piedad, se han envalentonado en el pecado.

Pero la historia de David no suministra motivos por tolerar el pecado. David fue llamado hombre según el corazón de Dios cuando andaba de acuerdo con su consejo. Cuando pecó, dejó de serlo hasta que, por arrepentimiento, hubo vuelto al Señor” (Elena G. de White - PP 781-782).

En este libro examinaremos en otro capítulo más de cerca los casos bíblicos de perfección cristiana.

### **La perfección es dada por Dios**

Dentro del tema que estamos estudiando, este es vital. Muchos se han ido a un extremo pretendiendo perfección sin la ayuda de Dios, o llegando a un punto donde la perfección ya no podía ser quitada de ellos, en la historia por ejemplo se dio el ejemplo del movimiento de la carne santa dentro de la iglesia adventista.

Otros se han ido al extremo contrario, negando el poder de Dios de realizar la perfección en el ser humano, quitándole a Dios el poder suficiente para limpiar las vidas de las personas.

Pero la Biblia es clara al respecto, el libro de los Salmos hace claro que “Dios es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino” (Salmos 18:32).

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:8-10).

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros” (Efesios 4:22-25).

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27).

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13).

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:23).

“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

La perfección cristiana como vimos en estos versículos, viene de Dios, es un regalo que debe ser aceptado por el hombre para hacerse efectivo.

Los méritos de Cristo, hoy están siendo administrados en el santuario celestial, donde Jesús mismo está limpiando ese santuario, los registros del cielo y a la vez las vidas de los hombres en los cuales el Espíritu Santo está actuando con el poder de Dios.

El libro de Hebreos dice: “Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?...” (Hebreos 7:11, 10:1-5).

Este sacerdocio no podía perfeccionar al hombre y quitar sus pecados.

Pero ahora Cristo mismo, sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, esta intercediendo en nuestro favor, y el sí puede perfeccionar a su pueblo mediante sus méritos y el Espíritu Santo está actuando en quienes dejan que él haga esa obra: “Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10: 6-14, 12:23).

### **La perfección será alcanzada mediante padecimientos**

La Biblia nos enseña que los hombres perfectos a veces no la pasarán bien pese a las bendiciones de Dios para ellos, pues “los hombres sanguinarios odian al perfecto” ((Proverbios 29:10), y esto lo podemos ver en su máxima expresión con el perfecto Jesús que fue odiado por su propio pueblo que debía recibirlo, pero en vez de eso lo crucificó.

Pero los padecimientos moldearán el carácter hacia la perfección:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1Pedro 5:10).

Cristo haciéndose hombre como nosotros, tuvo la misma experiencia que el hombre necesita:

“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10).

“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:8-9).

### **La perfección tiene que ver con recibir los atributos de Dios**

Como más adelante ampliaremos en el libro, la perfección tiene que ver con ciertos atributos de Dios, que este le regala al hombre, siempre que el hombre acepte la obra del Espíritu, entonces serán “sus atributos”.

Santiago escribe que: “La prueba de la fe produce paciencia, mas tenga la paciencia su obra completa para que seáis perfectos y cabales, sin que falte cosa alguna (Santiago 1:2-4).

En este caso al igual que en la definición de Jesús “sed perfectos” que es replicada en forma idéntica cambiando la palabra perfectos por misericordiosos en el libro de Lucas (Lucas 6:36), no se trata de igualar perfección a la misericordia o a la paciencia como algunos quieren interpretar.

Veremos a la vez que avancemos en nuestro estudio que todos los atributos del carácter de Dios forman la perfección total del carácter. En el caso de Santiago y de Lucas hablando de la misericordia y la paciencia están tocando algunos de los aspectos de la perfección cristiana.

Veamos otros ejemplos, donde el amor, la abnegación, la humildad, forman parte del carácter perfecto:

“En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1Juan 4:18).

“Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1Juan 4:12).

“Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

“Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mateo 19:21).

“Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo” (Santiago 3:2).

### **La perfección cristiana tiene que ver con guardar los mandamientos**

Este tal vez sea uno de los puntos más discutidos. ¿La perfección cristiana incluye guardar todos los mandamientos? Analizaremos brevemente este tema en la Biblia y más adelante volveremos a él para tratarlo en forma extensa.

Tenemos que tener claro que la ley no puede perfeccionar a nadie (Hebreos 7:19), pero es la encargada de llevarnos a Cristo, quien si puede a través de su poder perfeccionar nuestro carácter y llevarnos a ser hacedores de los mandamientos (Gálatas 3:24).

David pide a Dios: “da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas” (1Crónicas 29:17-19), y luego el mismo Salomón pide: “y sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy (1Reyes 8:61). Entonces un corazón perfecto guardará los mandamientos de Dios.

El mismo Cristo lo confirmó:

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él” (1Juan 2:3-5).

Otros versículos en el mismo sentido:

“Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová” (Salmos 119:1).

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2Corintios 7:1).

El apóstol Pablo en el libro de Hebreos, como vimos antes, dice que los antiguos sacrificios que se ofrecían no podían hacer perfectos a los que se acercaban, no podían quitar el pecado (Hebreos 7:11, 10:1-5). Entonces está igualando la perfección con el guardar los mandamientos, esto es evidente en estos pasajes. Pero el sacerdocio de Cristo en el santuario celestial si puede perfeccionar al hombre, y si somos consecuentes, entonces el sacerdocio de Cristo puede limpiar las vidas de sus hijos de todo pecado (Hebreos 10:6-14, 12:23).

## Conclusión

La Biblia es el lugar donde encontrar esta doctrina de la perfección cristiana, y ella deja en claro que luego de la depravación de la naturaleza humana, Dios manifestó su poder sobre los hombres que así lo permitieron, para que pudiera levantarse de esa caída y llegar a la plenitud que desea del Dios de él. Se la pide porque sabe que el hombre, si acepta el poder que Dios le da, puede hacerlo de manera completa.

Descubrimos también que la perfección es un proceso que nunca se detiene, que siempre hay espacio para ir hacia adelante por fe en la ayuda de Dios.

También aprendimos que la Biblia presenta este proceso como un camino donde los padecimientos estarán presentes. Y cuando uno estudia el tema es totalmente obvio, ya que perfeccionar nuestro carácter nos hará luchar contra pasiones, apetitos y pecados acariciados que hemos heredado y cultivado y que en muchas ocasiones no queremos dejar, entonces se vuelve una lucha a muerte, que sin la intervención sobrenatural de Dios no podemos ganar. Debemos llevar nuestra cruz y seguir a Cristo (Mateo 16:24).

Pero el Señor quiere darnos los atributos divinos de su carácter, y entonces si podremos vencer el pecado totalmente como nos enseña la Biblia.

En el próximo capítulo veremos lo que los escritos de Elena G. de White tienen que decirnos a modo introductorio con respecto a la perfección cristiana.

## Capítulo 2

### LA PERFECCIÓN CRISTIANA EN LOS ESCRITOS DE ELENA G. DE WHITE

**Versículo clave:** *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2Timoteo 3:16-17).*

La Biblia presenta la perfección cristiana, pero ahora es el turno de descubrir si era un tema importante en los escritos de Elena G. de White. Vamos a tomar algunas citas de ella y las agruparemos como una forma de comenzar a introducirnos en sus escritos referentes a este tema. Nos daremos cuenta que es un tema del cual ella tuvo mucho que decir. Repasemos algunas de sus declaraciones:

#### La Biblia y la perfección

“La Biblia es útil a fin de que el hombre sea perfecto” (Elena G. de White - CS 9).

#### Necesitamos y debemos llegar a la perfección cristiana

Elena G. de White planteo la perfección de carácter como una necesidad: “Salomón pasó por alto la necesidad de adquirir belleza y perfección de carácter” (Elena G. de White - PR 39).

En el mismo sentido: “El pastor que cumple su elevado cometido debe dar a su pueblo fiel instrucción en cuanto a todos los puntos de la fe cristiana y mostrarle lo que debe ser y hacer a fin de ser hallado perfecto en el día de Dios” (Elena G. de White - HAP 315-316).

Otras citas:

“No todos los miembros de la iglesia comprenden que es su privilegio y su deber alcanzar la alta norma de la perfección cristiana” (Elena G. de White - MSV76 210).

“Dios ha dispuesto que el hombre perfeccione un carácter cristiano” (Elena G. de White - CBA tomo 7, p. 944).

“Podemos alcanzar la excelencia y la perfección de carácter” (Elena G. de White - ST I, 58).

“Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo...” (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238, 239).

“Dios requiere que sean transformados... Que perfeccionen caracteres santos” (Elena G. de White - SSJ 355).

“Cristo vino para darnos perfección de carácter” (Elena G. de White - OE 41).

“Podemos ser perfectos cristianos” (Elena G. de White - Alza tus ojos 301).

“La obra de la redención debía devolver al hombre a la perfección con que había sido creado”

(Elena G. de White - La educación, pp. 15, 16).

“Dios exige que sus hijos sean perfectos” (Elena G. de White - PVGM 255).

“Dios exige de todos la perfección moral” (Elena G. de White - PVGM 265).

“El sistema moral del evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“Dios sostiene ante nosotros el más alto ideal, el de la perfección” (Elena G. de White - HAP 452).

“Debemos espaciarnos en la perfección de su carácter y ser transformados a su imagen” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“La religión personal se revela por la conducta, las palabras y las acciones... Produce crecimiento hasta que finalmente, la perfección reclama la alabanza del Señor: Vosotros estáis completos en él” (Elena G. de White - Carta 117, 1901 / MCP tomo 1 – 27).

“En el sermón del monte Cristo dijo: sed perfectos como Dios es perfecto... Nos pide que seamos perfectos como él, es decir de igual manera” (Elena G. de White – DMJ 67, 68).

“El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano... Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... Esta orden es una promesa” (Elena G. de White – DTG 277).

“Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para el hombre que fuera perfecto... Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar en nuestra esfera de acción la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter... Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

“Así como Dios es perfecto en su esfera hemos de serlo nosotros en la nuestra” (Elena G. de White - PP 620).

“Cristo dice a sus hijos: Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... Lo dice porque sabe que es posible para ellos alcanzar la perfección” (Elena G. de White - Signs of the Times, 8 de enero, 1902).

“Ahora mientras nuestro sumo sacerdote está haciendo propiciación por nosotros debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo” (Elena G. de White – CS 680, 681).

“La imagen perfecta de Dios será reproducida” (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

“El honor de Cristo debe verse completado en la perfección del carácter de su pueblo escogido” (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de noviembre, 1897).

“La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad... El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo” (Elena G. de White - DTG 625).

“La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia... Aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles” (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

“El verdadero propósito de la educación es restaurar la imagen de Dios en el alma. En el principio, Dios creó al hombre a su propia semejanza. Le dotó de cualidades nobles. Su mente era equilibrada, y todas las facultades de su ser eran armoniosas. Pero la caída y sus resultados pervirtieron estos dones. El pecado echó a perder y casi hizo desaparecer la imagen de Dios en el hombre. Restaurar ésta fue el objeto con que se concibió el plan de la salvación y se le concedió un tiempo de gracia al hombre. Hacerle volver a la perfección original en la que fue creado, es el gran objeto de la vida, el objeto en que estriba todo lo demás. Es obra de los padres y maestros, en la educación de la juventud, cooperar con el propósito divino; y al hacerlo son “coadyutores... de Dios.” 1 Corintios 3:9 (Elena de White - PP 645-646).

### **La perfección cristiana como un proceso**

En una declaración parecida a la de Pablo de Filipenses 3 que vimos en el capítulo 1 ella declara: “Todavía no somos perfectos... Pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

Al igual que Pablo plantea la perfección como un proceso que va hacia adelante, que avanza constantemente, como en esta otra declaración tomada de la Biblia: “La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Elena G. de White - Bible Echo and Signs of the Times, 1 de febrero, 1893).

Otras citas:

“Debemos obtener diariamente una experiencia viva y profunda en el perfeccionamiento del carácter cristiano” (Elena G. de White - Testimonios para los ministros, p. 519).

“Los que sirven a Dios deberían apuntar a la perfección... Los cristianos deben avanzar hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección... Esta es la orden de Dios y nadie debería decir: no puedo hacerlo... En cambio debería decir Dios requiere que sea perfecto y él me dará la fuerza para vencer todo lo que se interponga en el camino de la perfección” (Elena G. de White - Signs of the Times, 17 de julio, 1901).

“El carácter debe transformarse más y más perfectamente a la imagen de Cristo” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“Cristo presenta delante de nosotros la más alta perfección del carácter cristiano... Que deberíamos procurar alcanzar durante toda la vida” (Elena G. de White - AFC 131).

### **La perfección cristiana está relacionada con nuestro carácter**

Podemos ver que este proceso está íntimamente ligado a nuestro carácter: “La gloria de Dios, la perfección del carácter cristiano debe ser el blanco y el propósito de nuestra vida” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 31 - 1882).

“La obra máxima que se puede hacer en este mundo es glorificar a Dios viviendo el carácter de Cristo... Dios hará perfectos solo a los que mueran al yo” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1109).

“En la consecución de un carácter cristiano perfecto es necesario el cultivo de la inteligencia, con el fin de que podamos comprender la revelación de la voluntad de Dios para nosotros” (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

### **La perfección cristiana es una obra de Dios**

Ampliaremos mucho este tema que ha sido tan tergiversado por muchos quienes tratan esta doctrina. Lo veremos detalladamente en los próximos capítulos. Algunas citas al respecto:

“Podremos decir que creemos en Jesús cuando comprendamos el costo de la salvación, de la cruz, cuando tenga una fe inteligente que le haga comprender que puede perfeccionar un carácter por medio de la gracia de Dios” (Elena G. de White - Review and Herald, 24 de julio, 1888).

“La perfección de carácter es ofrecida por Cristo al hombre caído” (Elena G. de White - Signs of the Times, 18-05-1891, pág. 157, col. 1, BV4340).

“Dios nos explicará las tenebrosas providencias a través de las cuales nos condujo para perfeccionar nuestros caracteres” (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 8, p. 265).

“Si haces de Dios tu fuerza puedes bajo las circunstancias más desalentadoras alcanzar una altura y una amplitud de perfección cristiana que difícilmente habrías imaginado posible de obtener” Elena G. de White - 4T 567).

“No les pediría que sean perfectos si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia y fortaleza para realizarlo... No les pediría que fueran perfectos si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo” (Elena G. de White - AFC 131).

“Cristo vino a nuestro mundo a dar perfección de carácter a todos aquellos que lo recibieran” (Elena G. de White – Nuestra elevada vocación, 111 – 1901 / MCP tomo 1 – 26).

“El hombre ha de ser perfecto en su esfera como Dios lo es en la suya... Cristo, que fue un ser humano, dio el mandamiento que requiere la perfección... Podemos lograr un carácter perfecto... Es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana... Dios nunca da un mandamiento sin habilitarnos con la gracia suficiente para su cumplimiento” (Elena G. de White - Signs of the Times, 26 de julio, 1899).

“Cristo dice: sed perfectos así como mí Padre en el cielo es perfecto... Y él tiene el poder para hacernos perfectos” (Elena G. de White - ST IV 143).

“Mediante la gracia de Cristo se ha hecho toda provisión para el perfeccionamiento de caracteres semejantes al de Cristo” (Elena G. de White - En lugares celestiales, p. 316, 154).

“Habiendo sido hecho partícipes del don celestial, debemos proseguir hacia la perfección” (Elena G. de White - PP 491-492).

“El Espíritu de Dios los puede capacitar para alcanzar esta perfección de carácter” (Elena G. de White - RH V, 547).

“El Espíritu de Dios trabaja para presentar a todo hombre perfecto en Cristo” (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia Tomo 4 – 409).

“Hemos de aferrarnos a Cristo para recibir de él por la fe la fuerza y la perfección de su propio carácter” (Elena G. de White - DTG 630).

“A todos es prometida la perfección moral y espiritual por la gracia y el poder de Cristo” (Elena G. de White - HAP 381).

“Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección” (Elena G. de White - DTG 98-99).

### **Cristo vivió la perfección cristiana como hombre para que nosotros también pudiéramos alcanzarla**

Uno de los principales objetivos de Cristo era devolverle la perfección perdida por Adán al hombre:

“Cristo logró en una humanidad como la nuestra una perfección cuyo logro es el privilegio de todos” (Elena G. de White – Signs of the Times, 17 de junio, 1897).

“Cristo vino al mundo para que podamos tener perfección como Su perfección” (Elena G. de White - ST III, 59).

“Dios y los ángeles tienen el intenso deseo de que los seres humanos alcancen la medida de la perfección por la que Cristo murió para que fuera posible que ellos la alcanzaran” (Elena G. de White – En lugares celestiales, p.286).

“Cristo vino al mundo para reconstruir el carácter... Introducía en toda su obra de construcción la perfección que deseaba lograr en los caracteres que estaba transformando por su poder divino” (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1103,1104).

“Como el Hijo del hombre fue perfecto en su vida, los que le siguen han de ser perfectos en la suya” (Elena G. de White - DTG 278).

“La perfecta humanidad de Cristo es lo que todos sus seguidores pueden poseer” (Elena G. de White - DTG 619-620).

“El que cree en mí, las obras que yo hago también él las hará... Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - DTG 619-620).

“El Señor requiere la perfección de su familia redimida... Espera de nosotros la perfección que Cristo reveló en su humanidad” (Elena G. de White - Manuscrito 19, 1900, Conducción del niño 450).

“Se debe llegar al estado de hombre perfecto... Crecer a la medida de la estatura de la plenitud en Cristo” (Elena G. de White - CS 523-524).

“Cristo venció como hombre impecable, no caído, perfecto... Hizo posible que nosotros vencamos como él venció” (Elena G. de White - ATO 15.3; UL.17.3).

“Dios nos llama a alcanzar la norma más elevada de gloria y virtud... La perfección del carácter de Cristo hace posible para nosotros que alcancemos la perfección” (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 14, p.351).

“Cristo mira a su pueblo en su pureza y perfección como la recompensa de su humillación y suplemento de su gloria” (Elena G. de White - DTG 634).

“El sacrificio de Cristo fue ofrecido con el propósito de restaurar al hombre a su original perfección” (Elena G. de White - S.D.A. Bible Commentary, tomo 5, pág. 1113).

### **Debemos luchar por obtener la perfección cristiana**

Pero si bien la perfección cristiana es una obra de Dios, el hombre tiene una parte que hacer, que es aceptar la gracia divina, debe demostrar que quiere ese regalo y debe luchar por ello con todas sus fuerzas para tomar la mano de Dios dispuesta a socorrerlo y llevarlo a la perfección de carácter. Más adelante veremos que esta obra del hombre no tiene mérito alguno, pero sin embargo no puede faltar en el camino a su redención, como una condición, de ninguna manera como algo que el hombre pueda hacer para salvarse.

“Cristo no nos ha dado la seguridad de que sea asunto fácil lograr la perfección del carácter... Un carácter noble, completo, no se hereda... No lo recibimos accidentalmente” (Elena G. de White - SSJ 354).

“Cristo no requiere lo imposible de ningún alma... Debemos esforzarnos en alcanzar en nuestra esfera la perfección que Cristo alcanzó en su vida terrenal en cada aspecto de su carácter” (Elena G. de White - La Maravillosa Gracia 230).

“Todo el que se esfuerza puede alcanzar la perfección del carácter” (Elena G. de White – La maravillosa gracia, p.141).

“Debe haber una lucha continua y un progreso constante hacia adelante, y hacia arriba, hacia la perfección del carácter” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 606).

“¿Estamos luchando con todas nuestras facultades que Dios nos dio para alcanzar la perfección de carácter?... Cuando los siervos de Dios alcancen ese punto serán sellados en sus frentes” (Elena G.

de White - Eventos de los últimos días, pp. 225, 226).

“Al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... Luchamos contra un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

“Pablo les pedía a los corintios que se esforzaran hacia el blanco de la perfección en Cristo.” Elena G. de White - HAP 253-254).

“El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección... Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito” (Elena G. de White - HAP 384, 385).

“Debemos aferrarnos a Cristo, ejerciendo toda la energía para alcanzar la perfección de su carácter” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 175).

“Para cada alma que busca la perfección del carácter cristiano este mundo se torna en un campo de batalla sobre el cual se libra la controversia entre el bien y el mal... Todo el que confía en Cristo ganará la victoria” (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo11, p.213).

### **La perfección cristiana es una obra conjunta**

Las citas precedentes muestran que la perfección cristiana es una obra de Dios, pero se complementan con las que siguen. El hombre debe obrar necesariamente, cumplir las condiciones de la salvación:

“Pablo ruega que sean llenos de ello, hasta la medida de toda la plenitud de Dios – Efesios 3:26-29... Así se ponen de manifiesto las alturas de la perfección que podemos alcanzar por la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos con lo que él requiere de nosotros” (Elena G. de White - CS 530-531).

Sin embargo como más adelante analizaremos, pese a que se trata de una obra donde Dios y el hombre han de colaborar para alcanzar la perfección cristiana, nos daremos cuenta que el hombre no tiene mérito en esta obra, sino que todo el mérito es de Dios.

“Cristo es el ejemplo para que podamos conocer las alturas que podemos alcanzar en Cristo... La norma que nos presenta es la perfección en él... Y mediante sus méritos podemos alcanzarla” (Elena G. de White - A fin de conocerle, p. 119).

### **Existieron personas perfectas**

Algunos combaten esta doctrina preguntando si existen personas perfectas. Veamos si los registros inspirados muestran que hubo personas que lograron la perfección cristiana:

“Daniel y sus amigos entendían que necesitaban perfeccionar un carácter cristiano... Ellos anduvieron con Dios como lo hizo Enoc” (Elena G. de White - PR 356-357).

“El estado del mundo en los días de Enoc no era más favorable para la perfección del carácter cristiano que lo que lo es ahora... Sin embargo Enoc camino con Dios” (*Fue perfecto*) (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 72-73).

“Y en nuestros días también hay Enocs” (Elena G. de White - PVGM 267).

### **La perfección está relacionada con guardar los mandamientos**

Un carácter perfecto guardará todos los mandamientos de Dios. Dedicaremos todo un capítulo más adelante para hablar de la perfección del carácter en relación con la ley de Dios.

“La ley requiere un carácter perfecto” (Elena G. de White - DTG 710-711).

“El que es nacido de Dios no practica el pecado”. 1 Juan 3:9; 5:8. Siente que ha sido comprado por la sangre de Cristo y que está sujeto por los votos más solemnes a glorificar a Dios tanto en su cuerpo como en su espíritu, los cuales pertenecen a Dios. El amor al pecado y el amor propio están en sujeción en su ser. Diariamente se pregunta: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” Salmos 116:12. “Señor, ¿qué quieres que haga?” El verdadero cristiano nunca se quejará de que el yugo de Cristo es una mortificación. Considera el servicio a Jesús como la libertad más plena. La ley de Dios es su delicia. En lugar de procurar rebajar los mandamientos divinos para que coincidan con sus propias deficiencias, se esmera constantemente para colocarse al nivel de la perfección de ellos” (Elena de White - 5TI 204.1).

### **La perfección cristiana como una condición para la salvación**

“Nunca entraremos a través de la puertas de la ciudad de Dios hasta que perfeccionemos un carácter como el de Cristo” (Elena G. de White - Dios nos cuida 290).

(Contexto del grupo de redimidos) “Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano” (Elena G. de White - CS 723).

“Los que no han perfeccionado sus almas en obediencia de la verdad serán destinados a la segunda muerte” (Elena G. de White - Testimonies of the Church 2 – 358).

“Si deseamos vivir en la atmósfera del cielo debemos ser perfectos en carácter” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“La obediencia mediante Jesucristo le da al hombre perfección de carácter... Y el derecho a participar del árbol de la vida” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

“El Hijo de Dios vino a la tierra para que los hombres y mujeres pudieran tener una representación de los caracteres perfectos que Dios solamente puede aceptar” (Elena G. de White - En los Lugares Celestiales 155).

### **La perfección cristiana nos permite colaborar con Dios para traer a los perdidos**

La perfección cristiana será vital para la predicación final del evangelio:

“Colaboramos con Dios al presentar la perfección de su carácter en la humanidad” (Elena G. de White – Joyas de los Testimonios 2 - 366, 368).

“Cristo desea que todos aquellos que lo siguen lo representen en el carácter y muestren su total suficiencia y perfección” (Elena G. de White - RH III 125).

“Cristo nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios... Por lo tanto debemos ser perfectos como vuestro Padre en los cielos es perfecto” (Elena G. de White - DTG 278).

Recordemos que Apocalipsis 14:6-7 dice: “Temed a Dios y dadle gloria”. Este versículo está en el contexto del mensaje de los 3 ángeles, la predicación final del evangelio, la gloria que iluminará el mundo es el carácter de Dios reflejado en los creyentes.

Y lo que veremos en el resto de este libro: “Pablo presenta el nivel de perfección que debe tener el hombre y mostró como puede ser alcanzado” (Elena G. de White - HAP 384).

## **Conclusión**

Hemos repasado algunas de las muchas declaraciones de Elena G. de White, donde pudimos constatar que la perfección cristiana está presente abundantemente en sus escritos, al igual que en la Biblia, que se trata de un proceso, y actúa directamente en nuestro carácter, que es una obra de Dios, pero que el hombre debe obrar permitiendo la obra de Dios dentro suyo, en la modificación de su carácter, y que la perfección cristiana está relacionada con guardar los mandamientos, entre otras cosas. También es un medio para reflejar el carácter de Dios sobre otros para guiarlos a Cristo.

Hay muchos más detalles para descubrir, aquí sólo hemos divisado lo que respondía a nuestra búsqueda de si la perfección era importante en el plan de Dios, pero hay mucha más información para analizar. Estamos ante un tema muy profundo y que forma parte central del evangelio que debe vivirse y predicarse antes de que Cristo venga, es muy importante adentrarnos en él y poder sacar el mayor provecho de esta enseñanza.

Los invito ahora sí a meternos de lleno en descubrir que es la perfección cristiana, lo haremos en el capítulo 3 y los siguientes, donde volveremos sobre muchas de estas citas observando el contexto para ver que otra información relacionada con la perfección podemos hallar.

## Capítulo 3

### LA PERFECCIÓN CRISTIANA Y EL CARÁCTER DE CRISTO

**Versículo clave:** *Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13).*

El primer tema que tocaremos para descubrir que es la perfección cristiana, es el del carácter de Cristo formado en el hombre.

¿Tendrá algo que ver la perfección con el carácter de Cristo? ¿Al ser nuestro ejemplo, que alturas debemos alcanzar en la carrera por tener su carácter?

Veamos varias declaraciones inspiradas para ver si estos temas están relacionados:

#### **La perfección cristiana es tener el carácter de Cristo**

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

“Cristo vino al mundo para que nosotros podamos tener nuevos caracteres, creados a la similitud de Su propio carácter; para que podamos tener pureza como la pureza de Dios, tener perfección como Su perfección” (Elena G. de White - ST III, 59).

“Toda la luz dada en lo pasado, toda la que resplandece actualmente y llega hasta lo futuro, según se revela en la Palabra de Dios, es para cada alma que quiera recibirla. La gloria de esa luz, que es la misma gloria del carácter de Cristo, ha de ser manifestada en el cristiano individual, en la familia, en la iglesia, en el ministerio de la Palabra, y en toda institución establecida por el pueblo de Dios. Dios desea que todos éstos sean símbolos de lo que puede ser hecho para el mundo. Han de ser ejemplos del poder salvador de las verdades del Evangelio...

Contemplando la bondad, la misericordia, la justicia y el amor de Dios revelados en la iglesia, el mundo ha de obtener una representación de su carácter...

A fin de manifestar el carácter de Dios, a fin de que no nos engañemos a nosotros mismos, a la iglesia y al mundo, con un cristianismo falsificado, debemos llegar a estar relacionados personalmente con Dios. Si tenemos comunión con Dios, somos sus ministros, aunque nunca prediquemos a una congregación. Colaboramos con Dios al presentar la perfección de su carácter en la humanidad” (Elena G. de White - Joyas de los Testimonios 2 - 366, 368).

Jesús quiere que seáis felices, pero no podéis serlo si seguís vuestro propio camino, y los impulsos de vuestro corazón... Nuestras nociones, nuestras peculiaridades, son enteramente humanas, y no debe dejarse que predominen sobre nosotros. El yo debe ser crucificado, no una vez u otra, sino diariamente, y lo físico, mental y espiritual debe subordinarse a la voluntad de Dios. La gloria de Dios, la perfección del carácter cristiano, debe ser el blanco y el propósito de nuestra vida. Los seguidores de Cristo deben imitarlo en su disposición... El lema es *como Cristo*, no como vuestro padre o vuestra madre, sino como Jesucristo, ocultos en Cristo, vestidos de la justicia de Cristo, imbuidos con el espíritu de Cristo (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 31 - 1882).

“Ahora mientras nuestro sumo sacerdote está haciendo propiciación por nosotros debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo... Debemos cooperar con los factores que Dios emplea en la tarea de conformar nuestros caracteres al modelo divino” (Elena G. de White – CS 680, 681).

“En todo el Sermón del Monte describe los frutos de esta justicia, y ahora en una breve expresión señala su origen y su naturaleza: Sed perfectos como Dios es perfecto. La ley no es más que una transcripción del carácter de Dios. Contemplad en vuestro Padre celestial una manifestación perfecta de los principios que constituyen el fundamento de su gobierno.

»Nos pide que seamos perfectos como El, es decir, de igual manera... »Dijo Jesús: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto: Si sois hijos de Dios, sois participantes de su naturaleza y no podéis menos que asemejaros a Él. Todo hijo vive gracias a la vida de su padre. Si sois hijos de Dios, engendrados por su Espíritu, vivís por la vida de Dios. En Cristo 'habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad' (Colosenses 2:9); y la vida de Jesús se manifiesta 'en nuestra carne mortal'. (2Corintios 4:11.) Esa vida producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras que manifestó en El. Así estaremos en armonía con cada precepto de su ley, porque 'la ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma'. (Salmo 19:7.) Mediante el amor, 'la justicia de la ley se cumplirá en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu' - Romanos 8:4” (Elena G. de White – DMJ 67, 68).

"El hombre ha de ser perfecto en su esfera, como Dios lo es en la suya. ¿Cómo podemos alcanzar un nivel tan elevado? ... Quien fue por nacimiento un ser humano, aunque unido a la divinidad, dio el mandamiento que requiere la perfección. Él ha pasado por el camino que nosotros transitamos, y nos dice: 'Sin mí nada podéis hacer'. Pero con él podemos hacer todo. Así, podemos lograr un carácter perfecto. Dios nunca da un mandamiento sin habilitarnos con la gracia suficiente para su cumplimiento. Amplia provisión ha sido hecha para que el hombre sea partícipe de la naturaleza divina... Cuando estas posibilidades se nos presentan, cuando vemos que es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana, ¿no debemos esforzarnos para alcanzar la norma? ¿No debería ser nuestro único propósito apreciar y comprender el alto honor que se nos ha conferido? Cristo nos ha mostrado cuánto valora el universo celestial a los seres por quienes él hizo tan grande sacrificio. Los hombres y las mujeres son de Dios por la creación y por la redención, y él inviste con su poder a quienes reciben a Cristo. Ellos están ligados a él, y son plenamente capaces de llegar a la mayor elevación del carácter... Cuando Cristo dijo: 'Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto', tenía en vista la pureza de propósito y acción. Es esencial para toda alma que desea un conocimiento mayor, poseer esta pureza. Hay una gran necesidad de pureza, así como de conocimiento. La perfección se puede alcanzar solo a través de la gracia dada por Dios. Él será la eficiencia de cada alma que se esfuerza por poseer facultades morales claras y previsoras. Pero requiere la cooperación del agente humano" (Elena G. de White - Signs of the Times, 26 de julio, 1899).

"Al ver la condición de la humanidad hoy, surge la pregunta en la mente de algunos: '¿Será que el hombre es total y enteramente depravado por naturaleza?' ¿Se encuentra arruinado sin esperanza? No, no es así. El Señor Jesús dejó las cortes reales, y tomando nuestra naturaleza humana, vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo. Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia, y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida, revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón. Los hombres se han vendido al enemigo de toda justicia. Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir, si han de asegurar la recompensa celestial... Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el

poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238,239).

"Dios es honrado solo cuando los que profesan creer en él son amoldados a su imagen... Debemos representar ante el mundo la belleza de la santidad porque nunca entraremos a través de las puertas de la ciudad de Dios hasta que perfeccionemos un carácter como el de Cristo" (Elena G. de White - Dios nos cuida 290).

"Con infinito amor y misericordia había sido trazado el plan de salvación y se le otorgó una vida de prueba. La obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverlo a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevase a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objeto de la educación, el gran objeto de la vida (Elena G. de White - La educación, pp. 15, 16).

"Todo lo que hay de bueno en hombres y mujeres es el fruto de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu nos enseña a revelar rectitud en nuestras vidas. La obra máxima que se puede hacer en nuestro mundo es glorificar a Dios viviendo el carácter de Cristo. Dios hará perfectos solo a los que mueran al yo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1109).

"Por medio de su apóstol inspirado, Cristo nos ha presentado la medida del carácter que está imbuido del amor de Cristo. Hemos de llevar las huellas de Cristo, hemos de tener su semejanza. Se nos da este ejemplo para que podamos conocer las posibilidades, las alturas que podemos alcanzar en Cristo y mediante él. La norma que nos presenta es la perfección en él y mediante sus méritos podemos alcanzarla. Fallamos porque estamos contentos de mirar las cosas terrenales antes que las celestiales" (Elena G. de White - A fin de conocerle, p. 119).

"El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo. Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante. Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado. Debe haber una lucha continua y un progreso constante, hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección del carácter" (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 606).

"Y en la humanidad ha de revelarse este mismo amor. La imagen misma de Dios ha de reflejarse en la raza caída. El corazón frío ha de ser revivido y brillar con el amor divino. Ha de latir al unísono con el corazón del Redentor. El honor de Cristo debe verse completado en la perfección del carácter de su pueblo escogido. Él desea que ellos representen su carácter ante el mundo. En la obra de la redención, en los sufrimientos que Cristo fue llamado a padecer, usted ha de cooperar con él, para poder estar completo en él. Al estar unido a él por la fe, creyendo y recibéndolo, usted llega ser parte de él. El carácter suyo es la gloria de él revelada en usted" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de noviembre, 1897).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplan los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra

la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

"Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

"Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

"El Señor requiere la perfección de su familia redimida. Espera de nosotros la perfección que Cristo reveló en su humanidad" (Elena G. de White - Manuscrito 19, 1900, Conducción del niño 450).

"El ideal del carácter cristiano es la semejanza con Cristo. Como el Hijo del hombre fue perfecto en su vida, los que le siguen han de ser perfectos en la suya. Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: "Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo" (Elena G. de White - DTG 278).

"Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos. Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho "en semejanza de carne de pecado," vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Elena G. de White - DTG 278).

"El Hijo de Dios vino a la tierra para que los hombres y mujeres pudieran tener una representación de los caracteres perfectos que Dios solamente puede aceptar" (Elena G. de White - En los Lugares Celestiales 155).

Cristo es la luz de la vida, y Él desea que todos aquellos que Lo siguen, lo representen en el carácter, y muestren Su total suficiencia y perfección” (Elena G. de White - RH III 125).

“Jesús, considerado como un hombre, fue perfecto, y aun creció en gracia... Hasta el cristiano más perfecto debe incrementar continuamente en conocimiento y amor a Dios.” “Jesús se sienta como el refinador y purificador de Su pueblo; y cuando Su imagen está perfectamente reflejada en ellos, ellos son perfectos y santos, y están preparados para la traslación. Un gran trabajo es requerido del cristiano. Somos exhortados a limpiarnos a nosotros mismos de toda inmundicia de carne y espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (Elena G. de White - Testimonies, vol.1, páginas 339, 340).

“Estad en mí, y yo en vosotros.” El estar en Cristo significa recibir constantemente de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio. El conducto de comunicación debe mantenerse continuamente abierto entre el hombre y su Dios. Como el sarmiento de la vid recibe constantemente la savia de la vid viviente, así hemos de aferrarnos a Jesús y recibir de él por la fe la fuerza y la perfección de su propio carácter” (Elena G. de White - DTG 630).

"Dios extiende la invitación: 'Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús'. Por medio de la conversión y la transformación los hombres han de recibir la mente de Cristo. Cada uno ha de estar delante de Dios con su fe individual y una experiencia individual, teniendo la certeza de que Cristo, la esperanza de gloria, ha sido formado en su interior. Imitar el ejemplo de cualquier persona, aun el de aquellos que podemos considerar casi perfectos en carácter, sería poner nuestra confianza en un ser humano defectuoso, incapaz de proveer una jota o un tilde de perfección" (Elena G. de White - Reflejemos a Jesús, p. 27).

“Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

“Bienaventurados los mansos.” Las dificultades que hemos de arrostrar pueden ser muy disminuidas por la mansedumbre que se oculta en Cristo. Si poseemos la humildad de nuestro Maestro, nos elevaremos por encima de los desprecios, los rechazos, las molestias a las que estamos diariamente expuestos; y estas cosas dejarán de oprimir nuestro ánimo. La mayor evidencia de nobleza que haya en el cristiano es el dominio propio. El que bajo un ultraje o la crueldad no conserva un espíritu confiado y sereno despoja a Dios de su derecho a revelar en él su propia perfección de carácter. La humildad de corazón es la fuerza que da la victoria a los discípulos de Cristo; es la prenda de su relación con los atrios celestiales” (Elena G. de White - DTG 269).

“Así andarás por el camino de los buenos, Y seguirás las veredas de los justos; <sup>21</sup> Porque los rectos habitarán la tierra, Y los perfectos permanecerán en ella, <sup>22</sup> Mas los impíos serán cortados de la tierra, Y los prevaricadores serán de ella desarraigados (Proverbios 2:20-22).

La visión de Zacarías con referencia a Josué y el Ángel se aplica con fuerza especial a la experiencia del pueblo de Dios durante las escenas finales del gran día de expiación. La iglesia remanente será puesta entonces en grave prueba y angustia. Los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús sentirán la ira del dragón y de su hueste. Satanás considera a los habitantes del mundo súbditos suyos; ha obtenido el dominio de muchos cristianos profesos; pero allí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. Si él pudiese borrarlo de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyesen a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios.

Se requerirá de los hombres que rindan obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que sean fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados por “padres, y hermanos, y parientes, y amigos.” Lucas 21:16. Su única esperanza se cifrará en la misericordia de Dios; su única defensa será la oración. Como Josué intercedía delante del Ángel, la iglesia remanente, con corazón quebrantado y ardorosa fe, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar.

El tentador estará listo para acusarlos, como estaba listo para resistir a Josué. Señalará sus vestiduras sucias, su carácter deficiente. Presentará su debilidad e insensatez, su pecado de ingratitud, cuán poco semejantes a Cristo son, lo cual ha deshonrado a su Redentor. Se esforzará por espantar a las almas con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones y se desvíen de su fidelidad a Dios.

Satanás tiene un conocimiento exacto de los pecados que por sus tentaciones ha hecho cometer a los hijos de Dios e insiste en sus acusaciones contra ellos; declara que por sus pecados han perdido el derecho a la protección divina y reclama el derecho de destruirlos. Los declara tan merecedores como él mismo de ser excluidos del favor de Dios. “¿Son éstos—dice—los que han de tomar mi lugar en el cielo, y el lugar de los ángeles que se unieron a mí? Profesan obedecer la ley de Dios, pero ¿han guardado sus preceptos? ¿No han sido amantes de sí mismos más que de Dios? ¿No han puesto sus propios intereses antes que su servicio? ¿No han amado las cosas del mundo? Mira los pecados que han señalado su vida. Contempla su egoísmo, su malicia, su odio mutuo. ¿Me desterrará Dios a mí y a mis ángeles de su presencia, y sin embargo recompensará a los que fueron culpables de los mismos pecados? Tú no puedes hacer esto con justicia, oh Señor. La justicia exige que se pronuncie sentencia contra ellos.”

Sin embargo, aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio de los agentes satánicos. Se han arrepentido de sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición, y el Abogado divino intercede en su favor. El que más fué ultrajado por su ingratitud, el que conoce sus pecados y también su arrepentimiento, declara: “¡Jehová te reprenda, oh Satán! Yo dí mi vida por estas almas. Sus nombres están esculpidos en las palmas de mis manos. Pueden tener imperfecciones de carácter, pueden haber fracasado en sus esfuerzos; pero se han arrepentido y las he perdonado y aceptado.

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. La aflicción de éstos es grande, las llamas parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente” (Elena G. de White - PR 431-433).

“Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto de que puedan realizarlo. No si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo. . . Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en

su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. El es nuestro ejemplo” (Elena G. de White - La Maravillosa Gracia, página 230).

"Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo...

"En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino" (Elena G. de White - El conflicto de los siglos, pp. 680, 681).

“Acerca del Espíritu dijo Jesús: “El me glorificará.” El Salvador vino para glorificar al Padre demostrando su amor; así el Espíritu iba a glorificar a Cristo revelando su gracia al mundo. La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo” (Elena G. de White - DTG 625).

“Para el corazón que llega a purificarse, todo cambia. La transformación del carácter es para el mundo el testimonio de que Cristo mora en el creyente. Al sujetar los pensamientos y deseos a la voluntad de Cristo, el Espíritu de Dios produce nueva vida en el hombre y el hombre interior queda renovado a la imagen de Dios. Hombres y mujeres débiles y errantes demuestran al mundo que el poder redentor de la gracia puede desarrollar el carácter deficiente en forma simétrica, para hacerle llevar abundantes frutos” (Elena G. de White - PR 175).

"Vino al mundo para reconstruir el carácter, e introducía en toda su obra de construcción la perfección que deseaba lograr en los caracteres que estaba transformando por su poder divino" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1103,1104).

A continuación les presento un cuadro que analiza las anteriores declaraciones pero extrae solamente en forma sintética la relación entre la perfección de carácter y el carácter de Cristo que Dios desea formar en el hombre:

PERFECCIÓN	EL CARÁCTER DE CRISTO	REFERENCIA
Debemos llegar a ser perfectos	A la medida de la estatura de la plenitud de Cristo	Efesios 4:13
Cristo vino a traer perfección al hombre	Como su perfección  A la similitud de su propio carácter  Tener pureza como la de Dios	Elena G. de White ST III, 59
Presentamos la perfección...	... de su carácter a la humanidad  La gloria del carácter de Cristo ha de ser manifestada  El mundo ha de obtener una representación del carácter de Dios	Elena G. de White JT <a href="#">2 - 366, 368</a>

La perfección del carácter cristiano	La gloria de Dios  Debemos imitar la disposición de Cristo  Vestidos de la justicia de Cristo	Elena G. de White <a href="#">NEV 31 - 1882</a>
La perfección en Cristo	Conformar nuestros caracteres al modelo divino	Elena G. de White CS 680, 681
Sed perfectos...	... como Dios es perfecto  Que seamos perfectos como él  De igual manera  La vida de Cristo producirá el mismo carácter y las mismas obras	Elena G. de White DMJ 67, 68
Podemos perfeccionar una vida	Cristo vivió una vida tal  Como podría vivir cualquier humano al seguir su ejemplo  Podemos vencer como Cristo  Cristo vivió una vida impoluta para revelar a los seres humanos el poder de la gracia que les dará	Elena G. de White MR 9, pp. 238,239
Nunca entraremos en la ciudad de Dios hasta que perfeccionemos...	... un carácter como el de Cristo  Amoldados a su imagen	Elena G. de White DNC 290
La redención debía devolver al hombre la perfección	La redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor	Elena G. de White La educación 15-16
Dios hará perfectos a los que mueran al yo	Viviendo el carácter de Cristo	Elena G. de White CBA 6, p. 1109
La norma que nos presenta es la perfección...	... en él  Hemos de tener su semejanza	Elena G. de White AFC 119
Una lucha hacia la perfección de carácter	El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo	Elena G. de White JT 1 - 606
La imagen misma de Dios...  La perfección del carácter de su pueblo escogido...	... ha de reflejarse en la raza caída  Deben representar su carácter ante el mundo  El carácter es la gloria de él reflejada en nosotros	Elena G. de White ST 25 de nov. 1897
Será perfeccionada...  Perfeccionados por medio de la gracia  El cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta	La imagen de Cristo en cada alma  Los salvos serán los que han lavado sus mantos	Elena G. de White ST 30 dic. 1889

El Señor requiere perfección de su familia redimida	La perfección que Cristo reveló en su humanidad	Elena G. de White Manuscrito19 1900
Cristo fue perfecto en su vida	Los que le siguen deben ser perfectos en la suya  El ideal del carácter cristiano es la semejanza de Cristo  Su carácter ha de ser el nuestro	Elena G. de White DTG 278
Debemos ser perfectos como nuestro Padre es perfecto	Obtener la gloria del carácter de Dios	Elena G. de White DTG 278
Los caracteres perfectos que Dios solo puede aceptar	Cristo fue una representación para los hombres	Elena G. de White - ELLC 155
Muestren su total perfección	Cristo desea que lo representen en carácter	Elena G. de White RH III 125
Jesús fue perfecto como hombre	La perfección es obtenida cuando Cristo termina su trabajo de refinación y purificación  Cuando su imagen está perfectamente reflejada en ellos son perfectos y santos	Elena G. de White T1 339, 340
La perfección de su propio carácter...	... hemos de recibir de él por la fe  Estad en mí y yo en vosotros	Elena G. de White DTG 630
La imitación de cualquier otro ser es incapaz de darnos la perfección	Los hombres han de recibir la mente de Cristo	Elena G. de White RJ 27
Los discípulos procuraban la gracia para poder elevarse hacia la perfección	Luchaban para alcanzar la estura de hombres en Cristo  El Espíritu Santo les daba la plenitud de la deidad y eran amoldados a la semejanza divina	Elena G. de White HAP 40-41
Su perfección de carácter Dios la revelará ...	... en él	Elena G. de White DTG 269
Pueda reflejarse perfectamente...	La imagen de Cristo	Elena G. de White PR 431-433
Alcanzar en nuestra esfera la perfección ...	Que Cristo alcanzó en cada aspecto del carácter  El es nuestro ejemplo	Elena G. de White LMG 230

### Conclusión

Este capítulo nos ha mostrado que definitivamente hay una relación muy estrecha entre la perfección cristiana y el carácter de Cristo formado en el hombre, que son una y la misma cosa. Todas estas citas apuntan a la perfección, y cada una de ellas es contundente en cuanto a que alturas debemos alcanzar: La perfección en y de Cristo, esto quiere decir que con “su” poder podemos tener “su” carácter perfecto. Fred Wright lo expresa muy bien:

“No es sino hasta que sea entendido que la terminación de la obra puede ser completada por la manifestación del mismo carácter de Dios como ese carácter es, hasta el punto donde mirar al verdadero hijo de Dios en los últimos días, es mirar el carácter de Cristo, que habrá una verdadera apreciación de la importancia de este tema vital. Tal apreciación es esencial para estimular la búsqueda diligente en este gran tema—un estímulo que se avivará como la belleza del carácter de Dios se abra ante nuestra mirada y hallemos nuestras vidas siendo cambiadas a la misma imagen de gloria en gloria.

Las escenas finales del gran conflicto están justamente delante de nosotros. Muy pronto su propósito será consumado para la raza caída como lo fue para los ángeles y para los mundos no caídos. En esa última obra la comprensión real y manifestación del carácter de Dios, como ese carácter es, desempeñarán una función tan vital que sin esto no habrá posibilidad de que la obra termine. Que todo verdadero hijo de Dios entonces ubique este tópico en su correcta perspectiva de suprema importancia en su estudio y en el desarrollo de su propio carácter” (Fred Wright – Ved aquí el Dios vuestro 56-57).

En el próximo capítulo analizaremos más específicamente que es tener el carácter de Cristo.

## Capítulo 4

### CRISTO ES NUESTRO EJEMPLO PARA IMITAR

**Versículo clave:** *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:21-22).*

Hemos establecido en el capítulo anterior que la perfección cristiana tiene que ver con copiar el carácter de Cristo, y como vimos y seguiremos viendo la única manera de tenerlo es a través del Espíritu Santo que trae ese carácter a nosotros, y nuestra parte es aceptarlo, recibirlo.

En este capítulo leeremos citas que hablan de Cristo como nuestro ejemplo. Veremos cuáles son los aspectos del carácter de Cristo que debemos imitar:

#### **Cristo nuestro ejemplo**

“Cristo murió para que su vida pudiese ser vivida en usted y en todos los que lo toman como ejemplo” Elena G. de White – Obreros evangélicos, p.173.

*(Hablando de Jesús)* “En su vida y carácter no sólo revela el carácter de Dios, sino las probabilidades del hombre... Era el representante de Dios y el ejemplo de la humanidad... Presentó ante el mundo lo que la humanidad podría llegar a ser cuando se uniera por fe con la divinidad” (Elena G. de White - Mensajes Selectos, libro 1, p. 410).

“La única evidencia que el mundo puede tener de que el pueblo de Dios cree en su Palabra es verlos practicar y seguir el ejemplo de Cristo en todas las cosas” (Elena G. de White - Signs of the Times, 2 de junio, 1898).

“¿Qué significa ser cristiano? Significa ser semejante a Cristo” (Elena G. de White - Maranatha el Señor viene 135).

“Era este propósito único de ganar la carrera de la vida eterna, lo que Pablo anhelaba ver revelado en las vidas de los creyentes corintios... Sabía que a fin de alcanzar el ideal de Cristo para con ellos, tenían por delante una lucha de toda la vida, que no tendría tregua... Les pedía que lucharan lealmente, día tras día, en busca de piedad y excelencia moral... Les rogaba que pusieran a un lado todo peso y se esforzaran hacia el blanco de la perfección en Cristo” (Elena G. de White - HAP 253-254).

“El Señor dio su vida por el mundo a fin de que el hombre pudiera tener un ejemplo perfecto... Dejando a un lado su manto real y su corona regia vino a la tierra como hombre... Fue tentado en todas las cosas como el hombre es tentado... Pero ni una sola vez dejó de seguir el sendero que había escogido... Fue guardado por el poder de Dios... Sostenido por Aquel que será el ayudador de todos los que le aman y guardan sus mandamientos” (Elena G. de White - Alza tus ojos 90).

#### **Cristo es nuestro ejemplo en carácter**

“El pecado casi ha borrado la imagen moral de Dios en el hombre... (Jesús) un carácter hermoso y sin mancha... El único modelo para la imitación humana... Debemos estudiar y copiar y seguir al Señor Jesucristo... Entonces podremos traer la hermosura de su carácter a nuestra propia vida... Y entretener su belleza en nuestras palabras y acciones cotidianas... Así podremos estar ante Dios con aceptación... Y ganar de vuelta por conflicto con los príncipes de las tinieblas el poder del control propio y el amor de Dios que Adán perdió en la caída” (Elena G. de White – Signs of the Times, 22 de diciembre, 1887).

“Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ningún alma... Junto con su orden nos concede toda perfección de gracia sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo... Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter... El es nuestro ejemplo” (Elena G. de White - La Maravillosa Gracia, página 230).

“Está cercano el día cuando cada fase del carácter se revelará por medio de tentaciones especiales... Los que permanezcan fieles a los principios, que ejerzan fe hasta el fin, serán los que habrán permanecido fieles bajo las pruebas durante el tiempo de gracia... Y habrán formado caracteres a la semejanza de Cristo... Los que han cultivado una estrecha relación con Cristo, mediante su sabiduría y gracia, son los participantes de la naturaleza divina” (Elena G. de White - The Youth’s Instructor, 16 de enero de 1896. AFC 349).

“Satanás se estaba regocijando de que había logrado degradar la imagen de Dios en la humanidad Entonces vino Jesús a restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor... Nadie, excepto Cristo, puede amoldar de nuevo el carácter que ha sido arruinado por el pecado... El vino para expulsar a los demonios que habían dominado la voluntad... Vino para levantarnos del polvo, para rehacer según el modelo divino el carácter que había sido mancillado, para hermosearlo con su propia gloria” (Elena G. de White - DTG 28-29).

“El mundo aguarda para ver qué fruto producen los profesos cristianos... Tiene derecho a esperar abnegación y sacrificio de los que pretenden creer la verdad... Dios desea que su pueblo muestre mediante sus vidas cuáles son las ventajas del cristianismo sobre la mundanalidad... Mediante la gracia de Cristo se ha hecho toda provisión para el perfeccionamiento de caracteres semejantes al de Cristo... Y Dios es honrado cuando su pueblo revela los principios del cielo en todo su trato social o comercial” (Elena G. de White - En lugares celestiales, p. 316, 154).

“El evangelio no ha de ser presentado como una teoría sin vida, sino como una fuerza viva para cambiar la vida... Dios desea que los que reciben su gracia sean testigos de su poder... Quiere que sus siervos atestigüen que por su gracia los hombres pueden poseer un carácter semejante al suyo” (Elena G. de White – DTG 766).

“El pecado casi ha borrado la imagen moral de Dios en el hombre... Esta condición lamentable no hubiera conocido ningún cambio o esperanza si Jesús no hubiera descendido a este mundo para ser el Salvador y Ejemplo del hombre... Él permanece en medio de la degradación moral del mundo, un carácter hermoso y sin mancha... El único modelo para la imitación humana... Debemos estudiar y copiar y seguir al Señor Jesucristo; entonces podremos traer la hermosura de su carácter a nuestra propia vida, y entretener su belleza en nuestras palabras y acciones cotidianas” (Elena G. de White – Signs of the Times, 22 de diciembre, 1887).

“El sello del Dios vivo será puesto únicamente sobre los que tienen en su carácter la semejanza de Cristo” (Elena G. de White - Dios nos cuida 362).

“El sello del Dios viviente solo será colocado sobre los que son semejantes a Cristo en carácter” (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, p. 225).

“El Señor da a los hombres y las mujeres un tiempo de prueba para que se familiaricen con los requisitos de la salvación... Se les da la oportunidad de unirse con él, como colaboradores con Dios... Para moldear su carácter a la semejanza del carácter divino... Al aprovechar esta oportunidad, ellos prestan atención a sus palabras de consejo: Obrad en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad” (Elena G. de White - Signs of the Times, 24 de junio, 1903).

“Todo lo que hay de bueno en hombres y mujeres es el fruto de la obra del Espíritu Santo... El Espíritu nos enseña a revelar rectitud en nuestras vidas... La obra máxima que se puede hacer en nuestro mundo es glorificar a Dios viviendo el carácter de Cristo... Dios hará perfectos solo a los que mueran al yo” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1109).

“El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo... Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante... Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado... Debe haber una lucha continua y un progreso constante, hacia adelante y hacia arriba... Hacia la perfección del carácter” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 606).

“Así como sucedió con nuestro Salvador, estamos en este mundo para servir a Dios... Estamos aquí para asemejarnos a Dios en carácter... Y manifestarle al mundo por medio de una vida de servicio... Para ser colaboradores con Dios, a fin de asemejarnos a él y revelar su carácter, debemos conocerle tal como es, tal como él mismo se revela” (Elena G. de White - Ministerio de curación, p. 318).

“El Señor exige de todos los que profesan ser su pueblo mucho más de lo que le damos... Espera que los creyentes en Cristo Jesús revelen al mundo, en palabras y hechos... El cristianismo que fue ejemplificado en la vida y el carácter del Redentor” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

“Cuando el alma se aferra de Cristo como de la única esperanza de salvación, entonces se manifiesta la fe genuina... Esa fe induce a su poseedor a colocar todos los afectos del alma en Cristo... Su comprensión está bajo el dominio del Espíritu Santo... Y su carácter se modela de acuerdo con la semejanza divina... Su fe no está muerta, sino que es una fe que obra por el amor... Y lo induce a contemplar la belleza de Cristo y a asimilarse al carácter divino” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 458, 459).

“Estamos en este mundo para servir a Dios... Estamos aquí para asemejarnos a Dios en carácter... Y manifestarle al mundo por medio de una vida de servicio... Para ser colaboradores con Dios, a fin de asemejarnos a él y revelar su carácter, debemos conocerle tal como es, tal como él mismo se revela” (Elena G. de White - El ministerio de curación, p. 318).

“En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo... Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él... A que unamos nuestra

flaqueza con su fortaleza... Nuestra ignorancia con su sabiduría... Nuestra indignidad con sus méritos... La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús... El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida... De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino... Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (Elena G. de White - CS 681).

“No hay nada que el Salvador desee tanto como tener agentes que quieran representar al mundo su Espíritu y su carácter... No hay nada que el mundo necesite tanto como la manifestación del amor del Salvador por medio de seres humanos... Todo el cielo está esperando a los hombres y a las mujeres por medio de los cuales pueda Dios revelar el poder del cristianismo” (Elena G. de White - HAP 479).

(Jesús) “Se regocijaba en el conocimiento de que podría hacer más por sus seguidores de lo que había prometido y de que lo haría... Que de él fluirían amor y compasión que limpiarían el templo del alma... Y harían a los hombres semejantes a él en carácter... Que su verdad, provista del poder del Espíritu, saldría venciendo y para vencer” (Elena G. de White - HAP 19-20).

“Por causa vuestra vine al mundo... Estoy trabajando en vuestro favor... Cuando me vaya, seguiré trabajando anhelosamente por vosotros... Vine al mundo a revelarme a vosotros, para que creyeseis... Voy al Padre para cooperar con él en vuestro favor... El objeto de la partida de Cristo era lo opuesto de lo que temían los discípulos... No significaba una separación final... Iba a prepararles lugar, a fin de volver aquí mismo a buscarlos... Mientras les estuviese edificando mansiones, ellos habían de edificar un carácter conforme a la semejanza divina” (Elena G. de White - DTG 617-618).

### **El ejemplo debe ser contemplado**

“La humanidad está llena de flaquezas... Pero en Cristo hallaremos perfección...Contemplándole, seremos transformados” (Elena G. de White - DTG 754-755).

### **Vencer como Cristo venció**

“El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos... Que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria... A quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Colosenses 1:24-29).

“Los hombres pueden tener un poder para resistir el mal... Un poder que ni la tierra, ni la muerte, ni el infierno pueden vencer... Un poder que los colocará donde puedan llegar a ser vencedores como Cristo venció... La divinidad y la humanidad pueden combinarse en ellos” (Elena G. de White - 1MS 479).

“Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - DTG 619-620).

“Lo que Cristo fue en la naturaleza humana, Dios espera que sean sus discípulos... Con su fuerza hemos de vivir la vida de nobleza y pureza que el Salvador vivió” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 75-76).

*(Dijo Cristo)* “El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará... El Salvador anhelaba profundamente que sus discípulos comprendiesen con que propósito su divinidad se había unido a la humanidad... Vino al mundo para revelar la gloria de Dios a fin de que el hombre pudiese ser elevado por su poder restaurador... Dios se manifestó en él a fin de que pudiese manifestarse en ellos... Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él... Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - DTG 619-620).

“Jesús no reveló cualidades, ni ejerció poderes que los hombres no puedan tener mediante la fe en Él... Su perfecta humanidad es la que todos Sus seguidores pueden poseer, si están sujetos a Dios como Él lo fue” (Elena G. de White - DTG 664).

“Cristianos, ¿está Cristo revelado en nosotros?... ¿Estamos haciendo todo lo que está en nuestro poder para ganar un cuerpo que no se debilita fácilmente, una mente que mira más allá de sí misma hacia la causa y el efecto de cada movimiento, que puede lidiar con problemas difíciles y solucionarlos, una voluntad firme para resistir el mal y defender lo correcto?... ¿Estamos crucificándonos a nosotros mismos? ¿Estamos creciendo hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo, preparándonos para enfrentar la adversidad como buenos soldados de Cristo?” (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de junio, 1901).

### **Para darnos un ejemplo de una vida sin pecado (guardando los mandamientos)**

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:21-22).

“Habría sido casi una infinita humillación para el Hijo de Dios el tomar la naturaleza humana... Aun como era cuando Adán permaneció en su inocencia en el Edén... Pero Jesús aceptó la humanidad debilitada y contaminada por cuatro mil años de pecado... Como cualquier hijo de Adán, Él aceptó los resultados de la obra de la gran ley de la herencia... Lo que fueron estos resultados están mostrados en la historia de Sus ancestrales terrestres... Él vino con esa herencia para compartir nuestras penas y tentaciones... Y para darnos el ejemplo en una vida sin pecado... En el mundo donde Satanás reclamaba dominio Dios permitió que Su Hijo viniera, un niño indefenso, sujeto a las debilidades de la humanidad” (Elena G. de White, AR, 15-12-1903, pág. 1, col. 2, BV141).

(Que es la santificación) “El Salvador oró: santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad... San Pablo enseñó que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo – Romanos 15:16... El Espíritu Santo los guiaría a toda la verdad – Juan 16:13... El salmista dice: tu ley es la verdad... La ley es santa justa y buena, un trasunto de la perfección divina... Resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo... Cristo es el ejemplo perfecto de semejante carácter... El dice: he guardado los mandamientos de mi Padre – Juan 15:10... Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él... Adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley... Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

(Jesús) “Tanto física como espiritualmente era un ejemplo de lo que Dios quería que fuese toda la humanidad mediante la obediencia a sus leyes” (Elena G. de White - DTG 34).

“Jesús es un ejemplo perfecto... Estudiad la norma, Cristo Jesús, y copiadla si queréis ser como él: puros, santos, sin pecado y sin contaminación” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 267).

“Jesús nos convida a aceptar su presencia... Nosotros tenemos que abrir la puerta del corazón y dejarlo entrar... Pero el no compartirá un corazón dividido... El no vivirá con nosotros hasta que el templo del alma haya sido vaciado y limpiado” (Elena G. de White – NEV 55).

“Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande... El Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter... Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús... Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto” (Elena G. de White - 1MS 463).

“¿Qué significa servir a Dios? Significa parecerse a él en carácter, imitarlo... Servir a Dios es obedecerlo... Guardar sus mandamientos... Los que sirven a Dios se esfuerzan seriamente por obedecer su voluntad” (Elena G. de White - Signs of the Times, 1 de febrero, 1899).

“Como cristianos debemos tener una justicia que se desarrolle y sea visible... Una justicia que represente el carácter de Jesucristo cuando estuvo en nuestro mundo” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1173).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto... Y esto el hombre no podía darlo. No podía satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios... Pero Cristo, al venir a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto... Y los ofrece como un don gratuito a todos los que quieran recibirlos... Su vida sostiene la vida de los hombres... Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios... Además, Cristo imparte a los hombres los atributos de Dios... Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra, espiritualmente fuerte y bella.... Así la justicia de la ley se cumple en el creyente” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“El Señor Jesús dejó las cortes reales y tomando nuestra naturaleza humana... Vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo... Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia... Y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida... Revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón... Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir... Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador” (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238,239).

## Conclusión

Todos estos aspectos de la vida de Cristo nos sirven de ejemplo para imitarlo. Pero nos surge la pregunta, ¿hasta qué punto podremos alcanzar el carácter de Cristo? Hay citas que hablan de ejemplo o semejanza, pero esto podría parecer como si debiéramos luchar para llegar lo más alto posible. Sabemos que hay aspectos en los cuales no podemos imitarlo, como por ejemplo el de vivir una vida completa desde el nacimiento hasta la muerte sin cometer un solo pecado, o vencer

el tipo de tentaciones que él tuvo en cuanto a su divinidad, etc. Pero aquí nos referimos específicamente al carácter.

Cristo es nuestro ejemplo de carácter, y ese carácter debe ser un carácter justo, que guarde sus mandamientos, que reciba la justicia de Cristo, que deje de pecar, eso es vencer como Cristo venció. Y esto puede darse contemplando el Modelo para ser transformados conforme a su semejanza.

En el próximo capítulo intentaremos ver si Cristo ¿es un ejemplo, para contemplar e intentar alcanzar para llegar lo más alto posible?, o ¿es un ejemplo de lo que tenemos que ser, del blanco al que necesariamente debemos llegar? ¿Es una referencia o específicamente se nos pide llegar a tener el mismo carácter de Cristo? Lo veremos en el capítulo 5 de esta obra.

## Capítulo 5

### ¿UN EJEMPLO REFERENCIAL O UN EJEMPLO QUE NECESARIAMENTE DEBE SER ALCANZADO?

**Versículo clave:** *“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Más nosotros tenemos la mente de Cristo” (1Corintios 2:16).*

En este capítulo dejaremos que el registro inspirado nos ilustre respecto a la perfección del carácter de Jesús y su relación con nuestro carácter. Veremos si se trata de simplemente un ejemplo al que algunos podrán solo acercarse al modelo, o si por el contrario es necesario y posible tener el mismo carácter de Cristo. Repasemos las citas que nos servirán de guía:

#### **Debemos ser perfectos en carácter como él fue perfecto en su carácter**

“Aprender de Dios significa recibir su gracia, la cual es su carácter” (Elena G. de White - Palabras de vida del gran Maestro, p. 215).

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios... A un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo...” (Efesios 4:11-16).

“De cada uno de los que profesan el nombre de Cristo se requiere que crezca hasta la plena estatura de Cristo, cabeza viviente del cristiano” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 2, p. 96).

“Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado de hombre perfecto;” crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” El apóstol San Pablo dice: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3:13, 14. Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca - 2 Pedro 1:5-10” (VM) (Elena G. de White - CS 523-524).

“Por medio de su apóstol inspirado, Cristo nos ha presentado la medida del carácter que está imbuido del amor de Cristo. Hemos de llevar las huellas de Cristo, hemos de tener su semejanza. Se nos da este ejemplo para que podamos conocer las posibilidades, las alturas que podemos alcanzar en Cristo y mediante él. La norma que nos presenta es la perfección en él y mediante sus méritos podemos alcanzarla. Fallamos porque estamos contentos de mirar las cosas terrenales antes que las celestiales” (Elena G. de White - A fin de conocerle, p. 119).

“En el sermón del monte Cristo dijo: sed perfectos como Dios es perfecto. Nos pide que seamos perfectos como él, es decir de igual manera” (Elena G. de White – DMJ 67, 68).

“En el mismo comienzo de la vida cristiana deben enseñarse a cada creyente los principios fundamentales. Debe enseñársele que no ha de ser meramente salvado por el sacrificio de Cristo, sino que ha de hacer que la vida de Cristo sea su vida y el carácter de Cristo su carácter” (Elena G. de White - PVGM 37).

“De cierto, de cierto os digo—continuó Cristo: —El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará. El Salvador anhelaba profundamente que sus discípulos comprendiesen con qué propósito su divinidad se había unido a la humanidad. Vino al mundo para revelar la gloria de Dios, a fin de que el hombre pudiese ser elevado por su poder restaurador. Dios se manifestó en él a fin de que pudiese manifestarse en ellos. Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - DTG 619-620).

“En Cristo está la ternura del pastor, el afecto del padre y la incomparable gracia del Salvador compasivo. El presenta sus bendiciones en los términos más seductores. No se conforma con anunciar simplemente estas bendiciones; las ofrece de la manera más atrayente, para excitar el deseo de poseerlas... Las palabras solas no lo pueden contar. Refléjese en el carácter y manifiéstese en la vida. Cristo está retratándose en cada discípulo. Dios ha predestinado a cada uno a ser conforme “a la imagen de su Hijo. En cada uno, el longánime amor de Cristo, su santidad, mansedumbre, misericordia y verdad, han de manifestarse al mundo” (Elena G. de White - DTG 766-767).

(Los discípulos) “Cristo llenaba sus pensamientos; su objeto era el adelantamiento de su reino. En mente y carácter habían llegado a ser como su Maestro, y los hombres “conocían que habían estado con Jesús - Hechos 4:13” (Elena G. de White - HAP 37).

“La religión pura y sin mácula no es un sentimiento, sino la realización de obras de misericordia y amor. Esta religión es necesaria para la salud y la felicidad. Entra en el templo contaminado del alma y con un látigo echa a los intrusos pecaminosos. Ocupando el trono, consagra todo con su presencia, iluminando el corazón con los brillantes rayos del Sol de Justicia. Abre las ventanas del alma hacia el cielo, permitiendo entrar la luz del sol del amor de Dios. Con ella entran la serenidad y la compostura. Aumentan el poder físico, mental y moral, porque la atmósfera del cielo, como un agente viviente y activo, llena el alma. Cristo es formado en lo íntimo, la esperanza de gloria” (Elena G. de White - The Review and Herald, 15 de octubre de 1901; El Ministerio de la Bondad, 42 / MCP tomo 1 - 27-28).

"La elección que hagamos en esta vida será nuestra elección para toda la eternidad... No hay un lugar intermedio, no hay un segundo tiempo de gracia. Se nos exhorta a vencer en esta vida como Cristo venció. El Cielo nos ha proporcionado abundantes oportunidades y privilegios, de modo que podamos vencer como Cristo venció y nos sentemos con él en su trono. Pero para que seamos vencedores no debemos acariciar en nuestra vida las inclinaciones carnales. Todo egoísmo debe cortarse de raíz" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1112).

"Dios extiende la invitación: 'Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús'. Por medio de la conversión y la transformación los hombres han de recibir la mente de Cristo. Cada uno ha de estar delante de Dios con su fe individual y una experiencia individual, teniendo

la certeza de que Cristo, la esperanza de gloria, ha sido formado en su interior. Imitar el ejemplo de cualquier persona, aun el de aquellos que podamos considerar casi perfectos en carácter, sería poner nuestra confianza en un ser humano defectuoso, incapaz de proveer una jota o un tilde de perfección" (Elena G. de White - Reflejemos a Jesús, p. 27).

"El vestido de bodas de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. A la iglesia 'le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante', 'que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante'. El lino fino, dice la Escritura, 'son las justificaciones de los santos' (Apocalipsis 19:8). Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal" (Elena G. de White – PVGM 252).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia" (Elena de White – PVGM 253).

"Es el carácter y la mente de Cristo lo que los hombres deben recibir mediante la conversión y la transformación. Dios ha revelado por medio de su Hijo, la excelencia que el hombre puede alcanzar" (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 111).

"A menos que la mente de Dios llegue a ser la mente del hombre, todo esfuerzo por purificarse a sí mismo será inútil; porque es imposible que el hombre se eleve fuera del conocimiento de Dios" (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 145).

"Es el deseo de Cristo que sus hijos alcancen este lugar. Se propone revelar por medio de ellos los tesoros de su gracia. Y les dice: 'Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto'. Lo dice porque sabe que es posible para ellos alcanzar la perfección. Él vivió en este mundo la vida que ellos deben vivir. Enfrentó al enemigo sin ayuda, tal como ellos deben enfrentarlo. Pidió y recibió poder para vencer en el conflicto. Y los que andan en la senda de Dios pueden tener el mismo poder" (Elena G. de White - Signs of the Times, 8 de enero, 1902).

"Dios desea manifestar por vosotros la santidad, la benevolencia, la compasión de su propio carácter" (Elena G. de White - DTG 71).

"El objeto del agricultor al sembrar la semilla y cultivar la planta creciente es la producción de grano. Desea pan para el hambriento y semilla para las cosechas futuras. Así también el Agricultor divino espera una cosecha como premio de su labor y sacrificio. Cristo está tratando de reproducirse a sí mismo en el corazón de los hombres; y esto lo hace mediante los que creen en él. El objeto de la vida cristiana es llevar fruto, la reproducción del carácter de Cristo en el creyente, para que ese mismo carácter pueda reproducirse en otros... 'Cuando el fruto fuere producido, luego se mete la hoz, porque la siega es llegada'. Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos. Todo cristiano tiene la oportunidad no solo de esperar sino de apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo (2 Pedro 3:12). Si todos los que profesan el nombre de Cristo llevaran fruto para su gloria, cuán prontamente se sembraría en todo el mundo la semilla del evangelio. Rápidamente maduraría la gran cosecha final, y Cristo vendría para recoger el precioso grano" (Elena G. de White - PVGM 46-48).

"Solo la gracia de Cristo puede cambiar vuestro corazón, y entonces reflejaréis la imagen del Señor Jesús. Dios os insta a que seáis como él: puros, santos e inmaculados. Hemos de llevar la imagen divina (Elena G. de White - *Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, p. 600).

"El Señor Jesús dejó las cortes reales, y tomando nuestra naturaleza humana, vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo. Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia, y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida, revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón. Los hombres se han vendido al enemigo de toda justicia. Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir, si han de asegurar la recompensa celestial... Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador" (Elena G. de White – *Manuscript Releases*, tomo 9, pp. 238,239).

"Cristo sigue siendo el ideal de la humanidad. Es el modelo de lo que el Señor quiere que lleguemos a ser. Debemos ser como Cristo en carácter. Si la raza humana llegara a ser como Jesús Él efectuaría maravillas. Tenemos el privilegio de llegar a ser hijos de Dios" (Elena G. de White - *Alza tus ojos* 43).

"Dios hizo por nosotros lo mejor que él podía hacer, enviando desde el cielo al ser inmaculado para manifestar a este mundo de pecado lo que aquellos que son salvados deben ser en carácter: puros, santos, e inmaculados, teniendo a Cristo formado en ellos. Él envió su ideal en la persona de su Hijo, y pidió a los hombres que edificaran caracteres en armonía con este ideal" (Elena G. de White - *Mensajes Selectos* tomo 3 149).

"La vida de los profesos cristianos que no viven la vida de Cristo es una burla a la religión" (Elena G. de White - *En los Lugares Celestiales* 319).

"Debemos mirar al hombre Cristo Jesús, que es completo en la perfección de justicia y santidad. Él es el autor y consumidor de nuestra fe. Él es el modelo. Su experiencia es la medida de la experiencia que debemos tener. Su carácter es nuestro modelo" (Elena G. de White - *En Los Lugares Celestiales* 166-167).

"El que mediante su propia expiación proveyó para el hombre un caudal infinito de poder moral, no dejará de emplear ese poder en nuestro favor... Él conformará y modelará nuestro carácter de acuerdo con su propia voluntad" (Elena G. de White – *PVGM* 121, 122).

"Y así como Jesús fue en carne humana, así quiere Dios que sean Sus seguidores" (Elena G. de White, *Signs of the Times*, 01-04-1897, pág. 196, col. 2, BV372).

"Es un estudio que requiere el esfuerzo de la más alta inteligencia humana: que el hombre caído, engañado por Satanás, que se coloca al lado de Satanás en este asunto, pueda conformarse a la imagen del Hijo del Dios Infinito; que el hombre pueda ser como Cristo; que, debido a la justicia de Cristo dada al hombre, Dios amara al hombre -caído pero redimido- así como amaba a su Hijo. Leedlo en los oráculos divinos. Este es el misterio de la piedad" (Elena G. de White - *Mensajes selectos*, tomo 3, p. 191).

“El Salvador anhela manifestar su gracia e imprimir su carácter en el mundo entero... Es su posesión comprada, y anhela hacer a los hombres libres, puros y santos. Aunque Satanás obra para impedir este propósito, por la sangre derramada para el mundo hay triunfos que han de lograrse y que reportarán gloria a Dios y al Cordero. Cristo no quedará satisfecho hasta que la victoria sea completa, y él vea “del trabajo de su alma, y será saciado... Todas las naciones de la tierra oirán el Evangelio de su gracia” (Elena G. de White - DTG 768).

“Es la misma unión vital representada por comer su carne y beber su sangre. Las palabras de Cristo son espíritu y vida. Al recibirlas, recibís la vida de la vida. Vivís “con toda palabra que sale de la boca de Dios.” La vida de Cristo en vosotros produce los mismos frutos que en él. Viviendo en Cristo, adhiriéndoos a Cristo, sostenidos por Cristo, recibiendo alimento de Cristo, lleváis fruto según la semejanza de Cristo” (Elena G. de White - DTG 631).

“Cristo había pronunciado una verdad sagrada y eterna acerca de la relación entre él y sus seguidores. El conocía el carácter de los que aseveraban ser discípulos suyos, y sus palabras probaron su fe. Declaró que habían de creer y obrar según su enseñanza. Todos los que le recibían debían participar de su naturaleza y ser conformados según su carácter. Esto entrañaba renunciar a sus ambiciones más caras. Requería la completa entrega de sí mismos a Jesús. Eran llamados a ser abnegados, mansos y humildes de corazón. Debían andar en la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario, si querían participar en el don de la vida y la gloria del cielo” (Elena G. de White - DTG 355-356).

“Y el que procura dar la luz a otros, será él mismo bendecido. Habrá “lluvias de bendición.” “El que riega será él mismo regado.” Dios podría haber alcanzado su objeto de salvar a los pecadores, sin nuestra ayuda; pero a fin de que podamos desarrollar un carácter como el de Cristo, debemos participar en su obra. A fin de entrar en su gozo—el gozo de ver almas redimidas por su sacrificio,— debemos participar de sus labores en favor de su redención” (Elena G. de White - DTG 116).

“La vida que Cristo vivió en este mundo, hombres y mujeres pueden vivirla a través de Su poder y bajo Su instrucción. En su conflicto con Satanás, ellos pueden tener toda la ayuda que Él tuvo. Pueden ser más que vencedores por Aquel que los amó y a Sí mismo Se dio por ellos” (Elena G. de White - Testimonies for the Church, vol. 9, pág. 22).

“Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: "Habitare y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo."

Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos. Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho "en semejanza de carne de pecado," vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto" (Elena G. de White – DTG 278).

“Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - Cada día con Dios 241).

“Los cristianos tienen que ser semejantes a Cristo. Ellos debieran poseer el mismo espíritu, ejercer la misma influencia, y tener la misma excelencia moral, que Él poseía” (Elena G. de White - 5T:249).

“Cristo vino al mundo para que nosotros podamos tener nuevos caracteres, creados a la similitud de Su propio carácter; para que podamos tener pureza como la pureza de Dios, tener perfección como Su perfección” (Elena G. de White - ST III 59).

“Tú puedes reflejar la belleza del carácter de tu resucitado Señor, el cual, aun siendo rico, por nuestra causa se hizo pobre, para que a través de Su pobreza nosotros pudiésemos ser hechos ricos. Es posible que nosotros revelemos la semejanza de nuestro divino Señor” (Elena G. de White - ST IV, 413).

“Contemplándolo a Él, tú serás transformado a Su semejanza” (Elena G. de White - 5T 201).

“Jesús vino a nuestro mundo para traerle poder divino al hombre, para que a través de Su gracia, podamos ser transformados a Su semejanza. Cuando está en el corazón obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con este fin, Jesús acepta esta disposición y esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y Él coloca el resto con Sus propios méritos divinos” (Elena G. de White - ST II, 395).

“Cristo vino al mundo para que podamos tener perfección como Su perfección” (Elena G. de White - ST III, 59).

"El pecador es constantemente atraído a Jesús por la maravillosa manifestación de su amor, pues él se humilló a sí mismo para padecer una muerte vergonzosa sobre la cruz. ¡Qué estudio es éste! Los ángeles han luchado y anhelado fervientemente entender este maravilloso misterio. Es un estudio que requiere el esfuerzo de la más alta inteligencia humana: que el hombre caído, engañado por Satanás, que se coloca al lado de Satanás en este asunto, pueda conformarse a la imagen del Hijo del Dios Infinito; que el hombre pueda ser como Cristo; que, debido a la justicia de Cristo dada al hombre, Dios amara al hombre -caído pero redimido- así como amaba a su Hijo. Leedlo en los oráculos divinos. Este es el misterio de la piedad. Este cuadro es del más alto valor, y debe ser engarzado en todo discurso, debe ser colgado en los pasadizos de la memoria, debe ser anunciado por los labios humanos, debe ser presentado por seres humanos que han gustado y han visto que Dios es bueno. Esto es algo sobre lo cual debe meditarse, debe ser el tema de todo discurso" (Elena de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 191).

### **Debemos guardar los mandamientos como fueron guardados por Cristo**

"El hombre puede ser exaltado, ennoblecido por la obediencia a los mandamientos de Dios, y llegar a ser un ciudadano leal y verdadero de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar ante el mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades las que se presentan ante el agente humano caído! Que se rinda la perfecta obediencia a Dios por medio de la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al

mundo el hecho de que Dios nos ama así como ama a Jesús" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1896).

“Dios exige que sus hijos sean perfectos. Su ley es una copia de su propio carácter, y es la norma de todo carácter. Esta norma infinita es presentada a todos a fin de que no haya equivocación respecto a la clase de personas con las cuales Dios ha de formar su reino. La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios. Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo. Vestidos con el glorioso manto de la justicia de Cristo, poseen un lugar en el banquete del Rey. Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre” (Elena G. de White - PVGM 255.4).

“Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; Y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles y serán honrados con ellos ante el trono eterno (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

“Cristo vino para dar un ejemplo de perfecta conformidad con la ley de Dios, tal como se requiere de todos, desde Adán, el primer hombre, hasta la última persona que viva en la tierra. Declaró que su misión no consistía en destruir la ley sino en cumplirla mediante una perfecta y cabal obediencia” (Elena G. de White - SSJ 351.3).

“Los seguidores de Cristo tiene que llegar a ser como Él—por la gracia de Dios deben formar caracteres en armonía con Su santa ley. Esta es la santificación bíblica” (Elena G. de White – CS 523).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“Dijo Jesús: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto: Si sois hijos de Dios, sois participantes de su naturaleza y no podéis menos que asemejaros a Él. Todo hijo vive gracias a la vida de su padre. Si sois hijos de Dios, engendrados por su Espíritu, vivís por la vida de Dios. En Cristo 'habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad' (Colosenses 2:9); y la vida de Jesús se manifiesta 'en nuestra carne mortal'. (2 Corintios 4:11.) Esa vida producirá en nosotros el mismo carácter y

manifestará las mismas obras que manifestó en El. Así estaremos en armonía con cada precepto de su ley, porque 'la ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma'. (Salmo 19:7.) Mediante el amor, 'la justicia de la ley se cumplirá en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu - Romanos 8:4" (Elena G. de White – DMJ 67-68).

"Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos" (Elena G. de White – Palabras de vida del gran Maestro, p. 265).

"Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: 'Escrito está'... Cristo venció como hombre las tentaciones. Cada hombre puede vencer como Cristo venció. Él se humilló a sí mismo por nosotros. Fue tentado en todo punto, así como nosotros. Redimió el desgraciado fracaso de la caída de Adán, y fue vencedor, testificando así ante todos los mundos no caídos y ante la humanidad caída, que el hombre podía guardar los mandamientos de Dios por medio del poder divino que el cielo le concedía. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, y venció en nuestro favor para mostrarnos cómo podemos vencer. Así vinculó sus intereses divinos con la humanidad, con los lazos más estrechos; y ha dado la positiva seguridad de que no seremos tentados más de lo que podemos soportar, sino que con la tentación dará una vía de escape" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 3, p. 154).

"La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Elena G. de White - DTG 710-711).

(Jesús) "Sabía que la vida de los discípulos que confiasen en él sería como la suya, una serie de victorias sin interrupción, no vistas como tales aquí, pero reconocidas así en el gran más allá" (Elena G. de White - DTG 633-634).

"Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí." No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fué hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor” (Elena G. de White - DTG 98-100).

“La perfecta humanidad de Cristo es la misma que podemos tener por medio de nuestra relación con Cristo. Al igual que Dios, Cristo no pudo ser inducido a pecar, así como tampoco se había podido quebrantar su lealtad en el cielo. Pero al humillarse a adoptar nuestra naturaleza, podía ser tentado. No había tomado la naturaleza de los ángeles sino la humana, perfectamente idéntica a nuestra propia naturaleza, excepto que en él no había mancha de pecado” (Elena G. de White - Cristo triunfante 210).

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

“El amor y la justicia de Dios, y también la inmutabilidad de su ley, se manifiestan por la vida del Salvador no menos que por su muerte. El asumió la naturaleza humana con sus debilidades, con todos sus riesgos, con sus tentaciones... Fue “tentado en todo según nuestra semejanza”. Hebreos 4:15. No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. El ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 149).

“Vino a nuestro mundo a mantener un carácter puro e impecable, y a refutar la mentira de Satanás de que no era posible que los seres humanos guardaran la ley de Dios. Cristo vino a vivir la

ley en su carácter humano, exactamente de la misma manera en que todos pueden cumplirla en la naturaleza humana si hacen lo que Cristo hizo” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 146).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“Cristo venció como Hombre impecable, no caído, perfecto. Como Mesías obtuvo la victoria sobre las tentaciones del enemigo, haciendo posible que nosotros vencamos como El venció. Debemos triunfar en cada encuentro que tengamos con el enemigo. Seremos vencedores al participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Cada victoria que El obtuvo en su humanidad hace posible que nosotros, recibéndole y creyendo en El, ganemos la victoria. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Juan 1:12. Cada victoria que El obtuvo en su humanidad nos garantiza que sus frutos serán genuinos. Cada asalto en el que Satanás es vencido marca una victoria para la humanidad...” (Elena G. de White - ATO 15.3; UL.17.3).

“Cristo venció en nuestro beneficio, y así hizo posible que nosotros también venciésemos” (Elena G. de White - 1RH300).

“Cristo venció el poder del apetito en el desierto de la tentación a tu favor, haciendo posible que tu venzas a tu propio favor” (Elena G. de White - 4T:257).

“Cristo vino y enfrentó la más fiera tentación de Satanás, y, a favor de la raza, venció el apetito, mostrando que el hombre puede vencer” (Elena G. de White - 3T161).

“Cristo venció, haciendo así posible que el hombre también venza” (Elena G. de White - 2RH115).

“En Cristo todos pueden vencer. Tu puedes decir junto con el apóstol, “en todas estas cosas somos más que vencedores a través de Él que nos ama” (Elena G. de White - 2T409).

“Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece.

Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí.” Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia” (Elena G. de White - CS 680-681).

El tiempo de angustia mencionado aquí, es el tiempo cuando ha finalizado el tiempo de gracia, cuando se ha cerrado el santuario y no hay intercesor en el lugar santísimo, por lo que es lógico que el pueblo de Dios en ese tiempo, deberá vivir sin pecado, ya que si cometiera alguno, este no podría ir al santuario y no podría ser ministrado por nuestro intercesor, nuestro sumo sacerdote Cristo Jesús, y borrado, permaneciendo en nosotros y en nuestros registros, una vez que ha terminado el juicio, el día de la expiación, y sabemos que Dios no llevará pecadores al cielo, por eso dio un tiempo de gracia, en el cual disponer del tiempo para preparar un carácter como el de Cristo para el cielo, porque nuestro carácter quedará definido para siempre aquí en la tierra, antes de la segunda venida de Cristo, como veremos más adelante.

Esta teología defendida por los que creen en una última generación sin pecado, está siendo muy atacada últimamente, pero sus detractores, se basan en una mala interpretación de la naturaleza del pecado, del santuario y de la finalización del día de la expiación.

### **Las tres potencias del cielo trabajan juntas para que el carácter cristiano sea una reproducción del carácter de Cristo**

"Cuando usted renuncia abiertamente al pecado y a Satanás, las tres grandes potencias del cielo se comprometen a ayudarlo a vencer. Usted fue levantado en novedad de vida por el poder que levantó a Cristo de los muertos. Salió de la tumba líquida para consagrar su vida al servicio del Maestro. De aquí en adelante ha de vivir una vida nueva, y ahora la razón, el conocimiento, los afectos, el lenguaje, las propiedades y todo lo demás que le ha sido confiado, adquiere la perspectiva del cielo a fin de que pueda sea usado por Dios. Usted debe llevar la cruz y vivir con abnegación; ha de vivir ligado a la vida de Cristo. El carácter del cristiano debe ser una reproducción del carácter de Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de febrero, 1902).

"El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza... La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia tomo 6 - 351).

### **Cristo graba su propio carácter en el hombre a través del Espíritu Santo**

"El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil... El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por el Espíritu es purificado el corazón... Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas y para grabar su propio carácter en su iglesia" (Elena G. de White - DTG 625).

"Estad en mí, y yo en vosotros. El estar en Cristo significa recibir constantemente de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio. El conducto de comunicación debe mantenerse continuamente abierto entre el hombre y su Dios. Como el sarmiento de la vid recibe constantemente la savia de la vid viviente, así hemos de aferrarnos a Jesús y recibir de él por la fe la fuerza y la perfección de su propio carácter" (Elena G. de White - DTG 630).

“El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo. Únicamente aquellos que han sido así enseñados de Dios, los que experimentan la operación interna del Espíritu y en cuya vida se manifiesta la vida de Cristo, han de destacarse como hombres representativos, que ministren en favor de la iglesia” (Elena G. de White - DTG 745).

"El Espíritu Santo nunca desatiende a un alma que busca a Jesús. Toma de lo de Cristo y lo enseña al que busca. Y si la vista permanece fija en Jesús, la obra del Espíritu no cesa hasta que el alma se conforma a su imagen. Por medio de la influencia de gracia del Espíritu, el pecador es transformado en espíritu y propósito, hasta que llega a ser uno con Cristo. Su afecto por Dios aumenta, tiene hambre y sed de justicia, y al contemplar a Cristo es cambiado de gloria en gloria, de carácter en carácter, y llega a ser más y más como su Maestro" (Elena G. de White - Signs of the Times, 27 de septiembre, 1899).

"Estas promesas son la seguridad de que por la influencia del Espíritu Santo somos fortalecidos para llegar a ser como Dios en carácter. Al contemplar su pureza y santidad, somos partícipes de su naturaleza, y vencemos el egoísmo del corazón natural. Hay un poder en la verdad que siempre funcionará si el agente humano coopera de todo corazón, al dejarse atraer por la fe en sujeción a Jesucristo. Las virtudes y las excelencias del Salvador llegan a ser el sabor del ser entero" (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de septiembre, 1900).

"El Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, es el que cambia nuestro carácter a la imagen de Cristo, y cuando esto se logra, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; es decir, el carácter del que así contempla a Cristo es tan semejante al del Señor, que el que lo mira ve el propio carácter de Cristo que brilla como procedente de un espejo. En forma imperceptible para nosotros somos transformados día tras día, de nuestros propios caminos y nuestra propia voluntad a los caminos y a la voluntad de Cristo, a la belleza de su carácter. Así crecemos en Cristo e inconscientemente reflejamos su imagen" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1097).

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. <sup>11</sup> Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. <sup>12</sup> Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, <sup>13</sup> lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. <sup>14</sup> Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. <sup>15</sup> En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. <sup>16</sup> Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo” (1Corintios 2:10-16).

### **La perfección de un carácter como el de Cristo es una condición para el cielo**

“Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia deben reflejar plenamente la imagen de Jesús” (Elena G. de White - Primeros escritos, p. 71).

“Toda alma que gane la vida eterna debe ser como Cristo: santa, inmaculada, pura, separada de los pecadores” (Elena G. de White - Review and Herald, 3 de junio, 1884).

“Dios es honrado solo cuando los que profesan creer en él son amoldados a su imagen. Debemos representar ante el mundo la belleza de la santidad porque nunca entraremos a través de la puertas de la ciudad de Dios, hasta que perfeccionemos un carácter como el de Cristo” (Elena G. de White - Dios nos cuida 290).

(Se cita Apocalipsis 14:1-3) “¿Por qué fueron elegidos de un modo tan especial?... Porque estuvieron de parte de una verdad admirable delante de todo el mundo y frente a su oposición, y que eran hijos e hijas de Dios que debían tener a Cristo, la esperanza de gloria, formado en su interior” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 989).

“El Señor requiere la perfección de su familia redimida. Espera de nosotros la perfección que Cristo reveló en su humanidad” (Elena G. de White - Manuscrito 19, 1900, Conducción del niño 450).

“Cristo vino a este mundo para ser nuestro modelo, para mostrar por precepto y por ejemplo los caracteres que deben tener todos los que componen la familia de Dios...” (Elena G. de White - Alza tus ojos 93).

“Cristo es nuestro modelo. Fue manso y humilde. Aprenda de él e imite su ejemplo. El Hijo de Dios era sin tacha. Debemos apuntar a esta perfección y vencer como él venció, si queremos sentarnos a su mano derecha” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia tomo 3 369).

“Nosotros, pobres mortales, que deseamos alcanzar el cielo, debemos vencer como Cristo venció. Debemos asimilarnos a su imagen; nuestros caracteres deben ser sin mancha” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia Tomo 4 41).

“Jesús dice, “En el mundo tendréis tribulaciones; pero tened buen ánimo; Yo he vencido al mundo”. Por lo tanto el mundo no os vencerá si creéis en Mí. Es el mundo lo que Yo he conquistado. Debido a que Yo he vencido, si tú crees en Mí, tu puedes vencer, y tener la vida eterna” (Elena G. de White - 2RH560).

“Debemos mirar su vida, estudiar su carácter, y copiar el modelo. Lo que Cristo fue en su humanidad perfecta, debemos serlo nosotros; porque debemos formar caracteres para la eternidad” (Elena G. de White - TM 173).

## **Conclusión**

Cuando Elena G. de White usa la palabra modelo o ejemplo, se refiere no a realizar el mayor esfuerzo para llegar lo más cerca posible del ideal, sino que se refiere con esas palabras a “alcanzar” el ideal. La próxima cita responde definitivamente a la pregunta de este capítulo:

“Cuando Moisés estaba por construir el santuario como morada de Dios, se le indicó que hiciese todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le mostrara en el monte. Moisés estaba lleno de celo para hacer la obra de Dios; los hombres más talentosos y hábiles estaban a su disposición para ejecutar sus sugerencias. Sin embargo, no había de hacer una campana, una granada, una borla, una franja, una cortina o cualquier vaso del santuario sin que estuviese de acuerdo con el modelo que le había sido mostrado. Dios le llamó al monte y le reveló las cosas celestiales. El Señor le cubrió de su gloria para que pudiese ver el modelo, y de acuerdo con éste se hicieron todas las cosas. Así también Dios, deseoso de hacer de Israel su morada, le había revelado su

glorioso ideal del carácter. Le mostró el modelo en el monte cuando le dio la ley desde el Sinaí, y cuando pasó delante de Moisés y proclamó: “Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso, y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado.”

Israel había preferido sus propios caminos. No había edificado de acuerdo con el dechado; pero Cristo, el verdadero templo para morada de Dios, modeló todo detalle de su vida terrenal de acuerdo con el ideal de Dios. Dijo: “Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.” Así también nuestro carácter debe ser edificado “para morada de Dios en Espíritu.” Y hemos de hacer todas las cosas de acuerdo con el Modelo, a saber Aquel que “padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas” (Elena G. de White - DTG 179).

El tema más obviado y dejado afuera de la ecuación en la obtención de un carácter perfecto como el de Cristo, es el del poder de Dios, de la tres personas que conforman la divinidad a favor del hombre, con semejante poder disponible, si el hombre lucha por tomar la mano de Dios, ese poder aparece disponible, y ¿por quién podrá ser vencido?

La perfección cristiana es un regalo de Dios al hombre, pero sin duda debemos tener fe en que él puede hacer el milagro dentro de nuestra naturaleza caída, sino no lograremos nada en este aspecto.

Elena G. de White es clara, la perfección de Cristo en sus seguidores se dará “de igual manera”, recibiendo su divinidad (tema que también abordaremos en este libro), en la persona del Espíritu Santo, siendo esta la única manera de vencer el pecado, y de grabar el carácter perfecto de Cristo en el nuestro.

No hay porque dudar, y cuando se afirma que el hombre no puede ser perfecto, o que no puede guardar los mandamientos y dejar de pecar, verdaderamente hay que tener una gran tijera y cortar muchos versículos de la Biblia y cientos de citas de la hermana White.

Lo que sucede es que es muy difícil aceptar cuando miramos hacia dentro de nuestra persona y vemos defectos, pecados, pasiones y apetitos que viven en nosotros, que Cristo pudiera así reproducirse perfectamente en un agente humano.

Pero todo lo que vimos en este capítulo apunta inequívocamente hacia la perfección de Cristo en nosotros. Como síntesis terminamos con una de las citas más claras y que no deja lugar a dudas y no puede ser malinterpretada:

“Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces, el vendrá a reclamarlos como suyos” (Elena G. de White - PVGM 47).

## Capítulo 6

### ¿QUÉ ES Y COMO RECIBIMOS EL CARÁCTER DE CRISTO?

***Versículo clave:*** “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca” (2 Pedro 1:5-10)

A veces se nos hace difícil definir el momento cuando el hombre hace el “click” y comienza a caminar con Dios en el camino de la perfección, en ese proceso en el cual Él nos acompañará y dará todo lo necesario para que lo logremos.

Dios nos busca con sus ofertas de misericordia constantemente, nos ruega que volvamos a Él, y esto ya es increíble, después de haberlo rechazado en la persona de nuestro representante Adán, después de que la humanidad haya matado a su Hijo enviado para salvarnos, y después de rechazarlo personalmente en muchas ocasiones.

La luz del Señor brilla por un sinnúmero de conductos que actúan para llamar la atención de las personas. Y cuando el hombre logra visualizar alguno de esos rayos, tiene la posibilidad en ese momento de salir de la esclavitud de Satanás, de tomar ese pequeño rayo de luz que logró divisar y comenzar a caminar con Dios. Dios enviará cada vez más luz para que el ahora creyente pueda definitivamente romper toda cadena y tomar la decisión de seguir a Jesús.

Y desde aquí partimos en este capítulo, ahora el hijo de Dios está dando sus primeros pasos en su nueva vida, y deberá aprender, contemplar y copiar al Modelo.

Veamos algunas citas en este sentido:

#### **Se recibe el carácter de Cristo mediante el estudio y la contemplación**

“El pecado casi ha borrado la imagen moral de Dios en el hombre. Esta condición lamentable no hubiera conocido ningún cambio o esperanza si Jesús no hubiera descendido a este mundo para ser el Salvador y Ejemplo del hombre. Él permanece en medio de la degradación moral del mundo, un carácter hermoso y sin mancha, el único modelo para la imitación humana. Debemos estudiar y copiar y seguir al Señor Jesucristo; entonces podremos traer la hermosura de su carácter a nuestra propia vida, y entretejer su belleza en nuestras palabras y acciones cotidianas. Así podremos estar ante Dios con aceptación, y ganar de vuelta por conflicto con los príncipes de las tinieblas el poder del control propio, y el amor de Dios que Adán perdió en la caída” (Elena G. de White – Signs of the Times, 22 de diciembre, 1887).

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el

sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

"Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto" (Elena G. de White - 1MS:463).

### **Dios nos da poder para nacer de nuevo**

Se ha dado un milagro, ahora el creyente, luego de observar la luz de Dios comienza a obedecerla y a seguirla, aquí se cumplen las maravillosas promesas de Dios dadas hace muchos siglos a los padres de la humanidad: "enemistad pondré".

Esta obra sobrenatural del Señor en el hombre se llama el "nuevo nacimiento", y es exactamente lo que ha ocurrido, Dios crea, con nuestro consentimiento, a un nuevo ser, que ahora irá progresando en el camino de la santidad.

"El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador... Y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil... El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad... Que iba a venir no con energía modificada... Sino en la plenitud del poder divino... El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo... Por el Espíritu es purificado el corazón... Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina... Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas... Y para grabar su propio carácter en su iglesia." (Elena G. de White - DTG 625).

"Estos creyentes hacían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida, como nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos, así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecieran, y aborrecían lo que antes amaran. Los orgullosos y tercos se volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban el adorno "exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; La verdadera conversión es esencial esa es la hermosura en la presencia de Dios - 1 Pedro 3:3, 4 V. Nácar-Colunga" (Elena G. de White - CS 514-515).

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en

amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

### **Dios nos da poder para someter nuestra voluntad a Dios**

El nuevo nacimiento que se ve plasmado en el bautismo, nos da el poder para hacer cosas que antes no podíamos hacer:

"La pregunta es: "¿seguiremos pecando como si fuera una imposibilidad para nosotros vencer? ¿Cómo hemos de vencer? como Cristo venció: ésa es la única manera de vencer, el oró a su padre celestial. Nosotros podemos hacer lo mismo... cuando sois tentados a hablar mal y a obrar mal, resistid a Satanás y decid: no someteré mi voluntad a tu dominio. Cooperaré con el poder divino y por gracia seré vencedor" (Elena G. de White - Manuscrito 83, 1891).

"Pero aun estas figuras no alcanzan a presentar el privilegio que es para el creyente la relación con Cristo. Jesús dijo: "Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí." Como el Hijo de Dios vivía por la fe en el Padre, hemos de vivir nosotros por la fe en Cristo. Tan plenamente estaba Jesús entregado a la voluntad de Dios que sólo el Padre aparecía en su vida. Aunque tentado en todos los puntos como nosotros, se destacó ante el mundo sin llevar mancha alguna del mal que le rodeaba. Así también hemos de vencer nosotros como Cristo venció" (Elena G. de White - DTG 353-354).

"El mayor peligro de la iglesia de Cristo no es la oposición del mundo. Es el mal acariciado en los corazones de los creyentes lo que produce el más grave desastre, y lo que, seguramente, más retardará el progreso de la causa de Dios. No hay forma más segura para destruir la espiritualidad que abrigar envidia, sospecha, crítica o malicia. Por otro lado, el testimonio más fuerte de que Dios ha enviado a su Hijo al mundo, es la armonía y unión entre hombres de distintos caracteres que forman su iglesia. El privilegio de los seguidores de Cristo es dar ese testimonio. Pero para poder hacerlo, deben colocarse bajo las órdenes de Cristo. Sus caracteres deben conformarse a su carácter, y sus voluntades a la suya" (Elena G. de White - HAP 438-439).

"El Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, es el que cambia nuestro carácter a la imagen de Cristo, y cuando esto se logra, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; es decir, el carácter del que así contempla a Cristo es tan semejante al del Señor, que el que lo mira ve el propio carácter de Cristo que brilla como procedente de un espejo. En forma imperceptible para nosotros somos transformados día tras día, de nuestros propios caminos y nuestra propia voluntad a los caminos y a la voluntad de Cristo, a la belleza de su carácter. Así crecemos en Cristo e inconscientemente reflejamos su imagen" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1097).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con

su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia" (Elena de White – PVGM 253).

### **Haciéndonos participantes de la naturaleza divina a través de la obra del Espíritu Santo y su Palabra para resistir la tentación**

Pero el hacer la voluntad de Dios sólo puede ser logrado haciéndonos participantes de la naturaleza divina. Sólo recibiendo el poder de Dios podemos vencer la tentación, a través de la obra del Espíritu Santo:

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fué hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor” (Elena G. de White - DTG 98-100).

“El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador... Y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil... El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad... Que iba a venir no con energía modificada... Sino en la plenitud del poder divino... El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo... Por el Espíritu es purificado el corazón... Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina... Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas... Y para grabar su propio carácter en su iglesia.” (Elena G. de White - DTG 625).

### **Recibimos poder para restaurar y desarrollar nuestras facultades**

El estudio de nuestras facultades, pasiones y apetitos es mi tema favorito, pero también es fundamental para comprender la vida espiritual. Podríamos decir que aquí está todo el estudio para comprender la psicología del hombre. Si no comprendemos como funcionan y como Dios y Satanás actúan sobre estos poderes de la mente y el cuerpo le daremos mucha ventaja al enemigo. En otro libro estaré haciendo un análisis profundo de este apasionante tema, que les recomiendo que puedan estudiar y poner en práctica (Muy pronto estará disponible el estudio “La naturaleza del hombre”).

Nuestras facultades, los poderes dominantes en el hombre antes de caer son nuestra voluntad, conciencia y razón. Estás dominaban las pasiones y apetitos del hombre que moran en la carne. Pero con el ingreso del pecado esto cambió radicalmente, hasta el punto de que ahora el hombre y sus facultades son esclavos de las pasiones humanas.

Veamos qué obra tiene prevista el Señor para restaurar al hombre:

“Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

"Debiéramos cultivar toda facultad hasta el más elevado grado de perfección, a fin de que podamos realizar el mayor bien de que seamos capaces... Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos (Elena G. de White - PVGM 265).

Podríamos decir que la perfección consiste en colocar de nuevo bajo el dominio de las facultades superiores de la mente (renovadas) sobre las pasiones inferiores.

Cuando las facultades superiores han sido renovadas por el Espíritu Santo y toman el control de los apetitos y de las pasiones, el hombre puede dejar de pecar.

### **Recibimos poder para vencer las pasiones y los apetitos**

“Cristo venció el poder del apetito en el desierto de la tentación a tu favor, haciendo posible que tu venzas a tu propio favor” (Elena G. de White - 4T:257).

“Cristo vino y enfrentó la más fiera tentación de Satanás, y, a favor de la raza, venció el apetito, mostrando que el hombre puede vencer” (Elena G. de White - 3T161).

"Cristo no olvidó a Juan. En la prisión solitaria se manifestó a él, mostrándole que pronto él mismo sufriría una muerte de mucha vergüenza e ignominia. No solo eso, sino que habría de llevar la pena de la transgresión de la ley de Dios, no para darles a los hombres la libertad para continuar en el pecado, sino para quitarles su inclinación al pecado, para que no desearan transgredir. Aquellos que reciben a Cristo son obedientes a sus mandamientos, porque su mente les es dada a ellos. Él los imbuje con su espíritu de obediencia, y ellos retornan a su (condición de) lealtad" (Elena G. de White – The Youth's Instructor, 6 de abril, 1899).

"Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a

cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos" (Elena G. de White – Palabras de vida del gran Maestro, p. 265).

“El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador... Y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil... El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad... Que iba a venir no con energía modificada... Sino en la plenitud del poder divino... El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo... Por el Espíritu es purificado el corazón... Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina... Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas... Y para grabar su propio carácter en su iglesia.” (Elena G. de White - DTG 625).

### **El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo**

Aquí hay otro secreto para la vida espiritual y la salvación. El hombre no debe luchar para salvarse o vivir esta vida mejor, como Moisés y otros hombres santos, así como también se dará con los 144000, los hombres lucharán por la gloria de Dios, por mostrar al universo quien es realmente Dios y aniquilar las mentiras de Satanás en cuanto a su carácter e intenciones. Somos un espectáculo para el universo y a través de la última generación quedará establecido para siempre quien en Dios a través de lo que Dios hará por el hombre y en el hombre. El mérito es 100% de Dios, la parte que le cabe al hombre es dejar que esa obra se lleve a cabo y volverse manso y humilde para permitir que esto suceda. No es ni más ni menos que aceptar el regalo de Dios, no hay mérito alguno en el hombre, como algunos pretenden hacerlo ver.

Veamos algunas citas con respecto a los motivos del hombre en su vida espiritual:

“La religión de Cristo es la sinceridad misma. El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo; y únicamente la obra eficaz del Espíritu puede implantar este motivo. Únicamente el poder de Dios puede desterrar el egoísmo y la hipocresía. Este cambio es la señal de su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la simulación, cuando nos induce a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del debido carácter. “Padre, glorifica tu nombre,”<sup>5</sup> fué el principio fundamental de la vida de Cristo; y si le seguimos, será el principio fundamental de nuestra vida. Nos ordena “andar como él anduvo;” “y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos” (Elena G. de White - DTG 376-377).

“De cierto, de cierto os digo—continuó Cristo: —El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará.” El Salvador anhelaba profundamente que sus discípulos comprendiesen con qué propósito su divinidad se había unido a la humanidad. Vino al mundo para revelar la gloria de Dios, a fin de que el hombre pudiese ser elevado por su poder restaurador. Dios se manifestó en él a fin de que pudiese manifestarse en ellos. Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - DTG 619-620).

## **El Espíritu Santo nos trae el carácter de Cristo y el poder para imitarlo hasta poder reflejar su imagen**

"El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador... Y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil... El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad... Que iba a venir no con energía modificada... Sino en la plenitud del poder divino... El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo... Por el Espíritu es purificado el corazón... Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina... Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas... Y para grabar su propio carácter en su iglesia." (Elena G. de White - DTG 625).

"El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo" (Elena G. de White - DTG 745).

"El Espíritu Santo nunca desatiende a un alma que busca a Jesús. Toma de lo de Cristo y lo enseña al que busca. Y si la vista permanece fija en Jesús, la obra del Espíritu no cesa hasta que el alma se conforma a su imagen. Por medio de la influencia de gracia del Espíritu, el pecador es transformado en espíritu y propósito, hasta que llega a ser uno con Cristo. Su afecto por Dios aumenta, tiene hambre y sed de justicia, y al contemplar a Cristo es cambiado de gloria en gloria, de carácter en carácter, y llega a ser más y más como su Maestro" (Elena G. de White - Signs of the Times, 27 de septiembre, 1899).

"El Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, es el que cambia nuestro carácter a la imagen de Cristo, y cuando esto se logra, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; es decir, el carácter del que así contempla a Cristo es tan semejante al del Señor, que el que lo mira ve el propio carácter de Cristo que brilla como procedente de un espejo. En forma imperceptible para nosotros somos transformados día tras día, de nuestros propios caminos y nuestra propia voluntad a los caminos y a la voluntad de Cristo, a la belleza de su carácter. Así crecemos en Cristo e inconscientemente reflejamos su imagen" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1097).

"La fe que es para salvación no es una fe casual, no es el mero consentimiento del intelecto; es la creencia arraigada en el corazón que acepta a Cristo como a un Salvador personal, segura de que puede salvar perpetuamente a todos los que acuden a Dios por su medio. Creer que él salvará a otros pero que no lo salvará a usted, no es fe genuina. Sin embargo, cuando el alma se aferra de Cristo como de la única esperanza de salvación, entonces se manifiesta la fe genuina. Esa fe induce a su poseedor a colocar todos los afectos del alma en Cristo. Su comprensión está bajo el dominio del Espíritu Santo, y su carácter se modela de acuerdo con la semejanza divina. Su fe no está muerta, sino que es una fe que obra por el amor y lo induce a contemplar la belleza de Cristo y a asimilarse al carácter divino" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 458, 459).

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de

White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto” (Elena G. de White - 1MS:463).

### **¿Cuales son los rasgos de carácter que serán reemplazados por los atributos del carácter de Cristo?**

“La religión pura y sin mácula no es un sentimiento, sino la realización de obras de misericordia y amor. Esta religión es necesaria para la salud y la felicidad. Entra en el templo contaminado del alma y con un látigo echa a los intrusos pecaminosos. Ocupando el trono, consagra todo con su presencia, iluminando el corazón con los brillantes rayos del Sol de Justicia. Abre las ventanas del alma hacia el cielo, permitiendo entrar la luz del sol del amor de Dios. Con ella entran la serenidad y la compostura. Aumentan el poder físico, mental y moral, porque la atmósfera del cielo, como un agente viviente y activo, llena el alma. Cristo es formado en lo íntimo, la esperanza de gloria” (Elena G. de White - The Review and Herald, 15 de octubre de 1901; El Ministerio de la Bondad, 42 / MCP tomo 1 - 27-28).

### ***Quedan desterrados el egoísmo y la hipocresía***

“La religión de Cristo es la sinceridad misma. El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo; y únicamente la obra eficaz del Espíritu puede implantar este motivo. Únicamente el poder de Dios puede desterrar el egoísmo y la hipocresía. Este cambio es la señal de su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la simulación, cuando nos induce a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del debido carácter. “Padre, glorifica tu nombre,”<sup>5</sup> fué el principio fundamental de la vida de Cristo; y si le seguimos, será el principio fundamental de nuestra vida. Nos ordena “andar como él anduvo;” “y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos” (Elena G. de White - DTG 376-377).

### ***El arrepentimiento traía el abandono del orgullo, la terquedad, la vanidad, la arrogancia, lo profano, la corrupción y la mundanalidad***

“Estos creyentes hacían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida, como nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos, así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecieran, y aborrecían lo que antes amaran. Los orgullosos y tercos se volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban el adorno “exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; La verdadera conversión es esencial esa es la hermosura en la presencia de Dios - 1 Pedro 3:3, 4 V. Nácar-Colunga” (Elena G. de White - CS 514-515).

## **Cristo nos da sus propios atributos de carácter**

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos” (Elena G. de White - PVGM 265).

“El Espíritu Santo es el aliento de la vida espiritual. El impartimiento del Espíritu es el impartimiento de la vida de Cristo. Comunica al que lo recibe los atributos de Cristo” (Elena G. de White - DTG 745).

"Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos" (Elena G. de White – Palabras de vida del gran Maestro, p. 265).

### **¿Cuáles son esos atributos?**

#### ***Perfección como Cristo en cada aspecto del carácter***

“Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para el hombre que fuera perfecto... Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar en nuestra esfera de acción la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter... Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

#### ***Amor***

“Pero orar en nombre de Cristo significa mucho. Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras. La promesa del Salvador se nos da bajo cierta condición.

“Si me amáis—dice, —guardad mis mandamientos.” El salva a los hombres no en el pecado, sino del pecado; y los que le aman mostrarán su amor obedeciéndole” (Elena G. de White - DTG 621).

“Los que nunca experimentaron el tierno y persuasivo amor de Cristo, no pueden guiar a otros a la fuente de la vida. Su amor en el corazón es un poder compelerente, que induce a los hombres a revelarlo en su conversación, por un espíritu tierno y compasivo, y en la elevación de las vidas de aquellos con quienes se asocian. Los obreros cristianos que tienen éxito en sus esfuerzos deben conocer a Cristo, y a fin de conocerle, deben conocer su amor. En el cielo se mide su idoneidad como obreros por su capacidad de amar como Cristo amó y trabajar como él trabajó” (Elena G. de White - HAP 439-440).

### ***Amor y compasión***

“En su conversación de despedida con sus discípulos la noche antes de la crucifixión, el Salvador no se refirió a los sufrimientos que había soportado y que debía soportar todavía. No habló de la humillación que lo aguardaba, sino que trató de llamar su atención a aquello que fortalecería la fe de ellos, induciéndolos a mirar hacia adelante a los goces que aguardan al vencedor. Se regocijaba en el conocimiento de que podría hacer más por sus seguidores de lo que había prometido y de que lo haría; que de él fluirían amor y compasión que limpiarían el templo del alma y harían a los hombres semejantes a él en carácter; que su verdad, provista del poder del Espíritu, saldría venciendo y para vencer” (Elena G. de White - HAP 19-20).

### ***Amor y justicia***

“En el sermón del monte Cristo dijo: sed perfectos como Dios es perfecto... Nos pide que seamos perfectos como él, es decir de igual manera... En el sermón del monte Cristo está hablando de su justicia y de sus frutos... La vida de Cristo producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras... Así estaremos en armonía con cada precepto de la ley... Mediante el amor la justicia de la ley se cumplirá en nosotros” (Elena G. de White – DMJ 67, 68).

### ***Justicia***

"Como cristianos debemos tener una justicia que se desarrolle y sea visible; una justicia que represente el carácter de Jesucristo cuando estuvo en nuestro mundo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1173).

“Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: Los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.” Salmos 51:17. Y al acusador de su pueblo le dice: “Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalem, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” Zacarías 3:2. Cristo revestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una “Iglesia

gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante." Efesios 5:27 (VM). Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: "Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos - Apocalipsis 3:4" (Elena G. de White - CS 538).

"El valor del hombre, como Dios lo estima, depende de su unión con Cristo, porque Dios es el único que puede elevar al hombre en la escala de la dignidad moral mediante la justicia de Cristo. El honor y la grandeza mundanos tienen el valor que el Creador del hombre coloca sobre las influencias espirituales y la mente 35 ellos. Su sabiduría es necedad y su fortaleza es debilidad" (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 151 – 1873 / MCP tomo 1 - 30).

"El hombre puede ser exaltado, ennoblecido por la obediencia a los mandamientos de Dios, y llegar a ser un ciudadano leal y verdadero de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar ante el mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades las que se presentan ante el agente humano caído! Que se rinda la perfecta obediencia a Dios por medio de la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al mundo el hecho de que Dios nos ama así como ama a Jesús" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1896).

"El vestido de bodas de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. A la iglesia 'le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante', 'que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante'. El lino fino, dice la Escritura, 'son las justificaciones de los santos' (Apocalipsis 19:8). Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal" (Elena G. de White – PVGM 252).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia" (Elena de White – PVGM 253).

"Al ver la condición de la humanidad hoy, surge la pregunta en la mente de algunos: '¿Será que el hombre es total y enteramente depravado por naturaleza?' ¿Se encuentra arruinado sin esperanza? No, no es así. El Señor Jesús dejó las cortes reales, y tomando nuestra naturaleza humana, vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo. Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia, y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida, revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón. Los hombres se han vendido al enemigo de toda justicia. Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir, si han de asegurar la recompensa celestial. .. Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238,239).

"Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios, su única defensa será la oración... la iglesia remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miran a sí mismos, estarán por desesperar. El tentador estará listo para acusarlos... Se esforzará para espantar... con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se

desvíen de su fidelidad a Dios y reciban la marca de la bestia... Pero aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor...

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia. Los hijos de Dios están suspirando y clamando por las abominaciones hechas en la tierra. Con lágrimas advierten a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley divina, y con increíble tristeza se humillan delante del Señor a causa de sus propias transgresiones. Los impíos se burlan de su pesar, ridiculizan sus solemnes súplicas y se mofan de lo que llaman debilidad. Pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter pérdidas como consecuencia del pecado...

Los fieles, que se encuentran orando, están, por así decirlo, encerrados con Dios. Ellos mismos no saben cuán seguramente están escudados. Incitados por Satanás, los gobernantes de este mundo procuran destruirlos, pero si pudiesen abríseles los ojos... verían a los ángeles de Dios acampados en derredor de ellos, manteniendo en jaque a la hueste de las tinieblas con su resplandor y gloria. Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: "Quitadle esas vestimentas viles", y se pronuncian las alentadoras palabras: "Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala". Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo... Han resistido los lazos del engañador, no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador... Mientras Satanás estaba insistiendo en sus acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra" (Elena G. de White - 5T 447-450).

"Al ver la condición de la humanidad hoy, surge la pregunta en la mente de algunos: '¿Será que el hombre es total y enteramente depravado por naturaleza?'

¿Se encuentra arruinado sin esperanza? No, no es así. El Señor Jesús dejó las cortes reales, y tomando nuestra naturaleza humana, vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo. Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia, y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida, revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón. Los hombres se han vendido al enemigo de toda justicia. Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir, si han de asegurar la recompensa celestial. .. Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador" (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238,239).

"Puesto que somos pecadores y malos, no podemos obedecer perfectamente una ley santa. No tenemos por nosotros mismos justicia con que cumplir lo que la ley de Dios demanda. Más Cristo nos ha preparado una vía de escape. Vivió sobre la tierra en medio de pruebas y tentaciones tales como las que nosotros tenemos que arrostrar. Sin embargo, su vida fue impecable. Murió por nosotros y ahora ofrece quitarnos nuestros pecados y vestirnos de su justicia. Si os entregáis a él y lo aceptáis como vuestro Salvador, por pecaminosa que haya sido vuestra vida, seréis contados

entre los justos por consideración a él. El carácter de Cristo toma el lugar del vuestro, y vosotros sois aceptados por Dios como sino hubierais pecado” (Elena G. de White – CC 62).

“El vestido de boda de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. A la iglesia “le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante”, “que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante”. El lino fino, dice la Escritura, “son las justificaciones de los santos”. Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal” (Elena G. de White – PVGM 252)

“Este manto, tejido en el telar del cielo, no tiene un solo hilo de invención humana. Cristo, en su humanidad, desarrolló un carácter perfecto, y ofrece impartirnos a nosotros este carácter” (Elena G. de White – PVGM 253).

Las acciones justas de los santos son de ellos, entendiéndolo como que obraron en su mente, y decisiones, pero ha sido la obra de la deidad en sus tres personas la que ha logrado el milagro de que el hombre sea justo.

### ***Justicia y santidad***

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“Debemos mirar al hombre Cristo Jesús, que es completo en la perfección de justicia y santidad. Él es el autor y consumidor de nuestra fe. Él es el modelo. Su experiencia es la medida de la experiencia que debemos tener. Su carácter es nuestro modelo” (Elena G. de White - En Los Lugares Celestiales 166-167).

### ***Santidad, amor, confianza, altruismo, abnegación, sacrificio, mansedumbre, modestia, buenas palabras y obras y fidelidad***

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras

confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

### ***Abnegación y sacrificio***

"El mundo aguarda para ver qué fruto producen los profesos cristianos. Tiene derecho a esperar abnegación y sacrificio de los que pretenden creer la verdad... Dios ha ordenado que su obra se presente al mundo con rasgos claros y santos. Desea que su pueblo muestre mediante sus vidas cuáles son las ventajas del cristianismo sobre la mundanalidad... Mediante la gracia de Cristo se ha hecho toda provisión para el perfeccionamiento de caracteres semejantes al de Cristo, y Dios es honrado cuando su pueblo revela los principios del cielo en todo su trato social o comercial" (Elena G. de White - En lugares celestiales, p. 316, 154).

### ***Mansedumbre, humildad y abnegación (Servicio)***

"Cristo es nuestro modelo. Fue manso y humilde. Aprenda de él e imite su ejemplo. El Hijo de Dios era sin tacha. Debemos apuntar a esta perfección y vencer como él venció, si queremos sentarnos a su mano derecha" (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia tomo 3 369).

"Cristo había pronunciado una verdad sagrada y eterna acerca de la relación entre él y sus seguidores. El conocía el carácter de los que aseveraban ser discípulos suyos, y sus palabras probaron su fe. Declaró que habían de creer y obrar según su enseñanza. Todos los que le recibían debían participar de su naturaleza y ser conformados según su carácter. Esto entrañaba renunciar a sus ambiciones más caras. Requería la completa entrega de sí mismos a Jesús. Eran llamados a ser abnegados, mansos y humildes de corazón. Debían andar en la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario, si querían participar en el don de la vida y la gloria del cielo" (Elena G. de White - DTG 355-356).

"En su vida y sus lecciones, Cristo dió un ejemplo perfecto del ministerio abnegado que tiene su origen en Dios. Dios no vive para sí. Al crear el mundo y al sostener todas las cosas, está sirviendo constantemente a otros. El "hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos." Este ideal de ministerio fué confiado por Dios a su Hijo. Jesús fué dado para que estuviese a la cabeza de la humanidad, a fin de que por su ejemplo pudiese enseñar lo que significa servir. Toda su vida fué regida por una ley de servicio. Sirvió y ministró a todos. Así vivió la ley de Dios, y por su ejemplo nos mostró cómo debemos obedecerla nosotros" (Elena G. de White - DTG 604).

### ***No dará sabiduría y poder para obedecer y para servir***

"Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza. Pero no hemos de colocar la responsabilidad de nuestro deber en otros, y esperar que ellos nos digan lo que debemos hacer. No podemos depender de la humanidad para obtener consejos. El Señor nos enseñará nuestro deber tan voluntariamente como a alguna otra persona. Si acudimos a él con fe, nos dirá sus misterios a nosotros personalmente. Nuestro corazón arderá con frecuencia en nosotros mismos cuando él se ponga en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc. Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrada a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir.

Y recibirán no solamente sabiduría, sino fuerza. Se les impartirá poder para obedecer, para servir, según lo prometió Cristo. Cuanto se dió a Cristo—todas las cosas destinadas a suplir la necesidad de los hombres caídos, —se le dió como a la cabeza y representante de la humanidad. “Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (Elena G. de White - DTG 622).

### ***Sabiduría, mansedumbre y humildad***

“En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (Elena G. de White - CS 681).

### ***Santidad, benevolencia y compasión***

“En esto es glorificado mi Padre—dijo Jesús, —en que llevéis mucho fruto.” Dios desea manifestar por vosotros la santidad, la benevolencia, la compasión de su propio carácter. Sin embargo, el Salvador no invita a los discípulos a trabajar para llevar fruto. Les dice que permanezcan en él. “Si estuviereis en mí—dice él,—y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiereis, y os será hecho.” Por la Palabra es como Cristo mora en sus seguidores” (Elena G. de White - DTG 631).

### ***Santidad y pureza***

"Aprecie aquellas cosas que son verdaderas, honestas, justas, puras, amables y de buen nombre; pero deseche lo que no se parezca a nuestro Redentor. El egoísmo es acariciado hasta un extremo que pocos advierten; guárdese contra éste en todo tiempo y lugar. No excuse ningún error suyo... Toda alma que gane la vida eterna debe ser como Cristo: santa, inmaculada, pura, separada de los pecadores" (Elena G. de White - Review and Herald, 3 de junio, 1884).

### ***Mansedumbre y conducta intachable***

“El espíritu y el carácter de Cristo se manifiestan en los escogidos de Dios mediante su conversación celestial, su mansedumbre y su conducta intachable. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Elena G. de White - Cada Día con Dios 157).

### ***Longanimidad, amor, santidad, mansedumbre, misericordia y verdad***

(Viene hablando del evangelio) “En Cristo está la ternura del pastor, el afecto del padre y la incomparable gracia del Salvador compasivo. El presenta sus bendiciones en los términos más seductores. No se conforma con anunciar simplemente estas bendiciones; las ofrece de la manera más atrayente, para excitar el deseo de poseerlas. Así han de presentar sus siervos las riquezas de la gloria del don inefable. El maravilloso amor de Cristo enternecerá y subyugará los corazones

cuando la simple exposición de las doctrinas no lograría nada. “Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios.” “Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sión; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalem; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Veis aquí el Dios vuestro! ... Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo cogerá los corderos, y en su seno los llevará.” Hablad al pueblo de Aquel que es “señalado entre diez mil,” y “todo él codiciable.

Las palabras solas no lo pueden contar. Refléjese en el carácter y manifiéstese en la vida. Cristo está retratándose en cada discípulo. Dios ha predestinado a cada uno a ser conforme “a la imagen de su Hijo.” En cada uno, el longánime amor de Cristo, su santidad, mansedumbre, misericordia y verdad, han de manifestarse al mundo” (Elena G. de White - DTG 766-767).

### ***Sinceridad, abnegación y piedad***

"El carácter es poder. El testimonio silencioso de una vida sincera, abnegada y piadosa, tiene una influencia casi irresistible. Al revelar en nuestra propia vida el carácter de Cristo, cooperamos con él en la obra de salvar almas. Solamente revelando en nuestra vida su carácter, podemos cooperar con él. Y cuanto más amplia es la esfera de nuestra influencia, mayor bien podemos hacer. Cuando los que profesan servir a Dios sigan el ejemplo de Cristo practicando los principios de la ley en su vida diaria; cuando cada acto dé testimonio de que aman a Dios más que todas las cosas y a su prójimo como a sí mismos, entonces la iglesia tendrá poder para conmover al mundo" (Elena G. de White – PVGM 275).

### ***Libertad, pureza y santidad***

“El Salvador anhela manifestar su gracia e imprimir su carácter en el mundo entero. Es su posesión comprada, y anhela hacer a los hombres libres, puros y santos. Aunque Satanás obra para impedir este propósito, por la sangre derramada para el mundo hay triunfos que han de lograrse y que reportarán gloria a Dios y al Cordero. Cristo no quedará satisfecho hasta que la victoria sea completa, y él vea “del trabajo de su alma... y será saciado.” Todas las naciones de la tierra oirán el Evangelio de su gracia. No todos recibirán su gracia; pero “la posteridad le servirá; será ella contada por una generación de Jehová.” “El reino, y el dominio, y el señorío de los reinos por debajo de todos los cielos, será dado al pueblo de los santos del Altísimo,” y “la tierra será llena del conocimiento de Dios, doctrinada a todas las naciones de Jehová, como cubren la mar las aguas.” “Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria” (Elena G. de White - DTG 768).

### ***Santidad, refinamiento y nobleza***

“Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

### ***Nobleza y pureza***

“Lo que Cristo fue en la naturaleza humana, Dios espera que sean sus discípulos. Con su fuerza hemos de vivir la vida de nobleza y pureza que el Salvador vivió” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 75-76).

“Tomando la humanidad sobre Sí, Cristo vino para ser uno con la humanidad... Él fue hecho en todas las cosas como Sus hermanos. Él se hizo carne, así como nosotros lo somos... En Su fuerza los hombres y mujeres pueden vivir la vida de pureza y nobleza que Él vivió” (Elena G. de White - Mensaje 124, 1903, pág. 111).

### ***Pureza, mansedumbre, tranquilidad, humildad, seriedad, discreción, piedad, la mundanalidad era puesta a un lado***

“Estos creyentes hacían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida, como nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos, así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecieran, y aborrecían lo que antes amaran. Los orgullosos y tercos se volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban el adorno “exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; La verdadera conversión es esencial esa es la hermosura en la presencia de Dios - 1 Pedro 3:3, 4 V. Nácar-Colunga” (Elena G. de White - CS 514-515).

### ***Pureza y santidad***

"Estas promesas son la seguridad de que por la influencia del Espíritu Santo somos fortalecidos para llegar a ser como Dios en carácter. Al contemplar su pureza y santidad, somos partícipes de su naturaleza, y vencemos el egoísmo del corazón natural. Hay un poder en la verdad que siempre funcionará si el agente humano coopera de todo corazón, al dejarse atraer por la fe en sujeción a Jesucristo. Las virtudes y las excelencias del Salvador llegan a ser el sabor del ser entero" (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de septiembre, 1900).

"Solo la gracia de Cristo puede cambiar vuestro corazón, y entonces reflejaréis la imagen del Señor Jesús. Dios os insta a que seáis como él: puros, santos e inmaculados. Hemos de llevar la imagen divina (Elena G. de White - Mente, carácter y personalidad, tomo 2, p. 600).

“Jesús ha dado a la niñez y a la juventud un ejemplo perfecto. Estudiad la norma, Cristo Jesús, y copiadla si queréis ser Como él: puros, santos, sin pecado, y sin contaminación” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 267).

“Dios hizo por nosotros lo mejor que él podía hacer, enviando desde el cielo al ser inmaculado para manifestar a este mundo de pecado lo que aquellos que son salvados deben ser en carácter: puros, santos, e inmaculados, teniendo a Cristo formado en ellos. Él envió su ideal en la persona

de su Hijo, y pidió a los hombres que edificaran caracteres en armonía con este ideal” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 149).

***Fe, poder, ciencia, templanza, paciencia, piedad, fraternidad y amor***

“Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado de hombre perfecto;” crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” El apóstol San Pablo dice: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3:13, 14. Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca - 2 Pedro 1:5-10” (VM) (Elena G. de White - CS 523-524).

***Cristianos verdaderos, consecuentes, rectos, amables, reflexivos, tolerantes y puros***

"Dios nos ayuda a ser cristianos verdaderos, consecuentes hoy, consecuentes mañana, rectos al actuar, amables al hablar, puros de pensamiento. El cristiano verdadero vive la vida de Cristo. En todas sus transacciones levanta la bandera de la cruz. Si es mal entendido, no se ofende sino que prosigue haciendo el bien. Es amable, reflexivo y tolerante. Se examina minuciosamente, no sea que por sus palabras o sus hechos niegue a su Señor. Elige el camino de Dios. Cada día ministra desinteresadamente a los demás. La luz que hay en él brilla cada vez más, y aun así lucha con su lengua. Día tras día, inconscientemente, está obrando delante de los ángeles y de los hombres un grande y sublime experimento. Manifiesta lo que el evangelio puede hacer por los seres humanos caídos (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de julio, 1901).

***Luz, regocijo, pureza, libertad, perfecta paz, amor perfecto y perfecta seguridad***

“La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendecido con la presencia de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del salvador produce un resplandor de perfecta paz, y amor perfecto, de perfecta seguridad” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 286).

Debemos entender claramente algo: la ley de Dios es el reflejo de su carácter. Debemos entender esto o podemos confundirnos. Los invito a estudiar mi estudio sobre el carácter de Dios, en el cual queda claro que la ley de Dios no es ni más ni menos que su carácter puesto sobre tablas de piedra.

Ahora, si vamos a recibir a través de la obra del Espíritu Santo el poder para llegar a estar revestidos de la justicia de Dios, si vamos a participar de la naturaleza divina como lo hizo Cristo, y si esta obra terminará cuando reflejemos perfectamente la imagen de Dios, no deberíamos tener problemas para divisar que esa ley, ese carácter transformado en ley, será nuestro carácter.

Y si ahora es nuestro carácter, reflejaremos los atributos de ese carácter, y por ende guardaremos toda la ley de Dios:

### ***Los atributos de la ley son los atributos de quienes guardan esa ley***

“Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

“Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

### **Conclusión**

Hermanos, necesitamos entender estos temas y ser fieles hasta el fin en la consecución de un carácter como el de Cristo:

“El día viene, y está cercano, cuando cada fase del carácter se revelará por medio de tentaciones especiales. Los que permanezcan fieles a los principios, que ejerzan fe hasta el fin, serán los que habrán permanecido fieles bajo las pruebas durante el tiempo de gracia, y que habrán formado caracteres a la semejanza de Cristo. Los que han cultivado una estrecha relación con Cristo, mediante su sabiduría y gracia, son los participantes de la naturaleza divina. Pero ningún ser humano puede darle a otro devoción del corazón y nobles cualidades de la mente, y suplir sus deficiencias con poder moral” (Elena G. de White - The Youth’s Instructor, 16 de enero de 1896. AFC 349.1).

Hemos aprendido como se recibe el carácter de Cristo, una obra maravillosa del Espíritu Santo implantando a Cristo en nosotros. Y si Cristo vive ahora en nosotros, podemos hacer sus obras, podemos mostrar sus atributos de carácter al mundo. Esta será la obra de la que habla Apocalipsis 14 cuando dice “Dadle gloria”, cuando reflejemos su carácter al mundo la gloria de Dios brillará a través de estos pobres instrumentos humanos, que gracias a los méritos de Cristo y el poder que envió desde lo alto, pueden reflejar esa luz final al mundo. Esta es la manera en que podemos apresurar la venida del Señor.

En el próximo capítulo miraremos más de cerca, para descubrir si toda esta transformación y poder es suficiente para que el hombre guarde los mandamientos y deje de pecar definitivamente.

## Capítulo 7

### ¿SE PUEDE DEJAR DE PECAR RECIBIENDO EL CARÁCTER DE CRISTO?

**Versículo clave:** *“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. <sup>2</sup>Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. <sup>3</sup>Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. <sup>4</sup>El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; <sup>5</sup>pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. <sup>6</sup>El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1Juan 2:1-6).*

"Que los que trabajan para Cristo mantengan sus principios puros. Que la vida no esté contaminada por ninguna práctica profana. Todo el cielo está interesado en la restauración de la imagen moral de Dios en el hombre. Todo el cielo está trabajando para conseguir ese fin. Dios y los santos ángeles tienen un intenso deseo de que los seres humanos alcancen la medida de la perfección por la que Cristo murió para que fuera posible que ellos la alcanzaran" (Elena G. de White – En lugares celestiales, p.286).

Es importante que recordemos en las siguientes citas, que es lo que demandó, demanda y demandará la ley del ser humano:

#### **La ley requiere justicia, una vida justa y un carácter perfecto (Y el hombre no lo tenía para darlo)**

“Este mismo pacto le fue renovado a Abrahán en la promesa: “En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra.” Génesis 22:18. Esta promesa dirigía los pensamientos hacia Cristo. Así la entendió Abrahán. (Véase Gálatas 3:8, 16), y confió en Cristo para obtener el perdón de sus pecados. Fue esta fe la que se le contó como justicia. El pacto con Abrahán también mantuvo la autoridad de la ley de Dios. El Señor se le apareció y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto.” El testimonio de Dios respecto a su siervo fiel fue: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes,” y el Señor le declaró: “Estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu simiente después de ti en sus generaciones, por alianza perpetua, para serte a ti por Dios, y a tu simiente después de ti - Génesis 17:1, 7; 26:5” (Elena G. de White - PP 387).

“Así andarás por el camino de los buenos, Y seguirás las veredas de los justos; <sup>21</sup>Porque los rectos habitarán la tierra, Y los perfectos permanecerán en ella, <sup>22</sup>Mas los impíos serán cortados de la tierra, Y los prevaricadores serán de ella desarraigados” (Proverbios 2:20-22).

“La justicia del perfecto enderezará su camino; Mas el impío por su impiedad caerá. <sup>6</sup>La justicia de los rectos los librará; Mas los pecadores serán atrapados en su pecado” (Proverbios 11:5-6).

“Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas, y te edifique la casa para la cual yo he hecho preparativos” (1Crónicas 29:19).

“Y estas mis palabras con que he orado delante de Jehová, estén cerca de Jehová nuestro Dios de día y de noche, para que él proteja la causa de su siervo y de su pueblo Israel, cada cosa en su tiempo; a fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro. Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy” (1Reyes 8:59-61).

“Bienaventurados los perfectos de camino, Los que andan en la ley de Jehová. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, Y con todo el corazón le buscan; Pues no hacen iniquidad Los que andan en sus caminos. Tú encargaste Que sean muy guardados tus mandamientos. ¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos Para guardar tus estatutos! Entonces no sería yo avergonzado, Cuando atendiese a todos tus mandamientos. Te alabaré con rectitud de corazón Cuando aprendiere tus justos juicios. Tus estatutos guardaré; No me dejes enteramente” (Salmos 119:1-8).

“Mientras que los mismos padres no anden conforme a la ley del Señor con corazón perfecto, no estarán preparados para “mandar a sus hijos después de sí” (Elena G. de White - PP 139).

“La ley de Dios es tan santa como El, tan perfecta como El. Presenta a los hombres la justicia de Dios” (Elena G. de White - DMJ 50).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“El Señor no requiere menos del alma ahora que lo que requirió de Adán en el paraíso antes de la caída: perfecta obediencia, justicia impecable. Lo que Dios requiere bajo el pacto de la gracia es tan amplio como lo que requirió en el paraíso. Armonía con su ley que es santa y justa y buena. El evangelio no debilita las demandas de la ley. Exalta la ley y la hace honorable. En el nuevo testamento no se requiere menos de lo que se requería en el antiguo testamento” (Elena G. de White - MS tomo 1 439).

“La ley de Dios no se conformará con nada que no sea la perfección, una obediencia perfecta y completa a todos sus requerimientos. De nada valdrá cumplirlos a medias, y no prestar una obediencia perfecta y cabal” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 pág. 165).

“Nadie preste oídos al engaño tan agradable al corazón humano de que Dios aceptará la sinceridad, no importa cuál sea la fe, no importa cuán imperfecta sea la vida. Dios requiere de sus hijos perfecta obediencia” (Elena G. de White - 1MS:438-439).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“A todo el que se rinde completamente a Dios, se le da el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo... Dios requiere de nosotros perfecta obediencia. Debemos purificarnos a nosotros mismos, como él es puro. Al guardar sus mandamientos, hemos de revelar

nuestro amor por el Supremo Gobernador del universo” (Elena G. de White - Review and Herald, 27 de septiembre de 1906, p. 8).

“El primer paso hacia la reconciliación con Dios, es la convicción del pecado. “El pecado es transgresión de la ley.” “Por la ley es el conocimiento del pecado.” 1 Juan 3:4; Romanos 3:20. Para reconocer su culpabilidad, el pecador debe medir su carácter por la gran norma de justicia que Dios dio al hombre. Es un espejo que le muestra la imagen de un carácter perfecto y justo, y le permite discernir los defectos de su propio carácter” (Elena G. de White - CS 521-522).

"En sus enseñanzas, Cristo mostró cuán abarcentes son los principios de la ley pronunciados desde el Sinaí. Hizo una aplicación viviente de aquella ley cuyos principios permanecen para siempre como la gran norma de justicia: la norma por la cual serán juzgados todos en aquel gran día, cuando el juez se sienta y se abran los libros. Él vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios. Mediante la medida de su gracia proporcionada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. Todo el que se esfuerza puede alcanzar la perfección del carácter. Esto se convierte en el fundamento mismo del nuevo pacto del evangelio. La ley de Jehová es el árbol. El evangelio está constituido por las fragantes flores y los frutos que lleva" (Elena G. de White – La maravillosa gracia, p. 141).

“Dios espera de nosotros una perfecta obediencia a su ley. Esta ley es el eco de su voz que nos dice: Santos, sí, siempre más santos. Desead la plenitud de la gracia de Cristo, sí, anhelad—sentid hambre y sed—la justicia. La promesa es: “Y os hartaréis”. Que vuestro corazón se llene del anhelo de su justicia.

Dios ha declarado llanamente que espera que seamos perfectos, y debido a que espera esto, él ha hecho provisión para que seamos participantes de la naturaleza divina. Únicamente así tendremos éxito en la lucha por la vida eterna. Se concede poder mediante Cristo. “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre - Juan 1:12” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 215).

“Ante nosotros está la posibilidad de ser obedientes como Cristo, a todos los principios de la ley de Dios. Pero somos extremadamente incapaces de alcanzar por nosotros mismos esa condición. Todo lo que es bueno en el hombre le llega mediante Cristo” (Elena G. de White - RH 15 marzo 1906).

“Puesto que somos pecadores y malos, no podemos obedecer perfectamente una ley santa. No tenemos por nosotros mismos justicia con que cumplir lo que la ley de Dios demanda. Más Cristo nos ha preparado una vía de escape. Vivió sobre la tierra en medio de pruebas y tentaciones tales como las que nosotros tenemos que arrostrar. Sin embargo, su vida fue impecable. Murió por nosotros y ahora ofrece quitarnos nuestros pecados y vestirnos de su justicia. Si os entregáis a él y lo aceptáis como vuestro Salvador, por pecaminosa que haya sido vuestra vida, seréis contados entre los justos por consideración a él. El carácter de Cristo toma el lugar del vuestro, y vosotros sois aceptados por Dios como sino hubierais pecado” (Elena G. de White – CC 62).

“Dios exige que sus hijos sean perfectos. Su ley es una copia de su propio carácter, y es la norma de todo carácter. Esta norma infinita es presentada a todos a fin de que no haya equivocación respecto a la clase de personas con las cuales Dios ha de formar su reino. La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios.

Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo. Vestidos con el glorioso manto de la justicia de Cristo, poseen un lugar en el banquete del Rey. Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre" (Elena G. de White - PVGM 255.4).

"Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debiéramos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos" (Elena G. de White – Palabras de vida del gran Maestro, p. 265).

"Dios exige que sus hijos sean perfectos. Su ley es una copia de su propio carácter, y es la norma de todo carácter. Esta norma infinita es presentada a todos a fin de que no haya equivocación respecto a la clase de personas con las cuales Dios ha de formar su reino. La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios. Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo. Vestidos con el glorioso manto de la justicia de Cristo, poseen un lugar en el banquete del Rey. Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre" (Elena G. de White - PVGM 255.4).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

"Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser

alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“Pero orar en nombre de Cristo significa mucho. Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras. La promesa del Salvador se nos da bajo cierta condición. “Si me amáis—dice, —guardad mis mandamientos.” El salva a los hombres no en el pecado, sino del pecado; y los que le aman mostrarán su amor obedeciéndole” (Elena G. de White - DTG 621).

“Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.

Al cumplir “toda justicia”, Cristo no llevó la justicia a un fin. Cumplió todas las exigencias de Dios en arrepentimiento, fe y bautismo, los pasos en la gracia en la conversión genuina. En su humanidad, Cristo colmó la medida de las exigencias de la ley. Fue la cabeza de la humanidad, su sustituto y garante. Los seres humanos, al unir su debilidad a la naturaleza divina de Cristo, pueden llegar a ser participantes de su carácter.

Cristo vino para dar un ejemplo de perfecta conformidad con la ley de Dios, tal como se requiere de todos, desde Adán, el primer hombre, hasta la última persona que viva en la tierra. Declaró que su misión no consistía en destruir la ley sino en cumplirla mediante una perfecta y cabal obediencia.

De esa manera, la magnificó y engrandeció. Por medio de su vida manifestó su naturaleza espiritual. A la vista de los seres celestiales, de los mundos que no han caído y de un mundo desobediente, desagradecido e impío, él cumplió los abarcantes principios de la ley. Vino para demostrar el hecho de que la humanidad, aliada por la fe viviente con la Deidad, puede guardar los mandamientos de Dios.

Las ofrendas simbólicas señalaban a Cristo, y cuando se hizo el sacrificio perfecto, las ofrendas por los sacrificios ya no eran más aceptables para Dios. El tipo se encontró con el antitipo en la muerte del unigénito Hijo de Dios. Vino para poner en claro el carácter inmutable de la ley de Dios, para declarar que la obediencia y la transgresión nunca serán premiadas por Dios con la vida eterna. Vino como hombre a la humanidad, para que ésta pudiera tocar la humanidad.

Pero en ningún caso vino para disminuir la obligación de los mortales de ser perfectamente obedientes. No destruyó la validez de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cumplió lo que había sido predicho por Dios mismo. Vino, no para liberar a los seres humanos de los requerimientos de la ley, sino para abrir un camino por medio del cual pudieran obedecer esa ley y enseñar a otros a hacer lo mismo” (Elena G. de White - Manuscript Releases, 292, 293 – Ser semejante a Jesús 10 de diciembre).

“El amor de Dios no Lo lleva a disculpar el pecado. No lo disculpó en Satanás; no lo excusó en Adán o en Caín; ni lo disculpará en cualquier otro hombre. No tolerará nuestros pecados, y no pasará por sobre nuestros defectos de carácter. Espera que venzamos en Su nombre” (Elena G. de White - PVGM, pág. 316).

“Sólo podremos vencer en la forma como Cristo lo hizo: Al obedecer de todo corazón cada mandamiento de Dios. La verdadera religión consiste en obedecer todos los mandamientos de Dios” (Elena G. de White - Cada día con Dios pág. 320).

“Cristo vino para dar un ejemplo de perfecta conformidad con la ley de Dios, tal como se requiere de todos, desde Adán, el primer hombre, hasta la última persona que viva en la tierra. Declaró que su misión no consistía en destruir la ley sino en cumplirla mediante una perfecta y cabal obediencia” (Elena G. de White - SSJ 351.3).

“Cuando Moisés estaba por construir el santuario como morada de Dios, se le indicó que hiciese todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le mostrara en el monte. Moisés estaba lleno de celo para hacer la obra de Dios; los hombres más talentosos y hábiles estaban a su disposición para ejecutar sus sugerencias. Sin embargo, no había de hacer una campana, una granada, una borla, una franja, una cortina o cualquier vaso del santuario sin que estuviese de acuerdo con el modelo que le había sido mostrado. Dios le llamó al monte y le reveló las cosas celestiales. El Señor le cubrió de su gloria para que pudiese ver el modelo, y de acuerdo con éste se hicieron todas las cosas. Así también Dios, deseoso de hacer de Israel su morada, le había revelado su glorioso ideal del carácter. Le mostró el modelo en el monte cuando le dió la ley desde el Sinaí, y cuando pasó delante de Moisés y proclamó: “Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso, y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado.”

Israel había preferido sus propios caminos. No había edificado de acuerdo con el dechado; pero Cristo, el verdadero templo para morada de Dios, modeló todo detalle de su vida terrenal de acuerdo con el ideal de Dios. Dijo: “Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.” Así también nuestro carácter debe ser edificado “para morada de Dios en Espíritu.” Y hemos de hacer todas las cosas de acuerdo con el Modelo, a saber Aquel que “padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas” (Elena G. de White - DTG 179).

“Satanás seduce hoy día a los hombres como sedujo a Eva en el Edén, lisonjeándolos, alentando en ellos el deseo de conocimientos prohibidos y despertando en ellos la ambición de exaltarse a sí mismos. Fue alimentando esos males cómo cayó él mismo, y por ellos trata de acarrear la ruina de los hombres. “Y seréis como Dios— dijo él, —conocedores del bien y del mal.” Génesis 3:5 (VM). El espiritismo enseña “que el hombre es un ser susceptible de adelanto; que su destino consiste en progresar desde su nacimiento, aun hasta la eternidad, hacia la divinidad.” Y además que “cada inteligencia se juzgará a sí misma y no será juzgada por otra.” “El juicio será justo, porque será el juicio que uno haga de sí mismo... El tribunal está interiormente en vosotros.” Un maestro espiritista dijo cuando “la conciencia espiritual” se despertó en él: “Todos mis semejantes eran semidioses no caídos.” Y otro dice: “Todo ser justo y perfecto es Cristo.”

Así, en lugar de la justicia y perfección del Dios infinito que es el verdadero objeto de la adoración; en lugar de la justicia perfecta de la ley, que es el verdadero modelo de la perfección humana, Satanás ha colocado la naturaleza pecadora del hombre sujeto al error, como único objeto de adoración, única regla del juicio o modelo del carácter. Eso no es progreso, sino retroceso” (Elena G. de White - CS 610-611).

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Más si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No

hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible" (Mateo 19:16-26).

"Juan había de salir como mensajero de Jehová, para comunicar a los hombres la luz de Dios. Debía dar una nueva dirección a sus pensamientos. Debía hacerles sentir la santidad de los requerimientos de Dios, y su necesidad de la perfecta justicia divina. Un mensajero tal debía ser santo. Debía ser templo del Espíritu de Dios. A fin de cumplir su misión, debía tener una constitución física sana, y fuerza mental y espiritual. Por lo tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y pasiones. Debía poder dominar todas sus facultades, para poder permanecer entre los hombres tan inmovible frente a las circunstancias que le rodeasen como las rocas y montañas del desierto" (Elena G. de White - DTG 75).

"Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece.

Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: "Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí." Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia" (Elena G. de White - CS 680-681).

"El sello del Dios viviente solo será colocado sobre los que son semejantes a Cristo en carácter... La cera recibe la impresión del sello, y así también el alma debe recibir la impresión del Espíritu de Dios y conservar la imagen de Cristo... Muchos no recibirán el sello de Dios porque no guardan sus mandamientos ni dan los frutos de justicia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 980).

"El carácter es poder. El testimonio silencioso de una vida sincera, abnegada y piadosa, tiene una influencia casi irresistible. Al revelar en nuestra propia vida el carácter de Cristo, cooperamos con él en la obra de salvar almas. Solamente revelando en nuestra vida su carácter, podemos cooperar con él. Y cuanto más amplia es la esfera de nuestra influencia, mayor bien podemos hacer. Cuando los que profesan servir a Dios sigan el ejemplo de Cristo practicando los principios de la ley en su vida diaria; cuando cada acto dé testimonio de que aman a Dios más que todas las cosas y a su prójimo como a sí mismos, entonces la iglesia tendrá poder para conmover al mundo" (Elena G. de White – PVGM 275).

"La obediencia mediante Jesucristo le da al hombre perfección de carácter y el derecho a participar del árbol de la vida" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

(Contexto: los que están dentro de la Nueva Jerusalén en el juicio de los perdidos, cuando estos están a punto de atacar la ciudad) “Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con rotunda e intensa devoción.

Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la incredulidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas... de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos.” Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. Disputaron el premio de la carrera y lo alcanzaron. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos” (Elena G. de White - CS 723).

“Cristo quiere que estén representados en su iglesia en la tierra el orden celestial, el plan de gobierno celestial, la armonía divina del cielo. Así queda glorificado en los suyos. Mediante ellos resplandecerá ante el mundo el Sol de justicia con un brillo que no se empañará. Cristo dio a su iglesia amplias facilidades, a fin de recibir ingente rédito de gloria de su posesión comprada y redimida. Ha otorgado a los suyos capacidades y bendiciones para que representen su propia suficiencia. La iglesia dotada de la justicia de Cristo es su depositaria, en la cual las riquezas de su misericordia y su gracia y su amor han de aparecer en plena y final manifestación. Cristo mira a su pueblo en su pureza y perfección como la recompensa de su humillación y el suplemento de su gloria, siendo él mismo el gran Centro, del cual irradia toda gloria” (Elena G. de White - DTG 634).

“Unos pocos, si, solo unos pocos de entre el gran número de habitantes de la tierra serán salvados para vida eterna, mientras que las masas que no han perfeccionado sus almas en la obediencia de la verdad serán destinadas a la segunda muerte” (Elena G. de White - Testimonies of the Church 2 - 358).

Cada uno que por la fe obedece los mandamientos de Dios alcanzará la condición de impecabilidad en la cual Adán vivió antes de su transgresión (Elena G. de White - Signs of the Times 23 07 1902).

Como vimos en las citas anteriores el hombre necesita guardar la ley, es una condición de la salvación, y como estuvimos viendo hasta aquí, es una obra de Dios con la aceptación del hombre. Veremos en varias citas que la pretensión de que el hombre no puede guardar la ley es de origen satánico.

Pero Cristo vino en nuestra ayuda, él debía convertirse en hombre, un hombre como nosotros (pueden ver sobre la humanidad de Cristo y su igualdad con nosotros en cuanto a naturaleza en mi compilación sobre el tema), para reiniciar el camino que había dejado trunco Adán, debía empezar donde él había caído, con nuestra misma naturaleza pecaminosa (no pecadora, son dos cosas muy diferentes), y tejer desde allí un carácter perfecto, para luego reproducirlo de la misma manera en los creyentes:

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se

hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado” (Hebreos 10:1-18).

### **Cristo vino a desarrollar un carácter perfecto para ofrecérselo al hombre (Un carácter que recibe los atributos de Dios y entonces puede guardar la ley)**

"Andar en la luz significa ser decidido, pensar, ejercer fuerza de voluntad, en un ferviente intento de representar a Cristo en la dulzura de su carácter. Significa apartar toda lóbreguez. No debéis descansar satisfechos diciendo solamente: 'Soy un hijo de Dios'. ¿Estáis contemplando a Jesús, y al contemplarlo, os estáis transformando a su semejanza? Caminar en luz significa avanzar en el desarrollo de los dones espirituales. Pablo declaró: 'No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; pero... olvidando ciertamente lo que queda atrás', al contemplar constantemente el Modelo, me extendiendo 'a lo que esta adelante'. Caminar en la luz significa caminar 'rectamente', caminar 'en la ley de Jehová', caminar 'por fe', caminar 'en el Espíritu', caminar 'en tu verdad', caminar 'en amor', caminar 'en novedad de vida'. Esto es perfeccionar la santificación en temor de Dios (Elena G. de White - Hijos e hijas de Dios, p. 202).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White – DTG 710-711).

“Vino a nuestro mundo a mantener un carácter puro e impecable, y a refutar la mentira de Satanás de que no era posible que los seres humanos guardaran la ley de Dios. Cristo vino a vivir la ley en su carácter humano, exactamente de la misma manera en que todos pueden cumplirla en la naturaleza humana si hacen lo que Cristo hizo” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 146).

“La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

Santificalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

“Cristo imputa su perfección y justicia al pecador creyente que no continúa en el pecado, sino que se aparta de la transgresión para obedecer los mandamientos” (Elena G. de White - The Review and Herald, 23 de mayo de 1899).

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

"Cristo no olvidó a Juan. En la prisión solitaria se manifestó a él, mostrándole que pronto él mismo sufriría una muerte de mucha vergüenza e ignominia. No solo eso, sino que habría de llevar la pena de la transgresión de la ley de Dios, no para darles a los hombres la libertad para continuar en el pecado, sino para quitarles su inclinación al pecado, para que no desearan transgredir. Aquellos que reciben a Cristo son obedientes a sus mandamientos, porque su mente les es dada a ellos. Él los imbuye con su espíritu de obediencia, y ellos retornan a su (condición de) lealtad" (Elena G. de White – The Youth's Instructor, 6 de abril, 1899).

"¿Qué significa servir a Dios? Significa parecerse a él en carácter, imitarlo. Servir a Dios es obedecerlo, guardar sus mandamientos, hacer una confesión abierta de nuestra posición, no bajo la negra bandera del gran apóstata sino bajo la bandera teñida de sangre del Príncipe Emanuel. Los que sirven a Dios se esfuerzan seriamente por obedecer su voluntad. Así demuestran a cuál ejército pertenecen" (Elena G. de White - Signs of the Times, 1 de febrero, 1899).

"La verdadera religión es la imitación de Cristo. Los que son seguidores de Cristo se negarán a sí mismos, tomarán la cruz de Cristo y caminarán en sus pisadas. Seguir a Cristo significa obediencia a todos sus mandamientos. De ningún soldado se puede decir que obedece a su comandante si no obedece sus órdenes. Cristo es nuestro modelo. Imitar a Jesús, lleno de amor, ternura y compasión, exige que nos acerquemos a él diariamente. ¡Oh, cuánto ha sido deshonrado Dios por sus falsos representantes!" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, p.960).

"Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación." Y ruega así: "El mismo Dios de paz os santifique del todo." 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

"Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad." Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: "Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad." Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: "Tu ley es la verdad." Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan." Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación" (Elena G. de White - CS 522-523).

"(Se cita Romanos 5:12, 18-19) El apóstol contrasta la desobediencia de Adán y la plena y completa obediencia de Cristo. ¡Pensad en lo que la obediencia de Cristo significa para nosotros! Significa que con la fortaleza de él nosotros también podemos obedecer. Cristo fue

un ser humano. Sirvió a su Padre celestial con toda la fortaleza de su naturaleza humana. Tiene una naturaleza doble: es al mismo tiempo humana y divina. Es tanto Dios como hombre. Cristo vino a este mundo para mostrarnos lo que Dios puede hacer y lo que nosotros podemos hacer en cooperación con Dios. Fue al desierto en la carne humana para ser tentado por el enemigo.

Sabe lo que es tener hambre y sed. Conoce las debilidades y flaquezas de la carne. Fue tentado en todo como nosotros somos tentados" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1073, 1074).

"Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza. Pero no hemos de colocar la responsabilidad de nuestro deber en otros, y esperar que ellos nos digan lo que debemos hacer. No podemos depender de la humanidad para obtener consejos. El Señor nos enseñará nuestro deber tan voluntariamente como a alguna otra persona. Si acudimos a él con fe, nos dirá sus misterios a nosotros personalmente. Nuestro corazón arderá con frecuencia en nosotros mismos cuando él se ponga en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc. Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrade a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir. Y recibirán no solamente sabiduría, sino fuerza. Se les impartirá poder para obedecer, para servir, según lo prometió Cristo. Cuanto se dió a Cristo—todas las cosas destinadas a suplir la necesidad de los hombres caídos, —se le dió como a la cabeza y representante de la humanidad. "Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (Elena G. de White - DTG 622).

"En su vida y sus lecciones, Cristo dió un ejemplo perfecto del ministerio abnegado que tiene su origen en Dios. Dios no vive para sí. Al crear el mundo y al sostener todas las cosas, está sirviendo constantemente a otros. El "hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos." Este ideal de ministerio fué confiado por Dios a su Hijo. Jesús fué dado para que estuviese a la cabeza de la humanidad, a fin de que por su ejemplo pudiese enseñar lo que significa servir. Toda su vida fué regida por una ley de servicio. Sirvió y ministró a todos. Así vivió la ley de Dios, y por su ejemplo nos mostró cómo debemos obedecerla nosotros" (Elena G. de White - DTG 604).

"La religión de Cristo es la sinceridad misma. El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo; y únicamente la obra eficaz del Espíritu puede implantar este motivo. Únicamente el poder de Dios puede desterrar el egoísmo y la hipocresía. Este cambio es la señal de su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la simulación, cuando nos induce a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del debido carácter. "Padre, glorifica tu nombre,"<sup>5</sup> fué el principio fundamental de la vida de Cristo; y si le seguimos, será el principio fundamental de nuestra vida. Nos ordena "andar como él anduvo;" "y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos" (Elena G. de White - DTG 376-377).

"La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente

humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

“Cristo vino a revelar a los mundos no caídos, a los ángeles y a la raza humana, que en la ley de Dios no hay restricción que no podamos obedecer. Vino a representar a Dios en la humanidad. Cumplió cada uno de los requerimientos que se nos pide obedecer” (Elena G. de White - El Cristo triunfante pág. 197).

“Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. “Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos.” Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue “tentado en todo punto, así como nosotros.” Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: “Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.” Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White – DTG 15-16).

“En el sermón del monte Cristo dijo: sed perfectos como Dios es perfecto... Nos pide que seamos perfectos como él, es decir de igual manera... En el sermón del monte Cristo está hablando de su justicia y de sus frutos... La vida de Cristo producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras... Así estaremos en armonía con cada precepto de la ley... Mediante el amor la justicia de la ley se cumplirá en nosotros” (Elena G. de White – DMJ 67, 68).

“El vestido de boda de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. A la iglesia “le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante”, “que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante”. El lino fino, dice la Escritura, “son las justificaciones de los santos”. Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal” (Elena G. de White – PVGM 252)

“Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza

la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto” (Elena G. de White - 1MS:463).

“Dios hizo por nosotros lo mejor que él podía hacer, enviando desde el cielo al ser inmaculado para manifestar a este mundo de pecado lo que aquellos que son salvados deben ser en carácter: puros, santos, e inmaculados, teniendo a Cristo formado en ellos. Él envió su ideal en la persona de su Hijo, y pidió a los hombres que edificaran caracteres en armonía con este ideal” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 149).

“Jesús ha dado a la niñez y a la juventud un ejemplo perfecto. Estudiad la norma, Cristo Jesús, y copiadla si queréis ser Como él: puros, santos, sin pecado, y sin contaminación” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 267).

"El hombre puede ser exaltado, ennoblecido por la obediencia a los mandamientos de Dios, y llegar a ser un ciudadano leal y verdadero de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar ante el mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades las que se presentan ante el agente humano caído! Que se rinda la perfecta obediencia a Dios por medio de la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al mundo el hecho de que Dios nos ama así como ama a Jesús" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1896).

“En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (Elena G. de White - CS 681).

"En la consecución de un carácter cristiano perfecto, es necesario el cultivo de la inteligencia, con el fin de que podamos comprender la revelación de la voluntad de Dios para nosotros. Esto no puede ser descuidado por quienes obedecen los mandamientos de Dios. En nuestras facultades intelectuales, contamos con el legado de Dios. Estas facultades no nos fueron dadas para el servicio propio, sino para el servicio de Dios; y han de ser tratadas como un poder superior, para regular las cosas del cuerpo. Se derivan de Dios, no se crearon a sí mismas, y deben ser consagradas a su trabajo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

"Pero no nos jactemos de nuestra santidad. Al tener una visión más clara del inmaculado carácter de Cristo y de su infinita pureza, nos sentiremos como Daniel cuando contempló la gloria del Señor, y dijo: 'Mi fuerza se cambió en desfallecimiento' (Daniel 10:8). No podremos decir: 'Yo soy impecable', hasta que este cuerpo vil sea transformado a la semejanza de su cuerpo glorioso. Pero si constantemente tratamos de seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar en pie delante del trono de Dios, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; completos en Cristo, vestidos con el manto de su justicia y perfección" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 405, 406).

"La ley de Dios es el espejo que le muestra al hombre los defectos de su carácter... El descubrimiento de estos defectos, ¿debiera inducirles a odiar el espejo o a odiarse a sí mismos? ¿Debieran rechazar el espejo que descubre sus defectos? No. Los pecados en que se complacen, los cuales el fiel espejo les muestra que existen en su carácter, les cerrarán los portales del cielo a menos que los desechen y lleguen a ser perfectos ante Dios... Por medio de la fe en Cristo es posible obedecer cada principio de la ley" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, pp. 1076, 1077).

"No podremos decir: yo soy impecable hasta que este cuerpo vil sea transformado a su semejanza de su cuerpo glorioso. Pero si constantemente tratamos de seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar en pie delante del trono de Dios sin mancha ni arruga ni cosa semejante, completos en Cristo, vestidos con el manto de su justicia y perfección" (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 407).

"La cruz del Calvario desafía, y finalmente vence todo poder terrenal y diabólico. En la cruz toda influencia se centra, y de ella toda influencia irradia. Es el gran centro de atracción; porque en ella Cristo dio su vida por la raza humana. Este sacrificio fue ofrecido con el propósito de restaurar al hombre a su original perfección. Además, fue ofrecido para darle una entera transformación de carácter, haciéndolo más que vencedor.

Los que en el poder de Cristo venzan al gran enemigo de Dios y del hombre, ocuparán una posición en las cortes celestiales por encima de los ángeles que nunca han caído. Cristo declara: 'Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.' Si la cruz no haya una influencia a su favor, genera una influencia. En toda generación subsiguiente, la verdad para este tiempo es revelada como verdad presente. Cristo en la cruz fue el medio por el que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron. Este es el medio que ha de mover al mundo" (Elena G. de White - S.D.A. Bible Commentary, tomo 5, pág. 1113).

"Él vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios. Mediante la medida de su gracia proporcionada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. Todo el que se esfuerza, puede alcanzar la perfección del carácter. Esto se convierte en el fundamento mismo del nuevo pacto del evangelio. La ley de Jehová es el árbol. El evangelio está constituido por las fragantes flores y los frutos que lleva" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

"Los sufrimientos y la muerte de Cristo han colocado la vida en él y a través de él en una base eterna de seguridad. Él tomó la naturaleza humana. Él se hizo carne como nosotros. A menudo estaba hambriento, sediento y cansado. Fue sostenido por el alimento y refrescado por el sueño. Sentía afecto natural; lo vemos llorar en simpatía por las penas de otros, y lamentando la retribución que vendría sobre Jerusalén por su impenitencia. Mientras estuvo en este mundo, Cristo vivió una vida de completa humanidad para poder ser el representante de la familia humana. Él fue tentado en todos los puntos como nosotros, para poder socorrer a los que son tentados. Como el Príncipe de la vida en carne humana, conoció al príncipe de las tinieblas, y al recorrer el terreno donde cayó Adán, él soportó toda prueba que Adán no pudo soportar. Él enfrentó y venció toda tentación que podía traerse contra la humanidad caída. Si no hubiese sido completamente humano, Cristo no podría haber sido nuestro sustituto. No podría haber logrado en humanidad tal perfección de carácter cuyo logro es el privilegio de todos. Él es la luz y la vida del mundo. Él vino a esta tierra a obrar a favor de los hombres, para que no estuviesen más bajo el control de agencias satánicas. Pero mientras llevaba la naturaleza humana, él dependía del

Omnipotente para vivir. En su humanidad, él se aferró a la divinidad de Dios, y todo miembro de la familia humana tiene el privilegio de hacer esto. Cristo no hizo nada que la naturaleza humana no pueda hacer si participa de la naturaleza divina" (Elena G. de White – Signs of the Times, 17 de junio, 1897).

“Cristo presenta delante de nosotros la más alta perfección del carácter cristiano, que deberíamos procurar alcanzar durante toda la vida... Pablo escribe acerca de esta perfección: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo... Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús...”. Filipenses 3:12-15. ¿Cómo podemos alcanzar la perfección especificada por nuestro Señor y Salvador Jesucristo: nuestro gran Maestro? ¿Podemos hacer frente a sus requisitos y alcanzar una norma tan elevada? Podemos, pues de lo contrario Cristo no nos lo hubiera ordenado. Él es nuestra justicia. En su humanidad, ha ido delante de nosotros y ha efectuado para nosotros la perfección del carácter. Hemos de tener la fe en él que obra por el amor y purifica el alma. La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados. Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos que no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza para realizar. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo. Nos ha asegurado que está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que lo piden, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos” (Elena G. de White - AFC 131.1).

### **Definitivamente debemos dejar de pecar**

“Limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios” (2Corintios 7:1).

“Misericordia y juicio cantaré; A ti cantaré yo, oh Jehová. Entenderé el camino de la perfección Cuando vengas a mí. En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa. No pondré delante de mis ojos cosa injusta. Aborrezco la obra de los que se desvían; Ninguno de ellos se acercará a mí. Corazón perverso se apartará de mí; No conoceré al malvado. Al que solapadamente infama a su prójimo, yo lo destruiré; No sufriré al de ojos altaneros y de corazón vanidoso. Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que estén conmigo; El que ande en el camino de la perfección, éste me servirá. No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; El que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos. De mañana destruiré a todos los impíos de la tierra, Para exterminar de la ciudad de Jehová a todos los que hagan iniquidad” (Salmos 101).

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2Corintios 7:1).

“La justicia del perfecto enderezará su camino; Mas el impío por su impiedad caerá. <sup>6</sup> La justicia de los rectos los libraré; Mas los pecadores serán atrapados en su pecado” (Proverbios 11:5-6).

"La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección. Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre, quien debe obtener su poder de Dios. Por

un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos, y por el otro, debilidad, perversidad, impotencia absoluta. Dios desea que tengamos dominio sobre nosotros mismos, pero no puede ayudarnos sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra por medio de los poderes y facultades otorgados al hombre. Por naturaleza, no estamos capacitados para armonizar nuestros propósitos, deseos e inclinaciones con la voluntad de Dios; pero si tenemos el deseo de que Dios cree en nosotros la voluntad, el Salvador lo efectuará por nosotros" (Elena G. de White - Hechos de los apóstoles, pp. 384, 385).

"Cristo conoce la fuerza de las tentaciones y el poder de ustedes para resistir. Su mano está siempre tendida con compasiva ternura hacia cada criatura que sufre. Dice a los tentados y desanimados: Hijo por quien he sufrido y muerto, ¿no puedes tener confianza en mí? "Como tus días serán tus fuerzas". Deuteronomio 33:25... No se puede describir con palabras el gozo y la paz del que acepta al pie de la letra lo que Dios dice. Las pruebas no lo perturban, los desaires no lo afectan. Ha crucificado al yo. Día tras día pueden hacerse sus deberes más abrumadores, sus tentaciones más fuertes, sus pruebas más severas; pero no vacila, pues recibe fuerza igual a su necesidad... Cristo no nos ha dado la seguridad de que sea asunto fácil lograr la perfección del carácter. Un carácter noble, completo, no se hereda. No lo recibimos accidentalmente. Un carácter noble se obtiene mediante esfuerzos individuales, realizados por los méritos y la gracia de Cristo. Dios da los talentos, las facultades mentales; nosotros formamos el carácter. Lo desarrollamos sosteniendo rudas y severas batallas contra el yo. Hay que sostener conflicto tras conflicto contra las tendencias hereditarias. Tendremos que criticarnos a nosotros mismos severamente, y no permitir que quede sin corregir un solo rasgo desfavorable" (Elena G. de White - SSJ 354.4).

"Cristo es nuestro modelo. Fue manso y humilde. Aprenda de él e imite su ejemplo. El Hijo de Dios era sin tacha. Debemos apuntar a esta perfección y vencer como él venció, si queremos sentarnos a su mano derecha" (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia tomo 3 369).

"Satanás había alardeado de que nadie podía soportar sus sortilegios y vivir una vida incorrupta en este mundo. Vestido de la naturaleza humana, el Redentor se sometió a sí mismo a todas las tentaciones con las que son asaltados los seres humanos, y venció en cada área. El registro de su vida es dado al mundo, para que nadie tenga que estar en duda respecto del poder de la gracia de Dios. Para cada alma que busca la perfección del carácter cristiano, este mundo se torna en un campo de batalla sobre el cual se libra la controversia entre el bien y el mal. Y todo el que confía en Cristo ganará la victoria" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 11, p. 213).

"Cristo está pronto a venir en las nubes del cielo, y debemos estar preparados para encontrarlo sin tener mancha, ni arruga ni cosa semejante... El poder transformador de Dios debe estar sobre nuestros corazones. Debemos estudiar la vida de Cristo e imitar el Modelo divino. Debemos espaciarnos en la perfección de su carácter y ser transformados a su imagen. Nadie entrará en el reino de Dios a menos que su voluntad sea puesta en cautividad a la voluntad de Cristo" (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

"Cristo tomó la humanidad y cargó con el odio del mundo para poder mostrar a los hombres y las mujeres que podían vivir sin pecado, que sus palabras, sus acciones y su espíritu podían ser consagradas a Dios. Podemos ser perfectos cristianos si manifestamos este poder en nuestras vidas" (Elena G. de White - Alza tus ojos 301).

"Los que sirven a Dios deberían apuntar a la perfección. Los hábitos incorrectos deben ser

vencidos. Los hábitos correctos deben ser formados. Bajo la disciplina del mayor Maestro que el mundo ha conocido alguna vez, los cristianos deben avanzar hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección. Esta es la orden de Dios, y nadie debería decir: no puedo hacerlo. En cambio, debería decir: 'Dios requiere que yo sea perfecto, y él me dará la fuerza para vencer todo lo que se interponga en el camino de la perfección'. Él es la fuente de toda sabiduría, de todo poder... El mundo ha establecido una norma para satisfacer las inclinaciones de los corazones no santificados, pero esta no es la norma de los que aman a Cristo. El Redentor los ha elegido del mundo, y les ha fijado su vida libre de pecado como norma. Los quiere elevar sobre toda nimiedad de palabra o acción... La victoria significa mucho más de lo que suponemos. Significa resistir al enemigo y aferrarnos a Dios. Significa tomar la cruz y seguir a Cristo, haciendo alegremente aquellas cosas que son contrarias a la inclinación natural. Cristo vino del cielo para mostrarnos cómo vivir una vida de sacrificio. En su fuerza hemos de ganar la perfección. Él ha hecho todo lo posible para que lo logremos, y cuando venga por segunda vez, nos preguntará por qué no hemos realizado su objetivo para nosotros. Día tras día, hora tras hora, nos estamos preparando para el juicio, decidiendo nuestro destino eterno... Ningún compromiso con el pecado podrá ser aceptado alguna vez por un Dios puro y santo. Ninguna conversión es genuina si no cambia radicalmente el corazón, el carácter, cada línea de conducta... Esta vida presente es solo nuestra escuela de formación. Aquí debemos ser purificados para que en la venida de Cristo podemos ser sin mancha ni arruga ni cosa semejante, preparados para recibir la herencia de los santos en luz" (Elena G. de White - Signs of the Times, 17 de julio, 1901).

"Los que piensan que están firmes porque tienen la verdad, experimentarán algunas terribles caídas; pero (los tales) no tienen la verdad como es en Jesús. Un momento de descuido puede sumir al alma en una ruina irremediable. Un pecado puede conducir al segundo, y el segundo prepara el camino para el tercero, y así sucesivamente. Como fieles mensajeros de Dios debemos rogarle constantemente que seamos guardados por su poder. Si nos apartamos una sola pulgada del deber, estamos en peligro de continuar en una conducta pecaminosa que termine en la perdición. Hay esperanza para cada uno de nosotros, pero solamente de una manera: aferrándonos a Cristo, ejerciendo toda energía para alcanzar la perfección de su carácter.

"La religión liviana que hace del pecado algo de poca gravedad y que constantemente se detiene en el amor de Dios hacia el pecador, anima a éste a creer que Dios lo salvará mientras continúa en el pecado, sabiendo que es pecado. Esta es la forma en que muchos proceden mientras profesan creer la verdad presente. La verdad está separada de sus vidas, y esa es la razón por la cual no tienen más poder para convencer y convertir el alma. Debe esforzarse todo nervio e intención y músculo para abandonar al mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus modas" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 175).

"Usted podrá decir que cree en Jesús cuando tenga una apreciación del costo de la salvación. Podrá hacer esta afirmación cuando sienta que Jesús murió por usted en la cruenta cruz del Calvario; cuando tenga una fe inteligente que le haga comprender que esa muerte hace posible que usted deje de pecar, y perfeccione un carácter por medio de la gracia de Dios, y que le es concedido como una adquisición de la sangre de Cristo" (Elena G. de White - Review and Herald, 24 de julio, 1888).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que

fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

“Los profesos cristianos se mantienen demasiado cerca de las cosas vulgares de la tierra. Sus ojos están acostumbrados a ver sólo las cosas comunes y sus mentes se complacen en las cosas que contemplan sus ojos. Su experiencia religiosa es a menudo superficial e insatisfactoria, y sus palabras son livianas y sin valor. ¿Cómo podrán los tales reflejar la imagen de Cristo? ...

El cielo está libre de todo pecado, de toda contaminación e impureza; y si deseamos vivir en su atmósfera, si deseamos contemplar la gloria de Cristo, debemos ser puros de corazón, perfectos de carácter por medio de su gracia y su justicia. No debemos embargarnos con placeres o diversiones, sino prepararnos para las gloriosas mansiones que Cristo ha ido a preparar para nosotros...

Cristo está pronto a venir en gloria; y cuando su majestad se revele, el mundo deseará haber tenido su favor. En ese momento, todos desearemos un lugar en las mansiones celestiales. Pero los que no confiesen a Cristo ahora en palabra, en vida, en carácter, no podrán esperar que él los reconozca delante de su Padre y de sus ángeles santos” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“Podemos alcanzar la excelencia y la perfección de carácter; podemos ir a través de este mundo sin ser manchados ni ennegrecidos por los pecados que lo infectan y lo corrompen; y cuando seamos traídos en contacto con la maldad de este mundo, podamos escapar si así lo deseamos” (Elena G. de White - ST I, 58).

"En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino" (Elena G. de White - El conflicto de los siglos, pp. 680, 681).

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su

mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor (Elena G. de White - DTG 98-99).

“Él (Jesús) no consentía con el pecado. Ni por un pensamiento cedía a la tentación. Lo mismo se puede dar con nosotros... Dios nos toma la mano de la fe, y la lleva a apoderarse firmemente de la divinidad de Cristo, a fin de que alcancemos la perfección de carácter. Y la manera como eso se realiza, Cristo nos la mostró. ¿Por qué medio venció en el conflicto contra Satanás? Por la Palabra de Dios. Únicamente por la Palabra pudo resistir a la tentación. ‘Está escrito’, decía”.<sup>28</sup> 28 Ellen G. White, Deseado Todas las Gentes, pág. 123.

“Sobre todos los demás pueblos del mundo, los adventistas del séptimo día debieran ser modelos de piedad, santos de corazón y conducta... Si los que hacen tan alta profesión de fe se complacen en el pecado y la iniquidad, su culpa sería muy grande... Los que no controlan sus pasiones bajas no pueden apreciar la expiación ni darle el valor correcto al alma. No experimentan ni entienden la salvación. La gratificación de los instintos animales es la más alta ambición de sus vidas. Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto en el carácter, los excluirá para siempre del Cielo, con todas sus glorias y tesoros” (Elena G. de White - Consejos sobre la salud 570).

“La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendecido con la presencia de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del salvador produce un resplandor de perfecta paz, y amor perfecto, de perfecta seguridad” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 286).

“Cristo tomó la humanidad y cargó con el odio del mundo para poder mostrar a los hombres y las mujeres que podían vivir sin pecado, que sus palabras, sus acciones y su espíritu podían ser consagradas a Dios. Podemos ser perfectos cristianos si manifestamos este poder en nuestras vidas” (Elena G. de White - Alza tus ojos 301).

"Enoc caminó con Dios por trescientos años antes de su traslación al cielo, y el estado del mundo no era entonces más favorable para la perfección del carácter cristiano que lo que es ahora. ¿Y cómo caminó Enoc con Dios? Educó su mente y corazón para sentir siempre que estaba en la presencia de Dios, y cuando se encontraba en perplejidad, sus oraciones ascendían para que Dios lo guardase... Así se mantuvo constantemente eligiendo su camino y su curso de acción en armonía con los mandamientos de Dios, y tenía perfecta seguridad y confianza en que su Padre celestial lo ayudaría. No tenía un pensamiento ni una voluntad propia. Todo estaba sumergido en la voluntad de su Padre. Enoc fue un representante de aquellos que estarán sobre la tierra

cuando Cristo venga, que serán trasladados al cielo sin ver muerte... No se dejó contaminar por los pecados prevalecientes de la época en que vivió. De la misma manera podemos nosotros permanecer puros e incorruptos" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 72-73).

Solo con el poder divino el hombre puede volver a la obediencia:

### **Cuando la humanidad trabaja junto al poder de Dios puede guardar la ley de Dios**

"El corazón debe ser renovado por la gracia divina, o en vano se buscará pureza en la vida. El que procura desarrollar un carácter noble y virtuoso, sin la ayuda de la gracia de Cristo, edifica su casa sobre las arenas movedizas. La verá derribarse en las fieras tempestades de la tentación. La oración de David debiera ser la petición de toda alma: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí." Salmos 51:10. Y habiendo sido hecho partícipes del don celestial, debemos proseguir hacia la perfección, siendo "guardados en la virtud de Dios por fe - 1 Pedro 1:5" (Elena G. de White - PP 491-492).

"Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. <sup>2</sup> Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. <sup>3</sup> Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. <sup>4</sup> El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; <sup>5</sup> pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. <sup>6</sup> El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1Juan 2:1-6).

"Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. <sup>3</sup> Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. <sup>4</sup> Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. <sup>5</sup> Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. <sup>6</sup> El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. <sup>7</sup> Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. <sup>8</sup> En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. <sup>9</sup> Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. <sup>10</sup> Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. <sup>11</sup> Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. <sup>12</sup> Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. <sup>13</sup> Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. <sup>14</sup> Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. <sup>15</sup> Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. <sup>16</sup> No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé. <sup>17</sup> Esto os mando: Que os améis unos a otros" (Juan 15:1-17).

"Levantémonos en fe, y alleguémonos a Jesús. Regocijémonos en Su amor. Podemos obtener las más preciosas victorias. Existe ayuda para nosotros en Dios. Aferrémonos de las promesas, y miremos al Calvario. Jesús murió para salvarnos del pecado; entonces paremos de pecar, y abramos el corazón totalmente para que Él pueda entrar y habitar con nosotros. La belleza del carácter de Cristo, debe ser vista en Sus seguidores" (Elena G. de White - 2ST:230).

“Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios” (Elena G. de White - PVGM 256).

“Atravesando los siglos, encontramos que llegó el tiempo cuando la ley de Dios debería revelarse de una manera inconfundible como la norma de la obediencia, Cristo vino para vindicar las sagradas exigencias de la ley. Vino a vivir una vida de obediencia a sus requerimientos y así probar la falsedad de la acusación hecha por Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios. Como hombre, encaró la tentación y venció en el poder que Dios le dio. Al andar haciendo el bien, sanando a todos los que eran afligidos por Satanás, hizo claro a los hombres el carácter de su ley y la naturaleza de su servicio. Su vida atestigua que es posible que nosotros también obedezcamos la ley de Dios” (Elena G. de White - Testimonio para la Iglesia tomo 8 221).

“Desde la caída de Adán, los hombres en todas las edades se han excusado por pecar, cargando a Dios con sus pecados, diciendo que no pueden guardar Sus mandamientos. Esta es la insinuación que Satanás le arrojó a Dios en el cielo. Pero el pretexto, “no puedo guardar los mandamientos”, nunca debiera ser presentado a Dios; porque delante de Él está el Salvador, con las marcas de la crucifixión sobre su cuerpo, un testigo viviente de que la ley puede ser guardada. No es que los hombres no puedan guardar la ley, sino que no quieren” (Elena G. de White - Review and Herald Mayo 28, 1901, Art. A, par. 8).

“El amor y la justicia de Dios, y también la inmutabilidad de su ley, se manifiestan por la vida del Salvador no menos que por su muerte. El asumió la naturaleza humana con sus debilidades, con todos sus riesgos, con sus tentaciones... Fue “tentado en todo según nuestra semejanza”. Hebreos 4:15. No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. El ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 149).

“La perfecta humanidad de Cristo es la misma que podemos tener por medio de nuestra relación con Cristo. Al igual que Dios, Cristo no pudo ser inducido a pecar, así como tampoco se había podido quebrantar su lealtad en el cielo. Pero al humillarse a adoptar nuestra naturaleza, podía ser tentado. No había tomado la naturaleza de los ángeles sino la humana, perfectamente idéntica a nuestra propia naturaleza, excepto que en él no había mancha de pecado” (Elena G. de White - Cristo triunfante 210).

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fué hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor” (Elena G. de White - DTG 98-100).

“Al describir a sus discípulos la obra y el cargo del Espíritu Santo, Jesús trató de inspirarles el gozo y la esperanza que alentaba su propio corazón. Se regocijaba por la ayuda abundante que había provisto para su iglesia. El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo.

Por el Espíritu es purificado el corazón. Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia” (Elena G. de White - DTG 625).

“El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza de la naturaleza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos participantes de la naturaleza divina, y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación con la divinidad, no peca” (Elena G. de White - Ministerio de Curación 137).

“Cristo venció como hombre las tentaciones. Cada hombre puede vencer como Cristo venció. Él se humilló a sí mismo por nosotros. Fue tentado en todo punto, así como nosotros. Redimió el desgraciado fracaso de la caída de Adán, y fue vencedor, testificando así ante los mundos no caídos y ante la humanidad caída, que el hombre podía guardar los mandamientos de Dios por medio del poder divino que el cielo le concedía. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, y venció en nuestro favor para mostrarnos cómo podemos vencer...” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 154).

“La pregunta es: “¿seguiremos pecando como si fuera una imposibilidad para nosotros vencer? ¿Cómo hemos de vencer? como Cristo venció: ésa es la única manera de vencer. el oró a su padre celestial. Nosotros podemos hacer lo mismo... cuando sois tentados a hablar mal y a obrar mal, resistid a Satanás y decid: no someteré mi voluntad a tu dominio. Cooperaré con el poder divino y por gracia seré vencedor” (Elena G. de White - Manuscrito 83, 1891).

“El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo" (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 339).

"Cristo dejó su hogar celestial y vino a este mundo a mostrar que el hombre puede guardar la ley de Dios solo al estar conectado con la divinidad. Por sí misma, la humanidad está manchada y corrompida; pero Cristo le trajo poder moral al hombre, y aquellos que viven en comunión con él vencen como él venció. No somos abandonados en este mundo como huérfanos; Cristo ha unido al hombre caído con el Dios infinito. Él ha abierto un camino para que nuestras oraciones puedan ascender a Dios, y la fragancia de su justicia asciende con la oración de cada pecador arrepentido" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de diciembre, 1896).

## **Conclusión**

La ley de Dios exige perfección, que el hombre guarde perfectamente todos los mandamientos. Necesita un registro completo, impecable, pero el hombre no podía cumplir con este requisito desde la caída, entonces no ha habido ningún justo.

Entonces apareció Cristo como hombre con su naturaleza caída, pero sin pecado, para levantar al hombre.

Jesús murió para perdonar nuestros pecados, y vivió una vida perfecta sin pecado, para que sean un ejemplo de cómo debe vivir el hombre, fue un ejemplo perfecto, y no tuvo ninguna ayuda para lograrlo que cualquier hombre no tenga. Tenemos a nuestra disposición todo el poder de Dios, lo único que debe hacer el hombre es aceptarlo y comenzar la lucha, pero ahora no estamos solos.

De esta manera podemos tener ese registro imprescindible que pide la ley: la justicia imputada de Cristo por su muerte que borra nuestros pecados, y la justicia de Cristo impartida que nos habilita para perfeccionar un carácter cristiano, entonces sí, nuestro registro está completo y perfectamente limpio ante la ley de Dios.

Cuando el hombre participa de la naturaleza divina, recibe el poder y los atributos de Dios que hacen posible que venza el pecado al igual que Cristo venció, allí está el secreto, y es nuestra posibilidad recibirlo.

## Capítulo 8

### ¿SE NECESITAN GUARDAR LOS MANDAMIENTOS PARA SER SALVOS?

**Versículo clave:** *“Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17).*

En este capítulo intentaremos definir la importancia de la ley en la salvación de las personas. Sabemos que somos salvos solo por gracia, por la vida, la muerte y el ministerio intercesor de Cristo, es el único con los méritos suficientes y con el poder para obrar la salvación. ¿Pero, tendrá algo que ver la obra del hombre de guardar los mandamientos de Dios? ¿Es necesario para que se produzca la redención? Descubrámoslo:

#### La ley de Dios no pasará por alto los pecados

“De palabra de mentira te alejarás, y no matarás al inocente y justo; porque yo no justificaré al impío” (Éxodo 23: 7).

“Dios hizo al hombre recto; le dio nobles rasgos de carácter, sin inclinación hacia lo malo. Le dotó de elevadas cualidades intelectuales, y le presentó los más fuertes atractivos posibles para inducirle a ser constante en su lealtad. La obediencia, perfecta y perpetua, era la condición para la felicidad eterna. Cumpliendo esta condición, tendría acceso al árbol de la vida” (Elena G. de White - PP 30-31).

“El Señor no requiere menos del alma ahora que lo que requirió de Adán en el paraíso antes de la caída: perfecta obediencia, justicia impecable. Lo que Dios requiere bajo el pacto de la gracia es tan amplio como lo que requirió en el paraíso. Armonía con su ley que es santa y justa y buena. El evangelio no debilita las demandas de la ley. Exalta la ley y la hace honorable. En el nuevo testamento no se requiere menos de lo que se requería en el antiguo testamento” (Elena G. de White - MS tomo 1 439).

“Las condiciones por las cuales puede ganarse la vida eterna bajo el nuevo pacto, son las mismas que había bajo el antiguo pacto: perfecta obediencia” (Elena G. de White - 7CBA 943).

"Si bajo el pacto abrahámico no hubiera sido posible que los seres humanos guardaran los mandamientos de Dios, todos estaríamos perdidos. El pacto abrahámico es el pacto de la gracia. 'Por gracia sois salvos' (Efe. 2:8). ¿Hijos desobedientes? No, obedientes a todos los mandamientos divinos. Si no fuese posible que fuéramos observadores de los mandamientos, entonces ¿por qué hace Dios de la obediencia a sus mandamientos la prueba de que lo amamos?" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1106).

“La inmortalidad prometida al hombre a condición de que obedeciera, se había perdido por la transgresión. Adán no podía transmitir a su posteridad lo que ya no poseía; y no habría quedado esperanza para la raza caída, si Dios, por el sacrificio de su Hijo, no hubiese puesto la inmortalidad a su alcance. Como “la muerte así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron,” Cristo “sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” Romanos 5:12; 2 Timoteo 1:10. Y sólo por Cristo puede obtenerse la inmortalidad. Jesús dijo: “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas

el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida.” Juan 3:36. Todo hombre puede adquirir un bien tan inestimable si consiente en someterse a las condiciones necesarias. Todos “los que perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad,” recibirán “la vida eterna - Romanos 2:7” (Elena G. de White - CS 588).

“Dios creó al hombre a su semejanza, libre de pecado. La tierra debía ser poblada con seres algo inferiores a los ángeles; pero debía probarse su obediencia; pues Dios no había de permitir que el mundo se llenara de seres que menospreciasen su ley. No obstante, en su gran misericordia, no señaló a Adán una prueba severa. La misma levedad de la prohibición hizo al pecado sumamente grave. Si Adán no pudo resistir la prueba más ínfima, tampoco habría podido resistir una mayor, si se le hubiesen confiado responsabilidades más importantes.

Si Adán hubiese sido sometido a una prueba mayor, entonces aquellos cuyos corazones se inclinan hacia lo malo se hubiesen disculpado diciendo: “Esto es algo insignificante, y Dios no es exigente en las cosas pequeñas.” Y así hubiera habido continuas transgresiones en las cosas aparentemente pequeñas, que pasan sin censura entre los hombres. Pero Dios indicó claramente que el pecado en cualquier grado le es ofensivo.

A Eva le pareció de poca importancia desobedecer a Dios al probar el fruto del árbol prohibido y al tentar a su esposo a que pecara también; pero su pecado inició la inundación del dolor sobre el mundo. ¿Quién puede saber, en el momento de la tentación, las terribles consecuencias de un solo mal paso? Muchos que enseñan que la ley de Dios no es obligatoria para el hombre, alegan que es imposible obedecer sus preceptos. Pero si eso fuese cierto, ¿por qué sufrió Adán el castigo por su pecado? El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación. Nadie se engañe. “La paga del pecado es muerte.” Romanos 6:23. La ley de Dios no puede violarse ahora más impunemente que cuando se pronunció la sentencia contra el padre de la humanidad” (Elena G. de White - PP 45).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“Si se hubiera podido cambiar la ley, el hombre habría sido salvado sin necesidad del sacrificio de Cristo; pero el hecho de que fuese necesario que Cristo diera su vida por la raza caída prueba que la ley de Dios no exonerará al pecador de sus demandas. Está demostrado que la paga del pecado es la muerte. Cuando murió Cristo, quedó asegurada la destrucción de Satanás. Pero si la ley hubiera sido abolida en la cruz, como muchos aseveran, entonces el amado Hijo de Dios hubiera sufrido la agonía y la muerte sólo para dar a Satanás lo que pedía; entonces el príncipe del mal habría triunfado; y sus acusaciones contra el gobierno divino hubieran quedado probadas. Pero el mismo hecho de que Cristo sufrió la pena de la transgresión del hombre, es para todos los seres creados un poderoso argumento en prueba de que la ley es inmutable; que Dios es justo, misericordioso y abnegado; y que la justicia y la misericordia más infinitas se entrelazan en la administración de su gobierno” (Elena G. de White - PP 57-58).

“El gobierno de Dios es un gobierno de libre albedrío, y no hay un acto de rebelión u obediencia que no sea un acto de libre albedrío. Como creador de todo, Dios lo gobierna todo, y él está obligado a hacer cumplir su ley en todo el universo. Requerir menos de sus

criaturas que la obediencia a su ley sería abandonarlos a la ruina. No castigar la transgresión de su ley sería colocar al universo en confusión. La ley moral es la barrera de Dios entre el agente humano y el pecado. Por eso es que la sabiduría infinita ha colocado ante los hombres la distinción entre lo correcto y lo errado, entre el pecado y la santidad... Las Escrituras hacen claro que Dios es el Gobernante, y que el hombre se encuentra ante la más elevada obligación de aceptarlo, y de obedecer su ley con el corazón y la mente, confiando en su poder para obtener ayuda y protección” (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de junio, 1901).

“La verdadera fe, que descansa plenamente en Cristo, se manifestará mediante la obediencia a todos los requerimientos de Dios. Desde los días de Adán hasta el presente, el motivo del gran conflicto ha sido la obediencia a la ley de Dios. En todo tiempo hubo individuos que pretendían el favor de Dios, aun cuando menospreciaban algunos de sus mandamientos. Pero las Escrituras declaran “que la fe fue perfecta por las obras,” y que sin las obras de la obediencia, la fe “es muerta.” “El que dice, Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y no hay verdad en él - Santiago 2:22, 17; 1 Juan 2:4” (Elena G. de White - PP 61).

“Cristo vino para dar un ejemplo de perfecta conformidad con la ley de Dios, tal como se requiere de todos, desde Adán, el primer hombre, hasta la última persona que viva en la tierra. Declaró que su misión no consistía en destruir la ley sino en cumplirla mediante una perfecta y cabal obediencia” (Elena G. de White - SSJ 351.3).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplo santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White - PP 76-78).

“El sacrificio exigido a Abrahán no fue sólo para su propio bien ni tampoco exclusivamente para el beneficio de las futuras generaciones; sino también para instruir a los seres sin pecado del cielo y de otros mundos. El campo de batalla entre Cristo y Satanás, el terreno en el cual se desarrolla el plan de la redención, es el libro de texto del universo. Por haber demostrado Abrahán falta de fe en las promesas de Dios, Satanás le había acusado ante los ángeles y ante Dios de no ser digno de

sus bendiciones. Dios deseaba probar la lealtad de su siervo ante todo el cielo, para demostrar que no se puede aceptar algo inferior a la obediencia perfecta y para revelar más plenamente el plan de la salvación” (Elena G. de White - PP 150-151).

“Antes del diluvio, Dios mandó a Noé que diese aviso al mundo, para que los hombres fuesen llevados al arrepentimiento, y para que así escapasen a la destrucción. A medida que se aproxima el momento de la segunda venida de Cristo, el Señor envía a sus siervos al mundo con una amonestación para que los hombres se preparen para ese gran acontecimiento. Multitudes de personas han vivido violando la ley de Dios, y ahora, con toda misericordia, las llama para que obedezcan sus sagrados preceptos. A todos los que abandonen sus pecados mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo, se les ofrece perdón. Pero muchos creen que renunciar al pecado es hacer un sacrificio demasiado grande. Porque su vida no está en armonía con los principios puros del gobierno moral de Dios, rechazan sus amonestaciones y niegan la autoridad de su ley” (Elena G. de White - PP 91-92).

“El amor de Dios ahora se extiende para abrazar al más degradado y vil pecador que se acerque con trito a Cristo. Se extiende para transformar al pecador en obediente y fiel hijo de Dios. Sin embargo, ni una sola alma puede ser salvada si continúa en el pecado” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 367).

“El primer intento por derribar la ley de Dios, hecho entre los inmaculados habitantes del cielo pareció por algún tiempo coronado de éxito. Un inmenso número de ángeles fue seducido; pero el aparente triunfo de Satanás se convirtió en derrota y pérdida, y determinó su separación de Dios y su destierro del cielo. Cuando se renovó el conflicto en la tierra, Satanás volvió a ganar una aparente ventaja. Por la transgresión, el hombre llegó a ser su cautivo, y el reino del hombre cayó en manos del jefe de los rebeldes. Pareció que Satanás tendría libertad para establecer un reino independiente y para desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Pero el plan de la redención hizo posible que el hombre volviera a la armonía con Dios y a acatar su ley; y que tanto la tierra como el hombre pudieran ser finalmente redimidos del poder del diablo” (Elena G. de White - PP 342).

“Todos los que humillen sus corazones, confesando sus pecados, encontrará misericordia y gracia y seguridad. ¿Ha cesado Dios, en mostrarle misericordia al pecador, de ser justo? ¿Ha deshonrado Él Su santa ley, y pasará Él por alto, de aquí en adelante, la violación de la misma? Dios es verdadero. Él no ha cambiado. Las condiciones de la salvación son siempre las mismas. Vida, vida eterna, es para todo aquel que obedece la ley de Dios” (Elena G. de White - 7CBA 942).

“El amor de Dios como se manifestó en Jesús, nos llevará al verdadero concepto del carácter de Dios. Cuando contemplemos a Cristo, traspasado por nuestros pecados, veremos que no podemos quebrantar la ley de Dios, y permanecer en su gracia. Sentiremos que, como pecadores debemos aferrarnos a los méritos de Cristo y cesar de pecar. Entonces somos acercados a Dios. Tan pronto como tengamos un concepto correcto del amor de Dios no estaremos inclinados a abusar de él” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 366).

### **¿Es necesario guardar toda la ley?**

*(Comentando la carta a los Gálatas)* “Substituir la santidad del corazón y la vida por las formas exteriores de la religión, es tan agradable para la naturaleza no renovada hoy como en los días de esos maestros judíos. Hoy, como entonces, hay falsos guías espirituales, a cuyas doctrinas muchos prestan atención ansiosamente. El esfuerzo premeditado de Satanás procura apartar las mentes

de la esperanza de salvación mediante la fe en Cristo y la obediencia a la ley de Dios. En toda época el gran enemigo adapta sus tentaciones a los prejuicios e inclinaciones de aquellos a quienes trata de engañar. En los tiempos apostólicos inducía a los judíos a exaltar la ley ceremonial y a rechazar a Cristo; y actualmente induce a muchos profesos cristianos, con el pretexto de honrar a Cristo, a menospreciar la ley moral y a enseñar que sus preceptos pueden ser transgredidos impunemente. Es el deber de todo siervo de Dios resistir firmemente a estos pervertidores de la fe y, por la palabra de verdad, exponer denodadamente sus errores" (Elena G. de White - HAP 310).

"Los pequeños pecados que los hombres piensan que son tan triviales en sus caracteres, que debido a ellos no van a ser llevados a condenación, son muy ofensivos a la vista de Dios. Alguien puede decir, 'Usted es muy severo, un hombre puede permitirse estos pequeños defectos de carácter'. Escuchemos las palabras de Cristo. Él dice: 'Todo aquel que guarde toda la ley, y sin embargo ofenda en un punto, es culpable de todo'" (Elena G. de White - RH, 1 de Agosto de 1893).

"Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio" (Santiago 2:8-13).

"Haz esto, y vivirás," dijo Jesús. Presentó la ley como una unidad divina, enseñando así que es imposible guardar un precepto y quebrantar otro; porque el mismo principio corre por todos ellos. El destino del hombre será determinado por su obediencia a toda la ley. El amor supremo a Dios y el amor imparcial al hombre son los principios que deben practicarse en la vida" (Elena G. de White - DTG 461.1).

"En su gran sufrimiento, Cristo no sintió ni un ápice de amargura contra su Padre. No sintió remordimiento por sus propios pecados, sino por los pecados de la raza caída. Pero aquellos que rechazan el don de Cristo un día sentirán la punzada del remordimiento. La obediencia entera a la ley de Dios es la condición de la salvación. Aquellos que rehúsan esto, que rehúsan aceptar a Cristo, se amargarán contra Dios. Cuando sean castigados por su transgresión, sentirán desánimo y odio. Esta será la experiencia de todos los que no participan del sufrimiento de Cristo; porque esta es la consecuencia certera del pecado" (Elena G. de White - Signs of the Times, 14 de abril, 1890).

"El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para llegar hasta el pecador y salvarlo en sus pecados. Dios pide obediencia de todos sus súbditos, obediencia completa a todos sus mandamientos. Ahora, como siempre, demanda perfecta justicia como el único título para el cielo. Cristo es nuestra esperanza y nuestro refugio. Su justicia solo es atribuida al que obedece" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1072).

**¿Podemos guardar los mandamientos por nuestro propio poder?**

“El que está intentando alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la ley, está intentando un imposible. El hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias. Cristo debe efectuar en él tanto el querer como el hacer la buena voluntad de Dios. Si el hombre pudiera salvarse por sus propias obras, podría tener algo en sí mismo por lo cual regocijarse. El esfuerzo que el hombre pueda hacer con su propia fuerza para obtener la salvación está representado por la ofrenda de Caín. Todo lo que el hombre pueda hacer sin Cristo está contaminado con egoísmo y pecado, pero lo que se efectúa mediante la fe es aceptable ante Dios. El alma hace progresos cuando procuramos ganar el cielo mediante los méritos de Cristo. “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe”, podemos proseguir de fortaleza en fortaleza, de victoria en victoria, pues mediante Cristo la gracia de Dios ha obrado nuestra completa salvación” (Elena G. de White - FO 97).

“Un estudio de la Biblia hecho con oración mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y se lo haría aborrecer y rehuir; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente a Dios para ser conducidos a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, desconocen tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar a Dios, pero que parezca recordarlo. El papado responde perfectamente a las necesidades de todas esas personas. Es adecuado a dos clases de seres humanos que abarcan casi a todo el mundo: los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Tal es el secreto de su poder” (Elena G. de White - CS 629).

“Mediante su obediencia el pueblo debía evidenciar su fe. Asimismo todo aquel que espera ser salvo por los méritos de la sangre de Cristo debe comprender que él mismo tiene algo que hacer para asegurar su salvación. Sólo Cristo puede redimirnos de la pena de la transgresión, pero nosotros debemos volvernos del pecado a la obediencia. El hombre ha de salvarse por la fe, no por las obras; sin embargo, su fe debe manifestarse por sus obras. Dios dio a su Hijo para que muriera en propiciación por el pecado; ha manifestado la luz de la verdad, el camino de la vida; ha dado facilidades, ordenanzas y privilegios; y el hombre debe cooperar con estos agentes de la salvación; ha de apreciar y usar la ayuda que Dios ha provisto; debe creer y obedecer todos los requerimientos divinos” (Elena G. de White - PP 283-284).

“Es elegida toda alma que labre su propia salvación con temor y temblor. Es elegido el que se ponga la armadura y pelee la buena batalla de la fe. Es elegido el que vele en oración, el que escudriñe las Escrituras, y huya de la tentación. Es elegido el que tenga fe continuamente, y el que obedezca a cada palabra que sale de la boca de Dios. Las medidas tomadas para la redención se ofrecen gratuitamente a todos, pero los resultados de la redención serán únicamente para los que hayan cumplido las condiciones” (Elena G. de White - PP 207-208).

“La salvación del alma requiere la combinación de la fuerza divina y la humana. Dios no se propone hacer la obra que el hombre puede hacer para alcanzar la norma de justicia. El hombre tiene una parte que hacer... Pero a fin de recibirla, el hombre debe unirse con su divino Ayudador. A menos que de su propio consentimiento el hombre esté dispuesto a renunciar a la práctica del pecado, Cristo no puede quitarle su pecado. El hombre debe cooperar de todo corazón con Dios, obedeciendo voluntariamente sus leyes, demostrando que aprecia el gran regalo de la gracia. Por medio del sentimiento de su dependencia de Dios, teniendo fe en Cristo como su Salvador personal, esperando eficacia y éxito mientras mantiene siempre a Cristo delante de él-es así como el hombre cumple con la exhortación: 'Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor' (Filipenses 2:12). Pero el esfuerzo humano no es suficiente. De nada

sirve sin el poder divino. Por sí mismo, el hombre no tiene fuerza para luchar contra los poderes de las tinieblas. Por lo tanto, Cristo vistió su divinidad con la humanidad, y vino a esta tierra para cooperar con el hombre. A aquellos que lo reciben y confían en su poder para salvar, les imparte la virtud de su justicia. Les da el poder de ser hijos de Dios. 'Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia - Juan 1:14, 16" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de septiembre, 1901)

"Cristo no libera al pecador de su obligación de guardar la ley. Por su muerte, Cristo hace posible que podamos guardar la ley. El pecador está bajo obligación a la ley. Aunque Cristo murió en el lugar del pecador, este es responsable de toda la penalidad de la ley si no cumple con las condiciones del evangelio; y este prescribe la obediencia, si él se beneficiara por la obediencia que ofrece. La expiación fue hecha para quitar el pecado del mundo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de agosto, 1898).

“Se nos presenta el trato de Cristo con el joven como una lección objetiva. Dios nos dio la regla de conducta que debe seguir cada uno de sus siervos. Es la obediencia a su ley, no sólo una obediencia legal, sino una obediencia que penetra en la vida y se ejemplifica en el carácter. Dios fijó su propia norma de carácter para todos los que quieren llegar a ser súbditos de su reino. Únicamente aquellos que lleguen a ser colaboradores con Cristo, únicamente aquellos que digan: Señor, todo lo que tengo y soy te pertenece, serán reconocidos como hijos e hijas de Dios. Todos deben considerar lo que significa desear el cielo, y sin embargo apartarse de él por causa de las condiciones impuestas. Pensemos en lo que significa decir no a Cristo.

El príncipe dijo: No, yo no puedo darte todo. ¿Decimos nosotros lo mismo? El Salvador ofrece compartir con nosotros la obra que Dios nos ha dado. Nos ofrece emplear los recursos que Dios nos ha dado, para llevar a cabo su obra en el mundo. Únicamente así puede salvarnos” (Elena G. de White - DTG 480).

“Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Ezequiel 18:30.

El docto Nicodemo había leído esas precisas profecías con una mente anublada, pero ahora empezaba a comprender su verdadero significado, y a entender que, aun un hombre justo y honorable como era él, debía experimentar un nuevo nacimiento por medio de Jesucristo como la única condición sobre la cual pudiera ser salvado y tener asegurada una entrada en el reino de Dios. Jesús habló en forma absoluta, indicando que a menos que una persona nazca de nuevo, no puede percibir el reino que Cristo vino a establecer en la tierra. Una precisión rígida en obedecer la ley no le da derecho a nadie a entrar en el reino de los cielos.

Debe haber un nuevo nacimiento, una nueva mente mediante la operación del Espíritu de Dios que purifica la vida y ennoblece el carácter. Esta conexión con Dios habilita a los mortales para el glorioso reino de los cielos. Ningún invento humano puede encontrar nunca un remedio para el alma pecadora. Sólo por medio del arrepentimiento y la humillación, de una sumisión a los requerimientos divinos, puede llevarse a cabo la obra de la gracia. La iniquidad es tan ofensiva a la vista de Dios, a quien el pecador ha insultado y agraviado por tanto tiempo, que un arrepentimiento proporcional al carácter de los pecados cometidos a menudo produce una agonía de espíritu que es difícil de soportar.

Nada menos que una aceptación práctica y una aplicación de la verdad divina abre el reino de Dios a los seres humanos. Allí sólo puede entrar un corazón puro y humilde, obediente y amante, firme en la fe y en el servicio del Altísimo. Jesús también declaró que, “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:14, 15...

La serpiente en el desierto fue levantada sobre un palo ante el pueblo, para que todos los que habían sido mordidos fatalmente por las serpientes ardientes pudieran mirar a esa serpiente de bronce, símbolo de Cristo, y ser sanados instantáneamente. Pero debían mirar con fe, o no les serviría de nada. De la misma manera la gente hoy debe mirar al Hijo del Hombre como su Salvador para tener la vida eterna. El pecado ha separado a la raza humana de Dios. Cristo trajo su divinidad a la tierra, velada por su humanidad, para rescatar a la raza de su condición perdida. La naturaleza humana es vil, y el carácter debe ser cambiado antes de que pueda armonizar con lo puro y santo en el reino inmortal de Dios. Esta transformación es el nuevo nacimiento” (Elena G. de White - The Signs of the Times, 15 de noviembre de 1883 / SSJ 360).

### **La ley por sí misma no tiene poder para salvar**

“Pablo había exaltado siempre la ley divina. Había mostrado que en la ley no hay poder para salvar a los hombres del castigo de la desobediencia. Los que han obrado mal deben arrepentirse de sus pecados y humillarse ante Dios, cuya justa ira han provocado al violar su ley; y deben también ejercer fe en la sangre de Cristo como único medio de perdón. El Hijo de Dios había muerto en sacrificio por ellos, y ascendido al cielo para ser su abogado ante el Padre. Por el arrepentimiento y la fe, ellos podían librarse de la condenación del pecado y, por la gracia de Cristo, obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White - HAP 315).

“Pablo había exaltado siempre la ley divina. Había mostrado que en la ley no hay poder para salvar a los hombres del castigo de la desobediencia. Los que han obrado mal deben arrepentirse de sus pecados y humillarse ante Dios, cuya justa ira han provocado al violar su ley; y deben también ejercer fe en la sangre de Cristo como único medio de perdón. El Hijo de Dios había muerto en sacrificio por ellos, y ascendido al cielo para ser su abogado ante el Padre. Por el arrepentimiento y la fe, ellos podían librarse de la condenación del pecado y, por la gracia de Cristo, obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White - HAP 315).

### **Necesitamos guardar los mandamientos para heredar la vida eterna**

“En el mundo que profesa ser cristiano, muchos se alejan de las claras enseñanzas de la Sagrada Escritura y construyen un credo fundado en especulaciones humanas y fábulas agradables; y señalan su torre como una manera de subir al cielo. Los hombres penden admirados de los labios elocuentes, que enseñan que el transgresor no morirá, que la salvación se puede obtener sin obedecer a la ley de Dios. Si los que profesan ser discípulos de Cristo aceptaran las normas de Dios, se unirían entre sí; pero mientras se ensalce la sabiduría humana sobre la santa Palabra, habrá divisiones y disensiones. La confusión existente entre los credos y sectas contrarias se representa adecuadamente por el término “Babilonia,” que la profecía aplica a las iglesias mundanas de los últimos días” (Elena G. de White - PP 115-116).

“En su servidumbre los israelitas habían perdido hasta cierto punto el conocimiento de la ley de Dios, y se habían apartado de sus preceptos. El sábado había sido despreciado por la generalidad, y las exigencias de los “comisarios de tributos” habían hecho imposible su observancia. Pero Moisés había mostrado a su pueblo que la obediencia a Dios era la primera condición para su liberación; y los esfuerzos hechos para restaurar la observancia del sábado habían llegado a los oídos de sus opresores” (Elena G. de White - PP 263).

“Para el transgresor es terrible caer en las manos del Dios viviente; pero Moisés estuvo solo en la presencia del Eterno y no temió, porque su alma estaba en armonía con la voluntad de su

Hacedor. El salmista dice: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyerá.” En cambio “el secreto de Jehová es para los que le temen; y a ellos hará conocer su alianza.” Salmos 66:18; 25:14. La Deidad se proclamó a sí misma: “Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso, y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad; que guarda la misericordia en millares, que perdona la iniquidad, la rebelión, y el pecado, y que de ningún modo justificará al malvado” (Elena G. de White - PP 339-340).

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios. No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos. Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo Jehová vuestro Dios. Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová” (Levítico 18:1-5).

“Ahora, pues, oh Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da. <sup>2</sup>No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deuteronomio 4:1-2).

“La tierra en la cual estaban por entrar, y que había de pertenecerles con tal que obedeciesen estrictamente a la ley de Dios...” (Elena G. de White - PP 497-498).

“Como pronto iban a cruzar el Jordán y tomar posesión de la tierra prometida, Dios quería presentarles las exigencias de su ley, e imponerles la obediencia como condición previa para obtener prosperidad” (Elena G. de White - PP 495).

“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas” (Deuteronomio 7:6-11).

“Los saqué de la tierra de Egipto, y los traje al desierto, y les di mis estatutos, y les hice conocer mis decretos, por los cuales el hombre que los cumpliera vivirá. Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico. Mas se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto; no anduvieron en mis estatutos, y desecharon mis decretos, por los cuales el hombre que los cumpliera, vivirá; y mis días de reposo profanaron en gran manera; dije, por tanto, que derramaría sobre ellos mi ira en el desierto para exterminarlos” (Ezequiel 20:10-11).

“Más los hijos se rebelaron contra mí; no anduvieron en mis estatutos, ni guardaron mis decretos para ponerlos por obra, por los cuales el hombre que los cumpliera vivirá; profanaron mis días de reposo. Dije entonces que derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en el desierto” (Ezequiel 20:21).

“Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá. ¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos? Más si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad, e hiciere conforme a todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá” (Ezequiel 18:21-24).

“Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, Y su justicia sobre los hijos de los hijos; Sobre los que guardan su pacto, Y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra” (Salmos 103:17-18).

“Apártate del mal, y haz el bien, Y vivirás para siempre. Porque Jehová ama la rectitud, Y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; Mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, vivirán para siempre sobre ella. La boca del justo habla sabiduría, Y su lengua habla justicia. La ley de su Dios está en su corazón; Por tanto, sus pies no resbalarán” (Salmos 37:27-31).

“Hijo mío, guarda mis razones, Y atesora contigo mis mandamientos. Guarda mis mandamientos y vivirás, Y mi ley como las niñas de tus ojos. Lígalos a tus dedos; Escríbelos en la tabla de tu corazón” (Proverbios 7:1-3).

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:13-14).

“Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos. Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés tu siervo” (Nehemías 1:5-7).

“Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

“El nombre adventista del séptimo día es una reprensión permanente para el mundo protestante. En él se halla la línea de demarcación entre los que adoran a Dios y los que adoran la bestia y reciben su marca. El gran conflicto se desarrolla entre los mandamientos de Dios y los requisitos de la bestia. Debido a que los santos guardan todos los diez mandamientos, el dragón guerrea contra ellos” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 pág. 80-81).

"En su gran sufrimiento, Cristo no sintió ni un ápice de amargura contra su Padre. No sintió remordimiento por sus propios pecados, sino por los pecados de la raza caída. Pero aquellos que rechazan el don de Cristo un día sentirán la punzada del remordimiento. La obediencia entera a la ley de Dios es la condición de la salvación. Aquellos que rehúsan esto, que rehúsan aceptar a Cristo, se amargarán contra Dios. Cuando sean castigados por su transgresión,

sentirán desánimo y odio. Esta será la experiencia de todos los que no participan del sufrimiento de Cristo; porque esta es la consecuencia certera del pecado" (Elena G. de White - Signs of the Times, 14 de abril, 1890).

"En el don del amado Hijo de Dios, se ha dado una visión definida de su carácter a la raza que nunca se ausenta de su mente. Su corazón mismo ha sido manifestado en la ley real. Esa norma infinita es presentada a todos, para que no haya errores respecto del pueblo que Dios quiere como parte de su reino. Solo aquellos que son obedientes a todos sus mandamientos serán miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Estos serán honrados con una ciudadanía superior, una vida que se mide con la vida de Dios, una vida sin penas, dolor o muerte por las edades eternas" (Elena G. de White – Signs of the Times, 17 de noviembre, 1898).

"Pero hay condiciones para la realización de estas promesas. 'Si me amáis', dice él, 'guardad mis mandamientos'... Aquellos que traen sus peticiones a Dios, pidiendo que su promesa se cumpla en ellos, mientras no cumplen con las condiciones, insultan a Jehová ... Muchos han perdido, y están perdiendo sus condiciones de aceptación ante el Padre. Necesitamos examinar de cerca la base de la confianza con la cual nos acercamos a Dios. Si somos desobedientes, traeremos al Señor una nota para ser cobrada en efectivo, cuando no hemos realizado nuestra parte del contrato. Nos quejamos de que nuestro cheque no es honrado, cuando se trata de un cheque falso. Nos acercamos a Dios echando mano de sus promesas, y le pedimos que las cumpla, cuando, si lo hiciera, deshonraría su nombre" (Elena G. de White - Signs of the Times, 15 de marzo, 1899).

"Pero Dios requiere obediencia a todos sus mandamientos. La única manera mediante la cual los hombres pueden llegar a ser felices, es obedeciendo a los preceptos del reino de Dios" (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 26).

"Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mateo 19:17).

"Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Más si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" (Mateo 19:16-21).

"Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz" (Marcos 10:17-21).

"Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los

mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme” (Lucas 18:18-22).

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás” (Lucas 10:25-28).

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás” (Lucas 10:25-28).

Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre (Lucas 18:18-20).

“Su aserto de que había guardado la ley de Dios era falso. Demostró que las riquezas eran su ídolo. No podía guardar los mandamientos de Dios mientras el mundo ocupaba el primer lugar en sus afectos. Amaba los dones de Dios más que al Dador. Cristo había ofrecido su comunión al joven. “Sígueme,” le dijo. El Salvador no significaba tanto para él como sus bienes o su propia fama entre los hombres. Renunciar al visible tesoro terrenal por el invisible y celestial era un riesgo demasiado grande. Rechazó el ofrecimiento de la vida eterna y se fue, y desde entonces el mundo había de recibir su culto” (Elena G. de White - DTG 480).

“Mientras Cristo estaba enseñando a la gente, “he aquí, un doctor de la ley se levantó, tentándole y diciendo: Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?” Con expectante atención, la muchedumbre congregada esperó la respuesta. Los sacerdotes y rabinos habían pensado enredar a Cristo induciendo al doctor de la ley a dirigirle esta pregunta. Pero el Salvador no entró en controversia. Exigió la respuesta al mismo interrogador. “¿Qué está escrito en la ley?—dijo él—¿cómo lees?” Los judíos seguían acusando a Jesús de tratar con liviandad la ley dada desde el Sinaí; pero él encauzó el problema de la salvación hacia la observancia de los mandamientos de Dios.

El doctor de la ley dijo: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo.” Jesús dijo: “Bien has respondido: haz esto, y vivirás.” El doctor de la ley no estaba satisfecho con la opinión y las obras de los fariseos. Había estado estudiando las Escrituras con el deseo de conocer su significado real. Tenía vital interés en el asunto, y había preguntado con sinceridad: “¿Haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?” En su respuesta tocante a los requerimientos de la ley, pasó por alto el cúmulo de preceptos ceremoniales y rituales. No les atribuyó ningún valor, sino que presentó los dos grandes principios de los cuales dependen la ley y los profetas. Esta respuesta, al ser elogiada por Cristo, colocó al Salvador en un terreno ventajoso frente a los rabinos. No podrían condenarle por haber sancionado lo declarado por un expositor de la ley.

“Haz esto, y vivirás,” dijo Jesús. Presentó la ley como una unidad divina, enseñando así que es imposible guardar un precepto y quebrantar otro; porque el mismo principio corre por todos ellos. El destino del hombre será determinado por su obediencia a toda la ley. El amor supremo a Dios y el amor imparcial al hombre son los principios que deben practicarse en la vida” (Elena G. de White - DTG 460-461).

“A cada alma que está preguntando, ‘¿Qué debo hacer para tener vida eterna?’, la respuesta proviene del divino Hijo de Dios, ‘ Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos’. ¿Será que Cristo nos está pidiendo hacer lo que no es posible que hagamos? No, nunca. El camino de la obediencia es posible, y lleva al árbol de la vida” (Elena G. de White - RH, 28 de Marzo de 1893).

“No está salvado ningún transgresor de la ley de Dios, la cual es el fundamento del gobierno divino en el cielo y en la tierra” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 370).

“El Hijo de Dios vino a la tierra para que los hombres y mujeres pudieran tener una representación de los caracteres perfectos que Dios solamente puede aceptar...” (Elena G. de White - En los Lugares Celestiales 155).

“El huerto del Edén permaneció en la tierra mucho tiempo después que el hombre fuera expulsado de sus agradables senderos. Véase Génesis 4:16. Durante mucho tiempo después, se le permitió a la raza caída contemplar de lejos el hogar de la inocencia, cuya entrada estaba vedada por los vigilantes ángeles. En la puerta del paraíso, custodiada por querubines, se revelaba la gloria divina. Allí iban Adán y sus hijos a adorar a Dios. Allí renovaban sus votos de obediencia a aquella ley cuya transgresión los había arrojado del Edén. Cuando la ola de iniquidad cubrió al mundo, y la maldad de los hombres trajo su destrucción por medio del diluvio, la mano que había plantado el Edén lo quitó de la tierra. Pero en la final restitución, cuando haya “un cielo nuevo, y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1), ha de ser restaurado más gloriosamente embellecido que al principio. Entonces los que hayan guardado los mandamientos de Dios respirarán llenos de inmortal vigor bajo el árbol de la vida; y al través de las edades sin fin los habitantes de los mundos sin pecado contemplarán en aquel huerto de delicias un modelo de la perfecta obra de la creación de Dios, incólume de la maldición del pecado, una muestra de lo que toda la tierra hubiera llegado a ser si el hombre hubiera cumplido el glorioso plan de Dios” (Elena G. de White - PP 46-48).

“Todos los que humillen sus corazones, confesando sus pecados, encontrarán misericordia y gracia y seguridad. ¿Ha cesado Dios, en mostrarle misericordia al pecador, de ser justo? ¿Ha deshonrado Él Su santa ley, y pasará Él por alto, de aquí en adelante, la violación de la misma? Dios es verdadero. Él no ha cambiado. Las condiciones de la salvación son siempre las mismas. Vida, vida eterna, es para todo aquel que obedece la ley de Dios” (Elena G. de White - 7CBA 942).

"Así como la Biblia presenta dos leyes, una inmutable y eterna, la otra provisional y temporaria, así también hay dos pactos. El pacto de la gracia se estableció primeramente con el hombre en el Edén, cuando después de la caída se dio la promesa divina de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Este pacto puso al alcance de todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia de Dios para obedecer en lo futuro mediante la fe en Cristo. También les prometía la vida eterna si eran fieles a la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la salvación" (Elena G. de White - Patriarcas y profetas, pp. 386, 387).

“Las ofrendas simbólicas señalaban a Cristo, y cuando se hizo el sacrificio perfecto, las ofrendas por los sacrificios ya no eran más aceptables para Dios. El tipo se encontró con el antitipo en la

muerte del unigénito Hijo de Dios. Vino para poner en claro el carácter inmutable de la ley de Dios, para declarar que la obediencia y la transgresión nunca serán premiadas por Dios con la vida eterna. Vino como hombre a la humanidad, para que ésta pudiera tocar la humanidad. Pero en ningún caso vino para disminuir la obligación de los mortales de ser perfectamente obedientes. No destruyó la validez de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cumplió lo que había sido predicho por Dios mismo. Vino, no para liberar a los seres humanos de los requerimientos de la ley, sino para abrir un camino por medio del cual pudieran obedecer esa ley y enseñar a otros a hacer lo mismo" (Elena G. de White - Manuscript Releases, 292, 293 – Ser semejante a Jesús 10 de diciembre).

"Cristo puede salvar hasta lo sumo a todos los que se acercan a él con fe. Si se lo permiten los limpiará de toda contaminación; pero si se aferran a sus pecados no hay posibilidad de que sean salvos, pues la justicia de Cristo no cubre los pecados por los cuales no ha habido arrepentimiento. Dios ha declarado que aquellos que reciben a Cristo como a su Redentor, aceptándolo como Aquel que quita todo pecado, recibirán el perdón de sus transgresiones. Estas son las condiciones de nuestra elección. La salvación del hombre depende de que reciba a Cristo por fe. Los que no quieran recibirlo, pierden la vida eterna porque se niegan a aprovechar el único medio proporcionado por el Padre y el Hijo para la salvación de un mundo que perece" (Elena G. de White – MS 142,1899 - 7CBA 942-943).

"El evangelio que debe ser predicado a todas las naciones, tribus, lenguas y a todos los pueblos, presenta la verdad en líneas claras que muestran que la obediencia es la condición para obtener la vida eterna. Cristo imparte su justicia a aquellos que le permiten que quite sus pecados. Tenemos con Cristo una deuda por la gracia que nos hace completos en él" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 983).

"Cristo murió para que el transgresor de la ley de Dios pudiera nuevamente ser leal a Dios... Dios no puede aceptar a rebeldes en su reino; por eso hace que la obediencia a sus requisitos sea un requisito especial (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 1, p. 112).

"La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios. Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo... Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre" (Elena G. de White – PVGM 255-256).

"Desea que busquemos un alma pura y limpia, lavada y emblanquecida en la sangre del Cordero. El manto blanco de la justicia de Cristo es lo que permite que el pecador llegue a la presencia de los ángeles celestiales. No es el color de su cabello, sino su perfecta obediencia a todos los mandamientos de Dios lo que le abre los portales de la santa ciudad" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 932).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para pro-

seguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

"La verdad, según es en Jesús, es obediencia a cada precepto de Jehová. Es una obra en el corazón. La santificación bíblica no es la falsa santificación de hoy, la cual no anhela escudriñar las Escrituras sino que confía en los buenos sentimientos e impulsos antes que en buscar la verdad como un tesoro escondido. La santificación bíblica consiste en conocer los requerimientos de Dios y obedecerlos. Hay un cielo puro y santo que está reservado para los que guardan los mandamientos de Dios, el cual merece el esfuerzo incansable y perseverante de toda la vida. Satanás está a vuestra diestra y a vuestra siniestra, delante y atrás; tiene un platillo de fábulas preparado para cada alma que no albergue la verdad tal como es en Jesús" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1121).

"No habrá un tiempo de gracia futuro en el cual prepararse para la eternidad. En esta vida hemos de vestirnos con el manto de la justicia de Cristo. Esta es nuestra única oportunidad de formar caracteres para el hogar que Cristo ha preparado para los que obedecen sus mandamientos" (Elena G. de White - Palabras de vida del gran Maestro, p. 259).

"Cristo ofrece la vida eterna a aquellos que deciden ser obedientes y sumisos a la voluntad de Dios. Al llevar el yugo de la obediencia gustosamente, los hombres y las mujeres declaran a los mundos no caídos, a los ángeles, y a los hombres, que han aceptado a Cristo como su Gobernante, y conforman sus vidas a su voluntad (Elena G. de White - Signs of the Times, 24 de junio, 1903).

"Consideremos lo que la Biblia enseña además respecto a los impíos y a los que no se han arrepentido, y a quienes los universalistas colocan en el cielo como santos y bienaventurados ángeles. "Al que tuviere sed, le daré a beber de la fuente del agua de la vida de balde." Apocalipsis 21:6 (VM). Esta promesa es sólo para aquellos que tuvieron sed. Sólo aquellos que sienten la necesidad del agua de la vida y que la buscan a cualquier precio, la recibirán. "El que venciere heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo." Vers. 7 (VM). Aquí también, las condiciones están especificadas. Para heredar todas las cosas, debemos resistir al pecado y vencerlo" (Elena G. de White - CS 595-596).

“Los que habían aceptado la luz referente a la mediación de Cristo y a la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que éstas eran las verdades presentadas en el capítulo 14 del Apocalipsis. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple amonestación (véase el Apéndice, nota 8), que debe servir para preparar a los habitantes de la tierra para la segunda venida del Señor. La declaración: “Ha llegado la hora de su juicio,” indica la obra final de la actuación de Cristo para la salvación de los hombres. Proclama una verdad que debe seguir siendo proclamada hasta el fin de la intercesión del Salvador y su regreso a la tierra para llevar a su pueblo consigo. La obra del juicio que empezó en 1844 debe proseguirse hasta que sean falladas las causas de todos los hombres, tanto de los vivos como de los muertos; de aquí que deba extenderse hasta el fin del tiempo de gracia concedido a la humanidad. Y para que los hombres estén debidamente preparados para subsistir en el juicio, el mensaje les manda: “¡Temed a Dios y dadle gloria,” “y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!” El resultado de la aceptación de estos mensajes está indicado en las palabras: “En esto está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús.” Para subsistir ante el juicio tiene el hombre que guardar la ley de Dios. Esta ley será la piedra de toque en el juicio. El apóstol Pablo declara: “Cuantos han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados;... en el día en que juzgará Dios las obras más ocultas de los hombres... por medio de Jesucristo.” Y dice que “los que cumplen la ley serán justificados.” Romanos 2:12-16 (VM). La fe es esencial para guardar la ley de Dios; pues “sin fe es imposible agradarle.” Y “todo lo que no es de fe, es pecado - Hebreos 11:6 (VM); Romanos 14:23” (Elena G. de White - CS 488-489).

“Los que se unen con el mundo... se preparan para la marca de la bestia. Los que desconfían de sí mismos, se humillan delante de Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, son los que reciben el molde celestial y se preparan para tener el sello de Dios en sus frentes” (Elena G. de White - 2JT 71).

“Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto de carácter, los excluirá para siempre del cielo” (Elena G. de White - T2 403).

“Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Romanos 2:1-16).

“En la Epístola a los Hebreos se señala el propósito absorbente que debería caracterizar la carrera cristiana por la vida eterna: “Dejando todo el peso del pecado que nos rodea, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta, puestos los ojos en el Autor y consumidor de la fe, en Jesús.” Hebreos 12:1, 2. La envidia, la malicia, los malos pensamientos, las malas palabras, la codicia: éstos son pesos que el cristiano debe deponer para correr con éxito la carrera de la inmortalidad. Todo hábito o práctica que conduce al pecado o deshonor a Cristo, debe abandonarse, cualquiera que sea el sacrificio.

La bendición del cielo no puede descender sobre ningún hombre que viola los eternos principios de la justicia. Un solo pecado acariciado es suficiente para degradar el carácter y extraviar a otros. Y si tu mano te escandalizare—dijo el Salvador, —córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la Gehenna, al fuego que no puede ser apagado.... Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo: mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en la Gehenna.” Marcos 9:43-45. Si para salvar el cuerpo de la muerte debería cortarse el pie o la mano, o hasta sacarse el ojo, ¡cuánto más fervientemente debiera el cristiano quitar el pecado, que produce muerte al alma!” (Elena G. de White - HAP 251-252).

“Vendrá para honrar a los que le amaron y guardaron sus mandamientos, y para llevarlos consigo. No los ha olvidado ni tampoco ha olvidado su promesa. Volverán a unirse los eslabones de la familia. Cuando miramos a nuestros muertos, podemos pensar en la mañana en que la trompeta de Dios resonará, cuando “los muertos serán levantados sin corrupción, y nosotros seremos transformados.” Aun un poco más, y veremos al Rey en su hermosura. Un poco más, y enjugará toda lágrima de nuestros ojos. Un poco más, y nos presentará “delante de su gloria irrepreensibles, con grande alegría.” Por lo tanto, cuando dio las señales de su venida, dijo: “Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca” (Elena G. de White - DTG 586).

“En el tiempo de Juan el Bautista, Cristo estaba por presentarse como revelador del carácter de Dios. Su misma presencia haría manifiestos a los hombres sus pecados. Únicamente en la medida en que estuviesen dispuestos a ser purificados de sus pecados, podrían ellos entrar en comunión con él. Únicamente los limpios de corazón podrían morar en su presencia” (Elena G. de White - DTG 83).

“En sus visiones el profeta ve a los que triunfaron sobre el pecado y el sepulcro felices en la presencia de su Hacedor, conversando libremente con él como el hombre conversaba con Dios en el principio. El Señor los invita así: “Alegraos vosotros, y regocijaos hasta la eternidad en lo que voy a crear; pues he aquí que voy a crear a Jerusalén, que sea un regocijo, y su pueblo, un gozo. También yo me regocijaré en Jerusalén, y gozaréme en mi pueblo; y no se oirá más en ella voz de lloro ni voz de clamor.” “Y no dirá más el habitante: Estoy enfermo; al pueblo que mora en ella le habrá sido perdonada su iniquidad - Isaías 65:18, 19; 33:24 VM” (Elena G. de White - PR 538).

“Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá. <sup>20</sup> El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él” (Ezequiel 18:19-20).

“Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto en el carácter, los excluirá para siempre del cielo” (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia tomo 2 - 403).

“El día de liberación se acerca. “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para corroborar a los que tienen corazón perfecto para con él - 2 Crónicas 16:9” (Elena G. de White - PR 279).

“Cristo está pronto a venir en las nubes del cielo, y debemos estar preparados para encontrarlo sin tener mancha, ni arruga ni cosa semejante... El poder transformador de Dios debe estar sobre nuestros corazones. Debemos estudiar la vida de Cristo e imitar el Modelo divino. Debemos espaciarnos en la perfección de su carácter y ser transformados a su imagen. Nadie entrará en el reino de Dios a menos que su voluntad sea puesta en cautividad a la voluntad de Cristo” (En los lugares celestiales 287).

“Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras. Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos” (Isaías 33:14-17).

“Porque he aquí que Jehová sale de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y la tierra descubrirá sus sangres, y no más encubrirá sus muertos.” Isaías 26:21. Se está preparando la tempestad de la ira de Dios; y sólo subsistirán los que respondan a las invitaciones de la misericordia, como lo hicieron los habitantes de Nínive bajo la predicación de Jonás, y sean santificados por la obediencia a las leyes del Gobernante divino. Sólo los justos serán escondidos con Cristo en Dios hasta que pase la desolación” (Elena G. de White - PR 208).

“Dios no aceptará cosa alguna a no ser la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto de carácter, los excluirá para siempre del Cielo, con todas sus glorias y riquezas” (Elena G. de White – Consejos sobre la salud, pág. 568).

“En la noche (del 31 de Octubre) el Profesor Prescott dio una lección valiosa, como oro precioso. La tienda estaba llena, y muchos quedaron afuera. Todos parecían estar fascinados con la palabra, a medida que él iba presentando la verdad en líneas tan nuevas para aquellos que no eran de nuestra fe. La verdad fue separada del error, y hecha, a través del divino Espíritu, brillar como preciosas joyas. Se mostró que la perfecta obediencia a todos los mandamientos de Dios es esencial para la salvación de las almas. La obediencia a las leyes del reino de Dios revelan lo divino en lo humano, santificando el carácter (Elena G. de White – XXXX).

“Dios no aceptará nada menos que una rendición incondicional. Los cristianos medio convertidos y pecadores nunca entrarán al cielo” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 265).

“No está salvado ningún transgresor de la ley de Dios, la cual es el fundamento del gobierno divino en el cielo y en la tierra” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 370).

“La promesa que Dios nos hace se basa en una condición de obediencia, de obediencia a todos sus requerimientos... Pero, si no prestan una obediencia perfecta, las grandes y preciosas promesas quedarán sin efecto” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 Pág. 211-212).

“Dios espera de nosotros una perfecta obediencia a su ley. Esta ley es el eco de su voz que nos dice: Santos, sí, siempre más santos. Desead la plenitud de la gracia de Cristo, sí, anhelad—sentid hambre y sed—la justicia. La promesa es: “Y os hartaréis”. Que vuestro corazón se llene del anhelo de su justicia.

Dios ha declarado llanamente que espera que seamos perfectos, y debido a que espera esto, él ha hecho provisión para que seamos participantes de la naturaleza divina. Únicamente así tendremos éxito en la lucha por la vida eterna. Se concede poder mediante Cristo. “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre - Juan 1:12” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 215).

“La verdad, como está en Jesús, significa obediencia a cada precepto de Jehová... La santificación de la Biblia inducirá a sus poseedores a conocer los requerimientos de Dios y a obedecerlos... Hay un cielo puro y santo reservado para los que guardan los mandamientos de Dios. Es digno de un esfuerzo incansable, perseverante y de toda la vida” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús pág. 146).

“Así como la Biblia presenta dos leyes, una inmutable y eterna, la otra provisional y temporaria, así también hay dos pactos. El pacto de la gracia se estableció primeramente con el hombre en el Edén, cuando después de la caída se dio la promesa divina de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Este pacto puso al alcance de todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia de Dios para obedecer en lo futuro mediante la fe en Cristo. También les prometía la vida eterna si eran fieles a la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la salvación” (Elena G. de White - PP 386-387).

“Ante la zarza ardiente se le ordenó a Moisés que se quitase las sandalias, porque la tierra en que estaba era santa. Tampoco los sacerdotes debían entrar en el santuario con el calzado puesto. Las partículas de polvo pegadas a él habrían profanado el santo lugar. Debían dejar los zapatos en el atrio antes de entrar en el santuario, y también tenían que lavarse tanto las manos como los pies antes de servir en el tabernáculo o en el altar del holocausto. En esa forma se enseñaba constantemente que los que quieran acercarse a la presencia de Dios deben apartarse de toda impureza” (Elena G. de White - PP 362-363).

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos, Y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias

por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (Efesios 5:1-31).

“Nadie que haya recibido la luz de la verdad y quebrante los mandamientos entrará en la ciudad de Dios. Su ley constituye el fundamento de su gobierno en la tierra y en el cielo. Los que conscientemente hayan pisoteado y despreciado su ley en la tierra, no serán llevados al cielo para que allí hagan la misma obra; no se producirá un cambio de carácter cuando Cristo venga. La edificación del carácter ha de proseguir durante las horas de prueba. Día tras día nuestras acciones son registradas en los libros del cielo, y en el gran día de Dios seremos recompensados según hayan sido nuestras obras. Entonces se verá quién recibe la bendición. “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad - Apocalipsis 22:14” (Elena G. de White - Fe y Obras 42, 43).

“No hubo una elección arbitraria de parte de Dios, por la cual Esaú fuera excluido de las bendiciones de la salvación. Los dones de su gracia mediante Cristo son gratuitos para todos. No hay elección, excepto la propia, por la cual alguien haya de perecer. Dios ha expuesto en su Palabra las condiciones de acuerdo con las cuales se elegirá a cada alma para la vida eterna: la obediencia a sus mandamientos, mediante la fe en Cristo. Dios ha elegido un carácter que está en armonía con su ley, y todo el que alcance la norma requerida, entrará en el reino de la gloria. Cristo mismo dijo: “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida.” “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” Juan 3:36; Mateo 7:21. Y en el Apocalipsis declara: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad.” Apocalipsis 22:14. En cuanto a la redención final del hombre, ésta es la única elección que nos enseña la Palabra de Dios” (Elena G. de White - PP 207).

"Cristo no habría venido a esta tierra si los mandamientos no hubieran sido quebrantados. No vino a salvarnos en nuestros pecados, sino de nuestros pecados. No hay felicidad genuina en la transgresión, sino en la obediencia. Nuestro mérito está en la sangre de Cristo. Pero los hombres creen que pueden transgredir y despreciar la cruz, y aun así entrar en la ciudad" (Elena de White – Manuscript Releases, tomo 3, p. 98).

### **Los perdidos han despreciado la salvación por su desobediencia a la ley**

“Unos pocos, sí, solo unos pocos de entre el gran número de habitantes de la tierra serán salvados para vida eterna, mientras que las masas que no han perfeccionado sus almas en la obediencia de la verdad serán destinadas a la segunda muerte” (Elena G. de White - Testimonies of the Church 2 - 358).

“No digan que no pueden remediar sus defectos de carácter. Si llegan a esta conclusión, dejarán ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en la propia voluntad de ustedes. Si no quieren, no podrán vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios” (Elena G. de White - *Mente Carácter y Personalidad* tomo 2 192).

“En aquella terrible hora vieron que la transgresión de la ley de Dios había ocasionado su ruina. Pero, si bien por temor al castigo reconocían su pecado, no sentían verdadero arrepentimiento ni verdadera repugnancia hacia el mal. Habrían vuelto a su desafío contra el cielo, si se les hubiese librado del castigo. Así también cuando los juicios de Dios caigan sobre la tierra antes del diluvio de fuego, los impíos sabrán exactamente en qué consiste su pecado: en haber menospreciado su santa ley. Sin embargo, su arrepentimiento no será más genuino que el de los pecadores del mundo antiguo” (Elena G. de White - PP 88).

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, <sup>27</sup> sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. <sup>28</sup> El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente” (Hebreos 10:26-28).

“Tú, pues, hijo de hombre, di a la casa de Israel: Vosotros habéis hablado así, diciendo: Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos somos consumidos; ¿cómo, pues, viviremos? <sup>11</sup> Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel? <sup>12</sup> Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no lo libraré el día que se rebelare; y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se volviere de su impiedad; y el justo no podrá vivir por su justicia el día que pecare. <sup>13</sup> Cuando yo dijere al justo: De cierto vivirás, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo. <sup>14</sup> Y cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; si él se convirtiere de su pecado, e hiciere según el derecho y la justicia, <sup>15</sup> si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y caminar en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá. <sup>16</sup> No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido; hizo según el derecho y la justicia; vivirá ciertamente. <sup>17</sup> Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recto el camino del Señor; el camino de ellos es el que no es recto. <sup>18</sup> Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello. <sup>19</sup> Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello. <sup>20</sup> Y dijisteis: No es recto el camino del Señor. Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos” (Ezequiel 33:10-20).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

"Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

"La ley de Dios es el espejo que le muestra al hombre los defectos de su carácter... El descubrimiento de estos defectos, ¿debiera inducirles a odiar el espejo o a odiarse a sí mismos? ¿Debieran rechazar el espejo que descubre sus defectos? No. Los pecados en que se complacen, los cuales el fiel espejo les muestra que existen en su carácter, les cerrarán los portales del cielo a menos que los desechen y lleguen a ser perfectos ante Dios... Por medio de la fe en Cristo es posible obedecer cada principio de la ley" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, pp. 1076, 1077).

"Como fuera de sí, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en las manos de él las tablas de la ley divina, los estatutos que ellos despreciaron y transgredieron. Son testigos de la explosión de admiración, arrobamiento y adoración de los redimidos; y cuando las ondas de melodía inundan a las multitudes fuera de la ciudad, todos exclaman a una voz: "¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!" Apocalipsis 15:3 (VM). Y cayendo prosternados, adoran al Príncipe de la vida" (Elena G. de White - CS 727).

"Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, éstos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento—todo eso sale a relucir como si estuviese escrito con letras de fuego" (Elena G. de White - CS 724).

"Terrible será la crisis a que llegará el mundo. Unidos los poderes de la tierra para hacer la guerra a los mandamientos de Dios, decretarán que todos los hombres, "pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos" (Apocalipsis 13:16), se conformen a las costumbres de la iglesia y observen el falso día de reposo. Todos los que se nieguen a someterse serán castigados por la autoridad civil, y finalmente se decretará que son dignos de muerte. Por otra parte, la ley de Dios

que impone el día de reposo del Creador exige obediencia y amenaza con la ira de Dios a los que violen sus preceptos” (Elena G. de White - CS 662).

“Dios declara positivamente en su Palabra que castigará a los transgresores de su ley. Los que se lisonjean con la idea de que es demasiado misericordioso para ejecutar su justicia contra los pecadores, no tienen más que mirar a la cruz del Calvario. La muerte del immaculado Hijo de Dios testifica que “la paga del pecado es muerte,” que toda violación de la ley de Dios debe recibir su justa retribución. Cristo, que era sin pecado, se hizo pecado a causa del hombre. Cargó con la culpabilidad de la transgresión y sufrió tanto, cuando su Padre apartó su faz de él, que su corazón fue destrozado y su vida aniquilada. Hizo todos esos sacrificios a fin de redimir al pecador. De ningún otro modo habría podido el hombre libertarse de la penalidad del pecado. Y toda alma que se niegue a participar de la expiación conseguida a tal precio, debe cargar en su propia persona con la culpabilidad y con el castigo por la transgresión” (Elena G. de White - CS 595).

“En aquel tiempo el pueblo de Israel era fiel a Dios; y mientras siguiera obedeciendo a su ley, ningún poder de la tierra o del infierno había de prevalecer contra él. Pero la maldición que no se le permitió a Balaam pronunciar contra el pueblo de Dios, él al fin consiguió atraerla sobre dicho pueblo arrastrándolo al pecado. Al quebrantar Israel los mandamientos de Dios, se separó de él y fue abandonado al poder del destructor” (Elena G. de White - CS 584).

“Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. “El pecado es transgresión de la ley.” Y “todo aquel que peca (transgrede la ley), no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:6. Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios.” 1 Juan 2:4, 5 (VM). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberle comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empequeñecen y tienen en poco los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan a los hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno” (Elena G. de White - CS 526).

“Tales son los avisos que ha dado Dios para que los hombres se abstengan de alterar lo revelado o mandado por él. Estas solemnes denuncias se refieren a todos los que con su influencia hacen que otros consideren con menosprecio la ley de Dios. Deben hacer temblar y temer a los que declaran con liviandad que poco importa que obedezcamos o no obedezcamos a la ley de Dios. Todos los que alteran el significado preciso de las Sagradas Escrituras sobreponiéndoles sus opiniones particulares, y los que tuercen los preceptos de la Palabra divina ajustándolos a sus propias conveniencias, o a las del mundo, se arrojan terrible responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada individuo y condenará a todo el que fuere hallado falto por esta prueba infalible” (Elena G. de White - CS 311).

“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? <sup>18</sup> Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?” (1Pedro 4:17-18).

“Dios reclama con derecho el amor y la obediencia de todas sus criaturas. Les ha dado en su ley una norma perfecta de justicia. Pero muchos olvidan a su Hacedor, y en oposición a su voluntad eligen seguir sus propios caminos. Retribuyen con enemistad el amor que es tan alto como el cielo, tan ancho como el universo. Dios no puede rebajar los requerimientos de su ley para satisfacer la norma de los impíos; ni pueden los hombres, por su propio poder, satisfacer las demandas de la ley. Solamente por la fe en Cristo puede el pecador ser limpiado de sus culpas y capacitado para prestar obediencia a la ley de su Hacedor” (Elena G. de White - HAP 339).

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, Ni estuvo en camino de pecadores, Ni en silla de escarnecedores se ha sentado; <sup>2</sup> Sino que en la ley de Jehová está su delicia, Y en su ley medita de día y de noche. <sup>3</sup> Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, Y su hoja no cae; Y todo lo que hace, prosperará. <sup>4</sup> No así los malos, Que son como el tamo que arrebatada el viento. <sup>5</sup> Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, Ni los pecadores en la congregación de los justos. <sup>6</sup> Porque Jehová conoce el camino de los justos; Mas la senda de los malos perecerá” (Salmos 1).

“El amor de Dios ahora se extiende para abrazar al más degradado y vil pecador que se acerque contrito a Cristo. Se extiende para transformar al pecador en obediente y fiel hijo de Dios. Sin embargo, ni una sola alma puede ser salvada si continúa en el pecado” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 367).

“Pero en medio de la tempestad de los castigos divinos, los hijos de Dios no tendrán ningún motivo para temer. “Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel.” El día que traerá terror y destrucción para los transgresores de la ley de Dios, para los obedientes significará “gozo inefable y glorificado.”

“Juntadme mis santos—dirá el Señor; —los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y denunciarán los cielos su justicia; porque Dios es el juez.” Joel 3:16; 1 Pedro 1:8; Salmos 50:5, 6.

“Entonces os tornaréis, y echaréis de ver la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.” “Oídme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley.”

“He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento... nunca más lo beberás.” “Yo, yo soy vuestro consolador.” “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti - Malaquías 3:18; Isaías 51:7, 22, 12; 54:10” (Elena G. de White - PP 354-355).

“Satanás induce a muchos a creer que Dios pasará por alto su infidelidad en los asuntos menos importantes de la vida; pero en su proceder con Jacob el Señor demostró que de ningún modo puede sancionar ni tolerar el mal. Todos los que traten de ocultar o excusar sus pecados, y permitan que permanezcan en los libros del cielo inconfesos y sin perdón, serán vencidos por Satanás” (Elena G. de White - PP 200-201).

## Conclusión

Como dijimos en otros capítulos, la salvación viene de Dios, por su gracia y sus bendiciones, por regalarnos a Jesús para que sea parte de nuestra especie.

Pero como vimos en los versículos y citas anteriores y durante todo este estudio veremos también, que el guardar los mandamientos es un requisito, una condición de salvación.

Algunos discuten esto, pero malentienden el problema. El guardar los mandamientos, si bien requiere del esfuerzo y la voluntad humana, es una obra de Dios, donde el poder de Dios da la victoria, donde los méritos para que eso pase son enteramente de Jesús.

Entonces ahora podemos entender que dentro de la gracia también está la condición de guardar los mandamientos, porque termina siendo una acción de Dios en nosotros.

## Capítulo 9

### EL PROCESO DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA

***Versículo clave:*** *Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, Que va en aumento hasta que el día es perfecto (Proverbios 4:18).*

Como venimos diciendo a través de los primeros capítulos, la perfección cristiana es un fenómeno que lleva su tiempo, Dios acompaña el crecimiento del creyente hasta que alcanza la perfección. Veamos los versículos y las citas que así lo justifican:

#### **El proceso hacia la perfección**

“Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, Que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa” (Filipenses 3:12-16).

“En la segunda carta de Pedro a los que habían alcanzado la “fe igualmente preciosa” con él, el apóstol expone el plan divino para el desarrollo del carácter cristiano...

Estas palabras están llenas de instrucción, y dan la nota tónica de la victoria. El apóstol presenta a los creyentes la escalera del progreso cristiano, en la cual cada peldaño representa un avance en el conocimiento de Dios, y en cuya ascensión no debe haber detenciones. Fe, virtud, ciencia, temperancia, paciencia, piedad, fraternidad y amor representan los peldaños de la escalera. Somos salvados subiendo escalón tras escalón, ascendiendo paso tras paso hasta el más alto ideal que Cristo tiene para nosotros. De esta manera, él es hecho para nosotros sabiduría y justificación, santificación y redención. Dios ha llamado a su pueblo para que alcancen gloria y virtud, y éstas se manifestarán en la vida de cuantos estén verdaderamente relacionados con él. Habiéndoseles permitido participar del don celestial, deben seguir dirigiéndose hacia la perfección, siendo “guardados en la virtud de Dios por fe.” 1 Pedro 1:5. La gloria de Dios consiste en otorgar su poder a sus hijos. Desea ver a los hombres alcanzar la más alta norma: y serán hechos perfectos en él cuando por fe echen mano del poder de Cristo, cuando recurran a sus infalibles promesas reclamando su cumplimiento, cuando con una importunidad que no admita rechazamiento, busquen el poder del Espíritu Santo.

Habiendo recibido la fe del Evangelio, la siguiente obra del creyente es añadir virtud a su carácter y así limpiar el corazón y preparar la mente para la recepción del conocimiento de Dios. Este conocimiento es el fundamento de toda verdadera educación y de todo verdadero servicio. Es la única real salvaguardia contra la tentación; y solamente eso puede hacerle a uno semejante a Dios en carácter. Por medio del conocimiento de Dios y de su Hijo Jesucristo, se imparten a los creyentes “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad.” Ningún buen don se niega al que sinceramente desea obtener la justicia de Dios.

“Esta empero es la vida eterna—dijo Cristo,—que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado.” Juan 17:3. Y el profeta Jeremías declaró: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar; en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio, y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová.” Jeremías 9:23, 24. Difícilmente puede la mente humana entender la anchura, profundidad y altura de las realizaciones espirituales del que obtiene este conocimiento.

A nadie se le impide alcanzar, en su esfera, la perfección de un carácter cristiano. Por el sacrificio de Cristo se ha provisto para que los creyentes reciban todas las cosas que pertenecen a la vida y la piedad. Dios nos invita a que alcancemos la norma de perfección y pone como ejemplo delante de nosotros el carácter de Cristo. En su humanidad, perfeccionada por una vida de constante resistencia al mal, el Salvador mostró que cooperando con la Divinidad los seres humanos pueden alcanzar la perfección de carácter en esta vida. Esa es la seguridad que nos da Dios de que nosotros también podemos obtener una victoria completa.

Ante los creyentes se presenta la maravillosa posibilidad de llegar a ser semejantes a Cristo, obedientes a todos los principios de la ley de Dios. Pero por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de alcanzar esas condiciones. La santidad, que según la Palabra de Dios debe poseer antes de poder ser salvo, es el resultado del trabajo de la gracia divina sobre el que se somete en obediencia a la disciplina y a las influencias refrenadoras del Espíritu de verdad. La obediencia del hombre puede ser hecha perfecta únicamente por el incienso de la justicia de Cristo, que llena con fragancia divina cada acto de acatamiento. La parte que le toca a cada cristiano es perseverar en la lucha por vencer cada falta. Constantemente debe orar al Salvador para que sane las dolencias de su alma enferma por el pecado. El hombre no tiene la sabiduría y la fuerza para vencer; ellas vienen del Señor, y él las confiere a los que en humillación y contrición buscan su ayuda.

La obra de transformación de la impiedad a la santidad es continua. Día tras día Dios obra la santificación del hombre, y éste debe cooperar con él, haciendo esfuerzos perseverantes a fin de cultivar hábitos correctos. Debe añadir gracia sobre gracia; y mientras el hombre trabaja según el plan de adición, Dios obra para él según el plan de multiplicación. Nuestro Salvador está siempre listo para oír y contestar la oración de un corazón contrito, y multiplica para los fieles su gracia y paz. Gozosamente derrama sobre ellos las bendiciones que necesitan en sus luchas contra los males que los acosan.

Hay quienes intentan ascender la escalera del progreso cristiano, pero a medida que avanzan, comienzan a poner su confianza en el poder del hombre, y pronto pierden de vista a Jesús, el autor y consumidor de su fe. El resultado es el fracaso, la pérdida de todo lo que se había ganado. Ciertamente es triste la condición de los que habiéndose cansado en el camino, permiten al enemigo de las almas que les arrebatase las virtudes cristianas que habían desarrollado en sus corazones y en sus vidas. “Mas el que no tiene estas cosas—declara el apóstol,—es ciego, y tiene la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.”

El apóstol Pedro había tenido una larga experiencia en las cosas divinas. Su fe en el poder salvador de Dios se había fortalecido con los años, hasta probar, más allá de toda duda, que no hay posibilidad de fracasar para aquel que, avanzando por fe, asciende escalón tras escalón, siempre hacia arriba y hacia adelante hasta el último peldaño de la escalera que llega a los mismos portales del cielo.

Por muchos años Pedro había recalado a los creyentes la necesidad de un crecimiento constante en gracia y en conocimiento de la verdad; y ahora, sabiendo que pronto iba a ser llamado a sufrir el martirio por su fe, llamó una vez más su atención al precioso privilegio que está al alcance de cada creyente. En la completa seguridad de su fe, el anciano discípulo exhortó a sus hermanos a tener firmeza de propósito en la vida cristiana. “Procurad—rogaba Pedro—tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta

manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” ¡Preciosa seguridad! ¡Gloriosa es la esperanza del creyente mientras avanza por fe hacia las alturas de la perfección cristiana! (Elena G. de White - HAP 422-425).

"La germinación de la semilla representa el comienzo de la vida espiritual, y el desarrollo de la planta es una bella figura del crecimiento cristiano. Como en la naturaleza, así también en la gracia no puede haber vida sin crecimiento. La planta debe crecer o morir. Así como su crecimiento es silencioso e imperceptible, pero continuo, así es el desarrollo de la vida cristiana. En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta; pero si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo. La santificación es la obra de toda la vida" (Elena G. de White – PVGM 45-46).

“Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado de hombre perfecto;” crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” El apóstol San Pablo dice: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3:13, 14. Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca - 2 Pedro 1:5-10” (VM) (Elena G. de White - CS 523-524).

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación'. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“En su carta “a los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas,” escrita mientras estaba preso en Roma, Pablo hace mención de su regocijo por la constancia de ellos en la fe, cuyas buenas nuevas le fueron traídas por Epafras, quien, escribió el apóstol, “nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. Por lo cual—continúa,— también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en

todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo.”

De este modo Pablo expresó en palabras sus deseos para con los creyentes de Colosas. ¡Cuán elevado es el ideal que mantienen estas palabras ante el seguidor de Cristo! Muestran las maravillosas posibilidades de la vida cristiana y hacen bien claro que no hay límites para las bendiciones que los hijos de Dios pueden recibir. Creciendo constantemente en el conocimiento de Dios, podían ir de fortaleza en fortaleza, de altura en altura en la experiencia cristiana, hasta que por “la potencia de su gloria,” llegasen a ser “aptos para participar de la suerte de los santos en luz” (Elena G. de White - HAP 375-376).

“Jesús fue perfecto como hombre y creció en la gracia... Hasta el cristiano más perfecto debe incrementar continuamente su conocimiento de Dios y amor a Dios... La perfección es obtenida cuando Cristo termina su trabajo de refinación y purificación... Cuando su imagen está perfectamente reflejada en ellos son perfectos y santos... Están preparados para la traslación... Un gran trabajo es requerido del cristiano” (Elena G. de White - RH III 125).

“Era este propósito único de ganar la carrera de la vida eterna, lo que Pablo anhelaba ver revelado en las vidas de los creyentes corintios... Sabía que a fin de alcanzar el ideal de Cristo para con ellos, tenían por delante una lucha de toda la vida, que no tendría tregua... Les pedía que lucharan lealmente, día tras día, en busca de piedad y excelencia moral... Les rogaba que pusieran a un lado todo peso y se esforzaran hacia el blanco de la perfección en Cristo” (Elena G. de White - HAP 253-254).

“Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

"El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo. Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante. Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado. Debe haber una lucha continua y un progreso constante, hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección del carácter" (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 606).

“Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande... El Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de carácter en carácter... Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús... Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto.”(Elena G. de White - 1MS:463).

"El Espíritu Santo nunca desatiende a un alma que busca a Jesús. Toma de lo de Cristo y lo enseña al que busca. Y si la vista permanece fija en Jesús, la obra del Espíritu no cesa hasta que el

alma se conforma a su imagen. Por medio de la influencia de gracia del Espíritu, el pecador es transformado en espíritu y propósito, hasta que llega a ser uno con Cristo. Su afecto por Dios aumenta, tiene hambre y sed de justicia, y al contemplar a Cristo es cambiado de gloria en gloria, de carácter en carácter, y llega a ser más y más como su Maestro" (Elena G. de White - Signs of the Times, 27 de septiembre, 1899).

## Conclusión

La perfección es un proceso que puede durar toda la vida o no, dependerá de la dureza de corazón del creyente, ya que el poder de Dios siempre está disponible.

Lo interesante es que podemos ser perfectos en cada etapa del crecimiento, ya que según podamos entender y conocer a Dios iremos sumando sabiduría y agregando a nuestros atributos del carácter mayor altura en cuanto a crecimiento. Seremos juzgados por nuestro conocimiento de las cosas de Dios, por lo tanto cuando la luz de Dios nos enseña algo nuevo podemos avanzar en el crecimiento en el proceso de perfección o detenernos. Por lo tanto varias personas diferentes pueden tener diferentes alturas de crecimiento, algunos sólo pueden estar comenzando y otros ser muy avanzados en el conocimiento de las cosas de Dios, pero ambos son perfectos, porque practican al 100% lo mucho o poco que conocen.

La perfección cristiana es siempre y a la vez alcanzada y en gestación.

¿Y qué pasa con las personas que en el proceso de crecimiento en la perfección cristiana son alcanzadas por la muerte?

Estoy convencido de que en estos casos, pese a que no se haya logrado todo el crecimiento esperado, sin embargo durante el tiempo en que se comprometieron en una relación personal con Jesús, mostraron su sinceridad, guardando toda la luz que habían recibido, esa falta será cubierta por Cristo, ya que esa persona guardaba todo lo que había aprendido, todo lo que conocía hasta ese momento, y si hubiera tenido tiempo su crecimiento seguramente alcanzaría otras alturas. La meta siempre es llegar hasta Jesús.

El crecimiento de la perfección cristiana nunca se detendrá, ni siquiera en la vida eterna. Pero creo yo que el creyente, según lo que dijimos antes, llegará a una altura considerable en su vida espiritual, según la luz que haya recibido, como dice Elena G. de White: "... hasta que llegaran a ser aptos para participar de la suerte de los santos en luz".

Podríamos decir que la única condición para la salvación es la entrega del carácter en cada etapa del proceso.

Larry Kirkpatrick en su libro *Cleanse and close*, identifica este proceso de la siguiente manera:

"La perfección nunca es absoluta, ni ahora ni después de la venida de Cristo. La perfección nunca es igualdad con Cristo. La perfección significa ni la falta de debilidad ni la ausencia de trastornos mentales o físicos. Nadie que sea perfecto sentirá que es perfecto. La perfección es un ejercicio ininterrumpido de fe que mantiene al alma pura de toda mancha de pecado o deslealtad a Dios. La perfección se refiere al estilo de vida dinámico y creciente de la persona que refleja la vida de Jesús. Ya no cede a los deseos rebeldes, pecaminosos."

## Capítulo 10

### LA PERFECCIÓN CRISTIANA Y LA SANTIFICACIÓN

**Versículo clave:** *“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo” (Levíticos 11:44).*

Hablemos de santificación. En este capítulo intentamos visualizar si hay diferencias entre la santificación y la perfección cristiana. Veamos para ver que tienen para decirnos las citas inspiradas:

#### Debemos ser santos

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. <sup>24</sup> Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1Tesalonicenses 5:23-24).

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2Corintios 7:1).

“Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, <sup>13</sup> para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1Tesalonicenses 3:12-13).

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; <sup>13</sup> soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. <sup>14</sup> Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. <sup>15</sup> Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. <sup>16</sup> La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. <sup>17</sup> Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:12-17).

“Para los santos que están en la tierra, Y para los íntegros, es toda mi complacencia” (Salmos 16:3).

“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, En la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora Tienes tú el rocío de tu juventud” (Salmos 110:3).

“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo” (Levíticos 11:44).

“Sino, como Aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15, 16).

"Muchos reconocen que Jesucristo es el Salvador del mundo, pero al mismo tiempo se

mantiene apartados de él y no aprovechan la ocasión de arrepentirse de sus pecados y de aceptar a Jesús como su Salvador personal. Su fe es simplemente el asentimiento de la verdad en su mente y en su juicio, pero la verdad no penetra en el corazón para santificar el alma y transformar el carácter" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 456, 457).

"Él llama a cada ser humano a ser puro, santo, santificado, de manera que pueda cumplirse la obra para este tiempo. Cuando el pueblo de Dios se coloca en una relación apropiada con él y unos con otros, habrá una concesión plena del Espíritu Santo para la combinación armoniosa de todo el cuerpo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 7 de febrero, 1900).

"Es propósito de Dios que su pueblo sea un pueblo santificado, purificado y santo, que comunique luz a cuantos le rodean. Es su propósito que, al ejemplificar la verdad en su vida, le alabe en el mundo. La gracia de Cristo basta para realizar esto. Pero deben recordar los hijos de Dios que únicamente cuando ellos crean en los principios del evangelio y obren de acuerdo con ellos, puede él hacer de ellos una alabanza en la tierra. Únicamente en la medida en que usen las capacidades que Dios les ha dado para servirle, disfrutarán de la plenitud y el poder de la promesa en la cual la iglesia ha sido llamada a confiar. Si los que profesan creer en Cristo como su Salvador alcanzan tan solo la baja norma de la medición mundanal, la iglesia no dará la rica mies que Dios espera. 'Hallada falta', será escrito en su registro" (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 3, p. 205).

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, <sup>4</sup>según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Efesios 1:3-4).

"Solemnes son las lecciones que nos enseña el fracaso sufrido por Israel en aquellos años durante los cuales tanto el gobernante como el pueblo se apartaron del alto propósito que habían sido llamados a cumplir. En aquello precisamente en que fueron débiles y fracasaron, el moderno Israel de Dios, los representantes del Cielo que constituyen la verdadera iglesia de Cristo, deben ser fuertes; porque a ellos les incumbe la tarea de terminar la obra confiada a los hombres y de apresurar el día de las recompensas finales. Sin embargo, es necesario hacer frente a las mismas influencias que prevalecieron contra Israel cuando reinaba Salomón. Las fuerzas del enemigo de toda justicia están poderosamente atrincheradas; y sólo por el poder de Dios puede obtenerse la victoria. El conflicto que nos espera exige que ejercitemos un espíritu de abnegación; que desconfiemos de nosotros mismos y dependamos de Dios solo para saber aprovechar sabiamente toda oportunidad de salvar almas. La bendición del Señor acompañará a su iglesia mientras sus miembros avancen unidos, revelando a un mundo postrado en las tinieblas del error la belleza de la santidad según se manifiesta en un espíritu abnegado como el de Cristo, en el ensalzamiento de lo divino más que de lo humano, y sirviendo con amor e incansablemente a aquellos que tanto necesitan las bendiciones del Evangelio" (Elena G. de White - PR 54-55).

"Ninguna otra institución confiada a los judíos propendía tan plenamente como el sábado a distinguirlos de las naciones que los rodeaban. Dios se propuso que su observancia los designase como adoradores suyos. Había de ser una señal de su separación de la idolatría, y de su relación con el verdadero Dios. Pero a fin de santificar el sábado, los hombres mismos deben ser santos. Por la fe, deben llegar a ser partícipes de la justicia de Cristo. Cuando fue dado a Israel el mandato: "Acordarte has del día del reposo, para santificarlo," el Señor también les dijo: "Habéis de serme varones santos." Únicamente en esa forma podía el sábado distinguir a los israelitas como adoradores de Dios" (Elena G. de White - DTG 250).

## **La santificación deberá ser alcanzada para heredar la vida eterna**

(Enoc) “El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo” (Elena G. de White – PP 77).

"La obra del Espíritu Santo es convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio. El mundo solo puede ser amonestado cuando vea que aquellos que creen la verdad son santificados por la verdad, cuando vea que practican principios santos y elevados, que demuestran con altura la línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que los pisotean. La santificación del Espíritu destaca la diferencia entre aquellos que tienen el sello de Dios y los que guardan un día falso de reposo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 991).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

“Porque he aquí que Jehová sale de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y la tierra descubrirá sus sangres, y no más encubrirá sus muertos.” Isaías 26:21. Se está preparando la tempestad de la ira de Dios; y sólo subsistirán los que respondan a las invitaciones de la misericordia, como lo hicieron los habitantes de Nínive bajo la predicación de Jonás, y sean santificados por la obediencia a las leyes del Gobernante divino. Sólo los justos serán escondidos con Cristo en Dios hasta que pase la desolación” (Elena G. de White - PR 208).

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones,<sup>10</sup> ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.<sup>11</sup> Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1Corintios 6:9-11).

## **La perfección cristiana es la santidad de carácter**

“Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:11-14).

“La mayor alabanza que los hombres pueden ofrecer a Dios es llegar a ser medios consagrados por los cuales pueda obrar. El tiempo pasa rápidamente hacia la eternidad. No retengamos de Dios lo que le pertenece. No le rehusemos lo que, aun cuando no puede ser ofrecido con mérito, no puede ser negado sin ruina. El nos pide todo el corazón; démoselo; es suyo, tanto por derecho de creación como de redención. Nos pide nuestra inteligencia; démosela, es suya. Pide nuestro

dinero; démoselo, pues es suyo. No sois vuestros, "porque comprados sois por precio." 1 Corintios 6:19, 20. Dios requiere el homenaje de un alma santificada, que, por el ejercicio de la fe que obra por medio del amor, se haya preparado para servirle. Sostiene ante nosotros el más alto ideal, el de la perfección. Nos pide que nos manifestemos absoluta y completamente en favor de él en este mundo, así como él está siempre en favor nuestro en la presencia de Dios" (Elena G. de White - HAP 452).

"Estudien las instrucciones dadas en el primer capítulo de Primera de Pedro. Nos señala la fuente de nuestra fuerza. Se ha hecho toda provisión para que los creyentes reciban todo lo concerniente a la vida y la santidad por medio del sacrificio de Cristo. Dios nos llama a alcanzar la norma más elevada de gloria y virtud. La perfección del carácter de Cristo hace posible para nosotros que alcancemos la perfección" (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 14, p.351).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrizamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

"La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202)

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“El evangelio es para todos, y uniré a la iglesia a hombres y a mujeres que son diferentes en preparación, en carácter y en disposición. Entre ellos habrá algunos que son naturalmente negligentes, que creen que la autoridad es orgullo y que no es tan necesario ser exigentes. Dios no descenderá hasta sus bajas normas. Les ha dado un tiempo de prueba y las direcciones necesarias en su Palabra, y requiere que sean transformados, que perfeccionen caracteres santos. Cada uno que se convierta del pecado a la justicia, del error a la verdad, ejemplificará en palabras y actos el poder santificador de la verdad” (Elena G. de White - SSJ 355.2).

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Mateo 5:48. Cuando Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para hombres y mujeres que fueran perfectos por el empleo de cada facultad de su ser para gloria de Dios. Les dio en Cristo las riquezas de su gracia, y un conocimiento de su voluntad. Al vaciarse de sí mismos y al aprender a andar en humildad, confiando en la dirección de Dios, los hombres serían capacitados para cumplir el elevado propósito de Dios para ellos.

La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados.

Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza a fin de que puedan realizarlo. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo...

Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. El es nuestro ejemplo. En todas las cosas, hemos de esforzarnos para honrar a Dios en carácter... Debemos depender completamente del poder que ha prometido darnos.

Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió.

Nuestro Salvador es un Salvador para la perfección del hombre en su totalidad. No es Dios sólo de una parte del ser. La gracia de Cristo obra para disciplinar toda la textura humana. El la hizo toda. Él lo ha redimido todo. Ha hecho participante de la naturaleza divina a la mente, la energía, el cuerpo y el alma, y todos son su posesión adquirida. Hay que servirle con toda la mente, el corazón, el alma y las fuerzas. Entonces el Señor será glorificado en sus santos incluso en las cosas comunes y temporales con las que se relacionan. “Santidad al Señor” será la inscripción colocada sobre ellos” (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

“Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

“Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará

al conocimiento de toda la verdad." Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: "Tu ley es la verdad." Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan." Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación" (Elena G. de White - CS 522-523).

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación'. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

"Satanás inventa innumerables medios de distraer nuestras mentes de la obra en que precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso. Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra. Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que cosa alguna les impida cumplir su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. En vez de dedicar horas preciosas a los placeres, a la ostentación o a la búsqueda de ganancias, las consagrarán a un estudio serio y con oración de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama" (Elena G. de White – CS 542).

"La santificación expuesta en las Santas Escrituras abarca todo el ser: espíritu, cuerpo y alma. San Pablo rogaba por los tesalonicenses, que su "ser entero, espíritu y alma y cuerpo" fuese "guardado y presentado irreprochable en el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo." 1 Tesalonicenses 5:23 (VM). Y vuelve a escribir a los creyentes: "Os ruego pues, hermanos, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos, como sacrificio vivo, santo, acepto a Dios." Romanos 12:1 (VM). En tiempos del antiguo Israel, toda ofrenda que se traía a Dios era cuidadosamente examinada. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se lo rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen "sin mancha." Así también se pide a los cristianos que presenten sus cuerpos en "sacrificio vivo, santo, acepto a Dios." Para ello, todas sus facultades deben conservarse en la mejor condición posible. Toda costumbre que tienda a debilitar la fuerza física o mental incapacita al hombre para el servicio de su Creador. ¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podamos ofrecerle? Cristo dijo: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón." Los que aman a Dios de todo corazón desearán darle el mejor servicio de su vida y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán

su aptitud para hacer su voluntad. No debilitarán ni mancharán la ofrenda que presentan a su Padre celestial abandonándose a sus apetitos o pasiones.

San Pedro dice: “Os ruego... que os abstengáis de las concupiscencias carnales, las cuales guerrean contra el alma.” 1 Pedro 2:11 (VM). Toda concesión hecha al pecado tiende a entorpecer las facultades y a destruir el poder de percepción mental y espiritual, de modo que la Palabra o el Espíritu de Dios ya no puedan impresionar sino débilmente el corazón. San Pablo escribe a los Corintios: “Limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios.” 2 Corintios 7:1. Y entre los frutos del Espíritu—“amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre,”—clasifica la “templanza.” Gálatas 5:22, 23 (VM).

A pesar de estas inspiradas declaraciones, ¡cuántos cristianos de profesión están debilitando sus facultades en la búsqueda de ganancias o en el culto que tributan a la moda; cuántos están envileciendo en su ser la imagen de Dios, con la glotonería, las bebidas espirituosas, los placeres ilícitos! Y la iglesia, en lugar de reprimir el mal, demasiado a menudo lo fomenta, apelando a los apetitos, al amor del lucro y de los placeres para llenar su tesoro, que el amor a Cristo es demasiado débil para colmar. Si Jesús entrase en las iglesias de nuestros días, y viese los festejos y el tráfico impío que se practica en nombre de la religión, ¿no arrojaría acaso a esos profanadores, como arrojó del templo a los cambiadores de moneda?

El apóstol Santiago declara que la sabiduría que descende de arriba es “primeramente pura.” Si se hubiese encontrado con aquellos que pronuncian el precioso nombre de Jesús con labios manchados por el tabaco, con aquellos cuyo aliento y persona están contaminados por sus fétidos olores, y que infestan el aire del cielo y obligan a todos los que les rodean a aspirar el veneno, —si el apóstol hubiese entrado en contacto con un hábito tan opuesto a la pureza del Evangelio, ¿no lo habría acaso estigmatizado como, “terreno, animal, diabólico”? Los esclavos del tabaco, pretendiendo gozar de las bendiciones de la santificación completa, hablan de su esperanza de ir a la gloria; pero la Palabra de Dios declara positivamente que “no entrará en ella ninguna cosa sucia.” Apocalipsis 21:27.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo.” 1 Corintios 6:19, 20. Aquel cuyo cuerpo es el templo del Espíritu Santo no se dejará esclavizar por ningún hábito pernicioso.

Sus facultades pertenecen a Cristo, que le compró con precio de sangre. Sus bienes son del Señor. ¿Cómo podrá quedar sin culpa si dilapida el capital que se le confió? Hay cristianos de profesión que gastan al año ingentes cantidades en goces inútiles y perniciosos, mientras muchas almas perecen por falta de la palabra de vida.

Roban a Dios en los diezmos y ofrendas, mientras consumen en aras de la pasión destructora más de lo que dan para socorrer a los pobres o para el sostenimiento del Evangelio. Si todos los que hacen profesión de seguir a Cristo estuviesen verdaderamente santificados, en lugar de gastar sus recursos en placeres inútiles y hasta perjudiciales, los invertirían en el tesoro del Señor, y los cristianos darían un ejemplo de temperancia, abnegación y sacrificio de sí mismos.

Serían entonces la luz del mundo. El mundo está entregado a la sensualidad. “La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida” gobiernan las masas del pueblo. Pero los discípulos de Cristo son llamados a una vida santa. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo.” A la luz de la Palabra de Dios, se justifica el aserto de que la santificación que no produce este completo desprendimiento de los deseos y placeres pecaminosos del mundo, no puede ser verdadera.

A aquellos que cumplen con las condiciones: “Salid de en medio de ellos, y apartaos,... y no toquéis lo inmundo,” se refiere la promesa de Dios: “Yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.” 2 Corintios 6:17, 18. Es

privilegio y deber de todo cristiano tener grande y bendita experiencia de las cosas de Dios. “Yo soy la luz del mundo— dice Jesús: —el que me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida.” Juan 8:12. “La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto.” Proverbios 4:18. Cada paso que se da en fe y obediencia pone al alma en relación más íntima con la luz del mundo, en quien “no hay ningunas tinieblas.” Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y éstos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de una gran luz en el cielo, con cuya gloria resplandecen, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Las gracias de su Espíritu, su pureza y santidad, se manifestarán en sus testigos.

En su carta a los Colosenses, San Pablo enumera las abundantes bendiciones concedidas a los hijos de Dios. “No cesamos—dice—de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo.” Colosenses 1:9-11.

Escribe además respecto a su deseo de que los hermanos de Efeso logren comprender la grandeza de los privilegios del cristiano. Les expone en el lenguaje más claro el maravilloso conocimiento y poder que pueden poseer como hijos e hijas del Altísimo. De ellos estaba el que fueran “fortalecidos con poder, por medio de su Espíritu, en el hombre interior,” y “arraigados y cimentados en amor,” para poder “comprender, con todos los santos, cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura y la profundidad—y conocer el amor de Cristo, que sobrepaja a todo conocimiento.” Pero la oración del apóstol alcanza al apogeo del privilegio cuando ruega que sean “llenos de ello, hasta la medida de toda la plenitud de Dios.” Efesios 3:16-19 (VM).

Así se ponen de manifiesto las alturas de la perfección que podemos alcanzar por la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos con lo que él requiere de nosotros. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. “El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Romanos 8:32.

El Padre dio a su Hijo su Espíritu sin medida, y nosotros podemos participar también de su plenitud. Jesús dice: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de él?” Lucas 11:13. “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.” “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.” Juan 14:14; 16:24 (Elena G. de White - CS 527-531).

*(Viene hablando de la santificación)* “Esta obra no se puede realizar sino por la fe en Cristo, por el poder del Espíritu de Dios que habite en el corazón. San Pablo amonesta a los creyentes: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” Filipenses 2:12, 13. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero luchará continuamente contra él.

Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina, y la fe exclama: “A Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo.” 1 Corintios 15:57.

Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado de hombre perfecto;” crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.”

El apóstol San Pablo dice: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios

en Cristo Jesús.” Filipenses 3:13, 14. Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca - 2 Pedro 1:5-10 (VM).” (Elena G. de White - CS 523-524).

"La germinación de la semilla representa el comienzo de la vida espiritual, y el desarrollo de la planta es una bella figura del crecimiento cristiano. Como en la naturaleza, así también en la gracia no puede haber vida sin crecimiento. La planta debe crecer o morir. Así como su crecimiento es silencioso e imperceptible, pero continuo, así es el desarrollo de la vida cristiana. En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta; pero si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo. La santificación es la obra de toda la vida (Elena G. de White – PVGM 45-46).

### **La santificación es guardar los mandamientos**

“Juan había de salir como mensajero de Jehová, para comunicar a los hombres la luz de Dios. Debía dar una nueva dirección a sus pensamientos. Debía hacerles sentir la santidad de los requerimientos de Dios, y su necesidad de la perfecta justicia divina. Un mensajero tal debía ser santo. Debía ser templo del Espíritu de Dios. A fin de cumplir su misión, debía tener una constitución física sana, y fuerza mental y espiritual. Por lo tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y pasiones. Debía poder dominar todas sus facultades, para poder permanecer entre los hombres tan inmovible frente a las circunstancias que le rodeasen como las rocas y montañas del desierto” (Elena G. de White - DTG 75).

“Apártate del mal, y haz el bien, Y vivirás para siempre. Porque Jehová ama la rectitud, Y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; Mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, vivirán para siempre sobre ella. La boca del justo habla sabiduría, Y su lengua habla justicia. La ley de su Dios está en su corazón; Por tanto, sus pies no resbalarán” (Salmos 37:27-31).

“La verdadera santificación es consecuencia del desarrollo del principio del amor. “Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él.” 1 Juan 4:16. La vida de aquel en cuyo corazón habita Cristo revelará una piedad práctica. El carácter será purificado, elevado, ennoblecido y glorificado. Una doctrina pura acompañará a las obras de justicia; y los preceptos celestiales a las costumbres santas” (Elena G. de White - HAP 447).

"Andar en la luz significa ser decidido, pensar, ejercer fuerza de voluntad, en un ferviente intento de representar a Cristo en la dulzura de su carácter. Significa apartar toda lóbreguez. No debéis descansar satisfechos diciendo solamente: 'Soy un hijo de Dios'. ¿Estáis contemplando a Jesús, y al contemplarlo, os estáis transformando a su semejanza? Caminar en luz significa avanzar en el desarrollo de los dones espirituales. Pablo declaró: 'No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; pero... olvidando ciertamente lo que queda atrás', al contemplar constantemente el Modelo, me extiendo 'a lo que esta adelante'. Caminar en la luz significa caminar 'rectamente', caminar 'en la ley de Jehová', caminar 'por fe', caminar 'en el Espíritu', caminar 'en tu verdad', caminar 'en amor', caminar 'en novedad de vida'. Esto es perfeccionar la santificación en temor de Dios (Elena G. de White - Hijos e hijas de Dios, p. 202).

“Los seguidores de Cristo tiene que llegar a ser como Él –por la gracia de Dios deben formar

caracteres en armonía con Su santa ley. Esta es la santificación bíblica” (Elena G. de White - CS 523).

“La justicia es santidad, semejanza a Dios; y 'Dios es amor' (1 Juan 4:16). Es conformidad a la ley de Dios, porque 'todos tus mandamientos son justicia' (Salmos 119:172); y 'el cumplimiento de la ley es el amor' (Romanos 13:10). La justicia es amor, y el amor es la luz y la vida de Dios. La justicia de Dios se incorpora en Cristo. Al recibirlo recibimos la justicia" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 78).

“Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

“Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

“El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del Cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe verdadera se funda en las promesas y disposiciones de las Sagradas Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. “El pecado es transgresión de la ley.” Y “todo aquel que peca [transgrede la ley], no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:6. Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios.” 1 Juan 2:4, 5 (VM). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberle comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empequeñecen y tienen en poco los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan a los

hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno.

Y la aseveración de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree (Elena G. de White - CS 526).

“Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impiamente.” El declara: “Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.” Daniel 9:18, 15, 20; 10:8 (VM).

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.” Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!” dijo abrumado: “¡Ay de mí, pues soy perdido!” Isaías 6:3, 5 (VM).

Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del “más pequeño de todos los santos.” 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17.

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destrozaron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad.

Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. “Tan sólo creed—dicen—y la bendición es vuestra.” Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada? El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: “Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? ... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac

sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras? ... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe - Santiago 2:14-24" (Elena G. de White - CS 525-526).

"La obra del Espíritu Santo es convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio. El mundo solo puede ser amonestado cuando vea que aquellos que creen la verdad son santificados por la verdad, cuando vea que practican principios santos y elevados, que demuestran con altura la línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que los pisotean. La santificación del Espíritu destaca la diferencia entre aquellos que tienen el sello de Dios y los que guardan un día falso de reposo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 991).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

"La verdad, según es en Jesús, es obediencia a cada precepto de Jehová. Es una obra en el corazón. La santificación bíblica no es la falsa santificación de hoy, la cual no anhela escudriñar las Escrituras sino que confía en los buenos sentimientos e impulsos antes que en buscar la verdad como un tesoro escondido. La santificación bíblica consiste en conocer los requerimientos de Dios y obedecerlos. Hay un cielo puro y santo que está reservado para los que guardan los mandamientos de Dios, el cual merece el esfuerzo incansable y perseverante de toda la vida. Satanás está a vuestra diestra y a vuestra siniestra, delante y atrás; tiene un platillo de fábulas preparado para cada alma que no albergue la verdad tal como es en Jesús" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1121).

"La verdadera santificación se demostrará mediante una cuidadosa obediencia de todos los mandamientos de Dios, mediante un cuidadoso desarrollo de cada talento; por medio de una conversación decorosa, se demostrará al revelar en cada acto la humildad de Cristo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 920).

"¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: "¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley." "Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?" Y San Juan dice también: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos." Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces "la justicia que requiere la ley" se cumplirá "en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu." Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será ¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97" (Elena G. de White - CS 521-522).

"Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación." 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si

humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre” (Elena G. de White - HAP 452-453).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo, —y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (Elena G. de White - HAP 450).

“Hay quienes profesan santidad, quienes declaran que están completamente con el Señor, quienes pretenden tener derecho a las promesas de Dios, mientras rehúsan prestar obediencia a sus mandamientos. Dichos transgresores de la ley quieren recibir todas las cosas que fueron prometidas a los hijos de Dios; pero eso es presunción de su parte, por cuanto Juan nos dice que el verdadero amor a Dios será revelado mediante la obediencia a todos sus mandamientos. No basta creer la teoría de la verdad, hacer una profesión de fe en Cristo, creer que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no es una fábula por arte compuesta. “El que dice, Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos—escribió Juan, —el tal es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él.” “El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él - 1 Juan 2:4, 5; 3:24” (Elena G. de White - HAP 449-450).

### **La santificación es tener el carácter de Cristo**

"Comprendamos la debilidad de la humanidad y dónde fracasa el hombre en su autosuficiencia. Entonces seremos llenados con un deseo de ser precisamente lo que Dios desea que seamos: puros, nobles, santificados. Tendremos hambre y sed de la justicia de Cristo. Ser como Dios será el deseo dominante del alma" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1101).

"Andar en la luz significa ser decidido, pensar, ejercer fuerza de voluntad, en un ferviente intento de representar a Cristo en la dulzura de su carácter. Significa apartar toda lobrete. No debéis descansar satisfechos diciendo solamente: 'Soy un hijo de Dios'. ¿Estáis contemplando a Jesús, y al contemplarlo, os estáis transformando a su semejanza? Caminar en luz significa avanzar en el desarrollo de los dones espirituales. Pablo declaró: 'No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; pero... olvidando ciertamente lo que queda atrás', al contemplar constantemente el Modelo, me extendiendo 'a lo que esta adelante'. Caminar en la luz significa caminar 'rectamente', caminar 'en la ley de Jehová', caminar 'por fe', caminar 'en el Espíritu', caminar 'en tu verdad', caminar 'en amor', caminar 'en novedad de vida'. Esto es perfeccionar la santificación en temor de Dios (Elena G. de White - Hijos e hijas de Dios, p. 202).

“El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza. Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter” (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia tomo 6 - 351).

"Jesús nos ha dado un ejemplo para mostrarnos cómo podemos enfrentar y conquistar a Satanás... Una vida santa es accesible a todo hijo de Dios que se arrepiente y cree. Hemos de obrar afuera lo que Cristo obra adentro. Entonces obremos, hermanos y hermanas cristianas, 'ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad'. Se ha hecho toda provisión para que ustedes puedan resultar más que vencedores" (Elena G. de White – Signs of the Times, 13 de diciembre, 1899).

"Así como el arco iris se forma en las nubes por la combinación de la luz del sol y de la lluvia, así también el arco iris que rodea el trono representa el poder combinado de la misericordia y la justicia. No solo debe sostenerse la justicia, pues esto eclipsaría la gloria del arco iris de la promesa que está encima del trono; el hombre solo podría ver la penalidad de la ley. Si no hubiese justicia ni castigo, no habría estabilidad en el gobierno de Dios. La mezcla de juicio y misericordia es lo que hace la salvación plena y completa... Si fuéramos defectuosos de carácter, no podríamos pasar por las puertas que la misericordia ha abierto para el obediente, pues la justicia está a la entrada y exige santidad y pureza en todos los que quieran ver a Dios. Si la justicia fuera extinguida, y si fuera posible que la misericordia divina abriera las puertas a todo el género humano sin tener en cuenta el carácter, habría en el cielo una condición peor de descontento y rebelión que la que hubo antes de que Satanás fuera expulsado. Se quebrantarían la paz, la felicidad y la armonía del cielo. El traslado de la tierra al cielo no cambiará los caracteres de los hombres; la felicidad de los redimidos en el cielo es el resultado de los caracteres formados en esta vida a semejanza de la imagen de Cristo. Los santos en el cielo primero habrán sido santos en la tierra. La salvación para el hombre que Cristo ganó con un sacrificio tan grande, es la única que tiene valor, es la que nos salva del pecado: la causa de todas las calamidades y desgracias de nuestro mundo. La misericordia ofrecida al pecador constantemente lo está atrayendo a Jesús... De esta manera no es debilitada la ley de Dios, sino que se quebranta el poder del pecado y el cetro de la misericordia se extiende al pecador penitente" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1071, 1072).

"Los seguidores de Cristo tiene que llegar a ser como Él –por la gracia de Dios deben formar caracteres en armonía con Su santa ley. Esta es la santificación bíblica" (Elena G. de White - CS 523).

"Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan." Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación" (Elena G. de White - CS 522-523).

"Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

“Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

“Juan era un maestro de santidad, y en sus cartas a la iglesia señaló reglas infalibles para la conducta de los cristianos. “Y cualquiera que tiene esta esperanza en él—escribió, —se purifica, como él también es limpio.” “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.” 1 Juan 3:3; 2:6. Enseñó que el cristiano debe ser puro de corazón y vida. Nunca debe estar satisfecho con una profesión vana. Así como Dios es santo en su esfera, el hombre caído, por medio de la fe en Cristo, debe ser santo en la suya” (Elena G. de White - HAP 446).

“Un amor supremo hacia Dios y un amor abnegado hacia nuestros semejantes, es el mejor don que nuestro Padre celestial puede conferirnos. Tal amor no es un impulso, sino un principio divino, un poder permanente. El corazón que no ha sido santificado no puede originarlo ni producirlo. Únicamente se encuentra en el corazón en el cual reina Cristo. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.” En el corazón que ha sido renovado por la gracia divina, el amor es el principio dominante de acción. Modifica el carácter, gobierna los impulsos, controla las pasiones, y ennoblece los afectos. Ese amor, cuando uno lo alberga en el alma, endulza la vida, y esparce una influencia ennoblecedora en su derredor” (Elena G. de White - HAP 440).

“Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: "Habitare y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo."

Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos. Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho "en semejanza de carne de pecado," vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto" (Elena G. de White - DTG 278).

“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; <sup>14</sup> como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; <sup>15</sup> sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; <sup>16</sup> porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1Pedro 1:13-16).

“Aquello que nuestro pueblo debe entretejer con su vida y carácter es la revelación del plan de redención y los conceptos más elevados de Dios y su santidad, introducidos en la vida. El lavado de los mantos del carácter en la sangre del Cordero es una obra que debemos atender fervientemente mientras se ha de eliminar todo defecto de carácter” (Elena G. de White - Counsels to Writers and Editors, p. 81).

“El gran amor del apóstol a los creyentes corintios se reveló en su tierno saludo a la iglesia. Se refirió a lo que habían experimentado al volverse de la idolatría al culto y servicio del Dios verdadero. Les recordó los dones del Espíritu Santo que habían recibido, y les mostró que era privilegio de ellos progresar continuamente en la vida cristiana hasta alcanzar la pureza y la santidad de Cristo” (Elena G. de White - HAP 243-244).

### **La santificación es dejar de pecar**

"Jesús vino para traer un poder moral que se combina con el esfuerzo humano, y en ningún caso sus seguidores deben tomarse la libertad de perder de vista a Cristo, que es su ejemplo en todas las cosas. Él dijo: 'Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad' (Juan 17:19). Jesús presenta la verdad delante de sus hijos para que puedan contemplarla, y para que contemplándola puedan ser cambiados, siendo transformados

por su gracia, de la transgresión a la obediencia, de la impureza a la pureza, del pecado a la santidad del corazón y a la rectitud de la vida" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, pp. 306,307).

"Cristo ha dado cada provisión para la santificación de Su iglesia. Ha hecho abundante provisión para que cada alma posea tal gracia y fortaleza que será más que vencedora en la batalla contra el pecado... Vino a este mundo y vivió una vida sin pecado, para que en Su poder Su pueblo también pueda vivir una vida sin pecado. Desea que ellos al practicar los principios de la verdad muestren al mundo que la gracia de Dios tiene poder para santificar el corazón" (Elena G. de White - Review and Herald, Abril 1, 1902).

"¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: "¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley." "Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?" Y San Juan dice también: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos." Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces "la justicia que requiere la ley" se cumplirá "en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu." Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será ¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97" (Elena G. de White - CS 521-522).

"Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido" (Efesios 5:22-33).

"Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación." 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre" (Elena G. de White - HAP 452-453).

"Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto de carácter, los excluirá para siempre del cielo" (Elena G. de White - T2 403).

"El evangelio es para todos, y uniré a la iglesia a hombres y a mujeres que son diferentes en preparación, en carácter y en disposición. Entre ellos habrá algunos que son naturalmente negligentes, que creen que la autoridad es orgullo y que no es tan necesario ser exigentes. Dios no descenderá hasta sus bajas normas. Les ha dado un tiempo de prueba y las direcciones necesarias en su Palabra, y requiere que sean transformados, que perfeccionen caracteres santos. Cada uno que se convierta del pecado a la justicia, del error a la verdad, ejemplificará en palabras y actos el poder santificador de la verdad" (Elena G. de White - SSJ 355.2).

"Después de convencer de pecado, y de presentar ante la mente la norma de justicia, el Espíritu Santo quita los afectos de las cosas de esta tierra, y llena el alma con un deseo de santidad. "El os guiará a toda verdad" (Juan 16:13), declaró el Salvador. Si los hombres están dispuestos a ser amoldados, se efectuará la santificación de todo el ser. El Espíritu tomará las cosas de Dios y las imprimirá en el alma. Mediante su poder, el camino de la vida será hecho tan claro que nadie necesite errar" (Elena G. de White - HAP 43).

### **La santificación es obediencia**

"Jesús vino para traer un poder moral que se combina con el esfuerzo humano, y en ningún caso sus seguidores deben tomarse la libertad de perder de vista a Cristo, que es su ejemplo en todas las cosas. Él dijo: 'Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad' (Juan 17:19). Jesús presenta la verdad delante de sus hijos para que puedan contemplarla, y para que contemplándola puedan ser cambiados, siendo transformados por su gracia, de la transgresión a la obediencia, de la impureza a la pureza, del pecado a la santidad del corazón y a la rectitud de la vida" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, pp. 306,307).

"Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad, abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán a ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para situarse del lado más fácil y de mayor popularidad. Hombres de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniados y acusarlos y para incitar a los magistrados contra ellos por medio de falsos informes e insinuaciones" (Elena G. de White – CS 666).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

"La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no

somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

"La verdad, según es en Jesús, es obediencia a cada precepto de Jehová. Es una obra en el corazón. La santificación bíblica no es la falsa santificación de hoy, la cual no anhela escudriñar las Escrituras sino que confía en los buenos sentimientos e impulsos antes que en buscar la verdad como un tesoro escondido. La santificación bíblica consiste en conocer los requerimientos de Dios y obedecerlos. Hay un cielo puro y santo que está reservado para los que guardan los mandamientos de Dios, el cual merece el esfuerzo incansable y perseverante de toda la vida. Satanás está a vuestra diestra y a vuestra siniestra, delante y atrás; tiene un platillo de fábulas preparado para cada alma que no albergue la verdad tal como es en Jesús" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1121).

"La señal de Dios es la santificación por medio de la obediencia a la verdad. Esta santificación torna al sujeto leal tal como su Gran Cabeza, Jesucristo. Es conducido a una relación peculiar y eterna con el Salvador sobre la condición de que mantenga su lealtad hasta el fin. Cuando seamos así santificados, no tendremos una fe espuria, una doctrina espuria, una experiencia espuria. Al abandonar el mundo y aceptar el sábado de la creación, con el cual Dios nos ha bendecido y santificado, damos evidencia de la verdadera conversión" (Elena G. de White - Signs of the Times, 22 de noviembre, 1899).

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación'. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

"La verdadera santificación se demostrará mediante una cuidadosa obediencia de todos los mandamientos de Dios, mediante un cuidadoso desarrollo de cada talento; por medio de una conversación decorosa, se demostrará al revelar en cada acto la humildad de Cristo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 920).

"Antes de que se pusieran los fundamentos de la tierra, se hizo el pacto de que serían hijos de Dios todos los que fueran obedientes, todos los que por medio de la abundante gracia proporcionada llegaran a ser santos en carácter y sin mancha delante de Dios, al apropiarse de esa gracia. Ese pacto, hecho desde la eternidad, fue dado a Abraham mil novecientos años antes de que viniera Cristo. ¡Con cuánto interés y con cuánta intensidad estudió Cristo en su humanidad a la raza humana para ver si los hombres aprovecharían el recurso ofrecido!" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1114):

"¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: "¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley." "Nosotros que morimos al

pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?” Y San Juan dice también: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces “la justicia que requiere la ley” se cumplirá “en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.” Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será ¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97” (Elena G. de White - CS 521-522).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo, —y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (Elena G. de White - HAP 450).

“Hay quienes profesan santidad, quienes declaran que están completamente con el Señor, quienes pretenden tener derecho a las promesas de Dios, mientras rehúsan prestar obediencia a sus mandamientos. Dichos transgresores de la ley quieren recibir todas las cosas que fueron prometidas a los hijos de Dios; pero eso es presunción de su parte, por cuanto Juan nos dice que el verdadero amor a Dios será revelado mediante la obediencia a todos sus mandamientos. No basta creer la teoría de la verdad, hacer una profesión de fe en Cristo, creer que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no es una fábula por arte compuesta. “El que dice, Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos—escribió Juan, —el tal es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él.” “El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él - 1 Juan 2:4, 5; 3:24” (Elena G. de White - HAP 449-450).

“El apóstol Pablo escribió: “Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo. Lo escogió desde la eternidad, para que fuese santo. Dio a su Hijo para que muriese por él, a fin de que fuese santificado por medio de la obediencia a la verdad, despojándose de todas las pequeñeces del yo. Requiere de él una obra personal, una entrega individual. Dios puede ser honrado por los que profesan creer en él únicamente cuando se asemejan a su imagen y son dirigidos por su Espíritu. Entonces, como testigos del Salvador, pueden dar a conocer lo que ha hecho la gracia divina por ellos” (Elena G. de White - HAP 446-447).

“Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: "Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo."

Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos. Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho "en semejanza de carne de pecado," vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta

nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto" (Elena G. de White DTG 278).

“Porque he aquí que Jehová sale de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y la tierra descubrirá sus sangres, y no más encubrirá sus muertos.” Isaías 26:21. Se está preparando la tempestad de la ira de Dios; y sólo subsistirán los que respondan a las invitaciones de la misericordia, como lo hicieron los habitantes de Nínive bajo la predicación de Jonás, y sean santificados por la obediencia a las leyes del Gobernante divino. Sólo los justos serán escondidos con Cristo en Dios hasta que pase la desolación” (Elena G. de White - PR 208).

“Hoy son demasiados los que ignoran tanto como los creyentes de Éfeso la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad se enseña más claramente en la Palabra de Dios. Los profetas y apóstoles se han explayado en este tema. Cristo mismo nos llama la atención al crecimiento del mundo vegetal como una ilustración de la operación de su Espíritu en el sostenimiento de la vida espiritual. La savia de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunde por las ramas, y provee al crecimiento y a la producción de flores y fruto. Así el poder vivificador del Espíritu Santo, que procede del Salvador, llena el alma, renueva los motivos y afectos, y pone hasta los pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios, capacitando al que lo recibe para llevar los preciosos frutos de acciones santas” (Elena G. de White - HAP 230).

### **La santificación es hacer la voluntad de Dios**

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación<sup>1</sup>. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

“Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: “Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación.” Y ruega así: “El mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

“Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por

la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

“Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impiamente.” El declara: “Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.” Daniel 9:18, 15, 20; 10:8 (VM).

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.” Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!” dijo abrumado: “¡Ay de mí, pues soy perdido!” Isaías 6:3, 5 (VM).

Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del “más pequeño de todos los santos.” 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17.

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destruyeron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad.

Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. “Tan sólo creed—dicen—y la bendición es vuestra.” Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada? El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: “Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? ... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac

sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras? ... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe - Santiago 2:14-24" (Elena G. de White - CS 525-526).

"La santificación expuesta en las Santas Escrituras abarca todo el ser: espíritu, cuerpo y alma. San Pablo rogaba por los tesalonicenses, que su "ser entero, espíritu y alma y cuerpo" fuese "guardado y presentado irreprochable en el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo." 1 Tesalonicenses 5:23 (VM). Y vuelve a escribir a los creyentes: "Os ruego pues, hermanos, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos, como sacrificio vivo, santo, acepto a Dios." Romanos 12:1 (VM). En tiempos del antiguo Israel, toda ofrenda que se traía a Dios era cuidadosamente examinada. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se lo rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen "sin mancha." Así también se pide a los cristianos que presenten sus cuerpos en "sacrificio vivo, santo, acepto a Dios." Para ello, todas sus facultades deben conservarse en la mejor condición posible. Toda costumbre que tienda a debilitar la fuerza física o mental incapacita al hombre para el servicio de su Creador. ¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podamos ofrecerle? Cristo dijo: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón." Los que aman a Dios de todo corazón desearán darle el mejor servicio de su vida y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán su aptitud para hacer su voluntad. No debilitarán ni mancharán la ofrenda que presentan a su Padre celestial abandonándose a sus apetitos o pasiones.

San Pedro dice: "Os ruego... que os abstengáis de las concupiscencias carnales, las cuales guerrean contra el alma." 1 Pedro 2:11 (VM). Toda concesión hecha al pecado tiende a entorpecer las facultades y a destruir el poder de percepción mental y espiritual, de modo que la Palabra o el Espíritu de Dios ya no puedan impresionar sino débilmente el corazón. San Pablo escribe a los Corintios: "Limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios." 2 Corintios 7:1. Y entre los frutos del Espíritu—"amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre,"—clasifica la "templanza." Gálatas 5:22, 23 (VM).

A pesar de estas inspiradas declaraciones, ¡cuántos cristianos de profesión están debilitando sus facultades en la búsqueda de ganancias o en el culto que tributan a la moda; cuántos están envileciendo en su ser la imagen de Dios, con la glotonería, las bebidas espirituosas, los placeres ilícitos! Y la iglesia, en lugar de reprimir el mal, demasiado a menudo lo fomenta, apelando a los apetitos, al amor del lucro y de los placeres para llenar su tesoro, que el amor a Cristo es demasiado débil para colmar. Si Jesús entrase en las iglesias de nuestros días, y viese los festejos y el tráfico impío que se practica en nombre de la religión, ¿no arrojaría acaso a esos profanadores, como arrojó del templo a los cambiadores de moneda?

El apóstol Santiago declara que la sabiduría que descende de arriba es "primeramente pura." Si se hubiese encontrado con aquellos que pronuncian el precioso nombre de Jesús con labios manchados por el tabaco, con aquellos cuyo aliento y persona están contaminados por sus fétidos olores, y que infestan el aire del cielo y obligan a todos los que les rodean a aspirar el veneno, —si el apóstol hubiese entrado en contacto con un hábito tan opuesto a la pureza del Evangelio, ¿no lo habría acaso estigmatizado como, "terreno, animal, diabólico"? Los esclavos del tabaco, pretendiendo gozar de las bendiciones de la santificación completa, hablan de su esperanza de ir a la gloria; pero la Palabra de Dios declara positivamente que "no entrará en ella ninguna cosa sucia." Apocalipsis 21:27.

"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo." 1 Corintios 6:19, 20. Aquel cuyo cuerpo es el templo del Espíritu Santo no se dejará esclavizar por ningún hábito pernicioso.

Sus facultades pertenecen a Cristo, que le compró con precio de sangre. Sus bienes son del Señor. ¿Cómo podrá quedar sin culpa si dilapida el capital que se le confió? Hay cristianos de profesión que gastan al año ingentes cantidades en goces inútiles y perniciosos, mientras muchas almas perecen por falta de la palabra de vida.

Roban a Dios en los diezmos y ofrendas, mientras consumen en aras de la pasión destructora más de lo que dan para socorrer a los pobres o para el sostenimiento del Evangelio. Si todos los que hacen profesión de seguir a Cristo estuviesen verdaderamente santificados, en lugar de gastar sus recursos en placeres inútiles y hasta perjudiciales, los invertirían en el tesoro del Señor, y los cristianos darían un ejemplo de temperancia, abnegación y sacrificio de sí mismos.

Serían entonces la luz del mundo. El mundo está entregado a la sensualidad. “La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida” gobiernan las masas del pueblo. Pero los discípulos de Cristo son llamados a una vida santa. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundado.” A la luz de la Palabra de Dios, se justifica el aserto de que la santificación que no produce este completo desprendimiento de los deseos y placeres pecaminosos del mundo, no puede ser verdadera (Elena G. de White - CS 527-531).

“La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos” (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

“Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre” (Elena G. de White - HAP 452-453).

“El apóstol Pablo escribió: “Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo. Lo escogió desde la eternidad, para que fuese santo. Dio a su Hijo para que muriese por él, a fin de que fuese santificado por medio de la obediencia a la verdad, despojándose de todas las pequeñeces del yo. Requiere de él una obra personal, una entrega individual. Dios puede ser honrado por los que profesan creer en él únicamente cuando se asemejan a su imagen y son dirigidos por su Espíritu. Entonces, como testigos del Salvador, pueden dar a conocer lo que ha hecho la gracia divina por ellos” (Elena G. de White - HAP 446-447).

“No digan que no pueden remediar sus defectos de carácter. Si llegan a esta conclusión, dejarán ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en la propia voluntad de ustedes. Si no quieren, no podrán vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios” (Elena G. de White – MCP tomo 2 - 192).

“Ningún arrepentimiento que no obre una reforma es genuino. La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida

que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo” (Elena G. de White - DTG 509).

“No es una evidencia concluyente de que un hombre sea cristiano el que manifieste éxtasis espiritual en circunstancias extraordinarias. La santidad no es arrobamiento: es una entrega completa de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; es hacer la voluntad de nuestro Padre celestial; es confiar en Dios en las pruebas y en la obscuridad tanto como en la luz; es caminar por fe y no por vista; confiar en Dios sin vacilación y descansar en su amor” (Elena G. de White - HAP 42).

“Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducir y agrandar a Dios, así abundéis más y más. Porque ya sabéis qué instrucciones os dimos por el Señor Jesús; pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo (1Tesalonicenses 4:1-8).

“Hoy son demasiados los que ignoran tanto como los creyentes de Éfeso la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad se enseña más claramente en la Palabra de Dios. Los profetas y apóstoles se han explayado en este tema. Cristo mismo nos llama la atención al crecimiento del mundo vegetal como una ilustración de la operación de su Espíritu en el sostenimiento de la vida espiritual. La savia de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunde por las ramas, y provee al crecimiento y a la producción de flores y fruto. Así el poder vivificador del Espíritu Santo, que procede del Salvador, llena el alma, renueva los motivos y afectos, y pone hasta los pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios, capacitando al que lo recibe para llevar los preciosos frutos de acciones santas” (Elena G. de White - HAP 230).

## Conclusión

En este capítulo pudimos comprender que prácticamente varios términos significan básicamente lo mismo: la perfección, la santificación, el guardar los mandamientos, el dejar de pecar, la obediencia, el tener el carácter de Cristo, el hacer la voluntad de Dios, y otras que no hemos repasado aquí.

La perfección del carácter cristiano es la santificación, son una y la misma cosa. La santificación es la perfección de cada uno de los atributos que Dios pone en nuestro ser, hasta que es posible que guardemos sus mandamientos, que hagamos perfectamente su voluntad.

Algunos podrían llegar a espantarse si digo que la santificación o la perfección son una condición necesaria para la salvación, y lo son, pero entendiendo correctamente, que esa santidad o perfección del creyente es el carácter que Cristo formó en el hombre a través del Espíritu Santo, llegamos a la conclusión de que se trata de una obra de Dios con todo el mérito en su haber. Y es una condición, ya que no hay excusa para no alcanzar la perfección, ya que el mérito y el poder vienen de Dios, ¿Qué podemos decir a nuestro favor si no alcanzamos la santificación? No tenemos excusas.

Es similar a la parábola, el novio había dado la invitación y el vestido a sus convidados, lo que único debían hacer era colocarse el vestido y asistir a la fiesta. ¿De quién es el mérito? ¿Del que organizó la fiesta, envió las invitaciones y proveyó de los trajes? O ¿De los que sólo tienen que ponerse el traje y asistir a la fiesta? Por eso en la parábola las excusas de los invitados son ridículas.

La santificación del hombre se da cuando guarda los mandamientos de Dios. Fred Wright lo explica perfectamente:

“La ley es la transcripción del carácter de Dios. El obedece esa ley no como algo a lo cual está atado, sino porque es la expresión natural de lo que El es y por tanto no le es posible proceder de otra manera. Un carácter que refleje la expresión de la santa ley, es un carácter santo.

Dios nos llama a ser santos como El es santo a fin de que nuestra conducta sea como la suya es. Por tanto, tenemos que recibir su vida, que es su carácter, que es la transcripción de la ley, a fin de que la ley esté escrita en nuestros corazones. Entonces eso producirá el mismo carácter y manifestará las mismas obras que manifestó en El. De ese modo no habrá ninguna diferencia en esencia o naturaleza entre el carácter del Soberano Padre del universo y sus criaturas que ha creado para habitar el universo” (Fred Wright – Ved aquí el Dios vuestro 77).

El gran propósito del verdadero santuario era que Dios morase en los corazones de su pueblo, pero ¿Cuál era el propósito de que Dios morara allí? La perfección moral y espiritual del adorador. La voluntad de Dios es la santificación y la perfección de los adoradores, y esta es la observancia de todos los mandamientos.

La ley es perfecta y la perfección del carácter es la perfecta expresión de esa ley en la vida del que adora a Dios.

Gracias a Dios por Jesucristo, que logró la perfección en carne humana, constituyendo así un camino por el cual todo creyente puede lograr la perfección.

## Capítulo 11

### ¿CÓMO ES POSIBLE LOGRAR LA PERFECCIÓN DEL CARÁCTER CRISTIANO?

***Versículo clave:*** “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2Pedro 1:3-4).

Llegamos a un capítulo fundamental sobre la doctrina de la perfección cristiana. Ya hemos aprendido que existe, que la Biblia declara su vigencia al igual que los escritos de Elena G. de White.

Intentaremos en este capítulo exponer cuales son los factores involucrados en recibir la perfección cristiana, qué papel juega Dios y qué papel juega el hombre en lograr este objetivo.

#### **La perfección cristiana es un regalo de Dios**

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

"El Señor está haciendo una gran obra en la tierra. Con gran interés está examinando la aptitud de cada hombre para asociarse con los ángeles sin pecado y con la familia de redimidos en el cielo. Ninguno de la hueste de rescatados estará dispuesto a iniciar una rebelión similar a la que Satanás comenzó antes de la creación de nuestra raza. El Señor da a los hombres y las mujeres un tiempo de prueba para que se familiaricen con los requisitos de la salvación. Se les da la oportunidad de unirse con él, como 'colaboradores con Dios', para moldear su carácter a la semejanza del carácter divino. Al aprovechar esta oportunidad, ellos prestan atención a sus palabras de consejo: 'Obrad en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad' (Elena G. de White - Signs of the Times, 24 de junio, 1903).

“Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal” (2 Tesalonicenses 3:3).

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24).

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone vuestros pecados y nos limpie de toda maldad” (1Juan 1:9).

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

“(Cristo) capacitará a aquellos que lo reciban para construir caracteres libres de toda tendencia que Satanás revele. Podemos resistir al enemigo y a todas sus fuerzas. La batalla será ganada, la victoria será ganada, por aquel que escoja a Cristo como su líder, que esté determinado a hacer lo correcto, porque es lo correcto” (Elena G. de White - 6RH 38).

“Jesús es el que lleva nuestros pecados. Él retira nuestros pecados y nos hace partícipes de Su santidad” (Elena G. de White – MJ 226).

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. <sup>24</sup> Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tesalonicenses 5:23-24).

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplos santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White - PP 76-78).

“En la purificación del templo, Jesús anunció su misión como Mesías y comenzó su obra. Aquel templo, erigido para morada de la presencia divina, estaba destinado a ser una lección objetiva para Israel y para el mundo. Desde las edades eternas, había sido el propósito de Dios que todo ser creado, desde el resplandeciente y santo serafín hasta el hombre, fuese un templo para que en él habitase el Creador. A causa del pecado, la humanidad había dejado de ser templo de Dios. Ensombrecido y contaminado por el pecado, el corazón del hombre no revelaba la gloria del Ser divino. Pero por la encarnación del Hijo de Dios, se cumple el propósito del Cielo. Dios mora en la humanidad, y mediante la gracia salvadora, el corazón del hombre vuelve a ser su templo. Dios quería que el templo de Jerusalén fuese un testimonio continuo del alto destino ofrecido a cada alma. Pero los judíos no habían comprendido el significado del edificio que consideraban con tanto orgullo. No se entregaban a sí mismos como santuarios del Espíritu divino. Los atrios del templo de Jerusalén, llenos del tumulto de un tráfico profano, representaban con demasiada exactitud el templo del corazón, contaminado por la presencia de las pasiones sensuales y de los pensamientos profanos.

Al limpiar el templo de los compradores y vendedores mundanales, Jesús anunció su misión de limpiar el corazón de la contaminación del pecado—de los deseos terrenales, de las concupiscencias egoístas, de los malos hábitos, que corrompen el alma. “Vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha

dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar cuando él se mostrará? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata.” “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” Ningún hombre puede de por sí echar las malas huestes que se han posesionado del corazón. Sólo Cristo puede purificar el templo del alma. Pero no forzará la entrada. No viene a los corazones como antaño a su templo, sino que dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él.” El vendrá, no solamente por un día; porque dice: “Habitaré y andaré en ellos;... y ellos serán mi pueblo.” “El sujetará nuestras iniquidades, y echará en los profundos de la mar todos nuestros pecados.” Su presencia limpiará y santificará el alma, de manera que pueda ser un templo santo para el Señor, y una “morada de Dios, en virtud del Espíritu” (Elena G. de White - DTG 132-133).

“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19).

“El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia.” Proverbios 28:13 (VM). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia.” 2 Corintios 12:9. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” Mateo 11:29, 30. Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos” (Elena G. de White - CS 543-544).

“El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos” (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. <sup>11</sup> A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1Pedro 5:1-11).

“Cristo dice, “sed perfectos, así como mi Padre en el cielo es perfecto”; y Él tiene el poder para hacernos perfectos” (Elena G. de White - ST IV 143).

“Fue Su misión traerle a los hombres una completa restauración; Él vino para darles salud y paz y perfección de carácter” (Elena G. de White - OE 41).

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, <sup>4</sup> siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, <sup>5</sup> por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; <sup>6</sup> estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:3-6).

“Ante nosotros está la posibilidad de ser obedientes como Cristo, a todos los principios de la ley de Dios. Pero somos extremadamente incapaces de alcanzar por nosotros mismos esa condición. Todo lo que es bueno en el hombre le llega mediante Cristo” (Elena G. de White - RH 15 Marzo 1906).

“Y Jesús continúa: Así como me confesasteis delante de los hombres, os confesaré delante de Dios y de los santos ángeles. Habéis de ser mis testigos en la tierra, conductos por los cuales pueda fluir mi gracia para sanar al mundo. Así también seré vuestro representante en el cielo. El Padre no considera vuestro carácter deficiente, sino que os ve revestidos de mi perfección. Soy el medio por el cual os llegarán las bendiciones del Cielo. Todo aquel que me confiesa participando de mi sacrificio por los perdidos, será confesado como participante en la gloria y en el gozo de los redimidos” (Elena G. de White - DTG 323-324).

“Todos los que profesan la vida piadosa tienen la más sagrada obligación de guardar su espíritu y de dominarse ante las mayores provocaciones. Las cargas impuestas a Moisés eran muy grandes; pocos hombres fueron jamás probados tan severamente como lo fue él; sin embargo, ello no excusó su pecado. Dios proveyó ampliamente en favor de sus hijos; y si ellos confían en su poder, nunca serán juguete de las circunstancias. Ni aun las mayores tentaciones pueden excusar el pecado. Por intensa que sea la presión ejercida sobre el alma, la transgresión es siempre un acto nuestro. No puede la tierra ni el infierno obligar a nadie a que haga el mal. Satanás nos ataca en nuestros puntos débiles, pero no es preciso que nos venza. Por severo o inesperado que sea el asalto, Dios ha provisto ayuda para nosotros, y mediante su poder podemos ser vencedores” (Elena G. de White - PP 446-447).

“A través del poder de Cristo ellos tienen que ser transformados a Su semejanza, y reflejar los atributos divinos” (Elena G. de White - PP 282).

“Jesús vino a nuestro mundo para traerle poder divino al hombre, para que a través de Su gracia, podamos ser transformados a Su semejanza. Cuando está en el corazón obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con este fin, Jesús acepta esta disposición y esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y Él coloca el resto con Sus propios méritos divinos” (Elena G. de White - ST II, 395).

“Él vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios. Mediante la medida de su gracia proporcionada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. Todo el que se esfuerza, puede alcanzar la perfección del carácter. Esto se convierte en el fundamento mismo del nuevo pacto del evangelio. La ley de Jehová es el árbol. El evangelio está constituido por las fragantes flores y los frutos que lleva” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

“Los profesos cristianos se mantienen demasiado cerca de las cosas vulgares de la tierra. Sus ojos están acostumbrados a ver sólo las cosas comunes y sus mentes se complacen en las cosas que

contemplan sus ojos. Su experiencia religiosa es a menudo superficial e insatisfactoria, y sus palabras son livianas y sin valor. ¿Cómo podrán los tales reflejar la imagen de Cristo? ...

El cielo está libre de todo pecado, de toda contaminación e impureza; y si deseamos vivir en su atmósfera, si deseamos contemplar la gloria de Cristo, debemos ser puros de corazón, perfectos de carácter por medio de su gracia y su justicia. No debemos embargarnos con placeres o diversiones, sino prepararnos para las gloriosas mansiones que Cristo ha ido a preparar para nosotros...

Cristo está pronto a venir en gloria; y cuando su majestad se revele, el mundo deseará haber tenido su favor. En ese momento, todos desharemos un lugar en las mansiones celestiales. Pero los que no confiesen a Cristo ahora en palabra, en vida, en carácter, no podrán esperar que él los reconozca delante de su Padre y de sus ángeles santos" (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

"Cristo fue obediente a todo requerimiento de la ley... Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y la deformidad del pecado, sino su propio manto de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová.

Mediante el plan de redención, Dios ha provisto medios para vencer cada rasgo pecaminoso y resistir cada tentación, no importa cuán poderosa sea" (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 361).

"El mundo aguarda para ver qué fruto producen los profesos cristianos. Tiene derecho a esperar abnegación y sacrificio de los que pretenden creer la verdad... Dios ha ordenado que su obra se presente al mundo con rasgos claros y santos. Desea que su pueblo muestre mediante sus vidas cuáles son las ventajas del cristianismo sobre la mundanalidad... Mediante la gracia de Cristo se ha hecho toda provisión para el perfeccionamiento de caracteres semejantes al de Cristo, y Dios es honrado cuando su pueblo revela los principios del cielo en todo su trato social o comercial" (Elena G. de White - En lugares celestiales, p. 316, 154).

"El corazón debe ser renovado por la gracia divina, o en vano se buscará pureza en la vida. El que procura desarrollar un carácter noble y virtuoso, sin la ayuda de la gracia de Cristo, edifica su casa sobre las arenas movedizas. La verá derribarse en las fieras tempestades de la tentación. La oración de David debiera ser la petición de toda alma: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí." Salmos 51:10. Y habiendo sido hecho partícipes del don celestial, debemos proseguir hacia la perfección, siendo "guardados en la virtud de Dios por fe. 1 Pedro 1:5" (Elena G. de White - PP 491-492).

"En sus esfuerzos por alcanzar el ideal de Dios, el cristiano no debería desesperarse de ningún empeño. A todos es prometida la perfección moral y espiritual por la gracia y el poder de Cristo. El es el origen del poder, la fuente de la vida. Nos lleva a su Palabra, y del árbol de la vida nos presenta hojas para la sanidad de las almas enfermas de pecado" (Elena G. de White - HAP 381).

"Cristo dice, "sed perfectos, así como mi Padre en el cielo es perfecto"; y Él tiene el poder para hacernos perfectos" (Elena G. de White - ST IV 143).

"Al ver la condición de la humanidad hoy, surge la pregunta en la mente de algunos: '¿Será que

el hombre es total y enteramente depravado por naturaleza?' ¿Se encuentra arruinado sin esperanza? No, no es así. El Señor Jesús dejó las cortes reales, y tomando nuestra naturaleza humana, vivió una vida tal como la podría vivir cualquier ser humano al seguir su ejemplo. Podemos perfeccionar una vida en este mundo que sea un ejemplo de justicia, y vencer como Cristo nos ha dado un ejemplo en su vida, revelando que la humanidad puede conquistar como él, el gran Patrón. Los hombres se han vendido al enemigo de toda justicia. Cristo vino a nuestro mundo para vivir el ejemplo que la humanidad debe vivir, si han de asegurar la recompensa celestial... Cristo vivió la vida impoluta en este mundo para revelarles a los seres humanos el poder de su gracia que será dado a cada alma que lo acepte como su Salvador" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 9, pp. 238,239).

“Si haces de Dios tu fuerza, puedes, bajo las circunstancias más desalentadoras, alcanzar una altura y una amplitud de perfección cristiana, que difícilmente habrías imaginado posible de obtener” (Elena G. de White - 4T 567).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

“El hombre se había envilecido tanto por el pecado que le era imposible por sí mismo ponerse en armonía con Aquel cuya naturaleza es bondad y pureza. Pero después de haber redimido al mundo de la condenación de la ley, Cristo podría impartir poder divino al esfuerzo humano. Así,

mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo, los caídos hijos de Adán podrían convertirse nuevamente en “hijos de Dios - 1 Juan 3:2” (Elena G. de White - PP 49).

“Pablo fue quien predicó primero el Evangelio en Corinto y quien había organizado la iglesia allí. Esta era la obra que el Señor le había asignado. Más tarde, por la dirección de Dios, otros obreros fueron enviados allí, para que ocuparan su debido lugar. La semilla sembrada debía regarse, y esto debía hacerlo Apolos. Siguió a Pablo en su obra, para dar instrucción adicional y ayudar al crecimiento de la semilla sembrada. Conquistó los corazones del pueblo, pero era Dios el que daba el crecimiento. No es el poder humano, sino el divino, el que obra la transformación del carácter. Los que plantan y los que riegan, no hacen crecer la semilla; trabajan bajo la dirección 192 Los Hechos de los Apóstoles de Dios, como sus agentes señalados, y cooperan con él en su obra. Al Artífice maestro pertenecen el honor y la gloria del éxito” (Elena G. de White - HAP 222).

“Por nosotros mismos somos incapaces de hacer bien; pero lo que nosotros no podemos hacer será hecho por el poder de Dios en toda alma Sumisa y creyente... Es por la fe como se engendra la vida espiritual, y somos capacitados para hacer las obras de justicia” (Elena G. de White - DTG 73).

“Ante nosotros está la posibilidad de ser obedientes como Cristo, a todos los principios de la ley de Dios. Pero somos extremadamente incapaces de alcanzar por nosotros mismos esa condición. Todo lo que es bueno en el hombre le llega mediante Cristo” (RH 15 Marzo 1906).

“Cristo vino al mundo para enseñar que si el hombre recibe poder de lo alto, puede llevar una vida intachable” (Elena G. de White - El ministerio de curación 15).

“Mediante la medida de Su gracia suministrada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. La perfección de carácter es alcanzable a todo aquel que se esfuerza por ella” (1MS:248-249).

“Este amor es la evidencia de su discipulado. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos— dijo Jesús, —si tuviereis amor los unos con los otros.” Cuando los hombres no están vinculados por la fuerza o los intereses propios, sino por el amor, manifiestan la obra de una influencia que está por encima de toda influencia humana. Donde existe esta unidad, constituye una evidencia de que la imagen de Dios se está restaurando en la humanidad, que ha sido implantado un nuevo principio de vida. Muestra que hay poder en la naturaleza divina para resistir a los agentes sobrenaturales del mal, y que la gracia de Dios subyuga el egoísmo inherente en el corazón natural” (Elena G. de White - DTG 632).

"Si nuestros corazones son regenerados a la semejanza de Dios, si el amor divino es implantado en el corazón, ¿no se manifestará la ley de Dios en la vida? Cuando es implantado el principio del amor en el corazón, cuando el hombre es renovado conforme a la imagen del que lo creó, se cumple en él la promesa del nuevo pacto: 'Pondré mis leyes en su corazón, y también en su mente las escribiré' (Hebreos 10:16). Y si la ley está escrita en el corazón, ¿no modelará la vida? La obediencia, es decir, el servicio y la lealtad de amor, es la verdadera prueba del discipulado" (Elena G. de White - El camino a Cristo, p. 60).

“¿Cómo hemos de salvarnos entonces? “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto,” así también el Hijo del hombre ha sido levantado, y todos los que han sido engañados y mordidos por la serpiente pueden mirar y vivir. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” La luz que resplandece de la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae a él. Si no resistimos esta

atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios produce por medio de la fe una nueva vida en el alma. Los pensamientos y los deseos se sujetan en obediencia a la voluntad de Cristo. El corazón y la mente son creados de nuevo a la imagen de Aquel que obra en nosotros para someter todas las cosas a sí. Entonces la ley de Dios queda escrita en la mente y el corazón, y podemos decir con Cristo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado” (Elena G. de White - DTG 147-148).

“En sus esfuerzos por alcanzar el ideal de Dios, el cristiano no debería desesperarse de ningún empeño. A todos es prometida la perfección moral y espiritual por la gracia y el poder de Cristo. El es el origen del poder, la fuente de la vida. Nos lleva a su Palabra, y del árbol de la vida nos presenta hojas para la sanidad de las almas enfermas de pecado” (Elena G. de White - HAP 381).

“Satanás asaltó a Cristo con sus tentaciones más violentas y sutiles; pero siempre fué rechazado. Esas batallas fueron libradas en nuestro favor; esas victorias nos dan la posibilidad de vencer. Cristo dará fuerza a todos los que se la pidan. Nadie, sin su propio consentimiento, puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene el poder de gobernar la voluntad o de obligar al alma a pecar. Puede angustiar, pero no contaminar. Puede causar agonía pero no corrupción. El hecho de que Cristo venció debería inspirar valor a sus discípulos para sostener denodadamente la lucha contra el pecado y Satanás” (Elena G. de White - CS 564-565).

“Aunque Pablo poseía elevadas facultades intelectuales, su vida revelaba el poder de una sabiduría aun menos común, que le daba rapidez de discernimiento y simpatía de corazón, y le ponía en estrecha comunión con otros, capacitándolo para despertar su mejor naturaleza e inspirarlos a luchar por una vida más elevada.

Su corazón estaba lleno de ardiente amor por los creyentes corintios. Anhelaba verlos revelar una piedad interior que los fortaleciera contra la tentación. Sabía que a cada paso del camino cristiano se les opondría la sinagoga de Satanás, y que tendrían que empeñarse diariamente en conflictos. Tendrían que guardarse contra el acercamiento furtivo del enemigo, rechazar los viejos hábitos e inclinaciones naturales, y velar siempre en oración. Pablo sabía que las más valiosas conquistas cristianas pueden obtenerse solamente mediante mucha oración y constante vigilancia, y trató de inculcar esto en sus mentes. Pero sabía también que en Cristo crucificado se les ofrecía un poder suficiente para convertir el alma y divinamente adaptado para permitirles resistir todas las tentaciones al mal. Con la fe en Dios como su armadura, y con su Palabra como su arma de guerra, serían provistos de un poder interior que los capacitaría para desviar los ataques del enemigo” (Elena G. de White - HAP 248).

"Cristo se entregó a sí mismo para ser nuestro sustituto y nuestra seguridad, y no descuida a nadie. Él no podría ver a los seres humanos expuestos a la ruina eterna sin derramar su alma hasta la muerte en favor de ellos, y considerará con piedad y compasión a toda alma que comprenda que no puede salvarse a sí misma. No mirará a ningún suplicante tembloroso sin levantarlo. El que mediante su propia expiación proveyó para el hombre un caudal infinito de poder moral, no dejará de emplear ese poder en nuestro favor. Podemos llevar nuestros pecados y tristezas a sus pies, pues él nos ama. Cada una de sus miradas y palabras estimulan nuestra confianza. Él conformará y modelará nuestro carácter de acuerdo con su propia voluntad" (Elena G. de White - Palabras de vida del gran Maestro, pp. 121, 122).

“Habiéndoseles permitido participar del don celestial, deben seguir dirigiéndose hacia la perfección, siendo “guardados en la virtud de Dios por fe.” 1 Pedro 1:5. La gloria de Dios consiste

en otorgar su poder a sus hijos. Desea ver a los hombres alcanzar la más alta norma: y serán hechos perfectos en él cuando por fe echen mano del poder de Cristo, cuando recurran a sus infalibles promesas reclamando su cumplimiento, cuando con una importunidad que no admita rechazamiento, busquen el poder del Espíritu Santo” (Elena G. de White - HAP 422-425).

"Los que sirven a Dios deberían apuntar a la perfección. Los hábitos incorrectos deben ser vencidos. Los hábitos correctos deben ser formados. Bajo la disciplina del mayor Maestro que el mundo ha conocido alguna vez, los cristianos deben avanzar hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección. Este es la orden de Dios, y nadie debería decir: no puedo hacerlo. En cambio, debería decir: 'Dios requiere que yo sea perfecto, y él me dará la fuerza para vencer todo lo que se interponga en el camino de la perfección'. Él es la fuente de toda sabiduría, de todo poder... El mundo ha establecido una norma para satisfacer las inclinaciones de los corazones no santificados, pero esta no es la norma de los que aman a Cristo. El Redentor los ha elegido del mundo, y les ha fijado su vida libre de pecado como norma. Los quiere elevar sobre toda nimiedad de palabra o acción... La victoria significa mucho más de lo que suponemos. Significa resistir al enemigo y aferrarnos a Dios. Significa tomar la cruz y seguir a Cristo, haciendo alegremente aquellas cosas que son contrarias a la inclinación natural. Cristo vino del cielo para mostrarnos cómo vivir una vida de sacrificio. En su fuerza hemos de ganar la perfección. Él ha hecho todo lo posible para que lo logremos, y cuando venga por segunda vez, nos preguntará por qué no hemos realizado su objetivo para nosotros. Día tras día, hora tras hora, nos estamos preparando para el juicio, decidiendo nuestro destino eterno... Ningún compromiso con el pecado podrá ser aceptado alguna vez por un Dios puro y santo. Ninguna conversión es genuina si no cambia radicalmente el corazón, el carácter, cada línea de conducta... Esta vida presente es solo nuestra escuela de formación. Aquí debemos ser purificados para que en la venida de Cristo podemos ser sin mancha ni arruga ni cosa semejante, preparados para recibir la herencia de los santos en luz" (Elena G. de White - Signs of the Times, 17 de julio, 1901).

"El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, los tres santos dignatarios del cielo, han declarado que darán poder al hombre para que venza a las potestades de las tinieblas. Se prometen todos los recursos del cielo a los que, mediante sus votos bautismales, han hecho un pacto con Dios" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1085).

"El hombre ha de ser perfecto en su esfera, como Dios lo es en la suya. ¿Cómo podemos alcanzar un nivel tan elevado?... Quien fue por nacimiento un ser humano, aunque unido a la divinidad, dio el mandamiento que requiere la perfección. Él ha pasado por el camino que nosotros transitamos, y nos dice: 'Sin mí nada podéis hacer'. Pero con él podemos hacer todo. Así, podemos lograr un carácter perfecto. Dios nunca da un mandamiento sin habilitarnos con la gracia suficiente para su cumplimiento. Amplia provisión ha sido hecha para que el hombre sea partícipe de la naturaleza divina... Cuando estas posibilidades se nos presentan, cuando vemos que es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana, ¿no debemos esforzarnos para alcanzar la norma? ¿No debería ser nuestro único propósito apreciar y comprender el alto honor que se nos ha conferido? Cristo nos ha mostrado cuánto valora el universo celestial a los seres por quienes él hizo tan grande sacrificio. Los hombres y las mujeres son de Dios por la creación y por la redención, y él inviste con su poder a quienes reciben a Cristo. Ellos están ligados a él, y son plenamente capaces de llegar a la mayor elevación del carácter... Cuando Cristo dijo: 'Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto', tenía en vista la pureza de propósito y acción. Es esencial para toda alma que desea un conocimiento mayor, poseer esta pureza. Hay una gran necesidad de pureza, así como de conocimiento. La perfección se puede alcanzar solo a través de la gracia

dada por Dios. Él será la eficiencia de cada alma que se esfuerza por poseer facultades morales claras y previsoras. Pero requiere la cooperación del agente humano" (Elena G. de White - Signs of the Times, 26 de julio, 1899).

"Sin el poder divino, ninguna reforma verdadera puede llevarse a cabo. Las vallas humanas levantadas contra las tendencias naturales y fomentadas no son más que bancos de arena contra un torrente. Sólo cuando la vida de Cristo es en nuestra vida un poder vivificador podemos resistir las tentaciones que nos acometen de dentro y de fuera.

Cristo vino a este mundo y vivió conforme a la ley de Dios para que el hombre pudiera dominar perfectamente las inclinaciones naturales que corrompen el alma. Él es el Médico del alma y del cuerpo y da la victoria sobre las pasiones guerreantes. Ha provisto todo medio para que el hombre pueda poseer un carácter perfecto" (Elena G. de White - MC 92).

"En su carta "a los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas," escrita mientras estaba preso en Roma, Pablo hace mención de su regocijo por la constancia de ellos en la fe, cuyas buenas nuevas le fueron traídas por Epafras, quien, escribió el apóstol, "nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. Por lo cual—continúa, — también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo."

De este modo Pablo expresó en palabras sus deseos para con los creyentes de Colosas. ¡Cuán elevado es el ideal que mantienen estas palabras ante el seguidor de Cristo! Muestran las maravillosas posibilidades de la vida cristiana y hacen bien claro que no hay límites para las bendiciones que los hijos de Dios pueden recibir. Creciendo constantemente en el conocimiento de Dios, podían ir de fortaleza en fortaleza, de altura en altura en la experiencia cristiana, hasta que por "la potencia de su gloria," llegasen a ser "aptos para participar de la suerte de los santos en luz" (Elena G. de White - HAP 375-376).

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Mateo 5:48. Cuando Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para hombres y mujeres que fueran perfectos por el empleo de cada facultad de su ser para gloria de Dios. Les dio en Cristo las riquezas de su gracia, y un conocimiento de su voluntad. Al vaciarse de sí mismos y al aprender a andar en humildad, confiando en la dirección de Dios, los hombres serían capacitados para cumplir el elevado propósito de Dios para ellos.

La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados.

Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza a fin de que puedan realizarlo. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo...

Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. Él es nuestro ejemplo. En todas las cosas, hemos de esforzarnos para honrar a Dios en carácter... Debemos depender completamente del poder que ha prometido darnos.

Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió.

Nuestro Salvador es un Salvador para la perfección del hombre en su totalidad. No es Dios sólo de una parte del ser. La gracia de Cristo obra para disciplinar toda la textura humana. El la hizo toda. Él lo ha redimido todo. Ha hecho participante de la naturaleza divina a la mente, la energía, el cuerpo y el alma, y todos son su posesión adquirida. Hay que servirle con toda la mente, el corazón, el alma y las fuerzas. Entonces el Señor será glorificado en sus santos incluso en las cosas comunes y temporales con las que se relacionan. "Santidad al Señor" será la inscripción colocada sobre ellos" (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

"Cuando el alma se entrega a Cristo, un nuevo poder se posesiona del nuevo corazón. Se realiza un cambio que ningún hombre puede realizar por su cuenta. Es una obra sobrenatural, que introduce un elemento sobrenatural en la naturaleza humana. El alma que se entrega a Cristo, llega a ser una fortaleza suya, que él sostiene en un mundo en rebelión, y no quiere que otra autoridad sea conocida en ella sino la suya. Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás (Elena G. de White - DTG 291).

"Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

### **La perfección cristiana llega a través del Espíritu Santo**

"Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu" (1Juan 4:11-13).

"Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación." Y ruega así: "El

mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White - CS 522-523).

“El Espíritu de Dios los puede capacitar para alcanzar esta perfección de carácter” (Elena G. de White - RH V, 547).

"Para este tiempo se necesitan hombres que sean capaces de entender las carencias (deseos en el original) de la gente y servir sus necesidades. El fiel ministro de Cristo está atento en todos los puestos de avanzada para advertir, reprobado, aconsejar, reprender y alentar a sus semejantes, trabajando con el Espíritu de Dios que obra poderosamente en él para que pueda presentar a todo hombre perfecto en Cristo" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia Tomo 4 – 409)

"El placer de Dios y su voluntad son que las bendiciones conferidas al hombre sean dadas en perfecta plenitud. Él ha hecho provisión para que toda dificultad pueda ser vencida y cada necesidad sea satisfecha por medio del Espíritu Santo; por lo tanto, ha dispuesto que el hombre perfeccione un carácter cristiano" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 944).

“En su carta a los Colosenses, San Pablo enumera las abundantes bendiciones concedidas a los hijos de Dios. “No cesamos—dice—de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo.” Colosenses 1:9-11.

Escribe además respecto a su deseo de que los hermanos de Éfeso logren comprender la grandeza de los privilegios del cristiano.

Les expone en el lenguaje más claro el maravilloso conocimiento y poder que pueden poseer como hijos e hijas del Altísimo. De ellos estaba el que fueran “fortalecidos con poder, por medio de su Espíritu, en el hombre interior,” y “arraigados y cimentados en amor,” para poder “comprender, con todos los santos, cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura y la profundidad—y conocer el amor de Cristo, que sobrepuja a todo conocimiento.” Pero la oración del apóstol alcanza al apogeo del privilegio cuando ruega que sean “llenos de ello, hasta la medida de toda la plenitud de Dios.” Efesios 3:16-19 (VM).

Así se ponen de manifiesto las alturas de la perfección que podemos alcanzar por la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos con lo que él requiere de nosotros. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. “El que aun a su propio Hijo no

perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Romanos 8:32.

El Padre dio a su Hijo su Espíritu sin medida, y nosotros podemos participar también de su plenitud. Jesús dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de él?" Lucas 11:13. "Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré." "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido - Juan 14:14; 16:24" (Elena G. de White - CS 530-531).

"El Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, es el que cambia nuestro carácter a la imagen de Cristo, y cuando esto se logra, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; es decir, el carácter del que así contempla a Cristo es tan semejante al del Señor, que el que lo mira ve el propio carácter de Cristo que brilla como procedente de un espejo. En forma imperceptible para nosotros somos transformados día tras día, de nuestros propios caminos y nuestra propia voluntad a los caminos y a la voluntad de Cristo, a la belleza de su carácter. Así crecemos en Cristo e inconscientemente reflejamos su imagen" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1097).

"Él ha dado a su Espíritu Santo como un poder capaz de vencer todas las tendencias heredadas y cultivadas del hombre al error. Al rendir su capacidad al control de este Espíritu, el hombre puede ser impresionado con el carácter perfecto de Dios, y llegará a ser un instrumento por medio del cual puede revelar la misericordia, bondad y amor de Dios" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

"La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendecido con la presencia de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del salvador produce un resplandor de perfecta paz, y amor perfecto, de perfecta seguridad" (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 286).

"Para el corazón que llega a purificarse, todo cambia. La transformación del carácter es para el mundo el testimonio de que Cristo mora en el creyente. Al sujetar los pensamientos y deseos a la voluntad de Cristo, el Espíritu de Dios produce nueva vida en el hombre y el hombre interior queda renovado a la imagen de Dios. Hombres y mujeres débiles y errantes demuestran al mundo que el poder redentor de la gracia puede desarrollar el carácter deficiente en forma simétrica, para hacerle llevar abundantes frutos" (Elena G. de White - PR 175).

"En el oriente la primera lluvia cae en el tiempo de la siembra. Esta es necesaria para que la semilla germine. Bajo la influencia de los aguaceros fertilizantes, surgen los brotes tiernos. La lluvia tardía, al caer cerca del fin de la estación, madura el grano y lo prepara para la siega. El Señor emplea estas operaciones de la naturaleza para representar la obra del Espíritu Santo. Como el rocío y la lluvia son dados en primer lugar para hacer que la semilla germine, y luego para madurar la cosecha, así el Espíritu Santo es dado para llevar adelante, de una etapa a otra, el proceso de crecimiento espiritual. La maduración del grano representa la terminación de la obra de la gracia de Dios en el alma. Por el poder del Espíritu Santo la imagen moral de Dios ha de ser perfeccionada en el carácter. Hemos de ser totalmente transformados a la semejanza de Cristo" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros, pp. 514, 515).

"La santificación del alma por la operación del Espíritu Santo es la implantación de la vida de

Cristo en la humanidad, es la gracia de nuestro Señor Jesucristo revelada en el carácter y la gracia de Cristo traducida en un ejercicio activo de buenas obras. Así el carácter se transforma más y más perfectamente a la imagen de Cristo en justicia y santidad de verdad. Hay amplios requisitos en la verdad divina, los cuales consisten en una línea tras otra de buenas obras" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 225, 226).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

"Dios toma a los hombres como son, y los educa para su servicio, si quieren entregarse a él. El Espíritu de Dios, recibido en el alma, vivificará todas sus facultades. Bajo la dirección del Espíritu Santo, la mente consagrada sin reserva a Dios, se desarrolla armoniosamente y se fortalece para comprender y cumplir los requerimientos de Dios. El carácter débil y vacilante se transforma en un carácter fuerte y firme. La devoción continua establece una relación tan íntima entre Jesús y su discípulo, que el cristiano llega a ser semejante a Cristo en mente y carácter. Mediante su relación con Cristo, tendrá miras más claras y más amplias. Su discernimiento será más penetrante, su juicio mejor equilibrado. El que anhela servir a Cristo queda tan vivificado por el poder del Sol de justicia, que puede llevar mucho fruto para gloria de Dios" (Elena G. de White - DTG 216).

"El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por el Espíritu es purificado el corazón. Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia" (Elena G. de White – DTG 625).

"Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del

Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor (Elena G. de White - DTG 98-99).

“En todo el Sermón del Monte describe los frutos de esta justicia, y ahora en una breve expresión señala su origen y su naturaleza: Sed perfectos como Dios es perfecto. La ley no es más que una transcripción del carácter de Dios. Contemplad en vuestro Padre celestial una manifestación perfecta de los principios que constituyen el fundamento de su gobierno.

Nos pide que seamos perfectos como El, es decir, de igual manera... »Dijo Jesús: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto: Si sois hijos de Dios, sois participantes de su naturaleza y no podéis menos que asemejaros a Él. Todo hijo vive gracias a la vida de su padre. Si sois hijos de Dios, engendrados por su Espíritu, vivís por la vida de Dios. En Cristo 'habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad' (Colosenses 2:9); y la vida de Jesús se manifiesta 'en nuestra carne mortal'. (2Corintios 4:11.) Esa vida producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras que manifestó en El. Así estaremos en armonía con cada precepto de su ley, porque 'la ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma'. (Salmo 19:7.) Mediante el amor, 'la justicia de la ley se cumplirá en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu' - Romanos 8:4 (Elena G. de White - DMJ 67, 68).

### **La perfección cristiana puede ser desarrollada en nosotros haciéndonos participantes de la naturaleza divina**

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, <sup>4</sup> por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; <sup>5</sup> vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; <sup>6</sup> al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; <sup>7</sup> a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.

<sup>8</sup> Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. <sup>9</sup> Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. <sup>10</sup> Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. <sup>11</sup> Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. <sup>12</sup> Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente. <sup>13</sup> Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; <sup>14</sup> sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. <sup>15</sup> También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas" (2Pedro 1:3-15).

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

"En la segunda carta de Pedro a los que habían alcanzado la "fe igualmente preciosa" con él, el apóstol expone el plan divino para el desarrollo del carácter cristiano...

Estas palabras están llenas de instrucción, y dan la nota tónica de la victoria. El apóstol presenta a los creyentes la escalera del progreso cristiano, en la cual cada peldaño representa un avance en el conocimiento de Dios, y en cuya ascensión no debe haber detenciones. Fe, virtud, ciencia, temperancia, paciencia, piedad, fraternidad y amor representan los peldaños de la escalera. Somos salvados subiendo escalón tras escalón, ascendiendo paso tras paso hasta el más alto ideal que Cristo tiene para nosotros. De esta manera, él es hecho para nosotros sabiduría y justificación, santificación y redención. Dios ha llamado a su pueblo para que alcancen gloria y virtud, y éstas se manifestarán en la vida de cuantos estén verdaderamente relacionados con él. Habiéndoseles permitido participar del don celestial, deben seguir dirigiéndose hacia la perfección, siendo "guardados en la virtud de Dios por fe." 1 Pedro 1:5. La gloria de Dios consiste en otorgar su poder a sus hijos. Desea ver a los hombres alcanzar la más alta norma: y serán hechos perfectos en él cuando por fe echen mano del poder de Cristo, cuando recurran a sus infalibles promesas reclamando su cumplimiento, cuando con una importunidad que no admita rechazamiento, busquen el poder del Espíritu Santo (Elena G. de White - HAP 424).

"Cristo tomó la humanidad y cargó con el odio del mundo para poder mostrar a los hombres y las mujeres que podían vivir sin pecado, que sus palabras, sus acciones y su espíritu podían ser consagrados a Dios. Podemos ser perfectos cristianos si manifestamos este poder en nuestras vidas. Cuando la luz del cielo descansa continuamente en nosotros, representaremos a Cristo..." (Elena G. de White - Alza Tus Ojos 303).

"Es el deseo de Cristo que sus hijos alcancen este lugar. Se propone revelar por medio de ellos los tesoros de su gracia. Y les dice: 'Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto'. Lo dice porque sabe que es posible para ellos alcanzar la perfección. Él vivió en este mundo la vida que ellos deben vivir. Enfrentó al enemigo sin ayuda, tal como ellos deben

enfrentarlo. Pidió y recibió poder para vencer en el conflicto. Y los que andan en la senda de Dios pueden tener el mismo poder" (Elena G. de White - Signs of the Times, 8 de enero, 1902).

"Su vida testificó que, con la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, le es posible al hombre obedecer la ley de Dios" (Elena G. de White - Manuscrito 141 1901. Citado en Selected Messages, vol. 3, pág. 132).

"A nadie se le impide alcanzar, en su esfera, la perfección de un carácter cristiano. Por el sacrificio de Cristo se ha provisto para que los creyentes reciban todas las cosas que pertenecen a la vida y la piedad. Dios nos invita a que alcancemos la norma de perfección y pone como ejemplo delante de nosotros el carácter de Cristo. En su humanidad, perfeccionada por una vida de constante resistencia al mal, el Salvador mostró que cooperando con la Divinidad los seres humanos pueden alcanzar la perfección de carácter en esta vida. Esa es la seguridad que nos da Dios de que nosotros también podemos obtener una victoria completa" (Elena G. de White - HAP 424).

"Al cumplir "toda justicia", Cristo no llevó la justicia a un fin. Cumplió todas las exigencias de Dios en arrepentimiento, fe y bautismo, los pasos en la gracia en la conversión genuina. En su humanidad, Cristo colmó la medida de las exigencias de la ley. Fue la cabeza de la humanidad, su sustituto y garante. Los seres humanos, al unir su debilidad a la naturaleza divina de Cristo, pueden llegar a ser participantes de su carácter" (Elena G. de White - SSJ 351.2).

"No debemos tener dudas en cuanto a la perfección impecable de la naturaleza humana de Cristo. Nuestra fe debe ser inteligente; debemos mirar a Jesús con perfecta confianza, con fe plena y entera en el Sacrificio expiatorio. Esto es esencial para que el alma no sea rodeada de tinieblas. Este santo Sustituto puede salvar hasta lo último, pues presentó ante el expectante universo una humildad perfecta y completa en su carácter humano, y una perfecta obediencia a todos los requerimientos de Dios. El poder divino es colocado sobre el hombre para que pueda llegar a ser participante de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Por esto el hombre, arrepentido y creyente, puede ser hecho justicia de Dios en Cristo" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, p. 300).

"Dios espera de nosotros una perfecta obediencia a su ley. Esta ley es el eco de su voz que nos dice: Santos, sí, siempre más santos. Desead la plenitud de la gracia de Cristo, sí, anhelad—sentid hambre y sed—la justicia. La promesa es: "Y os hartaréis". Que vuestro corazón se llene del anhelo de su justicia.

Dios ha declarado llanamente que espera que seamos perfectos, y debido a que espera esto, él ha hecho provisión para que seamos participantes de la naturaleza divina. Únicamente así tendremos éxito en la lucha por la vida eterna. Se concede poder mediante Cristo. "Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre". Juan 1:12. (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 215).

"La tentación más poderosa no puede excusar el pecado. Por intensa que sea la presión ejercida sobre el alma, la transgresión es un acto nuestro. Ni la tierra ni el infierno tienen poder para obligar a nadie a pecar. Debe haber consentimiento de la voluntad, sometimiento del corazón, pues de otro modo la pasión no puede vencer a la razón, ni la iniquidad triunfar sobre la justicia. Si permanecéis bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel, haciendo fielmente su servicio, nunca tendréis que ceder a la tentación, pues estará a vuestro lado Aquel que es poderoso para guardaros sin caída.

No tenemos motivo para conservar nuestras tendencias pecaminosas... A medida que nos hagamos partícipes de la naturaleza divina, se irán eliminando del carácter las tendencias al mal hereditarias y cultivadas, y nos iremos transformando en un poder viviente para el bien. Al aprender constantemente del Maestro divino, al participar diariamente de su naturaleza, cooperamos con Dios en vencer las tentaciones de Satanás. Dios y el hombre obran de común acuerdo a fin de que éste pueda ser uno con Cristo así como Cristo es uno con Dios. Entonces nos sentaremos juntamente con Cristo en los lugares celestiales, y nuestra mente reposará en paz y seguridad en Jesús” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 261-262).

“Él (Jesús) no consentía con el pecado. Ni por un pensamiento cedía a la tentación. Lo mismo se puede dar con nosotros... Dios nos toma la mano de la fe, y la lleva a apoderarse firmemente de la divinidad de Cristo, a fin de que alcancemos la perfección de carácter. Y la manera como eso se realiza, Cristo nos la mostró. ¿Por qué medio venció en el conflicto contra Satanás? Por la Palabra de Dios. Únicamente por la Palabra pudo resistir a la tentación. ‘Está escrito’, decía” (Elena G. de White – DTG 123).

"Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho 'en semejanza de carne de pecado' (Romanos 8:3), vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. Él nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios" (Elena G. de White – DTG 278).

“El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 339).

“Cristo es la escalera que Jacob vio, teniendo la base en la Tierra, y el tope llegando a la puerta del Cielo, al propio límite de la gloria. Si aquella escala hubiese dejado de llegar a la Tierra, por un único peldaño que fuese, habríamos estado perdidos. Pero Cristo vino a nosotros donde nos encontramos. Tomó nuestra naturaleza y venció, para que, revistiéndonos de Su naturaleza, nosotros pudiésemos vencer. Hecho ‘en semejanza de carne de pecado’ (Rom. 8:3), vivió una vida exenta de pecado. Ahora, por Su divinidad, se afirma del trono del Cielo, mientras que, por Su humanidad, se liga a nosotros. Nos manda que, por la fe en El, alcancemos la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, debemos ser perfectos, así como ‘es perfecto vuestro Padre que está en los Cielos’. Mateo 5:48” (Elena G. de White - 311, 312).

"Los sufrimientos y la muerte de Cristo han colocado la vida en él y a través de él en una base eterna de seguridad. Él tomó la naturaleza humana. Él se hizo carne como nosotros. A menudo estaba hambriento, sediento y cansado. Fue sostenido por el alimento y refrescado por el sueño. Sentía afecto natural; lo vemos llorar en simpatía por las penas de otros, y lamentando la retribución que vendría sobre Jerusalén por su impenitencia. Mientras estuvo en este mundo,

Cristo vivió una vida de completa humanidad para poder ser el representante de la familia humana. Él fue tentado en todos los puntos como nosotros, para poder socorrer a los que son tentados. Como el Príncipe de la vida en carne humana, conoció al príncipe de las tinieblas, y al recorrer el terreno donde cayó Adán, él soportó toda prueba que Adán no pudo soportar. Él enfrentó y venció toda tentación que podía traerse contra la humanidad caída. Si no hubiese sido completamente humano, Cristo no podría haber sido nuestro sustituto. No podría haber logrado en humanidad tal perfección de carácter cuyo logro es el privilegio de todos. Él es la luz y la vida del mundo. Él vino a esta tierra a obrar a favor de los hombres, para que no estuviesen más bajo el control de agencias satánicas. Pero mientras llevaba la naturaleza humana, él dependía del Omnipotente para vivir. En su humanidad, él se aferró a la divinidad de Dios, y todo miembro de la familia humana tiene el privilegio de hacer esto. Cristo no hizo nada que la naturaleza humana no pueda hacer si participa de la naturaleza divina" (Elena G. de White – Signs of the Times, 17 de junio, 1897).

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

“Cristo venció como Hombre impecable, no caído, perfecto. Como Mesías obtuvo la victoria sobre las tentaciones del enemigo, haciendo posible que nosotros vencamos como El venció. Debemos triunfar en cada encuentro que tengamos con el enemigo. Seremos vencedores al participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Cada victoria que El obtuvo en su humanidad hace posible que nosotros, recibéndole y creyendo en El, ganemos la victoria. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Juan 1:12. Cada victoria que El obtuvo en su humanidad nos garantiza que sus frutos serán genuinos. Cada asalto en el que Satanás es vencido marca una victoria para la humanidad...” (Elena G. de White - ATO 15.3; UL.17.3).

"Dios no perdona el pecado para animarnos a seguir en el mal. Debe confrontar el pecado tan de cerca, que la naturaleza divina pueda tomar posesión del ser, y la riqueza del cielo sea vertida en la mente y el corazón. Dios ha hecho toda provisión para que los recursos divinos puedan fluir libremente, y no debemos juzgar ningún sacrificio demasiado costoso a fin de que los tesoros de la verdad puedan ser dados al mundo. Fallar en hacer esto sería traicionar la sagrada confianza"

(Elena G. de White - Signs of the Times, 1 de marzo, 1899).

“El vino a demostrar la falsedad de la acusación de Satanás de que Dios había hecho una ley que el hombre no podía cumplir. Cristo guardó los diez mandamientos mientras tenía la naturaleza del hombre. Así demostró a los seres humanos que para el hombre es posible obedecer perfectamente la ley. Así vindicó la justicia de Dios al demandar obediencia a su ley. Aquellos que acepten a Cristo como su Salvador, haciéndose partícipes de la naturaleza divina, son habilitados por seguir su ejemplo de obediencia a cada precepto divino” (Elena G. de White – Signs of the Times 14 de mayo 1902).

“El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza de la naturaleza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos "participantes de la naturaleza divina", y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación con la divinidad, no peca” (Elena G. de White – MC 136).

"Cristo puso a un lado sus mantos reales, y vino a esta tierra trayendo consigo un poder suficiente para vencer el pecado. Vino para vivir la ley de Dios en humanidad, para que al participar de su naturaleza divina, nosotros también pudiésemos vivir la ley... Podemos decir que es imposible para nosotros alcanzar la norma de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y garante, fue como ser humano" (Elena G. de White – Signs of the Times, 4 de marzo, 1897).

"Cristo asumió la naturaleza humana para demostrarle al mundo caído, a Satanás y su sinagoga, al universo del cielo y a los mundos no caídos, que la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina, podía llegar a ser enteramente obediente a la ley de Dios; que sus seguidores, por su amor y unidad, darían evidencia de que el poder de redención es suficiente para permitir que el hombre venza" (Elena G. de White – Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

“El amor y la justicia de Dios, y también la inmutabilidad de su ley, se manifiestan por la vida del Salvador no menos que por su muerte. Él asumió la naturaleza humana con sus debilidades, con todos sus riesgos, con sus tentaciones... Fue “tentado en todo según nuestra semejanza”. Hebreos 4:15. No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. Él ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 149).

"Cristo dejó su hogar celestial y vino a este mundo a mostrar que el hombre puede guardar la ley de Dios solo al estar conectado con la divinidad. Por sí misma, la humanidad está manchada y corrompida; pero Cristo le trajo poder moral al hombre, y aquellos que viven en comunión con él vencen como él venció. No somos abandonados en este mundo como huérfanos; Cristo ha unido al hombre caído con el Dios infinito. Él ha abierto un camino para que nuestras oraciones puedan ascender a Dios, y la fragancia de su justicia asciende con la oración de cada pecador arrepentido" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de diciembre, 1896).

"Cristo vino al mundo a contrarrestar la falsedad de Satanás de que Dios había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Tomando la humanidad sobre sí, vino al mundo, y mediante una vida de obediencia mostró que Dios no había hecho una ley que los hombres no podían

cumplir. Demostró que era perfectamente posible que los hombres obedezcan la ley. Los que aceptan a Cristo como su Salvador, participando de su naturaleza divina, pueden seguir su ejemplo, viviendo en obediencia a cada precepto de la ley. Mediante los méritos de Cristo, el hombre debe mostrar por su obediencia que será digno de confianza cuando esté en el cielo, que no se rebelará" (Elena G. de White – A fin de conocerle, p. 295).

"Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios" (Elena G. de White – PVGM 255).

"Debemos aprender de Cristo. Debemos saber lo que él es para los que ha rescatado. Debemos comprender que creyendo en él tenemos el privilegio de participar de la naturaleza divina y huir así de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Entonces quedamos limpios de todo pecado, de todo defecto de carácter. No debemos retener una sola tendencia pecaminosa... (Se cita Efe. 2:1-6) Las tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, son eliminadas del carácter a medida que participamos de la naturaleza divina, y somos convertidos en un poder viviente para el bien. Cooperamos con Dios en el triunfo sobre las tentaciones de Satanás, aprendiendo siempre del divino Maestro, participando diariamente de su naturaleza. Dios actúa y el hombre actúa para que éste pueda ser uno con Cristo como Cristo es uno con Dios. Entonces nos sentamos con Cristo en los lugares celestiales. La mente reposa con paz y seguridad en Jesús" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 954).

"Solo el evangelio de Cristo puede librarle de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene 'remisión de los pecados cometidos anteriormente', y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios... En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces 'la justicia que requiere la ley' se cumplirá 'en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu' (Romanos 8:4). Y el lenguaje del alma será '¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación' (Salmos 119:97)" (Elena G. de White – CS 551-552).

"El hombre ha de ser perfecto en su esfera, como Dios lo es en la suya. ¿Cómo podemos alcanzar un nivel tan elevado? ... Quien fue por nacimiento un ser humano, aunque unido a la divinidad, dio el mandamiento que requiere la perfección. Él ha pasado por el camino que nosotros transitamos, y nos dice: 'Sin mí nada podéis hacer'. Pero con él podemos hacer todo. Así, podemos lograr un carácter perfecto. Dios nunca da un mandamiento sin habilitarnos con la gracia suficiente para su cumplimiento. Amplia provisión ha sido hecha para que el hombre sea partícipe de la naturaleza divina... Cuando estas posibilidades se nos presentan, cuando vemos que es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana, ¿no debemos esforzarnos para alcanzar la norma? ¿No debería ser nuestro único propósito apreciar y comprender el alto honor que se nos ha conferido? Cristo nos ha mostrado cuánto valora el universo celestial a los seres por quienes él hizo tan grande sacrificio. Los hombres y las mujeres son de Dios por la creación y por la redención, y él inviste con su poder a quienes reciben a Cristo. Ellos están ligados a él, y son plenamente capaces de llegar a la mayor elevación del carácter... Cuando Cristo dijo: 'Sed perfectos, como vuestro Padre que está en

los cielos es perfecto', tenía en vista la pureza de propósito y acción. Es esencial para toda alma que desea un conocimiento mayor, poseer esta pureza. Hay una gran necesidad de pureza, así como de conocimiento. La perfección se puede alcanzar solo a través de la gracia dada por Dios. Él será la eficiencia de cada alma que se esfuerza por poseer facultades morales claras y previsoras. Pero requiere la cooperación del agente humano" (Elena G. de White - Signs of the Times, 26 de julio, 1899).

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Mateo 5:48. Cuando Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para hombres y mujeres que fueran perfectos por el empleo de cada facultad de su ser para gloria de Dios. Les dio en Cristo las riquezas de su gracia, y un conocimiento de su voluntad. Al vaciarse de sí mismos y al aprender a andar en humildad, confiando en la dirección de Dios, los hombres serían capacitados para cumplir el elevado propósito de Dios para ellos.

La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados.

Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza a fin de que puedan realizarlo. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo...

Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. Él es nuestro ejemplo. En todas las cosas, hemos de esforzarnos para honrar a Dios en carácter... Debemos depender completamente del poder que ha prometido darnos.

Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió.

Nuestro Salvador es un Salvador para la perfección del hombre en su totalidad. No es Dios sólo de una parte del ser. La gracia de Cristo obra para disciplinar toda la textura humana. Él la hizo toda. Él lo ha redimido todo. Ha hecho participante de la naturaleza divina a la mente, la energía, el cuerpo y el alma, y todos son su posesión adquirida. Hay que servirle con toda la mente, el corazón, el alma y las fuerzas. Entonces el Señor será glorificado en sus santos incluso en las cosas comunes y temporales con las que se relacionan. "Santidad al Señor" será la inscripción colocada sobre ellos" (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

"Pero el plan de Dios, ideado para la salvación del hombre, disponía que Cristo conociera el hambre y la pobreza, y cada aspecto de la experiencia del hombre. Resistió a la tentación mediante el poder que puede tener el hombre. Se aferró del trono de Dios, y no hay un hombre o mujer que no pueda tener acceso a la misma ayuda mediante la fe en Dios. El hombre puede llegar a ser participante de la naturaleza divina. No vive una sola alma que no pueda pedir la ayuda del cielo en la tentación y la prueba. Cristo vino para revelar la fuente de su poder a fin de que el hombre nunca necesitara depender de sus capacidades humanas desvalidas... Cristo vino para ser nuestro ejemplo y para hacernos saber que podemos ser participantes de la naturaleza divina. ¿Cómo? Habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Satanás no ganó la victoria sobre Cristo. No holló con su pie el alma del Redentor. No tocó la cabeza, aunque lastimó el talón. Con su propio ejemplo, Cristo puso en evidencia que el hombre puede mantenerse íntegro. Los hombres pueden tener un poder para resistir el mal: un poder que ni la tierra, ni la muerte, ni el infierno pueden vencer; un poder que los colocará donde pueden llegar a ser vencedores como Cristo venció. La divinidad y la

humanidad pueden combinarse en ellos" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, pp. 478,479).

### **La perfección cristiana es posible porque Cristo se hizo hombre**

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

"Vino al mundo para reconstruir el carácter, e introducía en toda su obra de construcción la perfección que deseaba lograr en los caracteres que estaba transformando por su poder divino" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1103,1104).

“Fue Su misión traerle a los hombres una completa restauración; Él vino para darles salud y paz y perfección de carácter” (Elena G. de White - OE 41).

“Cristo está pronto a venir en las nubes del cielo, y debemos estar preparados para encontrarlo sin tener mancha, ni arruga ni cosa semejante... El poder transformador de Dios debe estar sobre nuestros corazones. Debemos estudiar la vida de Cristo e imitar el Modelo divino. Debemos espaciarnos en la perfección de su carácter y ser transformados a su imagen. Nadie entrará en el reino de Dios a menos que su voluntad sea puesta en cautividad a la voluntad de Cristo” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

"La obediencia mediante Jesucristo le da al hombre perfección de carácter y el derecho a participar del árbol de la vida" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

“El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo

recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 339).

“Cristo es nuestro modelo. Fue manso y humilde. Aprenda de él e imite su ejemplo. El Hijo de Dios era sin tacha. Debemos apuntar a esta perfección y vencer como él venció, si queremos sentarnos a su mano derecha” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia tomo 3 369).

“Jesús dejó la gloria del cielo, dejó a un lado Su manto real, y vistió Su divinidad con humanidad, para que Él pudiese levantar al hombre caído... Jesús libremente dedicó todo Su poder y majestad a la causa de la humanidad caída... la perfección de carácter es ofrecida al hombre caído...” (Elena G. de White - Signs of the Times, 18-05-1891, pág. 157, col. 1, BV434).

“El Hijo de Dios vino a la tierra para que los hombres y mujeres pudieran tener una representación de los caracteres perfectos que Dios solamente puede aceptar...” (Elena G. de White - En los Lugares Celestiales 155).

“Cristo vino al mundo para que nosotros podamos tener nuevos caracteres, creados a la similitud de Su propio carácter; para que podamos tener pureza como la pureza de Dios, tener perfección como Su perfección” (Elena G. de White - ST III, 59).

“De cierto, de cierto os digo—continuó Cristo: —El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará.” El Salvador anhelaba profundamente que sus discípulos comprendiesen con qué propósito su divinidad se había unido a la humanidad. Vino al mundo para revelar la gloria de Dios, a fin de que el hombre pudiese ser elevado por su poder restaurador. Dios se manifestó en él a fin de que pudiese manifestarse en ellos. Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió (Elena G. de White - DTG 619-620).

“El ideal del carácter cristiano es la semejanza con Cristo. Como el Hijo del hombre fue perfecto en su vida, los que le siguen han de ser perfectos en la suya. Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: “Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo” (Elena G. de White - DTG 278).

"Por medio de su apóstol inspirado, Cristo nos ha presentado la medida del carácter que está imbuido del amor de Cristo. Hemos de llevar las huellas de Cristo, hemos de tener su semejanza. Se nos da este ejemplo para que podamos conocer las posibilidades, las alturas que podemos alcanzar en Cristo y mediante él. La norma que nos presenta es la perfección en él y mediante sus méritos podemos alcanzarla. Fallamos porque estamos contentos de mirar las cosas terrenales antes que las celestiales" (Elena G. de White - A fin de conocerle, p. 119).

"Estudien las instrucciones dadas en el primer capítulo de Primera de Pedro. Nos señala la fuente de nuestra fuerza. Se ha hecho toda provisión para que los creyentes reciban todo lo concerniente a la vida y la santidad por medio del sacrificio de Cristo. Dios nos llama a alcanzar la norma más elevada de gloria y virtud. La perfección del carácter de Cristo hace posible para nosotros que alcancemos la perfección" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 14, p.

351).

“Cristo fue obediente a todo requerimiento de la ley... Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y la deformidad del pecado, sino su propio manto de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová.

Mediante el plan de redención, Dios ha provisto medios para vencer cada rasgo pecaminoso y resistir cada tentación, no importa cuán poderosa sea” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 361).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White - DTG 710-711),

“Cristo presenta delante de nosotros la más alta perfección del carácter cristiano, que deberíamos procurar alcanzar durante toda la vida... Pablo escribe acerca de esta perfección: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo... Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús...”. Filipenses 3:12-15. ¿Cómo podemos alcanzar la perfección especificada por nuestro Señor y Salvador Jesucristo: nuestro gran Maestro? ¿Podemos hacer frente a sus requisitos y alcanzar una norma tan elevada? Podemos, pues de lo contrario Cristo no nos lo hubiera ordenado. Él es nuestra justicia. En su humanidad, ha ido delante de nosotros y ha efectuado para nosotros la perfección del carácter. Hemos de tener la fe en él que obra por el amor y purifica el alma. La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados. Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos que no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza para realizar. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo. Nos ha asegurado que está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que lo piden, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos” (Elena G. de White - AFC 131.1).

“Dios aceptará únicamente a los que están determinados a ponerse un blanco elevado. Coloca a cada agente humano bajo la obligación de hacer lo mejor que puede. De todos exige perfección moral. Nunca debíamos rebajar la norma de justicia a fin de contemporizar con malas tendencias heredadas o cultivadas. Necesitamos comprender que es pecado la imperfección de carácter. En Dios se hallan todos los atributos justos de carácter como un todo perfecto y armonioso, y cada uno de los que reciben a Cristo como su Salvador personal, tiene el privilegio de poseer esos atributos” (Elena G. de White - PVGM 265).

"Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: 'Escrito está'... Cristo venció como hombre las tentaciones. Cada hombre puede vencer como Cristo venció. Él se humilló a sí mismo por nosotros. Fue tentado en todo punto, así como nosotros. Redimió el desgraciado fracaso de la caída de Adán, y fue vencedor, testificando así ante todos los mundos no caídos y ante la humanidad caída, que el hombre podía guardar los mandamientos de Dios por medio del poder divino que el cielo le concedía. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, y venció en nuestro favor para mostrarnos cómo podemos vencer. Así vinculó sus intereses divinos con la humanidad, con los lazos más estrechos; y ha dado la positiva seguridad de que no seremos tentados más de lo que podemos soportar, sino que con la tentación dará una vía de escape" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 3, p. 154).

### **La perfección cristiana puede alcanzarse gracias a la muerte de Cristo**

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

“Mientras vuestra alma suspire por Dios, encontraréis más y más de las inescrutables riquezas de su gracia. Mientras las contempléis, llegaréis a poseerlas y se os revelarán los méritos del sacrificio

del Salvador, la protección de su justicia, la perfección de su sabiduría y su poder para presentarnos ante el Padre “sin mácula, y sin reprobación 2 Pedro 3:14” (Elena G. de White - HAP 453-454).

“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, <sup>20</sup> y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. <sup>21</sup> Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado <sup>22</sup> en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de él; <sup>23</sup> si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro” (Colosenses 1:19-23).

“La cruz del Calvario desafía, y finalmente vence todo poder terrenal y diabólico. En la cruz toda influencia se centra, y de ella toda influencia irradia. Es el gran centro de atracción; porque en ella Cristo dio su vida por la raza humana. Este sacrificio fue ofrecido con el propósito de restaurar al hombre a su original perfección. Además, fue ofrecido para darle una entera transformación de carácter, haciéndolo más que vencedor.

Los que en el poder de Cristo venzan al gran enemigo de Dios y del hombre, ocuparán una posición en las cortes celestiales por encima de los ángeles que nunca han caído. Cristo declara: 'Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.' Si la cruz no haya una influencia a su favor, genera una influencia. En toda generación subsiguiente, la verdad para este tiempo es revelada como verdad presente. Cristo en la cruz fue el medio por el que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron. Este es el medio que ha de mover al mundo” (Elena G. de White - S.D.A. Bible Commentary, tomo 5, pág. 1113).

"Estudien las instrucciones dadas en el primer capítulo de Primera de Pedro. Nos señala la fuente de nuestra fuerza. Se ha hecho toda provisión para que los creyentes reciban todo lo concerniente a la vida y la santidad por medio del sacrificio de Cristo. Dios nos llama a alcanzar la norma más elevada de gloria y virtud. La perfección del carácter de Cristo hace posible para nosotros que alcancemos la perfección" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 14, p. 351).

"Que los que trabajan para Cristo mantengan sus principios puros. Que la vida no esté contaminada por ninguna práctica profana. Todo el cielo está interesado en la restauración de la imagen moral de Dios en el hombre. Todo el cielo está trabajando para conseguir ese fin. Dios y los santos ángeles tienen un intenso deseo de que los seres humanos alcancen la medida de la perfección por la que Cristo murió para que fuera posible que ellos la alcanzaran" (Elena G. de White – En lugares celestiales, p. 286).

"Usted podrá decir que cree en Jesús cuando tenga una apreciación del costo de la salvación. Podrá hacer esta afirmación cuando sienta que Jesús murió por usted en la cruenta cruz del Calvario; cuando tenga una fe inteligente que le haga comprender que esa muerte hace posible que usted deje de pecar, y perfeccione un carácter por medio de la gracia de Dios, y que le es concedido como una adquisición de la sangre de Cristo" (Elena G. de White - Review and Herald, 24 de julio, 1888).

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación'. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin

reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

### **La perfección cristiana puede alcanzarse por el ministerio sumo sacerdotal de Cristo en el santuario**

"El tabernáculo judío era un símbolo de la iglesia cristiana. Fue una maravillosa estructura hecha de dos partes, la exterior y la interior; una abierta a la ministración de todo los sacerdotes, y la otra abierta solo al Sumo Sacerdote, que representaba a Cristo. La iglesia en la tierra, compuesta por los que son fieles y leales a Dios, es el 'verdadero tabernáculo' del cual es ministro el Redentor. Dios, y no el hombre, levantó este tabernáculo sobre una plataforma elevada. Este tabernáculo es el cuerpo de Cristo, y del norte y sur, este y oeste reúne a los que ayudarán a integrarlo. A través de Cristo, los creyentes verdaderos son representados como edificados juntos para la morada de Dios en el Espíritu...

Un tabernáculo santo está formado por los que reciben a Cristo como su Salvador personal... Al recibir a Cristo y conformarse a su voluntad, el hombre se dirige a la perfección. Este fortalecimiento del carácter individual, que se renueva, constituye una estructura más noble que cualquier obra de mano mortal. Así, la gran obra de Dios avanza paso a paso. Quienes desean un lugar en su iglesia muestran esto en su deseo de ser tan conformados a la voluntad divina que se puede confiarles la gracia para impartirla a otros. Se necesita la ministración divina para dar poder y eficiencia a la iglesia en este mundo... Cristo es el Ministro del verdadero tabernáculo, el Sumo Sacerdote de todos los que creen en él como un Salvador personal; y ningún otro puede tomar su oficio. Él es el Sumo Sacerdote de la iglesia y tiene una obra que hacer que ningún otro puede realizar. Por su gracia, él es capaz de guardar a cada hombre de la transgresión (Elena G. de White - Signs of the Times, 14 de febrero, 1900; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 943).

“Habiendo sufrido la penalidad total de un mundo culpable, Jesús se convirtió en el mediador entre Dios y el hombre, para restaurar al alma arrepentida al favor con Dios dándole la gracia para guardar la ley del Altísimo” (Elena G. de White – FO 45).

### **La perfección cristiana puede desarrollarse mediante una ferviente lucha del hombre colaborando con Dios**

"Esta es la obra que el Señor quiere que cada alma esté preparada para realizar en este tiempo, cuando los cuatro ángeles están reteniendo los cuatro vientos, para que no soplen hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes. No hay tiempo ahora para agradarse a sí mismo. Las lámparas del alma deben ser acondicionadas. Deben recibir la provisión del aceite de la gracia. Debe tomarse toda precaución para impedir el decaimiento espiritual, para que el gran día de Dios no nos sobrecoja como ladrón en la noche. Todo testigo para Dios ha de trabajar ahora inteligentemente en los ramos que Dios le ha señalado. Debemos obtener diariamente una experiencia viva y profunda en el perfeccionamiento del carácter cristiano. Debemos recibir diariamente el aceite santo, para que podamos impartirlo a los demás. Todos pueden ser portadores de luz ante el mundo, si quieren" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros, p. 519).

“El éxito que se ha de obtener en esta vida, el éxito que nos asegurará la vida futura, depende de que hagamos fiel y concienzudamente las cosas pequeñas. En las obras menores de Dios no se ve menos perfección que en las más grandes. La mano que suspendió los mundos en el espacio es la que hizo con delicada pericia los lirios del campo. Y así como Dios es perfecto en su esfera, hemos de serlo nosotros en la nuestra. La estructura simétrica de un carácter fuerte y bello, se edifica por los actos individuales en cumplimiento del deber. Y la fidelidad debe caracterizar nuestra vida tanto en los detalles insignificantes como en los mayores. La integridad en las cosas pequeñas, la ejecución de actos pequeños de fidelidad y bondad alegrarán la senda de la vida; y cuando hayamos acabado nuestra obra en la tierra, se descubrirá que cada uno de los deberes pequeños ejecutados fielmente ejerció una influencia benéfica imperecedera” (Elena G. de White - PP 620).

“Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió” (Elena de White - DTG 619-620).

“Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impíamente.” El declara: “Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.” Daniel 9:18, 15, 20; 10:8 (VM).

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.” Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!” dijo abrumado: “¡Ay de mí, pues soy perdido!” Isaías 6:3, 5 (VM).

Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del “más pequeño de todos los santos.” 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17.

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destrozaron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad.

Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. “Tan sólo creed—dicen—y la bendición es vuestra.” Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada? El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: “Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras?... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.” Santiago 2:14-24” (Elena G. de White - CS 525-526).

“La mayor alabanza que los hombres pueden ofrecer a Dios es llegar a ser medios consagrados por los cuales pueda obrar. El tiempo pasa rápidamente hacia la eternidad. No retengamos de Dios lo que le pertenece. No le rehusemos lo que, aun cuando no puede ser ofrecido con mérito, no puede ser negado sin ruina. El nos pide todo el corazón; démoselo; es suyo, tanto por derecho de creación como de redención. Nos pide nuestra inteligencia; démosela, es suya. Pide nuestro dinero; démoselo, pues es suyo. No sois vuestros, “porque comprados sois por precio.” 1 Corintios 6:19, 20. Dios requiere el homenaje de un alma santificada, que, por el ejercicio de la fe que obra por medio del amor, se haya preparado para servirle. Sostiene ante nosotros el más alto ideal, el de la perfección. Nos pide que nos manifestemos absoluta y completamente en favor de él en este mundo, así como él está siempre en favor nuestro en la presencia de Dios” (Elena G. de White - HAP 452).

“Esto es lo que sucede infaliblemente cuando se dejan de apreciar y aprovechar la luz y los privilegios que Dios concede. A menos que la iglesia siga el sendero que le abre la Providencia, y aceptando cada rayo de luz, cumpla todo deber que le sea revelado, la religión degenerará inevitablemente en mera observancia de formas, y el espíritu de verdadera piedad desaparecerá. Esta verdad ha sido demostrada repetidas veces en la historia de la iglesia. Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia que correspondan a las bendiciones y privilegios que él le concede. La obediencia requiere sacrificios y entraña una cruz; y por esto fueron tantos los profesos discípulos de Cristo que se negaron a recibir la luz del cielo, y, como los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación. Lucas 19:44. A causa de su orgullo e incredulidad, el

Señor los dejó a un lado y reveló su verdad a los que, cual los pastores de Belén y los magos de oriente, prestaron atención a toda la luz que habían recibido” (Elena G. de White - CS 362-363).

“Las instrucciones formuladas en la Palabra de Dios no dan lugar para transigir con el mal. El Hijo de Dios se manifestó para atraer a todos los hombres a sí mismo. No vino para adormecer al mundo arrullándolo, sino para señalarle el camino angosto por el cual todos deben andar si quieren alcanzar finalmente las puertas de la ciudad de Dios. Sus hijos deben seguir por donde él señaló la senda; sea cual fuere el sacrificio de las comodidades o de las satisfacciones egoístas que se les exija; sea cual fuere el costo en labor o sufrimiento, deben sostener una constante batalla consigo mismos” (Elena G. de White - HAP 451-452).

“El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 339).

“Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto de que puedan realizarlo. No si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo. . . Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. El es nuestro ejemplo” (Elena G. de White - La Maravillosa Gracia, página 230).

“Él vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios. Mediante la medida de su gracia proporcionada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. Todo el que se esfuerza, puede alcanzar la perfección del carácter. Esto se convierte en el fundamento mismo del nuevo pacto del evangelio. La ley de Jehová es el árbol. El evangelio está constituido por las fragantes flores y los frutos que lleva” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

“En sus esfuerzos por alcanzar el ideal de Dios, el cristiano no debería desesperarse de ningún empeño. A todos es prometida la perfección moral y espiritual por la gracia y el poder de Cristo. El es el origen del poder, la fuente de la vida. Nos lleva a su Palabra, y del árbol de la vida nos presenta hojas para la sanidad de las almas enfermas de pecado” (Elena G. de White - HAP 381).

“Mediante la medida de Su gracia suministrada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. La perfección de carácter es alcanzable a todo aquel que se esfuerza por ella” (Elena G. de White - 1MS:248-249).

“Un carácter recto es de mucho más valor que el oro de Ofir. Sin él nadie puede elevarse a un cargo honorable. Pero el carácter no se hereda. No se puede comprar. La excelencia moral y las

buenas cualidades mentales no son el resultado de la casualidad. Los dones más preciosos carecen de valor a menos que sean aprovechados. La formación de un carácter noble es la obra de toda una vida, y debe ser el resultado de un esfuerzo aplicado y perseverante. Dios da las oportunidades; el éxito depende del uso que se haga de ellas” (Elena G. de White - PP 224-225).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o en acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 19).

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

“Los que no estén dispuestos a dejar todo pecado ni a buscar seriamente la bendición de Dios, no la alcanzarán. Pero todos los que se afirmen en las promesas de Dios como lo hizo Jacob, y sean tan vehementes y constantes como lo fue él, alcanzarán el éxito que él alcanzó" (Elena G. de White - PP 203).

“La verdad, como está en Jesús, significa obediencia a cada precepto de Jehová... La santificación de la Biblia inducirá a sus poseedores a conocer los requerimientos de Dios y a obedecerlos... Hay un cielo puro y santo reservado para los que guardan los mandamientos de Dios. Es digno de un esfuerzo incansable, perseverante y de toda la vida” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús pág. 146).

"Los que piensan que están firmes porque tienen la verdad, experimentarán algunas terribles caídas; pero [los tales] no tienen la verdad como es en Jesús. Un momento de descuido puede sumir al alma en una ruina irremediable. Un pecado puede conducir al segundo, y el segundo prepara el camino para el tercero, y así sucesivamente. Como fieles mensajeros de Dios debemos rogarle constantemente que seamos guardados por su poder. Si nos apartamos una sola pulgada del deber, estamos en peligro de continuar en una conducta pecaminosa que termine en la perdición. Hay esperanza para cada uno de nosotros, pero solamente de una manera: aferrándonos a Cristo, ejerciendo toda energía para alcanzar la perfección de su carácter.

La religión liviana que hace del pecado algo de poca gravedad y que constantemente se detiene en el amor de Dios hacia el pecador, anima a éste a creer que Dios lo salvará mientras continúa en el pecado, sabiendo que es pecado. Esta es la forma en que muchos proceden mientras profesan creer la verdad presente. La verdad está separada de sus vidas, y esa es la razón por la cual no tienen más poder para convencer y convertir el alma. Debe esforzarse todo nervio e intención y músculo para abandonar al mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus modas" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 175).

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Mateo 5:48. Cuando Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para hombres y mujeres que fueran perfectos por

el empleo de cada facultad de su ser para gloria de Dios. Les dio en Cristo las riquezas de su gracia, y un conocimiento de su voluntad. Al vaciarse de sí mismos y al aprender a andar en humildad, confiando en la dirección de Dios, los hombres serían capacitados para cumplir el elevado propósito de Dios para ellos.

La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados.

Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza a fin de que puedan realizarlo. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo...

Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. Él es nuestro ejemplo. En todas las cosas, hemos de esforzarnos para honrar a Dios en carácter... Debemos depender completamente del poder que ha prometido darnos.

Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió.

Nuestro Salvador es un Salvador para la perfección del hombre en su totalidad. No es Dios sólo de una parte del ser. La gracia de Cristo obra para disciplinar toda la textura humana. Él la hizo toda. Él lo ha redimido todo. Ha hecho participante de la naturaleza divina a la mente, la energía, el cuerpo y el alma, y todos son su posesión adquirida. Hay que servirle con toda la mente, el corazón, el alma y las fuerzas. Entonces el Señor será glorificado en sus santos incluso en las cosas comunes y temporales con las que se relacionan. "Santidad al Señor" será la inscripción colocada sobre ellos" (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

"Ante los creyentes se presenta la maravillosa posibilidad de llegar a ser semejantes a Cristo, obedientes a todos los principios de la ley de Dios. Pero por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de alcanzar esas condiciones. La santidad, que según la Palabra de Dios debe poseer antes de poder ser salvo, es el resultado del trabajo de la gracia divina sobre el que se somete en obediencia a la disciplina y a las influencias refrenadoras del Espíritu de verdad. La obediencia del hombre puede ser hecha perfecta únicamente por el incienso de la justicia de Cristo, que llena con fragancia divina cada acto de acatamiento. La parte que le toca a cada cristiano es perseverar en la lucha por vencer cada falta. Constantemente debe orar al Salvador para que sane las dolencias de su alma enferma por el pecado. El hombre no tiene la sabiduría y la fuerza para vencer; ellas vienen del Señor, y él las confiere a los que en humillación y contrición buscan su ayuda" (Elena G. de White - HAP 424).

"El hombre ha de ser perfecto en su esfera, como Dios lo es en la suya. ¿Cómo podemos alcanzar un nivel tan elevado? ... Quien fue por nacimiento un ser humano, aunque unido a la divinidad, dio el mandamiento que requiere la perfección. Él ha pasado por el camino que nosotros transitamos, y nos dice: 'Sin mí nada podéis hacer'. Pero con él podemos hacer todo. Así, podemos lograr un carácter perfecto. Dios nunca da un mandamiento sin habilitarnos con la gracia suficiente para su cumplimiento. Amplia provisión ha sido hecha para que el hombre sea partícipe de la naturaleza divina... Cuando estas posibilidades se nos presentan, cuando vemos que es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana, ¿no debemos esforzarnos para alcanzar la norma? ¿No debería ser nuestro único propósito apreciar y comprender el alto honor que se nos ha conferido? Cristo nos ha mostrado cuánto valora el universo celestial a los seres por quienes él hizo tan grande sacrificio. Los hombres y

las mujeres son de Dios por la creación y por la redención, y él inviste con su poder a quienes reciben a Cristo. Ellos están ligados a él, y son plenamente capaces de llegar a la mayor elevación del carácter... Cuando Cristo dijo: 'Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto', tenía en vista la pureza de propósito y acción. Es esencial para toda alma que desea un conocimiento mayor, poseer esta pureza. Hay una gran necesidad de pureza, así como de conocimiento. La perfección se puede alcanzar solo a través de la gracia dada por Dios. Él será la eficiencia de cada alma que se esfuerza por poseer facultades morales claras y previsoras. Pero requiere la cooperación del agente humano" (Elena G. de White - Signs of the Times, 26 de julio, 1899).

"Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina" (Elena G. de White - HAP 40-41).

"Era este propósito único de ganar la carrera de la vida eterna, lo que Pablo anhelaba ver revelado en las vidas de los creyentes corintios. Sabía que a fin de alcanzar el ideal de Cristo para con ellos, tenían por delante una lucha de toda la vida, que no tendría tregua. Les pedía que lucharan lealmente, día tras día, en busca de piedad y excelencia moral. Les rogaba que pusieran a un lado todo peso y se esforzaran hacia el blanco de la perfección en Cristo" (Elena G. de White - HAP 253-254).

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

"Satanás había alardeado de que nadie podía soportar sus sortilegios y vivir una vida incorrupta en este mundo. Vestido de la naturaleza humana, el Redentor se sometió a sí mismo a todas las tentaciones con las que son asaltados los seres humanos, y venció en cada área. El registro de su vida es dado al mundo, para que nadie tenga que estar en duda respecto del poder de la gracia de Dios. Para cada alma que busca la perfección del carácter cristiano, este mundo se torna en un campo de batalla sobre el cual se libra la controversia entre el bien y el mal. Y todo el que confía en Cristo ganará la victoria" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 11, p. 213).

"Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote hacía la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas arrepintiéndose de sus pecados y humillándose ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma

manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, sin embargo él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante” (Elena G. de White - CS 544).

“Wesley y sus compañeros fueron inducidos a reconocer que la religión verdadera tiene su asiento en el corazón y que la ley de Dios abarca los pensamientos lo mismo que las palabras y las obras. Convencidos de la necesidad de tener santidad en el corazón, así como de conducirse correctamente, decidieron seriamente iniciar una vida nueva. Por medio de esfuerzos diligentes acompañados de fervientes oraciones, se empeñaban en vencer las malas inclinaciones del corazón natural. Llevaban una vida de abnegación, de amor y de humillación, y observaban rigurosamente todo aquello que a su parecer podría ayudarles a alcanzar lo que más deseaban: una santidad que pudiese asegurarles el favor de Dios. Pero no lograban lo que buscaban. Vanos eran sus esfuerzos para librarse de la condenación del pecado y para quebrantar su poder. Era la misma lucha que había tenido que sostener Lutero en su celda del convento en Erfurt. Era la misma pregunta que le había atormentado el alma: “¿Cómo puede el hombre ser justo para con Dios? - Job 9:2” (VM) (Elena G. de White - CS 296-297).

“En la Epístola a los Hebreos se señala el propósito absorbente que debería caracterizar la carrera cristiana por la vida eterna: “Dejando todo el peso del pecado que nos rodea, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta, puestos los ojos en el Autor y consumidor de la fe, en Jesús.” Hebreos 12:1, 2. La envidia, la malicia, los malos pensamientos, las malas palabras, la codicia: éstos son pesos que el cristiano debe deponer para correr con éxito la carrera de la inmortalidad. Todo hábito o práctica que conduce al pecado o deshonor a Cristo, debe abandonarse, cualquiera que sea el sacrificio.

La bendición del cielo no puede descender sobre ningún hombre que viola los eternos principios de la justicia. Un solo pecado acariciado es suficiente para degradar el carácter y extraviar a otros. Y si tu mano te escandalizare—dijo el Salvador, —córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la Gehenna, al fuego que no puede ser apagado... Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo: mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en la Gehenna.” Marcos 9:43-45. Si para salvar el cuerpo de la muerte debería cortarse el pie o la mano, o hasta sacarse el ojo, ¡cuánto más fervientemente debiera el cristiano quitar el pecado, que produce muerte al alma!” (Elena G. de White - HAP 251-252).

“Cristo conoce la fuerza de las tentaciones y el poder de ustedes para resistir. Su mano está siempre tendida con compasiva ternura hacia cada criatura que sufre. Dice a los tentados y desanimados: Hijo por quien he sufrido y muerto, ¿no puedes tener confianza en mí? “Como tus días serán tus fuerzas”. Deuteronomio 33:25... No se puede describir con palabras el gozo y la paz del que acepta al pie de la letra lo que Dios dice. Las pruebas no lo perturban, los desaires no lo afectan. Ha crucificado al yo. Día tras día pueden hacerse sus deberes más abrumadores, sus tentaciones más fuertes, sus pruebas más severas; pero no vacila, pues recibe fuerza igual a su necesidad... Cristo no nos ha dado la seguridad de que sea asunto fácil lograr la perfección del carácter. Un carácter noble, completo, no se hereda. No lo recibimos accidentalmente. Un

carácter noble se obtiene mediante esfuerzos individuales, realizados por los méritos y la gracia de Cristo. Dios da los talentos, las facultades mentales; nosotros formamos el carácter. Lo desarrollamos sosteniendo rudas y severas batallas contra el yo. Hay que sostener conflicto tras conflicto contra las tendencias hereditarias. Tendremos que criticarnos a nosotros mismos severamente, y no permitir que quede sin corregir un solo rasgo desfavorable” (Elena G. de White - SSJ 354.4).

“El apóstol Pablo escribió: “Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo. Lo escogió desde la eternidad, para que fuese santo. Dio a su Hijo para que muriese por él, a fin de que fuese santificado por medio de la obediencia a la verdad, despojándose de todas las pequeñeces del yo. Requiere de él una obra personal, una entrega individual. Dios puede ser honrado por los que profesan creer en él únicamente cuando se asemejan a su imagen y son dirigidos por su Espíritu. Entonces, como testigos del Salvador, pueden dar a conocer lo que ha hecho la gracia divina por ellos” (Elena G. de White - HAP 446-447).

“Los que han recibido instrucciones acerca de los peligros del consumo de carne, té, café y alimentos demasiado condimentados o malsanos, y quieran hacer un pacto con Dios por sacrificio, no continuarán satisfaciendo sus apetitos con alimentos que saben son malsanos. Dios pide que los apetitos sean purificados y que se renuncie a las cosas que no son buenas. Esta obra debe ser hecha antes que su pueblo pueda estar delante de él como un pueblo perfecto” (CSI 126.2; CH.127.4).

“Desde los días de Adán hasta los nuestros, el gran enemigo ha ejercitado su poder para oprimir y destruir. Se está preparando actualmente para su última campaña contra la iglesia. Todos los que se esfuerzan en seguir a Jesús tendrán que entrar en lucha con este enemigo implacable. Cuanto más fielmente imite el cristiano al divino Modelo, tanto más seguramente será blanco de los ataques de Satanás. Todos los que están activamente empeñados en la obra de Dios, tratando de desenmascarar los engaños del enemigo y de presentar a Cristo ante el mundo, podrán unir su testimonio al que da San Pablo cuando habla de servir al Señor con toda humildad y con lágrimas y tentaciones” (Elena G. de White - CS 564).

“La santificación no es obra de un momento, una hora, o un día, sino de toda la vida. No se la consigue por medio de un feliz arranque de los sentimientos, sino que es el resultado de morir constantemente al pecado y vivir cada día para Cristo. No pueden corregirse los males ni producirse reformas en el carácter por medio de esfuerzos débiles e intermitentes. Solamente venceremos mediante un prolongado y perseverante trabajo, penosa disciplina y duro conflicto” (Elena G. de White - HAP 447-448).

“En estos últimos días, cuando abunde la iniquidad y el amor de muchos se enfríe, Dios tendrá un pueblo que glorificará su nombre y se alzarán para condenar la injusticia. Ha de ser un “pueblo peculiar”, que será leal a la ley de Dios cuando el mundo procure anular sus preceptos; y cuando el poder de Dios que convierte obre por medio de sus siervos, las huestes de las tinieblas se aprestarán en amarga y determinada oposición

Habrán un conflicto constante desde el momento de nuestra determinación de servir al Dios del cielo hasta que seamos librados del presente mundo malo. No habrá alivio en esta guerra... Nuestra obra es agresiva, y como fieles soldados de Jesús, debemos llevar el estandarte teñido de sangre hasta la misma fortaleza del enemigo... Si consentimos en deponer nuestras armas, e inclinar el estandarte teñido en sangre, en convertirnos en cautivos y siervos de Satanás,

hallaremos alivio para el conflicto y el sufrimiento. Pero esta paz se obtendrá sólo mediante la pérdida de Cristo y el cielo. No podemos aceptar una paz en semejantes condiciones. Que haya guerra, guerra hasta el fin de la historia de la vida, y no paz mediante apostasía y pecado.

La obra de apostasía comienza con alguna rebelión secreta del corazón contra los requerimientos de la ley de Dios. Se fomentan y complacen deseos impíos y ambiciones ilícitas y, como resultado, la incredulidad y las tinieblas separan al alma de Dios. Si no vencemos estos males, ellos nos vencerán... La complacencia del orgullo espiritual, de los deseos profanos, de los pensamientos concupiscentes, de cualquier cosa que nos aleje de una asociación íntima y santa con Jesús, pone en peligro nuestra alma.

Debemos pelear "la buena batalla de la fe", si queremos echar "mano de la vida eterna". 1 Timoteo 6:12. Debemos ser "guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación". 1 Pedro 1:5. Si el pensamiento de la apostasía os resulta opresivo... aborreced lo malo, seguid lo bueno". Romanos 12:9" (Elena G. de White - La maravillosa gracia de Dios pág. 333-334).

"El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo. Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante. Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado. Debe haber una lucha continua y un progreso constante, hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección del carácter" (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 606).

"Yo remito al intemperante a un poder fuera y más allá de ellos mismos: el poder de Jesús. Huyan al Salvador. Él ha vencido en beneficio de los que son impotentes y pecaminosos como ustedes. En su fuerza ustedes pueden ser hombres honestos, fieles, leales a su Hacedor. Pero un esfuerzo a medias no basta. Deben ser esmerados. Y no crean que pueden hacer la tarea de abstenerse gradualmente. Dejen ese maldito hábito de una vez y para siempre. 'No toquen, no prueben ni se acerquen'" (Elena G. de White – Signs of the Times 30 de enero, 1901).

"Se me mostró que si el pueblo de Dios no hace ningún esfuerzo de su parte, sino que esperan que el refrigerio venga sobre ellos y les quite sus defectos y corrija sus errores; si dependen de eso para ser limpiados de contaminación de la carne y el espíritu y ser preparados para participar en el fuerte clamor del tercer ángel, serán hallados faltos. El refrigerio o poder de Dios viene únicamente sobre los que se han preparado para recibirlo, al hacer la obra que Dios les ordena; a saber, limpiarse de toda impureza de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 1, pp. 536,537).

"¿Estamos luchando con todas las facultades que Dios nos dio para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo? ¿Estamos procurando su plenitud, conquistando una altura cada vez mayor, en procura de la perfección de su carácter? Cuando los siervos de Dios alcancen este punto, serán sellados en sus frentes. El ángel registrador declarará: "Consumado es". Serán completos en él los que le pertenezcan por creación y por redención" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 225, 226).

"El hombre se había envilecido tanto por el pecado que le era imposible por sí mismo ponerse en armonía con Aquel cuya naturaleza es bondad y pureza. Pero después de haber redimido al mundo de la condenación de la ley, Cristo podría impartir poder divino al esfuerzo humano. Así, mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo, los caídos hijos de Adán podrían convertirse nuevamente en "hijos de Dios." 1 Juan 3:2" (Elena G. de White - PP 49).

“Por nosotros mismos somos incapaces de hacer bien; pero lo que nosotros no podemos hacer será hecho por el poder de Dios en toda alma Sumisa y creyente... Es por la fe como se engendra la vida espiritual, y somos capacitados para hacer las obras de justicia” (Elena G. de White - DTG 73).

“Jesús vino a nuestro mundo para traerle poder divino al hombre, para que a través de Su gracia, podamos ser transformados a Su semejanza. Cuando está en el corazón obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con este fin, Jesús acepta esta disposición y esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y Él coloca el resto con Sus propios méritos divinos” (Elena G. de White - ST II, 395).

"La salvación del alma requiere la combinación de la fuerza divina y la humana. Dios no se propone hacer la obra que el hombre puede hacer para alcanzar la norma de justicia. El hombre tiene una parte que hacer... Pero a fin de recibirla, el hombre debe unirse con su divino Ayudador. A menos que de su propio consentimiento el hombre esté dispuesto a renunciar a la práctica del pecado, Cristo no puede quitarle su pecado. El hombre debe cooperar de todo corazón con Dios, obedeciendo voluntariamente sus leyes, demostrando que aprecia el gran regalo de la gracia. Por medio del sentimiento de su dependencia de Dios, teniendo fe en Cristo como su Salvador personal, esperando eficacia y éxito mientras mantiene siempre a Cristo delante de él, es así como el hombre cumple con la exhortación: 'Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor' (Filipenses 2:12). Pero el esfuerzo humano no es suficiente. De nada sirve sin el poder divino. Por sí mismo, el hombre no tiene fuerza para luchar contra los poderes de las tinieblas. Por lo tanto, Cristo vistió su divinidad con la humanidad, y vino a esta tierra para cooperar con el hombre. A aquellos que lo reciben y confían en su poder para salvar, les imparte la virtud de su justicia. Les da el poder de ser hijos de Dios. 'Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia' (Juan 1:14, 16)" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de septiembre, 1901).

"La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección. Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre, quien debe obtener su poder de Dios. Por un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos, y por el otro, debilidad, perversidad, impotencia absoluta. Dios desea que tengamos dominio sobre nosotros mismos, pero no puede ayudarnos sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra por medio de los poderes y facultades otorgados al hombre. Por naturaleza, no estamos capacitados para armonizar nuestros propósitos, deseos e inclinaciones con la voluntad de Dios; pero si tenemos el deseo de que Dios cree en nosotros la voluntad, el Salvador lo efectuará por nosotros" (Elena G. de White - Hechos de los apóstoles, pp. 384, 385).

### **La perfección cristiana debe ser desarrollada por la fe**

“El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. ‘Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto’. Esta orden es una promesa. El plan de redención contempla nuestro completo rescate del poder de Satanás” (Elena G. de White – DTG 277).

“En su carta a los Colosenses, San Pablo enumera las abundantes bendiciones concedidas a los hijos de Dios. “No cesamos—dice—de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del

conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo.” Colosenses 1:9-11.

Escribe además respecto a su deseo de que los hermanos de Éfeso logren comprender la grandeza de los privilegios del cristiano.

Les expone en el lenguaje más claro el maravilloso conocimiento y poder que pueden poseer como hijos e hijas del Altísimo. De ellos estaba el que fueran “fortalecidos con poder, por medio de su Espíritu, en el hombre interior,” y “arraigados y cimentados en amor,” para poder “comprender, con todos los santos, cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura y la profundidad— y conocer el amor de Cristo, que sobrepuja a todo conocimiento.” Pero la oración del apóstol alcanza al apogeo del privilegio cuando ruega que sean “llenos de ello, hasta la medida de toda la plenitud de Dios.” Efesios 3:16-19 (VM).

Así se ponen de manifiesto las alturas de la perfección que podemos alcanzar por la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos con lo que él requiere de nosotros. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. “El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Romanos 8:32.

El Padre dio a su Hijo su Espíritu sin medida, y nosotros podemos participar también de su plenitud. Jesús dice: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de él?” Lucas 11:13. “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.” “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido - Juan 14:14; 16:24” (Elena G. de White - CS 530-531).

“Jesús no reveló cualidades, ni ejerció poderes que los hombres no puedan tener mediante la fe en El. Su perfecta humanidad es la que todos Sus seguidores pueden poseer, si están sujetos a Dios como Él lo fue” (Elena G. de White - DTG 664).

“La gloria de Dios consiste en otorgar su poder a sus hijos. Desea ver a los hombres alcanzar la más alta norma: y serán hechos perfectos en él cuando por fe echen mano del poder de Cristo, cuando recurran a sus infalibles promesas reclamando su cumplimiento, cuando con una importunidad que no admita rechazamiento, busquen el poder del Espíritu Santo” (Elena G. de White - HAP 424).

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del

mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1Juan 3:6).

“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1Juan 2:1-6).

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. <sup>12</sup>Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. <sup>13</sup>En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu” (1Juan 4:11-13).

“Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1Juan 4:15-21).

“Estad en mí, y yo en vosotros.” El estar en Cristo significa recibir constantemente de su Espíritu, una vida de entrega sin reservas a su servicio. El conducto de comunicación debe mantenerse continuamente abierto entre el hombre y su Dios. Como el sarmiento de la vid recibe constantemente la savia de la vid viviente, así hemos de aferrarnos a Jesús y recibir de él por la fe la fuerza y la perfección de su propio carácter” (Elena G. de White - DTG 630).

“Él (Jesús) no consentía con el pecado. Ni por un pensamiento cedía a la tentación. Lo mismo se puede dar con nosotros... Dios nos toma la mano de la fe, y la lleva a apoderarse firmemente de la divinidad de Cristo, a fin de que alcancemos la perfección de carácter. Y la manera como eso se realiza, Cristo nos la mostró. ¿Por qué medio venció en el conflicto contra Satanás? Por la Palabra de Dios. Únicamente por la Palabra pudo resistir a la tentación. ‘Está escrito’, decía” (Elena G. de White – DTG 123).

“Dios reclama con derecho el amor y la obediencia de todas sus criaturas. Les ha dado en su ley una norma perfecta de justicia. Pero muchos olvidan a su Hacedor, y en oposición a su voluntad eligen seguir sus propios caminos. Retribuyen con enemistad el amor que es tan alto como el cielo, tan ancho como el universo. Dios no puede rebajar los requerimientos de su ley para satisfacer la norma de los impíos; ni pueden los hombres, por su propio poder, satisfacer las

demandas de la ley. Solamente por la fe en Cristo puede el pecador ser limpiado de sus culpas y capacitado para prestar obediencia a la ley de su Hacedor” (Elena G. de White - HAP 339).

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

“Escrito está,” dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuésemos hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia.” Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti.” “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor (Elena G. de White - DTG 98-99).

"Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: 'Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí' (Juan 14:30) Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia.

En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino" (Elena G. de White - CS 680, 681).

"... en la humanidad ha de revelarse este mismo amor. La imagen misma de Dios ha de reflejarse en la raza caída. El corazón frío ha de ser revivido y brillar con el amor divino. Ha de latir al unísono con el corazón del Redentor. El honor de Cristo debe verse completado en la perfección del carácter de su pueblo escogido. Él desea que ellos representen su carácter ante el mundo. En la obra de la redención, en los sufrimientos que Cristo fue llamado a padecer, usted ha de cooperar con él, para poder estar completo en él. Al estar unido a él por la fe, creyendo y recibéndolo, usted llega ser parte de él. El carácter suyo es la gloria de él revelada en usted" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de noviembre, 1897).

## La perfección cristiana debe desarrollarse cultivando nuestras facultades

"La obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverlo a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevase a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objeto de la educación, el gran objeto de la vida" (Elena G. de White - La educación, pp. 15, 16).

"En la consecución de un carácter cristiano perfecto, es necesario el cultivo de la inteligencia, con el fin de que podamos comprender la revelación de la voluntad de Dios para nosotros. Esto no puede ser descuidado por quienes obedecen los mandamientos de Dios. En nuestras facultades intelectuales, contamos con el legado de Dios. Estas facultades no nos fueron dadas para el servicio propio, sino para el servicio de Dios; y han de ser tratadas como un poder superior, para regular las cosas del cuerpo. Se derivan de Dios, no se crearon a sí mismas, y deben ser consagradas a su trabajo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

"Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina" (Elena G. de White - HAP 40-41).

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. Mateo 5:48. Cuando Dios dio a su Hijo al mundo hizo posible para hombres y mujeres que fueran perfectos por el empleo de cada facultad de su ser para gloria de Dios. Les dio en Cristo las riquezas de su gracia, y un conocimiento de su voluntad. Al vaciarse de sí mismos y al aprender a andar en humildad, confiando en la dirección de Dios, los hombres serían capacitados para cumplir el elevado propósito de Dios para ellos.

La perfección del carácter se basa en lo que Cristo es para nosotros. Si dependemos constantemente de los méritos de nuestro Salvador, y seguimos en sus pisadas, seremos como él, puros e incontaminados.

Nuestro Salvador no requiere lo imposible de ninguna alma. No espera nada de sus discípulos para lo cual no esté dispuesto a darles gracia y fortaleza a fin de que puedan realizarlo. No les pediría que fueran perfectos, si junto con su orden no les concediera toda perfección de gracia a aquellos sobre los que confiere un privilegio tan elevado y santo...

Nuestra obra es esforzarnos para alcanzar, en nuestra esfera de acción, la perfección que Cristo en su vida terrenal alcanzó en cada aspecto del carácter. El es nuestro ejemplo. En todas las cosas, hemos de esforzarnos para honrar a Dios en carácter... Debemos depender completamente del poder que ha prometido darnos.

Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió.

Nuestro Salvador es un Salvador para la perfección del hombre en su totalidad. No es Dios sólo de una parte del ser. La gracia de Cristo obra para disciplinar toda la textura humana. El la hizo toda.

Él lo ha redimido todo. Ha hecho participante de la naturaleza divina a la mente, la energía, el cuerpo y el alma, y todos son su posesión adquirida. Hay que servirle con toda la mente, el corazón, el alma y las fuerzas. Entonces el Señor será glorificado en sus santos incluso en las cosas comunes y temporales con las que se relacionan. "Santidad al Señor" será la inscripción colocada sobre ellos" (Elena G. de White - Dios nos cuida 241-242).

Sergio Gutiérrez lo expresa de una manera muy clara:

"La naturaleza del ser humano, consta de algunos elementos: 1) Facultades superiores (razón, conciencia y voluntad) y 2) Pasiones inferiores (apetitos, pasiones y propensiones).

La perfección consiste en poner bajo el dominio de las facultades superiores vivificadas, las pasiones inferiores. Cuando las facultades superiores han sido renovadas por el poder del Espíritu Santo y estas toman el control de las pasiones inferiores, no pecamos, sin olvidar que esto no significa carne santificada (Sergio Gutiérrez – La perfección cristiana 15).

"No todos los miembros de la iglesia están cultivando la piedad personal; por lo tanto, no comprenden su responsabilidad personal. No comprenden que es su privilegio y su deber alcanzar la alta norma de la perfección cristiana... ¿Estamos esperando la lluvia tardía, aguardando confiadamente un día mejor en que la iglesia ha de ser dotada con poder de lo alto y habilitada así para la obra? La lluvia tardía nunca refrigerará y vigorizará a los indolentes que no usen las facultades que Dios les ha concedido" (Elena G. de White - MSV76 210.4).

### **La perfección cristiana debe desarrollarse crucificando el yo**

"Enoc caminó con Dios por trescientos años antes de su traslación al cielo, y el estado del mundo no era entonces más favorable para la perfección del carácter cristiano que lo que es ahora. ¿Y cómo caminó Enoc con Dios? Educó su mente y corazón para sentir siempre que estaba en la presencia de Dios, y cuando se encontraba en perplejidad, sus oraciones ascendían para que Dios lo guardase... Así se mantuvo constantemente eligiendo su camino y su curso de acción en armonía con los mandamientos de Dios, y tenía perfecta seguridad y confianza en que su Padre celestial lo ayudaría. No tenía un pensamiento ni una voluntad propia. Todo estaba sumergido en la voluntad de su Padre. Enoc fue un representante de aquellos que estarán sobre la tierra cuando Cristo venga, que serán trasladados al cielo sin ver muerte... No se dejó contaminar por los pecados prevalecientes de la época en que vivió. De la misma manera podemos nosotros permanecer puros e incorruptos" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 72-73).

"Es imposible que los que complacen los apetitos puedan alcanzar la perfección cristiana. No podéis despertar las sensibilidades morales de vuestros hijos mientras no ejercéis cuidado en la selección de su alimento" (Elena G. de White - Consejos sobre la salud 583).

"Los que sirven a Dios deberían apuntar a la perfección. Los hábitos incorrectos deben ser vencidos. Los hábitos correctos deben ser formados. Bajo la disciplina del mayor Maestro que el mundo ha conocido alguna vez, los cristianos deben avanzar hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección. Este es la orden de Dios, y nadie debería decir: no puedo hacerlo. En cambio, debería decir: 'Dios requiere que yo sea perfecto, y él me dará la fuerza para vencer todo lo que se interponga en el camino de la perfección'. Él es la fuente de toda sabiduría, de todo poder... El mundo ha establecido una norma para satisfacer las inclinaciones de los corazones no santificados, pero esta no es la norma de los que aman a Cristo. El Redentor los ha elegido del mundo, y les ha fijado su vida libre de pecado como norma. Los quiere elevar sobre toda

nimiedad de palabra o acción... La victoria significa mucho más de lo que suponemos. Significa resistir al enemigo y aferrarnos a Dios. Significa tomar la cruz y seguir a Cristo, haciendo alegremente aquellas cosas que son contrarias a la inclinación natural. Cristo vino del cielo para mostrarnos cómo vivir una vida de sacrificio. En su fuerza hemos de ganar la perfección. Él ha hecho todo lo posible para que lo logremos, y cuando venga por segunda vez, nos preguntará por qué no hemos realizado su objetivo para nosotros. Día tras día, hora tras hora, nos estamos preparando para el juicio, decidiendo nuestro destino eterno... Ningún compromiso con el pecado podrá ser aceptado alguna vez por un Dios puro y santo. Ninguna conversión es genuina si no cambia radicalmente el corazón, el carácter, cada línea de conducta... Esta vida presente es solo nuestra escuela de formación. Aquí debemos ser purificados para que en la venida de Cristo podemos ser sin mancha ni arruga ni cosa semejante, preparados para recibir la herencia de los santos en luz" (Elena G. de White - Signs of the Times, 17 de julio, 1901).

"Todo lo que hay de bueno en hombres y mujeres es el fruto de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu nos enseña a revelar rectitud en nuestras vidas. La obra máxima que se puede hacer en nuestro mundo es glorificar a Dios viviendo el carácter de Cristo. Dios hará perfectos solo a los que mueran al yo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1109).

"Jesús quiere que seáis felices, pero no podéis serlo si seguís vuestro propio camino, y los impulsos de vuestro corazón... Nuestras nociones, nuestras peculiaridades, son enteramente humanas, y no debe dejarse que predominen sobre nosotros. El yo debe ser crucificado, no una vez u otra, sino diariamente, y lo físico, mental y espiritual debe subordinarse a la voluntad de Dios. La gloria de Dios, la perfección del carácter cristiano, debe ser el blanco y el propósito de nuestra vida. Los seguidores de Cristo deben imitarlo en su disposición... El lema es *como Cristo*, no como vuestro padre o vuestra madre, sino como Jesucristo, ocultos en Cristo, vestidos de la justicia de Cristo, imbuidos con el espíritu de Cristo" (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 31 - 1882).

"Cristo conoce la fuerza de las tentaciones y el poder de ustedes para resistir. Su mano está siempre tendida con compasiva ternura hacia cada criatura que sufre. Dice a los tentados y desanimados: Hijo por quien he sufrido y muerto, ¿no puedes tener confianza en mí? "Como tus días serán tus fuerzas". Deuteronomio 33:25... No se puede describir con palabras el gozo y la paz del que acepta al pie de la letra lo que Dios dice. Las pruebas no lo perturban, los desaires no lo afectan. Ha crucificado al yo. Día tras día pueden hacerse sus deberes más abrumadores, sus tentaciones más fuertes, sus pruebas más severas; pero no vacila, pues recibe fuerza igual a su necesidad... Cristo no nos ha dado la seguridad de que sea asunto fácil lograr la perfección del carácter. Un carácter noble, completo, no se hereda. No lo recibimos accidentalmente. Un carácter noble se obtiene mediante esfuerzos individuales, realizados por los méritos y la gracia de Cristo. Dios da los talentos, las facultades mentales; nosotros formamos el carácter. Lo desarrollamos sosteniendo rudas y severas batallas contra el yo. Hay que sostener conflicto tras conflicto contra las tendencias hereditarias. Tendremos que criticarnos a nosotros mismos severamente, y no permitir que quede sin corregir un solo rasgo desfavorable" (Elena G. de White - SSJ 354.4).

"La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

## La perfección cristiana comienza con el nuevo nacimiento

“El evangelio es para todos, y uniré a la iglesia a hombres y a mujeres que son diferentes en preparación, en carácter y en disposición. Entre ellos habrá algunos que son naturalmente negligentes, que creen que la autoridad es orgullo y que no es tan necesario ser exigentes. Dios no descenderá hasta sus bajas normas. Les ha dado un tiempo de prueba y las direcciones necesarias en su Palabra, y requiere que sean transformados, que perfeccionen caracteres santos. Cada uno que se convierta del pecado a la justicia, del error a la verdad, ejemplificará en palabras y actos el poder santificador de la verdad” (Elena G. de White - SSJ 355.2).

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1Juan 3:9).

“Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar “al estado de hombre perfecto;” crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” El apóstol San Pablo dice: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3:13, 14. Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: “Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca - 2 Pedro 1:5-10 (VM)” (Elena G. de White - CS 523-524).

“Dios les ofreció, en su Hijo, la justicia perfecta de la ley. Si querían abrir sus corazones para recibir plenamente a Cristo, entonces la vida misma de Dios, su amor, moraría en ellos, transformándolos a su semejanza; así, por el don generoso de Dios, poseerían la justicia exigida por la ley... en sí mismos una reproducción del carácter de Cristo” (Elena G. de White - DMJ, 50-51).

“Es obra de la conversión y de la santificación reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos de acuerdo con los principios de su ley. Al principio el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado le separó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la ley de Dios. “La intención de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.” Romanos 8:7. Mas “de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito,” para que el hombre fuese reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía entre el hombre y su Creador. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según expuso Jesús, nadie “puede ver el reino de Dios” (Elena G. de White - CS 520-521).

“La ley revela al hombre sus pecados, pero no dispone ningún remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Sólo el Evangelio de Cristo puede librarle de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene “remisión de los pecados cometidos anteriormente,” y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios, pues ha recibido el espíritu de adopción, por el cual exclama: “¡Abba, Padre!”

¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley.” “Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?” Y San Juan dice también: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces “la justicia que requiere la ley” se cumplirá “en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.” Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será “¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97” (Elena G. de White - CS 521-522).

### **La perfección cristiana debe desarrollarse mediante pruebas**

"Él probó la copa de las penas humanas, él fue afligido con todas nuestras aflicciones, él fue perfeccionado por el sufrimiento, tentado en todo como es tentada la humanidad, para poder socorrer a aquellos que están en tentación" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de marzo, 1896).

"El Capitán de nuestra salvación fue perfeccionado mediante sufrimientos. Su alma fue convertida en una ofrenda por el pecado. Fue necesario que una terrible oscuridad envolviera su alma debido a que le fueron retirados el amor y el favor del Padre, porque ocupaba el lugar del pecador, y cada pecador debe experimentar esa oscuridad. El justo tuvo que sufrir la condenación y la ira de Dios no como si fuera un castigo, pues el corazón de Dios sufrió con intensísimo dolor cuando su Hijo -sin pecado alguno- estaba sufriendo el castigo del pecado. Esta separación de los poderes divinos nunca más volverá a ocurrir en todos los siglos venideros" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, pp. 935, 936).

"El Capitán de nuestra salvación fue hecho perfecto por medio del sufrimiento. En esta vida seremos probados para ver si somos capaces o no de soportar la prueba de Dios. Él probó a los israelitas, para que se manifestara lo que había en sus corazones. El carácter de Pablo fue perfeccionado por medio de la prueba. Dios prueba hoy la fe de cada alma que dice estar a su servicio. Cuando enfrentamos pruebas, podemos saber que así Dios se esfuerza por inducirnos a conocerlo y colocar nuestra confianza en él" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de abril, 1900; parcialmente en Recibiréis poder, p. 372).

"Ninguna ciencia equivale a la que desarrolla el carácter de Dios en la vida del estudiante. Los que llegan a ser discípulos de Cristo encuentran que se les proporcionan nuevos motivos de acción y que adquieren nuevos pensamientos, de los que deben resultar nuevas acciones. Pero los tales pueden progresar únicamente por medio de conflictos; porque hay un enemigo que contiene siempre contra ellos, presentándoles tentaciones que hacen que el alma dude y peque. Hay tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, que deben ser vencidas. El apetito y la pasión han de ser puestos bajo el dominio del Espíritu Santo.

No tiene término la lucha de este lado de la eternidad. Pero aunque hay que sostener batallas constantes, también hay preciosas victorias que ganar; y el triunfo sobre el yo y el pecado es de más valor de lo que la mente puede estimar" (Elena G. de White - Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 21; 20 1913 - MCP 6).

“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:2-4).

“La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección. Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre, quien debe obtener su poder de Dios. Por un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos, y por el otro, debilidad, perversidad, impotencia absoluta.

Dios desea que tengamos dominio sobre nosotros mismos, pero no puede ayudarnos sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra por medio de los poderes y facultades otorgados al hombre. Por naturaleza, no estamos capacitados para armonizar nuestros propósitos, deseos e inclinaciones con la voluntad de Dios; pero si tenemos el deseo de que Dios cree en nosotros la voluntad, el Salvador lo efectuará por nosotros, “destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo.” 2 Corintios 10:5.

El que desea adquirir un carácter fuerte y armónico, el que desea ser un cristiano equilibrado, debe dar todo y hacer todo por Cristo; porque el Redentor no aceptará un servicio a medias. Diariamente debe aprender el significado de la entrega propia. Debe estudiar la Palabra de Dios, aprendiendo su significado y obedeciendo sus preceptos. Así puede alcanzar la norma de la excelencia cristiana: día tras día Dios trabaja con él, perfeccionando el carácter que resistirá el tiempo de la prueba final; y día tras día el creyente está efectuando ante hombres y ángeles un experimento sublime, el cual demuestra lo que el Evangelio puede hacer en favor de los seres humanos caídos” (Elena G. de White - HAP 384-385).

“Tendrán pruebas. De ese modo pule el Señor la tosquedad del carácter. No murmuren. Con las quejas hacen más dura la prueba. Honren a Dios con una sumisión alegre. Soporten pacientemente la presión. Aunque sean perjudicados, mantengan el amor de Dios en el corazón... Cristo conoce la fuerza de las tentaciones y el poder de ustedes para resistir. Su mano está siempre tendida con compasiva ternura hacia cada criatura que sufre. Dice a los tentados y desanimados: Hijo por quien he sufrido y muerto, ¿no puedes tener confianza en mí? “Como tus días serán tus fuerzas”. Deuteronomio 33:25... No se puede describir con palabras el gozo y la paz del que acepta al pie de la letra lo que Dios dice. Las pruebas no lo perturban, los desaires no lo afectan. Ha crucificado al yo. Día tras día pueden hacerse sus deberes más abrumadores, sus tentaciones más fuertes, sus pruebas más severas; pero no vacila, pues recibe fuerza igual a su necesidad... Cristo no nos ha dado la seguridad de que sea asunto fácil lograr la perfección del carácter. Un carácter noble, completo, no se hereda. No lo recibimos accidentalmente. Un carácter noble se obtiene mediante esfuerzos individuales, realizados por los méritos y la gracia de Cristo. Dios da los talentos, las facultades mentales; nosotros formamos el carácter. Lo desarrollamos sosteniendo rudas y severas batallas contra el yo. Hay que sostener conflicto tras conflicto contra las tendencias hereditarias. Tendremos que criticarnos a nosotros mismos severamente, y no permitir que quede sin corregir un solo rasgo desfavorable.

Nadie diga: No puedo remediar mis defectos de carácter. Si llegan a esa conclusión, dejarán ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en la propia voluntad. Si no quieren, no pueden vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no

santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios” (Elena G. de White - Mensajes para los Jóvenes, 95-97. SSJ 354.5).

### **La perfección cristiana debe desarrollarse estudiando y aplicando la palabra de Dios**

"La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

"Falsas teorías sobre la santificación, debidas a que no se hizo caso de la ley divina, o se la rechazó, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto a la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de que hallen tan general aceptación hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación." Y ruega así: "El mismo Dios de paz os santifique del todo." 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos:

Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad." Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: "Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad." Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: "Tu ley es la verdad." Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan." Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación" (Elena G. de White - CS 522-523).

"En su carta "a los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas," escrita mientras estaba preso en Roma, Pablo hace mención de su regocijo por la constancia de ellos en la fe, cuyas buenas nuevas le fueron traídas por Epafras, quien, escribió el apóstol, "nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. Por lo cual—continúa, — también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios: corroborados de toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria, para toda tolerancia y largura de ánimo con gozo."

De este modo Pablo expresó en palabras sus deseos para con los creyentes de Colosas. ¡Cuán elevado es el ideal que mantienen estas palabras ante el seguidor de Cristo! Muestran las maravillosas posibilidades de la vida cristiana y hacen bien claro que no hay límites para las bendiciones que los hijos de Dios pueden recibir. Creciendo constantemente en el conocimiento de Dios, podían ir de fortaleza en fortaleza, de altura en altura en la experiencia cristiana, hasta

que por “la potencia de su gloria,” llegasen a ser “aptos para participar de la suerte de los santos en luz” (Elena G. de White - HAP 375-376).

“Habiendo recibido la fe del Evangelio, la siguiente obra del creyente es añadir virtud a su carácter y así limpiar el corazón y preparar la mente para la recepción del conocimiento de Dios. Este conocimiento es el fundamento de toda verdadera educación y de todo verdadero servicio. Es la única real salvaguardia contra la tentación; y solamente eso puede hacerle a uno semejante a Dios en carácter. Por medio del conocimiento de Dios y de su Hijo Jesucristo, se imparten a los creyentes “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad.” Ningún buen don se niega al que sinceramente desea obtener la justicia de Dios.

Esta empero es la vida eterna—dijo Cristo, —que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado.” Juan 17:3. Y el profeta Jeremías declaró: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar; en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio, y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová.” Jeremías 9:23, 24. Difícilmente puede la mente humana entender la anchura, profundidad y altura de las realizaciones espirituales del que obtiene este conocimiento” (Elena G. de White - HAP 424).

“Ningún hombre, mujer o joven, podrá lograr la perfección cristiana si descuida el estudio de la palabra de Dios” (Elena G. de White - Consejos sobre la obra de la escuela sabática 17).

"La Palabra de Dios debiera ser nuestra consejera en toda dificultad, nuestra guía en todas las relaciones de la vida. En el corazón, el hogar, el lugar de negocios, los oráculos vivos de Dios deben reinar supremos. Cuando solos, cuando ningún ojo humano ve, ni oído humano escucha, la verdad ha de ser nuestra compañera. El alma siempre debiera estar sujeta a su control. Debiera estampar su divina impronta sobre cada pensamiento, palabra y acción. Para aquellos que obedecen, la Palabra de Dios es el árbol de la vida. Posee los elementos necesarios para la formación de un carácter perfecto, y nuestro destino por la eternidad depende del efecto que su enseñanza produzca en nosotros" (Elena G. de White – Signs of the Times, 3 de octubre, 1900).

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; <sup>15</sup>y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. <sup>16</sup>Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, <sup>17</sup>a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2Timoteo 3:14-17).

“En su Palabra, Dios comunicó a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter; nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa. “Toda la Escritura es inspirada por Dios; y es útil para enseñanza, para reprensión, para corrección, para instrucción en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, estando cumplidamente instruido para toda obra buena - 2 Timoteo 3:16, 17 (VM)” (Elena G. de White - CS 9).

“En sus esfuerzos por alcanzar el ideal de Dios, el cristiano no debería desesperarse de ningún empeño. A todos es prometida la perfección moral y espiritual por la gracia y el poder de Cristo. El es el origen del poder, la fuente de la vida. Nos lleva a su Palabra, y del árbol de la vida nos presenta hojas para la sanidad de las almas enfermas de pecado” (Elena G. de White - HAP 381).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

"Él (Jesús) no consentía con el pecado. Ni por un pensamiento cedía a la tentación. Lo mismo se puede dar con nosotros... Dios nos toma la mano de la fe, y la lleva a apoderarse firmemente de la divinidad de Cristo, a fin de que alcancemos la perfección de carácter. Y la manera como eso se realiza, Cristo nos la mostró. ¿Por qué medio venció en el conflicto contra Satanás? Por la Palabra de Dios. Únicamente por la Palabra pudo resistir a la tentación. 'Está escrito', decía" (Elena G. de White – DTG 123).

"Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí." No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás?—Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación.

"Escrito está," dijo. Y a nosotros "nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia." Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de "toda palabra que sale de la boca de Dios." Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. "En mi corazón he guardado tus dichos—dice el salmista, —para no pecar contra ti." "Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor" (Elena G. de White - DTG 98-99).

**La perfección cristiana puede desarrollarse mediante la oración**

“Un cristiano vivo es el que vive una vida de continua oración. ‘La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto’. La vida del cristiano es una vida progresiva. Avanza de fuerza en fuerza, de gracia en gracia, de gloria en gloria, recibiendo del cielo la luz que Cristo, a un costo infinito para sí mismo, hizo posible que el hombre obtenga” (Elena G. de White - Bible Echo and Signs of the Times, 1 de febrero, 1893).

“La oración es el medio ordenado por el cielo para tener éxito en el conflicto con el pecado y desarrollar el carácter cristiano. Las influencias divinas que vienen en respuesta a la oración de fe, efectuarán en el alma del suplicante todo lo que pide. Podemos pedir perdón del pecado, el Espíritu Santo, un temperamento semejante al de Cristo, sabiduría y poder para realizar su obra, o cualquier otro don que él ha prometido; y la promesa es: “Se os dará” (Elena G. de White - HAP 450-451).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

“Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina” (Elena G. de White - HAP 40-41).

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de

White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

“La oración es el medio ordenado por el cielo para tener éxito en el conflicto con el pecado y desarrollar el carácter cristiano. Las influencias divinas que vienen en respuesta a la oración de fe, efectuarán en el alma del suplicante todo lo que pide. Podemos pedir perdón del pecado, El Espíritu Santo, un temperamento semejante al de Cristo, sabiduría y poder para realizar su obra, o cualquier otro don que el haya prometido; y la promesa es: “se os dará” (Elena G. de White - HAP 450.3).

### **La perfección cristiana puede desarrollarse mediante la contemplación**

"El que busca la verdad comprende la perfección de los principios de la ley de Dios, al contemplar a Cristo con el propósito de ser como él, y se siente insatisfecho con todo lo que no sea la perfección... En cualquier momento puede esperarse una lucha, pues el tentador ve que está perdiendo a uno de sus súbditos. Debe librarse una batalla contra los atributos que Satanás ha estado perfeccionando para su propio uso. El instrumento humano ve contra qué tiene que luchar: un poder extraño opuesto a la idea de obtener la perfección que Cristo ofrece; pero con Cristo hay poder salvador que ganará para el agente humano la victoria en el conflicto. El Salvador lo fortalecerá y ayudará cuando suplique en busca de gracia y eficacia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1098).

"Por medio de su apóstol inspirado, Cristo nos ha presentado la medida del carácter que está imbuido del amor de Cristo. Hemos de llevar las huellas de Cristo, hemos de tener su semejanza. Se nos da este ejemplo para que podamos conocer las posibilidades, las alturas que podemos alcanzar en Cristo y mediante él. La norma que nos presenta es la perfección en él y mediante sus méritos podemos alcanzarla. Fallamos porque estamos contentos de mirar las cosas terrenales antes que las celestiales" (Elena G. de White - A fin de conocerle, p. 119).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha, por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída. Debemos meditar en las Escrituras, pensando con sobriedad y candidez en las cosas que se refieren a nuestra eterna salvación. La infinita misericordia y el amor de Jesús, el sacrificio hecho en nuestro favor, requieren la más seria y solemne reflexión. Debiéramos espaciarnos en el carácter de nuestro querido Redentor e Intercesor. Debemos tratar de comprender el significado del plan de salvación. Debemos meditar sobre la misión de Aquel que vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Al contemplar constantemente los temas celestiales, nuestra fe y amor se fortalecerán. Nuestras oraciones serán más y más aceptables para Dios, porque estarán más y más mezcladas con fe y amor. Serán más inteligentes y fervientes.

Cuando la mente está llena de este modo... el creyente en Cristo será capaz de sacar sus tesoros del almacén del corazón” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 19-20).

“Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia,

trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

"Andar en la luz significa ser decidido, pensar, ejercer fuerza de voluntad, en un ferviente intento de representar a Cristo en la dulzura de su carácter. Significa apartar toda lóbreguez. No debéis descansar satisfechos diciendo solamente: 'Soy un hijo de Dios'. ¿Estáis contemplando a Jesús, y al contemplarlo, os estáis transformando a su semejanza? Caminar en luz significa avanzar en el desarrollo de los dones espirituales. Pablo declaró: 'No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; pero... olvidando ciertamente lo que queda atrás', al contemplar constantemente el Modelo, me extendiendo 'a lo que esta adelante'. Caminar en la luz significa caminar 'rectamente', caminar 'en la ley de Jehová', caminar 'por fe', caminar 'en el Espíritu', caminar 'en tu verdad', caminar 'en amor', caminar 'en novedad de vida'. Esto es perfeccionar la santificación en temor de Dios" (Elena G. de White - Hijos e hijas de Dios, p. 202).

"Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

## Conclusión

Hemos aprendido que para alcanzar y desarrollar un carácter perfecto hemos de depender 100% de Dios, el es el autor y consumidor de nuestra fe. Sin el nada podemos hacer, somos totalmente inservibles.

Pero esto no quita que teniendo en cuenta esto último, existen condiciones para la salvación y el hombre debe cumplirlas estrictamente. Estas son las obras de la fe, que el mismo Dios obra en nuestro ser, pero solo si nuestra voluntad lo permita, respetando nuestro libre albedrío, esa es la mísera parte del hombre, sin mérito alguno.

Personalmente creo que yo que estas obras del hombre (entendidos como las que obra Dios en el hombre) son la evidencia para que Dios pueda conocer y que sus testigos puedan ver que el hombre realmente quiere tomar la mano de Dios y dejarse guiar por él.

Si tenemos que tomarnos de la mano de Dios para que él haga el resto, esto requiere aunque sea que estiremos nuestro brazo para asirnos de la mano del Creador, pero si no nos movemos, el brazo del Señor quedará “colgando” esperando ese gesto de buena voluntad, ese gesto que le diga al Señor: si quiero tomarme de tu mano y comenzar a caminar contigo.

Dios obra nuestra salvación y perfección, pero nosotros debemos responder a su labor cumpliendo las condiciones y demostrando que tenemos la voluntad de avanzar.

## Capítulo 12

### ¿PERFECCIÓN DE CARÁCTER AÚN EN PENSAMIENTOS?

***Versículo clave:*** “Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5).

En este capítulo nos preguntamos: ¿podemos vencer el pecado aún en nuestros pensamientos? ¿Los requerimientos de la ley serán tan abarcales que aún llegan hasta allí? Un detalle a tener en cuenta es que antes de cometer cualquier pecado “visible”, este comienza en nuestra mente y pensamientos, ¿pero y los que no se exteriorizan sino que quedan en deseos que dan vuelta por nuestras cabezas, o no realizamos por temor u otra cuestión?

Tenemos que aclarar y para eso los invito a ver mi estudio sobre la naturaleza del pecado, que una tentación, un mal pensamiento que aparece en nuestra mente por sí sólo no es pecado. Satanás puede acceder a nuestra mente colocando alguna cuestión que genere una tentación para que la consumemos como pecado, pero si resistimos con el poder de Dios, y ese pensamiento, esa tentación, es retirada de nuestra mente por nuestra voluntad alineada al Espíritu Santo, todo quedará en una tentación y no habremos consumado un pecado.

Veamos que tiene para decirnos el registro inspirado con respecto a este tema:

#### ¿Los requerimientos de la ley de Dios abarcan los pensamientos?

“Los pensamientos de los justos son rectitud; Mas los consejos de los impíos, engaño” (Proverbios 12:5).

"En el Sermón del Monte Cristo presentó ante sus discípulos los abarcales principios de la ley de Dios. Enseñó a sus oyentes que se quebranta la ley con los pensamientos antes de que el mal deseo se convierta en realidad. Estamos obligados a controlar nuestros pensamientos y a ponerlos en sujeción a la ley de Dios" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 3, p. 1163).

"El amor a Dios nunca debe inducirnos a empequeñecer el pecado; nunca debe encubrir ni excusar un mal inconfesado. Acán aprendió demasiado tarde que la ley de Dios, lo mismo que su Autor, es inmutable. Tiene que ver con todos nuestros actos, pensamientos y sentimientos. Nos sigue, y alcanza cada impulso secreto. Al abandonarse al pecado, los hombres llegan a considerar livianamente la ley de Dios. Muchos ocultan las transgresiones de sus semejantes, y se consuelan diciéndose que Dios no será estricto para señalar la iniquidad. Pero su ley es la gran norma de la rectitud, y con ella será comparado todo acto de la vida en ese día cuando Dios traerá toda obra a juicio, y todo acto secreto, sea bueno o malo. La pureza de corazón producirá pureza de vida. Todas las excusas a favor del pecado son vanas. ¿Quién podrá defender al pecador si Dios da testimonio contra él?" (Elena G. de White – Hijos e hijas de Dios 216).

“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:27-30).

“Jesús consideró los mandamientos por separado, y explicó la profundidad y anchura de sus requerimientos. En vez de quitarles una jota de su fuerza, demostró cuán abarcantes son sus principios y desenmascaró el error fatal de los judíos en su demostración exterior de obediencia. Declaró que por el mal pensamiento o la mirada concupiscente se quebranta la ley de Dios. El que toma parte en la menor injusticia está violando la ley y degradando su propia naturaleza moral. El homicidio existe primero en la mente. El que concede al odio un lugar en su corazón, está poniendo los pies en la senda del homicida, y sus ofrendas son aborrecibles para Dios” (Elena G. de White - DTG 276).

“Pablo se explayó especialmente en las abarcantes exigencias de la ley de Dios. Explicó que alcanza a los profundos secretos de la naturaleza moral del hombre y derrama un raudal de luz sobre lo que se ha ocultado de la vista y el conocimiento de los hombres. Lo que las manos pueden hacer o la lengua puede declarar, lo que la vida entera revela, no muestra sino imperfectamente el carácter moral del hombre. La ley discierne los pensamientos, motivos y propósitos. Las obscuras pasiones que yacen ocultas de la vista de los hombres, como el celo, el odio, la concupiscencia y la ambición, las malas acciones meditadas en las obscuras reconditeces del alma, aunque nunca se hayan realizado por falta de oportunidad: todo esto lo condena la ley de Dios” (Elena G. de White - HAP 338-339).

“Juan había de salir como mensajero de Jehová, para comunicar a los hombres la luz de Dios. Debía dar una nueva dirección a sus pensamientos. Debía hacerles sentir la santidad de los requerimientos de Dios, y su necesidad de la perfecta justicia divina. Un mensajero tal debía ser santo. Debía ser templo del Espíritu de Dios. A fin de cumplir su misión, debía tener una constitución física sana, y fuerza mental y espiritual. Por lo tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y pasiones. Debía poder dominar todas sus facultades, para poder permanecer entre los hombres tan inmovible frente a las circunstancias que le rodeasen como las rocas y montañas del desierto” (Elena G. de White - DTG 75).

“Wesley y sus compañeros fueron inducidos a reconocer que la religión verdadera tiene su asiento en el corazón y que la ley de Dios abarca los pensamientos lo mismo que las palabras y las obras. Convencidos de la necesidad de tener santidad en el corazón, así como de conducirse correctamente, decidieron seriamente iniciar una vida nueva. Por medio de esfuerzos diligentes acompañados de fervientes oraciones, se empeñaban en vencer las malas inclinaciones del corazón natural. Llevaban una vida de abnegación, de amor y de humillación, y observaban rigurosamente todo aquello que a su parecer podría ayudarles a alcanzar lo que más deseaban: una santidad que pudiese asegurarles el favor de Dios. Pero no lograban lo que buscaban. Vanos eran sus esfuerzos para librarse de la condenación del pecado y para quebrantar su poder. Era la misma lucha que había tenido que sostener Lutero en su celda del convento en Erfurt. Era la misma pregunta que le había atormentado el alma: “¿Cómo puede el hombre ser justo para con Dios? - Job 9:2” (VM) (Elena G. de White - CS 296-297).

“La ley de Jehová es sumamente amplia. Jesús... declaró llanamente a sus discípulos que la santa ley de Dios podía ser violada aun por los sentimientos, los pensamientos y los deseos, tanto como por las obras y las palabras. El corazón que ama a Dios sobre todas las cosas, de ninguna manera se sentirá inclinado a estrechar sus preceptos hasta concederles un derecho mínimo, pero, el alma obediente y leal alegremente le rendirá una plena obediencia espiritual cuando la ley sea vista en su poder espiritual. Entonces, los mandamientos se posesionarán del alma con toda su verdadera fuerza. El pecado aparecerá sumamente pecaminoso... Ya no habrá más justicia propia, estima propia, honor propio. La seguridad propia habrá desaparecido. El resultado será una profunda

convicción de pecado y aversión hacia sí mismo, y entonces el alma, comprendiendo el peligro que corre, se aferrará de la sangre del Cordero de Dios como su único remedio..." (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 142 - 1888 - MCP tomo 1 - 33).

"En los preceptos de su santa ley, Dios ha dado una perfecta norma de vida; y ha declarado que hasta el fin del tiempo esa ley, sin sufrir cambio en una sola jota o tilde, mantendrá sus demandas sobre los seres humanos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable. Mostró que está basada sobre el anchuroso fundamento del amor a Dios y a los hombres, y que la obediencia a sus preceptos comprende todos los deberes del hombre. En su propia vida, Cristo dio un ejemplo de obediencia a la ley de Dios. En el sermón del monte mostró cómo sus requerimientos se extienden más allá de sus acciones externas y abarca los pensamientos e intentos del corazón.

La ley, obedecida, guía a los hombres a renunciar "a la impiedad y a los deseos mundanos" y a vivir "en este siglo templada, y justa, y píamente." Tito 2:12...

Con el desprecio creciente hacia la ley de Dios, existe una marcada aversión a la religión, un aumento de orgullo, amor a los placeres, desobediencia a los padres e indulgencia propia; y dondequiera se preguntan ansiosamente los pensadores: ¿Qué puede hacerse para corregir esos males alarmantes? La respuesta la hallamos en la exhortación de Pablo a Timoteo: "Predica la Palabra." En la Biblia encontramos los únicos principios seguros de acción. Es la transcripción de la voluntad de Dios, la expresión de la sabiduría divina. Abre a la comprensión de los hombres los grandes problemas de la vida; y para todo el que tiene en cuenta sus preceptos, resultará un guía infalible que le guardará de consumir su vida en esfuerzos mal dirigidos. Dios ha hecho conocer su voluntad, y es insensato para el hombre poner en tela de juicio lo que han proferido sus labios. Después que la Infinita Sabiduría habló, no puede existir una sola cuestión en duda que el hombre haya de aclarar, ninguna posibilidad de vacilar que corregir. Todo lo que el Señor requiere de él es un sincero y fervoroso acatamiento de su expresa voluntad. La obediencia es el mayor dictado de la razón, tanto como de la conciencia" (Elena G. de White - HAP 402-403).

"Si la ley alcanzase apenas la conducta exterior, los hombres no serían culpados por sus pensamientos, deseos y designios injustos. Pero la ley requiere que la propia alma sea pura y la mente santa, que los pensamientos y sentimientos estén de acuerdo con el patrón de amor y justicia" (Elena G. de White - Review and Herald, 5 de Abril de 1898).

"Si abrigáramos habitualmente la idea de que Dios ve y oye todo lo que hacemos y decimos, y que conserva un fiel registro de nuestras palabras y acciones, a las que deberemos hacer frente en el día final, temeríamos pecar. Recuerden siempre los jóvenes que dondequiera que estén, y no importa lo que hagan, están en la presencia de Dios. Ninguna parte de nuestra conducta escapa a su observación. No podemos esconder nuestros caminos al Altísimo. Las leyes humanas, aunque algunas veces son severas, a menudo se violan sin que tal cosa se descubra; y por lo tanto, las transgresiones quedan sin castigo. Pero no sucede así con la ley de Dios. La más profunda medianoche no es cortina para el culpable. Puede creer que está solo; pero para cada acto hay un testigo invisible. Los motivos mismos del corazón están abiertos a la divina inspección. Todo acto, toda palabra, todo pensamiento están tan exactamente anotados como si hubiera una sola persona en todo el mundo, y como si la atención del Cielo estuviera concentrada sobre ella" (Elena de White - PP 217).

### **Jesús y los pensamientos**

"El no consintió en pecar. Ni siquiera en un pensamiento cedió a la tentación. Así puede ser en nuestro caso" (Elena G. de White - RJ 300 / DTG 98).

“Él (Jesús) no consentía con el pecado. Ni por un pensamiento cedía a la tentación. Lo mismo se puede dar con nosotros... Dios nos toma la mano de la fe, y la lleva a apoderarse firmemente de la divinidad de Cristo, a fin de que alcancemos la perfección de carácter. Y la manera como eso se realiza, Cristo nos la mostró. ¿Por qué medio venció en el conflicto contra Satanás? Por la Palabra de Dios. Únicamente por la Palabra pudo resistir a la tentación. ‘Está escrito’, decía” (Elena G. de White – DTG 123).

“Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús; —mas no tiene nada en mí.” No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección (Elena G. de White - DTG 98-100).

"Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: 'Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí' (Juan 14:30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia.

En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino" (Elena G. de White – CS 680, 681).

### **¿Cómo pueden cambiar nuestros pensamientos naturalmente malos?**

“La obra especial de Satanás en estos últimos días consiste en tomar posesión de las mentes de los jóvenes, para corromper sus pensamientos e inflamar sus pasiones. Todos son agentes morales libres, y como tales deben hacer que sus pensamientos vayan en la dirección debida...” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 339 / MCP tomo 1 - 21).

"Hay pensamientos y sentimientos sugeridos y fomentados por Satanás que molestan aun a los mejores hombres; pero si no se los alberga, si se los rechaza por odiosos, el alma no se contamina con la culpa y nadie recibe la mancha de su influencia. ¡Oh, si cada uno de nosotros fuera un sabor de vida para vida para los que nos rodean!" (Elena G. de White – MCP tomo 2 447).

“La obra de apostasía comienza con alguna rebelión secreta del corazón contra los requerimientos de la ley de Dios. Se fomentan y complacen deseos impíos y ambiciones ilícitas y, como resultado,

la incredulidad y las tinieblas separan al alma de Dios. Si no vencemos estos males, ellos nos vencerán... La complacencia del orgullo espiritual, de los deseos profanos, de los pensamientos concupiscentes, de cualquier cosa que nos aleje de una asociación íntima y santa con Jesús, pone en peligro nuestra alma.

Debemos pelear “la buena batalla de la fe”, si queremos echar “mano de la vida eterna”. 1 Timoteo 6:12. Debemos ser “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación”. 1 Pedro 1:5. Si el pensamiento de la apostasía os resulta opresivo... “aborreced lo malo, seguid lo bueno”. Romanos 12:9” (Elena G. de White - La maravillosa gracia de Dios pág. 333-334).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha, por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída. Debemos meditar en las Escrituras, pensando con sobriedad y candidez en las cosas que se refieren a nuestra eterna salvación. La infinita misericordia y el amor de Jesús, el sacrificio hecho en nuestro favor, requieren la más seria y solemne reflexión. Debiéramos espaciarnos en el carácter de nuestro querido Redentor e Intercesor. Debemos tratar de comprender el significado del plan de salvación. Debemos meditar sobre la misión de Aquel que vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Al contemplar constantemente los temas celestiales, nuestra fe y amor se fortalecerán. Nuestras oraciones serán más y más aceptables para Dios, porque estarán más y más mezcladas con fe y amor. Serán más inteligentes y fervientes.

Cuando la mente está llena de este modo... el creyente en Cristo será capaz de sacar sus tesoros del almacén del corazón” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 19-20).

"Las pasiones inferiores tienen su sede en el cuerpo y obran por su medio. Las palabras 'carne', 'carnal', o' concupiscencias carnales' abarcan la naturaleza inferior y corrupta; por sí misma la carne no puede obrar contra la voluntad de Dios. Se nos ordena que crucifiquemos la carne, con los afectos y las concupiscencias.

¿Cómo lo haremos? ¿Infligiremos dolor al cuerpo? No, pero daremos muerte a la tentación a pecar. Debe expulsarse el pensamiento corrompido. Todo intento debe someterse al cautiverio de Jesucristo. Todas las propensiones animales deben sujetarse a las facultades superiores del alma" (Elena G. de White – MCP tomo1, p. 242).

“Debemos sentir siempre el poder ennoblecedor de los pensamientos puros. La única seguridad para el alma consiste en pensar bien, pues acerca del hombre se nos dice: 'Cual es su pensamiento en su alma, tal es él '(Proverbios23:7). El poder del dominio propio se acrecienta con el ejercicio. Lo que al principio parece difícil, se vuelve fácil con la práctica, hasta que los buenos pensamientos y acciones llegan a ser habituales. Si queremos podemos apartarnos de todo lo vulgar y degradante y elevarnos hasta un alto nivel donde gozaremos del respeto de los hombres y del amor de Dios" (Elena G. de White – Ministerio de curación 392).

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

"La verdad debe santificar a todo el hombre: su mente, sus pensamientos, su corazón, sus

energías. Sus facultades vitales no deben consumirse en prácticas concupiscentes. Estas deben ser vencidas, o lo vencerán a él... Santificación, ¿Cuántos entienden su significado pleno? La mente está nublada por la malaria sensual. Los pensamientos necesitan purificación. ¡Qué no podrían haber sido los hombres y las mujeres si hubieran comprendido que la manera en que se trata el cuerpo es de vital importancia para el vigor y la pureza de la mente y del corazón!

El verdadero cristiano participa de experiencias que producen santificación. No hay ninguna mancha de culpa en su conciencia, ninguna mancha de corrupción en su alma. La espiritualidad de la ley de Dios con sus principios restrictivos, penetra en su vida. La luz de la verdad irradia en su entendimiento. Un resplandor de perfecto amor por el Redentor despeja el miasma que se ha interpuesto entre su alma y Dios. La voluntad de Dios se ha convertido en su voluntad: pura, elevada, refinada y santificada. Su rostro revela la luz del cielo. Su cuerpo es un templo adecuado para el Espíritu Santo. La santidad adorna su carácter. Dios puede tener comunión con él, pues su cuerpo y su alma están en armonía con Dios" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 921).

"Aprenda la juventud a hacer de la Palabra de Dios el alimento de su mente y alma. Hágase de la cruz de Cristo la ciencia de toda educación, el centro de toda enseñanza y estudio. Entre en la experiencia diaria de la vida práctica. Así el Salvador vendrá a ser para el joven, su compañero y amigo de cada día. Todo pensamiento será llevado cautivo a la obediencia de Cristo" (Elena G. de White – El ministerio de curación 365).

"Padres, vosotros sois los que decidís si la mente de vuestros hijos se ha de llenar de pensamientos ennoblecedores, o de sentimientos viciosos. No podéis mantener sin ocupación sus mentes activas, ni ahuyentar el mal con el ceño. Únicamente inculcando los debidos principios podéis destruir los malos pensamientos. El enemigo sembrará cizaña en los corazones de los hijos a menos que los padres siembren en ellos las semillas de la verdad. Las instrucciones buenas y sanas son el único preventivo contra las compañías malas que corrompen los buenos modales. La verdad protegerá al alma de las tentaciones sin fin que habrá de arrostrar" (Elena G. de White - Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 116; 93, 94 1913 / MCP tomo 1 - 15).

"Así como un buen árbol dará buenos frutos, así el árbol que es realmente plantado en el huerto del Señor producirá buenos frutos para vida eterna. Los pecados que nos rodean son vencidos; no se permiten en la mente malos pensamientos; los malos hábitos son eliminados del templo del alma. Las tendencias que se han torcido en una dirección equivocada, vuelven a encaminarse por el sendero correcto. Se cambian las disposiciones y sentimientos equivocados; se reciben nuevos principios de acción y hay una nueva norma de carácter. Disposiciones santas y emociones santificadas son el fruto que da ahora el árbol cristiano. Se ha efectuado una transformación completa. Esta es la obra que debe realizarse" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1079, 1080).

"Ninguna ciencia equivale a la que desarrolla el carácter de Dios en la vida del estudiante. Los que llegan a ser discípulos de Cristo encuentran que se les proporcionan nuevos motivos de acción y que adquieren nuevos pensamientos, de los que deben resultar nuevas acciones. Pero los tales pueden progresar únicamente por medio de conflictos; porque hay un enemigo que contiene siempre contra ellos, presentándoles tentaciones que hacen que el alma dude y peque. Hay tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, que deben ser vencidas. El apetito y la pasión han de ser puestos bajo el dominio del Espíritu Santo.

No tiene término la lucha de este lado de la eternidad. Pero aunque hay que sostener batallas constantes, también hay preciosas victorias que ganar; y el triunfo sobre el yo y el pecado es de

más valor de lo que la mente puede estimar” (Elena G. de White - Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 21; 20 1913 - MCP 6).

“Aun cuando pueda existir una atmósfera manchada y corrupta a nuestro alrededor, no necesitamos aspirar su miasma, sino que podemos vivir en la atmósfera pura del cielo. Podemos cerrar todas las puertas a las imaginaciones impuras y a los pensamientos no santificados, llevando el alma a la presencia de Dios a través de una sincera oración” (Elena G. de White - 2ST:340).

“Por medio del cultivo de los principios de justicia el hombre puede ganar la victoria sobre la predisposición al pecado. Si obedece la ley de Dios, sus sentidos no estarán distorsionados y deformados; sus facultades ya no serán pervertidas y desperdiciadas al ejercitarse en objetos que pueden alejarlo de Dios. Por medio de la gracia otorgada por el Cielo, las palabras, los pensamientos y las energías pueden ser purificados; se puede formar un carácter nuevo, y se puede vencer la degradación del pecado” (Elena G. de White - Manuscrito 60, 1905 - MCP tomo 1 - 31).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová" (Elena G. de White - PVGM253, 254).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo, —y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (Elena G. de White - HAP 450).

“Podemos recibir la luz del cielo únicamente en la medida en que estamos dispuestos a ser despojados del yo. No podemos discernir el carácter de Dios, ni aceptar a Cristo por la fe, a menos que consintamos en sujetar todo pensamiento a la obediencia de Cristo. El Espíritu Santo se da sin medida a todos los que hacen esto. En Cristo “reside toda la plenitud de la Deidad corporalmente; y vosotros estáis completos en él” (Elena G. de White - DTG 152).

*(Contexto de la muerte de Pablo)* “Su suficiencia no estaba en él mismo, sino en la presencia e influencia del Espíritu divino que llenaba su alma y sometía todo pensamiento a la voluntad de Cristo. El profeta declara: “Tú le guardarás en completa paz, cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti se ha confiado.” Isaías 26:3. La paz celestial manifestada en el rostro de Pablo ganó a muchas personas para el Evangelio” (Elena G. de White - HAP 407).

“Hoy son demasiados los que ignoran tanto como los creyentes de Éfeso la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad se enseña más claramente en la Palabra de Dios. Los profetas y apóstoles se han explayado en este tema. Cristo mismo nos llama la atención al crecimiento del mundo vegetal como una ilustración de la operación de su Espíritu en el sostenimiento de la vida espiritual. La savia de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunde por las ramas, y provee al crecimiento y a la producción de flores y fruto. Así el poder vivificador del

Espíritu Santo, que procede del Salvador, llena el alma, renueva los motivos y afectos, y pone hasta los pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios, capacitando al que lo recibe para llevar los preciosos frutos de acciones santas” (Elena G. de White - HAP 230).

“El reino de los cielos es como la levadura, que una mujer toma y esconde en tres medidas de harina, hasta que el todo queda leudado. Por esta parábola, Cristo busca ilustrar la obra del Espíritu Santo sobre el corazón humano. El proceso por el cual la levadura cambia la harina en la que se introdujo es invisible, pero sigue obrando hasta que la harina se convierte en pan. Así, la levadura de la verdad, al obrar interiormente, produce un cambio completo en el corazón humano. Las inclinaciones naturales son suavizadas y sometidas. Se implantan nuevos pensamientos, nuevos sentimientos y nuevos motivos. Pero aunque cada facultad se regenera, el hombre no pierde su identidad. No se proporcionan facultades nuevas al individuo, sino que se opera un cambio total en el empleo de ellas. El corazón es purificado de toda impureza y se otorgan rasgos de carácter al hombre que lo capacitan para servir al Señor” (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de octubre 1896).

“Cuando Cristo habita en tu corazón por la fe, esta rica experiencia será tuya. Entonces sabrás que el amor está fluyendo en tu corazón, suavizando cada afecto y cada pensamiento, y trayéndolos a la cautividad de Cristo. No puedes explicarlo; el lenguaje humano nunca podrá explicar cómo el amor de Cristo puede tomar posesión del alma, y conducir cautivo todo poder de la mente. Pero lo sabrás a través de una experiencia personal” (Elena G. de White - 2RH 552).

“Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5).

“Es ahora que debemos rendirnos a la poderosa atracción de Cristo, e ir a Él tal como estamos. Él va a continuar atrayéndonos a medida que nos acercamos, hasta que todo pensamiento sea traído a Su cautividad” (Elena G. de White - 2ST 479).

“A través de Cristo podemos y debemos ser felices, y debemos adquirir hábitos de autocontrol. Aun los pensamientos deben ser traídos a sujeción de la voluntad de Dios, y los sentimientos bajo el control de la razón y de la religión. Nuestra imaginación no nos fue dada para que corriese alborotada y tenga su propio camino, sin ningún esfuerzo de restricción y de disciplina” (Elena G. de White - 1RH 515).

“En su propia fuerza el hombre no puede gobernar su espíritu. Pero a través de Cristo él puede obtener el autocontrol. En Su fuerza el hombre puede traer sus pensamientos y palabras a la sujeción de la voluntad de Dios. La religión de Cristo trae las emociones bajo el control de la razón, y disciplina la lengua. Bajo su influencia el temperamento precipitado es subyugado, el corazón es llenado con paciencia y amabilidad” (Elena G. de White - 5RH 368).

“Aun los pensamientos deben ser puestos en sujeción a la voluntad de Dios y los sentimientos bajo el control de la razón y la religión. No se nos dio nuestra imaginación para que le permitamos correr a rienda suelta y salirse con la suya, sin realizar ningún esfuerzo para restringirla y disciplinarla. Si los pensamientos son malos, los sentimientos serán malos; y los pensamientos y los sentimientos combinados forman el carácter moral (Elena G. de White – RH ,21 de Abril de 1885 / ELC 164).

“El hombre verdaderamente convertido traerá aun hasta sus pensamientos a la obediencia de la voluntad de Dios” (Elena G. de White - 4ST 68).

“Aun nuestros pensamientos deben ser traídos a la sujeción de Cristo” (Elena G. de White - 4ST 154).

“Hoy son demasiados los que ignoran tanto como los creyentes de Éfeso la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad se enseña más claramente en la Palabra de Dios. Los profetas y apóstoles se han explayado en este tema. Cristo mismo nos llama la atención al crecimiento del mundo vegetal como una ilustración de la operación de su Espíritu en el sostenimiento de la vida espiritual. La savia de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunde por las ramas, y provee al crecimiento y a la producción de flores y fruto. Así el poder vivificador del Espíritu Santo, que procede del Salvador, llena el alma, renueva los motivos y afectos, y pone hasta los pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios, capacitando al que lo recibe para llevar los preciosos frutos de acciones santas” (Elena G. de White - HAP 230).

## **Conclusión**

La ley es totalmente abarcante y llega aun hasta nuestros pensamientos, que en última instancia son lo que somos realmente, lo que llega a producir nuestro yo, nuestras facultades con relación a nuestras tendencias heredadas y cultivadas, ya sean buenas o malas, ya sea todas ellas en una relación con Dios o no, eso es lo que somos.

Entonces por más que no se vean pecados visibles, por más que sólo se noten exteriormente buenas obras, si estas son producto de nosotros sin una relación vital con Cristo, son pecado, porque están impregnadas del egoísmo que reemplazó al amor en la caída del hombre y que Adán pasó a toda su descendencia hasta el día de hoy.

Pero las buenas nuevas son que Cristo no pecó ni siquiera en pensamiento por su unión con el Padre, dejándonos ejemplo y poder para poder lograrlo también, ¡alabado sea nuestro Dios!

## Capítulo 13

### LOS QUE ALCANZARON LA PERFECCIÓN

**Versículo clave:** *“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2Crónicas 16:9).*

Los detractores de la doctrina de la perfección cristiana, como ella realmente es, repiten pedidos de evidencias de hombres perfectos en la actualidad.

Cristo fue hombre y fue perfecto. Él abrió la posibilidad de que se manifestaran hombres santos que vencieran con el poder de Dios.

Repasaremos la historia para ver si existieron hombres perfectos, e intentaremos descubrir si existen hoy en día y en el futuro.

#### **Dios tiene hombres perfectos en su pueblo**

*“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2Crónicas 16:9).*

"Dios nos habla también en su Palabra. En ella tenemos en líneas más claras la revelación de su carácter, de su trato con los hombres y de la gran obra de la redención. En ella se nos presenta la historia de los patriarcas y profetas y de otros hombres santos de la antigüedad. Ellos eran hombres sujetos a las mismas debilidades que nosotros' (Santiago 5:17). Vemos cómo lucharon entre descorazonamientos como los nuestros, cómo cayeron bajo tentaciones como hemos caído nosotros y, sin embargo, cobraron nuevo valor y vencieron por la gracia de Dios; y recordándolos, nos animamos en nuestra lucha por la justicia" (Elena G. de White – El camino a Cristo 87).

*“Los hombres a quienes Dios favoreció, y a quienes confió grandes responsabilidades, fueron a veces vencidos por la tentación y cometieron pecados, tal como nosotros hoy luchamos, vacilamos y frecuentemente caemos en el error. Sus vidas, con todos sus defectos y extravíos, están ante nosotros, para que nos sirvan de aliento y amonestación.*

*Si se los hubiera presentado como personas intachables, nosotros, con nuestra naturaleza pecaminosa, podríamos desesperar por nuestros errores y fracasos. Pero viendo cómo lucharon otros con desalientos como los nuestros, cómo cayeron en la tentación como nos ha ocurrido a nosotros, y cómo, sin embargo, se reanimaron y llegaron a triunfar mediante la gracia de Dios, nos sentimos alentados en nuestra lucha por la justicia. Así como ellos, aunque vencidos algunas veces, recuperaron lo perdido y fueron bendecidos por Dios, también nosotros podemos ser vencedores mediante el poder de Jesús. Por otro lado, la narración de sus vidas puede servirnos de amonestación. Muestra que de ninguna manera justifica Dios al culpable. Ve el pecado que haya en aquellos a quienes más favoreció, y lo castiga en ellos aun más severamente que en los que tienen menos luz y responsabilidad” (Elena G. de White - PP 242-243).*

*“A partir de Adán, unas pocas personas de cada generación, resistieron toda astucia y se mantuvieron como nobles representantes de lo que está en el poder del hombre hacer y ser: Cristo obrando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los correctos representantes de lo que la raza podría ser mediante la fe en Jesucristo, si eligiera serlo. Satanás se veía grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos se mantenían inmaculados en medio de la corrupción moral que los rodeaba,*

perfeccionando caracteres justos, y fueron contados dignos de ser trasladados al cielo” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 166).

### **Adán**

"Adán, arrepentido y convertido, fue un cristiano... El evangelio fue revelado a aquellos de previas dispensaciones por medio de tipos y símbolos. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder poseído por aquellos que miraban hacia Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de enero, 1898).

### **Abel**

"Abel fue un cristiano... El evangelio fue revelado a aquellos de previas dispensaciones por medio de tipos y símbolos. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder poseído por aquellos que miraban hacia Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de enero, 1898).

“La vida santa de Abel desmentía el aserto de Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios” (Elena G. de White - PP 55.1; PP.77.1).

### **Enoc**

"Enoc fue un cristiano... El evangelio fue revelado a aquellos de previas dispensaciones por medio de tipos y símbolos. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder poseído por aquellos que miraban hacia Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de enero, 1898).

“Las Escrituras dicen que Enoc tuvo un hijo a los sesenta y cinco años. Después anduvo con Dios durante trescientos años. En la primera parte de su vida, Enoc había amado y temido a Dios y guardado sus mandamientos. Perteneía al santo linaje, a los depositarios de la verdadera fe, a los progenitores de la simiente prometida. De labios de Adán había aprendido la triste historia de la caída y las gozosas nuevas de la gracia de Dios contenidas en la promesa; y confiaba en el Redentor que vendría. Pero después del nacimiento de su primer hijo, Enoc alcanzó una experiencia más elevada, fue atraído a más íntima relación con Dios. Comprendió más cabalmente sus propias obligaciones y responsabilidades como hijo de Dios. Cuando conoció el amor de su hijo hacia él, y la sencilla confianza del niño en su protección; cuando sintió la profunda y anhelante ternura de su corazón hacia su primogénito, aprendió la preciosa lección del maravilloso amor de Dios hacia el hombre manifestado en la dádiva de su Hijo, y la confianza que los hijos de Dios podían tener en el Padre celestial. El infinito e inescrutable amor de Dios, manifestado mediante Cristo, se convirtió en el tema de su meditación de día y de noche; y con todo el fervor de su alma trató de manifestar este amor a la gente entre la cual vivía.

El andar de Enoc con Dios no era en arrobamiento o en visión, sino en el cumplimiento de los deberes de su vida diaria. No se aisló de la gente convirtiéndose en ermitaño, pues tenía una obra que hacer para Dios en el mundo. En el seno de la familia y en sus relaciones con los hombres, ora como esposo o padre, ora como amigo o ciudadano, fue firme y constante siervo de Dios. Su corazón estaba en armonía con la voluntad de Dios; pues “¿andarán dos juntos, si no estuvieren de concierto?” Amós 3:3. Y este santo andar continuó durante trescientos años. Muchos cristianos serían más fervientes y devotos si supiesen que tienen sólo poco tiempo que vivir, o que la venida

de Cristo está por suceder. Pero en el caso de Enoc su fe se fortalecía y su amor se hacía más ardiente a medida que pasaban los siglos.

Enoc poseía una mente poderosa, bien cultivada, y profundos conocimientos. Dios le había honrado con revelaciones especiales; sin embargo, por el hecho de que estaba en continua comunión con el cielo, y reconocía constantemente la grandeza y perfección divinas, fue uno de los hombres más humildes. Cuanto más íntima era su unión con Dios, tanto más profundo era el sentido de su propia debilidad e imperfección.

Afligido por la maldad creciente de los impíos, y temiendo que la infidelidad de esos hombres pudiese aminorar su veneración hacia Dios, Enoc eludía el asociarse continuamente con ellos, y pasaba mucho tiempo en la soledad, dedicándose a la meditación y a la oración. Así esperaba ante el Señor, buscando un conocimiento más claro de su voluntad a fin de cumplirla. Para él la oración era el aliento del alma. Vivía en la misma atmósfera del cielo” (Elena G. de White - PP 71-73).

“Enoc se convirtió en el predicador de la justicia e hizo saber al pueblo lo que Dios le había revelado. Los que temían al Señor buscaban a este hombre santo, para compartir su instrucción y sus oraciones. También trabajó públicamente, dando los mensajes de Dios a todos los que querían oír las palabras de advertencia. Su obra no se limitaba a los descendientes de Set. En la tierra adonde Caín había tratado de huir de la divina presencia, el profeta de Dios dio a conocer las maravillosas escenas que había presenciado en visión. “He aquí—dijo, —el Señor es venido con sus santos millares, a hacer juicio contra todos, y a convencer a todos los impíos de entre ellos tocante a todas sus obras de impiedad que han hecho impiamente.” Judas 14, 15.

Enoc condenaba intrépidamente el pecado. Mientras predicaba el amor de Dios en Cristo a la gente de aquel entonces, y les rogaba que abandonaran sus malos caminos, reprobaba la prevaleciente iniquidad, y amonestaba a los hombres de su generación manifestándoles que vendría el juicio sobre los transgresores. El Espíritu de Cristo habló por medio de Enoc, y se manifestaba no sólo en expresiones de amor, compasión y súplica; pues los santos hombres no hablan sólo palabras halagadoras. Dios pone en el corazón y en los labios de sus mensajeros las verdades que han de expresar a la gente, verdades agudas y cortantes como una espada de dos filos.

Los hombres de aquel entonces se burlaron de la insensatez del que no procuraba acumular oro o plata, ni adquirir bienes terrenales. Pero el corazón de Enoc estaba puesto en los tesoros eternos. Había contemplado la ciudad celestial. Había visto al Rey en su gloria en medio de Sión. Su mente, su corazón y su conversación se concentraban en el cielo. Cuanto mayor era la iniquidad prevaleciente, tanto más intensa era su nostalgia del hogar de Dios. Mientras estaba aún en la tierra, vivió por la fe en el reino de luz.

“Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios.” Mateo 5:8. Durante trescientos años Enoc buscó la pureza del alma, para estar en armonía con el Cielo. Durante tres siglos anduvo con Dios. Día tras día anheló una unión más íntima; esa comunión se hizo más y más estrecha, hasta que Dios lo llevó consigo. Había llegado al umbral del mundo eterno, a un paso de la tierra de los bienaventurados; se le abrieron los portales, y continuando su andar con Dios, tanto tiempo proseguido en la tierra, entró por las puertas de la santa ciudad. Fue el primero de los hombres que llegó allí. La desaparición de Enoc se sintió en la tierra. La voz de instrucción y amonestación que se había escuchado día tras día se echó de menos. Hubo algunos, entre los justos y los impíos, que presenciaron su partida; y con la esperanza de que se le hubiese llevado a uno de sus lugares de retiro, los que le amaban hicieron una diligente búsqueda, así como más tarde los hijos de los profetas buscaron a Elías; pero fue sin resultado. Informaron que no estaba en ninguna parte, porque Dios lo había llevado consigo.

Mediante la traslación de Enoc, el Señor quiso dar una importante lección. Había peligro de que los hombres cedieran al desaliento, debido a los temibles resultados del pecado de Adán. Muchos

estaban dispuestos a exclamar: “¿De qué nos sirve haber temido al Señor y guardado sus ordenanzas, ya que una terrible maldición pesa sobre la humanidad, y a todos nos espera la muerte?” Pero las instrucciones que Dios dio a Adán, repetidas por Set y practicadas por Enoc, despejaron las tinieblas y la tristeza e infundieron al hombre la esperanza de que, como por Adán vino la muerte, por el Redentor prometido vendría la vida y la inmortalidad” (Elena G. de White - PP 75-76).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplos santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White - PP 76-78).

"Enoc caminó con Dios por trescientos años antes de su traslación al cielo, y el estado del mundo no era entonces más favorable para la perfección del carácter cristiano que lo que es ahora. ¿Y cómo caminó Enoc con Dios? Educó su mente y corazón para sentir siempre que estaba en la presencia de Dios, y cuando se encontraba en perplejidad, sus oraciones ascendían para que Dios lo guardase... Así se mantuvo constantemente eligiendo su camino y su curso de acción en armonía con los mandamientos de Dios, y tenía perfecta seguridad y confianza en que su Padre celestial lo ayudaría. No tenía un pensamiento ni una voluntad propia. Todo estaba sumergido en la voluntad de su Padre. Enoc fue un representante de aquellos que estarán sobre la tierra cuando Cristo venga, que serán trasladados al cielo sin ver muerte... No se dejó contaminar por los pecados prevalecientes de la época en que vivió. De la misma manera podemos nosotros permanecer puros e incorruptos" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 72-73).

“Algunos pocos en cada generación desde Adán resistieron cada artificio y se mantuvieron en pie como nobles representantes de lo que le era posible al poder del hombre ser y hacer... Enoc y Elías son los mejores representantes de lo que la raza humana puede ser si desean, a través de la fe en Jesucristo. Satanás estaba preocupado en gran manera porque estos nobles, hombres santos estaban sin mancha de pie entre la contaminación moral que los rodeaba, con un carácter justo y perfecto y fueron contados por dignos de ser trasladados al cielo. Así como se mantuvieron firmes con poder moral y rectitud noble, venciendo las tentaciones de Satanás, no los pudo traer bajo el dominio de la muerte. Se jactó que tenía el poder para vencer a Moisés con sus tentaciones, y que

podría estropear su carácter intachable y conducirlo al pecado de tomarse la gloria que le pertenecía a Dios para él mismo delante del pueblo” (Elena G. de White - Review and Herald, Marzo 3, 1894).

“A partir de Adán, unas pocas personas de cada generación, resistieron toda astucia y se mantuvieron como nobles representantes de lo que está en el poder del hombre hacer y ser: Cristo obrando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los correctos representantes de lo que la raza podría ser mediante la fe en Jesucristo, si eligiera serlo. Satanás se veía grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos se mantenían inmaculados en medio de la corrupción moral que los rodeaba, perfeccionando caracteres justos, y fueron contados dignos de ser trasladados al cielo” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 166).

“El poder de Dios que obraba con su siervo se hacía sentir entre los que le oían. Algunos prestaban oídos a la amonestación, y renunciaban a su vida de pecado; pero las multitudes se mofaban del solemne mensaje, y seguían más osadamente en sus malos caminos. En los últimos días los siervos de Dios han de dar al mundo un mensaje parecido, que será recibido también con incredulidad y burla.

El mundo antediluviano rechazó las palabras de amonestación del que anduvo con Dios. E igualmente la última generación no prestará atención a las advertencias de los mensajeros del Señor. En medio de una vida de activa labor, Enoc mantenía fielmente su comunión con Dios. Cuanto más intensas y urgentes eran sus labores, tanto más constantes y fervorosas eran sus oraciones. Seguía apartándose, durante ciertos lapsos, de todo trato humano. Después de permanecer algún tiempo entre la gente, trabajando para beneficiarla mediante la instrucción y el ejemplo, se retiraba con el fin de estar solo, para satisfacer su sed y hambre de aquella divina sabiduría que sólo Dios puede dar. Manteniéndose así en comunión con Dios, Enoc llegó a reflejar más y más la imagen divina. Tenía el rostro radiante de una santa luz, semejante a la que resplandece del rostro de Jesús. Cuando regresaba de estar en comunión con Dios, hasta los impíos miraban con reverencia ese sello del cielo en su semblante” (Elena G. de White - PP 73-75).

“Cuando Cristo venga nuestros cuerpos han de ser transformados y hechos como su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será hecho santo entonces. La transformación del carácter debe ocurrir antes de su venida. Nuestras naturalezas deben ser puras y santas; debemos tener la mente de Cristo, para que él contemple con placer su imagen reflejada sobre nuestras almas. ... José conservó su integridad cuando estuvo rodeado por los idólatras de Egipto, en medio del pecado y la blasfemia y de las influencias corruptoras. Cuando fue tentado a apartarse de la senda de la virtud, su respuesta fue: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?”. Génesis 39:9. Enoc, José y Daniel dependieron de la fortaleza que era infinita. Esta es la única senda de seguridad que los cristianos pueden seguir hoy en día...” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 280)

## **Job**

“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1).

“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?” (Job 1:8).

“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?” (Job 2:3).

“Si yo me justificare, me condenaría mi boca; Si me dijere perfecto, esto me haría inicuo” (Job 9:20).

"Escoger la justicia por la justicia misma; ponerse de parte de la verdad aunque cueste sufrimiento y sacrificio, 'ésta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová' (Isaías 54:17). Casi al principio de la historia de este mundo se desarrolló la vida de alguien que fue víctima de esta contienda de Satanás. De Job, el patriarca de Uz, el testimonio del Escudriñador de corazones era: 'No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal' (Job 1:8). Satanás pronunció una despectiva acusación contra este hombre: '¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y todo lo que tiene?... Pero extiende tu mano y toca todo lo que tiene', 'su hueso y su carne y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia' (Job 1:9-12; 2:5).

El Señor le dijo a Satanás: 'He aquí todo está en tu mano'. 'He aquí el está en tu mano, mas guarda su vida'. Habiendo obtenido permiso, Satanás quitó a Job todo lo que poseía: ganados, rebaños, siervos, siervas, hijos e hijas, e 'hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza' (Job 1:8-12; 2:5-7). Luego se añadió otro ingrediente de amargura a su copa. Sus amigos, que consideraban la adversidad como una retribución del pecado, afligieron con sus acusaciones su espíritu herido y abrumado.

Aparentemente abandonado del cielo y de la tierra, pero con fe firme en su Dios y consciente de su integridad, clamó con angustia y perplejidad: (Job 10:1; 14:13; 19:7-21; 23:3-10; 13:15; 19:25-27)... De acuerdo con su fe, fue tratado Job... Por medio de su paciente resistencia vindicó su propio carácter y de ese modo el carácter de Aquel de quien era representante" (Elena G. de White - La educación, pp. 154-156).

## **Noé**

"Noé fue un cristiano... El evangelio fue revelado a aquellos de previas dispensaciones por medio de tipos y símbolos. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder poseído por aquellos que miraban hacia Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de enero, 1898).

“Estas son las generaciones de Noé: Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Génesis 6:9).

“Dijo luego Jehová a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación” (Génesis 7:1).

## **Abraham**

"Abrahám fue un cristiano... El evangelio fue revelado a aquellos de previas dispensaciones por medio de tipos y símbolos. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder poseído por aquellos que miraban hacia Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de enero, 1898).

“Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera” (Génesis 17:1-2).

“Tanto Abrahán como Sara desconfiaron del poder de Dios, y este error fue la causa del matrimonio con Agar. Dios había llamado a Abrahán para que fuese el padre de los fieles, y su vida había de servir como ejemplo de fe para las generaciones futuras. Pero su fe no había sido perfecta. Había manifestado desconfianza para con Dios al ocultar el hecho de que Sara era su esposa, y también al casarse con Agar” (Elena G. de White - PP 143).

“Para que pudiera alcanzar la norma más alta, Dios le sometió a otra prueba, la mayor que se haya impuesto jamás a hombre alguno. En una visión nocturna se le ordenó ir a la tierra de Moria para ofrecer allí a su hijo en holocausto en un monte que se le indicaría” (Elena G. de White - PP 143-144).

“El gran acto de fe de Abrahán descuella como un fanal de luz, que ilumina el sendero de los siervos de Dios en las edades subsiguientes. Abrahán no buscó excusas para no hacer la voluntad de Dios. Durante aquel viaje de tres días tuvo tiempo suficiente para razonar, y para dudar de Dios si hubiera estado inclinado a hacerlo. Pudo pensar que si mataba a su hijo, se le consideraría asesino, como un segundo Caín, lo cual haría que sus enseñanzas fuesen desechadas y menospreciadas, y de esa manera se destruiría su facultad de beneficiar a sus semejantes. Pudo alegar que la edad le dispensaba de obedecer. Pero el patriarca no recurrió a ninguna de estas excusas. Abrahán era humano, y sus pasiones y sus inclinaciones eran como las nuestras; pero no se detuvo a inquirir cómo se cumpliría la promesa si Isaac muriera. No se detuvo a discutir con su dolorido corazón. Sabía que Dios es justo y recto en todos sus requerimientos, y obedeció el mandato al pie de la letra” (Elena G. de White - PP 148-149).

“Abrahán creyó a Dios, y le fue imputado a justicia, y fue llamado amigo de Dios.” Santiago 2:23. San Pablo dice: “Los que son de fe, los tales son hijos de Abraham.” Gálatas 3:7. Pero la fe de Abrahán se manifestó por sus obras. “¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras?” Santiago 2:21, 22...

Son muchos los que no comprenden la relación que existe entre la fe y las obras. Dicen: “Cree solamente en Cristo, y estarás seguro. No tienes necesidad de guardar la ley.” Pero la verdadera fe se manifiesta mediante la obediencia. Cristo dijo a los judíos incrédulos: “Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais.” Juan 8:39. Y tocante al padre de los fieles el Señor declara: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes.” Génesis 26:5. El apóstol Santiago dice: “La fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma.” Santiago 2:17. Y Juan, que habla tan minuciosamente acerca del amor, nos dice: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son penosos.” 1 Juan 5:3 (Elena G. de White - PP 149-150).

“El sacrificio exigido a Abrahán no fue sólo para su propio bien ni tampoco exclusivamente para el beneficio de las futuras generaciones; sino también para instruir a los seres sin pecado del cielo y de otros mundos. El campo de batalla entre Cristo y Satanás, el terreno en el cual se desarrolla el plan de la redención, es el libro de texto del universo. Por haber demostrado Abrahán falta de fe en las promesas de Dios, Satanás le había acusado ante los ángeles y ante Dios de no ser digno de sus bendiciones. Dios deseaba probar la lealtad de su siervo ante todo el cielo, para demostrar que

no se puede aceptar algo inferior a la obediencia perfecta y para revelar más plenamente el plan de la salvación” (Elena G. de White - PP 150-151).

“Los seres celestiales fueron testigos de la escena en que se probaron la fe de Abrahán y la sumisión de Isaac. La prueba fue mucho más severa que la impuesta a Adán. La obediencia a la prohibición hecha a nuestros primeros padres no entrañaba ningún sufrimiento; pero la orden dada a Abrahán exigía el más atroz sacrificio. Todo el cielo presenció, absorto y maravillado, la intachable obediencia de Abrahán. Todo el cielo aplaudió su fidelidad. Se demostró que las acusaciones de Satanás eran falsas. Dios declaró a su siervo: “Ya conozco que temes a Dios [a pesar de las denuncias de Satanás], pues que no me rehusaste tu hijo, tu único.” El pacto de Dios, confirmado a Abrahán mediante un juramento ante los seres de los otros mundos, atestiguó que la obediencia será premiada” (Elena G. de White - PP 151).

“Aun así el patriarca suplicó que se le diese una señal visible para confirmar su fe, y como evidencia para las futuras generaciones de que los bondadosos propósitos que Dios tenía para con ellas se cumplirían. El Señor se dignó concertar un pacto con su siervo, empleando las formas acostumbradas entre los hombres para la ratificación de contratos solemnes. En conformidad con las indicaciones divinas, Abrahán sacrificó una novilla, una cabra y un carnero, cada uno de tres años de edad, dividió cada cuerpo en dos partes y colocó las piezas a poca distancia la una de la otra. Añadió una tórtola y un palomino, que no fueron partidos. Hecho esto, Abrahán pasó reverentemente entre las porciones del sacrificio, haciendo un solemne voto a Dios de obediencia perpetua” (Elena G. de White - PP 131).

“Cuando los hombres se apartaron nuevamente de Dios, el Señor eligió a Abrahán, de quien declaró: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos, y mis leyes - Génesis 26:5” (Elena G. de White - PP 378).

“Abrahán, además de ser rico en fe, noble y generoso, inquebrantable en la obediencia, y humilde en la sencillez de su vida de peregrino, era sabio en la diplomacia, y valiente y diestro en la guerra” (Elena G. de White - PP 128).

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir por heredad; y salió sin saber dónde iba.” Hebreos 11:8. La obediencia incondicional de Abrahán es una de las más notables evidencias de fe de toda la Sagrada Escritura. Para él, la fe era “la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven.” Vers. 1. Confiando en la divina promesa, sin la menor seguridad externa de su cumplimiento, abandonó su hogar, sus parientes, y su tierra nativa; y salió, sin saber adónde iba, fiel a la dirección divina. “Por fe habitó en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en cabañas con Isaac y Jacob, herederos juntamente de la misma promesa.” Vers. 9.

No fue una prueba ligera la que soportó Abrahán, ni tampoco era pequeño el sacrificio que se requirió de él. Había fuertes vínculos que le ataban a su tierra, a sus parientes y a su hogar. Pero no vaciló en obedecer al llamamiento. Nada preguntó en cuanto a la tierra prometida. No averiguó si era feraz y de clima saludable, si los campos ofrecían paisajes agradables, o si habría oportunidad para acumular riquezas. Dios había hablado, y su siervo debía obedecer; el lugar más feliz de la tierra para él era dónde Dios quería que estuviese” (Elena G. de White - PP 118-119).

“Fue un gran honor para Abrahán ser el padre del pueblo que durante siglos fue guardián y preservador de la verdad de Dios para el mundo, de aquel pueblo por medio del cual todas las naciones de la tierra iban a ser bendecidas con el advenimiento del Mesías prometido. El que

llamó al patriarca le juzgó digno. Es Dios el que habla. El que entiende los pensamientos desde antes y desde muy lejos y justiprecia a los hombres, dice: “Lo he conocido.” En lo que tocaba a Abrahán, no traicionaría la verdad por motivos egoístas. Guardaría la ley y se conduciría recta y justamente. Y no sólo temería al Señor, sino que también cultivaría la religión en su hogar. Instruiría a su familia en la justicia. La ley de Dios sería la norma de su hogar” (Elena G. de White - PP 136).

“Su propio ejemplo, la silenciosa influencia de su vida cotidiana, era una constante lección. La integridad inalterable, la benevolencia y la desinteresada cortesía, que le habían granjeado la admiración de los reyes, se manifestaban en el hogar. Había en esa vida una fragancia, una nobleza y una dulzura de carácter que revelaban a todos que Abrahán estaba en relación con el Cielo. No descuidaba siquiera al más humilde de sus siervos. En su casa no había una ley para el amo, y otra para el siervo; no había un camino real para el rico, y otro para el pobre. Todos eran tratados con justicia y simpatía, como coherederos de la gracia de la vida” (Elena G. de White - PP 137-138).

*(Hablando de la intercesión de Abraham por Sodoma y Gomorra)* “El espíritu de Abrahán fue el espíritu de Cristo. El mismo Hijo de Dios es el gran intercesor en favor del pecador” (Elena G. de White - PP 135).

## **Jacob**

“Los que no estén dispuestos a dejar todo pecado ni a buscar seriamente la bendición de Dios, no la alcanzarán. Pero todos los que se afirmen en las promesas de Dios como lo hizo Jacob, y sean tan vehementes y constantes como lo fue él, alcanzarán el éxito que él alcanzó” (Elena G. de White - PP 203).

## **José**

“Pero la fe e integridad de José habían de acrisolarse mediante pruebas de fuego. La esposa de su amo trató de seducir al joven a que violara la ley de Dios. Hasta entonces había permanecido sin mancharse con la maldad que abundaba en aquella tierra pagana; pero ¿cómo enfrentaría esta tentación, tan repentina, tan fuerte, tan seductora? José sabía muy bien cuál sería el resultado de su resistencia. Por un lado había encubrimiento, favor y premios; por el otro, desgracia, prisión, y posiblemente la muerte. Toda su vida futura dependía de la decisión de ese momento. ¿Triunfarían los buenos principios? ¿Se mantendría fiel a Dios? Los ángeles presenciaban la escena con indecible ansiedad.

La contestación de José revela el poder de los principios religiosos. No quiso traicionar la confianza de su amo terrenal, y cualesquiera que fueran las consecuencias, sería fiel a su Amo celestial. Bajo el ojo escudriñador de Dios y de los santos ángeles, muchos se toman libertades de las que no se harían culpables en presencia de sus semejantes. Pero José pensó primeramente en Dios. “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” dijo él” (Elena G. de White - PP 216-217).

“Cuando Cristo venga nuestros cuerpos han de ser transformados y hechos como su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será hecho santo entonces. La transformación del carácter debe ocurrir antes de su venida. Nuestras naturalezas deben ser puras y santas; debemos tener la mente de Cristo, para que él contemple con placer su imagen reflejada sobre nuestras almas. ... José conservó su integridad cuando estuvo rodeado por los idólatras de Egipto, en medio del pecado y la blasfemia y de las influencias corruptoras. Cuando fue tentado a apartarse de la senda

de la virtud, su respuesta fue: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?”. Génesis 39:9. Enoc, José y Daniel dependieron de la fortaleza que era infinita. Esta es la única senda de seguridad que los cristianos pueden seguir hoy en día...” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 280)

“Cuando el hombre se mantenga en comunión con Dios, el firme e invariable propósito que guardó a José y a Daniel en medio de la corrupción de las cortes paganas hará que su vida sea de inmarcesible pureza. No habrá mancha en su carácter. La luz de Cristo no se oscurecerá jamás de su conducta. El brillante Lucero matutino resplandecerá fijamente sobre su cabeza en inmutable gloria” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 98).

## Moisés

“Moisés fue un tipo o figura de Cristo. El mismo había declarado a Israel: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis.” Deuteronomio 18:15. Dios tuvo a bien disciplinar a Moisés en la escuela de la aflicción y la pobreza, antes de que estuviera preparado para conducir las huestes de Israel hacia la Canaán terrenal. El Israel de Dios, que viaja hacia la Canaán celestial, tiene un Capitán que no necesitó enseñanzas humanas que le prepararan para su misión de conductor divino; no obstante fue perfeccionado por el sufrimiento; “porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.” Hebreos 2:10, 18. Nuestro Redentor no manifestó las imperfecciones ni las debilidades humanas; pero murió a fin de obtener nuestro derecho a entrar en la tierra prometida” (Elena G. de White - PP 512-513).

“Si la vida de Moisés no se hubiera manchado con aquel único pecado que cometió al no dar a Dios la gloria de sacar agua de la roca en Cades, él habría entrado en la tierra prometida y habría sido trasladado al cielo sin ver la muerte. Pero no hubo de permanecer mucho tiempo en la tumba. Cristo mismo, acompañado de los ángeles que enterraron a Moisés, descendió del cielo para llamar al santo que dormía. Satanás se había regocijado por el éxito que obtuviera al inducir a Moisés a pecar contra Dios y a caer así bajo el dominio de la muerte. El gran adversario sostenía que la sentencia divina: “Polvo eres, y al polvo serás tornado” (Génesis 3:19), le daba posesión de los muertos. Nunca había sido quebrantado el poder de la tumba, y él reclamaba a todos los que estaban en ella como cautivos suyos que nunca habían de ser libertados de su lóbrega prisión” (Elena G. de White - PP 510-511).

“Como consecuencia del pecado, Moisés había caído bajo el dominio de Satanás. Por sus propios méritos era legalmente cautivo de la muerte; pero resucitó para la vida inmortal, por el derecho que tenía a ella en nombre del Redentor. Moisés salió de la tumba glorificado, y ascendió con su Libertador a la ciudad de Dios. Nunca, hasta que se ejemplificaron en el sacrificio de Cristo, se manifestaron la justicia y el amor de Dios más señaladamente que en sus relaciones con Moisés. Dios le vedó la entrada a Canaán para enseñar una lección que nunca debía olvidarse; a saber, que él exige una obediencia estricta y que los hombres deben cuidar de no atribuirse la gloria que pertenece a su Creador. No podía conceder a Moisés lo que pidiera al rogar que le dejara participar en la herencia de Israel; pero no olvidó ni abandonó a su siervo. El Dios del cielo comprendía los sufrimientos que Moisés había soportado; había observado todos los actos de su fiel servicio a través de los largos años de conflicto y prueba. En la cumbre de Pisga, Dios llamó a Moisés a una herencia infinitamente más gloriosa que la Canaán terrenal” (Elena G. de White - PP 512).

(Moisés) “El recuerdo de aquella vida santa y desinteresada se conservaría por mucho tiempo con amor, y con poder silencioso y persuasivo amoldaría la vida hasta de los que habían descuidado sus palabras cuando vivía. Como el resplandor del sol poniente sigue iluminando las cumbres de las montañas mucho después que el sol se ha hundido detrás de las colinas, así las obras de los puros, santos y justos derramarán su luz sobre el mundo mucho tiempo después que murieron quienes las hicieron. Sus obras, sus palabras y su ejemplo vivirán para siempre. “En memoria eterna será el justo - Salmos 112:6” (Elena G. de White - PP 514).

## **Samuel**

“En el carácter de Samuel vemos reflejada la semejanza de Cristo. Fue la pureza de la vida de nuestro Salvador la que provocó la ira de Satanás. Esa vida era la luz del mundo y revelaba la depravación oculta en los corazones humanos. Fue la santidad de Cristo la que despertó contra él las pasiones más feroces de los que con falsedad en su corazón, profesaban ser piadosos. Cristo no vino con las riquezas y los honores de la tierra; pero las obras que hizo demostraron que poseía un poder mucho mayor que el de cualquiera de los príncipes humanos” (Elena G. de White - PP 658-659).

## **David**

“A medida que su odio hacia David aumentaba, Saúl procuraba con mayor diligencia una oportunidad de quitarle la vida; pero ninguno de sus planes contra el ungido de Dios tuvo éxito. Saúl se entregó al dominio del espíritu malo que le gobernaba; en tanto que David confió en Aquel que es poderoso en el consejo y fuerte para librar. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10), y David rogaba a Dios continuamente que le ayudara a caminar ante él en una manera perfecta” (Elena G. de White - PP 705).

“Aunque Saúl estaba siempre alerta y en busca de una oportunidad para matar a David, vivía temiéndole, en vista de que evidentemente el Señor estaba con él. El carácter intachable de David provocaba la ira del rey; consideraba que la misma vida y presencia de David significaban un reproche para él, puesto que dejaba a su propio carácter en contraste desventajoso” (Elena G. de White - PP 705-706).

“Por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo” (1Reyes 15:1-3).

## **Ezequías**

“En el tercer año de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías hijo de Acáz rey de Judá. Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. El nombre de su madre fue Abi hija de Zacarías. Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre. El quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán. En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés” (2Reyes 18:1-6).

## Josías

“Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalén treinta y un años. El nombre de su madre fue Jedida hija de Adaía, de Boscat. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda” (2Reyes 22:1-2).

“Asimismo barrió Josías a los encantadores, adivinos y terafines, y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalén, para cumplir las palabras de la ley que estaban escritas en el libro que el sacerdote Hilcías había hallado en la casa de Jehová. <sup>25</sup>No hubo otro rey antes de él, que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual” (2Reyes 23:24-25).

## Elías

“Algunos pocos en cada generación desde Adán resistieron cada artificio y se mantuvieron en pie como nobles representantes de lo que le era posible al poder del hombre ser y hacer... Enoc y Elías son los mejores representantes de lo que la raza humana puede ser si desean, a través de la fe en Jesucristo. Satanás estaba preocupado en gran manera porque estos nobles, hombres santos estaban sin mancha de pie entre la contaminación moral que los rodeaba, con un carácter justo y perfecto y fueron contados por dignos de ser trasladados al cielo. Así como se mantuvieron firmes con poder moral y rectitud noble, venciendo las tentaciones de Satanás, no los pudo traer bajo el dominio de la muerte. Se jactó que tenía el poder para vencer a Moisés con sus tentaciones, y que podría estropear su carácter intachable y conducirlo al pecado de tomarse la gloria que le pertenecía a Dios para él mismo delante del pueblo” (Elena G. de White - Review and Herald, Marzo 3, 1894).

“A partir de Adán, unas pocas personas de cada generación, resistieron toda astucia y se mantuvieron como nobles representantes de lo que está en el poder del hombre hacer y ser: Cristo obrando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los correctos representantes de lo que la raza podría ser mediante la fe en Jesucristo, si eligiera serlo. Satanás se veía grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos se mantenían inmaculados en medio de la corrupción moral que los rodeaba, perfeccionando caracteres justos, y fueron contados dignos de ser trasladados al cielo” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 166).

## En la época de los reyes malvados de Israel

*(Hablando de Jeroboam y los reyes siguientes en su apostasía)* “Nunca iba a ser dejado el reino de Israel sin nobles testigos del gran poder de Dios para salvar a los hombres del pecado. Aun en las horas más sombrías, algunos iban a permanecer fieles a su Gobernante divino, y en medio de la idolatría vivirían sin mancha a la vista de un Dios santo. Esos fieles se contaron entre el residuo de los buenos por medio de quienes iba a cumplirse finalmente el eterno propósito de Jehová” (Elena G. de White - PR 78-80).

## Daniel

“Siguieron las reglas de la vida que no podían menos que darles fuerza intelectual. Procuraron adquirir conocimiento con un propósito: el de poder honrar a Dios. Comprendían que a fin de destacarse como representantes de la religión verdadera en medio de las falsas religiones del paganismo, necesitaban tener un intelecto claro y perfeccionar un carácter cristiano. Y Dios mismo fue su Maestro. Orando constantemente, estudiando concienzudamente y manteniéndose en relación con el Invisible, anduvieron con Dios como lo hizo Enoc” (Elena G. de White - PR 357).

“Siendo Daniel primer ministro del mayor de los reinos terrenales, fue al mismo tiempo profeta de Dios y recibió la luz de la inspiración celestial. Aunque era hombre de iguales pasiones que las nuestras, la pluma inspirada le describe como sin defecto” (Elena G. de White - PR 401).

“Cuando Cristo venga nuestros cuerpos han de ser transformados y hechos como su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será hecho santo entonces. La transformación del carácter debe ocurrir antes de su venida. Nuestras naturalezas deben ser puras y santas; debemos tener la mente de Cristo, para que él contemple con placer su imagen reflejada sobre nuestras almas. ... José conservó su integridad cuando estuvo rodeado por los idólatras de Egipto, en medio del pecado y la blasfemia y de las influencias corruptoras. Cuando fue tentado a apartarse de la senda de la virtud, su respuesta fue: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?”. Génesis 39:9. Enoc, José y Daniel dependieron de la fortaleza que era infinita. Esta es la única senda de seguridad que los cristianos pueden seguir hoy en día...” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 280)

“Cuando el hombre se mantenga en comunión con Dios, el firme e invariable propósito que guardó a José y a Daniel en medio de la corrupción de las cortes paganas hará que su vida sea de inmarcesible pureza. No habrá mancha en su carácter. La luz de Cristo no se oscurecerá jamás de su conducta. El brillante Lucero matutino resplandecerá fijamente sobre su cabeza en inmutable gloria” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 98).

“Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas, que gobernasen en todo el reino. Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas diesen cuenta, para que el rey no fuese perjudicado. Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino. Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él. Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios” (Daniel 6:1-5).

“El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impiamente.” El declara: “Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.” Daniel 9:18, 15, 20; 10:8 (VM).

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.” Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los

querubines que clamaban: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!” dijo abrumado: “¡Ay de mí, pues soy perdido!” Isaías 6:3, 5 (VM). Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del “más pequeño de todos los santos.” 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17 (Elena G. de White - CS 524-525).

“El cumplimiento estricto de los requerimientos del Cielo imparte bendiciones temporales tanto como espirituales. Inquebrantable en su fidelidad a Dios, inmovible en su dominio del yo, Daniel fue tenido, por su noble dignidad y su integridad inquebrantable, mientras era todavía joven, “en gracia y en buena voluntad” (Daniel 1:9) del oficial pagano encargado de su caso. Las mismas características le distinguieron en su vida ulterior. Se elevó aceleradamente al puesto de primer ministro del reino de Babilonia. Durante el reinado de varios monarcas sucesivos, mientras caía la nación y se establecía otro imperio mundial, su sabiduría y sus dotes de estadista fueron tales, y tan perfectos su tacto, su cortesía y la genuina bondad de su corazón, así como su fidelidad a los buenos principios, que aun sus enemigos se vieron obligados a confesar que “no podían hallar alguna ocasión o falta, porque él era fiel” (Elena G. de White - PR 401).

"Los hijos de Israel fueron llevados cautivos a Babilonia porque se separaron de Dios y no mantuvieron más los principios que se les habían dado para que permanecieran alejados de los métodos y las prácticas de las naciones que deshonraban a Dios. El Señor no podía darles prosperidad, no podía cumplir su pacto con ellos mientras fueran desleales a los principios que les había dado para que los mantuvieran celosamente. Por su espíritu y sus acciones representaron mal el carácter de Dios, y él permitió que fueran llevados cautivos. Debido a su separación de Dios, él los humilló. Los dejó que siguieran sus propios caminos, y el inocente sufrió con el culpable.

El pueblo elegido del Señor demostró ser indigno de confianza; demostró ser egoísta, calculador, vil. Pero entre los hijos de Israel había dignos ciudadanos cristianos, tan leales a los principios como el acero, y Dios se complacía grandemente en esos fieles. Los tales no se dejaron corromper por el egoísmo, no echaron a perder la obra de Dios siguiendo prácticas y métodos erróneos; eran hombres que estaban dispuestos a honrar a Dios aun perdiendo todas las cosas. Tuvieron que sufrir con los culpables, pero en la providencia de Dios su cautiverio en Babilonia fue el medio de hacerlos destacar, y su ejemplo de integridad inmaculada brilla con lustre celestial" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 2, p. 1034).

## **Juan el Bautista**

"La niñez, juventud y edad viril de Juan -que vino con el espíritu y el poder de Elías para hacer una obra especial de preparar el camino para el Redentor del mundo- se distinguieron por su firmeza y poder moral. Satanás no pudo moverlo de su integridad" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1090).

## **Jesús**

“El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo” (Elena G. de White - Dios nos cuida pág. 339).

### **Zacarías y Elizabeth**

“Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Elisabet. <sup>6</sup> Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Lucas 1:5-6).

### **Los discípulos**

“Jesús eligió a pescadores sin letras porque no habían sido educados en las tradiciones y costumbres erróneas de su tiempo. Eran hombres de capacidad innata, humildes y susceptibles de ser enseñados; hombres a quienes él podía educar para su obra. En las profesiones comunes de la vida, hay muchos hombres que cumplen sus trabajos diarios, inconscientes de que poseen facultades que, si fuesen puestas en acción, los pondrían a la altura de los hombres más estimados del mundo. Se necesita el toque de una mano hábil para despertar estas facultades dormidas. A hombres tales llamó Jesús para que fuesen sus colaboradores; y les dio las ventajas de estar asociados con él. Nunca tuvieron los grandes del mundo un maestro semejante. Cuando los discípulos terminaron su período de preparación con el Salvador, no eran ya ignorantes y sin cultura; habían llegado a ser como él en mente y carácter, y los hombres se dieron cuenta de que habían estado con Jesús” (Elena G. de White - DTG 215).

“Bajo la instrucción de Cristo, los discípulos habían sido inducidos a sentir su necesidad del Espíritu. Bajo la enseñanza del Espíritu, recibieron la preparación final y salieron a emprender la obra de su vida. Ya no eran ignorantes y sin cultura. Ya no eran una colección de unidades independientes, ni elementos discordantes y antagónicos. Ya no estaban sus esperanzas cifradas en la grandeza mundanal. Eran “unánimes,” “de un corazón y un alma.” Hechos 2:46; 4:32.

Cristo llenaba sus pensamientos; su objeto era el adelantamiento de su reino. En mente y carácter habían llegado a ser como su Maestro, y los hombres “conocían que habían estado con Jesús - Hechos 4:13 (Elena G. de White - HAP 37).

### **Pablo**

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa” (Filipenses 3:12-16).

“El apóstol Pablo fue arrebatado al tercer cielo, y vió y oyó cosas que no podían referirse, y aun así su modesta declaración es: “No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo.”

Filipenses 3:12. Podían ángeles del cielo registrar las victorias de Pablo mientras proseguía la buena carrera de la fe. Podía el cielo regocijarse en su resuelto andar ascendente, mientras él, teniendo el galardón a la vista, consideraba todas las otras cosas como basura.

Los ángeles se regocijaban al contar sus triunfos, pero Pablo no se jactaba de sus victorias. La actitud de ese apóstol es la que debe asumir cada discípulo de Cristo que anhele progresar en la lucha por la corona inmortal" (Elena G. de White - HAP 449).

"Siempre (Pablo) mantenía ante sí el ideal que debía alcanzarse, y luchaba por alcanzar ese ideal mediante la obediencia voluntaria a la ley de Dios. Sus palabras, sus prácticas, sus pasiones: todo lo sometía al dominio del Espíritu de Dios" (Elena G. de White – HAP 253).

"Pablo alcanzó la plena estatura moral de un hombre en Cristo Jesús" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 915).

## **Juan**

“Jesús ama a aquellos que representan al Padre, y Juan pudo hablar del amor del Padre como no lo pudo hacer ningún otro de los discípulos. Reveló a sus semejantes lo que sentía en su propia alma, representando en su carácter los atributos de Dios. La gloria del Señor se expresaba en su semblante. La belleza de la santidad que le había transformado brillaba en su rostro con resplandor semejante al de Cristo. En su adoración y amor contemplaba al Salvador hasta que la semejanza a Cristo y el compañerismo con él llegaron a ser su único deseo, y en su carácter se reflejó el carácter de su Maestro. “Mirad—dijo—cual amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios.... Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es - 1 Juan 3:1, 2” (Elena G. de White - HAP 435-436).

## **La iglesia de Éfeso**

“Al principio, la iglesia de Éfeso se distinguía por su sencillez y fervor. Los creyentes trataban seriamente de obedecer cada palabra de Dios, y sus vidas revelaban un firme y sincero amor a Cristo. Se regocijaban en hacer la voluntad de Dios porque el Salvador moraba constantemente en sus corazones. Llenos de amor para con su Redentor, su más alto propósito era ganar almas para él. No pensaron en atesorar para sí el precioso tesoro de la gracia de Cristo. Sentían la importancia de su vocación y, cargados con el mensaje: “Sobre la tierra paz; entre los hombres buena voluntad,” ardían en deseos de llevar las buenas nuevas de la salvación a los rincones más remotos de la tierra. Y el mundo conoció que ellos habían estado con Jesús. Pecadores arrepentidos, perdonados, limpiados y santificados se allegaron a Dios por medio de su Hijo (Elena G. de White - HAP 462-463).

## **En la actualidad**

“Y en nuestros días también hay Enocs” (Elena G. de White - PVGM 267).

"Necesitamos apoyarnos en Cristo permanentemente, tal como lo hizo Enoc cuando anduvo con Dios durante trescientos años. Podemos tener lo que Enoc tenía. Podemos tener a Cristo como nuestro compañero constante. Enoc anduvo con Dios, y cuando era asediado por el tentador, podía hablar con Dios sobre ello. Él no tenía el 'está escrito', como lo tenemos

nosotros, pero tenía el conocimiento de su divino Compañero. Hizo de Dios su consejero, y estuvo estrechamente ligado con Jesús. Y Enoc fue honrado en su trayectoria. Fue trasladado al cielo sin ver muerte. Los que serán trasladados al fin del tiempo serán aquellos que viven en comunión con Dios en la tierra. Los que manifiestan que su vida está escondida con Cristo en Dios, lo representarán en todo lo que hagan" (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de noviembre, 1897).

### **Los 144000**

“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios (Apocalipsis 14:1-5).

### **Conclusión**

Definitivamente Dios siempre ha tenido, tiene y tendrá entre sus hijos a seres perfectos, que están en el camino de Dios desarrollando más y más un carácter que se asemeje al de Cristo.

## Capítulo 14

### EL CARÁCTER DEL HOMBRE EN LA SEGUNDA VENIDA

***Versículo clave:*** “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

Los detractores de la doctrina de la perfección cristiana, tienen la teoría de que Cristo cuando regrese, transformará a los pecadores en santos. Mi pregunta es: ¿Para qué murió Cristo entonces? ¿Para perdonarnos? Si, es correcto. ¿Pero y que hacemos con todos los versículos y citas que hablan del poder de Dios para perfeccionar caracteres cristianos a la altura de la plenitud de Cristo?

Intentaremos descubrir en los siguientes versículos y citas, que le pasará a nuestro carácter en la segunda venida y en los principales eventos del fin anteriores a la venida del Señor.

#### ¿Cómo era en el principio?

“Dios hizo al hombre recto; le dio nobles rasgos de carácter, sin inclinación hacia lo malo. Le dotó de elevadas cualidades intelectuales, y le presentó los más fuertes atractivos posibles para inducirle a ser constante en su lealtad. La obediencia, perfecta y perpetua, era la condición para la felicidad eterna. Cumpliendo esta condición, tendría acceso al árbol de la vida” (Elena G. de White - PP 30-31).

“El hombre había de llevar la imagen de Dios, tanto en la semejanza exterior, como en el carácter. Sólo Cristo es “la misma imagen” del Padre (Hebreos 1:3); pero el hombre fue creado a semejanza de Dios. Su naturaleza estaba en armonía con la voluntad de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas divinas. Sus afectos eran puros, sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón. Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad del Padre” (Elena G. de White - PP 25-26).

“Pero mientras que en la naturaleza todo está gobernado por leyes naturales, solamente el hombre, entre todos los moradores de la tierra, está sujeto a la ley moral. Al hombre, obra maestra de la creación, Dios le dio la facultad de comprender sus requerimientos, para que reconociese la justicia y la benevolencia de su ley y su sagrado derecho sobre él; y del hombre se exige una respuesta obediente” (Elena G. de White - PP 34-35).

“Como los ángeles, los moradores del Edén habían de ser probados. Sólo podían conservar su feliz estado si eran fieles a la ley del Creador. Podían obedecer y vivir, o desobedecer y perecer. Dios los había colmado de ricas bendiciones; pero si ellos menospreciaban su voluntad, Aquel que no perdonó a los ángeles que pecaron no los perdonaría a ellos tampoco: la transgresión los privaría de todos sus dones, y les acarrearía desgracia y ruina. Los ángeles amonestaron a Adán y a Eva a que estuviesen en guardia contra las argucias de Satanás; porque sus esfuerzos por tenderles una celada serían infatigables. Mientras fuesen obedientes a Dios, el maligno no podría perjudicarles; pues, si fuese necesario, todos los ángeles del cielo serían enviados en su ayuda. Si ellos rechazaban firmemente sus primeras insinuaciones, estarían tan seguros como los mismos mensajeros celestiales. Pero si cedían a la tentación, su naturaleza se depravaría, y no tendrían en sí mismos poder ni disposición para resistir a Satanás” (Elena G. de White - PP 34).

“Es obra de la conversión y de la santificación reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos de acuerdo con los principios de su ley. Al principio el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado le separó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la ley de Dios. “La intención de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.” Romanos 8:7. Mas “de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito,” para que el hombre fuese reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía entre el hombre y su Creador. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según expuso Jesús, nadie “puede ver el reino de Dios” (Elena G. de White - CS 520-521).

"Con infinito amor y misericordia había sido trazado el plan de salvación y se le otorgó una vida de prueba. La obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverlo a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevase a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objeto de la educación, el gran objeto de la vida” (Elena G. de White - La educación, pp. 15, 16).

“Por el pecado la imagen de Dios en el hombre ha sido estropeada y casi borrada; es obra del evangelio restaurar lo que se había perdido; y hemos de cooperar con el agente divino en esta obra. Y ¿cómo podemos volver a estar en armonía con Dios? ¿Cómo recibiremos su semejanza a menos que obtengamos un conocimiento de Él? Este conocimiento es lo que Cristo vino a revelarnos” (Elena G. de White –JT Tomo 2 340).

“A pesar de la iniquidad que prevalecía, había un número de hombres santos, ennoblecidos y elevados por la comunión con Dios, que vivían en compañerismo con el cielo. Eran hombres de poderoso intelecto, que habían realizado obras admirables. Tenían una santa y gran misión; a saber, desarrollar un carácter justo y enseñar una lección de piedad, no sólo a los hombres de su tiempo, sino también a las generaciones futuras. Sólo algunos de los más destacados se mencionan en las Escrituras; pero a través de todos los tiempos, Dios tuvo testigos fieles y adoradores sinceros” (Elena G. de White - PP 71).

"La ciencia de la salvación es un gran tema, y toda la gloria de restaurar la imagen de Dios en el hombre debe colocarse a los pies del Eterno" (Elena G. de White - Signs of the Times, 24 de mayo, 1899).

"El tema central de la Biblia, el tema alrededor del cual se agrupan todos los demás del Libro, es el plan de la redención, la restauración de la imagen de Dios en el alma humana. Desde la primera insinuación de esperanza que se hizo en la sentencia pronunciada en el Edén, hasta la gloriosa promesa del Apocalipsis: "Y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes" (Apocalipsis 22.4), el propósito de cada libro y pasaje de la Biblia es el desarrollo de este maravilloso tema: la elevación del hombre, el poder de Dios, "que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 15:57). El que capta este pensamiento, tiene ante sí un campo infinito de estudio. Tiene la llave que le abrirá todo el tesoro de la Palabra de Dios" (Elena G. de White - La educación, pp. 125, 126).

“Solamente el Evangelio de la gracia de Dios puede elevar el alma. La contemplación del amor de Dios manifestado en su Hijo conmoverá el corazón y despertará las facultades del alma como ninguna otra cosa puede hacerlo. Cristo vino para crear de nuevo en el hombre la imagen de Dios;

y cualquiera que aleje a los hombres de Cristo los aleja de la fuente del verdadero desarrollo; los despoja de la esperanza, el propósito y la gloria de la vida. Es ladrón y robador.” (Elena G. de White - DTG 444).

### **La perfección cristiana debe ser desarrollada ahora**

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

“Aquello que nuestro pueblo debe entretener con su vida y carácter es la revelación del plan de redención y los conceptos más elevados de Dios y su santidad, introducidos en la vida. El lavado de los mantos del carácter en la sangre del Cordero es una obra que debemos atender fervientemente mientras se ha de eliminar todo defecto de carácter” (Elena G. de White - Counsels to Writers and Editors, p. 81).

“Ahora es nuestro tiempo y oportunidad; estamos ahora en medio de la prueba que Dios nos ha dado, en la cual tenemos que desarrollar caracteres conforme a la medida de Cristo” (Elena G. de White - 3RH 219).

“Ahora debemos lavar las ropas de nuestro carácter y emblanquecerlas en la sangre del Cordero. Debemos despertar ahora, y vencer el orgullo, la pasión y la ociosidad espiritual. Ahora debemos despertarnos y hacer un esfuerzo resuelto para lograr simetría de carácter. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones - Hebreos 3:7, 8, 15” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 5, p. 201).

“A través de Sus méritos, los hombres pueden permanecer ante Dios como candidatos a la vida eterna. Debemos ser vencedores. Debemos ganar la victoria aquí y ahora; debemos obtener una preciosa experiencia en las cosas de Dios ahora. Si no obtenemos esa experiencia y victorias en esta vida, nunca la obtendremos” (Elena G. de White - 2ST 267).

“No debéis mirar al futuro, pensando que en algún día distante seréis hecho santos; es ahora que debéis ser santificados a través de la verdad” (Elena G. de White - 2ST 477).

“Es ahora o nunca que tenéis que perfeccionar el carácter cristiano” (Elena G. de White - 1ST 59).

“Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la pureza de carácter y al crecimiento en la gracia. Dondequiera que miramos, vemos corrupción y contaminación, deformidad y pecado. Y ¿cuál es la obra que hemos de emprender aquí precisamente antes de recibir la inmortalidad? Consiste en conservar nuestros cuerpos santos y nuestro espíritu puro, para que podamos subsistir sin mancha en medio de las corrupciones que abundan en derredor nuestro en estos últimos días. Y para que esta obra se realice, necesitamos dedicarnos a ella en seguida con todo el corazón y el entendimiento. No debe penetrar ni influir en nosotros el egoísmo. El Espíritu de Dios debe ejercer perfecto dominio sobre nosotros, e influir en todas nuestras acciones. Si nos apropiamos debidamente del cielo y del poder de lo alto, sentiremos la influencia santificadora del Espíritu de Dios sobre nuestros corazones” (Elena G. de White - Consejos sobre la salud pág. 44-45).

“¿Esperamos llegar al cielo al fin y unirnos al coro celestial? Como descendimos a la tumba así saldremos, en cuanto concierne al carácter... Ahora es el momento de lavar... nuestras ropas y

emblanquecerlas en la sangre del Cordero...” (Elena G. de White - En los lugares celestiales pág. 371).

“Ahora es cuando debemos guardarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos sin contaminación del mundo. Ahora es cuando debemos lavar el manto de nuestro carácter y emblanquecerlo en la sangre del Cordero. Ahora es cuando debemos vencer el orgullo, la pasión y la pereza espiritual. Ahora es cuando debemos despertarnos y hacer un esfuerzo resuelto para lograr simetría de carácter” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 2 pág. 70).

“No necesitan estar pensando que hay un tiempo especial cuando ustedes han de ser crucificados. El tiempo de ser crucificados es precisamente ahora, cada día, cada hora. El yo ha de morir, el yo debe ser crucificado y entonces cuando llegue el tiempo de prueba que vendrá sobre el pueblo de Dios los brazos eternos los cubrirán, los ángeles de Dios establecerán un muro de fuego a su alrededor y los librarán” (Elena G. de White - Sermones escogidos tomo 1 pág. 61).

“Es ahora en que el yo debe ser crucificado, cuando hay una labor que hacer, mientras podemos usar cada talento que hemos recibido. Es ahora que tenemos que vaciar y limpiar completamente nuestro vaso de toda impureza. Es ahora que debemos santificarnos en Dios. Esta es nuestra labor en este mismo momento. No hemos de esperar un período especial para realizar una necesaria y maravillosa obra, es hoy, me entrego hoy a Dios” (Elena G. de White - Sermones escogidos tomo 1 pág. 172).

### **La perfección cristiana debe ser desarrollada antes del derramamiento de la lluvia tardía**

"Muchos han dejado en gran medida de recibir la primera lluvia. No han obtenido todos los beneficios que Dios ha provisto así para ellos. Esperan que la falta sea suplida por la lluvia tardía. Cuando sea otorgada la abundancia más rica de la gracia, se proponen abrir sus corazones para recibirla. Están cometiendo un terrible error. La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente. Todo individuo debe comprender su propia necesidad. El corazón debe ser vaciado de toda contaminación, y limpiado para la morada interna del Espíritu. Fue por medio de la confesión y el perdón del pecado, por la oración ferviente y la consagración de sí mismos a Dios, como los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. La misma obra, solo que en mayor grado, debe realizarse ahora. Entonces el agente humano tenía solamente que pedir la bendición, y esperar que el Señor perfeccionara la obra concerniente a él. Es Dios el que empezó la obra, y él la terminará, haciendo al hombre completo en Cristo Jesús. Pero no debe haber descuido de la gracia representada por la primera lluvia. Solo aquellos que están viviendo a la altura de la luz que tienen recibirán mayor luz. A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones en torno de nosotros, pero no la discerniremos ni la recibiremos" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros, pp. 515,516).

“No todos los miembros de la iglesia están cultivando la piedad personal; por lo tanto, no comprenden su responsabilidad personal. No comprenden que es su privilegio y su deber alcanzar la alta norma de la perfección cristiana... ¿Estamos esperando la lluvia tardía, aguardando confiadamente un día mejor en que la iglesia ha de ser dotada con poder de lo alto y habilitada así para la obra? La lluvia tardía nunca refrigerará y vigorizará a los indolentes que no usen las facultades que Dios les ha concedido” (Elena G. de White - MSV76 210.4).

## **La perfección cristiana debe haberse terminado de desarrollarse antes del sellamiento**

"El sello del Dios viviente solo será colocado sobre los que son semejantes a Cristo en carácter" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, p. 225).

"Ninguno de nosotros recibirá jamás el sello de Dios mientras nuestros caracteres tengan una mancha. Nos toca a nosotros remediar los defectos de nuestro carácter, limpiar el templo del alma de toda contaminación. Entonces la lluvia tardía caerá sobre nosotros como cayó la lluvia temprana sobre los discípulos en el día de Pentecostés" (Elena G. de White – Testimonios para la iglesia, tomo 5, p. 199).

"El sello de Dios no será nunca puesto en la frente de un hombre o una mujer que sea impuro. Nunca será puesto sobre la frente de seres humanos ambiciosos y amadores del mundo. Nunca será puesto sobre la frente de hombres y mujeres de corazón falso o engañoso. Todos los que reciban el sello deberán estar sin mancha delante de Dios y ser candidatos para el cielo" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 5, p. 201).

"El sello del Dios viviente solo será colocado sobre los que son semejantes a Cristo en carácter... La cera recibe la impresión del sello, y así también el alma debe recibir la impresión del Espíritu de Dios y conservar la imagen de Cristo ... Muchos no recibirán el sello de Dios porque no guardan sus mandamientos ni dan los frutos de justicia" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 980).

## **El carácter de los salvos será examinado en el juicio**

"Antes de entrar en la mansión de los bienaventurados, todos deben ser examinados respecto a su vida; su carácter y sus actos deben ser revisados por Dios. Todos deben ser juzgados con arreglo a lo escrito en los libros y recompensados según hayan sido sus obras. Este juicio no se verifica en el momento de la muerte. Notad las palabras de San Pablo: "Por cuanto ha establecido un día, en el cual ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos." Hechos 17:31. El apóstol enseña aquí lisa y llanamente que cierto momento, entonces por venir, había sido fijado para el juicio del mundo" (Elena G. de White - CS 604).

"Nadie que haya recibido la luz de la verdad y quebrante los mandamientos entrará en la ciudad de Dios. Su ley constituye el fundamento de su gobierno en la tierra y en el cielo. Los que conscientemente hayan pisoteado y despreciado su ley en la tierra, no serán llevados al cielo para que allí hagan la misma obra; no se producirá un cambio de carácter cuando Cristo venga. La edificación del carácter ha de proseguir durante las horas de prueba. Día tras día nuestras acciones son registradas en los libros del cielo, y en el gran día de Dios seremos recompensados según hayan sido nuestras obras. Entonces se verá quién recibe la bendición. "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad - Apocalipsis 22:14" (Elena G. de White - Fe y Obras 42, 43).

"Ahora es nuestro día de prueba, y debemos perfeccionar ahora los caracteres que soportarán la prueba del juicio. Cuando Cristo venga, no habrá ningún cambio de carácter; esto mortal será hecho inmortal, y esto corrompido será hecho incorruptible; y aquellos que estén vivos y permanezcan sobre la tierra serán tomados para encontrarse con el Señor en el aire, si sus

caracteres son intachables y puros. La transformación de carácter tiene que tomar lugar durante las preciosas horas de prueba” (Elena G. de White - 2ST 508).

“No podemos esperar hasta el juicio para estar dispuestos a negarnos al yo y levantar la cruz. No podremos entonces formar caracteres para el cielo. Es aquí, en esta vida, donde debemos colocarnos al mando del humilde y abnegado Redentor. Es aquí donde debemos vencer la envidia, la contienda, el egoísmo, el amor al dinero, el amor al mundo. Es aquí donde debemos entrar en la escuela de Cristo y aprender del Maestro las preciosas lecciones de mansedumbre y humildad. Y es aquí donde debemos hacer los mayores esfuerzos para ser leales y fieles al Dios del cielo, obedeciendo todos sus mandamientos y capacitándonos así para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para todos los que aman a Dios” (Elena G. de White - Alza tus ojos pág. 190).

“Tanto la parábola de la cizaña como la de la red enseñan claramente que no hay un tiempo en el cual todos los malos se volverán a Dios. El trigo y la cizaña crecen juntos hasta la cosecha. Los buenos y los malos peces son llevados juntamente a la orilla para efectuar una separación final. Además, estas parábolas enseñan que no habrá más tiempo de gracia después del juicio. Una vez concluida la obra del Evangelio, sigue inmediatamente la separación de los buenos y los malos, y el destino de cada clase de personas queda fijado para siempre” (Elena G. de White - PVGM 93-94).

### **La perfección del carácter debe haberse terminado de desarrollarse antes del fin del tiempo de gracia**

“Ahora, mientras dura el tiempo de prueba, mientras aún se oye la voz de la misericordia, es el tiempo para que nosotros desechemos el pecado” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 5, p.205).

“Durante estas horas de prueba deben buscar la perfección de carácter. Deben aprender diariamente de Cristo” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 5, p. 526).

“No habrá un tiempo de gracia futuro en el cual prepararse para la eternidad. En esta vida hemos de vestirnos con el manto de la justicia de Cristo. Esta es nuestra única oportunidad de formar caracteres para el hogar que Cristo ha preparado para los que obedecen sus mandamientos” (Elena G. de White - PVGM 259).

“Que nadie siga el ejemplo de las vírgenes necias, y piense que será seguro esperar hasta que venga la crisis, antes de obtener una preparación del carácter para estar firme en ese tiempo. Será demasiado tarde buscar la justicia de Cristo cuando se llame a los invitados para examinarlos. Ahora es el momento de revestirse de la justicia de Cristo, el traje de bodas que os habilitará para entrar en la cena de bodas del Cordero. En la parábola, las vírgenes necias aparecen pidiendo aceite, sin que lo consigan. Esto es un símbolo de los que no se han preparado desarrollando un carácter para permanecer en el tiempo de crisis. Es como si fueran a sus vecinos y les dijeran: Deme su carácter, o me perderé. Las que fueron sabias no pudieron compartir su aceite con las lámparas vacilantes de las vírgenes necias. El carácter no es transferible. No puede comprarse ni venderse; debe adquirirse. El Señor ha dado a cada uno la oportunidad de obtener un carácter recto mediante las horas de prueba...” (Elena G. de White - AFC 348.4).

“En el cielo hay obediencia y paz, armonía y orden perfectos. Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. Nunca podrán ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y

respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando Cristo venga no cambiará el carácter de ninguna persona. El precioso tiempo de gracia nos es dado para que lo aprovechemos lavando las vestiduras del carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida. Cada día se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo. Cada día hay nuevas batallas que pelear y victorias que ganar. Cada día el alma debe ejercitarse en fervientes súplicas ante Dios por las grandes victorias de la cruz” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 4, p. 422).

“Los padres crean en extenso grado la atmósfera que reina en el círculo del hogar, y donde hay desacuerdo entre el padre y la madre, los niños participan del mismo espíritu. Impregnad la atmósfera de vuestro hogar con la fragancia de un espíritu tierno y servicial. Si os habéis convertido en extraños y no habéis sido cristianos de acuerdo con la Biblia, convertíos; porque el carácter que adquiráis durante el tiempo de gracia será el carácter que tendréis cuando venga Cristo. Si queréis ser santos en el cielo, debéis ser santos primero en la tierra. Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados por la muerte ni por la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia nuestro carácter al venir. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino” (Elena G. de White - El hogar cristiano 12).

“Ahora es nuestro día de prueba, y debemos perfeccionar ahora los caracteres que soportarán la prueba del juicio. Cuando Cristo venga, no habrá ningún cambio de carácter; esto mortal será hecho inmortal, y esto corrompido será hecho incorruptible; y aquellos que estén vivos y permanezcan sobre la tierra serán tomados para encontrarse con el Señor en el aire, si sus caracteres son intachables y puros. La transformación de carácter tiene que tomar lugar durante las preciosas horas de prueba” (Elena G. de White - 2ST 508).

“Muchos opinan que será concedido un tiempo de gracia después que Jesús acabe su obra de mediador en el departamento santísimo. Este es un sofisma de Satanás. Dios prueba al mundo por la luz que se complace en darle antes de la venida de Cristo. Entonces se habrá formado el carácter para la vida o la muerte. Pero el tiempo de gracia de aquellos que prefieran vivir una vida de pecado, y descuidar la gran salvación ofrecida, se cierra cuando cesa el ministerio de Cristo, precisamente antes de su aparición en las nubes de los cielos” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 - 282-283).

### **La perfección del carácter cristiano debe ser una realidad durante el tiempo de angustia**

“La gran controversia entre Cristo y Satanás, sostenida desde hace cerca de seis mil años, está por terminar; y Satanás redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en beneficio del hombre y para sujetar las almas en sus lazos. Su objeto consiste en tener sumido al pueblo en las tinieblas y en la impenitencia hasta que termine la obra mediadora del Salvador y no haya más sacrificio por el pecado” (Elena G. de White - CS 572).

“Los que habían aceptado la luz referente a la mediación de Cristo y a la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que éstas eran las verdades presentadas en el capítulo 14 del Apocalipsis. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple amonestación (véase el Apéndice, nota 8), que debe servir para preparar a los habitantes de la tierra para la segunda venida del Señor. La declaración: “Ha llegado la hora de su juicio,” indica la obra final de la actuación de Cristo para la salvación de los hombres. Proclama una verdad que debe seguir siendo proclamada hasta el fin de

la intercesión del Salvador y su regreso a la tierra para llevar a su pueblo consigo. La obra del juicio que empezó en 1844 debe proseguirse hasta que sean falladas las causas de todos los hombres, tanto de los vivos como de los muertos; de aquí que deba extenderse hasta el fin del tiempo de gracia concedido a la humanidad. Y para que los hombres estén debidamente preparados para subsistir en el juicio, el mensaje les manda: "¡Temed a Dios y dadle gloria," "y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!" El resultado de la aceptación de estos mensajes está indicado en las palabras: "En esto está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." Para subsistir ante el juicio tiene el hombre que guardar la ley de Dios. Esta ley será la piedra de toque en el juicio. El apóstol Pablo declara: "Cuantos han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados;... en el día en que juzgará Dios las obras más ocultas de los hombres... por medio de Jesucristo." Y dice que "los que cumplen la ley serán justificados." Romanos 2:12-16 (VM). La fe es esencial para guardar la ley de Dios; pues "sin fe es imposible agradarle." Y "todo lo que no es de fe, es pecado - Hebreos 11:6 (VM); Romanos 14:23" (Elena G. de White - CS 488-489).

"Enoc caminó con Dios por trescientos años antes de su traslación al cielo, y el estado del mundo no era entonces más favorable para la perfección del carácter cristiano que lo que es ahora. ¿Y cómo caminó Enoc con Dios? Educó su mente y corazón para sentir siempre que estaba en la presencia de Dios, y cuando se encontraba en perplejidad, sus oraciones ascendían para que Dios lo guardase... Así se mantuvo constantemente eligiendo su camino y su curso de acción en armonía con los mandamientos de Dios, y tenía perfecta seguridad y confianza en que su Padre celestial lo ayudaría. No tenía un pensamiento ni una voluntad propia. Todo estaba sumergido en la voluntad de su Padre. Enoc fue un representante de aquellos que estarán sobre la tierra cuando Cristo venga, que serán trasladados al cielo sin ver muerte... No se dejó contaminar por los pecados prevalecientes de la época en que vivió. De la misma manera podemos nosotros permanecer puros e incorruptos" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, pp. 72-73).

"Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia deben reflejar plenamente la imagen de Jesús... Quienes se nieguen a ser tallados por los profetas y a purificar sus almas obedeciendo a toda la verdad, quienes presuman estar en condición mucho mejor de lo que están en realidad, llegarán al tiempo en que caigan las plagas y verán que les hubiera sido necesario que los tallasen y escuadrasen para la edificación. Pero ya no habrá tiempo para ello ni tampoco Mediador que abogue por ellos ante el Padre" (Elena G. de White - Primeros escritos, p. 71).

"Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido "la lluvia tardía," el "refrigerio de la presencia del Señor," y estará preparado para la hora de prueba que le espera. Los ángeles se apuran, van y vienen de acá para allá en el cielo. Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra está terminada; el mundo ha sido sometido a la prueba final, y todos los que han resultado fieles a los preceptos divinos han recibido "el sello del Dios vivo." Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial.

Levantará sus manos y con gran voz dirá "Hecho es," y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: "¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!" Apocalipsis 22:11 (VM). Cada caso ha sido fallado para vida o para muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo; "el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo" van a ser dados a los

herederos de la salvación y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de señores” (Elena G. de White - CS 671).

*(Durante el tiempo de angustia de Jacob)* “Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase.

Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos” (Elena G. de White - CS 678).

“Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí.” Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia” (Elena G. de White - CS 680-681).

“En su misión ante Faraón, Moisés iba a exponerse a un gran peligro; su vida podría conservarse sólo mediante la protección de los santos ángeles. Pero no estaría seguro mientras tuviera un deber conocido sin cumplir, pues los ángeles de Dios no podrían escudarle. En el tiempo de la angustia que vendrá inmediatamente antes de la venida de Cristo, los justos serán resguardados por el ministerio de los santos ángeles; pero no habrá seguridad para el transgresor de la ley de Dios. Los ángeles no podrán entonces proteger a los que estén menospreciando uno de los preceptos divinos” (Elena G. de White - PP 261-262).

“En el tiempo de la angustia que vendrá inmediatamente antes de la venida de Cristo, los justos serán resguardados por el ministerio de los santos ángeles; pero no habrá seguridad para el transgresor de la ley de Dios. Los ángeles no podrán entonces proteger a los que estén menospreciando uno de los preceptos divinos (Elena G. de White – PP 261-262).

“Nuestra propia conducta determina si recibiremos el sello del Dios viviente, o si seremos abatidos por las armas destructoras. Ya han caído sobre la tierra algunas gotas de la ira divina; pero cuando se derramen las siete últimas plagas sin mixtura en la copa de su indignación entonces será para siempre demasiado tarde para arrepentirse y hallar refugio. No habrá entonces sangre expiatoria que lave las manchas del pecado.

“Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo: y será tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro.” Daniel 12:1. Cuando llegue ese tiempo de angustia, cada caso se habrá decidido, ya no habrá tiempo de gracia ni misericordia para el impenitente. El sello del Dios vivo estará sobre su pueblo. Este pequeño remanente, incapaz de defenderse en el mortífero conflicto con las potestades de la tierra mandadas por la

hueste del dragón, hace de Dios su defensa” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 2 - 67).

(Contexto de 1844) “El profeta dice: “¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿Y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Leví, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia.” Malaquías 3:2, 3 (VM). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis.

Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. “Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos.” Malaquías 3:4 (VM). Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una “Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante.” Efesios 5:27 (VM). Entonces ella aparecerá “como el alba; hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes - Cantares 6:10” (VM) (Elena G. de White - CS 478).

“Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios, su única defensa será la oración... la iglesia remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miran a sí mismos, estarán por desesperar. El tentador estará listo para acusarlos... Se esforzará para espantar... con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se desvíen de su fidelidad a Dios y reciban la marca de la bestia... Pero aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor...

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia. Los hijos de Dios están suspirando y clamando por las abominaciones hechas en la tierra. Con lágrimas advierten a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley divina, y con increíble tristeza se humillan delante del Señor a causa de sus propias transgresiones. Los impíos se burlan de su pesar, ridiculizan sus solemnes súplicas y se mofan de lo que llaman debilidad. Pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter pérdidas como consecuencia del pecado...

Los fieles, que se encuentran orando, están, por así decirlo, encerrados con Dios. Ellos mismos no saben cuán seguramente están escudados. Incitados por Satanás, los gobernantes de este mundo procuran destruirlos, pero si pudiesen abrírselos los ojos... verían a los ángeles de Dios acampados en derredor de ellos, manteniendo en jaque a la hueste de las tinieblas con su resplandor y gloria. Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: "Quitadle esas vestimentas viles", y se pronuncian las alentadoras palabras: "Mira que he

hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala". Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo... Han resistido los lazos del engañador, no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador... Mientras Satanás estaba insistiendo en sus acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra" (Elena G. de White - 5T 447-450).

Es interesante ver lo que comenta Víctor Venegas con respecto al carácter y el fin del mundo en declaraciones de Elena G. de White:

"Vamos a encontrar muchas declaraciones de la hermana White donde nos dice que cuando ya los hijos de Dios no pecan definitivamente es al fin del mundo, y declaraciones de ella en ese sentido confunden a alguno pensando en que cuando ella dice fin del mundo en este contexto de la victoria sobre el pecado en los hijos de Dios se refiere al momento de la segunda venida de Cristo, precisamente en el momento cuando él aparece aquí. Pero eso no es el fin del mundo, ese momento no es el fin del mundo. En el contexto de los escritos de Elena G. de White en la temática de la perfección del carácter, para Elena G. de White "fin del mundo" es el fin del tiempo de gracia" (Víctor Venegas – Audio de Whats app).

"El Salvador no nos señala un tiempo en que toda la cizaña se convertirá en trigo. El trigo y la cizaña crecen juntamente hasta el tiempo de la cosecha, el fin del mundo. Entonces la cizaña se ata en manojos para ser quemada, y el trigo se junta en el granero de Dios. "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre". Entonces "enviará el Hijo de Dios sus ángeles y cogerán de su reino todos los escándalos, y los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego: allí será el lloro y el crujir de dientes" (Elena G. de White - PVGM 53).

"El hombre juzga por la apariencia, pero Dios juzga el corazón. La cizaña y el trigo han de crecer juntamente hasta la cosecha; y la cosecha es el fin del tiempo de gracia" (Elena G. de White - PVGM 53).

De nuevo añade Víctor Venegas:

"En el pensamiento de Elena G. de White "fin del mundo" es el fin del tiempo de gracia, no el momento en que Cristo aparece aquí. ¿Por qué? Porque el fin del tiempo de gracia es el que da lugar a que empiece la segunda venida de Cristo que es lo que define el fin del mundo. ¿Por qué? Porque cuando Cristo termina su intercesión quita sus vestiduras de Sumo Sacerdote y se pone las vestiduras de Rey de Reyes, sale del lugar santísimo, y es allí cuando comenzó la segunda venida. La segunda venida no es un momento específico. No es referencia al día en que aparece aquí. La segunda venida es un proceso, tiene un inicio y tiene un final, pero cuando empezó la segunda venida allí empezó el fin del mundo. El ignorar ese punto puede traer muchas confusiones en los escritos de ella y el conocer ese punto va a llevar a una cantidad de cosas increíbles" (Víctor Venegas – Chat de Whats app).

## **La perfección del carácter cristiano debe estar completamente desarrollada en la segunda venida de Cristo**

“El Señor viene. El fin de todas las cosas está cerca. Nos queda poco tiempo para desarrollar el carácter (Elena G. de White - Cada día con Dios pág. 35).

"Entre los clamores de confusión: '¡Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está', se dará un testimonio especial, un mensaje especial de verdad apropiado para este tiempo. Ese mensaje debe ser recibido, creído, y se debe actuar conforme a él. Lo que es eficaz es la verdad, y no las ideas fantásticas. La verdad eterna de la Palabra se presentará libre de todos los errores engañosos y de interpretaciones espirituales, libre de toda descripción fantásticamente trazada y seductora. La atención de los hijos de Dios será acosada con falsedades; pero la verdad debe permanecer cubierta con su atavío hermoso y puro. La palabra en su influencia santa y elevadora no debe ser degradada a un nivel con los asuntos comunes y ordinarios. Debe permanecer siempre no contaminada con las falacias con que Satanás procura engañar, de ser posible, aun a los escogidos.

La proclamación del evangelio es el único medio por el cual Dios puede emplear a los seres humanos como instrumentos suyos para la salvación de las almas. A medida que hombres, mujeres y niños proclamen el evangelio, el Señor abrirá los ojos de los ciegos para que vean sus estatutos, y escribirá su ley en el corazón de aquellos que verdaderamente se arrepientan. El Espíritu de Dios que da poder trabajando por medio de los seres humanos, induce a los creyentes a tener un solo pensamiento, una sola alma, a unirse en el amor de Dios y en la observancia de sus mandamientos, a prepararse aquí en la tierra para la traslación" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 995).

“Una cosa no será transformada en la segundo venida de Cristo—el carácter. Nuestros rasgos de carácter, desarrollados durante este tiempo de prueba, no serán cambiados por la resurrección. Tendremos las mismas disposiciones en el cielo que habremos desarrollado en la tierra. Puesto que el carácter no es cambiado en la segunda venida, es de vital importancia que la transformación del carácter suceda diariamente ahora” (Elena G. de White - El Hogar Adventista, pág. 13).

“Aquellos que no se han negado a sí mismos, que no han manifestado simpatía por las miserias de los demás, que no han cultivado los preciosos atributos del amor, que no han manifestado tolerancia y mansedumbre en esta vida, no serán transformados cuando Cristo venga” (Elena G. de White - 3RH 241).

"Los que sirven a Dios deberían apuntar a la perfección. Los hábitos incorrectos deben ser vencidos. Los hábitos correctos deben ser formados. Bajo la disciplina del mayor Maestro que el mundo ha conocido alguna vez, los cristianos deben avanzar hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección. Esta es la orden de Dios, y nadie debería decir: no puedo hacerlo. En cambio, debería decir: 'Dios requiere que yo sea perfecto, y él me dará la fuerza para vencer todo lo que se interponga en el camino de la perfección'. Él es la fuente de toda sabiduría, de todo poder... El mundo ha establecido una norma para satisfacer las inclinaciones de los corazones no santificados, pero esta no es la norma de los que aman a Cristo. El Redentor los ha elegido del mundo, y les ha fijado su vida libre de pecado como norma. Los quiere elevar sobre toda vanidad de palabra o acción... La victoria significa mucho más de lo que suponemos. Significa resistir al enemigo y aferrarnos a Dios. Significa tomar la cruz y seguir a Cristo, haciendo alegremente aquellas cosas que son contrarias a la inclinación natural. Cristo vino del cielo para

mostrarnos cómo vivir una vida de sacrificio. En su fuerza hemos de ganar la perfección. Él ha hecho todo lo posible para que lo logremos, y cuando venga por segunda vez, nos preguntará por qué no hemos realizado su objetivo para nosotros. Día tras día, hora tras hora, nos estamos preparando para el juicio, decidiendo nuestro destino eterno... Ningún compromiso con el pecado podrá ser aceptado alguna vez por un Dios puro y santo. Ninguna conversión es genuina si no cambia radicalmente el corazón, el carácter, cada línea de conducta... Esta vida presente es solo nuestra escuela de formación. Aquí debemos ser purificados para que en la venida de Cristo podemos ser sin mancha ni arruga ni cosa semejante, preparados para recibir la herencia de los santos en luz" (Elena G. de White - Signs of the Times, 17 de julio, 1901).

"En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino" (Elena G. de White - CS 680-681).

"Cuando Cristo venga por segunda vez, el mundo entero será representado por dos clases: los justos y los injustos" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 446).

(Enoc) "El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán "comprados de entre los de la tierra" (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo" (Elena G. de White - PP 77).

"El carácter no puede ser cambiado cuando Cristo venga ni en el momento en que el hombre está a punto de morir... La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino" (Elena G. de White - TM 430, HC 12).

"En el cielo hay obediencia y paz, armonía y orden perfectos. Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. Nunca podrán ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando Cristo venga no cambiará el carácter de ninguna persona. El precioso tiempo de gracia nos es dado para que lo aprovechemos lavando las vestiduras del carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida. Cada día se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo. Cada día hay nuevas batallas que pelear y victorias que ganar. Cada día el alma debe ejercitarse en fervientes súplicas ante Dios por las grandes victorias de la cruz" (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 4, p. 422).

"Toda nuestra preparación para el cielo debe ser completada aquí. Cuando Cristo venga, nuestros caracteres no serán transformados. Estos cuerpos viles serán transformados, y modelados de acuerdo con la semejanza de Su cuerpo glorioso; pero no habrá una transformación moral realizada en nosotros entonces" (Elena G. de White - 2RH 236).

“Cuando Cristo venga nuestros cuerpos han de ser transformados y hechos como su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será hecho santo entonces. La transformación del carácter debe ocurrir antes de su venida. Nuestras naturalezas deben ser puras y santas; debemos tener la mente de Cristo, para que él contemple con placer su imagen reflejada sobre nuestras almas. ... José conservó su integridad cuando estuvo rodeado por los idólatras de Egipto, en medio del pecado y la blasfemia y de las influencias corruptoras. Cuando fue tentado a apartarse de la senda de la virtud, su respuesta fue: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?”. Génesis 39:9. Enoc, José y Daniel dependieron de la fortaleza que era infinita. Esta es la única senda de seguridad que los cristianos pueden seguir hoy en día...” (Elena G. de White - Nuestra elevada vocación pág. 280).

“Los padres crean en extenso grado la atmósfera que reina en el círculo del hogar, y donde hay desacuerdo entre el padre y la madre, los niños participan del mismo espíritu. Impregnad la atmósfera de vuestro hogar con la fragancia de un espíritu tierno y servicial. Si os habéis convertido en extraños y no habéis sido cristianos de acuerdo con la Biblia, convertíos; porque el carácter que adquiriréis durante el tiempo de gracia será el carácter que tendréis cuando venga Cristo. Si queréis ser santos en el cielo, debéis ser santos primero en la tierra. Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados por la muerte ni por la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia nuestro carácter al venir. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino” (Elena G. de White - El hogar cristiano 12).

"Antes que se dé la recompensa final, debe decidirse quiénes son idóneos para compartir la herencia de los justos. Esta decisión debe hacerse antes de la segunda venida de Cristo en las nubes del cielo; porque cuando él venga, traerá su galardón consigo, "para recompensar a cada uno según fuere su obra" (Apocalipsis 22:12). Antes de su venida, pues, habrá sido determinado el carácter de la obra de todo hombre, y a cada uno de los seguidores de Cristo le habrá sido fijada su recompensa de acuerdo con sus obras" (Elena G. de White - Palabras de vida del gran Maestro, pp. 251, 252).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

“Debéis experimentar una muerte al yo y vivir para Dios. Si pues habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba donde esta Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1). No debemos consultar con el yo, el orgullo, el amor propio, el egoísmo, la avaricia, la codicia, el amor al mundo, el odio, la suspicacia, los celos, las malas sospechas, todas esas cosas deben ser subyugadas y sacrificadas para siempre. Cuando Cristo venga no lo hará para corregir esos males y darnos un carácter adecuado para su venida, esa preparación debe estar completa antes de que venga” (Elena G. de White - Maranata el Señor viene 57).

“... empeñándose en esta obra (purificando nuestros corazones), y ejercitando una fe viva en Dios,... debemos perfeccionar un carácter cristiano. La obra de limpiar el templo del alma y prepararse para la aparición de Cristo tiene que ser hecha mientras estamos en este mundo de tentación. Tal como Cristo nos ha de encontrar con nuestro carácter cuando Él venga, así permaneceremos” (Elena G. de White - 2ST 153).

“Cuando Cristo venga, nuestros cuerpos viles serán transformados y hechos conforme a Su cuerpo glorioso; pero el carácter vil no será hecho santo entonces. La transformación de carácter tiene que tomar lugar antes de Su venida. Nuestras naturalezas tienen que ser puras y santas; tenemos que tener la mente de Cristo, para que Él pueda contemplar con agrado Su imagen reflejada sobre nuestras almas” (Elena G. de White - 2ST 71).

“A través de la gracia de Cristo debemos perfeccionar un carácter cristiano. No debemos pensar que podemos esperar hasta que Cristo venga, y de que Él nos va a dar la necesaria virtud y gracia. Es en esta vida que debemos representar a Cristo” (Elena G. de White - 2ST 330).

“Muchos se están engañando a sí mismos pensando que el carácter será transformado a la venida de Cristo; pero no habrá ninguna conversión de corazón cuando Él aparezca. Nuestros defectos de carácter deben ser enmendados aquí, y a través de la gracia de Cristo tenemos que vencerlos mientras dure nuestra prueba. Este es el lugar para ser habilitados para la familia celestial” (Elena G. de White - 2ST 524).

“Ahora es nuestro día de prueba, y debemos perfeccionar ahora los caracteres que soportarán la prueba del juicio. Cuando Cristo venga, no habrá ningún cambio de carácter; esto mortal será hecho inmortal, y esto corrompido será hecho incorruptible; y aquellos que estén vivos y permanezcan sobre la tierra serán tomados para encontrarse con el Señor en el aire, si sus caracteres son intachables y puros. La transformación de carácter tiene que tomar lugar durante las preciosas horas de prueba” (Elena G. de White - 2ST 508).

“Cuando la voz de Dios despierte a los muertos, él saldrá del sepulcro con los mismos apetitos y pasiones, los mismos gustos y aversiones que poseía en vida. Dios no obra ningún milagro para regenerar al hombre que no quiso ser regenerado cuando se le concedió toda oportunidad y se le proveyó toda facilidad para ello. Mientras vivía no halló deleite en Dios, ni halló placer en su servicio. Su carácter no se halla en armonía con Dios y no podría ser feliz en la familia celestial” (Elena G. de White - PVGM 215.5).

“Que la obediencia perfecta se da en los hijos de Dios aquí y ahora, antes de la segunda venida de Cristo y de la glorificación de los salvos” (Elena G. de White - Desde el corazón pág. 339).

“Antes de su venida, pues, habrá sido determinado el carácter de la obra de todo hombre, y a cada uno de los seguidores de Cristo le habrá sido fijada su recompensa de acuerdo con sus obras” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús pág. 338).

“Debéis experimentar una muerte al yo y vivir para Dios. Si pues habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba donde esta Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1). No debemos consultar con el yo, el orgullo, el amor propio, el egoísmo, la avaricia, la codicia, el amor al mundo, el odio, la suspicacia, los celos, las malas sospechas, todas esas cosas deben ser subyugadas y sacrificadas para siempre. Cuando Cristo venga no lo hará para corregir esos males y darnos un carácter adecuado para su venida, Esa preparación debe estar completa antes de que venga” (Elena de White - Maranata el Señor viene 57).

### **Nuestros caracteres deben ser perfeccionados a fin de poder vivir en el cielo con seres santos y que no se levante una segunda rebelión**

"En la gran obra final encontraremos perplejidades que no sabremos resolver; pero no olvidemos que las tres grandes potestades del cielo están obrando, que una mano divina está sobre el timón y que Dios cumplirá sus promesas... Pronto estaremos en nuestro hogar prometido. Allí Jesús nos pastoreará junto al río de la vida que sale del trono de Dios y nos explicará las tenebrosas providencias a través de las cuales nos condujo para perfeccionar nuestros caracteres" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 8, p. 265).

“Una cosa no será transformada en la segunda venida de Cristo—el carácter. Nuestros rasgos de carácter, desarrollados durante este tiempo de prueba, no serán cambiados por la resurrección. Tendremos las mismas disposiciones en el cielo que habremos desarrollado en la tierra. Puesto que el carácter no es cambiado en la segunda venida, es de vital importancia que la transformación del carácter suceda diariamente ahora” (Elena G. de White - El Hogar Adventista, pág. 13).

"La única esperanza de cualquier ser humano descansa en Cristo Jesús... Las vestimentas puras y santas no están preparadas para que alguien se las ponga después de haber entrado en la puerta de la ciudad. Todos los que entraren allí poseerán el manto de la justicia de Cristo, y sobre sus frentes se verá el nombre de Dios. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la sumisión de la mente a una obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios" (Elena G. de White - Sons and Daughters of God, p. 370; parcialmente en Hijos e hijas de Dios, p. 372).

“En el día del juicio, la conducta de aquel que haya conservado la fragilidad y la imperfección de la humanidad, no será defendida. Para el tal no habrá lugar en el cielo. No podría disfrutar de la perfección de los santos en luz. El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo del pecado, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 411).

“Dios es honrado solo cuando los que profesan creer en él son amoldados a su imagen. Debemos representar ante el mundo la belleza de la santidad porque nunca entraremos a través de la puertas de la ciudad de Dios, hasta que perfeccionemos un carácter como el de Cristo” (Elena G. de White - Dios nos cuida 290).

"Nadie diga: No puedo remediar mis defectos de carácter. Si llegan a esa conclusión, dejarán ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en la propia voluntad. Si no quieren, no pueden vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios" (Elena G. de White - Mensajes para los Jóvenes, 95-97. SSJ 354.5).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

"Todos los que van a ser santos en el cielo serán primero santos sobre la tierra" (Elena G. de White - 2RH 509).

"Si queréis ser santos en el cielo, primero debéis serlo en la tierra. Los rasgos de carácter que acariciáis en esta vida no cambiarán en virtud de la muerte o de la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia el carácter en su venida. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino. Debemos arrepentirnos de nuestros defectos de carácter y vencerlos mediante la gracia de Cristo, y debe formarse un carácter simétrico mientras estamos en este período de prueba, a fin de que seamos idóneos para las mansiones de arriba" (Eventos de los últimos días, p. 299).

"Así como el arco iris se forma en las nubes por la combinación de la luz del sol y de la lluvia, así también el arco iris que rodea el trono representa el poder combinado de la misericordia y la justicia. No solo debe sostenerse la justicia, pues esto eclipsaría la gloria del arco iris de la promesa que está encima del trono; el hombre solo podría ver la penalidad de la ley. Si no hubiese justicia ni castigo, no habría estabilidad en el gobierno de Dios. La mezcla de juicio y misericordia es lo que hace la salvación plena y completa... Si fuéramos defectuosos de carácter, no podríamos pasar por las puertas que la misericordia ha abierto para el obediente, pues la justicia está a la entrada y exige santidad y pureza en todos los que quieran ver a Dios. Si la justicia fuera extinguida, y si fuera posible que la misericordia divina abriera las puertas a todo el género humano sin tener en cuenta el carácter, habría en el cielo una condición peor de descontento y rebelión que la que hubo antes de que Satanás fuera expulsado. Se

quebrantarían la paz, la felicidad y la armonía del cielo. El traslado de la tierra al cielo no cambiará los caracteres de los hombres; la felicidad de los redimidos en el cielo es el resultado de los caracteres formados en esta vida a semejanza de la imagen de Cristo. Los santos en el cielo primero habrán sido santos en la tierra. La salvación para el hombre que Cristo ganó con un sacrificio tan grande, es la única que tiene valor, es la que nos salva del pecado: la causa de todas las calamidades y desgracias de nuestro mundo. La misericordia ofrecida al pecador constantemente lo está atrayendo a Jesús... De esta manera no es debilitada la ley de Dios, sino que se quebranta el poder del pecado y el cetro de la misericordia se extiende al pecador penitente" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1071,1072).

“En el cielo hay obediencia y paz, armonía y orden perfectos. Los que no respetan el orden o la disciplina en esta vida, no respetarían el orden que se observa en el cielo. Nunca podrán ser admitidos allí; porque todos los que sean dignos de entrar en el cielo amarán el orden y respetarán la disciplina. Los caracteres formados en esta vida determinarán el destino futuro. Cuando Cristo venga no cambiará el carácter de ninguna persona. El precioso tiempo de gracia nos es dado para que lo aprovechemos lavando las vestiduras del carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. La eliminación de las manchas del pecado requiere la obra de toda una vida. Cada día se necesita hacer esfuerzos renovados para refrenar al yo y negarlo. Cada día hay nuevas batallas que pelear y victorias que ganar. Cada día el alma debe ejercitarse en fervientes súplicas ante Dios por las grandes victorias de la cruz” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 4, p. 422).

“Nadie que haya recibido la luz de la verdad y quebrante los mandamientos entrará en la ciudad de Dios. Su ley constituye el fundamento de su gobierno en la tierra y en el cielo. Los que conscientemente hayan pisoteado y despreciado su ley en la tierra, no serán llevados al cielo para que allí hagan la misma obra; no se producirá un cambio de carácter cuando Cristo venga. La edificación del carácter ha de proseguir durante las horas de prueba. Día tras día nuestras acciones son registradas en los libros del cielo, y en el gran día de Dios seremos recompensados según hayan sido nuestras obras. Entonces se verá quién recibe la bendición. “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad - Apocalipsis 22:14” (Elena G. de White - Fe y Obras 42, 43).

“Muchos se están engañando a sí mismos pensando que el carácter será transformado a la venida de Cristo; pero no habrá ninguna conversión de corazón cuando Él aparezca. Nuestros defectos de carácter deben ser enmendados aquí, y a través de la gracia de Cristo tenemos que vencerlos mientras dure nuestra prueba. Este es el lugar para ser habilitados para la familia celestial” (Elena G. de White - 2ST 524).

“Los profesos cristianos se mantienen demasiado cerca de las cosas vulgares de la tierra. Sus ojos están acostumbrados a ver sólo las cosas comunes y sus mentes se complacen en las cosas que contemplan sus ojos. Su experiencia religiosa es a menudo superficial e insatisfactoria, y sus palabras son livianas y sin valor. ¿Cómo podrán los tales reflejar la imagen de Cristo? ...

El cielo está libre de todo pecado, de toda contaminación e impureza; y si deseamos vivir en su atmósfera, si deseamos contemplar la gloria de Cristo, debemos ser puros de corazón, perfectos de carácter por medio de su gracia y su justicia. No debemos embargarnos con placeres o diversiones, sino prepararnos para las gloriosas mansiones que Cristo ha ido a preparar para nosotros...

Cristo está pronto a venir en gloria; y cuando su majestad se revele, el mundo deseará haber tenido su favor. En ese momento, todos desearemos un lugar en las mansiones celestiales. Pero

los que no confiesen a Cristo ahora en palabra, en vida, en carácter, no podrán esperar que él los reconozca delante de su Padre y de sus ángeles santos” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“No podemos esperar hasta el juicio para estar dispuestos a negarnos al yo y levantar la cruz. No podremos entonces formar caracteres para el cielo. Es aquí, en esta vida, donde debemos colocarnos al mando del humilde y abnegado Redentor. Es aquí donde debemos vencer la envidia, la contienda, el egoísmo, el amor al dinero, el amor al mundo. Es aquí donde debemos entrar en la escuela de Cristo y aprender del Maestro las preciosas lecciones de mansedumbre y humildad. Y es aquí donde debemos hacer los mayores esfuerzos para ser leales y fieles al Dios del cielo, obedeciendo todos sus mandamientos y capacitándonos así para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para todos los que aman a Dios” (Elena G. de White - Alza tus ojos pág. 190).

“No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el cielo. Es la piedad sincera y experimental lo único que puede darte un carácter puro y elevado, y habilitarte para entrar en la presencia de Dios, quien mora en luz inaccesible. Esta tierra es el único lugar donde debemos adquirir el carácter celestial. Por lo tanto, comienza en seguida. Y no te lisonjees de que llegará el tiempo en que podrás con más facilidad que ahora hacer un esfuerzo ferviente. Cada día te distancia más de Dios. Prepárate para la eternidad con un celo que no has manifestado todavía. Educa la mente para amar la Biblia, amar la reunión de oración, amar la hora de meditación, y sobre todo, la hora en la cual el alma comulga con Dios. Adquiere la mentalidad del cielo si quieres unirse con el coro celestial en las mansiones divinas” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 pág. 243).

“Oh mi Padre celestial, solo Tú puedes romper las ligaduras de hierro del corazón. Solo Tu puedes llevarnos a comprender el carácter que cada alma debe tener y manifestar en este mundo antes de que pueda estar preparada para ser trasladada a la familia del cielo” (Elena G. de White - Sermones escogidos tomo 1 pág. 328).

“Tenemos la obligación de usar correctamente nuestras facultades a fin de que se nos considere aptos para la vida eterna en el reino de Dios. El Señor requiere perfección de todo hombre. Debemos ser perfectos en esta vida humana, como Dios lo es en su condición de Ser divino” (Elena G. de White - Cada día con Dios pág. 316).

“Todos los que entren en el cielo donde está Jesús tendrán en esta vida las características que constituyen un cielo aquí abajo. Benditos y benéficos son los rayos de luz del Sol de Justicia que están ahora derramándose—luminosos y curativos—sobre todo el que abre las ventanas del alma hacia el Cielo” (Elena G. de White - Alza tus ojos pág. 255).

“Que el amor de Cristo more en sus corazones. No pueden ser santificados en la verdad mientras las palabras y los caracteres no estén en armonía con el Espíritu de Dios. Si el temperamento precipitado y el habla imprudente no logran vencerse en esta vida, nunca podrán ser transferidos a las cortes divinas y a la presencia de Jesucristo. Debemos graduarnos cabalmente en esta vida si hemos de ser trasladados a la escuela superior de las cortes celestiales” (Elena G. de White - Alza tus ojos pág. 250).

“Puesto que “la ley de Jehová es perfecta,” cualquier variación de ella debe ser mala. Los que desobedecen los mandamientos de Dios, y enseñan a otros a hacerlo, son condenados por Cristo. La vida de obediencia del Salvador sostuvo los derechos de la ley; probó que la ley puede ser

guardada en la humanidad, y reveló la excelencia del carácter que la obediencia desarrollaría. Todos los que obedecen como él obedeció, declaran igualmente que el mandamiento de la ley “es santo, y justo, y bueno.” Por otro lado, todos los que violan los mandamientos de Dios, sostienen el aserto de Satanás de que la ley es injusta y no puede ser obedecida. Así secundan los engaños del gran adversario y deshonran a Dios. Son hijos del maligno, que fue el primer rebelde contra la ley de Dios. Admitirlos en el cielo sería volver a introducir elementos de discordia y rebelión, y hacer peligrar el bienestar del universo. Ningún hombre que desprecia voluntariamente un principio de la ley entrará en el reino de los cielos” (Elena G. de White - DTG 275-276).

“Jesús, el Rey de aquel país, es puro y santo. Él ha comandado a Sus seguidores, “sed santos, porque Yo soy santo”. Si de aquí en adelante nos asociamos con Cristo y con ángeles sin pecado, tenemos que obtener aquí una compatibilidad para tal sociedad” (Elena G. de White - RH I, 297).

## **Conclusión**

Como hemos visto en las citas que relacionan la perfección del carácter cristiano y el tiempo en que debería estar formado en el hombre, podemos decir que el tiempo límite, el evento que marca un corte es el derramamiento de la lluvia tardía (del Espíritu Santo), ya que esta no será recibida por los caracteres que no hayan sido perfeccionados.

También queda claro que el sellamiento y el fin del tiempo de gracia (que son eventos paralelos) muestran que cuando se produzcan el carácter deberá estar perfeccionado, al igual que en el tiempo del paso del pueblo de Dios por el tiempo de angustia y la segunda venida.

Por lo tanto como queda claro después de analizar este capítulo que nuestro carácter no cambiará en la segunda venida, ni Cristo hace ningún milagro para cambiarlo, así como estemos en aquél momento seremos trasladados o resucitados en cuanto al carácter, sólo restará la glorificación de nuestro cuerpo en el momento de la segunda venida de Cristo.

## Capítulo 15

### ¿PODEMOS CREERNOS PERFECTOS?

***Versículo clave:*** “Si yo me justificare, me condenaría mi boca; Si me dijere perfecto, esto me haría inicuo” (Job 9:20).

El versículo clave de este capítulo resume y responde perfectamente la pregunta que planteamos en este capítulo.

¿Será que alguien puede presentarse a predicar estos temas sobre la perfección cristiana y decir que ha logrado la perfección de carácter, que ya es perfecto?

Vamos a descubrirlo:

#### ¿Podemos creernos perfectos?

“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Corintios 12:9).

"La verdadera santificación se demostrará mediante una cuidadosa obediencia de todos los mandamientos de Dios, mediante un cuidadoso desarrollo de cada talento; por medio de una conversación decorosa, se demostrará al revelar en cada acto la humildad de Cristo" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 920).

“El cristiano verdadero, humilde y sincero recibirá el molde de un carácter perfecto, y su corazón estará siempre siendo conformado a la imagen de Cristo” (Elena G. de White - RH I, 236).

“Las primeras palabras que dirigió Cristo al pueblo en el monte, fueron palabras de bienaventuranza. Bienaventurados son, dijo, los que reconocen su pobreza espiritual, y sienten su necesidad de redención. El Evangelio ha de ser predicado a los pobres. No es revelado a los que son orgullosos espiritualmente, a los que pretenden ser ricos y no necesitar nada, sino a los humildes y contritos. Una sola fuente ha sido abierta para el pecado, una fuente para los pobres de espíritu” (Elena G. de White - DTG 267).

“Los que, destacándose en el frente del conflicto, se ven impelidos por el Espíritu de Dios a hacer una obra especial, experimentarán con frecuencia una reacción cuando cese la presión. El abatimiento puede hacer vacilar la fe más heroica y debilitar la voluntad más firme. Pero Dios comprende, y sigue manifestando compasión y amor. Lee los motivos y los propósitos del corazón. Aguardar con paciencia, confiar cuando todo parece sombrío, es la lección que necesitan aprender los dirigentes de la obra de Dios. El Cielo no los desampará en el día de su adversidad. No hay nada que parezca más impotente que el alma que siente su insignificancia y confía plenamente en Dios, y en realidad no hay nada que sea más invencible” (Elena G. de White - PR 129).

“Si yo me justificare, me condenaría mi boca; Si me dijere perfecto, esto me haría inicuo” (Job 9:20).

“En el tiempo del fin, los hijos de Dios estarán suspirando y clamando por las abominaciones cometidas en la tierra. Con lágrimas advertirán a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley

divina, y con tristeza indecible y penitencia se humillarán delante del Señor. Los impíos se burlarán de su pesar y ridiculizarán sus solemnes súplicas; pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter perdidas como consecuencia del pecado. Porque se están acercando más a Cristo y sus ojos están fijos en su perfecta pureza, discernen tan claramente el carácter excesivamente pecaminoso del pecado. La mansedumbre y humildad de corazón son las condiciones indispensables para obtener fuerza y para alcanzar la victoria. Una corona de gloria aguarda a los que se postran al pie de la cruz (Elena G. de White - PR 433-434).

“Miraba al Rey en su hermosura, y se olvidaba de sí mismo. Contemplaba la majestad de la santidad, y se sentía deficiente e indigno. Estaba listo para salir como el mensajero del Cielo, sin temor de lo humano, porque había mirado lo divino. Podía estar en pie sin temor en presencia de los monarcas terrenales, porque se había postrado delante del Rey de reyes” (Elena G. de White - DTG 78).

“Jesús añadió: “Mas no os gocéis de esto, que los espíritus se os sujetan; antes gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.” No os gocéis por el hecho de que poseéis poder, no sea que perdáis de vista vuestra dependencia de Dios. Tened cuidado, no sea que os creáis suficientes y obréis por vuestra propia fuerza, en lugar de hacerlo por el espíritu y la fuerza de vuestro Señor. El yo está siempre listo para atribuirse el mérito por cualquier éxito alcanzado. Se lisonjea y exalta al yo, y no se graba en otras mentes la verdad de que Dios es todo y en todos. El apóstol Pablo dice: “Porque cuando soy flaco, entonces soy poderoso.” Cuando nos percatamos de nuestra debilidad, aprendemos a no depender de un poder inherente. Nada puede posesionarse tan fuertemente del corazón como el sentimiento permanente de nuestra responsabilidad ante Dios. Nada alcanza tan plenamente a los motivos más profundos de la conducta como la sensación del amor perdonador de Cristo. Debemos ponernos en comunión con Dios; entonces seremos dotados de su Espíritu Santo, el cual nos capacita para relacionarnos con nuestros semejantes. Por lo tanto, gozaos de que mediante Cristo habéis sido puestos en comunión con Dios, como miembros de la familia celestial. Mientras miréis más arriba que vosotros mismos, tendréis un sentimiento continuo de la flaqueza de la humanidad. Cuanto menos apreciéis el yo, más clara y plena será vuestra comprensión de la excelencia de vuestro Salvador. Cuanto más estrechamente os relacionéis con la fuente de luz y poder, mayor luz brillará sobre vosotros y mayor poder tendréis para trabajar por Dios. Gozaos porque sois uno con Dios, uno con Cristo y con toda la familia del cielo” (Elena G. de White – DTG 456).

“Enoc poseía una mente poderosa, bien cultivada, y profundos conocimientos. Dios le había honrado con revelaciones especiales; sin embargo, por el hecho de que estaba en continua comunión con el cielo, y reconocía constantemente la grandeza y perfección divinas, fue uno de los hombres más humildes. Cuanto más íntima era su unión con Dios, tanto más profundo era el sentido de su propia debilidad e imperfección” (Elena G. de White - PP 72).

“Ni José, ni Daniel ni ninguno de los apóstoles pretendieron ser impecables. Los hombres que han vivido más cerca de Dios, los hombres que habrían sacrificado la vida misma antes que pecar deliberadamente contra Él, los hombres a quienes Dios ha honrado con luz y poder divinos, se han reconocido a sí mismos como pecadores, indignos de sus grandes mercedes” (Elena G. de White – FO 43).

“Y yo solo Daniel vi aquella visión y no quedó fuerza en mi, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento (Daniel 10:7-8). Todos los que estarán verdaderamente santificados tendrán una

experiencia similar. Cuando más claras sus concepciones de la grandeza la gloria y la perfección de Cristo, más vívidamente verán su propia debilidad en perfección. No tendrán ninguna disposición a alardear de un carácter impecable. Lo que parecía correcto y amable en ellos en contraste con la pureza y la gloria de Cristo aparecerá solamente como indigno y corruptible. Cuando los hombres se hallan separado de Dios y tienen un concepto muy vago de Cristo entonces dicen yo soy sin pecado, estoy santificado” (Elena G. de White - Reflejemos a Jesús 17 de marzo).

"Pero no nos jactemos de nuestra santidad. Al tener una visión más clara del inmaculado carácter de Cristo y de su infinita pureza, nos sentiremos como Daniel cuando contempló la gloria del Señor, y dijo: 'Mi fuerza se cambió en desfallecimiento' (Daniel 10:8). No podremos decir: 'Yo soy impecable', hasta que este cuerpo vil sea transformado a la semejanza de su cuerpo glorioso. Pero si constantemente tratamos de seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar en pie delante del trono de Dios, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; completos en Cristo, vestidos con el manto de su justicia y perfección" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, pp. 405, 406).

“El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del Cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe verdadera se funda en las promesas y disposiciones de las Sagradas Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. “El pecado es transgresión de la ley.” Y “todo aquel que peca (transgrede la ley), no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:6. Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios.” 1 Juan 2:4, 5 (VM). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberle comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empequeñecen y tienen en poco los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan a los hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno.

Y la aserción de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree” (Elena G. de White - CS 526).

“Usted piensa que sus errores y transgresiones han sido tan gravosos al Señor, que él no... lo salvará. Cuanto más se acerque a Jesús, tanto más culpable aparecerá ante sus propios ojos, porque su visión será más clara, y sus imperfecciones serán vistas en un contraste más nítido con su perfecta naturaleza. Pero no se desanime. Esta es una evidencia de que los engaños de Satanás han perdido su poder; de que la influencia vivificante del Espíritu de Dios está surgiendo en usted, y que su indiferencia y despreocupación están desapareciendo” (Elena G. de White - DNC 101).

“Cuanto más cerca estéis de Jesús, más imperfectos os reconoceréis, porque veréis más claramente vuestros defectos a la luz del contraste de su perfecta naturaleza. Esta es una evidencia de que los engaños de Satanás han perdido su poder y de que el Espíritu de Dios os está despertando” (Elena G. de White - El Camino a Cristo, páginas 64, 65).

“Mientras menos cosas dignas de estima veamos en nosotros, más encontraremos que estimar en la pureza y santidad infinitas de nuestro Salvador. Una vislumbre de nuestra pecaminosidad nos puede guiar al Ser que nos puede perdonar, y cuando, comprendiendo nuestra impotencia, el alma busque a Cristo, él se revelará con poder. Cuanto más nos guíe nuestra necesidad hacia él y a la Palabra de Dios, tanto más elevada visión tendremos de su carácter y más plenamente reflejaremos su imagen” (Elena G. de White - El camino a Cristo 65).

“Existe en el mundo religioso una teoría sobre la santificación que es falsa en sí misma y peligrosa en su influencia. En muchos casos aquellos que profesa poseer la santificación no conocen esa experiencia en forma genuina. Los que en verdad tratan de perfeccionar un carácter cristiano nunca acariciarán el pensamiento de que no tienen pecado. Su vida puede ser irreprochable, pueden ser representantes vivos de la verdad que han aceptado. Pero cuanto más disciplinen su mente para espaciarse en el carácter de Cristo y cuanto más se acerquen a la divina imagen del Salvador tanto más claramente discernirán la impecable perfección de Jesús y más hondamente sentirán sus propios defectos. Cuando algunas personas pretenden estar santificadas con eso dan suficiente evidencia de que están muy lejos de la santidad. Dejan de ver sus propias debilidades y su indignancia. Consideran que ellos reflejan la imagen de Cristo porque no tienen un verdadero conocimiento de Él. Cuanto mayor es la distancia entre ellos y su Salvador tanto más justos aparecen a sus propios ojos” (Elena G. de White - La edificación del carácter 7).

“Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fué ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre “muy amado” (Daniel 10:11, VM) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impiamente.” El declara: “Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.” Daniel 9:18, 15, 20; 10:8 (VM).

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza.” Job 42:6. Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!” dijo abrumado: “¡Ay de mí, pues soy perdido!” Isaías 6:3, 5 (VM).

Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, San Pablo habló de sí mismo como del “más pequeño de todos los santos.” 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. Y el amado Juan, el que había descansado en el pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel. Apocalipsis 1:17.

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destrozaron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad.

Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la fe solamente, alcanzan perfecta santidad. “Tan sólo creed—dicen—y la bendición es vuestra.” Según ellos, no se necesita mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios y afirman que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos y concuerden con la voluntad y el modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que expresan su naturaleza y voluntad, y enseñan lo que le agrada? El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: “Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? ... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras? ... Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe - Santiago 2:14-24” (Elena G. de White - CS 525-526).

“A medida que usted hace avances en la vida cristiana, usted estará constantemente creciendo a la medida de la estatura completa de Cristo. En su experiencia, usted comprobará cuál es el largo, el ancho, la profundidad y la altura, del amor de Dios, el cual supera todo conocimiento. Usted sentirá su indignidad. No tendrá ninguna disposición de decir que posee una perfección de carácter, sino que solamente exaltará la perfección de su Redentor. Mientras más completa y rica sea su experiencia en el conocimiento de Jesús, más humilde será la manera en que usted mismo se vea” (Elena G. de White - RH, 16 de Octubre de 1888).

“Ninguno de los apóstoles o profetas pretendió jamás estar sin pecado. Los hombres que han vivido más cerca de Dios, que han estado dispuestos a sacrificar la vida misma antes que cometer a sabiendas una acción mala, los hombres a los cuales Dios había honrado con luz y poder divinos, han confesado la pecaminosidad de su propia naturaleza. No han puesto su confianza en la carne, no han pretendido tener ninguna justicia propia, sino que han confiado plenamente en la justicia de Cristo. Así harán todos los que contemplan a Cristo” (Elena G. de White – PVGM 124-125).

“Ningún apóstol o profeta pretendió haber vivido sin pecado. Hombres que han vivido lo más cerca de Dios, hombres que sacrificaron sus vidas antes de cometer a sabiendas un acto pecaminoso, hombres a quienes Dios honró con luz divina y poder, confesaron su naturaleza pecaminosa. No pusieron su confianza en la carne, no pretendieron poseer una justicia propia, sino que confiaron completamente en la justicia de Cristo.

Así debe ser con todos los que contemplan a Jesús. Cuanto más nos acerquemos a él y cuanto más claramente discernamos la pureza de su carácter, tanto más claramente veremos la extraordinaria gravedad del pecado y tanto menos nos sentiremos tentados a exaltarnos a nosotros mismos. Habrá un continuo esfuerzo del alma para acercarse a Dios; una constante, ferviente y dolorosa confesión del pecado y una humillación del corazón ante él. En cada paso de avance que demos en la experiencia cristiana, nuestro arrepentimiento será más profundo. Conoceremos que la suficiencia solamente se encuentra en Cristo, y haremos la confesión del apóstol: “Y yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien.” “Más lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de

nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo - Romanos 7:18; Gálatas 6:14" (Elena G. de White - HAP 448).

Thomas Davis tiene algo interesante para compartir:

"Ninguno de los apóstoles o profetas pretendió jamás estar sin pecado. Los hombres que han vivido más cerca de Dios, que han estado dispuestos a sacrificar la vida misma antes que cometer a sabiendas una acción mala (un acto errado), los hombres a los cuales Dios había honrado con luz y poder divinos, han confesado la pecaminosidad de su propia naturaleza. No han puesto su confianza en la carne, no han pretendido tener ninguna justicia propia, sino que han confiado plenamente en la justicia de Cristo. Así harán todos los que contemplan a Cristo" (Elena G. de White – PVGM 124-125).

Examinando este pasaje, encontramos que el pecado es mencionado de dos maneras diferentes: Hay actos pecaminosos – "un acto errado" (cf. Gal. 5:19), y está el principio del pecado (P. 1) – "la pecaminosidad de su propia naturaleza" (cf. 1 Juan 3:4, RSV). En estas dos categorías tenemos la clave que tenemos que usar para evitar confusión acerca del pecado y de la victoria sobre el pecado.

Observe que los hombres mencionados "sacrificarían la vida misma antes que cometer a sabiendas un *acto errado*". Esto sugiere que habían encontrado la "redención en Cristo (lo cual) significa cesar de transgredir la ley" (P. 22).

Pero al mismo tiempo, ellos reconocieron que habían caído, que tenían naturalezas pecaminosas (P. 3, 4). Ellos "confesaron la pecaminosidad de sus naturalezas" y "no colocaron ninguna confianza en la carne" (P. 10).

Pongámoslo entonces de la siguiente manera: Los más grandes santos reconocieron que eran pecadores en que conocían el potencial pecaminoso de sus naturalezas caídas. Pero al mismo tiempo ellos eran continuamente capaces, a través del poder del Espíritu que habitaba dentro de ellos, de subyugar (P. 32) sus naturalezas pecaminosas y así, en ese respecto, "estar libres de pecado" (FO 98).

Las siguientes palabras se aplican a los santos más fuertes como también a los más débiles: "Aquel que lucha para servir a Dios encontrará una fuerte corriente subterránea de mal. Su corazón necesita estar protegido por una constante vigilancia y oración, o entonces el dique se vendrá abajo; y como una corriente de molino, la corriente subterránea del mal barrerá la salvaguarda" – NEV 215" (Thomas Davis – Preguntas que demandan respuestas 38).

"Cuando termine el conflicto de la vida, cuando la armadura sea colocada a los pies de Jesús, cuando los santos de Dios sean glorificados, entonces, y sólo entonces, será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado (Elena G. de White - The Signs of the Times, 16 de mayo de 1895).

"Aquellos que están verdaderamente buscando la perfección del carácter Cristiano nunca consentirán el pensamiento de que son sin pecado" (Elena G. de White - The Sanctified Life, página 7).

"No nos jactaremos de nuestra santidad... No podemos decir "Soy sin pecado," hasta que este cuerpo vil sea cambiado y transformado a Su cuerpo glorioso" (Elena G. de White - Signs of the Times, marzo 23, 1888).

"El Espíritu Santo, el Consolador, que Jesús dijo que enviaría al mundo, es el que cambia nuestro carácter a la imagen de Cristo, y cuando esto se logra, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor; es decir, el carácter del que así contempla a Cristo es tan semejante al del Señor, que el

que lo mira ve el propio carácter de Cristo que brilla como procedente de un espejo. En forma imperceptible para nosotros somos transformados día tras día, de nuestros propios caminos y nuestra propia voluntad a los caminos y a la voluntad de Cristo, a la belleza de su carácter. Así crecemos en Cristo e inconscientemente reflejamos su imagen" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1097).

“Escriban los ángeles la historia de las santas contiendas y conflictos del pueblo de Dios y registren sus oraciones y lágrimas; pero no sea Dios deshonrado por la declaración hecha por labios humanos: No tengo pecado; soy santo. Nunca pronunciarán los labios santificados tan presuntuosas palabras.

El apóstol Pablo fue arrebatado al tercer cielo, y vio y oyó cosas que no podían referirse, y aun así su modesta declaración es: “No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo.” Filipenses 3:12. Podían ángeles del cielo registrar las victorias de Pablo mientras proseguía la buena carrera de la fe. Podía el cielo regocijarse en su resuelto andar ascendente, mientras él, teniendo el galardón a la vista, consideraba todas las otras cosas como basura. Los ángeles se regocijaban al contar sus triunfos, pero Pablo no se jactaba de sus victorias. La actitud de ese apóstol es la que debe asumir cada discípulo de Cristo que anhele progresar en la lucha por la corona inmortal.

Miren en el espejo de la ley de Dios los que se sienten inclinados a hacer una elevada profesión de santidad. Cuando vean la amplitud de sus exigencias y comprendan cómo ella discierne los pensamientos e intentos del corazón, no se jactarán de su impecabilidad. “Si dijéremos—dice Juan, sin separarse de sus hermanos—que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros.” “Si dijéremos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.” “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad.” 1 Juan 1:8, 10, 9.

Hay quienes profesan santidad, quienes declaran que están completamente con el Señor, quienes pretenden tener derecho a las promesas de Dios, mientras rehúsan prestar obediencia a sus mandamientos.

Dichos transgresores de la ley quieren recibir todas las cosas que fueron prometidas a los hijos de Dios; pero eso es presunción de su parte, por cuanto Juan nos dice que el verdadero amor a Dios será revelado mediante la obediencia a todos sus mandamientos.

No basta creer la teoría de la verdad, hacer una profesión de fe en Cristo, creer que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no es una fábula por arte compuesta. “El que dice, Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos—escribió Juan, —el tal es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él.” “El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él.” 1 Juan 2:4, 5; 3:24 (Elena G. de White - HAP 448-450).

## **El perfeccionismo**

Lamentablemente muchos han confundido la perfección cristiana con el perfeccionismo. Muchos críticos de la perfección cristiana lo confunden, y algunos seguidores de esta doctrina se han desviado llevándola a los extremos.

Veamos que tienen para decirnos estos autores, algunos “no inspirados”, pero que han descrito este fenómeno de una manera certera.

Dennis Priebe describe y lamenta el no haber definido la perfección cristiana en forma clara, de esta manera:

“Como iglesia, nunca definimos formalmente nuestras creencias en estas tres áreas críticas – pecado, Cristo y perfección. Y a causa de nuestra falta de claridad y puntos de vista divergentes acerca de ellas, hemos peregrinado en un desierto teológico de incerteza y frustración a través de 40 años. Fuera de ello, porque hemos tenido contradictorios puntos de vista en esas áreas, fuimos incapaces de definir claramente nuestro mensaje y misión” (Dennis Priebe - Face to Face With The Real Gospel - Mountain View, Calif.: Pacific Press Pub. Assn., 1985 - pág. 9).

En cuanto al perfeccionismo continúa:

“El término perfeccionismo tiene una connotación negativa en muchas mentes. Estrictamente hablando, no debería haber algo negativo con la palabra, porque esta simplemente describe una creencia en la perfección. Pero en muchas mentes, perfeccionismo describe una extrema y distorsionada vista de la perfección. El perfeccionismo, en este sentido negativo, enfatiza un punto absoluto más allá del cual no habrá más desarrollo. Esta creencia de hecho, se origina de la filosofía Griega en lugar de la Biblia Este enfoque distorsionado del perfeccionismo se enfoca en la calidad del hombre, la cual puede existir independientemente de la presencia de Cristo en él” (Dennis Priebe – Cara a cara con el verdadero evangelio 76).

Pablo es claro al respecto:

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa” (Filipenses 3:12-16).

George Steveny agrega:

“Así pues, la perfección no es un estado estático. Está en constante movimiento. Es diferente el hoy del ayer y el hoy del mañana. Pablo la compara a una carrera. Y una carrera es una carrera. Cuando se alcanza la meta deja de ser. Y la meta consiste en llegar hasta Jesús, cara a cara. La experiencia cristiana no es inmóvil, está en constante movimiento, en desarrollo. Pero esto no excluye el privilegio y el gozo de saber que se ha alcanzado el grado requerido hoy para su desarrollo. Mañana habrá que sobrepasarlo. La perfección es siempre y a la vez alcanzada y en gestación” (Georges Steveny – Jesús el enviado de Dios 258).

Larry Kirkpatrick también nos dice:

“La perfección nunca es absoluta, ni ahora ni después de la venida de Cristo. La perfección nunca es igualdad con Cristo. La perfección significa ni la falta de debilidad ni la ausencia de trastornos mentales o físicos. Nadie que sea perfecto sentirá que es perfecto. La perfección es un ejercicio ininterrumpido de fe que mantiene al alma pura de toda mancha de pecado o deslealtad a Dios. La perfección se refiere al estilo de vida dinámico y creciente de la persona que refleja la vida de Jesús. Ya no cede a los deseos rebeldes, pecaminosos.

El perfeccionismo enfatiza un punto absoluto más allá del cual no puede haber más desarrollo. El perfeccionismo, que se origina en la filosofía griega más que en la Biblia, se centra en una cualidad en el hombre que puede existir independientemente del Cristo que permanece. El perfeccionismo

es incorrecto y es peligroso, pero también lo es la doctrina de la imperfección, que permite que el pecado y la impotencia del hombre eclipsen lo que Dios prometió hacer por los pecadores arrepentidos a través de la presencia poderosa del Espíritu Santo. El conformarse con la doctrina de la imperfección es planear deshonrar a Cristo” (Larry Kirkpatrick – Cleanse and close).

La hermana White lo confirma:

“La santificación no es obra de un momento, una hora, o un día, sino de toda la vida. No se la consigue por medio de un feliz arranque de los sentimientos, sino que es el resultado de morir constantemente al pecado y vivir cada día para Cristo. No pueden corregirse los males ni producirse reformas en el carácter por medio de esfuerzos débiles e intermitentes. Solamente venceremos mediante un prolongado y perseverante trabajo, penosa disciplina y duro conflicto. No sabemos en el día actual cuán intenso será nuestro conflicto en el siguiente. Mientras reine Satanás, tendremos que dominarnos a nosotros mismos y vencer los pecados que nos rodean; mientras dure la vida, no habrá un momento de descanso, un lugar al cual podamos llegar y decir: Alcancé plenamente el blanco. La santificación es el resultado de la obediencia prestada durante toda la vida (Elena G. de White - HAP 447-448).

“Ninguno que declare santidad es realmente santo. Aquellos quienes están registrados como santos en los libros del cielo ni se han dado cuenta del hecho, y son los últimos en jactarse de su propia bondad” (Elena G. de White - The Faith I live By, página 140).

"Un hombre sano que puede atender los trabajos comunes de la vida, y que va a sus tareas día tras día con espíritu alegre y con una vigorosa corriente de sangre que fluye por sus venas, no les llama la atención a todas las personas con quienes se encuentra, sobre la buena salud de que disfruta. La salud y el vigor son condiciones naturales de su vida, y por lo tanto apenas tiene conciencia de que está gozando de tan rico don.

Tal ocurre con el hombre verdaderamente justo. Es inconsciente de su bondad y piedad. Los principios religiosos han llegado a ser la fuente de su vida y su conducta, y es tan natural para él llevar los frutos del Espíritu, como es para la higuera producir higos, o para el rosal dar rosas" (Elena G. de White - La Edificación del Carácter 11).

Jean Zurcher nos ilustra sobre este tema malinterpretado en el movimiento de la carne santa:

“Los escritos y predicaciones de A. T. Jones aclararon una de las mayores verdades del mensaje de 1888: que los cristianos pueden vivir vidas victoriosas “a través de Cristo Jesús, la ley del Espíritu de vida” (Romanos 8:2). Es verdad, conforme Jones, que algunos se equivocan sobre el significado de esa libertad, guiñando algunas veces para un lamentable perfeccionismo, como si la victoria sobre el pecado pudiese ser absolutamente obtenida, y el poder del pecado erradicado de la carne.

Jones hizo alusión a eso en 1899, en un artículo relativo al movimiento de la “carne santa”, condenado en la sesión de la Conferencia General de 1901 (hablaremos de eso posteriormente). Su artículo titulado “Carne Pecaminosa” colocó en perspectiva algunas de sus declaraciones sobre la perfección cristiana.

“Hay un serio y muy preocupante error mantenido por muchas personas. Ese error consiste en pensar que cuando se convierten, su antigua naturaleza pecaminosa es eliminada. En otras palabras, cometen el error de pensar que están libres de la carne, por ella haber sido retirada completamente de ellas. Entonces, cuando descubren que la cosa no es así; cuando verifican que

aun están con la misma antigua carne con sus inclinaciones, bloqueos y seducciones, ven que no están preparados para eso y se desaniman; quedan pensando que nunca se convirtieron, al final. Jones continua explicando que “la conversión... no reviste de nueva carne al antiguo espíritu, sino que un nuevo espíritu es puesto en la antigua carne. Ella no se propone a cubrir la antigua mente con la nueva carne, sino que una nueva mente puesta en la antigua carne. Libramiento y victoria no son obtenidos porque la naturaleza humana fue retirada, sino por el recibimiento de la divina naturaleza para subyugar la humana y haber dominio sobre ella... La Escritura no dice: ‘Transfórmense por la renovación de la carne de ustedes’, sino que dice: “Transfórmense por la renovación de su mente” (Romanos 12:2). Seremos trasladados por la renovación de nuestra carne; pero debemos ser transformados por la renovación de nuestras mentes” - Review and Herald, 18 de Abril de 1899. Citado en A. T. Jones y E. J. Waggoner, *Lessons on Faith* Angwin, Calif.: Pacific Union College Press, 1977, págs. 90-92 (Jean Zurcher – Tocado por nuestros sentimientos 46).

Elena G. de White y el problema de la carne santa:

“Sostenían (los que enseñaban sobre la carne santificada) que los que estaban santificados no podían pecar. Y esto naturalmente conducía a la creencia de que los afectos y deseos de los santificados eran siempre correctos, y nunca había peligro de que los indujeran al pecado. De acuerdo con este sofisma, estaban practicando los peores pecados bajo el manto de la santificación, y por medio de su influencia engañosa y mesmérica estaban obteniendo un extraño poder sobre sus asociados, que no veían el mal de estas teorías de apariencia hermosa y por ello seductoras...

Los engaños de estos falsos maestros me fueron presentados en forma bien abierta, y vi la terrible cuenta que se lleva de su vida en los libros de registro, y la tremenda culpa que descansaba sobre ellos por profesar completa santidad mientras que sus actos diarios eran ofensivos a la vista de Dios” (Elena de White – NB 90-91).

Otras citas que hablan al respecto:

“La palabra impecable entonces puede usarse en 3 sentidos: 1) Vida sin pecado de Cristo. 2) Vida sin pecado del hombre después de haberle entregado su vida en sus manos y de haber sido lavados y limpiados por él y haber recibido el Espíritu Santo en su totalidad para no pecar. 3) Un estado en el que no se puede pecar. En este estado no hay nunca separación de Dios. Porque Dios no puede pecar. Es la situación que vivió Cristo, en su humanidad nunca se separo del Padre entonces no podía pecar. ¿Cómo funciona en los redimidos y en los ángeles no caídos el no poder pecar? Están sujetos a que nunca se suelten de Dios” (Autor desconocido).

“Pecabilidad: Palabra que expresa la posibilidad de pecar. Se dice que el hombre es «pecable» La impecabilidad designa el estado en que esta posibilidad no existe. Numerosos teólogos han sostenido la impecabilidad de Jesús. No tenían razón, ya que, entonces, las tentaciones no habrían sido sino una puesta en escena, lo cual es incompatible con la espontaneidad de los evangelios” (George Steveny – Descubriendo a Cristo 335).

“No queremos estar involucrados en una perfección extremista porque es un legalismo centrado en el yo, un legalismo que coloca al yo en el trono del corazón una y otra vez y quita a Cristo del control de la vida. Motiva a forzar la obediencia, entonces la persona se vuelve obediente por los esfuerzos propios. Este perfeccionismo extremista es extremadamente peligroso, así como

también lo es la doctrina de la imperfección, la cual permite que la pecaminosidad e impotencia del hombre cubra las promesas de Dios para el pecador arrepentido a través de otorgarle el poder de la presencia del Espíritu Santo” (Dennis Priebe – Cara a cara con el verdadero evangelio 76).

## **Conclusión**

Nadie puede creerse perfecto, ya que cuanto más perfeccionamos un carácter como el de Cristo más cerca estamos de él, más cerca estamos de la Luz, que muestra nuestros defectos. Tal vez sea lo más natural que los que están desarrollando un carácter perfecto aumenten su sentido de imperfección propia, pero esto no debe desanimarnos, al contrario debe ser una evidencia de que estamos caminando en el camino de la perfección cristiana.

Por otro lado el perfeccionismo aboga por un momento en el cual no se puede seguir creciendo, un momento en el cual se ha alcanzado la meta, un momento cuando el hombre es in-pecable, sin posibilidad de pecar. Esto no puede ser cierto ni ahora ni en la vida eterna, porque pese a que la rebelión no se levantará otra vez, la libertad para poder pecar, si lo deseáramos está disponible, por el libre albedrío que Dios nos permite.

La perfección cristiana como hemos visto en todo este estudio nada tiene que ver con este perfeccionismo.

## Capítulo 16

### LOS QUE DUDAN DEL PODER DE DIOS PARA VENCER EL PECADO

***Versículo clave:*** “El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13).

Encontramos muchas personas que aseguran que el guardar la ley es algo imposible para el ser humano, y esto es verdad. El hombre sólo, en su poder, es incapaz y no puede vencer.

Pero como vimos en capítulos anteriores, el poder de Dios está disponible para poder obedecer. En este capítulo buscaremos a través de las citas que leeremos a continuación, buscar quien es el autor de la afirmación de que ni aun con el poder de Dios, el hombre puede guardar los mandamientos y parar de pecar.

#### **El hombre y el cumplimiento de la ley**

“La muerte de Abel fue el primer ejemplo de la enemistad que Dios predijo que existiría entre la serpiente y la simiente de la mujer; entre Satanás y sus súbditos, y Cristo y sus seguidores. Mediante el pecado del hombre, Satanás había obtenido el dominio de la raza humana, pero Cristo habilitaría al hombre para librarse de su yugo.

Siempre que por la fe en el Cordero de Dios, un alma renuncie a servir al pecado, se enciende la ira de Satanás. La vida santa de Abel desmentía el aserto de Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios” (Elena G. de White - PP 62-63).

“Si Satanás se hubiese presentado en su verdadero carácter, habría sido rechazado en el acto, pues Adán y Eva habían sido prevenidos contra este enemigo peligroso; pero Satanás trabajó en la obscuridad, encubriendo su propósito a fin de poder realizar mejor sus fines. Valiéndose de la serpiente, que era entonces un ser de fascinadora apariencia, se dirigió a Eva, diciéndole: “¿Conque Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?” Génesis 3:1. Si Eva hubiese rehusado entrar en discusión con el tentador, se habría salvado; pero ella se aventuró a alegar con él y entonces fue víctima de sus artificios. Así es como muchas personas son aún vencidas. Dudan y discuten respecto a la voluntad de Dios, y en lugar de obedecer sus mandamientos, aceptan teorías humanas que no sirven más que para encubrir los engaños de Satanás” (Elena G. de White - CS 586).

“Se requiere obediencia perfecta, y aquellos que dicen que no es posible vivir un vida perfecta declaran a Dios injusto y mentiroso” (Elena G. de White - Manuscript 148, 1899).

“Exacta obediencia es requerida, y aquellos que dicen que no es posible vivir una vida perfecta lanzan contra Dios la imputación de injusticia y de falsedad” (Elena G. de White - RH VI 519).

“Al poner a un lado la Biblia se ha abandonado la ley de Dios. La doctrina por la cual se enseña que los hombres quedan relevados de obedecer a los preceptos divinos, ha reducido la fuerza de la obligación moral, y abierto las compuertas de la iniquidad que inunda al mundo. La perversidad, la disipación y la corrupción lo están arrasando como un diluvio abrumador. Por doquiera se ven envidias, malas sospechas, hipocresía, enajenamiento, emulación, contienda y traición de los cometidos sagrados, complacencia de las concupiscencias. Todo el sistema de los principios

religiosos y las doctrinas, que debiera formar el fundamento y el esqueleto de la vida social, se asemeja a una masa tambaleante, a punto de caer en ruinas" (Elena G. de White - PR 460).

"Los que piensan que están firmes porque tienen la verdad, experimentarán algunas terribles caídas; pero (los tales) no tienen la verdad como es en Jesús. Un momento de descuido puede sumir al alma en una ruina irremediable. Un pecado puede conducir al segundo, y el segundo prepara el camino para el tercero, y así sucesivamente. Como fieles mensajeros de Dios debemos rogarle constantemente que seamos guardados por su poder. Si nos apartamos una sola pulgada del deber, estamos en peligro de continuar en una conducta pecaminosa que termine en la perdición. Hay esperanza para cada uno de nosotros, pero solamente de una manera: aferrándonos a Cristo, ejerciendo toda energía para alcanzar la perfección de su carácter.

"La religión liviana que hace del pecado algo de poca gravedad y que constantemente se detiene en el amor de Dios hacia el pecador, anima a éste a creer que Dios lo salvará mientras continúa en el pecado, sabiendo que es pecado. Esta es la forma en que muchos proceden mientras profesan creer la verdad presente. La verdad está separada de sus vidas, y esa es la razón por la cual no tienen más poder para convencer y convertir el alma. Debe esforzarse todo nervio e intención y músculo para abandonar al mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus modas" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 175).

"El plan de redención no es solo una forma de escapar del castigo de la transgresión, sino que, por medio de ese plan, el pecador recibe el perdón de sus pecados y finalmente será recibido en el cielo; pero no como un delincuente que es perdonado y dejado en libertad y que sin embargo es objeto de desconfianza y no se le brinda amistad ni se le tiene fe, sino que se le da la bienvenida como a un hijo y se le da de nuevo la más plena confianza ... Si aceptamos esta salvación maravillosa por medio de la fe viva, nunca pereceremos como transgresores culpables de la ley santa, inmutable de Dios. Al creer en el Hijo, hemos de ser obedientes a todos los mandamientos del Padre, y tenemos vida por medio de Jesucristo. Pero muchos dejan de actuar en base a esta fe, y por lo tanto Dios es deshonrado... Pero el evangelio de las buenas nuevas no debe interpretarse como si permitiera que los hombres vivan en rebelión continua contra Dios al transgredir su ley justa y santa. ¿Por qué aquellos que dicen entender las Escrituras no pueden ver que el requisito de Dios bajo la gracia es el mismo que dio en el Edén: una obediencia perfecta a su ley? ... El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para encontrar al pecador y salvarlo en sus pecados. Dios requiere obediencia de todos sus sujetos, obediencia entera a todos sus mandamientos. Él demanda ahora como siempre una justicia perfecta como el único título al cielo. Cristo es nuestra esperanza y refugio. Su justicia solo se imputa al obediente. Aceptémoslo por la fe, que el Padre no encuentre pecado en nosotros. Pero aquellos que han pisoteado la santa ley no tendrán derecho a reclamar esa justicia.

¡Oh, que podamos ver la inmensidad del plan de salvación como hijos obedientes de todos los requisitos de Dios, creyendo que tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo, nuestro sacrificio expiatorio!" (Elena G. de White - Review and Herald, 21 de septiembre, 1886; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 962).

"La doctrina de que los hombres no están obligados a obedecer los mandamientos de Dios ha debilitado ya el sentimiento de la responsabilidad moral y ha abierto anchas las compuertas para que la iniquidad anegue el mundo. La licencia, la disipación y la corrupción nos invaden como ola abrumadora. Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera flota hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos. En ellos se ven la envidia, las sospechas, la hipocresía, la frialdad, la rivalidad, las disputas, las traiciones y el desenfreno de los apetitos. Todo el sistema

de doctrinas y principios religiosos que deberían formar el fundamento y marco de la vida social, parece una mole tambaleante a punto de desmoronarse en ruinas. Los más viles criminales, echados en la cárcel por sus delitos, son a menudo objeto de atenciones y obsequios como si hubiesen llegado a un envidiable grado de distinción. Se da gran publicidad a las particularidades de su carácter y a sus crímenes. La prensa publica los detalles escandalosos del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, del robo y del asesinato, y Satanás se regocija del éxito de sus infernales designios. La infatuación del vicio, la criminalidad, el terrible incremento de la intemperancia y de la iniquidad, en toda forma y grado, deberían llamar la atención de todos los que temen a Dios para que vieran lo que podría hacerse para contener el desborde del mal” (Elena G. de White - CS 642-643).

“La obcecación de los hombres de esta generación es indeciblemente sorprendente. Miles de personas rechazan la Palabra de Dios como si no mereciese fe, mientras aceptan con absoluta confianza los engaños de Satanás. Los incrédulos y escarnecedores denuncian el fanatismo, como lo llaman, de los que luchan por la fe de los profetas y de los apóstoles, y se divierten ridiculizando las solemnes declaraciones de las Santas Escrituras referentes a Cristo, al plan de salvación y a la retribución que espera a los que rechazan la verdad. Fingen tener gran lástima por espíritus tan estrechos, débiles y supersticiosos, que acatan los mandatos de Dios y satisfacen las exigencias de su ley. Hacen alarde de tanto descaro como si en realidad hubiesen hecho un pacto con la muerte y un convenio con el infierno—como si hubiesen elevado una barrera insalvable e indestructible entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar sus temores. Se han sometido tan completamente al tentador, están tan ligados a él y tan dominados por su espíritu, que no tienen ni fuerza ni deseos para escapar de su lazo” (Elena G. de White - CS 617-618).

“Dios creó al hombre a su semejanza, libre de pecado. La tierra debía ser poblada con seres algo inferiores a los ángeles; pero debía probarse su obediencia; pues Dios no había de permitir que el mundo se llenara de seres que menospreciaran su ley. No obstante, en su gran misericordia, no señaló a Adán una prueba severa. La misma levedad de la prohibición hizo al pecado sumamente grave. Si Adán no pudo resistir la prueba más ínfima, tampoco habría podido resistir una mayor, si se le hubiesen confiado responsabilidades más importantes.

Si Adán hubiese sido sometido a una prueba mayor, entonces aquellos cuyos corazones se inclinan hacia lo malo se hubiesen disculpado diciendo: “Esto es algo insignificante, y Dios no es exigente en las cosas pequeñas.” Y así hubiera habido continuas transgresiones en las cosas aparentemente pequeñas, que pasan sin censura entre los hombres. Pero Dios indicó claramente que el pecado en cualquier grado le es ofensivo.

A Eva le pareció de poca importancia desobedecer a Dios al probar el fruto del árbol prohibido y al tentar a su esposo a que pecara también; pero su pecado inició la inundación del dolor sobre el mundo. ¿Quién puede saber, en el momento de la tentación, las terribles consecuencias de un solo mal paso? Muchos que enseñan que la ley de Dios no es obligatoria para el hombre, alegan que es imposible obedecer sus preceptos. Pero si eso fuese cierto, ¿por qué sufrió Adán el castigo por su pecado? El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación. Nadie se engañe. “La paga del pecado es muerte.” Romanos 6:23. La ley de Dios no puede violarse ahora más impunemente que cuando se pronunció la sentencia contra el padre de la humanidad” (Elena G. de White - PP 45).

“Desde la caída de Adán, los hombres en todas las edades se han excusado por pecar, cargando a Dios con sus pecados, diciendo que no pueden guardar Sus mandamientos. Esta es la insinuación que Satanás le arrojó a Dios en el cielo. Pero el pretexto, “no puedo guardar los mandamientos”,

nunca debiera ser presentado a Dios; porque delante de Él está el Salvador, con las marcas de la crucifixión sobre su cuerpo, un testigo viviente de que la ley puede ser guardada. No es que los hombres no puedan guardar la ley, sino que no quieren” (Elena G. de White - Review and Herald Mayo 28, 1901, Art. A, par. 8).

“Nadie diga: No puedo remediar mis defectos de carácter. Si llegan a esa conclusión, dejarán ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en la propia voluntad. Si no quieren, no pueden vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios” (Elena G. de White - Mensajes para los Jóvenes, 95-97. SSJ 354.5).

“Antes del diluvio, Dios mandó a Noé que diese aviso al mundo, para que los hombres fuesen llevados al arrepentimiento, y para que así escapasen a la destrucción. A medida que se aproxima el momento de la segunda venida de Cristo, el Señor envía a sus siervos al mundo con una amonestación para que los hombres se preparen para ese gran acontecimiento. Multitudes de personas han vivido violando la ley de Dios, y ahora, con toda misericordia, las llama para que obedezcan sus sagrados preceptos. A todos los que abandonen sus pecados mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo, se les ofrece perdón. Pero muchos creen que renunciar al pecado es hacer un sacrificio demasiado grande. Porque su vida no está en armonía con los principios puros del gobierno moral de Dios, rechazan sus amonestaciones y niegan la autoridad de su ley” (Elena G. de White - PP 91-92).

“Se hará oposición y se ridiculizará a los que traten de obedecer a todos los mandamientos de Dios. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra, pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme a las luces que les hayan sido concedidas. Sólo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?” (Elena G. de White - CS 651-652).

“En el día del juicio, la conducta de aquel que haya conservado la fragilidad y la imperfección de la humanidad, no será defendida. Para el tal no habrá lugar en el cielo. No podría disfrutar de la perfección de los santos en luz. El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo del pecado, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 411).

“Puesto que “la ley de Jehová es perfecta,” cualquier variación de ella debe ser mala. Los que desobedecen los mandamientos de Dios, y enseñan a otros a hacerlo, son condenados por Cristo. La vida de obediencia del Salvador sostuvo los derechos de la ley; probó que la ley puede ser guardada en la humanidad, y reveló la excelencia del carácter que la obediencia desarrollaría. Todos los que obedecen como él obedeció, declaran igualmente que el mandamiento de la ley “es santo, y justo, y bueno.” Por otro lado, todos los que violan los mandamientos de Dios, sostienen el aserto de Satanás de que la ley es injusta y no puede ser obedecida. Así secundan los engaños del gran adversario y deshonoran a Dios. Son hijos del maligno, que fue el primer rebelde contra la ley de Dios. Admitirlos en el cielo sería volver a introducir elementos de discordia y rebelión, y

hacer peligrar el bienestar del universo. Ningún hombre que desprecia voluntariamente un principio de la ley entrará en el reino de los cielos” (Elena G. de White - DTG 275-276).

### **Satanás y el cumplimiento de la ley**

“Si no existiera otra evidencia tocante a la naturaleza real del espiritismo, debería bastar a todo cristiano el hecho de que los espíritus no hacen ninguna diferencia entre lo que es justo y lo que es pecado, entre el más noble y puro de los apóstoles de Cristo y los más degradados servidores de Satanás. Al representar al hombre más vil como si estuviera altamente exaltado en el cielo, es como si Satanás declarara al mundo: “No importa cuán malos seáis; no importa que creáis o no en Dios y en la Biblia. Vivid como gustéis, que el cielo es vuestro hogar.” Los maestros espiritistas declaran virtualmente: “Todo aquel que obra mal es bueno a los ojos de Jehová, y él se complace en los tales; o si no, ¿dónde está el Dios de juicio?” Malaquías 2:17 (VM). La Palabra de Dios dice: “¡Ay de los que llaman a lo malo bueno, y a lo bueno malo; que ponen tinieblas por luz, y luz por tinieblas! - Isaías 5:20” VM (Elena G. de White - CS 613).

“Después que Satanás ha hecho creer a esas personas que los muertos vuelven en realidad a comunicarse con ellas, hace aparecer a seres humanos que murieron sin preparación. Estos aseguran que son felices en el cielo y hasta que ocupan allí elevados puestos, por lo que se difunde el error de que no se hace diferencia entre los justos y los injustos. Esos supuestos visitantes del mundo de los espíritus dan a veces avisos y advertencias que resultan exactos. Luego que se han ganado la confianza, presentan doctrinas que de hecho destruyen la fe en las Santas Escrituras. Aparentando profundo interés por el bienestar de sus amigos en la tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que dicen algunas verdades y pueden a veces anunciar acontecimientos da a sus testimonios una apariencia de verosimilitud; y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes con tanta diligencia y creídas tan a ciegas, como si se tratara de las verdades más sagradas de la Biblia. Se rechaza la ley de Dios, se desprecia al Espíritu de gracia y se considera la sangre de la alianza como cosa profana. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y hasta ponen al Creador en el mismo nivel que ellos mismos. Bajo este nuevo disfraz el gran rebelde continúa llevando adelante la guerra que empezó en el cielo y que se prosigue en la tierra desde hace unos seis mil años” (Elena G. de White - CS 608-609).

“El único que prometió a Adán la vida en la desobediencia fue el gran seductor. Y la declaración de la serpiente a Eva en Edén— “De seguro que no moriréis”—fue el primer sermón que haya sido jamás predicado sobre la inmortalidad del alma. Y sin embargo, esta misma declaración, fundada únicamente en la autoridad de Satanás, repercute desde los púlpitos de la cristiandad, y es recibida por la mayoría de los hombres con tanta prontitud como lo fue por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: “El alma que pecare, ésa morirá” (Ezequiel 18:20), se le da el sentido siguiente: El alma que pecare, ésa no morirá, sino que vivirá eternamente. No puede uno menos que extrañar la rara infatuación con que los hombres creen sin más ni más las palabras de Satanás y se muestran tan incrédulos a las palabras de Dios.

Si al hombre, después de su caída, se le hubiese permitido tener libre acceso al árbol de la vida, habría vivido para siempre, y así el pecado se habría immortalizado. Pero un querubín y una espada que arrojaba llamas guardaban “el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24), y a ningún miembro de la familia de Adán le ha sido permitido salvar esta raya y participar de esa fruta de la vida. Por consiguiente no hay ni un solo pecador inmortal. Pero después de la caída, Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para inculcar la creencia de la inmortalidad natural del hombre; y después de haber inducido a la gente a aceptar este error, debían llevarla a la conclusión de que el pecador viviría en penas eternas. Ahora el príncipe de las tinieblas, obrando

por conducto de sus agentes, representa a Dios como un tirano vengativo, y declara que arroja al infierno a todos aquellos que no le agradan, que les hace sentir eternamente los efectos de su ira, y que mientras ellos sufren tormentos indecibles y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira satisfecho. Así es como el gran enemigo reviste con sus propios atributos al Creador y Bienhechor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor, y todo lo que él creó era puro, santo, y amable, hasta que el pecado fue introducido por el primer gran rebelde. Satanás El misterio de la inmortalidad mismo es el enemigo que tienta al hombre y lo destruye luego si puede; y cuando se ha adueñado de su víctima se alaba de la ruina que ha causado. Si ello le fuese permitido prendería a toda la raza humana en sus redes. Si no fuese por la intervención del poder divino, ni hijo ni hija de Adán escaparían” (Elena G. de White - CS 587-589).

“El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia.” Proverbios 28:13 (VM). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia.” 2 Corintios 12:9. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” Mateo 11:29, 30. Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos (Elena G. de White - CS 543-544).

“Satanás reclamaba que era imposible que los seres humanos guardasen la ley de Dios. Para probar la falsedad de este reclamo, Cristo dejó Su alto comando, tomó sobre Sí mismo la naturaleza del hombre, y vino a esta tierra para permanecer a la cabeza de la raza caída, para mostrar que la humanidad podía resistir las tentaciones de Satanás” (Elena White - Mensaje 77, 1902, pág.3).

“El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos” (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

“Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. “Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos.” Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue “tentado en todo punto, así como nosotros.” Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno

que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón." Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios (Elena G. de White - DTG 15-16).

"(Satanás) está constantemente buscando engañar a los seguidores de Cristo con su fatal sofisma de que es imposible que ellos puedan vencer" (Elena G. de White - CS 489).

"El redentor del mundo pasó por el mismo terreno donde Adán cayó por haber desobedecido la ley expresa de Jehová; y el unigénito Hijo de Dios vino a nuestro mundo como un hombre, para revelar al mundo que los seres humanos podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán. Y él afirmaba que toda la raza humana estaba bajo su dominio.

El Hijo de Dios se colocó en el lugar del pecador, y caminó por el mismo terreno en donde Adán pecó; y soportó la tentación en el desierto, que era cien veces más fuerte de lo que alguna vez tendría que soportar la raza humana. Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: "Escrito está" (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 - 154).

"El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos" (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

"Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios" (Elena G. de White - PVGM 256).

"Desde el principio, la doctrina especial del adversario de Dios y del hombre ha sido que la ley de Dios era defectuosa y censurable. Siempre ha presentado la regia ley de libertad Como opresiva e insoportable. La ha declarado 'un yugo de servidumbre'. Ha declarado que era imposible para el hombre obedecer los preceptos de Jehová. Este ha sido y es todavía el trabajo de Satanás" (Elena G. de White - The Review and Herald, julio 31, 1888).

"La iniquidad y las tinieblas espirituales que prevalecieron bajo la supremacía papal fueron resultado inevitable de la supresión de las Sagradas Escrituras. ¿Pero dónde está la causa de la incredulidad general, del rechazamiento de la ley de Dios y de la corrupción consiguiente bajo el pleno resplandor de la luz del Evangelio en esta época de libertad religiosa? Ahora que Satanás no puede gobernar al mundo negándole las Escrituras, recurre a otros medios para alcanzar el mismo objeto. Destruir la fe en la Biblia responde tan bien a sus designios como destruir la Biblia misma. Insinuando la creencia de que la ley de Dios no es obligatoria, empuja a los hombres a

transgredirla tan seguramente como si ignorasen los preceptos de ella. Y ahora, como en tiempos pasados, obra por intermedio de la iglesia para promover sus fines. Las organizaciones religiosas de nuestros días se han negado a prestar atención a las verdades impopulares claramente enseñadas en las Santas Escrituras, y al combatirlas, han adoptado interpretaciones y asumido actitudes que han sembrado al viento las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural del alma y al del estado consciente de los muertos, han rechazado la única defensa posible contra los engaños del espiritismo. La doctrina de los tormentos eternos ha inducido a muchos a dudar de la Biblia. Y cuando se le presenta al pueblo la obligación de observar el cuarto mandamiento, se ve que ordena reposar en el séptimo día; y como único medio de librarse de un deber que no desean cumplir, muchos de los maestros populares declaran que la ley de Dios no está ya en vigencia. De este modo rechazan al mismo tiempo la ley y el sábado. A medida que adelante la reforma respecto del sábado, esta manera de rechazar la ley divina para evitar la obediencia al cuarto mandamiento se volverá casi universal. Las doctrinas de los caudillos religiosos han abierto la puerta a la incredulidad, al espiritismo y al desprecio de la santa ley de Dios, y sobre ellos descansa una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano” (Elena G. de White - CS 643-644).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplo santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White - PP 76-78).

“La gran controversia entre Cristo y Satanás, sostenida desde hace cerca de seis mil años, está por terminar; y Satanás redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en beneficio del hombre y para sujetar las almas en sus lazos. Su objeto consiste en tener sumido al pueblo en las tinieblas y en la impenitencia hasta que termine la obra mediadora del Salvador y no haya más sacrificio por el pecado” (Elena G. de White - CS 572).

### **Cristo y el cumplimiento de la ley**

“El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer

parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos” (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

“El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos” (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

“Por nosotros mismos somos incapaces de hacer bien; pero lo que nosotros no podemos hacer será hecho por el poder de Dios en toda alma Sumisa y creyente... Es por la fe como se engendra la vida espiritual, y somos capacitados para hacer las obras de justicia” (Elena G. de White - DTG 73).

“Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios” (Elena G. de White – PVGM 256).

“El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia.” Proverbios 28:13 (VM). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia.” 2 Corintios 12:9. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” Mateo 11:29, 30. Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos (Elena G. de White - CS 543-544).

“Satanás reclamaba que era imposible que los seres humanos guardasen la ley de Dios. Para probar la falsedad de este reclamo, Cristo dejó Su alto comando, tomó sobre Sí mismo la naturaleza del hombre, y vino a esta tierra para permanecer a la cabeza de la raza caída, para mostrar que la humanidad podía resistir las tentaciones de Satanás” (Ellen White - Mensaje 77, 1902, pág.3).

“Puesto que “la ley de Jehová es perfecta,” cualquier variación de ella debe ser mala. Los que desobedecen los mandamientos de Dios, y enseñan a otros a hacerlo, son condenados por Cristo. La vida de obediencia del Salvador sostuvo los derechos de la ley; probó que la ley puede ser

guardada en la humanidad, y reveló la excelencia del carácter que la obediencia desarrollaría. Todos los que obedecen como él obedeció, declaran igualmente que el mandamiento de la ley “es santo, y justo, y bueno.” Por otro lado, todos los que violan los mandamientos de Dios, sostienen el aserto de Satanás de que la ley es injusta y no puede ser obedecida. Así secundan los engaños del gran adversario y deshonran a Dios. Son hijos del maligno, que fue el primer rebelde contra la ley de Dios. Admitirlos en el cielo sería volver a introducir elementos de discordia y rebelión, y hacer peligrar el bienestar del universo. Ningún hombre que desprecia voluntariamente un principio de la ley entrará en el reino de los cielos” (Elena G. de White - DTG 275-276).

“Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. “Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos.” Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue “tentado en todo punto, así como nosotros.” Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: “Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.” Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios (Elena G. de White - DTG 15-16).

“Cristo vino al mundo a contrarrestar la falsedad de Satanás de que Dios había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Tomando la humanidad sobre sí, vino al mundo, y mediante una vida de obediencia mostró que Dios no había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Demostró que era perfectamente posible que los hombres obedezcan la ley. Los que aceptan a Cristo como su Salvador, participando de su naturaleza divina, pueden seguir su ejemplo, viviendo en obediencia a cada precepto de la ley. Mediante los méritos de Cristo, el hombre debe mostrar por su obediencia que será digno de confianza cuando esté en el cielo, que no se rebelará. Cristo poseyó la misma naturaleza del hombre. Fue tentado en todo tal como los hombres. El mismo poder que le ayudó a obedecer está a las órdenes del hombre (Elena G. de White - A fin de conocerle 295).

“El redentor del mundo pasó por el mismo terreno donde Adán cayó por haber desobedecido la ley expresa de Jehová; y el unigénito Hijo de Dios vino a nuestro mundo como un hombre, para revelar al mundo que los seres humanos podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán. Y él afirmaba que toda la raza humana estaba bajo su dominio. El Hijo de Dios se colocó en el lugar del pecador, y caminó por el mismo terreno en donde Adán pecó; y soportó la tentación en el desierto, que era cien veces más fuerte de lo que alguna vez tendría que soportar la raza humana. Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: “Escrito está” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 - 154).

“Vino a nuestro mundo a mantener un carácter puro e impecable, y a refutar la mentira de Satanás de que no era posible que los seres humanos guardaran la ley de Dios. Cristo vino a vivir la

ley en su carácter humano, exactamente de la misma manera en que todos pueden cumplirla en la naturaleza humana si hacen lo que Cristo hizo” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 - 146).

“Atravesando los siglos, encontramos que llegó el tiempo cuando la ley de Dios debería revelarse de una manera inconfundible como la norma de la obediencia, Cristo vino para vindicar las sagradas exigencias de la ley. Vino a vivir una vida de obediencia a sus requerimientos y así probar la falsedad de la acusación hecha por Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios. Como hombre, encaró la tentación y venció en el poder que Dios le dio. Al andar haciendo el bien, sanando a todos los que eran afligidos por Satanás, hizo claro a los hombres el carácter de su ley y la naturaleza de su servicio. Su vida atestigua que es posible que nosotros también obedezcamos la ley de Dios” (Elena G. de White - Testimonio para la Iglesia tomo 8 221).

“Jesús fue tentado en todos los aspectos como nosotros somos tentados. De ese modo sabría cómo socorrer a los que iban a ser tentados. Su vida es nuestro ejemplo. Con su obediencia siempre dispuesta nos muestra que el hombre puede guardar la ley de Dios y que la transgresión de la ley, no su obediencia, lo lleva a la esclavitud” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 4 290).

*(Hablando de Jeroboam y los reyes siguientes en su apostasía)* “Nunca iba a ser dejado el reino de Israel sin nobles testigos del gran poder de Dios para salvar a los hombres del pecado. Aun en las horas más sombrías, algunos iban a permanecer fieles a su Gobernante divino, y en medio de la idolatría vivirían sin mancha a la vista de un Dios santo. Esos fieles se contaron entre el residuo de los buenos por medio de quienes iba a cumplirse finalmente el eterno propósito de Jehová” (Elena G. de White - PR 78-80).

"Cuando usted renuncia abiertamente al pecado y a Satanás, las tres grandes potencias del cielo se comprometen a ayudarlo a vencer. Usted fue levantado en novedad de vida por el poder que levantó a Cristo de los muertos. Salió de la tumba líquida para consagrar su vida al servicio del Maestro. De aquí en adelante ha de vivir una vida nueva, y ahora la razón, el conocimiento, los afectos, el lenguaje, las propiedades y todo lo demás que le ha sido confiado, adquiere la perspectiva del cielo a fin de que pueda ser usado por Dios. Usted debe llevar la cruz y vivir con abnegación; ha de vivir ligado a la vida de Cristo. El carácter del cristiano debe ser una reproducción del carácter de Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de febrero, 1902).

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White - MS 1, 1892).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o en acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 19).

Si Dios, el gran Maestro operador, está con nosotros, podemos resistir las grandes tentaciones que nos han de probar, y podemos permanecer leales y verdaderos al principio. Podemos alcanzar victorias, que la pequeñez de nuestra fe nos ha llevado a pensar que serían imposibles” (Elena G. de White - 3RH 627).

## Conclusión

Satanás, el creador del pecado, es el mismo que continuamente, primero en el cielo y después en la tierra, hasta nuestros días, sostiene y propaga que la ley no puede ser guardada de ninguna manera. ¡Qué cuidado debemos tener en usar un argumento satánico en nuestra vida y enseñarlo a la grey! Sabemos que él es mentiroso y asesino, no participemos de sus planes, es muy peligroso porque nuestra vida y salvación se juega en esta doctrina practicada en esta vida.

Cristo vino como hombre a refutar las mentiras de Satanás por enseñanza y por demostración, ya que como humano sujeto a nuestras mismas debilidades, guardó perfectamente la ley y de esa manera lo hizo posible para nosotros.

¿Dónde está el problema con algunas personas en nuestros días? Fred Wright lo expresa de la mejor manera:

“El continuo énfasis de que sólo aquellos que alcanzan una norma de obediencia perfecta serán readmitidos en el paraíso, genera una continua lucha para alcanzar este nivel de excelencia. Pero, debido a que esto sólo puede ser obtenido cuando hay primeramente una naturaleza interior transformada, los que niegan la erradicación de la vieja naturaleza y el henchimiento con la nueva, experimentan un sentido permanente de deficiencia. Ninguna duda surge con respecto a la rectitud de sus proceder, y esto motiva seguridad para ser buscada de otras maneras. Esto toma la forma de observar el progreso de otras personas y luego medir ese progreso aparente con el de uno propio. Cuantos más faltas y defectos puedan ser hallados en la otra persona, tanto más cómodas las cosas son.

Si los demás en derredor tuyo no están obrando como tú lo haces, entonces tienes la seguridad de estar en la vanguardia de los que van al cielo. En otras palabras, es razonado, si tú que juzgas estar a la cabeza de todo el resto, no estás caminado hacia el cielo, entonces nadie lo está. Pero es conocido que algunos irán. Por lo tanto, tu chance es mejor que cualquier otro” (Fred Wright – Reavivamiento y reforma 85).

“Si, como un hijo de Dios, yo soy el continuo blanco del trabajo de engaño de Satanás, destinado a causar mi destrucción eterna, ¿podría haber algo más importante que

conocer lo que es esa mentira? ¡No! Este engaño, esta fatal sofistería, es la enseñanza de que nos es imposible vencer el pecado o guardar la ley de Dios. La mentira de Satanás es que te es imposible ser bondadoso, amoroso, paciente, generoso, tener dominio propio, la victoria sobre el apetito, las pasiones, lujuria, afecto, y así sucesivamente. Lo sé por mi propia experiencia, y tú puedes testificarlo también. Cuando has estado en las garras de un hábito por diez, veinte o treinta años y al final te afrontas con él cara a cara, reconoces tu pecaminosidad y deseas eliminarlo, y en el trabajo deliberarte de él, conoces su poder, su dominio y su fuerza, ¿entonces qué es lo que piensas? "Yo no puedo renunciar a esto, es una parte de mí; ha sido una parte de mí por mucho tiempo; he luchado muy duro contra él, y a pesar de luchar y orar como quiera, esta cosa regresa otra vez. Y allí viene a tu mente esta sugerencia, esta creencia: "Esto es una cosa a la que yo no puedo renunciar, permanecerá conmigo para siempre".

Tú sabrás quién es el autor de esa idea. ¡Satanás! La mentira de Satanás es que tú no puedes ser perfecto, la mentira de Satanás es que tú no puedes vencer el pecado. Dios declara que no hay tentación, ni pecado, ni debilidad, ni fragilidad, ni defecto y deficiencia, lo cual no pueda ser vencido a través del gran poder del Evangelio de Cristo Jesús. Como creyentes, debemos saber eso. Siempre que oigas a un hombre predicando que la ley no puede ser guardada en su plena perfección, tú puedes saber que ese hombre está repitiendo los sentimientos de Satanás" (Fred Wright – El destino de un movimiento 50-51).

"Satanás usa varias estratagemas en esta guerra. Una de sus armas favoritas es sugerir que nosotros podemos hacer ciertas cosas, pero que no es posible obedecer en todas las cosas. La persona común es capaz de evitar los mayores pecados como el homicidio, hurto o cosa semejante, pero las supuestas cosas pequeñas como impaciencia, apetito y malicia son diferentes. De este modo, Satanás busca fijar en la mente el concepto de que la ley no puede ser guardada. Esta es la creencia en la cual él desea ver a todos firmemente versados.

Esta es la táctica más exitosa, porque si tú crees que es imposible guardar la ley, no tendrás la fe para poder hacerlo. Toda justicia, lo cual es la perfecta obediencia, se obtiene solamente por la fe; si no tienes la fe, no serás capaz de ser justo.

Toda esperanza de alcanzar justicia comienza con la convicción firme de que la ley puede ser guardada, aunque tú puedas no haber hallado la manera de obedecerla y puedas no tener éxito en tu búsqueda por algún tiempo. Cualquiera cosa que suceda, es esencial durante ese período de escudriñamiento, para que nunca rindas la convicción firme de que la ley puede ser guardada. Si el éxito no llega, es solamente porque el conocimiento de cómo la ley puede ser guardada es escaso todavía" (Fred Wright – El destino de un movimiento 61-62).

Es peligrosa esta doctrina de que el hombre no puede guardar la ley, ya que como dice Wright, sin fe en que Cristo puede darme el poder para dejar de pecar, jamás lo lograremos, y debido a que estamos frente a una condición para la salvación, estamos en grave peligro de ir a la perdición eterna, he aquí el porqué esta doctrina es tan dañina y peligrosa. Permite que el pecado y la impotencia del hombre eclipsen lo que Dios prometió hacer por los pecadores arrepentidos a través de la presencia poderosa del Espíritu Santo. El conformarse con la doctrina de la imperfección es planear deshonrar a Cristo.

Elena de White afirma que no podemos elevarnos más allá de lo que creemos:

"Es una ley del espíritu humano que nos hacemos semejantes a lo que contemplamos. El hombre no se elevará más allá de sus conceptos acerca de la verdad, la pureza y la santidad. Si el espíritu no sube nunca más arriba que el nivel humano, si no se eleva mediante la fe para comprender la sabiduría y el amor infinitos, el hombre irá hundiéndose cada vez más. Los adoradores de falsos

dioses revestían a sus deidades de cualidades y pasiones humanas, y rebajaban así sus normas de carácter a la semejanza de la humanidad pecaminosa. Como resultado lógico se corrompieron” (Elena de White - PP 79-80).

## Capítulo 17

### COLECCIÓN DE CITAS BÍBLICAS

#### ¿EL HOMBRE PUEDE GUARDAR TODOS LOS MANDAMIENTOS?

##### Citas Bíblicas del Antiguo Testamento

“Del mandamiento de sus labios nunca me separé; Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12).

“Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó; y dijo: Si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador” (Éxodo 15: 24-26).

“Y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:6).

(Antes del Sinaí) “Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes? Mirad que Jehová os dio el día de reposo, y por eso en el sexto día os da pan para dos días. Estése, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día. Así el pueblo reposó el séptimo día” (Éxodo 16: 28-30).

“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:4-6).

“Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no hagáis ninguna de estas abominaciones, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros” (Levítico 18:26).

“Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaron antes de vosotros, y no os contaminéis en ellas. Yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 18:30).

“Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra. Yo Jehová” (Levítico 19:37).

“Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios Y guardad mis estatutos, y ponedlos por obra. Yo Jehová que os santifico” (Levítico 20:7).

“Guardad, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y ponedlos por obra, no sea que os vomite la tierra en la cual yo os introduzco para que habitéis en ella” (Levítico 20:22).

“Ejecutad, pues, mis estatutos y guardad mis ordenanzas, y ponedlos por obra, y habitaréis en la tierra seguros; y la tierra dará su fruto, y comeréis hasta saciaros, y habitaréis en ella con seguridad” (Levítico 25:18-19).

“Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada franja de los bordes un cordón de azul. Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra; y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos, en pos de los cuales os prostituyáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios” (Números 15:37-41).

“Ahora, pues, oh Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da. No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deuteronomio 4:1-2).

“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:5-8).

“Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que Jehová es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro. Y guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre” (Deuteronomio 4:39-40).

(Moisés repite los diez mandamientos al pueblo) “Llamó Moisés a todo Israel y les dijo: Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos; aprendedlos, y guardadlos, para ponerlos por obra” (Deuteronomio 5:1).

(El pueblo teme a Dios y prefiere que Moisés sea el mediador) “Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras cuando me hablabais, y me dijo Jehová: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:28-29).

“Y tú quédate aquí conmigo, y te diré todos los mandamientos y estatutos y decretos que les enseñarás, a fin de que los pongan ahora por obra en la tierra que yo les doy por posesión. Mirad, pues, que hagáis como Jehová vuestro Dios os ha mandado; no os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad en todo el camino que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer” (Deuteronomio 5:31-33).

“Estos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra en la tierra a la cual pasáis vosotros para tomarla; para

que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, tú, tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, para que tus días sean prolongados. Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres” (Deuteronomio 6:1-3).

“Y nos mandó Jehová que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado” (Deuteronomio 6:24-25).

“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas” (Deuteronomio 7:6-11).

“Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis, y seáis multiplicados, y entréis y poseáis la tierra que Jehová prometió con juramento a vuestros padres” (Deuteronomio 8:1-2).

“Guardarás, pues, los mandamientos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y temiéndole” (Deuteronomio 8:6).

“Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 8:11-14).

“Amarás, pues, a Jehová tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos, todos los días” (Deuteronomio 11:1).

“Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que seáis fortalecidos, y entréis y poseáis la tierra a la cual pasáis para tomarla; y para que os sean prolongados los días sobre la tierra, de la cual juró Jehová a vuestros padres, que había de darla a ellos y a su descendencia, tierra que fluye leche y miel” (Deuteronomio 11:8-9).

“Si obedeciereis cuidadosamente a mis mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Jehová vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, yo daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía; y recogerás tu grano, tu vino y tu aceite” (Deuteronomio 11:13-14).

“Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos,

hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas; para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra. Porque si guardareis cuidadosamente todos estos mandamientos que yo os prescribo para que los cumpláis, y si amareis a Jehová vuestro Dios, andando en todos sus caminos, y siguiéndole a él, Jehová también echará de delante de vosotros a todas estas naciones, y desposeeréis naciones grandes y más poderosas que vosotros. Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie será vuestro; desde el desierto hasta el Líbano, desde el río Éufrates hasta el mar occidental será vuestro territorio. Nadie se sostendrá delante de vosotros; miedo y temor de vosotros pondrá Jehová vuestro Dios sobre toda la tierra que pisareis, como él os ha dicho. He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido. Y cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra a la cual vas para tomarla, pondrás la bendición sobre el monte Gerizim, y la maldición sobre el monte Ebal, los cuales están al otro lado del Jordán, tras el camino del occidente en la tierra del cananeo, que habita en el Arabá frente a Gilgal, junto al encinar de More. Porque vosotros pasáis el Jordán para ir a poseer la tierra que os da Jehová vuestro Dios; y la tomaréis, y habitaréis en ella. Cuidaréis, pues, de cumplir todos los estatutos y decretos que yo presento hoy delante de vosotros (Deuteronomio 11:18-32).

“En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis” (Deuteronomio 13:4).

“Y no se pegará a tu mano nada del anatema, para que Jehová se aparte del ardor de su ira, y tenga de ti misericordia, y tenga compasión de ti, y te multiplique, como lo juró a tus padres, cuando obedecieras a la voz de Jehová tu Dios, guardando todos sus mandamientos que yo te mando hoy, para hacer lo recto ante los ojos de Jehová tu Dios” (Deuteronomio 13:17-18).

“Si escuchares fielmente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te ordeno hoy” (Deuteronomio 15:5).

“Y si Jehová tu Dios ensanchare tu territorio, como lo juró a tus padres, y te diere toda la tierra que prometió dar a tus padres,<sup>9</sup> siempre y cuando guardares todos estos mandamientos que yo te prescribo hoy, para ponerlos por obra; que ames a Jehová tu Dios y andes en sus caminos todos los días” (Deuteronomio 19:8-9).

“Jehová tu Dios te manda hoy que cumplas estos estatutos y decretos; cuida, pues, de ponerlos por obra con todo tu corazón y con toda tu alma. Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, y que andarás en sus caminos, y guardarás sus estatutos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz. Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho” (Deuteronomio 26:16-19).

“Ordenó Moisés, con los ancianos de Israel, al pueblo, diciendo: Guardaréis todos los mandamientos que yo os prescribo hoy” (Deuteronomio 27:1).

“Oirás, pues, la voz de Jehová tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo te ordeno hoy” (Deuteronomio 27:10).

(Diversas leyes) “Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas. Y dirá todo el pueblo: Amén” (Deuteronomio 27:26).

“Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová tu Dios (Se describen las bendiciones)” (Deuteronomio 28:1-2).

“Te confirmará Jehová por pueblo santo suyo, como te lo ha jurado, cuando guardares los mandamientos de Jehová tu Dios, y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán. Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar (Deuteronomio 28:9-11).

“Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedecieres los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas” (Deuteronomio 28:13).

“Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán (Se listan las maldiciones a continuación)” (Deuteronomio 28:15).

“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Jehová tu Dios, y te convirtieres a Jehová tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres. Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. Y pondrá Jehová tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos, y sobre tus aborrecedores que te persiguieron. Y tú volverás, y oirás la voz de Jehová, y pondrás por obra todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy. Y te hará Jehová tu Dios abundar en toda obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, para bien; porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien, de la manera que se gozó sobre tus padres, cuando obedecieres a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos escritos en este libro de la ley; cuando te convirtieres a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma. Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas. Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus

decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Mas si tu corazón se apartare y no oyeres, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, yo os protesto hoy que de cierto pereceréis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para entrar en posesión de ella. A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar” (Deuteronomio 30:1-20).

“Solamente esfuézate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas” (Josué 1:7).

(Josué a los rubenitas) “Solamente que con diligencia cuidéis de cumplir el mandamiento y la ley que Moisés siervo de Jehová os ordenó: que améis a Jehová vuestro Dios, y andéis en todos sus caminos; que guardéis sus mandamientos, y le sigáis a él, y le sirváis de todo vuestro corazón y de toda vuestra alma” (Josué 22:5).

(David a Salomón) “Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas; para que confirme Jehová la palabra que me habló, diciendo: Si tus hijos guardaren mi camino, andando delante de mí con verdad, de todo su corazón y de toda su alma, jamás, dice, faltará a ti varón en el trono de Israel” (1Reyes 2:3-4).

(Dios a Salomón) “Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré tus días” (1Reyes 3:14).

(La construcción del templo) “Con relación a esta casa que tú edificas, si anduvieres en mis estatutos e hicieres mis decretos, y guardares todos mis mandamientos andando en ellos, yo cumpliré contigo mi palabra que hablé a David tu padre; y habitaré en ella en medio de los hijos de Israel, y no dejaré a mi pueblo Israel” (1Reyes 6:12-13).

“Incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos y sus estatutos y sus decretos, los cuales mandó a nuestros padres. Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy” (1Reyes 8:58-61).

“Y si tú anduvieres delante de mí como anduvo David tu padre, en integridad de corazón y en equidad, haciendo todas las cosas que yo te he mandado, y guardando mis estatutos y mis decretos, yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como hablé a David tu padre, diciendo: No faltará varón de tu descendencia en el trono de Israel. Mas si obstinadamente os apartareis de mí vosotros y vuestros hijos, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que yo he puesto delante de vosotros, sino que fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis; yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la echaré de delante de mí, e Israel será por proverbio y refrán a todos los pueblos” (1Reyes 9:4-7).

(El profeta a Jeroboam) “Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como hizo David mi siervo, yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edificué a David, y yo te entregaré a Israel” (1Reyes 11:38).

(La caída de Israel) “Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas. Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas. Mas ellos no obedecieron, antes endurecieron su cerviz, como la cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Jehová su Dios. Y desecharon sus estatutos, y el pacto que él había hecho con sus padres, y los testimonios que él había prescrito a ellos; y siguieron la vanidad, y se hicieron vanos, y fueron en pos de las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cuales Jehová les había mandado que no hiciesen a la manera de ellas. Dejaron todos los mandamientos de Jehová su Dios, y se hicieron imágenes fundidas de dos becerros, y también imágenes de Asera, y adoraron a todo el ejército de los cielos, y sirvieron a Baal; e hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por fuego; y se dieron a adivinaciones y agueros, y se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, provocándole a ira. Jehová, por tanto, se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; y no quedó sino sólo la tribu de Judá. Mas ni aun Judá guardó los mandamientos de Jehová su Dios, sino que anduvieron en los estatutos de Israel, los cuales habían ellos hecho. Y desechó Jehová a toda la descendencia de Israel, y los afligió, y los entregó en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia. Porque separó a Israel de la casa de David, y ellos hicieron rey a Jeroboam hijo de Nabat; y Jeroboam apartó a Israel de en pos de Jehová, y les hizo cometer gran pecado. Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados de Jeroboam que él hizo, sin apartarse de ellos, hasta que Jehová quitó a Israel de delante de su rostro, como él lo había dicho por medio de todos los profetas sus siervos; e Israel fue llevado cautivo de su tierra a Asiria, hasta hoy” (2Reyes 17:13-23).

“Los estatutos y derechos y ley y mandamientos que os dio por escrito, cuidaréis siempre de ponerlos por obra, y no temeréis a dioses ajenos” (2Reyes 17:37).

“En el tercer año de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías hijo de Acáz rey de Judá. Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. El nombre de su madre fue Abi hija de Zacarías. Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre. El quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán. En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés” (2Reyes 18:1-6).

(David a Salomón) “Ahora pues, hijo mío, Jehová esté contigo, y seas prosperado, y edifiques casa a Jehová tu Dios, como él ha dicho de ti. Y Jehová te dé entendimiento y prudencia, para que cuando gobiernes a Israel, guardes la ley de Jehová tu Dios. Entonces serás prosperado, si cuidares de poner por obra los estatutos y decretos que Jehová mandó a Moisés para Israel. Esfuérzate, pues, y cobra ánimo; no temas, ni desmayes” (1Crónicas 22:11-13).

(David) “Y me ha dicho: Salomón tu hijo, él edificará mi casa y mis atrios; porque a éste he escogido por hijo, y yo le seré a él por padre. Asimismo yo confirmaré su reino para siempre, si él se esforzara a poner por obra mis mandamientos y mis decretos, como en este día. Ahora, pues, ante los ojos de todo Israel, congregación de Jehová, y en oídos de nuestro Dios, guardad e inquirid todos los preceptos de Jehová vuestro Dios, para que poseáis la buena tierra, y la dejéis en herencia a vuestros hijos después de vosotros perpetuamente. Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscases, lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre” (1Crónicas 28:6-9).

“Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas, y te edifique la casa para la cual yo he hecho preparativos” (1Crónicas 29:19).

“Y si tú anduvieras delante de mí como anduvo David tu padre, e hicieras todas las cosas que yo te he mandado, y guardares mis estatutos y mis decretos, yo confirmaré el trono de tu reino, como pacté con David tu padre, diciendo: No te faltará varón que gobierne en Israel. Mas si vosotros os volviereis, y dejareis mis estatutos y mandamientos que he puesto delante de vosotros, y fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis, yo os arrancaré de mi tierra que os he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, yo la arrojaré de mi presencia, y la pondré por burla y escarnio de todos los pueblos. Y esta casa que es tan excelsa, será espanto a todo el que pasare, y dirá: ¿Por qué ha hecho así Jehová a esta tierra y a esta casa? Y se responderá: Por cuanto dejaron a Jehová Dios de sus padres, que los sacó de la tierra de Egipto, y han abrazado a dioses ajenos, y los adoraron y sirvieron; por eso él ha traído todo este mal sobre ellos” (2Crónicas 7:17-22).

“Y Jehová estuvo con Josafat, porque anduvo en los primeros caminos de David su padre, y no buscó a los baales, sino que buscó al Dios de su padre, y anduvo en sus mandamientos, y no según las obras de Israel” (2Crónicas 17:3-4).

“Y les envió profetas para que los volviesen a Jehová, los cuales les amonestaron; mas ellos no los escucharon. Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Zacarías hijo del sacerdote Joiada; y puesto en pie, donde estaba más alto que el pueblo, les dijo: Así ha dicho Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello; porque por haber dejado a Jehová, él también os abandonará” (2Crónicas 24:19-20).

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, Ni estuvo en camino de pecadores, Ni en silla de escarnecedores se ha sentado; Sino que en la ley de Jehová está su delicia, Y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, Y su hoja no cae; Y todo lo que hace, prosperará. No así los malos, Que son como el tamo que arrebatara el viento. Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, Ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque Jehová conoce el camino de los justos; Mas la senda de los malos perecerá” (Salmos 1:1-6).

“Alegraos en Jehová y gozaos, justos; Y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón” (Salmos 32:11).

“Los ojos de Jehová están sobre los justos, Y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira de Jehová contra los que hacen mal, Para cortar de la tierra la memoria de ellos. Claman los justos, y Jehová

oye, Y los libra de todas sus angustias. Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; Y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, Pero de todas ellas le libraré Jehová. El guarda todos sus huesos; Ni uno de ellos será quebrantado. Matará al malo la maldad, Y los que aborrecen al justo serán condenados. Jehová redime el alma de sus siervos, Y no serán condenados cuantos en él confían (Salmos 34:15-22).

“Escucha, pueblo mío, mi ley; Inclínad vuestro oído a las palabras de mi boca. Abriré mi boca en proverbios; Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos, Las cuales hemos oído y entendido; Que nuestros padres nos las contaron. No las encubriremos a sus hijos, Contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, Y su potencia, y las maravillas que hizo. El estableció testimonio en Jacob, Y puso ley en Israel, La cual mandó a nuestros padres Que la notificasen a sus hijos; Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; Y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, A fin de que pongan en Dios su confianza, Y no se olviden de las obras de Dios; Que guarden sus mandamientos, Y no sean como sus padres, Generación contumaz y rebelde; Generación que no dispuso su corazón, Ni fue fiel para con Dios su espíritu” (Salmos 78:1-8).

“Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; Y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, A fin de que pongan en Dios su confianza, Y no se olviden de las obras de Dios; Que guarden sus mandamientos, Y no sean como sus padres, Generación contumaz y rebelde; Generación que no dispuso su corazón, Ni fue fiel para con Dios su espíritu” (Salmos 78:6-8).

“Si dejaren sus hijos mi ley, no anduvieren en mis juicios, Si profanaren mis estatutos, Y no guardaren mis mandamientos, Entonces castigaré con vara su rebelión, Y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, Ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto, Ni mudaré lo que ha salido de mis labios” (Salmos 89:30-34).

“Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, Y su justicia sobre los hijos de los hijos; Sobre los que guardan su pacto, Y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra” (Salmos 103:17-18).

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; Buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos; Su loor permanece para siempre” (Salmos 111:10).

“Bienaventurados los perfectos de camino, Los que andan en la ley de Jehová. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, Y con todo el corazón le buscan; Pues no hacen iniquidad Los que andan en sus caminos” (Salmos 119: 1-3).

“¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. Con todo mi corazón te he buscado; No me dejes desviarme de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti. Bendito tú, oh Jehová; Enséñame tus estatutos. Con mis labios he contado Todos los juicios de tu boca. Me he gozado en el camino de tus testimonios Más que de toda riqueza. En tus mandamientos meditaré; Consideraré tus caminos. Me regocijaré en tus estatutos; No me olvidaré de tus palabras” (Salmos 119:9-16).

“Haz bien a tu siervo; que viva, Y guarde tu palabra. Abre mis ojos, y miraré Las maravillas de tu ley. Forastero soy yo en la tierra; No encubras de mí tus mandamientos. Quebrantada está mi alma de desear Tus juicios en todo tiempo. Reprendiste a los soberbios, los malditos, Que se desvían de tus mandamientos. Aparta de mí el oprobio y el menosprecio, Porque tus testimonios

he guardado. Príncipes también se sentaron y hablaron contra mí; Mas tu siervo meditaba en tus estatutos, Pues tus testimonios son mis delicias Y mis consejeros (Salmos 119:17-24).

“Abatida hasta el polvo está mi alma; Vivifícame según tu palabra. Te he manifestado mis caminos, y me has respondido; Enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos, Para que medite en tus maravillas. Se deshace mi alma de ansiedad; Susténtame según tu palabra. Aparta de mí el camino de la mentira, Y en tu misericordia concédeme tu ley. Escogí el camino de la verdad; He puesto tus juicios delante de mí. Me he apegado a tus testimonios; Oh Jehová, no me avergüences. Por el camino de tus mandamientos correré, Cuando ensanches mi corazón” (Salmos 119:25-32).

“Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, Y lo guardaré hasta el fin. Dame entendimiento, y guardaré tu ley, Y la cumpliré de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos, Porque en ella tengo mi voluntad. Inclina mi corazón a tus testimonios, Y no a la avaricia. Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; Avívame en tu camino. Confirma tu palabra a tu siervo, Que te teme. Quita de mí el oprobio que he temido, Porque buenos son tus juicios. He aquí yo he anhelado tus mandamientos; Vivifícame en tu justicia” (Salmos 119:33-40).

“Venga a mí tu misericordia, oh Jehová; Tu salvación, conforme a tu dicho. Y daré por respuesta a mi avergonzador, Que en tu palabra he confiado. No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad, Porque en tus juicios espero. Guardaré tu ley siempre, Para siempre y eternamente. Y andaré en libertad, Porque busqué tus mandamientos. Hablaré de tus testimonios delante de los reyes, Y no me avergonzaré; Y me regocijaré en tus mandamientos, Los cuales he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, Y meditaré en tus estatutos” (Salmos 119:41-48).

“Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, En la cual me has hecho esperar. Ella es mi consuelo en mi aflicción, Porque tu dicho me ha vivificado. Los soberbios se burlaron mucho de mí, Mas no me he apartado de tu ley. Me acordé, oh Jehová, de tus juicios antiguos, Y me consolé. Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos Que dejan tu ley. Cánticos fueron para mí tus estatutos En la casa en donde fui extranjero. Me acordé en la noche de tu nombre, oh Jehová, Y guardé tu ley. Estas bendiciones tuve Porque guardé tus mandamientos” (Salmos 119:49-56).

“Mi porción es Jehová; He dicho que guardaré tus palabras. Tu presencia supliqué de todo corazón; Ten misericordia de mí según tu palabra. Consideré mis caminos, Y volví mis pies a tus testimonios. Me apresuré y no me retardé En guardar tus mandamientos. Compañías de impíos me han rodeado, Mas no me he olvidado de tu ley. A medianoche me levanto para alabarte Por tus justos juicios. Compañero soy yo de todos los que te temen Y guardan tus mandamientos. De tu misericordia, oh Jehová, está llena la tierra; Enséñame tus estatutos” (Salmos 119:57-64).

“Bien has hecho con tu siervo, Oh Jehová, conforme a tu palabra. Enséñame buen sentido y sabiduría, Porque tus mandamientos he creído. Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; Mas ahora guardo tu palabra. Bueno eres tú, y bienhechor; Enséñame tus estatutos. Contra mí forjaron mentira los soberbios, Mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos. Se engrosó el corazón de ellos como sebo, Mas yo en tu ley me he regocijado. Bueno me es haber sido humillado, Para que aprenda tus estatutos. Mejor me es la ley de tu boca Que millares de oro y plata” (Salmos 119:65-72).

“Tus manos me hicieron y me formaron; Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos. Los que te temen me verán, y se alegrarán, Porque en tu palabra he esperado. Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, Y que conforme a tu fidelidad me afligiste. Sea ahora tu misericordia para consolarme, Conforme a lo que has dicho a tu siervo. Vengan a mí tus misericordias, para que viva, Porque tu ley es mi delicia. Sean avergonzados los soberbios, porque sin causa me han calumniado; Pero yo meditaré en tus mandamientos. Vuélvanse a mí los que te temen Y conocen tus testimonios. Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, Para que no sea yo avergonzado” (Salmos 119:73-80).

“Desfallece mi alma por tu salvación, Mas espero en tu palabra. Desfallecieron mis ojos por tu palabra, Diciendo: ¿Cuándo me consolarás? Porque estoy como el odre al humo; Pero no he olvidado tus estatutos. ¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen? Los soberbios me han cavado hoyos; Mas no proceden según tu ley. Todos tus mandamientos son verdad; Sin causa me persiguen; ayúdame. Casi me han echado por tierra, Pero no he dejado tus mandamientos. Vivifícame conforme a tu misericordia, Y guardaré los testimonios de tu boca” (Salmos 119:81-88).

“Para siempre, oh Jehová, Permanece tu palabra en los cielos. De generación en generación es tu fidelidad; Tú afirmaste la tierra, y subsiste. Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy, Pues todas ellas te sirven. Si tu ley no hubiese sido mi delicia, Ya en mi aflicción hubiera perecido. Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos, Porque con ellos me has vivificado. Tuyo soy yo, sálvame, Porque he buscado tus mandamientos. Los impíos me han aguardado para destruirme; Mas yo consideraré tus testimonios. A toda perfección he visto fin; Amplio sobremanera es tu mandamiento” (Salmos 119:89-96).

“¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación. Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, Porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, Porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, Porque he guardado tus mandamientos; De todo mal camino contuve mis pies, Para guardar tu palabra. No me aparté de tus juicios, Porque tú me enseñaste. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; Por tanto, he aborrecido todo camino de mentira” (Salmos 119:97-104).

“Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino. Juré y ratifiqué Que guardaré tus justos juicios. Afligido estoy en gran manera; Vivifícame, oh Jehová, conforme a tu palabra. Te ruego, oh Jehová, que te sean agradables los sacrificios voluntarios de mi boca, Y me enseñes tus juicios. Mi vida está de continuo en peligro, Mas no me he olvidado de tu ley. Me pusieron lazo los impíos, Pero yo no me desvié de tus mandamientos. Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, Porque son el gozo de mi corazón. Mi corazón incliné a cumplir tus estatutos De continuo, hasta el fin” (Salmos 119:105-112).

“Aborrezco a los hombres hipócritas; Mas amo tu ley. Mi escondedero y mi escudo eres tú; En tu palabra he esperado. Apartaos de mí, malignos, Pues yo guardaré los mandamientos de mi Dios. Susténtame conforme a tu palabra, y viviré; Y no quede yo avergonzado de mi esperanza. Sosténme, y seré salvo, Y me regocijaré siempre en tus estatutos. Hollaste a todos los que se desvían de tus estatutos, Porque su astucia es falsedad. Como escorias hiciste consumir a todos los impíos de la tierra; Por tanto, yo he amado tus testimonios. Mi carne se ha estremecido por temor de ti, Y de tus juicios tengo miedo” (Salmos 119:113-120).

“Juicio y justicia he hecho; No me abandones a mis opresores. Afianza a tu siervo para bien; No permitas que los soberbios me opriman. Mis ojos desfallecieron por tu salvación, Y por la palabra de tu justicia. Haz con tu siervo según tu misericordia, Y enséñame tus estatutos. Tu siervo soy yo, dame entendimiento Para conocer tus testimonios. Tiempo es de actuar, oh Jehová, Porque han invalidado tu ley. Por eso he amado tus mandamientos Más que el oro, y más que oro muy puro. Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, Y aborrecí todo camino de mentira” (Salmos 119:121-128).

“Maravillosos son tus testimonios; Por tanto, los ha guardado mi alma. La exposición de tus palabras alumbra; Hace entender a los simples. Mi boca abrí y suspiré, Porque deseaba tus mandamientos. Mírame, y ten misericordia de mí, Como acostumbras con los que aman tu nombre. Ordena mis pasos con tu palabra, Y ninguna iniquidad se enseñoree de mí. Líbrame de la violencia de los hombres, Y guardaré tus mandamientos. Haz que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, Y enséñame tus estatutos. Ríos de agua descendieron de mis ojos, Porque no guardaban tu ley” (Salmos 119:129-136).

“Justo eres tú, oh Jehová, Y rectos tus juicios. Tus testimonios, que has recomendado, Son rectos y muy fieles. Mi celo me ha consumido, Porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras. Sumamente pura es tu palabra, Y la ama tu siervo. Pequeño soy yo, y desechado, Mas no me he olvidado de tus mandamientos. Tu justicia es justicia eterna, Y tu ley la verdad. Aflicción y angustia se han apoderado de mí, Mas tus mandamientos fueron mi delicia. Justicia eterna son tus testimonios; Dame entendimiento, y viviré” (Salmos 119:137-144).

“Clamé con todo mi corazón; respóndeme, Jehová, Y guardaré tus estatutos. A ti clamé; sálvame, Y guardaré tus testimonios. Me anticipé al alba, y clamé; Esperé en tu palabra. Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, Para meditar en tus mandatos. Oye mi voz conforme a tu misericordia; Oh Jehová, vivifícame conforme a tu juicio. Se acercaron a la maldad los que me persiguen; Se alejaron de tu ley. Cercano estás tú, oh Jehová, Y todos tus mandamientos son verdad. Hace ya mucho que he entendido tus testimonios, Que para siempre los has establecido” (Salmos 119:145-152).

“Mira mi aflicción, y líbrame, Porque de tu ley no me he olvidado. Defiende mi causa, y redímeme; Vivifícame con tu palabra. Lejos está de los impíos la salvación, Porque no buscan tus estatutos. Muchas son tus misericordias, oh Jehová; Vivifícame conforme a tus juicios. Muchos son mis perseguidores y mis enemigos, Mas de tus testimonios no me he apartado. Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, Porque no guardaban tus palabras. Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; Vivifícame conforme a tu misericordia. La suma de tu palabra es verdad, Y eterno es todo juicio de tu justicia” (Salmos 119:153-160).

“Príncipes me han perseguido sin causa, Pero mi corazón tuvo temor de tus palabras. Me regocijo en tu palabra Como el que halla muchos despojos. La mentira aborrezco y abomino; Tu ley amo. Siete veces al día te alabo A causa de tus justos juicios. Mucha paz tienen los que aman tu ley, Y no hay para ellos tropiezo. Tu salvación he esperado, oh Jehová, Y tus mandamientos he puesto por obra. Mi alma ha guardado tus testimonios, Y los he amado en gran manera. He guardado tus mandamientos y tus testimonios, Porque todos mis caminos están delante de ti” (Salmos 119:161-168).

“Llegue mi clamor delante de ti, oh Jehová; Dame entendimiento conforme a tu palabra. Llegue mi oración delante de ti; Líbrame conforme a tu dicho. Mis labios rebosarán alabanza

Quando me enseñes tus estatutos. Hablará mi lengua tus dichos, Porque todos tus mandamientos son justicia. Esté tu mano pronta para socorrerme, Porque tus mandamientos he escogido. He deseado tu salvación, oh Jehová, Y tu ley es mi delicia. Viva mi alma y te alabe, Y tus juicios me ayuden. Yo anduve errante como oveja extraviada; busca a tu siervo, Porque no me he olvidado de tus mandamientos” (Salmos 119:169-176).

“Jehová guarda a todos los que le aman, Mas destruirá a todos los impíos” (Salmos 145:20).

“Hijo mío, si recibieres mis palabras, Y mis mandamientos guardares dentro de ti, Haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; Si inclinares tu corazón a la prudencia, Si clamares a la inteligencia, Y a la prudencia dieres tu voz; Si como a la plata la buscares, Y la escudriñares como a tesoros, Entonces entenderás el temor de Jehová, Y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia. El provee de sana sabiduría a los rectos; Es escudo a los que caminan rectamente. Es el que guarda las veredas del juicio, Y preserva el camino de sus santos. Entonces entenderás justicia, juicio Y equidad, y todo buen camino” (Proverbios 2:1-9).

“Hijo mío, no te olvides de mi ley, Y tu corazón guarde mis mandamientos; Porque largura de días y años de vida Y paz te aumentarán. Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad; Atalas a tu cuello, Escríbelas en la tabla de tu corazón; Y hallarás gracia y buena opinión Ante los ojos de Dios y de los hombres” (Proverbios 3:1-4).

“La maldición de Jehová está en la casa del impío, Pero bendecirá la morada de los justos. Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores, Y a los humildes dará gracia. Los sabios heredarán honra, Mas los necios llevarán ignominia” (Proverbios 3:33-35).

“Hay bendiciones sobre la cabeza del justo; Pero violencia cubrirá la boca de los impíos. La memoria del justo será bendita; Mas el nombre de los impíos se pudrirá. El sabio de corazón recibirá los mandamientos; Mas el necio de labios caerá” (Proverbios 10:6-8).

“El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:13-14).

“En aquel día cantarán este cántico en tierra de Judá: Fuerte ciudad tenemos; salvación puso Dios por muros y antemuro. Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades” (Isaías 26:1-2).

“Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel: Yo soy Jehová Dios tuyo, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir. ¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar. Fuera como la arena tu descendencia, y los renuevos de tus entrañas como los granos de arena; nunca su nombre sería cortado, ni raído de mi presencia” (Isaías 48:17-19).

“Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal. Y el extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí yo soy árbol seco. Porque así dijo Jehová: A los eunucos que

guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo<sup>1</sup> para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (Isaías 56:2-7).

“Dijo Jehová: Porque dejaron mi ley, la cual di delante de ellos, y no obedecieron a mi voz, ni caminaron conforme a ella; antes se fueron tras la imaginación de su corazón, y en pos de los baales, según les enseñaron sus padres” (Jeremías 9:13-14).

“Entonces les dirás: Porque vuestros padres me dejaron, dice Jehová, y anduvieron en pos de dioses ajenos, y los sirvieron, y ante ellos se postraron, y me dejaron a mí y no guardaron mi ley” (Jeremías 16:11).

“Les dirás, pues: Así ha dicho Jehová: Si no me oyereis para andar en mi ley, la cual puse ante vosotros, para atender a las palabras de mis siervos los profetas, que yo os envío desde temprano y sin cesar, a los cuales no habéis oído, yo pondré esta casa como Silo, y esta ciudad la pondré por maldición a todas las naciones de la tierra” (Jeremías 26:4-6).

“No se han humillado hasta el día de hoy, ni han tenido temor, ni han caminado en mi ley ni en mis estatutos, los cuales puse delante de vosotros y delante de vuestros padres” (Jeremías 44:10).

“Porque ofrecisteis incienso y pecasteis contra Jehová, y no obedecisteis a la voz de Jehová, ni anduvisteis en su ley ni en sus estatutos ni en sus testimonios; por tanto, ha venido sobre vosotros este mal, como hasta hoy” (Jeremías 44:23).

“Acuérdate ahora de la palabra que diste a Moisés tu siervo, diciendo: Si vosotros pecareis, yo os dispersaré por los pueblos; pero si os volviereis a mí, y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, aunque vuestra dispersión fuere hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré, y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre” (Ezequiel 1:8-9).

“Así ha dicho Jehová el Señor: Esta es Jerusalén; la puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella. <sup>6</sup>Y ella cambió mis decretos y mis ordenanzas en impiedad más que las naciones, y más que las tierras que están alrededor de ella; porque desecharon mis decretos y mis mandamientos, y no anduvieron en ellos. <sup>7</sup>Por tanto, así ha dicho Jehová: ¿Por haberos multiplicado más que las naciones que están alrededor de vosotros, no habéis andado en mis mandamientos, ni habéis guardado mis leyes? Ni aun según las leyes de las naciones que están alrededor de vosotros habéis andado” (Ezequiel 5:5-7).

“Y sabréis que yo soy Jehová; porque no habéis andado en mis estatutos, ni habéis obedecido mis decretos, sino según las costumbres de las naciones que os rodean habéis hecho” (Ezequiel 11:12).

“Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios” (Ezequiel 11:19-20).

“Y el hombre que fuere justo, e hiciere según el derecho y la justicia; que no comiere sobre los montes, ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, ni violare la mujer de su prójimo, ni se llegare a la mujer menstuosa, ni oprimiere a ninguno; que al deudor devolviere su prenda, que no cometiere robo, y que diere de su pan al hambriento y cubriere al desnudo con vestido, que no prestare a interés ni tomare usura; que de la maldad retrajere su mano, e hiciere juicio verdadero entre hombre y hombre, en mis ordenanzas caminaré, y guardare mis decretos para hacer rectamente, éste es justo; éste vivirá, dice Jehová el Señor” (Ezequiel 18:5-9).

“Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá. El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él” (Ezequiel 18:19-20).

“Porque desecharon mis decretos, y no anduvieron en mis estatutos, y mis días de reposo profanaron, porque tras sus ídolos iba su corazón” (Ezequiel 20:16).

“También les alcé yo mi mano en el desierto, jurando que los esparciría entre las naciones, y que los dispersaría por las tierras, porque no pusieron por obra mis decretos, sino que desecharon mis estatutos y profanaron mis días de reposo, y tras los ídolos de sus padres se les fueron los ojos” (Ezequiel 20:23-24).

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (Ezequiel 36:25-28).

“Y les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. Ni se contaminarán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios. Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra. Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre. Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre” (Ezequiel 37:21-28).

“Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos” (Daniel 9:4).

“Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos. Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que

guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés tu siervo” (Nehemías 1:5-7).

“Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros padres no pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a tus testimonios con que les amonestabas” (Nehemías 9:34).

“Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Judá, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque menospreciaron la ley de Jehová, y no guardaron sus ordenanzas, y les hicieron errar sus mentiras, en pos de las cuales anduvieron sus padres” (Amos 2:4).

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

“Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos?” (Malaquías 3:7).

“Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos? Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon. Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Malaquías 3:13-18).

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Más a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos. Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel. He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Malaquías 4:1-6).

### **Citas bíblicas del Nuevo Testamento**

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

“Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo

en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:19-21).

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esto os mando: Que os améis unos a otros” (Juan 15:1-17).

“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4).

“¿Fue llamado alguno siendo circunciso? Quédese circunciso. ¿Fue llamado alguno siendo incircunciso? No se circuncide. La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios” (1Corintios 7:18-19).

“Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5).

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1Tesalonicenses 5:23, 24).

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras (Tito 2:11-14).

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:21, 22).

“Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2Pedro 1:10).

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1Juan 2:1-6).

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1Juan 3:6).

“Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1Juan 3:21-24).

“En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo” (1Juan 4:17).

“Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1Juan 5:1-5).

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1Juan 5:18).

“Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio” (2Juan 1:4-6).

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24).

“Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a

hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:13-17).

“Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:6-13).

“Juan había de salir como mensajero de Jehová, para comunicar a los hombres la luz de Dios. Debía dar una nueva dirección a sus pensamientos. Debía hacerles sentir la santidad de los requerimientos de Dios, y su necesidad de la perfecta justicia divina. Un mensajero tal debía ser santo. Debía ser templo del Espíritu de Dios. A fin de cumplir su misión, debía tener una constitución física sana, y fuerza mental y espiritual. Por lo tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y pasiones. Debía poder dominar todas sus facultades, para poder permanecer entre los hombres tan inmovible frente a las circunstancias que le rodeasen como las rocas y montañas del desierto” (Elena de White - DTG 75.2).

## Capítulo 18

### COLECCIÓN DE CITAS DE ELENA G. DE WHITE

#### ¿EL HOMBRE PUEDE GUARDAR TODOS LOS MANDAMIENTOS?

Ya hemos establecido claramente que la perfección cristiana es un proceso que busca que finalmente el hombre, por el poder de Dios, pueda ser obediente a los mandamientos y deje de pecar para que pueda estar en el cielo y sociabilizar con seres santos sin poner el riesgo la estabilidad del gobierno universal de Dios por el pecado.

También hemos notado que la perfección cristiana no es ni más ni menos que tener el carácter de Cristo a través de la participación de la naturaleza divina actuando en nosotros, gracias a la labor del Espíritu Santo que trae los atributos y el carácter de Jesús hasta nosotros.

Satanás desea de todas las formas posibles confundirnos en este tema en particular, veamos lo que escribe Fred Wright al respecto:

“Satanás usa varias estratagemas en esta guerra. Una de sus armas favoritas es sugerir que nosotros podemos hacer ciertas cosas, pero que no es posible obedecer en todas las cosas. La persona común es capaz de evitar los mayores pecados como el homicidio, hurto o cosa semejante, pero las supuestas cosas pequeñas como impaciencia, apetito y malicia son diferentes. De este modo, Satanás busca fijar en la mente el concepto de que la ley no puede ser guardada. Esta es la creencia en la cual él desea ver a todos firmemente versados.

Esta es la táctica más exitosa, porque si tú crees que es imposible guardar la ley, no tendrás la fe para poder hacerlo. Toda justicia, lo cual es la perfecta obediencia, se obtiene solamente por la fe; si no tienes la fe, no serás capaz de ser justo.

Toda esperanza de alcanzar justicia comienza con la convicción firme de que la ley puede ser guardada, aunque tú puedas no haber hallado la manera de obedecerla y puedas no tener éxito en tu búsqueda por algún tiempo. Cualquier cosa que suceda, es esencial durante ese período de escudriñamiento, para que nunca rindas la convicción firme de que la ley puede ser guardada. Si el éxito no llega, es solamente porque el conocimiento de cómo la ley puede ser guardada es escaso todavía” (Fred Wright – El destino de un movimiento 61-62).

Esta es una colección de citas que hablan sobre el guardar los mandamientos. No están conectadas con la perfección, como las anteriores, pero arrojan gran luz de lo que Dios espera de su pueblo.

#### Citas de Elena G. de White

##### Debemos guardar los mandamientos

“Por su vida y su muerte, Cristo demostró que la justicia de Dios no destruye su misericordia, que el pecado podía ser perdonado, y que la ley es justa y puede ser obedecida perfectamente. Las acusaciones de Satanás fueron refutadas. Dios había dado al hombre evidencia inequívoca de su amor” (Elena G. de White- DTG 711).

“Dios reclama con derecho el amor y la obediencia de todas sus criaturas. Les ha dado en su ley una norma perfecta de justicia. Pero muchos olvidan a su Hacedor, y en oposición a su voluntad eligen seguir sus propios caminos. Retribuyen con enemistad el amor que es tan alto como el cielo, tan ancho como el universo. Dios no puede rebajar los requerimientos de su ley para satisfacer la norma de los impíos; ni pueden los hombres, por su propio poder, satisfacer las demandas de la ley. Solamente por la fe en Cristo puede el pecador ser limpiado de sus culpas y capacitado para prestar obediencia a la ley de su Hacedor” (Elena G. de White- HAP 339).

“Pero orar en nombre de Cristo significa mucho. Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras. La promesa del Salvador se nos da bajo cierta condición. “Si me amáis—dice, —guardad mis mandamientos.” El salva a los hombres no en el pecado, sino del pecado; y los que le aman mostrarán su amor obedeciéndole” (Elena G. de White- DTG 621.3).

“Dios les ofreció, en su Hijo, la justicia perfecta de la ley. Si querían abrir sus corazones para recibir plenamente a Cristo, entonces la vida misma de Dios, su amor, moraría en ellos, transformándolos a su semejanza; así, por el don generoso de Dios, poseerían la justicia exigida por la ley... en sí mismos una reproducción del carácter de Cristo” (Elena G. de White- DMJ, 50-51).

“La religión de Cristo es la sinceridad misma. El celo por la gloria de Dios es el motivo implantado por el Espíritu Santo; y únicamente la obra eficaz del Espíritu puede implantar este motivo. Únicamente el poder de Dios puede desterrar el egoísmo y la hipocresía. Este cambio es la señal de su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la simulación, cuando nos induce a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del debido carácter. “Padre, glorifica tu nombre,” fue el principio fundamental de la vida de Cristo; y si le seguimos, será el principio fundamental de nuestra vida. Nos ordena “andar como él anduvo;” “y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos” (Elena G. de White- DTG 376-377).

“Dios desea que su pueblo se prepare para la crisis venidera. Esté preparado o no, tendrá que afrontarla; y solamente aquellos que vivan en conformidad con la norma divina, permanecerán firmes en el tiempo de la prueba. Cuando los gobernantes seculares se unan con los ministros de la religión para legislar en asuntos de conciencia, entonces se verá quiénes realmente temen y sirven a Dios. Cuando las tinieblas sean más profundas, la luz de un carácter semejante al de Dios brillará con el máximo fulgor. Cuando fallen todas las demás confianzas, entonces se verá quiénes confían firmemente en Jehová. Y mientras los enemigos de la verdad estén por doquiera, vigilando a los siervos de Dios para mal, Dios velará por ellos para bien. Será para ellos como la sombra de un gran peñasco en tierra desierta” (Elena G. de White- HAP 344-346).

“Si no fuera posible para nosotros guardar los mandamientos, ¿por qué él hace de la obediencia a sus mandamientos la prueba de que lo amamos?” (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 1, p. 110).

“Desde los tiempos más remotos, los fieles de Israel habían prestado mucha atención a la educación de la juventud. El Señor había indicado que, desde la más tierna infancia, debía enseñarse a los niños su bondad y grandeza, especialmente en la forma en que se revelaban en la ley divina y en la historia de Israel. Los cantos, las oraciones y las lecciones de las Escrituras debían adaptarse a los intelectos en desarrollo. Los padres debían enseñar a sus hijos que la ley de Dios es una expresión de su carácter, y que al recibir los principios de la ley en el corazón, la imagen de Dios se grababa en la mente y el alma” (Elena G. de White- DTG 49-50).

“Quizás digamos que es imposible para nosotros alcanzar el estándar de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y fianza, era un ser humano... Con Su divinidad cubierta por humanidad, vivió una vida de perfecta obediencia a la ley de Dios.” “Como Cristo vivió la ley siendo humano, así debemos hacer nosotros si nos tomamos del Fuerte para obtener fortaleza” (Elena G. de White- Signs of the Times, Marzo 4, 1897).

“¿Qué pasa con el alma que ha aceptado a Jesucristo como Salvador personal? El amor fluye del corazón divino al del creyente. ¿Qué hace entonces ese corazón? Se dedica a servir a Dios y a guardar sus mandamientos para que no se lo encuentre en la condición de Adán y Eva después de la transgresión. No podemos permitir esto. No podemos darnos el lujo de pecar. El pecado es realmente muy caro” (Elena G. de White- Cada Día Con Dios 87).

“Todo el que por fe obedece los mandamientos de Dios alcanzará la condición sin pecado en que vivía Adán antes de su transgresión” (Elena G. de White- En Lugares Celestiales”, página 146; ver también El Comentario Bíblico Adventista, volumen 6).

“El testimonio de la Palabra de Dios se opone a esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del Cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe verdadera se funda en las promesas y disposiciones de las Sagradas Escrituras.

Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. “El pecado es transgresión de la ley.” Y “todo aquel que peca [transgrede la ley], no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:6. Aunque San Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él; mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios.” 1 Juan 2:4, 5 (VM). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberle comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empequeñecen y tienen en poco los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan a los hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno.

Y la aserción de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree” (Elena G. de White- CS 526).

“La ley revela al hombre sus pecados, pero no dispone ningún remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Sólo el Evangelio de Cristo puede librarle de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene “remisión de los pecados cometidos anteriormente,” y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios, pues ha recibido el espíritu de adopción, por el cual exclama: “¡Abba, Padre!”

¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley.” “Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?” Y San Juan dice también: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces “la justicia que requiere la ley” se cumplirá “en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.” Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será “!Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97” (Elena G. de White- CS 521-522).

“Es obra de la conversión y de la santificación reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos de acuerdo con los principios de su ley. Al principio el hombre fue creado a la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado le separó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la ley de Dios. “La intención de la carne es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.” Romanos 8:7. Mas “de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito,” para que el hombre fuese reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía entre el hombre y su Creador. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina; debe recibir nueva vida de lo alto. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, según expuso Jesús, nadie “puede ver el reino de Dios” (Elena G. de White- CS 520-521).

“El vino a demostrar la falsedad de la acusación de Satanás de que Dios había hecho una ley que el hombre no podía cumplir. Cristo guardó los diez mandamientos mientras tenía la naturaleza del hombre. Así demostró a los seres humanos que para el hombre es posible obedecer perfectamente la ley. Así vindicó la justicia de Dios al demandar obediencia a su ley. Aquellos que acepten a Cristo como su Salvador, haciéndose partícipes de la naturaleza divina, son habilitados por seguir su ejemplo de obediencia a cada precepto divino” (Elena G. de White— Signs of the Times 14 de mayo 1902).

“Si Satanás se hubiese presentado en su verdadero carácter, habría sido rechazado en el acto, pues Adán y Eva habían sido prevenidos contra este enemigo peligroso; pero Satanás trabajó en la obscuridad, encubriendo su propósito a fin de poder realizar mejor sus fines. Valiéndose de la serpiente, que era entonces un ser de fascinadora apariencia, se dirigió a Eva, diciéndole: “¿Conque Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?” Génesis 3:1. Si Eva hubiese rehusado entrar en discusión con el tentador, se habría salvado; pero ella se aventuró a alegar con él y entonces fue víctima de sus artificios. Así es como muchas personas son aún vencidas. Dudan y discuten respecto a la voluntad de Dios, y en lugar de obedecer sus mandamientos, aceptan teorías humanas que no sirven más que para encubrir los engaños de Satanás” (Elena G. de White- CS 586).

“Pero en ningún caso vino para disminuir la obligación de los mortales de ser perfectamente obedientes. No destruyó la validez de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cumplió lo que había sido predicho por Dios mismo. Vino, no para liberar a los seres humanos de los requerimientos de la ley, sino para abrir un camino por medio del cual pudieran obedecer esa ley y enseñar a otros a hacer lo mismo” (Elena G. de White- Manuscript Releases, 292, 293. SSJ 351.6).

"(La ley) De esa manera, la magnificó y engrandeció. Por medio de su vida manifestó su naturaleza espiritual. A la vista de los seres celestiales, de los mundos que no han caído y de un mundo desobediente, desagradecido e impío, él cumplió los abarcantes principios de la ley. Vino para demostrar el hecho de que la humanidad, aliada por la fe viviente con la Deidad, puede guardar los mandamientos de Dios" (Elena G. de White- SSJ 351.4).

"A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo; como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna... El divino Intercesor aboga porque a todos los que han vencido por la fe en su sangre se les perdonen sus transgresiones, a fin de que sean restablecidos en su morada edénica" (Elena G. de White- CS 537-538).

"En los preceptos de su santa ley, Dios ha dado una perfecta norma de vida; y ha declarado que hasta el fin del tiempo esa ley, sin sufrir cambio en una sola jota o tilde, mantendrá sus demandas sobre los seres humanos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable. Mostró que está basada sobre el anchuroso fundamento del amor a Dios y a los hombres, y que la obediencia a sus preceptos comprende todos los deberes del hombre. En su propia vida, Cristo dio un ejemplo de obediencia a la ley de Dios. En el sermón del monte mostró cómo sus requerimientos se extienden más allá de sus acciones externas y abarca los pensamientos e intentos del corazón.

La ley, obedecida, guía a los hombres a renunciar "a la impiedad y a los deseos mundanos" y a vivir "en este siglo templada, y justa, y piamente." Tito 2:12...

Con el desprecio creciente hacia la ley de Dios, existe una marcada aversión a la religión, un aumento de orgullo, amor a los placeres, desobediencia a los padres e indulgencia propia; y dondequiera se preguntan ansiosamente los pensadores: ¿Qué puede hacerse para corregir esos males alarmantes? La respuesta la hallamos en la exhortación de Pablo a Timoteo: "Predica la Palabra." En la Biblia encontramos los únicos principios seguros de acción. Es la transcripción de la voluntad de Dios, la expresión de la sabiduría divina. Abre a la comprensión de los hombres los grandes problemas de la vida; y para todo el que tiene en cuenta sus preceptos, resultará un guía infalible que le guardará de consumir su vida en esfuerzos mal dirigidos. Dios ha hecho conocer su voluntad, y es insensato para el hombre poner en tela de juicio lo que han proferido sus labios. Después que la Infinita Sabiduría habló, no puede existir una sola cuestión en duda que el hombre haya de aclarar, ninguna posibilidad de vacilar que corregir. Todo lo que el Señor requiere de él es un sincero y fervoroso acatamiento de su expresa voluntad. La obediencia es el mayor dictado de la razón, tanto como de la conciencia" (Elena G. de White- HAP 402-403).

"Cada uno que por la fe obedece los mandamientos de Dios alcanzará la condición de impecabilidad en la cual Adán vivió antes de su transgresión" (Elena G. de White- Signs of the Times 23 07 1902).

"Cristo vino a la tierra, tomando la humanidad y como representante del hombre, para mostrar en el conflicto con Satanás que el hombre, como Dios lo creó, conectado con el Padre y el Hijo, podía obedecer todo requerimiento divino" (Elena G. de White- The Signs of the Times, 9 de junio, 1898).

"Los seguidores de Cristo tiene que llegar a ser como Él—por la gracia de Dios deben formar caracteres en armonía con Su santa ley. Esta es la santificación bíblica" (Elena G. de White- CS 523).

“No habrá un tiempo de gracia futuro en el cual prepararse para la eternidad. En esta vida hemos de vestirnos con el manto de la justicia de Cristo. Esta es nuestra única oportunidad de formar caracteres para el hogar que Cristo ha preparado para los que obedecen sus mandamientos” (Elena G. de White- PVGM 259).

“Puesto que somos pecadores y malos, no podemos obedecer perfectamente una ley santa. No tenemos por nosotros mismos justicia con que cumplir lo que la ley de Dios demanda. Mas Cristo nos ha preparado una vía de escape. Vivió sobre la tierra en medio de pruebas y tentaciones tales como las que nosotros tenemos que arrostrar. Sin embargo, su vida fue impecable. Murió por nosotros y ahora ofrece quitarnos nuestros pecados y vestirnos de su justicia. Si os entregáis a él y lo aceptáis como vuestro Salvador, por pecaminosa que haya sido vuestra vida, seréis contados entre los justos por consideración a él. El carácter de Cristo toma el lugar del vuestro, y vosotros sois aceptados por Dios como sino hubierais pecado” (Elena G. de White– CC 62).

“Habiendo sufrido la penalidad total de un mundo culpable, Jesús se convirtió en el mediador entre Dios y el hombre, para restaurar al alma arrepentida al favor con Dios dándole la gracia para guardar la ley del Altísimo” (Elena G. de White– FO 45).

“Cristo les dejó claro a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de Su servicio. Su vida testifica que es posible para nosotros obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White- 8T 208).

"La verdadera religión es la imitación de Cristo. Los que son seguidores de Cristo se negarán a sí mismos, tomarán la cruz de Cristo y caminarán en sus pisadas. Seguir a Cristo significa obediencia a todos sus mandamientos. De ningún soldado se puede decir que obedece a su comandante si no obedece sus órdenes. Cristo es nuestro modelo. Imitar a Jesús, lleno de amor, ternura y compasión, exige que nos acerquemos a él diariamente. ¡Oh, cuánto ha sido deshonrado Dios por sus falsos representantes!" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, p.960).

“La vida de obediencia del Salvador sostuvo los derechos de la ley; probó que la ley puede ser guardada en la humanidad, y reveló la excelencia del carácter que la obediencia desarrollaría. Todos los que obedecen como él obedeció, declaran igualmente que el mandamiento de la ley “es santo, y justo, y bueno.” Por otro lado, todos los que violan los mandamientos de Dios, sostienen el aserto de Satanás de que la ley es injusta y no puede ser obedecida. Así secundan los engaños del gran adversario y deshonran a Dios. Son hijos del maligno, que fue el primer rebelde contra la ley de Dios” (Elena G. de White- DTG 276).

"La humanidad de Cristo es llamada 'lo santo'. El registro inspirado dice de Cristo: 'no hizo pecado', 'no conoció pecado', y" no hubo pecado en él'. Él era 'santo, inofensivo, incorrupto, separado de los pecadores'. Moró entre los hombres. Este testimonio acerca de Cristo claramente muestra que él condenó al pecado en la carne. Ningún hombre puede decir que está sujeto irremediabilmente a la esclavitud del pecado y Satanás. Cristo ha asumido las responsabilidades de la raza humana, y los pecados de todos los que creen le son imputados a él. Él se ha comprometido a ser culpable en lugar de ellos. Él obedeció cada jota y tilde de la ley, para testificar ante los mundos no caídos, ante los santos ángeles, ante el mundo caído, que los que creen en él, quienes lo aceptan como su ofrenda por el pecado, quienes confían en él como su Salvador personal, tendrán la ventaja de su justicia y se hacen partícipes de su naturaleza divina. Él testifica que a través de su justicia imputada, el alma creyente obedecerá los mandamientos de Dios" (Elena G. de White– Signs of the Times, 16 de enero, 1896).

"El plan de redención no es solo una forma de escapar del castigo de la transgresión, sino que, por medio de ese plan, el pecador recibe el perdón de sus pecados y finalmente será recibido en el cielo; pero no como un delincuente que es perdonado y dejado en libertad y que sin embargo es objeto de desconfianza y no se le brinda amistad ni se le tiene fe, sino que se le da la bienvenida como a un hijo y se le da de nuevo la más plena confianza... Si aceptamos esta salvación maravillosa por medio de la fe viva, nunca pereceremos como transgresores culpables de la ley santa, inmutable de Dios. Al creer en el Hijo, hemos de ser obedientes a todos los mandamientos del Padre, y tenemos vida por medio de Jesucristo. Pero muchos dejan de actuar en base a esta fe, y por lo tanto Dios es deshonrado... Pero el evangelio de las buenas nuevas no debe interpretarse como si permitiera que los hombres vivan en rebelión continua contra Dios al transgredir su ley justa y santa. ¿Por qué aquellos que dicen entender las Escrituras no pueden ver que el requisito de Dios bajo la gracia es el mismo que dio en el Edén: una obediencia perfecta a su ley?... El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para encontrar al pecador y salvarlo en sus pecados. Dios requiere obediencia de todos sus sujetos, obediencia entera a todos sus mandamientos. Él demanda ahora como siempre una justicia perfecta como el único título al cielo. Cristo es nuestra esperanza y refugio. Su justicia solo se imputa al obediente. Aceptémoslo por la fe, que el Padre no encuentre pecado en nosotros. Pero aquellos que han pisoteado la santa ley no tendrán derecho a reclamar esa justicia.

¡Oh, que podamos ver la inmensidad del plan de salvación como hijos obedientes de todos los requisitos de Dios, creyendo que tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo, nuestro sacrificio expiatorio!" (Elena G. de White- Review and Herald, 21 de septiembre, 1886; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 962).

"El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos" (Elena G. de White- Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

"El Salvador venció para mostrarle al hombre cómo él puede vencer. Todas las tentaciones de Satanás, Cristo enfrentaba con la Palabra de Dios. Confiando en las promesas divinas, recibía poder para obedecer a los mandamientos de Dios y el tentador no podía alcanzar ventaja. A toda tentación, Su respuesta era: "Está escrito" (Elena G. de White- La temperancia, pág. 107).

"Satanás reclamaba que era imposible que los seres humanos guardasen la ley de Dios. Para probar la falsedad de este reclamo, Cristo dejó Su alto comando, tomó sobre Sí mismo la naturaleza del hombre, y vino a esta tierra para permanecer a la cabeza de la raza caída, para mostrar que la humanidad podía resistir las tentaciones de Satanás" (Ellen White - Mensaje 77, 1902, pág.3).

"Él ni siquiera tomó la forma de un ángel. "Ciertamente", el apóstol dice, "Él no tomó sobre Sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre Sí la simiente de Abrahán".

La Divinidad tomó la humanidad, para que la humanidad pudiese tocar la humanidad. Él mostró que la humanidad puede guardar la ley" (Ellen White - Youth Instructor, 22-02-1900, pág. 62, col. 2).

"La palabra obedecida es vida, y fe, y salvación para todos. "Si me amáis, guardad Mis mandamientos". Me siento tan agradecido por estas palabras; porque si no fuese posible para nosotros obedecer los mandamientos de Dios, estas palabras no habrían sido dichas... a través de Cristo Jesús dándonos gracia,... podemos guardar la ley de Dios" (Elena G. de White- Manuscrito 47 – 1895).

"Cristo puso a un lado sus mantos reales, y vino a esta tierra trayendo consigo un poder suficiente para vencer el pecado. Vino para vivir la ley de Dios en humanidad, para que al participar de su naturaleza divina, nosotros también pudiésemos vivir la ley... Podemos decir que es imposible para nosotros alcanzar la norma de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y garante, fue como ser humano" (Elena G. de White– Signs of the Times, 4 de marzo, 1897).

"Pero el plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios como debe ser acatada; sino que vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo (Elena G. de White– PP 55).

"Debilitado por el pecado, no podemos por nosotros mismos guardar la ley de Dios. Pero Cristo vino a nuestro mundo para restaurar la imagen moral de Dios en los hombres, y para rescatarlos del camino de la desobediencia a un camino de obediencia. Su misión en el mundo era revelar el carácter de Dios al vivir la ley, que es el fundamento de su gobierno; y aquellos que lo acepten como su Salvador personal crecerán en gracia, y en su poder serán habilitados para obedecer la ley de Dios" (Elena G. de White– Signs of the Times, 11 de febrero, 1897).

"Cristo vino al mundo a contrarrestar la falsedad de Satanás de que Dios había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Tomando la humanidad sobre sí, vino al mundo, y mediante una vida de obediencia mostró que Dios no había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Demostró que era perfectamente posible que los hombres obedezcan la ley. Los que aceptan a Cristo como su Salvador, participando de su naturaleza divina, pueden seguir su ejemplo, viviendo en obediencia a cada precepto de la ley. Mediante los méritos de Cristo, el hombre debe mostrar por su obediencia que será digno de confianza cuando esté en el cielo, que no se rebelará. Cristo poseyó la misma naturaleza del hombre. Fue tentado en todo tal como los hombres. El mismo poder que le ayudó a obedecer está a las órdenes del hombre" (Elena G. de White- Manuscrito 48, 1893 – A fin de conocerle 294-295).

"El gran Maestro vino a nuestro mundo, no solamente para expiar el pecado, sino para ser un maestro tanto por precepto como por ejemplo. Vino para mostrar al hombre cómo guardar la ley en la humanidad, de manera que no tuviera excusa por seguir su propio juicio defectuoso. Vemos la obediencia de Cristo, su vida sin pecado. Su obediencia de toda la vida es un reproche para la humanidad desobediente. La obediencia de Cristo no ha de ser puesta a un lado como si fuera algo completamente diferente de la obediencia que él requiere de nosotros individualmente. Cristo nos ha mostrado que es posible que toda la humanidad obedezca las leyes de Dios" (Elena G. de White- Mensajes selectos tomo 3 152-153).

"En sus enseñanzas, Cristo mostró cuán abarcentes son los principios de la ley pronunciados desde el Sinaí. Hizo una aplicación viviente de aquella ley cuyos principios permanecen para siempre como la gran norma de justicia: la norma por la cual serán juzgados todos en aquel gran día, cuando el juez se sienta y se abran los libros. Él vino para cumplir toda justicia y, como cabeza de la humanidad, para mostrarle al hombre que puede hacer la misma obra, haciendo frente a cada especificación de los requerimientos de Dios. Mediante la medida de su gracia proporcionada al instrumento humano, nadie debe perder el cielo. Todo el que se esfuerza puede alcanzar la perfección del carácter. Esto se convierte en el fundamento mismo del nuevo pacto del evangelio. La ley de Jehová es el árbol. El evangelio está constituido por las fragantes flores y los frutos que lleva" (Elena G. de White— La maravillosa gracia, p.141).

"Dios los llevó al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: "Ahora pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto,... vosotros seréis mi reino de sacerdotes, y gente santa." Éxodo 19:5, 6. Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Creyéndose capaces de ser justos por sí mismos, declararon: "Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos." Éxodo 24:7. Habían presenciado la grandiosa majestad de la proclamación de la ley, y habían temblado de terror ante el monte; y sin embargo, apenas unas pocas semanas después, quebrantaron su pacto con Dios al postrarse a adorar una imagen fundida. No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abrahán y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto" (Elena G. de White- PP 388-389).

"En el gobierno moral de Dios, que es un gobierno basado en una distinción entre lo correcto y lo errado, la ley es esencial para asegurar una acción correcta. La ley de Dios es la expresión de su carácter, y en su Palabra se la pronuncia santa, justa y buena... Lucifer tomó la posición de que el mal existe en el cielo y en esta tierra por causa de la ley de Dios. De esta manera acusó al gobierno de Dios de ser arbitrario. Pero esto es falso, enmarcado por el autor de toda mentira. El gobierno de Dios es un gobierno de libre albedrío, y no hay un acto de rebelión u obediencia que no sea un acto de libre albedrío. Como creador de todo, Dios lo gobierna todo, y él está obligado a hacer cumplir su ley en todo el universo. Requerir menos de sus criaturas que la obediencia a su ley sería abandonarlos a la ruina. No castigar la transgresión de su ley sería colocar al universo en confusión. La ley moral es la barrera de Dios entre el agente humano y el pecado. Por eso es que la sabiduría infinita ha colocado ante los hombres la distinción entre lo correcto y lo errado, entre el pecado y la santidad... Las Escrituras hacen claro que Dios es el Gobernante, y que el hombre se encuentra ante la más elevada obligación de aceptarlo, y de obedecer su ley con el corazón y la mente, confiando en su poder para obtener ayuda y protección" (Elena G. de White- Signs of the Times, 5 de junio, 1901).

"Mediante el precepto y el ejemplo hemos de enseñar a los demás que por la gracia de Cristo pueden obedecer todos los mandamientos de Dios, y ser vestidos con la justicia de Cristo. Esta es la obra que Dios requiere que hagan sus siervos" (Elena G. de White- Signs of the Times, 8 de marzo, 1899).

"Los que pisotean con sus profanos pies la ley de Dios tienen el mismo espíritu de los que

insultaron y traicionaron a Jesús. Sin ningún remordimiento de conciencia ejecutarán los actos de su padre, el diablo. Harán la misma pregunta que salió de los traidores labios de Judas: '¿Qué me queréis dar si os entrego a Jesús, el Cristo?' Cristo está siendo traicionado ahora mismo en la persona de sus santos" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 5, pp. 1076, 1081).

"No es suficiente que creamos que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no consiste en fábulas arteramente compuestas. Podemos creer que el nombre de Jesús es el único nombre debajo del cielo por el cual el hombre puede ser salvo, y sin embargo, no hacer de él, por la fe, nuestro Salvador personal. No es suficiente creer la teoría de la verdad. No es suficiente profesar fe en Cristo y tener nuestros nombres registrados en el libro de la iglesia. 'El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado' (1 Juan 3:24). Esta es la verdadera evidencia de la conversión. No importa cuál sea nuestra profesión de fe, no nos vale de nada a menos que Cristo se revele en obras de justicia" (Elena G. de White- PVGM 254).

"La obra del Espíritu Santo es convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio. El mundo solo puede ser amonestado cuando vea que aquellos que creen la verdad son santificados por la verdad, cuando vea que practican principios santos y elevados, que demuestran con altura la línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que los pisotean. La santificación del Espíritu destaca la diferencia entre aquellos que tienen el sello de Dios y los que guardan un día falso de reposo" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 991).

"El mensaje a Laodicea se aplica a todos los que dicen guardar la ley de Dios, pero no son hacedores de ella (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 7, pp. 972-975).

"Los sepulcros se abren, y "muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua." Daniel 12:2. Todos los que murieron en la fe del mensaje del tercer ángel, salen glorificados de la tumba, para oír el pacto de paz que Dios hace con los que guardaron su ley. "Los que le traspasaron" (Apocalipsis 1:7), los que se mofaron y se rieron de la agonía de Cristo y los enemigos más acérrimos de su verdad y de su pueblo, son resucitados para mirarle en su gloria y para ver el honor con que serán recompensados los fieles y obedientes" (Elena G. de White- CS 695).

"En nuestro mundo hay solo dos bandos: los que son leales a Dios y los que están bajo la bandera del príncipe de las tinieblas. Satanás y sus ángeles descenderán con poder y señales y falsos prodigios para engañar a los que moran en la tierra y, de ser posible, a los mismos escogidos. La crisis está muy cerca de nosotros... Pronto se peleará la batalla del Armagedón... Toda forma de mal se lanzará a una intensa actividad. Malos ángeles unen su poder con hombres impíos, y como han estado en conflicto constante y son experimentados en las mejores artes de engañar y de combatir, y como se han fortalecido durante siglos, no se rendirán en el último conflicto sin una lucha desesperada. Todo el mundo estará de un lado o del otro... Una trompeta tras otra resonará, copa tras copa se derramará sobre los habitantes de la tierra... En un lado está el Creador del cielo y de la tierra; todos los que están a su lado llevan su sello; son obedientes a sus mandamientos. Al otro lado está el príncipe de las tinieblas con los que han preferido la apostasía y la rebelión... Los ángeles destructores están por emprender la obra de la venganza, porque el Espíritu de Dios se está retirando gradualmente del mundo. Satanás también está preparando sus fuerzas del mal, saliendo 'a los reyes de la tierra en todo el mundo' para

reunirlos bajo su bandera y prepararlos para 'la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso'. Satanás hará enormes esfuerzos para obtener el dominio en el último gran conflicto. Se sacarán a la luz principios fundamentales, y habrá que tomar decisiones con respecto a ellos. El escepticismo está prevaleciendo por todas partes la impiedad abunda. La fe de los miembros de la iglesia será probada en forma individual, como si no hubiera otra persona en el mundo" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista,, tomo 7, pp. 993,994).

"Vi la misericordia y bondad que Dios manifestaba al mandar a los habitantes de la tierra una amonestación y mensajes repetidos, para inducirles a escudriñar diligentemente su corazón y a estudiar las Escrituras, a fin de que pudieran despojarse de los errores que les habían transmitido los paganos y los papistas. Mediante estos mensajes Dios ha estado sacando a su pueblo adonde pueda él obrar en su favor con mayor poder, y donde puedan ellos guardar todos sus mandamientos" (Elena G. de White- Primeros escritos, p. 249).

"Las filas raleadas serán llenadas por aquellos a quienes Cristo representó como viniendo a la undécima hora. Hay muchos con quienes el Espíritu de Dios está conteniendo. El tiempo de los juicios destructores de Dios es el tiempo de la misericordia para aquellos que [hasta el momento] no han tenido oportunidad de aprender qué es la verdad. El Señor los mira con ternura. Su corazón misericordioso se conmueve, su mano todavía se extiende para salvar, mientras la puerta se cierra para aquellos que no quisieron entrar... Estandarte tras estandarte quedaba arrastrando en el polvo, mientras que una compañía tras otra del ejército del Señor se unía al enemigo, y tribu tras tribu de las filas del enemigo se unía con el pueblo de Dios observador de los mandamientos" (Elena G. de White- Eventos de los últimos días, p. 186).

"La victoria acompañará al mensaje del tercer ángel. Así como el Capitán de la hueste del Señor derribó los muros de Jericó, el pueblo que guarda los mandamientos del Señor triunfará, y todos los elementos opositores serán derrotados. Ningún alma se queje de los siervos de Dios que han venido a ella con un mensaje enviado del cielo. No sigáis buscando defectos en ellos, diciendo: 'Son demasiado positivos'; 'hablan con demasiada fuerza'. Pueden hablar con mucha fuerza; ¿pero no es necesario? Dios hará que los oídos de los oyentes zumben si no escuchan su voz o su mensaje. Él denunciará a los que resistan la Palabra de Dios. Satanás ha tomado todas las medidas posibles para que no venga nada entre nosotros como pueblo para reprendernos o reprocharnos, y exhortarnos a dejar a un lado nuestros errores. Pero hay un pueblo que llevará el arca de Dios. Algunos que no querrán seguir llevando el arca saldrán de entre nosotros. Pero éstos no podrán levantar vallas para obstruir la verdad; porque ésta irá hacia adelante y hacia arriba hasta el fin" (Elena G. de White- Testimonios para los ministros, p. 417).

"Los dos ejércitos se mantendrán distintos y separados, y esta distinción será tan señalada que muchos que se convencen de la verdad se pasarán al lado del pueblo que guarda los mandamientos de Dios. Cuando esta gran obra se lleve a cabo en la batalla, antes del conflicto final, muchos serán encarcelados, muchos, para salvar sus vidas, huirán tanto de las grandes ciudades como de las poblaciones pequeñas, y muchos serán mártires por causa de Cristo al permanecer firmes en favor de la verdad... No seréis tentados más de lo que podáis soportar. Jesús soportó todo esto y mucho más" (Elena G. de White- Mensajes selectos, tomo 3, pp. 453, 454).

"Dijo Jesús: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto: Si sois hijos de Dios, sois participantes de su naturaleza y no podéis menos que asemejaros a Él. Todo hijo vive gracias a la vida de su padre. Si sois hijos de Dios, engendrados por su Espíritu, vivís por la vida de Dios. En Cristo 'habita

corporalmente toda la plenitud de la Divinidad' (Colosenses 2:9); y la vida de Jesús se manifiesta 'en nuestra carne mortal'. (2 Corintios 4:11.) Esa vida producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras que manifestó en El. Así estaremos en armonía con cada precepto de su ley, porque 'la ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma'. (Salmo 19:7.) Mediante el amor, 'la justicia de la ley se cumplirá en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu' - Romanos 8:4" (Elena G. de White- DMJ 67, 68).

"¡Oh, cuánto había sufrido ya Cristo como el Hijo del hombre, para redimir y salvar a los hombres! ¡Cuánto soportó como su sustituto! Ahora había llegado el momento cuando todos los tipos y símbolos que señalaban hacia su sufrimiento y muerte habrían de cumplirse. ¿Fracasaría él y dejaría inconclusa su obra de redención?

¿Triunfaría el príncipe de las tinieblas? ¿Se transformaría en verdad su arrogante alarde? ¿Quedaría impotente la víctima en las manos del poderoso, o serían liberados los cautivos, Satanás vencido y demostrado que es posible la obediencia a la ley; porque todos han sido hechos más que vencedores por medio de Cristo?" (Elena G. de White– Signs of the Times, 3 de junio, 1897).

"Él ha hecho toda provisión de manera que su gracia y favor puedan alcanzar al hombre. ¿Será que el gran sacrificio fue realizado para que el pecado de Adán fuera perpetuado y se mantuvieran abiertas las compuertas del sufrimiento sobre nuestro mundo? No, fue para restaurar nuestra lealtad a Dios, para que guardásemos sus mandamientos y viviésemos, para que su ley fuese la niña de nuestros ojos. Cristo dijo: 'Sois mis amigos si hacéis lo que yo os ordeno'. La prueba por la cual se conoce que nuestro amor hacia Cristo es perfecto es la obediencia perfecta a la ley de Dios. El Padre revela su amor a Cristo al recibir y darles la bienvenida a los amigos de Cristo como sus propios amigos. El Padre está totalmente complacido por la expiación obra- da por Cristo. Él sufrió la penalidad de la ley para que el hombre tuviera la oportunidad de ejercer el arrepentimiento ante Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo" (Elena G. de White– Signs of the Times, 18 de junio, 1896).

"Su misión era 'magnificar la ley y engrandecerla' (Isaías 42:21). Debía enseñar la espiritualidad de la ley, presentar sus principios de vasto alcance y explicar claramente su vigencia perpetua... Por: su propia obediencia a la ley, Jesús atestiguó su carácter inalterable y demostró que con su gracia puede obedecerla perfecta- mente todo hijo e hija de Adán" (Elena G. de White– DMJ 46).

"Cristo no olvidó a Juan. En la prisión solitaria se manifestó a él, mostrándole que pronto él mismo sufriría una muerte de mucha vergüenza e ignominia. No solo eso, sino que habría de llevar la pena de la transgresión de la ley de Dios, no para darles a los hombres la libertad para continuar en el pecado, sino para quitarles su inclinación al pecado, para que no desearan transgredir. Aquellos que reciben a Cristo son obedientes a sus mandamientos, porque su mente les es dada a ellos. Él los imbuye con su espíritu de obediencia, y ellos retornan a su (condición de) lealtad" (Elena G. de White– The Youth's Instructor, 6 de abril, 1899).

"Cristo asumió la naturaleza humana para demostrarle al mundo caído, a Satanás y su sinagoga, al universo del cielo y a los mundos no caídos, que la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina, podía llegar a ser enteramente obediente a la ley de Dios; que sus seguidores, por su amor y unidad, darían evidencia de que el poder de redención es suficiente para permitir que el hombre venza" (Elena G. de White– Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

"Su deseo es que ellos demuestren al mundo que los seres humanos pueden vivir vidas puras y rectas. Cristo dejó las cortes reales y revistió su divinidad con humanidad para 'purificar para sí un pueblo peculiar'. Vivió en el mundo los principios de la ley de Dios, mostrando que su gracia tiene poder para redimir a hombres y mujeres y elevarlos a un plano de integridad moral. En medio de la terrible confederación del mal que existe hoy en el mundo, los cristianos han de colocarse firme y valientemente de parte del Redentor, protestando contra la apostasía prevaleciente por medio de sus vidas intachables" (Elena G. de White— Signs of the Times, 18 de enero, 1901).

"El redentor del mundo pasó por el mismo terreno donde Adán cayó por haber desobedecido la ley expresa de Jehová; y el unigénito Hijo de Dios vino a nuestro mundo como un hombre, para revelar al mundo que los seres humanos podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán. Y él afirmaba que toda la raza humana estaba bajo su dominio.

El Hijo de Dios se colocó en el lugar del pecador, y caminó por el mismo terreno en donde Adán pecó; y soportó la tentación en el desierto, que era cien veces más fuerte de lo que alguna vez tendría que soportar la raza humana. Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: 'Escrito está'... Cristo venció como hombre las tentaciones. Cada hombre puede vencer como Cristo venció. Él se humilló a sí mismo por nosotros. Fue tentado en todo punto, así como nosotros. Redimió el desgraciado fracaso de la caída de Adán, y fue vencedor, testificando así ante todos los mundos no caídos y ante la humanidad caída, que el hombre podía guardar los mandamientos de Dios por medio del poder divino que el cielo le concedía. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, y venció en nuestro favor para mostrarnos cómo podemos vencer. Así vinculó sus intereses divinos con la humanidad, con los lazos más estrechos; y ha dado la positiva seguridad de que no seremos tentados más de lo que podemos soportar, sino que con la tentación dará una vía de escape" (Elena G. de White— Mensajes selectos, tomo 3, p. 154).

"Satanás, el ángel poderoso que había sido expulsado del cielo, por mucho tiempo había reclamado el dominio sobre la tierra. Cristo vino a conquistar a este enemigo, para que a través de la gracia divina nosotros también podamos obtener la victoria sobre el enemigo de nuestras almas. A la cabeza de la humanidad, por una perfecta obediencia a los mandamientos de Dios, Cristo demostró al universo que el hombre podía resistir las tentaciones de Satanás... Para ser ciertamente un Salvador, le era necesario conocer el poder de la tentación, resistir cada dificultad que viene a los pobres y necesitados. Sufrió el cansancio y el hambre. Comprende cada inconveniencia que podamos enfrentar. Bajo toda circunstancia permaneció fiel a cada precepto de la ley de Dios, viviendo en nuestro lugar una vida perfecta.

Desde la niñez hasta la madurez, resistió la prueba de la obediencia" (Elena G. de White- Signs of the Times, 14 de enero, 1903).

"Cristo vino a la tierra tomando la humanidad y presentándose como representante del hombre para mostrar que, en el conflicto con Satanás, el hombre tal como Dios lo creó, unido con el Padre y el Hijo, podía obedecer todos los requerimientos divinos. Hablando por medio de su siervo, declara: 'Sus mandamientos no son gravosos' (1 Juan 5:3). Fue el pecado el que separó al hombre de su Dios, y es el pecado el que mantiene esa separación" (Elena G. de White— Mensajes selectos, tomo 1, p. 297).

"Por su vida sobre la tierra, él honró la ley de Dios. Por su muerte, la estableció. Él dio su vida

como sacrificio, no para destruir la ley de Dios, no para crear una norma inferior, sino para que la justicia pudiera ser mantenida, para demostrar la inmutabilidad de la ley, para que permaneciera para siempre. Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios" (Elena G. de White– PVGM 255).

"Desde los días de Adán hasta los nuestros ha habido una sucesión de caídas, cada una mayor que la anterior, en todo tipo de crímenes. Dios no creó una raza de seres tan desprovista de salud, belleza y poder moral como ahora existe en el mundo. Males de toda clase se han incrementado terriblemente sobre la raza humana. Eso no ha ocurrido por la providencia especial de Dios, sino directamente en contra de su voluntad. Ha sobrevenido por el desprecio del hombre de los mismos medios que Dios ha ordenado para protegerlo de los terribles males existentes. La obediencia a la ley de Dios en todo respecto salvaría a los hombres de la intemperancia, de la disipación y de la enfermedad de cualquier tipo. Nadie puede violar la ley natural sin sufrir el castigo" (Elena G. de White– La temperancia, pp. 202,203).

"Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. "Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos." Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue "tentado en todo punto, así como nosotros." Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón." Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios" (Elena G. de White- DTG 15-16).

"Haz esto y vivirás dijo Cristo. En su enseñanza siempre presentaba la ley como una unidad divina, mostrando que es imposible guardar un precepto y violar otro, porque el mismo principio los enlaza a todos" (Elena G. de White– PVGM 310-311).

"El gran Maestro vino a este mundo para ponerse al frente de la humanidad, para así elevarla y santificarla por su obediencia santa a todo requisito divino, demostrando que es posible obedecer todos los mandamientos de Dios. Demostró que es posible la obediencia de toda la vida. Por eso dio al mundo, como el Padre nos lo dio a él, hombres elegidos y representativos, para que ejemplificaran en sus vidas la vida de Jesucristo.

En él se hallaba el ideal perfecto. Cristo vino al mundo para revelar este ideal como el único y verdadero blanco de nuestros esfuerzos; para mostrar lo que todo ser humano debiera ser, lo que llegarían a ser, por medio de la morada de la Divinidad en la humanidad, todos los que lo recibieran. Vino a mostrar de qué manera deben ser educados los hombres como conviene a hijos de Dios; cómo deben practicar en la tierra los principios, y vivir la vida del cielo" (Elena G. de White- Dios nos cuida pág. 339).

"Dios es quien nos da poder para vencer. Los que oyen su voz y obedecen sus mandamientos, reciben el poder para formar caracteres rectos. Los que desobedecen sus órdenes explícitas, formarán caracteres similares a las propensiones que fomentan" (Elena G. de White-Comentario bíblico adventista, pp. 954,955).

"El primer intento por derribar la ley de Dios, hecho entre los inmaculados habitantes del cielo pareció por algún tiempo coronado de éxito. Un inmenso número de ángeles fue seducido; pero el aparente triunfo de Satanás se convirtió en derrota y pérdida, y determinó su separación de Dios y su destierro del cielo. Cuando se renovó el conflicto en la tierra, Satanás volvió a ganar una aparente ventaja. Por la transgresión, el hombre llegó a ser su cautivo, y el reino del hombre cayó en manos del jefe de los rebeldes. Pareció que Satanás tendría libertad para establecer un reino independiente y para desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Pero el plan de la redención hizo posible que el hombre volviera a la armonía con Dios y a acatar su ley; y que tanto la tierra como el hombre pudieran ser finalmente redimidos del poder del diablo" (Elena G. de White- PP 342).

"La única esperanza de cualquier ser humano descansa en Cristo Jesús... Las vestimentas puras y santas no están preparadas para que alguien se las ponga después de haber entrado en la puerta de la ciudad. Todos los que entraren allí poseerán el manto de la justicia de Cristo, y sobre sus frentes se verá el nombre de Dios. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la sumisión de la mente a una obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios" (Elena G. de White- Sons and Daughters of God, p. 370; parcialmente en Hijos e hijas de Dios, p. 372).

"Para seguir a Cristo no necesitamos esperar hasta que seamos trasladados. El pueblo de Dios puede hacer eso en esta tierra. Solo podremos seguir al Cordero de Dios en los atrios celestiales, si lo seguimos aquí. Que lo sigamos en el cielo depende de que guardemos ahora sus mandamientos. No debemos seguir a Cristo esporádica o caprichosamente, solo cuando nos conviene. Nuestra elección debe ser la de seguir a Cristo. Debemos seguir su ejemplo en la vida diaria, así como un rebaño confiadamente sigue a su pastor. Debemos seguirlo sufriendo por su causa y diciendo a cada paso: 'Aunque él me matare, en él esperaré'. La forma en que él vivió debe ser el modelo de nuestra vida. Y al procurar así ser semejantes a él y al poner nuestra voluntad en conformidad con la suya, lo revelaremos a él" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 989).

"La única esperanza del hombre yace en Jesucristo, quien trajo el manto de su justicia para ponerlo sobre el pecador que quiera dejar de lado sus sucios andrajos. Hay muchos que se aferran a sus andrajos, los cuales Cristo está dispuesto a quitarles, y prefieren las manchas del pecado antes que las pulcras vestiduras de la justicia de Cristo. No se preparan los mantos puros y santos para que alguien se los ponga después de haber entrado por los portales de la ciudad. Todos los que entren tendrán el manto de la justicia de Jesucristo, y el nombre de Dios será visto en sus frentes. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la cesión de la mente a la obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios. No habrá cobertura de pecados y faltas, que oculte la deformidad del carácter; no habrá ropa medio lavada; por el contrario, todos serán puros y sin mancha" (Elena G. de White- The Youth's Instructor, 18 de agosto, 1886; parcialmente en Hijos e hijas de Dios, p. 68).

"La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación." Y ruega así: "El

mismo Dios de paz os santifique del todo.” 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.” Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad.” Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre.” “Hago siempre las cosas que le agradan.” Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación” (Elena G. de White- CS 522-523).

"Entre los clamores de confusión: '¡Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está!', se dará un testimonio especial, un mensaje especial de verdad apropiado para este tiempo. Ese mensaje debe ser recibido, creído, y se debe actuar conforme a él. Lo que es eficaz es la verdad, y no las ideas fantásticas. La verdad eterna de la Palabra se presentará libre de todos los errores engañosos y de interpretaciones espirituales, libre de toda descripción fantásticamente trazada y seductora. La atención de los hijos de Dios será acosada con falsedades; pero la verdad debe permanecer cubierta con su atavío hermoso y puro. La palabra en su influencia santa y elevadora no debe ser degradada a un nivel con los asuntos comunes y ordinarios. Debe permanecer siempre no contaminada con las falacias con que Satanás procura engañar, de ser posible, aun a los es- cogidos...

La proclamación del evangelio es el único medio por el cual Dios puede emplear a los seres humanos como instrumentos suyos para la salvación de las almas. A medida que hombres, mujeres y niños proclamen el evangelio, el Señor abrirá los ojos de los ciegos para que vean sus estatutos, y escribirá su ley en el corazón de aquellos que verdaderamente se arrepientan. El Espíritu de Dios que da poder trabajando por medio de los seres humanos, induce a los creyentes a tener un solo pensamiento, una sola alma, a unirse en el amor de Dios y en la observancia de sus mandamientos, a prepararse aquí en la tierra para la traslación" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 995).

“Dios soporta pacientemente la perversidad de los hombres, dándoles amplia oportunidad para arrepentirse; pero toma en cuenta todos sus ardides para resistir la autoridad de su justa y santa ley. De vez en cuando la mano invisible que empuña el cetro del gobierno se extiende para reprimir la iniquidad. Se da evidencia inequívoca de que el Creador del universo, el que es infinito en sabiduría, amor y verdad, es el Gobernante supremo del cielo y de la tierra, cuyo poder nadie puede desafiar impunemente” (Elena G. de White- PP 115).

“La ley de Dios es tan santa como él mismo. Es la revelación de su voluntad, el reflejo de su carácter, y la expresión de su amor y sabiduría. La armonía de la creación depende del perfecto acuerdo de todos los seres y las cosas, animadas e inanimadas, con la ley del Creador. No sólo ha dispuesto Dios leyes para el gobierno de los seres vivientes, sino también para todas las operaciones de la naturaleza. Todo obedece a leyes fijas, que no pueden eludirse. Pero mientras que en la naturaleza todo está gobernado por leyes naturales, solamente el hombre, entre todos los moradores de la tierra, está sujeto a la ley moral. Al hombre, obra maestra de la creación, Dios le dio la facultad de comprender sus requerimientos, para que reconociese la justicia y la

benevolencia de su ley y su sagrado derecho sobre él; y del hombre se exige una respuesta obediente" (Elena G. de White- PP 34-35).

"Mientras permaneciesen fieles a la divina ley, su capacidad de saber, gozar y amar aumentaría continuamente. Constantemente obtendrían nuevos tesoros de sabiduría, descubriendo frescos manantiales de felicidad, y obteniendo un concepto cada vez más claro del inconmensurable e infalible amor de Dios" (Elena G. de White- PP 33).

"La expiación en la ofrenda de Cristo por el pecado del mundo es el gran argumento de que la ley de Dios es vigente para cada ser humano... Él envió a su Hijo unigénito al mundo para que viviera la ley de Jehová. La ley, revelada en el carácter de Cristo, fue una manifestación perfecta del Padre. Y por su obediencia perfecta y el sacrificio de sí mismo, que ofreció una sola vez a Dios a través del Espíritu eterno, él ha satisfecho plenamente la justicia del Padre, y no solo ha comprado la reconciliación, sino una herencia eterna en el reino de los cielos para todos los que el Padre le ha dado" (Elena G. de White- Signs of the Times, 4 de agosto, 1898).

"Solo los que reconocen las demandas válidas de la ley moral pueden explicar la naturaleza de la expiación. Cristo vino para mediar entre Dios y el hombre, para hacer al hombre uno con Dios, poniéndolo en obediencia a la ley divina. No había poder en la ley para perdonar a su transgresor. Solo Jesús podía pagar la deuda del pecador. Pero el hecho de que Jesús haya pagado la deuda del pecador arrepentido, no le da a él licencia para continuar transgrediendo la ley de Dios, sino que debe, de allí en adelante, vivir en obediencia a esa ley" (Elena G. de White- Mensajes selectos, tomo 1, pp. 269, 270).

"Si deseamos alcanzar altos logros en excelencia moral y espiritual, debemos vivir con ese objetivo. Estamos bajo una obligación personal frente a la sociedad de hacer esto, con el fin de ejercer continuamente influencia en favor de la ley de Dios. Debiéramos dejar que nuestra luz brillase de modo que todos pudieran ver que el sagrado evangelio está influyendo sobre nuestros corazones y nuestras vidas, que caminamos en obediencia a sus mandamientos y no violamos ninguno de sus principios. En gran medida, el mundo tiene derecho a pedirnos cuentas por las almas de los que nos rodean. Nuestras palabras y acciones constantemente testifican a favor o en contra de Cristo y de esa ley, la cual él vino a este mundo para vindicar. Permitamos que el mundo vea que no nos hallamos egoístamente limitados en la prosecución de nuestros intereses exclusivos y goces religiosos, sino que somos generosos y deseamos que los demás compartan nuestras bendiciones y privilegios a través de la santificación de la verdad. Permitámosles ver que la religión que profesamos no cierra ni congela las avenidas del alma, haciéndonos in- comprensivos y exigentes. Todos los que profesan haber encontrado a Cristo, ministren como él lo hizo para beneficio del hombre, atesorando un espíritu de sabia benevolencia. Entonces veremos a muchas almas seguir la luz que brilla de nuestros preceptos y nuestro ejemplo" (Elena G. de White- Testimonios para la iglesia, tomo 4, pp. 62, 63).

"Siendo la ley del amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres inteligentes depende de su perfecto acuerdo con los grandes principios de justicia de esa ley. Dios desea de todas sus criaturas el servicio que nace del amor, de la comprensión y del aprecio de su carácter. No halla placer en una obediencia forzada, y otorga a todos libre albedrío para que puedan servirle voluntariamente" (Elena G. de White- PP 12-13).

"El Señor en su gran misericordia envió un muy precioso mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje había de presentar en forma más prominente al

mundo al Salvador levantado, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante [Cristo]; invitaba al pueblo a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús... Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz, y acompañado por el derramamiento de su Espíritu en gran medida... El mensaje del evangelio de su gracia había de ser dado a la iglesia con contornos claros y distintos, para que el mundo no siguiera afirmando que los adventistas del séptimo día hablan de la ley, pero no enseñan acerca de Cristo, o creen en él... Este es el testimonio que debe circular por toda la longitud y la anchura del mundo. Presenta la ley y el evangelio, vinculando ambas cosas en un conjunto perfecto. (Véase Romanos 5 y 1 Juan 3:9 hasta el fin del capítulo.) Estos preciosos textos serán inculcados en todo corazón que esté abierto para recibirlos...

Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre'. Estos no tienen una mera fe nominal, una teoría de la verdad, una religión legal, sino que creen con un propósito, apropiándose de los ricos dones de Dios... Esta es precisamente la obra que el Señor se ha propuesto que realice el mensaje que él ha dado a sus siervos en la mente y en el corazón de todo agente humano... El Señor quiere que estos grandes temas sean estudiados en nuestras iglesias, y si cada miembro de la iglesia diera acceso a la Palabra de Dios a su vida, ésta produciría luz y comprensión en los simples...

Quiero presentar una amonestación para los que por años han resistido la luz y albergado un espíritu de oposición. ¿Por cuánto tiempo odiaréis y despreciaréis a los mensajeros de la justicia de Dios? Dios les ha dado su mensaje. Llevan la palabra del Señor. Hay salvación para vosotros, pero solo por medio de los méritos de Jesucristo. La gracia del Espíritu Santo os ha sido ofrecida una y otra vez. La luz y el poder de lo alto han brillado abundantemente en vuestro medio. Aquí había evidencia, para que todos pudieran discernir a quién reconocía el Señor como su siervo. Pero existen personas que desprecian a los hombres y el mensaje que ellos presentan. Se han burlado de ellos tratándolos como fanáticos, extremistas y entusiastas. Permitidme que profetice acerca de vosotros: A menos que humilléis rápidamente vuestros corazones delante de Dios, y confeséis vuestros pecados, que son muchos, cuando sea demasiado tarde veréis que habéis estado luchando contra Dios...

No tengo un mensaje suave para presentar a aquellos que han sido por tanto tiempo falsos postes indicadores, señalando el camino erróneo. Si rechazáis a los mensajeros delegados por Cristo, rechazáis a Cristo. Descuidad esta gran salvación, que ha sido mantenida ante vosotros durante años, despreciad está gloriosa oferta de justificación por medio de la sangre de Cristo, y esta santificación por el poder purificador del Espíritu Santo, y no quedará más sacrificio por el pecado, sino ciertamente una horrenda esperanza de juicio y un hervor de fuego. Os ruego que os humilléis y ceséis en vuestra obstinada resistencia a la luz y la evidencia" (Elena G. de White- Testimonios para los ministros, pp. 89-95).

"¿Qué significa servir a Dios? Significa parecerse a él en carácter, imitarlo. Servir a Dios es obedecerlo, guardar sus mandamientos, hacer una confesión abierta de nuestra posición, no bajo la negra bandera del gran apóstata sino bajo la bandera teñida de sangre del Príncipe Emanuel. Los que sirven a Dios se esfuerzan seriamente por obedecer su voluntad. Así demuestran a cuál ejército pertenecen" (Elena G. de White- Signs of the Times, 1 de febrero, 1899).

"Cuando los agricultores procuran recomendar sus productos, no exponen el peor de sus especímenes. Las mujeres traen sus mejores masas de mantequilla. Los hombres traen las mejores frutas y verduras de toda clase, y su aspecto manifiesta la habilidad de los trabajadores.

No eligen los especímenes pequeños, más bien seleccionan y traen los mejores productos de la tierra. ¿Por qué no deberían los cristianos revelar los frutos más atractivos en acciones desinteresadas? ¿Por qué no deberían los frutos del pueblo que guarda los mandamientos de Dios manifestarse por medio de buenas obras?" (Elena G. de White- Signs of the Times, 29 de septiembre, 1898).

"La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios. Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo. Vestidos con el glorioso manto de la justicia de Cristo, poseen un lugar en el banquete del Rey. Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre" (Elena G. de White— PVGM 255, 256).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová" (Elena G. de White— PVGM 253, 254).

"Nadie que cree en Jesucristo está bajo la esclavitud de la ley de Dios; porque su ley es una ley de vida, no de muerte, para quienes obedecen sus preceptos. Todos los que entienden la espiritualidad de la ley, todos los que reconocen su poder como detector del pecado, están en una condición tan impotente como la del mismo Satanás, a menos que acepten la expiación provista para ellos en el sacrificio mediador de Jesucristo, el único ante Dios. Cada principio de la ley es hecho posible por la fe en la obediencia de Cristo" (Elena G. de White- Manuscript Releases, tomo 8, p. 98).

"Si nuestros corazones son regenerados a la semejanza de Dios, si el amor divino es implantado en el corazón, ¿no se manifestará la ley de Dios en la vida? Cuando es implantado el principio del amor en el corazón, cuando el hombre es renovado conforme a la imagen del que lo creó, se cumple en él la promesa del nuevo pacto: 'Pondré mis leyes en su corazón, y también en su mente las escribiré' (Hebreos 10:16). Y si la ley está escrita en el corazón, ¿no modelará la vida? La obediencia, es decir, el servicio y la lealtad de amor, es la verdadera prueba del discipulado" (Elena G. de White- El camino a Cristo, p. 60).

"La verdad, según es en Jesús, es obediencia a cada precepto de Jehová. Es una obra en el corazón. La santificación bíblica no es la falsa santificación de hoy, la cual no anhela escudriñar las Escrituras sino que confía en los buenos sentimientos e impulsos antes que en buscar la verdad como un tesoro escondido. La santificación bíblica consiste en conocer los requerimientos de Dios y obedecerlos. Hay un cielo puro y santo que está reservado para los que guardan los mandamientos de Dios, el cual merece el esfuerzo incansable y perseverante de toda la vida. Satanás está a vuestra diestra y a vuestra siniestra, delante y atrás; tiene un platillo de fábulas preparado para cada alma que no albergue la verdad tal como es en Jesús" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1121).

"La verdadera santificación se demostrará mediante una cuidadosa obediencia de todos los mandamientos de Dios, mediante un cuidadoso desarrollo de cada talento; por medio de una conversación decorosa, se demostrará al revelar en cada acto la humildad de Cristo" (Elena G. de

White- Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 920).

"El hombre puede ser exaltado, ennoblecido por la obediencia a los mandamientos de Dios, y llegar a ser un ciudadano leal y verdadero de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar ante el mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades las que se presentan ante el agente humano caído! Que se rinda la perfecta obediencia a Dios por medio de la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al mundo el hecho de que Dios nos ama así como ama a Jesús" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1896).

"Nadie que realmente ame y tema a Dios seguirá transgrediendo ningún punto de la ley de Dios. Cuando infringe la ley, el hombre está bajo la condenación de esta ley, la cual se convierte en un yugo de esclavitud para él. Sea cual fuere su profesión, no queda justificado, es decir, perdonado" (Elena G. de White- Mi vida hoy, p. 258).

"Solo el evangelio de Cristo puede librarle de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene 'remisión de los pecados cometidos anteriormente', y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios... En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces 'la justicia que requiere la ley' se cumplirá 'en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu' (Romanos 8:4). Y el lenguaje del alma será '¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación' (Salmos 119:97)" (Elena G. de White— CS 551-552).

"Juan exhortaba a esos hombres a que hicieran 'frutos dignos de arrepentimiento'; es decir, que mostraran que se habían convertido y que sus caracteres se habían transformado... Ni palabras ni simulaciones; los frutos -el abandono de los pecados y la obediencia a los mandamientos de Dios- son los que demuestran la realidad de un genuino arrepentimiento y una verdadera conversión" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1053).

"La sangre de Cristo solo valdrá para los que vuelven a su lealtad a Dios, solo para los que obedecen la ley que han violado. Cristo nunca se pondrá al lado del pecado. Como llevó el castigo de la ley, da al pecador otra oportunidad, una segunda prueba. Abre un camino por el cual el pecador puede ser restablecido al favor de Dios. Cristo lleva el castigo de las transgresiones pasadas del hombre, y al impartirle a éste su justicia hace posible que el hombre guarde la santa ley de Dios" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1092).

"El evangelio de Cristo es una bendición que todos pueden poseer. Toma a los hombres como son, pobres, desgraciados, miserables, ciegos y desnudos. La única condición que Cristo presenta a los que vienen a él para ser vestidos con su justicia es la obediencia a sus mandamientos. Y para el alma obediente la ley es vista como una ley de libertad perfecta, libertad para descansar por la fe en la esperanza segura y firme. Cuando nos volvemos hacia Dios, cuando lavamos los ropajes de nuestro carácter, y los blanqueamos en la sangre del Cordero, entonces tenemos derecho a una corona celestial" (Elena G. de White- Signs of the Times, 15 de diciembre, 1898).

“La justicia es santidad, semejanza a Dios; y 'Dios es amor' (1 Juan 4:16). Es conformidad a la ley de Dios, porque 'todos tus mandamientos son justicia' (Salmos 119:172); y 'el cumplimiento de la ley es el amor' (Romanos 13:10). La justicia es amor, y el amor es la luz y la vida de Dios. La justicia de Dios se incorpora en Cristo. Al recibirlo recibimos la justicia" (Elena G. de White- Dios nos cuida, p. 78).

"La fe se aferra de las promesas de Dios, y produce frutos de obediencia... La fe habría inducido a nuestros primeros padres a confiar en el amor de Dios y obedecer sus mandamientos... La verdadera fe tiene su cimiento en las promesas y provisiones de las Escrituras" (Elena G. de White- Obreros evangélicos, p. 274).

"Solo los que, mediante la fe en Cristo, obedecen todos los mandamientos de Dios, alcanzarán la condición de impecabilidad en que vivía Adán antes de su transgresión. Testifican de su amor a Cristo obedeciendo todos sus preceptos" (Elena G. de White- Comentario bíblico adventista, tomo 3, p. 1118).

"Por medio de Jesucristo el poder moral puede ser impartido al hombre, y cuando se combina con el esfuerzo humano, podemos alcanzar la norma divina. La fe que obra por amor es un agente activo, y purifica el alma, separando del carácter todo lo que no armoniza con la norma de justicia" (Elena G. de White- Signs of the Times, 2 de abril, 1896).

"Es posible estar en la presencia de Cristo, e incluso acercársele bastante, y aun así no recibir ninguna bendición, porque lo tocamos solo con el toque ocasional de la multitud. Hay cientos y miles que piensan que tienen fe en Cristo; pero no lo tocan con la fe manifestada por la mujer que sufría. ¿Por qué no manifestamos más fe? ... Para ejercer la fe no es necesario entrar en un éxtasis de los sentimientos... Ejercer fe significa recibir a Dios en su Palabra, creer en su poder de salvar a lo sumo a todos los que vienen a él confiando en su Palabra, porque él está detrás de la pro mesa y puede hacer todas las cosas ... 'Si algo pidiereis en mi nombre,' dice él, 'yo lo haré'. Entonces viene la condición: 'Si me amáis, guardad mis mandamientos'. La obediencia nos hace testigos para Dios. Tenemos que tomar el verdadero sentido de las palabras de Cristo. Podemos leerlas una y otra vez, y aun así perder su significado verdadero... Muchos están haciendo esto. Piensan que confían en el Salvador, pero su fe se parece a la de la multitud, que lo tocó con solo un toque ocasional" (Elena G. de White- Signs of the Times, 25 de octubre, 1899).

“La ley de Jehová es sumamente amplia. Jesús... declaró llanamente a sus discípulos que la santa ley de Dios podía ser violada aun por los sentimientos, los pensamientos y los deseos, tanto como por las obras y las palabras. El corazón que ama a Dios sobre todas las cosas, de ninguna manera se sentirá inclinado a estrechar sus preceptos hasta concederles un derecho mínimo, pero, el alma obediente y leal alegremente le rendirá una plena obediencia espiritual cuando la ley sea vista en su poder espiritual. Entonces, los mandamientos se posesionarán del alma con toda su verdadera fuerza. El pecado aparecerá sumamente pecaminoso... Ya no habrá más justicia propia, estima propia, honor propio. La seguridad propia habrá desaparecido. El resultado será una profunda convicción de pecado y aversión hacia sí mismo, y entonces el alma, comprendiendo el peligro que corre, se aferrará de la sangre del Cordero de Dios como su único remedio” (Elena G. de White- Nuestra Elevada Vocación, 142 – 1888 / MCP tomo 1 - 33).

“Por medio del cultivo de los principios de justicia el hombre puede ganar la victoria sobre la predisposición al pecado. Si obedece la ley de Dios, sus sentidos no estarán distorsionados y deformados; sus facultades ya no serán pervertidas y desperdiciadas al ejercitarse en objetos que

pueden alejarlo de Dios. Por medio de la gracia otorgada por el Cielo, las palabras, los pensamientos y las energías pueden ser purificados; se puede formar un carácter nuevo, y se puede vencer la degradación del pecado" (Elena G. de White- Manuscrito 60, 1905 / MCP tomo 1 - 31).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White- Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

"Cristo murió por los pecados del mundo para que pudiésemos tener una oportunidad de mostrarle al universo lealtad hacia Dios y su ley. Hoy él está haciendo expiación por nosotros ante el Padre" (Elena G. de White- Sermons and Talks, tomo 2, p. 112).

"Jesús es nuestro gran Sumo Pontífice en los cielos. ¿Y qué está haciendo él? Está efectuando una obra de intercesión y expiación en favor de su pueblo que cree en él. Por medio de su justicia imputada, los miembros de su pueblo son aceptados por Dios como personas que manifiestan al mundo que reconocen la lealtad al Señor, guardando todos sus mandamientos" (Elena G. de White- Testimonios para los ministros, p. 34).

(Contexto: los que están dentro de la Nueva Jerusalén en el juicio de los perdidos, cuando estos están a punto de atacar la ciudad) "Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con rotunda e intensa devoción.

Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la incredulidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas ... de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y El fin del conflicto 629 teniendo palmas en sus manos.” Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. Disputaron el premio de la carrera y lo alcanzaron. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos” (Elena G. de White- CS 723).

“Densas nubes cubren aún el firmamento; sin embargo el sol se abre paso de vez en cuando, como si fuese el ojo vengador de Jehová. Fieros relámpagos rasgan el cielo con fragor, envolviendo a la tierra en claridad de llamaradas. Por encima del ruido aterrador de los truenos, se oyen voces misteriosas y terribles que anuncian la condenación de los impíos. No todos entienden las palabras pronunciadas; pero los falsos maestros las comprenden perfectamente. Los que poco antes eran tan temerarios, jactanciosos y provocativos, y que tanto se regocijaban al ensañarse en el pueblo de Dios observador de sus mandamientos, se sienten presa de consternación y tiemblan de terror. Sus llantos dominan el ruido de los elementos. Los demonios confiesan la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras que los hombres claman por misericordia y se revuelcan en terror abyecto” (Elena G. de White- CS 695-696).

“Los hijos de Dios oyen una voz clara y melodiosa que dice: “Enderezaos,” y, al levantar la vista al cielo, contemplan el arco de la promesa. Las nubes negras y amenazadoras que cubrían el firmamento se han desvanecido, y como Esteban, clavan la mirada en el cielo, y ven la gloria de Dios y al Hijo del hombre sentado en su trono. En su divina forma distinguen los rastros de su humillación, y oyen brotar de sus labios la oración dirigida a su Padre y a los santos ángeles: “Yo quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy.” Juan 17:24 (VM). Luego se oye una voz armoniosa y triunfante, que dice: “¡Helos aquí! ¡Helos aquí! santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles;” y de los labios pálidos y trémulos de los que guardaron firmemente la fe, sube una aclamación de victoria” (Elena G. de White- CS 694).

“Los centinelas celestiales, fieles a su cometido, siguen vigilando. Por más que un decreto general haya fijado el tiempo en que los observadores de los mandamientos puedan ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida antes del tiempo fijado. Pero nadie puede atravesar el cordón de los poderosos guardianes colocados en torno de cada fiel. Algunos son atacados al huir de las ciudades y villas. Pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran y caen como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros” (Elena G. de White- CS 689).

“Cuando el decreto promulgado por los diversos príncipes y dignatarios de la cristiandad contra los que observan los mandamientos, suspenda la protección y las garantías del gobierno y los abandone a los que tratan de aniquilarlos, el pueblo de Dios huirá de las ciudades y de los pueblos y se unirá en grupos para vivir en los lugares más desiertos y solitarios. Muchos encontrarán refugio en puntos de difícil acceso en las montañas. Como los cristianos de los valles del Piamonte, convertirán los lugares elevados de la tierra en santuarios suyos y darán gracias a Dios por las “fortalezas de rocas.” Isaías 33:16. Pero muchos seres humanos de todas las naciones y de todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días penosos, encadenados, encerrados en

cárceles, sentenciados a muerte, algunos abandonados adrede para morir de hambre y sed en sombríos y repugnantes calabozos. Ningún oído humano escuchará sus lamentos; ninguna mano humana se aprontará a socorrerlos” (Elena G. de White- CS 684).

“Así como Satanás influyó en Esaú para que marchase contra Jacob, así también instigará a los malos para que destruyan al pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Como acusó a Jacob, acusará también al pueblo de Dios. Cuenta a las multitudes del mundo entre sus súbditos, pero la pequeña compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste a su pretensión a la supremacía. Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, su triunfo sería completo. Ve que los ángeles protegen a los que guardan los mandamientos e infiere que sus pecados les han sido perdonados; pero no sabe que la suerte de cada uno de ellos ha sido resuelta en el santuario celestial. Tiene conocimiento exacto de los pecados que les ha hecho cometer y los presenta ante Dios con la mayor exageración y asegurando que esa gente es tan merecedora como él mismo de ser excluida del favor de Dios. Declara que en justicia el Señor no puede perdonar los pecados de ellos y destruirle al mismo tiempo a él y a sus ángeles. Los reclama como presa suya y pide que le sean entregados para destruirlos” (Elena G. de White- CS 676).

“Una vez que el sábado llegue a ser el punto especial de controversia en toda la cristiandad y las autoridades religiosas y civiles se unan para imponer la observancia del domingo, la negativa persistente, por parte de una pequeña minoría, de ceder a la exigencia popular, la convertirá en objeto de execración universal. Se demandará con insistencia que no se tolere a los pocos que se oponen a una institución de la iglesia y a una ley del estado; pues vale más que esos pocos sufran y no que naciones enteras sean precipitadas a la confusión y anarquía. Este mismo argumento fue presentado contra Cristo hace mil ochocientos años por los “príncipes del pueblo.” “Nos conviene—dijo el astuto Caifás—que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.” Juan 11:50. Este argumento parecerá concluyente y finalmente se expedirá contra todos los que santifiquen el sábado un decreto que los declare merecedores de las penas más severas y autorice al pueblo para que, pasado cierto tiempo, los mate. El romanismo en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en la América del Norte actuarán de la misma manera contra los que honren todos los preceptos divinos” (Elena G. de White- CS 673).

“A los que obedezcan con toda conciencia a la Palabra de Dios se les tratará como rebeldes. Cegados por Satanás, padres y madres habrá que serán duros y severos para con sus hijos creyentes; los patronos o patronas oprimirán a los criados que observen los mandamientos. Los lazos del cariño se aflojarán; se desheredará y se expulsará de la casa a los hijos. Se cumplirán a la letra las palabras de San Pablo: “Todos los que quieren vivir piamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.” 2 Timoteo 3:12. Cuando los defensores de la verdad se nieguen a honrar el domingo, unos serán echados en la cárcel, otros serán desterrados y otros aún tratados como esclavos.

Ante la razón humana todo esto parece ahora imposible; pero a medida que el espíritu refrenador de Dios se retire de los hombres y éstos sean dominados por Satanás, que aborrece los principios divinos, se verán cosas muy extrañas. Muy cruel puede ser el corazón humano cuando no está animado del temor y del amor de Dios” (Elena G. de White- CS 665-666).

“Satanás se pondrá alerta al ver que la controversia se extiende a nuevos campos y que la atención del pueblo es dirigida a la pisoteada ley de Dios. El poder que acompaña a la proclamación del mensaje sólo desesperará a los que se le oponen. El clero hará esfuerzos casi sobrehumanos para sofocar la luz por temor de que alumbre a sus rebaños. Por todos los medios a su alcance los ministros tratarán de evitar toda discusión sobre esas cuestiones vitales. La iglesia

apelará al brazo poderoso de la autoridad civil y en esta obra los papistas y los protestantes irán unidos. Al paso que el movimiento en favor de la imposición del domingo se vuelva más audaz y decidido, la ley será invocada contra los que observan los mandamientos. Se los amenazará con multas y encarcelamientos; a algunos se les ofrecerán puestos de influencia y otras ventajas para inducidos a que renuncien a su fe. Pero su respuesta constante será la misma que la de Lutero en semejante trance: “Pruébesenos nuestro error por la Palabra de Dios.” Los que serán emplazados ante los tribunales defenderán enérgicamente la verdad, y algunos de los que los oigan serán inducidos a guardar todos los mandamientos de Dios. Así la luz llegará ante millares de personas que de otro modo no sabrían nada de estas verdades” (Elena G. de White- CS 665).

“Hasta ahora se ha solido considerar a los predicadores de las verdades del mensaje del tercer ángel como meros alarmistas. Sus predicciones de que la intolerancia religiosa adquiriría dominio en los Estados Unidos de Norteamérica, de que la iglesia y el estado se unirían en ese país para perseguir a los observadores de los mandamientos de Dios, han sido declaradas absurdas y sin fundamento. Se ha declarado osadamente que ese país no podría jamás dejar de ser lo que ha sido: el defensor de la libertad religiosa. Pero, a medida que se va agitando más ampliamente la cuestión de la observancia obligatoria del domingo, se ve acercarse la realización del acontecimiento hasta ahora tenido por inverosímil, y el tercer mensaje producirá un efecto que no habría podido producir antes” (Elena G. de White- CS 663-664).

“Se hará oposición y se ridiculizará a los que traten de obedecer a todos los mandamientos de Dios. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra, pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme a las luces que les hayan sido concedidas. Sólo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?” (Elena G. de White- CS 651-652).

“Los dignatarios de la iglesia y del estado se unirán para hacer que todos honren el domingo, y para ello apelarán al cohecho, a la persuasión o a la fuerza. La falta de autoridad divina se suplirá con ordenanzas abrumadoras. La corrupción política está destruyendo el amor a la justicia y el respeto a la verdad; y hasta en los Estados Unidos de la libre América, se verá a los representantes del pueblo y a los legisladores tratar de asegurarse el favor público doblegándose a las exigencias populares por una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia que tantos sacrificios ha costado no será ya respetada. En el conflicto que está por estallar veremos realizarse las palabras del profeta: “Airóse el dragón contra la mujer, y se fue para hacer guerra contra el residuo de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús.” Apocalipsis 12:17 (VM) (Elena G. de White- CA 650-651).

“Los que honran el sábado de la Biblia serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, como quebrantadores de las restricciones morales de la sociedad, y por lo tanto causantes de anarquía y corrupción que atraen sobre la tierra los altos juicios de Dios. Sus escrúpulos de conciencia serán presentados como obstinación, terquedad y rebeldía contra la autoridad. Serán acusados de deslealtad hacia el gobierno. Los ministros que niegan la obligación de observar la ley divina predicarán desde el púlpito que hay que obedecer a las autoridades civiles porque fueron instituidas por Dios. En las asambleas legislativas y en los tribunales se calumniará y condenará a

los que guardan los mandamientos. Se falsearán sus palabras, y se atribuirán a sus móviles las peores intenciones” (Elena G. de White- CS 649).

“Y luego el gran engañador persuadirá a los hombres de que son los que sirven a Dios los que causan esos males. La parte de la humanidad que haya provocado el desagrado de Dios lo cargará a la cuenta de aquellos cuya obediencia a los mandamientos divinos es una reconvención perpetua para los transgresores. Se declarará [648] que los hombres ofenden a Dios al violar el descanso del domingo; que este pecado ha atraído calamidades que no concluirán hasta que la observancia del domingo no sea estrictamente obligatoria; y que los que proclaman la vigencia del cuarto mandamiento, haciendo con ello que se pierda el respeto debido al domingo y rechazando el favor divino, turban al pueblo y alejan la prosperidad temporal.

Y así se repetirá la acusación hecha antiguamente al siervo de Dios y por motivos de la misma índole: “Y sucedió, luego que Acab vió a Elías, que le dijo Acab: ¿Estás tú aquí, perturbador de Israel? A lo que respondió: No he perturbado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre, por haber dejado los mandamientos de Jehová, y haber seguido a los Baales.” I Reyes 18:17, 18 (VM). Cuando con falsos cargos se haya despertado la ira del pueblo, éste seguirá con los embajadores de Dios una conducta muy parecida a la que siguió el apóstata Israel con Elías (Elena G. de White- CS 647-648).

“La iniquidad y las tinieblas espirituales que prevalecieron bajo la supremacía papal fueron resultado inevitable de la supresión de las Sagradas Escrituras. ¿Pero dónde está la causa de la incredulidad general, del rechazamiento de la ley de Dios y de la corrupción consiguiente bajo el pleno resplandor de la luz del Evangelio en esta época de libertad religiosa? Ahora que Satanás no puede gobernar al mundo negándole las Escrituras, recurre a otros medios para alcanzar el mismo objeto. Destruir la fe en la Biblia responde tan bien a sus designios como destruir la Biblia misma. Insinuando la creencia de que la ley de Dios no es obligatoria, empuja a los hombres a transgredirla tan seguramente como si ignorasen los preceptos de ella. Y ahora, como en tiempos pasados, obra por intermedio de la iglesia para promover sus fines. Las organizaciones religiosas de nuestros días se han negado a prestar atención a las verdades impopulares claramente enseñadas en las Santas Escrituras, y al combatirlas, han adoptado interpretaciones y asumido actitudes que han sembrado al vuelo las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural del alma y al del estado consciente de los muertos, han rechazado la única defensa posible contra los engaños del espiritismo. La doctrina de los tormentos eternos ha inducido a muchos a dudar de la Biblia. Y cuando se le presenta al pueblo la obligación de observar el cuarto mandamiento, se ve que ordena reposar en el séptimo día; y como único medio de librarse de un deber que no desean cumplir, muchos de los maestros populares declaran que la ley de Dios no está ya en vigencia. De este modo rechazan al mismo tiempo la ley y el sábado. A medida que adelante la reforma respecto del sábado, esta manera de rechazar la ley divina para evitar la obediencia al cuarto mandamiento se volverá casi universal. Las doctrinas de los caudillos religiosos han abierto la puerta a la incredulidad, al espiritismo y al desprecio de la santa ley de Dios, y sobre ellos descansa una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano (Elena G. de White- CS 643-644).

“Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra. Engañar a los hombres para inducirlos luego a transgredir la ley de Dios, tal fue el objeto que persiguió sin cesar. Sea esto conseguido haciendo a un lado toda la ley o descuidando uno de sus preceptos, el resultado será finalmente el mismo. El que peca “en un solo punto” manifiesta menosprecio por toda la ley; su influencia y su ejemplo están del lado

de la transgresión; y viene a ser “culpado de todos” los puntos de la ley - Santiago 2:10” (Elena G. de White- CS 639).

“La obcecación de los hombres de esta generación es indeciblemente sorprendente. Miles de personas rechazan la Palabra de Dios como si no mereciese fe, mientras aceptan con absoluta confianza los engaños de Satanás. Los incrédulos y escarnecedores denuncian el fanatismo, como lo llaman, de los que luchan por la fe de los profetas y de los apóstoles, y se divierten ridiculizando las solemnes declaraciones de las Santas Escrituras referentes a Cristo, al plan de salvación y a la retribución que espera a los que rechazan la verdad. Fingen tener gran lástima por espíritus tan estrechos, débiles y supersticiosos, que acatan los mandatos de Dios y satisfacen las exigencias de su ley. Hacen alarde de tanto descaro como si en realidad hubiesen hecho un pacto con la muerte y un convenio con el infierno—como si hubiesen elevado una barrera insalvable e indestructible entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar sus temores. Se han sometido tan completamente al tentador, están tan ligados a él y tan dominados por su espíritu, que no tienen ni fuerza ni deseos para escapar de su lazo (Elena G. de White- CS 617-618).

“Satanás sabe muy bien que el alma más débil pero que permanece en Jesús puede más que todas las huestes de las tinieblas, y que si se presentase abiertamente se le haría frente y se le resistiría. Por esto trata de atraer a los soldados de la cruz fuera de su baluarte, mientras que él mismo permanece con sus fuerzas en emboscada, listo para destruir a todos aquellos que se aventuren a entrar en su territorio. Sólo podemos estar seguros cuando confiamos humildemente en Dios y obedecemos todos sus mandamientos” (Elena G. de White- CS 585).

“Pero no fue tan sólo para realizar la redención del hombre para lo que Cristo vino a la tierra a sufrir y morir. Vino para engrandecer la ley y hacerla honorable. Ni fue tan sólo para que los habitantes de este mundo respetasen la ley cual debía ser respetada, sino también para demostrar a todos los mundos del universo que la ley de Dios es inmutable. Si las exigencias de ella hubiesen podido descartarse, el Hijo de Dios no habría necesitado dar su vida para expiar la transgresión de ella. La muerte de Cristo prueba que la ley es inmutable.

Y el sacrificio al cual el amor infinito impelió al Padre y al Hijo a fin de que los pecadores pudiesen ser redimidos, demuestra a todo el universo—y nada que fuese inferior a este plan habría bastado para demostrarlo—que la justicia y la misericordia son el fundamento de la ley y del gobierno de Dios (Elena G. de White- CS 557).

“Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él señala la historia de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que deshonoró a su Redentor, todos los pecados que les indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como sus súbditos” (Elena G. de White- CS 538).

“¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley.” “Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?” Y San Juan dice también: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor.

Entonces “la justicia que requiere la ley” se cumplirá “en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.” Romanos 8:4 (VM). [522] Y el lenguaje del alma será “!Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97” (Elena G. de White- CS 521-522).

“Hay en las diversas denominaciones hombres eminentes por su piedad, que reconocen y deploran este hecho. El profesor Eduardo A. Park, al exponer los peligros religiosos corrientes, dice acertadamente: “Una de las fuentes de peligros es el hecho de que los predicadores insisten muy poco en la ley divina. En otro tiempo el púlpito era eco de la voz de la conciencia... Nuestros más ilustres predicadores daban a sus discursos una amplitud majestuosa siguiendo el ejemplo del Maestro y recalcando la ley, sus preceptos y sus amenazas. Repetían las dos grandes máximas de que la ley es fiel trasunto de las perfecciones divinas, y de que un hombre que no tiene amor a la ley no lo tiene tampoco al Evangelio, pues la ley, tanto como el Evangelio, es un espejo que refleja el verdadero carácter de Dios. Este peligro arrastra a otro: el de desestimar la gravedad del pecado, su extensión y su horror. El grado de culpabilidad que acarrea la desobediencia a un mandamiento es proporcional al grado de justicia de ese mandamiento...” (Elena G. de White- CS 518-519).

“En las verdades de su Palabra, Dios ha dado a los hombres una revelación de sí mismo, y a todos los que las aceptan les sirven de escudo contra los engaños de Satanás. El descuido en que se tuvieron estas verdades fué lo que abrió la puerta a los males que se están propagando ahora tanto en el mundo religioso. Se ha perdido de vista en sumo grado la naturaleza e importancia de la ley de Dios. Un concepto falso del carácter perpetuo y obligatorio de la ley divina ha hecho incurrir en errores respecto a la conversión y santificación, y como resultado se ha rebajado el nivel de la piedad en la iglesia. En esto reside el secreto de la ausencia del Espíritu y poder de Dios en los despertamientos religiosos de nuestros tiempos” (Elena G. de White- CS 518).

“Al final de la lucha, toda la cristiandad quedará dividida en dos grandes categorías: la de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y la de los que adoran la bestia y su imagen y reciben su marca. Si bien la iglesia y el estado se unirán para obligar a “todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos,” a que tengan “la marca de la bestia” (Apocalipsis 13:16, VM), el pueblo de Dios no la tendrá. El profeta de Patmos vió que “los que habían salido victoriosos de la prueba de la bestia, y de su imagen, y del número de su nombre, estaban sobre aquel mar de vidrio, teniendo arpas de Dios,” y cantaban el cántico de Moisés y del Cordero - Apocalipsis 15:2, 3 VM” (Elena G. de White- CS 503-504).

“En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta a los hombres a que adoren al Creador, y la profecía expone a la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios” (Elena G. de White- CS 490).

“El primer ángel exhorta a los hombres a que teman al Señor y le den honra y a que le adoren como Creador del cielo y de la tierra. Para poder hacerlo, deben obedecer su ley. El sabio dice: “Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano.” Eclesiastés 12:13 (VM). Sin obediencia a sus mandamientos, ninguna adoración puede agradar a Dios. “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos.” “El que aparte sus oídos para no escuchar la ley, verá que su oración misma es cosa abominable - 1 Juan 5:3; Proverbios 28:9 VM” (Elena G. de White- CS 489).

“Los ateos, los incrédulos y los apóstatas se oponen abiertamente a la ley de Dios; pero los resultados de su influencia prueban que el bienestar del hombre depende de la obediencia a los

estatutos divinos. Los que no quieran leer esta lección en el libro de Dios, tendrán que leerla en la historia de las naciones” (Elena G. de White- CS 330).

“Tales son los avisos que ha dado Dios para que los hombres se abstengan de alterar lo revelado o mandado por él. Estas solemnes denuncias se refieren a todos los que con su influencia hacen que otros consideren con menosprecio la ley de Dios. Deben hacer temblar y temer a los que declaran con liviandad que poco importa que obedezcamos o no obedezcamos a la ley de Dios. Todos los que alteran el significado preciso de las Sagradas Escrituras sobreponiéndoles sus opiniones particulares, y los que tuercen los preceptos de la Palabra divina ajustándolos a sus propias conveniencias, o a las del mundo, se arrogan terrible responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada individuo y condenará a todo el que fuere hallado falto por esta prueba infalible” (Elena G. de White- CS 311).

“La falsa piedad y la falsa santificación siguen haciendo su obra de engaño. Bajo diversas formas dejan ver el mismo espíritu que las caracterizara en días de Lutero, pues apartan a las mentes de las Escrituras e inducen a los hombres a seguir sus propios sentimientos e impresiones en vez de rendir obediencia a la ley de Dios. Este es uno de los más eficaces inventos de Satanás para desprestigiar la pureza y la verdad” (Elena G. de White- CS 204).

“La iglesia es la agencia de Dios para la proclamación de la verdad, facultada por él para hacer una obra especial; y si le es leal y obediente a todos sus mandamientos, habitará en ella la excelencia de la gracia divina. Si manifiesta verdadera fidelidad, si honra al Señor Dios de Israel, no habrá poder capaz de resistirle” (Elena G. de White- HAP 479-480).

“Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre. Mientras vuestra alma suspire por Dios, encontraréis más y más de las inescrutables riquezas de su gracia. Mientras las contempléis, llegaréis a poseerlas y se os revelarán los méritos del sacrificio del Salvador, la protección de su justicia, la perfección de su sabiduría y su poder para presentaros ante el Padre “sin mácula, y sin reprensión” 2Pedro 3:14 (Elena G. de White- HAP 452-454).

“Hay quienes profesan santidad, quienes declaran que están completamente con el Señor, quienes pretenden tener derecho a las promesas de Dios, mientras rehúsan prestar obediencia a sus mandamientos. Dichos transgresores de la ley quieren recibir todas las cosas que fueron prometidas a los hijos de Dios; pero eso es presunción de su parte, por cuanto Juan nos dice que el verdadero amor a Dios será revelado mediante la obediencia a todos sus mandamientos. No basta creer la teoría de la verdad, hacer una profesión de fe en Cristo, creer que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no es una fábula por arte compuesta. “El que dice, Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos—escribió Juan,—el tal es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él: por esto sabemos que estamos en él.” “El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él - 1 Juan 2:4, 5; 3:24” (Elena G. de White- HAP 449-450).

“A todo el que se rinde completamente a Dios, se le da el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo... Dios requiere de nosotros perfecta obediencia. Debemos purificarnos a nosotros mismos, como él es puro. Al guardar sus mandamientos, hemos de revelar nuestro amor por el Supremo Gobernador del universo” (Elena de White - Review and Herald, 27 de septiembre de 1906, p. 8).

“Sólo los que, mediante la fe en Cristo, obedecen todos los mandamientos de Dios, alcanzarán la condición de impecabilidad en que vivía Adán antes de su transgresión. Testifican de su amor a Cristo obedeciendo todos sus preceptos” (Elena G. de White- MS 122, 1901 / Comentario bíblico adventista, vol. 6, p. 340).

“Doquiera se proclaman las verdades del Evangelio, aquellos que desean sinceramente hacer lo recto son inducidos a escudriñar diligentemente las Escrituras. Si en las escenas finales de la historia terrenal, aquellos a quienes se proclaman las verdades probatorias siguieran el ejemplo de los bereanos, escudriñando diariamente las Escrituras, comparando con la Palabra de Dios los mensajes que se les dan, habría un gran número de leales a los preceptos de la ley de Dios donde ahora hay comparativamente pocos. Pero cuando las verdades impopulares de la Biblia se presentan, muchos se niegan a hacer esta investigación. Aunque no pueden contradecir las claras enseñanzas de las Escrituras, manifiestan, sin embargo, extrema indisposición a estudiar las evidencias ofrecidas. Algunos arguyen que aunque estas doctrinas sean en verdad ciertas, importa poco que ellos acepten o no la nueva luz; y se aferran a fábulas agradables por las cuales el enemigo suele extraviar las almas. Así sus mentes son cegadas por el error y ellos se separan del cielo” (Elena G. de White- HAP 188-189).

“Los conversos gentiles, sin embargo, debían abandonar las costumbres inconsecuentes con los principios del cristianismo. Los apóstoles y ancianos convinieron por lo tanto en pedir a los gentiles por carta que se abstuvieran de los alimentos ofrecidos a los ídolos, de fornicación, de lo estrangulado, y de sangre. Debía instárseles a guardar los mandamientos, y a vivir una vida santa. Debía asegurárseles también que los que habían declarado obligatoria la circuncisión no estaban autorizados por los apóstoles para hacerlo” (Elena G. de White- HAP 159).

“Antes de su conversión, Pablo se había considerado, “cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable.” Filipenses 3:6. Pero desde que cambiara de corazón, había adquirido un claro concepto de la misión del Salvador como Redentor de toda la especie, gentiles tanto como judíos, y había aprendido la diferencia entre una fe viva y un muerto formalismo. A la luz del Evangelio, los antiguos ritos y ceremonias confiados a Israel habían adquirido un nuevo y más profundo significado. Las cosas prefiguradas por ellos se habían producido, y los que vivían bajo la dispensación evangélica habían sido relevados de su observancia. Sin embargo, Pablo todavía guardaba tanto en el espíritu como en la letra, la inalterable ley divina de los diez mandamientos” (Elena G. de White- HAP 154).

“Esta profecía se ha cumplido de manera notable. Todo ultraje, vituperio y crueldad que Satanás pudo inventar e instigar a los corazones humanos se ha dirigido contra los seguidores de Jesús. Y esto se cumplirá de nuevo de un modo notable; porque el corazón carnal está todavía enemistado contra la ley de Dios y no quiere sujetarse a sus mandamientos. El mundo no está más en armonía hoy con los principios de Cristo de lo que estaba en los días de los apóstoles.

El mismo odio que inspiró el grito: “¡Crucifícale, crucifícale!” el mismo odio que condujo a la persecución de los discípulos, obra todavía en los hijos de desobediencia. El mismo espíritu que en la Edad Media condenó a hombres y mujeres a la cárcel, al destierro y a la muerte; que concibió la

aguda tortura de la Inquisición; que planeó y ejecutó la matanza de San Bartolomé, y los autos de fe de Smithfield, está todavía obrando con maligna energía en los corazones no regenerados. La historia de la verdad ha sido siempre el relato de una lucha entre el bien y el mal. La proclamación del Evangelio se ha realizado siempre en este mundo haciendo frente a la oposición, los peligros, las pérdidas y el sufrimiento” (Elena G. de White- HAP 69-70).

“Cristo había sido guía y maestro del antiguo Israel, y le enseñó que la salud es la recompensa de la obediencia a las leyes de Dios. El gran Médico que sanó a los enfermos en Palestina había hablado a su pueblo desde la columna de nube, diciéndole lo que debía hacer y lo que Dios haría por ellos. “Si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios—dijo,—e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los Egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu Sanador.” Cristo dió a Israel instrucciones definidas acerca de sus hábitos de vida y le aseguró: “Quitará Jehová de ti toda enfermedad.” Cuando el pueblo cumplió estas condiciones, se le cumplió la promesa. No hubo en sus tribus enfermo” (Elena G. de White- DTG 764).

(Que la muerte es resultado del pecado y no de Dios) “Al principio de la gran controversia, los ángeles no comprendían esto. Si se hubiese dejado a Satanás y su hueste cosechar el pleno resultado de su pecado, habrían perecido; pero para los seres celestiales no habría sido evidente que ello era el resultado inevitable del pecado. Habría permanecido en su mente una duda en cuanto a la bondad de Dios, como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia. Pero no sucederá así cuando la gran controversia termine. Entonces, habiendo sido completado el plan de la redención, el carácter de Dios quedará revelado a todos los seres creados. Se verá que los preceptos de su ley son perfectos e inmutables. El pecado habrá manifestado entonces su naturaleza; Satanás, su carácter. Entonces el exterminio del pecado vindicará el amor de Dios y rehabilitará su honor delante de un universo compuesto de seres que se deleitarán en hacer su voluntad y en cuyo corazón estará su ley” (Elena G. de White- DTG 713).

“Otro engaño iba a ser presentado ahora. Satanás declaró que la misericordia destruía la justicia, que la muerte de Cristo abrogaba la ley del Padre. Si hubiese sido posible que la ley fuera cambiada o abrogada, Cristo no habría necesitado morir. Pero abrogar la ley sería inmortalizar la transgresión y colocar al mundo bajo el dominio de Satanás. Porque la ley era inmutable, porque el hombre podía ser salvo únicamente por la obediencia a sus preceptos, fué levantado Jesús en la cruz. Sin embargo, Satanás representó como destructor de la ley aquel mismo medio por el cual Cristo la estableció. Alrededor de esto girará el último conflicto de la gran lucha entre Cristo y Satanás” (Elena G. de White- DTG 711).

“La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Elena G. de White- DTG 710-711).

“Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza. Pero no hemos de colocar la responsabilidad de nuestro deber en

otros, y esperar que ellos nos digan lo que debemos hacer. No podemos depender de la humanidad para obtener consejos. El Señor nos enseñará nuestro deber tan voluntariamente como a alguna otra persona. Si acudimos a él con fe, nos dirá sus misterios a nosotros personalmente. Nuestro corazón arderá con frecuencia en nosotros mismos cuando él se ponga en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc. Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrade a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir. Y recibirán no solamente sabiduría, sino fuerza. Se les impartirá poder para obedecer, para servir, según lo prometió Cristo. Cuanto se dio a Cristo—todas las cosas destinadas a suplir la necesidad de los hombres caídos, —se le dio como a la cabeza y representante de la humanidad. “Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (Elena G. de White- DTG 622).

“Después que hubo indicado las señales de su venida, Cristo dijo: “Cuando viereis hacerse estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.” “Mirad, velad y orad.” Dios advirtió siempre a los hombres los juicios que iban a caer sobre ellos. Los que tuvieron fe en su mensaje para su tiempo y actuaron de acuerdo con ella, en obediencia a sus mandamientos, escaparon a los juicios que cayeron sobre los desobedientes e incrédulos. A Noé fueron dirigidas estas palabras: “Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí.” Noé obedeció y se salvó. Este mensaje llegó a Lot: “Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad.” Lot se puso bajo la custodia de los mensajeros celestiales y se salvó. Así también los discípulos de Cristo fueron advertidos acerca de la destrucción de Jerusalén. Los que se fijaron en la señal de la ruina inminente y huyeron de la ciudad escaparon a la destrucción. Así también ahora hemos sido advertidos acerca de la segunda venida de Cristo y de la destrucción que ha de sobrecoger al mundo. Los que presten atención a la advertencia se salvarán” (Elena G. de White- DTG 588).

(Los escribas y fariseos) “Su objeto constante consistía en hacer ostentación de su piedad. Para ellos, nada era demasiado sagrado para servir a este fin. Dios había dicho a Moisés acerca de sus leyes: “Has de atarlas por señal en tu mano, y estarán por frontales entre tus ojos.” Estas palabras tienen un significado profundo. A medida que se medite en la Palabra de Dios y se la practique, el ser entero quedará ennoblecido. Al obrar con justicia y misericordia, las manos revelarán, como señal, los principios de la ley de Dios. Se mantendrán libres de cohecho, y de todo lo que sea corrupto y engañoso. Serán activas en obras de amor y compasión. Los ojos, dirigidos hacia un propósito noble, serán claros y veraces. El semblante y los ojos expresivos atestiguarán el carácter inmaculado de aquel que ama y honra la Palabra de Dios” (Elena G. de White- DTG 563-564).

“El escriba estaba cerca del reino de Dios porque reconocía que las obras de justicia son más aceptables para Dios que los holocaustos y sacrificios. Pero necesitaba reconocer el carácter divino de Cristo, y por la fe en él recibir el poder para hacer las obras de justicia. El servicio ritual no tenía ningún valor a menos que estuviese relacionado con Cristo por una fe viva. Aun la ley moral no cumple su propósito a menos que se entienda en su relación con el Salvador. Cristo había demostrado repetidas veces que la ley de su Padre contenía algo más profundo que sólo órdenes autoritarias. En la ley se encarnaba el mismo principio revelado en el Evangelio. La ley señala su deber al hombre y le muestra su culpabilidad. Este debe buscar en Cristo perdón y poder para hacer lo que la ley ordena” (Elena de White - DTG 560-561).

“Los primeros cuatro mandamientos del Decálogo están resumidos en el primer gran precepto: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón.” Los últimos seis están incluidos en el otro: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Estos dos mandamientos son la expresión del principio del amor.

No se puede guardar el primero y violar el segundo, ni se puede guardar el segundo mientras se viola el primero.

Cuando Dios ocupe en el trono del corazón su lugar legítimo, nuestro prójimo recibirá el lugar que le corresponde. Le amaremos como a nosotros mismos. Únicamente cuando amemos a Dios en forma suprema, será posible amar a nuestro prójimo imparcialmente. Y puesto que todos los mandamientos están resumidos en el amor a Dios y al prójimo, se sigue que ningún precepto puede quebrantarse sin violar este principio. Así enseñó Cristo a sus oyentes que la ley de Dios no consiste en cierto número de preceptos separados, algunos de los cuales son de gran importancia, mientras otros tienen poca y pueden ignorarse con impunidad. Nuestro Señor presenta los primeros cuatro y los últimos seis mandamientos como un conjunto divino, y enseña que el amor a Dios se manifestará por la obediencia a todos sus mandamientos” (Elena de White - DTG 559-560).

“Cuando se presenta el mensaje de verdad en nuestra época, son muchos los que, como los judíos, claman: Muéstranos una señal. Realice un milagro. Cristo no ejecutó milagro a pedido de los fariseos. No hizo milagro en el desierto en respuesta a las insinuaciones de Satanás. No nos imparte poder para justificarnos a nosotros mismos o satisfacer las demandas de la incredulidad y el orgullo. Pero el Evangelio no queda sin una señal de su origen divino. ¿No es acaso un milagro que podamos libertarnos de la servidumbre de Satanás? La enemistad contra Satanás no es natural para el corazón humano; es implantada por la gracia de Dios. Cuando el que ha estado dominado por una voluntad terca y extraviada queda libertado y se entrega de todo corazón a la atracción de los agentes celestiales de Dios, se ha realizado un milagro; así también ocurre cuando un hombre que ha estado bajo un engaño poderoso, llega a comprender la verdad moral. Cada vez que un alma se convierte y aprende a amar a Dios y a guardar sus mandamientos, se cumple la promesa de Dios: “Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.”<sup>2</sup> El cambio verificado en los corazones humanos, la transformación del carácter humano, es un milagro que revela a un Salvador que vive eternamente y obra para rescatar a las almas. Una vida consecuente en Cristo es un gran milagro. En la predicación de la Palabra de Dios, la señal que debe manifestarse ahora y siempre es la presencia del Espíritu Santo para hacer de la Palabra un poder regenerador para quienes la oyen. Tal es el testimonio que de la divina misión de su Hijo Dios da ante al mundo” (Elena de White - DTG 374).

“El yugo se coloca sobre los bueyes para ayudarles a arrastrar la carga, para aliviar esa carga. Así también sucede con el yugo de Cristo. Cuando nuestra voluntad esté absorbida en la voluntad de Dios, y empleemos sus dones para beneficiar a otros, hallaremos liviana la carga de la vida. El que anda en el camino de los mandamientos de Dios, anda en compañía de Cristo, y en su amor el corazón descansa. Cuando Moisés oró: “Ruégote que me muestres ahora tu camino, para que te conozca,” el Señor le contestó: “Mi rostro irá contigo, y te haré descansar.” Y por los profetas fué dado el mensaje: “Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma.”<sup>5</sup> Y él dice: “¡Ojalá miraras tú a mis mandamientos! fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas de la mar” (Elena G. de White- DTG 298).

“¿Cómo hemos de salvarnos entonces? “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto,” así también el Hijo del hombre ha sido levantado, y todos los que han sido engañados y mordidos por la serpiente pueden mirar y vivir. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”<sup>8</sup> La luz que resplandece de la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae a él. Si no resistimos esta atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios produce por medio de la fe una nueva vida en el alma. Los

pensamientos y los deseos se sujetan en obediencia a la voluntad de Cristo. El corazón y la mente son creados de nuevo a la imagen de Aquel que obra en nosotros para someter todas las cosas a sí. Entonces la ley de Dios queda escrita en la mente y el corazón, y podemos decir con Cristo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado” (Elena de White - DTG 147-148).

“No tenía excusa la ceguera de Israel en cuanto a la regeneración. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Isaías había escrito: “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia.” David había orado: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Y por medio de Ezequiel había sido hecha la promesa: “Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos” (Elena G. de White- DTG 145-146).

“El favor de Dios se asegura a aquellos en cuyo corazón está escrita su ley. Son uno con él” (Elena G. de White- DTG 81).

“Por el cautiverio babilónico, los israelitas fueron curados eficazmente de la adoración de las imágenes esculpidas. Durante los siglos que siguieron, sufrieron por la opresión de enemigos paganos, hasta que se arraigó en ellos la convicción de que su prosperidad dependía de su obediencia a la ley de Dios” (Elena G. de White- DTG 20).

“Por su humanidad, Cristo tocaba a la humanidad; por su divinidad, se asía del trono de Dios. Como Hijo del hombre, nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios, nos imparte poder para obedecer. Fue Cristo quien habló a Moisés desde la zarza del monte Horeb diciendo: “YO SOY EL QUE SOY.... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros.” Tal era la garantía de la liberación de Israel. Asimismo cuando vino “en semejanza de los hombres,” se declaró el YO SOY. El Niño de Belén, el manso y humilde Salvador, es Dios, “manifestado en carne.” Y a nosotros nos dice: “‘YO SOY el buen pastor.’ ‘YO SOY el pan vivo.’ ‘YO SOY el camino, y la verdad, y la vida.’ ‘Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.’ ‘YO SOY la seguridad de toda promesa.’ ‘YO SOY; no tengáis miedo.’” “Dios con nosotros” es la seguridad de nuestra liberación del pecado, la garantía de nuestro poder para obedecer la ley del cielo” (Elena G. de White- DTG 16).

“Mediante mensajes como los dados por Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, así como mediante la opresión impuesta por los enemigos paganos, los israelitas aprendieron finalmente la lección de que la verdadera prosperidad depende de la obediencia a la ley de Dios” (Elena G. de White- PP 522).

“En el tiempo del fin, ha de ser restaurada toda institución divina. Debe repararse la brecha, o portillo, que se hizo en la ley cuando los hombres cambiaron el día de reposo. El pueblo remanente de Dios, los que se destacan delante del mundo como reformadores, deben demostrar que la ley de Dios es el fundamento de toda reforma permanente, y que el sábado del cuarto mandamiento debe subsistir como monumento de la creación y recuerdo constante del poder de Dios. Con argumentos claros deben presentar la necesidad de obedecer todos los preceptos del Decálogo. Constreñidos por el amor de Cristo, cooperarán con él para la edificación de los lugares desiertos. Serán reparadores de portillos, restauradores de calzadas para habitar - Isaías 58:12” (Elena G. de White- PP 501-502).

“La restauración espiritual de la cual fue símbolo la obra realizada en tiempos de Nehemías, se halla esbozada en estas palabras de Isaías: “Edificarán los desiertos antiguos, y levantarán los

asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades asoladas.” “Edificarán los de ti los desiertos antiguos; los cimientos de generación y generación levantarás: y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar.” Isaías 61:4; 58:12.

El profeta describe así a un pueblo que, en tiempos de apartamiento general de la verdad y la justicia, procura restablecer los principios que son el fundamento del reino de Dios. Reparar una brecha que fue hecha en la ley de Dios, o sea el muro que puso él en derredor de sus escogidos para protegerlos y para que en la obediencia a sus preceptos de justicia, verdad y pureza hallasen una salvaguardia perpetua” (Elena G. de White- PR 500).

“La obra de restauración y reforma que hicieron los desterrados al regresar bajo la dirección de Zorobabel, Esdras y Nehemías, nos presenta un cuadro de la restauración espiritual que debe realizarse en los días finales de la historia de esta tierra. El residuo de Israel era un pueblo débil, expuesto a los estragos de sus enemigos; pero por su medio se proponía Dios conservar en la tierra un conocimiento de sí mismo y de su ley. Ese residuo había de custodiar el culto verdadero y los santos oráculos. Fue variado lo que experimentó mientras reedificaba el templo y el muro de Jerusalén; y fuerte la oposición que hubo de arrostrar. Fueron pesadas las cargas que hubieron de llevar los dirigentes de esa obra; pero esos hombres avanzaron con confianza inquebrantable y humildad de espíritu, dependiendo firmemente de Dios y creyendo que él haría triunfar su verdad. Como el rey Ezequías, Nehemías “se llegó a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió... Y Jehová fue con él - 2 Reyes 18:6, 7” (Elena G. de White- PR 499-500).

“En esta época del mundo, cuando, mediante múltiples instrumentos, Satanás procura cegar los ojos de hombres y mujeres para que no vean lo que exige la ley de Dios, se necesitan hombres que harán temblar a muchos ante “el mandamiento de nuestro Dios.” (10:3). Se necesitan verdaderos reformadores, que conducirán a los transgresores hacia el gran Legislador, y les enseñarán que “la ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma.” Salmos 19:7. Se necesitan hombres poderosos en las Escrituras: hombres que con cada palabra y acción exalten los estatutos de Jehová; hombres que procuren fortalecer la fe. Hay gran necesidad de personas que enseñen e inspiren en los corazones reverencia y amor hacia las Escrituras” (Elena G. de White- PR 459-460).

“La visión de Zacarías con referencia a Josué y el Ángel se aplica con fuerza especial a la experiencia del pueblo de Dios durante las escenas finales del gran día de expiación. La iglesia remanente será puesta entonces en grave prueba y angustia. Los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús sentirán la ira del dragón y de su hueste. Satanás considera a los habitantes del mundo súbditos suyos; ha obtenido el dominio de muchos cristianos profesos; pero allí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. Si él pudiese borrarlo de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyesen a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios.

Se requerirá de los hombres que rindan obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que sean fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados por “padres, y hermanos, y parientes, y amigos.” Lucas 21:16. Su única esperanza se cifrará en la misericordia de Dios; su única defensa será la oración. Como Josué intercedía delante del Ángel, la iglesia remanente, con corazón quebrantado y ardorosa fe, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar.

El tentador estará listo para acusarlos, como estaba listo para resistir a Josué. Señalará sus vestiduras sucias, su carácter deficiente. Presentará su debilidad e insensatez, su pecado de

ingratitude, cuán poco semejantes a Cristo son, lo cual ha deshonrado a su Redentor. Se esforzará por espantar a las almas con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones y se desvíen de su fidelidad a Dios.

Satanás tiene un conocimiento exacto de los pecados que por sus tentaciones ha hecho cometer a los hijos de Dios e insiste en sus acusaciones contra ellos; declara que por sus pecados han perdido el derecho a la protección divina y reclama el derecho de destruirlos. Los declara tan merecedores como él mismo de ser excluidos del favor de Dios. “¿Son éstos—dice—los que han de tomar mi lugar en el cielo, y el lugar de los ángeles que se unieron a mí? Profesan obedecer la ley de Dios, pero ¿han guardado sus preceptos? ¿No han sido amadores de sí mismos más que de Dios? ¿No han puesto sus propios intereses antes que su servicio? ¿No han amado las cosas del mundo? Mira los pecados que han señalado su vida. Contempla su egoísmo, su malicia, su odio mutuo. ¿Me desterrará Dios a mí y a mis ángeles de su presencia, y sin embargo recompensará a los que fueron culpables de los mismos pecados? Tú no puedes hacer esto con justicia, oh Señor. La justicia exige que se pronuncie sentencia contra ellos.”

Sin embargo, aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio de los agentes satánicos. Se han arrepentido de sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición, y el Abogado divino intercede en su favor. El que más fué ultrajado por su ingratitude, el que conoce sus pecados y también su arrepentimiento, declara: “¡Jehová te reprenda, oh Satán! Yo dí mi vida por estas almas. Sus nombres están esculpidos en las palmas de mis manos. Pueden tener imperfecciones de carácter, pueden haber fracasado en sus esfuerzos; pero se han arrepentido y las he perdonado y aceptado,”

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. La aflicción de éstos es grande, las llamas parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente” (Elena G. de White- PR 431-433).

“Pero en esa crisis el Señor fortaleció a su pueblo con “buenas palabras, palabras consolatorias.” Zacarías 1:13. Mediante una ilustración impresionante de la obra de Satanás y la de Cristo, reveló el poder de su Mediador para vencer al acusador de su pueblo.

En una visión, el profeta contempla a “Josué, el gran sacerdote,... vestido de vestimentas viles” (Zacarías 3:1-3), en pie delante del Ángel de Jehová, impetrando la misericordia de Dios a favor de su pueblo afligido. Mientras suplica a Dios que cumpla sus promesas, Satanás se levanta osadamente para resistirle. Señala las transgresiones de los hijos de Israel como razón por la cual no se les podía devolver el favor de Dios. Los reclama como su presa y exige que sean entregados en sus manos.

El sumo sacerdote no puede defenderse a sí mismo ni a su pueblo de las acusaciones de Satanás. No sostiene que Israel esté libre de culpas. En sus andrajos sucios, que simbolizan los pecados del pueblo, que él lleva como su representante, está delante del Ángel, confesando su culpa, aunque señalando su arrepentimiento y humillación y fiando en la misericordia de un Redentor que perdona el pecado. Con fe se aferra a las promesas de Dios. Entonces el Ángel, que es Cristo mismo, el Salvador de los pecadores, hace callar al acusador de su pueblo declarando: “Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste tizón arrebatado del incendio?” Vers. 2. Israel había estado durante largo tiempo en el horno de la aflicción. A causa de sus pecados, había sido casi consumido en la llama encendida por Satanás y sus agentes para destruirlo; pero Dios había intervenido ahora para librarle.

Al ser aceptada la intercesión de Josué, se da la orden: “Quitadle esas vestimentas viles,” y a Josué el Ángel declara: “Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala.” “Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y vistiéronle de ropas.” Vers. 4, 5. Sus propios

pecados y los de su pueblo fueron perdonados. Israel había de ser revestido con “ropas de gala,” la justicia de Cristo que les era imputada. La mitra puesta sobre la cabeza de Josué era como la que llevaban los sacerdotes, con la inscripción: “Santidad a Jehová” (Éxodo 28:36), lo cual significaba que a pesar de sus antiguas transgresiones estaba ahora capacitado para servir delante de Dios en su santuario.

El Ángel declaró entonces: “Así dice Jehová de los ejércitos: Si anduvieres por mis caminos, y si guardares mi ordenanza, también tú gobernarás mi casa, también tú guardarás mis atrios, y entre éstos que aquí están te daré plaza.” Zacarías 3:7. Si obedecía, se le honraría como juez o gobernante del templo y todos sus servicios; andaría entre ángeles que le acompañarían aun en esta vida; y al fin se uniría a la muchedumbre glorificada en derredor del trono de Dios. Josué y el ángel “Escucha pues ahora, Josué gran sacerdote, tú, y tus amigos que se sientan delante de ti; porque son varones simbólicos: He aquí, yo traigo a mi siervo, el Pimpollo.” Vers. 8. El Pimpollo [“Vástago,” V.M., o “Brote,” V. Bover-Cantera] era la esperanza de Israel. Era por la fe en el Salvador venidero cómo Josué y su pueblo recibían perdón. Por la fe en Cristo, les era devuelto el favor de Dios. En virtud de sus méritos, si andaban en sus caminos y guardaban sus estatutos, serían “varones simbólicos,” honrados como los escogidos del Cielo entre las naciones de la tierra” (Elena G. de White- Profetas y reyes 428-429).

“Los consejos y reprensiones contenidos en el mensaje dado por Ageo fueron escuchados por los dirigentes y el pueblo de Israel. Comprendieron el fervor con que Dios los trataba. No se atrevían a despreciar las instrucciones que les enviara repetidamente, acerca de que su prosperidad temporal y espiritual dependía de que obedeciesen fielmente a los mandamientos de Dios. Incitados por las advertencias del profeta, obedecieron Zorobabel y Josué “y todo el demás pueblo, la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Haggeo - Vers. 12” (Elena G. de White- PR 421).

“Unos pocos, si, solo unos pocos de entre el gran número de habitantes de la tierra serán salvados para vida eterna, mientras que las masas que no han perfeccionado sus almas en la obediencia de la verdad serán destinadas a la segunda muerte” (Elena G. de White- Testimonies of the church 2:358).

“De manera que “en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén,” el mensaje que dirigía Jeremías a Judá era: “Oíd las palabras de este pacto,” es decir los claros preceptos de Jehová como estaban registrados en las Sagradas Escrituras, “y ponedlas por obra.” Jeremías 11:6. Y éste fué el mensaje que proclamó mientras estaba en los atrios del templo al comenzar el reinado de Joaquim” (Elena G. de White- PR 304-305).

“El plan de salvación trazado por el Cielo es bastante amplio para abarcar todo el mundo. Dios anhela impartir el aliento de vida a la humanidad postrada. Y no permitirá que se quede chasqueado nadie que anhele sinceramente algo superior y más noble que cuanto puede ofrecer el mundo. Envía constantemente sus ángeles a aquellos que, si bien están rodeados por las circunstancias más desalentadoras, oran con fe para que algún poder superior a sí mismos se apodere de ellos y les imparta liberación y paz. De varias maneras Dios se les revelará, y los hará objeto de providencias que establecerán su confianza en Aquel que se dio a sí mismo en rescate por todos, “a fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios, y guarden sus mandamientos - Salmos 78:7” (Elena G. de White- PR 280).

“La victoria de Cristo y su obediencia son las de un verdadero ser humano. Caemos en muchos errores en nuestras conclusiones debido a nuestros falsos conceptos de la naturaleza humana de

nuestro Señor. Cuando le damos a su naturaleza un poder que no es posible que tenga el hombre en sus conflictos con Satanás, destruimos la integridad de su humanidad. El imparte su gracia imputada y poder a todos los que lo reciben por fe.

La obediencia de Cristo a su Padre fue la misma obediencia que se exige del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin que se combinen el poder divino con su agente humano. Así sucedió en el caso de Jesucristo: podía aferrarse al poder divino. No vino a nuestro mundo a obedecer como un Dios menor a un Dios mayor, sino como un hombre para obedecer la santa ley de Dios, y por eso es nuestro ejemplo. El Señor Jesús no vino a nuestro mundo para revelar lo que podía hacer un Dios, sino lo que podía hacer un hombre por medio de la fe en el poder de Dios para fortalecer en cada emergencia. El hombre debe ser participante de la naturaleza divina y vencer por medio de la fe cada tentación que lo acose.

El Señor pide ahora que cada hijo e hija de Adán le sirva, por la fe en Jesucristo, en la naturaleza humana que ahora tenemos. El Señor Jesús a tendido un puente sobre el abismo que creó el pecado. Ha unido la tierra con el cielo, al hombre finito con el Dios infinito. Jesús, el Redentor del mundo, solo podía guardar los mandamientos de Dios en la misma forma en que puede guardarlos la humanidad” (Elena G. de White- MS 1, 1892).

“Porque he aquí que Jehová sale de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y la tierra descubrirá sus sangres, y no más encubrirá sus muertos.” Isaías 26:21. Se está preparando la tempestad de la ira de Dios; y sólo subsistirán los que respondan a las invitaciones de la misericordia, como lo hicieron los habitantes de Nínive bajo la predicación de Jonás, y sean santificados por la obediencia a las leyes del Gobernante divino. Sólo los justos serán escondidos con Cristo en Dios hasta que pase la desolación” (Elena G. de White- PR 208).

“La tolerancia de Dios ha sido muy grande, tan grande que cuando consideramos el continuo desprecio manifestado hacia sus santos mandamientos, nos asombramos. El Omnipotente ha ejercido un poder restrictivo sobre sus propios atributos. Pero se levantará ciertamente para castigar a los impíos, que con tanta audacia desafían las justas exigencias del Decálogo” (Elena G. de White- PR 206).

“Entre los habitantes de la tierra, hay, dispersos en todo país, quienes no han doblado la rodilla ante Baal. Como las estrellas del cielo, que sólo se ven de noche, estos fieles brillarán cuando las tinieblas cubran la tierra y densa obscuridad los pueblos. En la pagana África, en las tierras católicas de Europa y de Sudamérica, en la China, en la India, en las islas del mar y en todos los rincones oscuros de la tierra, Dios tiene en reserva un firmamento de escogidos que brillarán en medio de las tinieblas para demostrar claramente a un mundo apóstata el poder transformador que tiene la obediencia a su ley. Ahora mismo se están revelando en toda nación, entre toda lengua y pueblo; y en la hora de la más profunda apostasía, cuando se esté realizando el supremo esfuerzo de Satanás para que “todos,... pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos” (Apocalipsis 13:16), reciban, so pena de muerte, la señal de lealtad a un falso día de reposo, estos fieles, “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa,” resplandecerán “como luminarias en el mundo.” Filipenses 2:15. Cuanto más oscura sea la noche, mayor será el esplendor con que brillarán” (Elena G. de White- PR 140-141).

“Estas palabras dirigidas a Israel acerca de la obediencia a los mandamientos de Dios: “Esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia en ojos de los pueblos” (Deuteronomio 4:6), encierran tanta verdad hoy como cuando fueron pronunciadas. Encierran la única salvaguardia para la integridad individual, la pureza del hogar, el bienestar de la sociedad, o la estabilidad de la nación. En medio de todas las perplejidades y los peligros de la vida, así como de los asertos

contradictorios, la única regla segura consiste en hacer lo que Dios dice. “Los mandamientos de Jehová son rectos” (Salmos 19:8), y “el que hace estas cosas, no resbalará para siempre - Salmos 15:5” (Elena G. de White- PR 60-61).

“A todo a aquel que se rinda plenamente a Dios se le otorga el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo” (Elena G. de White- Review and Herald 27-09-1906).

“Jesús murió para atribuir al pecador arrepentido su propia justicia, y hacer posible al hombre la observancia de la ley” (Elena G. de White- 1MS, pág. 312).

“El amor de Dios a través de Jesús Cristo es derramado ampliamente en el corazón de cada miembro de su cuerpo, llevando consigo la vitalidad de la ley de Dios el Padre” (Elena G. de White- 1MS, pág. 352).

“Era imposible para el pecador guardar la ley de Dios, que era santa, justa y buena; pero esta imposibilidad fue quitada por la comunicación de la justicia de Cristo al alma arrepentida y creyente” (Elena G. de White- Signs of the Times, 20 de Junio, 1895).

“Mediante la fe en Cristo se hace posible la obediencia a todos los principios de la ley” (Elena G. de White- Mss 122, año 1901).

“Los cargos no dan santidad de carácter. Honrando a Dios y obedeciendo sus mandamientos es como un hombre llega a ser realmente grande” (Elena G. de White- PR 21).

“A Jehová has ensalzado hoy para que te sea por Dios, y para andar en sus caminos, y para guardar sus estatutos y sus mandamientos y sus derechos, y para oír su voz: y Jehová te ha ensalzado hoy para que le seas su peculiar pueblo, como él te lo ha dicho, y para que guardes todos sus mandamientos; y para ponerte alto sobre todas las gentes que hizo, para loor, y fama, y gloria; y para que seas pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho - Deuteronomio 7:6; 26:17-19” (Elena G. de White- PR 13).

“A este pueblo fueron confiados los oráculos de Dios. Estaba cercado por los preceptos de su ley, los principios eternos de la verdad, la justicia y la pureza. La obediencia a estos principios debía ser su protección, porque le impediría destruirse a sí mismo por prácticas pecaminosas. Como torre del viñedo, Dios puso su santo templo en medio de la tierra” (Elena G. de White- PR 13).

“El obedecer es mejor que los sacrificios.” Las ofrendas de los sacrificios no tenían en sí mismas valor alguno a los ojos de Dios. Estaban destinadas a expresar, por parte del que las ofrecía, arrepentimiento del pecado y fe en Cristo, y a prometer obediencia futura a la ley de Dios. Pero sin arrepentimiento, ni fe ni un corazón obediente, las ofrendas no tenían valor. Cuando, violando directamente el mandamiento de Dios, Saúl se propuso presentar en sacrificio lo que Dios había dispuesto que fuese destruido, despreció abiertamente la autoridad divina. El sacrificio hubiera sido un insulto para el Cielo. No obstante conocer el relato del pecado de Saúl y sus resultados, ¡cuántos siguen una conducta parecida! Mientras se niegan a creer y obedecer algún mandamiento del Señor, perseveran en ofrecer a Dios sus servicios religiosos formales. No responde el Espíritu de Dios a tal servicio. Por celosos que sean los hombres en su observancia de las ceremonias religiosas, el Señor no las puede aceptar si ellos persisten en violar deliberadamente uno de sus mandamientos” (Elena G. de White- PP 688).

“En la expedición contra Amalec, Saúl creyó que había hecho cuanto era esencial entre todo lo que el Señor le había mandado; pero al Señor no le agradó la obediencia parcial, ni quiso pasar por alto lo que se había descuidado por un motivo tan plausible. Dios no le ha dado al hombre la libertad de apartarse de sus mandamientos.

El Señor había declarado a Israel: “No haréis... cada uno lo que le parece,” sino “guarda y escucha todas estas palabras que yo te mando.” Deuteronomio 12:8, 28. Al decidir sobre cualquier camino a seguir, no hemos de preguntarnos si es previsible que de él resultará algún daño, sino más bien si está de acuerdo con la voluntad de Dios. “Hay camino que al hombre parece derecho; empero su fin son caminos de muerte - Proverbios 14:12” (Elena G. de White- PP 687-688).

“Todos los que por la fe obedecen a los mandamientos de Dios, alcanzarán la condición de impecabilidad en la cual Adán vivió antes de su transgresión” (Elena G. de White- Signs of the Times, 23 de Julio de 1902).

“Su vida testificó que, con la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, le es posible al hombre obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White- Manuscrito 141, de E. G. White, 1901. Citado en Selected Messages, vol. 3, pág. 132).

“Dios había puesto a su pueblo en Canaán como un poderoso valladar para contener la ola de la inmoralidad, a fin de que no inundara al mundo. Si Israel le era fiel, Dios quería que fuera de conquista en conquista. Entregaría en sus manos naciones aún más grandes y más poderosas que las de los cananeos. Les prometió: “Porque si guardareis cuidadosamente todos estos mandamientos que yo os prescribo, ... Jehová también echará todas estas gentes de delante de vosotros, y poseeréis gentes grandes y más fuertes que vosotros. Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie, será vuestro: desde el desierto y el Líbano, desde el río, el río Éufrates, hasta la mar postrera será vuestro término. Nadie se sostendrá delante de vosotros: miedo y temor de vosotros pondrá Jehová vuestro Dios sobre la haz de toda la tierra que hollareis, como él os ha dicho - Deuteronomio 11:22-25” (Elena G. de White- PP 586).

“Fue porque la ley es inmutable, porque el hombre sólo se puede salvar mediante la obediencia a sus preceptos, que Jesús fue erguido en la cruz” (Elena G. de White- DTG 763).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White- El Ministerio de Curación 359).

“El amor y la justicia de Dios, y también la inmutabilidad de su ley, se manifiestan por la vida del Salvador no menos que por su muerte. El asumió la naturaleza humana con sus debilidades, con todos sus riesgos, con sus tentaciones... Fue “tentado en todo según nuestra semejanza”. Hebreos 4:15. No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. El ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios” (Elena G. de White- Mensajes selectos tomo 3 149).

(Después de la muerte de Moisés) “Aunque llenos de pesar por su gran pérdida, los israelitas sabían que no quedaban solos. De día, la columna de nube descansaba sobre el tabernáculo, y de noche la columna de fuego, como garantía de que Dios seguiría guiándoles y ayudándoles si querían andar en el camino de sus mandamientos” (Elena G. de White- PP 514).

“El nombre adventista del séptimo día es una reprensión permanente para el mundo protestante. En él se halla la línea de demarcación entre los que adoran a Dios y los que adoran la bestia y reciben su marca. El gran conflicto se desarrolla entre los mandamientos de Dios y los requisitos de la bestia. Debido a que los santos guardan todos los diez mandamientos, el dragón guerrea contra ellos” (Elena G. de White- Joyas de los testimonios tomo 1 pág. 80-81).

“La ley de Dios no se conformará con nada que no sea la perfección, una obediencia perfecta y completa a todos sus requerimientos. De nada valdrá cumplirlos a medias, y no prestar una obediencia perfecta y cabal” (Joyas de los testimonios tomo 1 pág. 165).

“Cristo vino a revelar a los mundos no caídos, a los ángeles y a la raza humana, que en la ley de Dios no hay restricción que no podamos obedecer. Vino a representar a Dios en la humanidad. Cumplió cada uno de los requerimientos que se nos pide obedecer” (Elena G. de White- El Cristo triunfante pág. 197).

“Pero Dios requiere obediencia a todos sus mandamientos. La única manera mediante la cual los hombres pueden llegar a ser felices, es obedeciendo a los preceptos del reino de Dios” (Elena G. de White- Nuestra elevada vocación pág. 26).

“Sólo podremos vencer en la forma como Cristo lo hizo: Al obedecer de todo corazón cada mandamiento de Dios. La verdadera religión consiste en obedecer todos los mandamientos de Dios” (Elena G. de White- Cada día con Dios pág. 320).

“La iglesia de Cristo es el instrumento de Dios para la proclamación de la verdad. Está autorizada por él para efectuar una labor especial, y si es fiel a Dios y obediente a todos sus mandamientos, morará en ella la excelencia del poder divino. Si honra al Señor Dios de Israel ningún poder podrá oponérsele. Si mantiene su fidelidad, las fuerzas del enemigo ya no podrán subyugarla más de lo que puede la paja resistir al remolino de viento” (Elena G. de White- Dios nos cuida pág. 305).

“Ni siquiera la integridad y la fidelidad de Moisés pudieron evitarle la retribución que merecía su culpa. Dios había perdonado al pueblo transgresiones mayores; pero no podía tratar el pecado de los caudillos como el de los acaudillados. Había honrado a Moisés por sobre todos los hombres de la tierra. Le había revelado su gloria, y por su intermedio había comunicado sus estatutos a Israel. El hecho de que Moisés había gozado de grandes luces y conocimientos, agravaba tanto más su pecado. La fidelidad de tiempos pasados no expiará una sola mala acción. Cuanto mayores sean las luces y los privilegios otorgados al hombre, tanto mayor será su responsabilidad, tanto más graves sus fracasos y faltas, y tanto mayor su castigo” (Elena G. de White- PP 445).

“El apóstol Pablo presenta claramente la relación que existe entre la fe y la ley bajo el nuevo pacto. Dice: “Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.” “¿Luego deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera; antes establecemos la ley.” “Porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne (no podía justificar al hombre, porque éste en su naturaleza pecaminosa no podía guardar la ley), Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para

que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al espíritu - Romanos 5:1; 3:31; 8:3, 4” (Elena G. de White- PP 389-390).

“Aquel en quien mora Cristo tiene dentro de sí una fuente eterna de gracia y fortaleza. Jesús alegra la vida y alumbra el sendero de todos aquellos que le buscan de todo corazón. Su amor, recibido en el corazón, se manifestará en buenas obras para la vida eterna. Y no sólo bendice al alma de la cual brota, sino que la corriente viva fluirá en palabras y acciones justas, para refrescar a los sedientos que la rodean” (Elena G. de White- PP 438).

“La misma ley que fue grabada en tablas de piedra es escrita por el Espíritu Santo sobre las tablas del corazón. En vez de tratar de establecer nuestra propia justicia, aceptamos la justicia de Cristo. Su sangre expía nuestros pecados. Su obediencia es aceptada en nuestro favor. Entonces el corazón renovado por el Espíritu Santo producirá los frutos del Espíritu. Mediante la gracia de Cristo viviremos obedeciendo a la ley de Dios escrita en nuestro corazón. Al poseer el Espíritu de Cristo, andaremos como él anduvo. Por medio del profeta, Cristo declaró respecto a sí mismo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado; y tu ley está en medio de mis entrañas.” Salmos 40:8. Y cuando vivió entre los hombres, dijo: “No me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre - Juan 8:29” (Elena de White - PP 389).

“Aunque este pacto fue hecho con Adán, y más tarde se le renovó a Abrahán, no pudo ratificarse sino hasta la muerte de Cristo. Existió en virtud de la promesa de Dios desde que se indicó por primera vez la posibilidad de redención. Fue aceptado por fe: no obstante, cuando Cristo lo ratificó fue llamado el pacto nuevo. La ley de Dios fue la base de este pacto, que era sencillamente un arreglo para restituir al hombre a la armonía con la voluntad divina, colocándolo en situación de poder obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White- PP 387).

“Le dio el rito de la circuncisión, como señal de que quienes lo recibían eran dedicados al servicio de Dios, y prometían permanecer separados de la idolatría y obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White- PP 378).

“Dios les había dado el privilegio y el deber de entrar en la tierra en el tiempo que les señalara; pero debido a su negligencia voluntaria, se les había retirado ese permiso. Satanás había logrado su objeto de impedirles la entrada a Canaán; y ahora los incitaba a que, contrariando la prohibición divina, hicieran precisamente aquello que habían rehusado hacer cuando Dios se lo había mandado. En esa forma, el gran engañador logró la victoria al incitarlos por segunda vez a la rebelión. Habían desconfiado de que el poder de Dios acompañara sus esfuerzos por obtener la posesión de Canaán; pero ahora confiaron excesivamente en sus propias fuerzas y quisieron realizar la obra sin la ayuda divina. “Pecado hemos contra Jehová— gritaron; — nosotros subiremos y peharemos, conforme a todo lo que Jehová nuestro Dios nos ha mandado.” Deuteronomio 1:41. ¡Cuán terriblemente enceguecidos los había dejado su transgresión! Jamás les había mandado el Señor que subieran y pelearan. No quería él que obtuvieran posesión de la tierra por la guerra, sino mediante la obediencia estricta a sus mandamientos” (Elena G. de White- PP 413-414).

(Los israelitas piden carne) “Dios sacó a los israelitas de Egipto para establecerlos en la tierra de Canaán, como un pueblo puro, santo y feliz. En el logro de este propósito les hizo pasar por un curso de disciplina, tanto para su propio bien como para el de su posteridad. Si hubieran querido dominar su apetito en obediencia a las sabias restricciones de Dios, no se habría conocido debilidad ni enfermedad entre ellos; sus descendientes habrían poseído fuerza física y espiritual.

Habrían tenido percepciones claras y precisas de la verdad y del deber, discernimiento agudo y sano juicio. Pero no quisieron someterse a las restricciones y a los mandamientos de Dios, y esto les impidió, en gran parte, llegar a la alta norma que él deseaba que ellos alcanzasen, y recibir las bendiciones que él estaba dispuesto a concederles” (Elena G. de White- PP 396-397).

“Nadie se engañe a sí mismo con la creencia de que una parte de los mandamientos de Dios no es esencial, o que él aceptará un sustituto en reemplazo de lo que él ha ordenado. El profeta Jeremías dijo: “¿Quién será aquel que diga, que vino algo que el Señor no mandó?” Lamentaciones 3:37. Dios no ha puesto ningún mandamiento en su Palabra que los hombres puedan obedecer o desobedecer a voluntad sin sufrir las consecuencias. Si el hombre elige cualquier otro camino que no sea el de la estricta obediencia, encontrará que “su fin son caminos de muerte - Proverbios 14:12” (Elena G. de White- PP 375).

“Cada mañana y cada tarde, se ofrecía, sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo. Dios les indicó expresamente que toda ofrenda presentada para el servicio del santuario debía ser “sin defecto.” Éxodo 12:5. Los sacerdotes debían examinar todos los animales que se traían como sacrificio, y rechazar los defectuosos. Sólo una ofrenda “sin defecto” podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como “cordero sin mancha y sin contaminación - 1 Pedro 1:19.

El apóstol Pablo señala estos sacrificios como una ilustración de lo que los seguidores de Cristo han de llegar a ser. Dice: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto.” Romanos 12:1. Hemos de entregarnos al servicio de Dios, y debiéramos tratar de hacer esta ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios no quedará satisfecho sino con lo mejor que podamos ofrecerle. Los que le aman de todo corazón, desearán darle el mejor servicio de su vida, y constantemente tratarán de poner todas las facultades de su ser en perfecta armonía con las leyes que nos habilitan para hacer la voluntad de Dios” (Elena G. de White- PP 365).

“Dios libró a Israel mediante extraordinarias manifestaciones de su potencia, y con juicios sobre todos los dioses de Egipto. “Y sacó a su pueblo con gozo; con júbilo a sus escogidos. Y dioles las tierras de las gentes; y las labores de las naciones heredaron: para que guardasen sus estatutos, y observasen sus leyes - Salmos 105:43-45” (Elena G. de White- PP 346).

“Moisés tenía mucho que comunicarles; y compadecido del temor del pueblo, se puso un velo sobre el rostro, y desde entonces continuó haciéndolo cada vez que volvía al campamento después de estar en comunión con Dios.

Mediante este resplandor, Dios trató de hacer comprender a Israel el carácter santo y exaltado de su ley, y la gloria del Evangelio revelado mediante Cristo. Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le dio, no sólo las tablas de la ley, sino también el plan de la salvación. Vio que todos los símbolos y tipos de la época judaica prefiguraban el sacrificio de Cristo; y era tanto la luz celestial que brota del Calvario como la gloria de la ley de Dios, lo que hacía fulgurar el rostro de Moisés. Aquella divina iluminación era un símbolo de la gloria del pacto del cual Moisés era el mediador visible, el representante del único Intercesor verdadero. La gloria reflejada en el semblante de Moisés representa las bendiciones que, por medio de Cristo, ha de recibir el pueblo que observa los mandamientos de Dios. Atestigua que cuanto más estrecha sea nuestra comunión con Dios, y cuanto más claro sea nuestro conocimiento de sus requerimientos, tanto más plenamente seremos transfigurados a su imagen, y tanto más pronto llegaremos a ser participantes de la naturaleza divina.

Moisés fue un símbolo de Cristo. Como intercesor de Israel, veló su rostro, porque el pueblo no soportaba la visión de su gloria; asimismo Cristo, el divino Mediador, veló su divinidad con la humanidad cuando vino a la tierra. Si hubiera venido revestido del resplandor del cielo, no hubiera hallado acceso a los corazones de los hombres, debido al estado pecaminoso de éstos. No habrían podido soportar la gloria de su presencia. Por lo tanto, se humilló a sí mismo, tomando la "semejanza de carne de pecado" (Romanos 8:3), para poder alcanzar y elevar a la raza caída" (Elena G. de White- PP 341-342).

"Mediante su obediencia el pueblo debía evidenciar su fe. Asimismo todo aquel que espera ser salvo por los méritos de la sangre de Cristo debe comprender que él mismo tiene algo que hacer para asegurar su salvación. Sólo Cristo puede redimirnos de la pena de la transgresión, pero nosotros debemos volvernos del pecado a la obediencia. El hombre ha de salvarse por la fe, no por las obras; sin embargo, su fe debe manifestarse por sus obras. Dios dio a su Hijo para que muriera en propiciación por el pecado; ha manifestado la luz de la verdad, el camino de la vida; ha dado facilidades, ordenanzas y privilegios; y el hombre debe cooperar con estos agentes de la salvación; ha de apreciar y usar la ayuda que Dios ha provisto; debe creer y obedecer todos los requerimientos divinos" (Elena G. de White- PP 283-284).

"Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone, sea alabado el nombre de Jehová." "En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre." "Y Jehová será Rey sobre toda la tierra." La Sagrada Escritura dice: "Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos." "Fieles son todos sus mandamientos; afirmados por siglo de siglo." Los sagrados estatutos que Satanás ha odiado y ha tratado de destruir, serán honrados en todo el universo inmaculado. Y "como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su simiente, así el Señor Jehová hará brotar justicia y alabanza delante de todas las gentes - Salmos 113:3; Zacarías 14:9; Salmos 119:89; 111:7, 8; Isaías 61:11" (Elena G. de White- PP 355-356).

"Entonces os tornaréis, y echaréis de ver la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve." "Oídmeme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley." "He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento... nunca más lo beberás." "Yo, yo soy vuestro consolador." "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti - Malaquías 3:18; Isaías 51:7, 22, 12; 54:10" (Elena G. de White- PP 355).

"Pero en medio de la tempestad de los castigos divinos, los hijos de Dios no tendrán ningún motivo para temer. "Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel." El día que traerá terror y destrucción para los transgresores de la ley de Dios, para los obedientes significará "gozo inefable y glorificado." "Juntadme mis santos—dirá el Señor;—los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y denunciarán los cielos su justicia; porque Dios es el juez - Joel 3:16; 1 Pedro 1:8; Salmos 50:5, 6" (Elena G. de White- PP 354-355).

"Cuando Moisés regresó de su encuentro con la divina presencia en el monte, donde había recibido las tablas del testimonio, el culpable Israel no pudo soportar la luz que glorificaba su semblante.

¡Cuánto menos podrán los transgresores mirar al Hijo de Dios cuando aparezca en la gloria de su Padre, rodeado de todas las huestes celestiales, para ejecutar el juicio sobre los transgresores de su ley y sobre los que rechazan su sacrificio expiatorio! Los que menospreciaron la ley de Dios y pisotearon bajo sus pies la sangre de Cristo..." (Elena G. de White- PP 353-354).

“Desde el principio de la gran controversia, se propuso Satanás desfigurar el carácter de Dios, y despertar rebelión contra su ley; y esta obra parece coronada de éxito. Las multitudes prestan atención a los engaños de Satanás y se vuelven contra Dios. Pero en medio de la obra del mal, los propósitos de Dios progresan con firmeza hacia su realización. El manifiesta su justicia y benevolencia hacia todos los seres inteligentes creados por él. A causa de las tentaciones de Satanás, todos los miembros de la raza humana se han convertido en transgresores de la ley divina; pero en virtud del sacrificio de su Hijo se abre un camino por el cual pueden regresar a Dios. Por medio de la gracia de Cristo pueden llegar a ser capaces de obedecer la ley del Padre. Así en todos los tiempos, de entre la apostasía y la rebelión Dios saca a un pueblo que le es fiel, un pueblo “en cuyo corazón está” su “ley - Isaías 51:7” (Elena G. de White- PP 351).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo,—y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley.

Muchos son los que, aunque se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios, tienen poca paz y alegría. Esa falta en su experiencia es el resultado de no ejercer fe. Caminan como si estuvieran en una tierra salitrosa, o en un desierto reseco. Demandan poco, cuando podrían pedir mucho, por cuanto no tienen límite las promesas de Dios. Los tales no representan correctamente la santificación que viene mediante la obediencia a la verdad. El Señor desea que todos sus hijos sean felices, llenos de paz y obedientes. Mediante el ejercicio de la fe el creyente llega a poseer esas bendiciones. Mediante ella puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada” (Elena G. de White- HAP 450).

“Exacta obediencia es requerida, y aquellos que dicen que no es posible vivir una vida perfecta lanzan contra Dios la imputación de injusticia y de falsedad” (Elena G. de White- RH VI 519).

“El Señor no requiere menos del alma ahora que lo que requirió de Adán en el paraíso antes de la caída: perfecta obediencia, justicia impecable. Lo que Dios requiere bajo el pacto de la gracia es tan amplio como lo que requirió en el paraíso. Armonía con su ley que es santa y justa y buena. El evangelio no debilita las demandas de la ley. Exalta la ley y la hace honorable. En el nuevo testamento no se requiere menos de lo que se requería en el antiguo testamento” (Elena G. de White- MS tomo 1 439).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o en acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída” (Elena G. de White- Dios Nos Cuida 19).

“Desde la caída de Adán, los hombres en todas las edades se han excusado por pecar, cargando a Dios con sus pecados, diciendo que no pueden guardar Sus mandamientos. Esta es la insinuación que Satanás le arrojó a Dios en el cielo. Pero el pretexto, “no puedo guardar los mandamientos”, nunca debiera ser presentado a Dios; porque delante de Él está el Salvador, con las marcas de la crucifixión sobre su cuerpo, un testigo viviente de que la ley puede ser guardada. No es que los

hombres no puedan guardar la ley, sino que no quieren” (Elena G. de White- Review and Herald Mayo 28, 1901, Art. A, par. 8).

“Cristo fue afligido, insultado y escarnecido; la tentación lo asaltaba por todos lados, y sin embargo no pecó, antes prestó a Dios una obediencia perfecta enteramente satisfactoria. Así quitó para siempre toda apariencia de excusa para desobedecer. Vino a mostrar al hombre cómo obedecer, cómo guardar todos los mandamientos. Se asió del poder divino, y esta es la única esperanza del pecador. Dio su vida para que el hombre pudiera participar de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia” (Elena G. de White- Mensaje para los Jóvenes115).

“Jesús fue tentado en todos los aspectos como nosotros somos tentados. De ese modo sabría cómo socorrer a los que iban a ser tentados. Su vida es nuestro ejemplo. Con su obediencia siempre dispuesta nos muestra que el hombre puede guardar la ley de Dios y que la transgresión de la ley, no su obediencia, lo lleva a la esclavitud” (Elena G. de White- Testimonios para la Iglesia, tomo 4 290).

“Nosotros, pobres mortales, que deseamos alcanzar el cielo, debemos vencer como Cristo venció. Debemos asimilarnos a su imagen; nuestros caracteres deben ser sin mancha” (Elena G. de White- Testimonios para la Iglesia Tomo 4 41).

“Nosotros podemos vencer completamente. Jesús murió para hacer un camino de escape para nosotros, para que a través de constantes oraciones por Su gracia, nosotros podamos vencer cada tentación, cada sutil artimaña del adversario, y al final sentarse con Él en Su reino” (Elena G. de White- 2ST74).

“Al que venciere, le otorgaré sentarse en mi trono, así como Yo también vencí, y me senté con mi Padre en Su trono”. Nosotros podemos vencer. Si; totalmente, completamente. Jesús murió para hacer un camino de escape para nosotros, para que podamos vencer cada falta, resistir cada tentación, y sentarse finalmente con Él en Su trono” (Elena G. de White- 1RH363).

“Dios le ha dado Su santa ley al hombre como medida de Su carácter. A través de esta ley podemos ver y vencer todo defecto en nuestro carácter” (Elena G. de White- 5RH333).

“Obediencia a Dios es libertad de la servidumbre del pecado, liberación de la pasión e impulso humano. El hombre puede permanecer vencedor de sí mismo, vencedor de los principados y poderes, y de los “gobernadores de las tinieblas de este mundo”, y de las “debilidades espirituales en los lugares celestiales” (Elena G. de White- 5RH477).

“Levantémonos en fe, y alleguémonos a Jesús. Regocijémonos en Su amor. Podemos obtener las más preciosas victorias. Existe ayuda para nosotros en Dios. Aferrémonos de las promesas, y miremos al Calvario. Jesús murió para salvarnos del pecado; entonces paremos de pecar, y abramos el corazón totalmente para que Él pueda entrar y habitar con nosotros. La belleza del carácter de Cristo, debe ser vista en Sus seguidores” (Elena G. de White- 2ST:230).

“Satanás adapta sus tentaciones a nuestras circunstancias. En cada tentación él presentará algún soborno, algún bien aparente a ser ganado. Pero en el nombre de Cristo podemos tener una completa victoria en resistir sus artimañas” (Elena G. de White- 1RH 159).

“En todas partes hay lo suficiente como para desanimarnos, pero debemos mirar al Autor y Consumador de nuestra fe, y contemplando Su amabilidad y pureza, podemos ser transformados en la misma imagen. Puedes alegrar tu alma en Su amor; puedes saber que estás obteniendo la victoria cada día; puedes regocijarte en el Señor” (Elena G. de White- 2RH 418).

“La muerte de Abel fue el primer ejemplo de la enemistad que Dios predijo que existiría entre la serpiente y la simiente de la mujer; entre Satanás y sus súbditos, y Cristo y sus seguidores. Mediante el pecado del hombre, Satanás había obtenido el dominio de la raza humana, pero Cristo habilitaría al hombre para librarse de su yugo.

Siempre que por la fe en el Cordero de Dios, un alma renuncie a servir al pecado, se enciende la ira de Satanás. La vida santa de Abel desmentía el aserto de Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios” (Elena G. de White- PP 62-63).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplo santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White- PP 76-78).

“Abrahán creyó a Dios, y le fue imputado a justicia, y fue llamado amigo de Dios.” Santiago 2:23. San Pablo dice: “Los que son de fe, los tales son hijos de Abraham.” Gálatas 3:7. Pero la fe de Abrahán se manifestó por sus obras. “¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fue perfecta por las obras?” Santiago 2:21, 22...

Son muchos los que no comprenden la relación que existe entre la fe y las obras. Dicen: “Cree solamente en Cristo, y estarás seguro. No tienes necesidad de guardar la ley.” Pero la verdadera fe se manifiesta mediante la obediencia. Cristo dijo a los judíos incrédulos: “Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais.” Juan 8:39. Y tocante al padre de los fieles el Señor declara: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes.” Génesis 26:5. El apóstol Santiago dice: “La fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma.” Santiago 2:17. Y Juan, que habla tan minuciosamente acerca del amor, nos dice: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son penosos - 1 Juan 5:3” (Elena G. de White- PP 149-150).

“El apóstol Pablo escribió: “Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. La santificación de la iglesia es el propósito de Dios en todo su trato con su pueblo. Lo escogió desde la eternidad, para que fuese santo. Dio a su Hijo para que muriese por él, a fin de que fuese santificado por medio de la obediencia a la verdad, despojándose de todas las pequeñeces del yo. Requiere de él una obra personal, una entrega individual. Dios puede ser honrado por los que profesan creer en él únicamente cuando se asemejan a su imagen y son dirigidos por su Espíritu. Entonces, como testigos del Salvador, pueden dar a conocer lo que ha hecho la gracia divina por ellos” (Elena G. de White- HAP 446-447).

“La doctrina de que los hombres no están obligados a obedecer los mandamientos de Dios ha debilitado ya el sentimiento de la responsabilidad moral y ha abierto anchas las compuertas para que la iniquidad anegue el mundo. La licencia, la disipación y la corrupción nos invaden como ola abrumadora. Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera flota hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos. En ellos se ven la envidia, las sospechas, la hipocresía, la frialdad, la rivalidad, las disputas, las traiciones y el desenfreno de los apetitos. Todo el sistema de doctrinas y principios religiosos que deberían formar el fundamento y marco de la vida social, parece una mole tambaleante a punto de desmoronarse en ruinas. Los más viles criminales, echados en la cárcel por sus delitos, son a menudo objeto de atenciones y obsequios como si hubiesen llegado a un envidiable grado de distinción. Se da gran publicidad a las particularidades de su carácter y a sus crímenes. La prensa publica los detalles escandalosos del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, del robo y del asesinato, y Satanás se regocija del éxito de sus infernales designios. La infatuación del vicio, la criminalidad, el terrible incremento de la intemperancia y de la iniquidad, en toda forma y grado, deberían llamar la atención de todos los que temen a Dios para que vieran lo que podría hacerse para contener el desborde del mal” (Elena de White - CS 642-643).

## Capítulo 19

### COLECCIÓN DE CITAS DE LA BIBLIA Y DE ELENA G. DE WHITE

#### ¿ES POSIBLE OBEDECER?

##### ¿Es posible obedecer?

##### En la Biblia

“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey” (1Samuel 15:22-23).

“A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:31-32).

“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19).

“Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas” (1Pedro 1:2).

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1Pedro 1:22-23).

“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? <sup>18</sup>Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?” (1Pedro 4:17-18).

“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (Hebreos 5:7-10).

##### ¿Es posible obedecer?

##### En los escritos de Elena G. de White

"Dios con nosotros' es la seguridad de nuestra liberación del pecado, la garantía de nuestro poder para obedecer la ley del cielo" (Elena G. de White DTG 16).

“Se requiere obediencia perfecta, y aquellos que dicen que no es posible vivir un vida perfecta declaran a Dios injusto y mentiroso” (Elena G. de White - Manuscript 148, 1899).

“El Señor no requiere menos del alma ahora que lo que requirió de Adán en el paraíso antes de la caída: perfecta obediencia, justicia impecable. Lo que Dios requiere bajo el pacto de la gracia es tan amplio como lo que requirió en el paraíso. Armonía con su ley que es santa y justa y buena. El evangelio no debilita las demandas de la ley. Exalta la ley y la hace honorable. En el nuevo testamento no se requiere menos de lo que se requería en el antiguo testamento” (Elena G. de White - MS tomo 1 439).

“Entre los habitantes de la tierra, hay, dispersos en todo país, quienes no han doblado la rodilla ante Baal. Como las estrellas del cielo, que sólo se ven de noche, estos fieles brillarán cuando las tinieblas cubran la tierra y densa oscuridad los pueblos. En la pagana África, en las tierras católicas de Europa y Sudamérica, en la China, en la India, en las islas del mar y en todos los rincones oscuros de la tierra, Dios tiene en reserva un firmamento de escogidos que brillarán en medio de las tinieblas para demostrar claramente a un mundo apóstata el poder transformador que tiene la obediencia a su ley. Ahora mismo se están revelando en toda nación, entre toda lengua y pueblo; y en la hora de la más profunda apostasía, cuando se esté realizando el supremo esfuerzo de Satanás para que “todos,... pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos’ (Apocalipsis 13:16), reciban, so pena de muerte, la señal de lealtad a un falso día de reposo, estos fieles, ‘irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa’, resplandecerán ‘como luminas en el mundo’(Filipenses 2:15). Cuanto más oscura sea la noche, mayor será el esplendor con que brillarán” (Elena G. de White – PR 140, 141).

“Dios hizo al hombre recto; le dio nobles rasgos de carácter, sin inclinación hacia lo malo. Le dotó de elevadas cualidades intelectuales, y le presentó los más fuertes atractivos posibles para inducirle a ser constante en su lealtad. La obediencia, perfecta y perpetua, era la condición para la felicidad eterna. Cumpliendo esta condición, tendría acceso al árbol de la vida” (Elena G. de White - PP 30-31).

“El único que prometió a Adán la vida en la desobediencia fue el gran seductor. Y la declaración de la serpiente a Eva en Edén— “De seguro que no moriréis”—fué el primer sermón que haya sido jamás predicado sobre la inmortalidad del alma. Y sin embargo, esta misma declaración, fundada únicamente en la autoridad de Satanás, repercute desde los púlpitos de la cristiandad, y es recibida por la mayoría de los hombres con tanta prontitud como lo fué por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: “El alma que pecare, ésa morirá” (Ezequiel 18:20), se le da el sentido siguiente: El alma que pecare, ésa no morirá, sino que vivirá eternamente. No puede uno menos que extrañar la rara infatuación con que los hombres creen sin más ni más las palabras de Satanás y se muestran tan incrédulos a las palabras de Dios.

Si al hombre, después de su caída, se le hubiese permitido tener libre acceso al árbol de la vida, habría vivido para siempre, y así el pecado se habría immortalizado. Pero un querubín y una espada que arrojaba llamas guardaban “el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24), y a ningún miembro de la familia de Adán le ha sido permitido salvar esta raya y participar de esa fruta de la vida. Por consiguiente no hay ni un solo pecador inmortal. Pero después de la caída, Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para inculcar la creencia de la inmortalidad natural del hombre; y después de haber inducido a la gente a aceptar este error, debían llevarla a la conclusión de que el pecador viviría en penas eternas. Ahora el príncipe de las tinieblas, obrando por conducto de sus agentes, representa a Dios como un tirano vengativo, y declara que arroja al

infierno a todos aquellos que no le agradan, que les hace sentir eternamente los efectos de su ira, y que mientras ellos sufren tormentos indecibles y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira satisfecho. Así es como el gran enemigo reviste con sus propios atributos al Creador y Bienhechor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor, y todo lo que él creó era puro, santo, y amable, hasta que el pecado fue introducido por el primer gran rebelde. Satanás El misterio de la inmortalidad mismo es el enemigo que tienta al hombre y lo destruye luego si puede; y cuando se ha adueñado de su víctima se alaba de la ruina que ha causado. Si ello le fuese permitido prendería a toda la raza humana en sus redes. Si no fuese por la intervención del poder divino, ni hijo ni hija de Adán escaparían” (Elena G. de White - CS 587-589).

"Cristo, el segundo Adán, vino en semejanza de carne de pecado. En favor del hombre se sujetó al dolor, al cansancio, al hambre, a la sed. Estaba sujeto a la tentación, pero no se rindió al pecado. Ninguna mancha de pecado estaba sobre él. Declaró: 'He guardado los mandamientos de mi Padre [en mi vida terrenal]' (Juan 15:10). Él tenía poder infinito solamente porque era perfectamente obediente a la voluntad de su Padre. El segundo Adán soportó la prueba y la tentación para llegar a ser el dueño de toda la humanidad" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 3, p. 161).

“Las ofrendas simbólicas señalaban a Cristo, y cuando se hizo el sacrificio perfecto, las ofrendas por los sacrificios ya no eran más aceptables para Dios. El tipo se encontró con el antitipo en la muerte del unigénito Hijo de Dios. Vino para poner en claro el carácter inmutable de la ley de Dios, para declarar que la obediencia y la transgresión nunca serán premiadas por Dios con la vida eterna. Vino como hombre a la humanidad, para que ésta pudiera tocar la humanidad. Pero en ningún caso vino para disminuir la obligación de los mortales de ser perfectamente obedientes. No destruyó la validez de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cumplió lo que había sido predicho por Dios mismo. Vino, no para liberar a los seres humanos de los requerimientos de la ley, sino para abrir un camino por medio del cual pudieran obedecer esa ley y enseñar a otros a hacer lo mismo” (Elena G. de White - Manuscript Releases, 292, 293 – Ser semejante a Jesús 10 de diciembre).

“Cristo vino para dar un ejemplo de perfecta conformidad con la ley de Dios, tal como se requiere de todos, desde Adán, el primer hombre, hasta la última persona que viva en la tierra. Declaró que su misión no consistía en destruir la ley sino en cumplirla mediante una perfecta y cabal obediencia” (Elena G. de White - SSJ 351.3).

“Haz esto, y vivirás,” dijo Jesús. Presentó la ley como una unidad divina, enseñando así que es imposible guardar un precepto y quebrantar otro; porque el mismo principio corre por todos ellos. El destino del hombre será determinado por su obediencia a toda la ley. El amor supremo a Dios y el amor imparcial al hombre son los principios que deben practicarse en la vida” (Elena G. de White - DTG 461.1).

“Pablo había exaltado siempre la ley divina. Había mostrado que en la ley no hay poder para salvar a los hombres del castigo de la desobediencia. Los que han obrado mal deben arrepentirse de sus pecados y humillarse ante Dios, cuya justa ira han provocado al violar su ley; y deben también ejercer fe en la sangre de Cristo como único medio de perdón. El Hijo de Dios había muerto en sacrificio por ellos, y ascendido al cielo para ser su abogado ante el Padre. Por el arrepentimiento y la fe, ellos podían librarse de la condenación del pecado y, por la gracia de Cristo, obedecer la ley de Dios” (Elena G. de White - HAP 315).

“Mediante el orgullo de la sabiduría humana, el desprecio hacia la influencia del Espíritu Santo y la aversión a las verdades de la Palabra de Dios, muchos que profesan ser cristianos, y que se sienten competentes para enseñar a otros, serán inducidos a abandonar los requerimientos de Dios. Pablo declaró a Timoteo: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comecón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán la verdad del oído, y se volverán a las fábulas.”

El apóstol no se refiere aquí a la oposición de los abiertamente irreligiosos, sino a los profesos cristianos que han hecho de sus tendencias su guía y que así han sido esclavizados por el yo. Los tales están deseosos de oír solamente las doctrinas que no reprenden sus pecados o condenan su placentero curso de acción. Se ofenden por las sencillas palabras de los fieles siervos de Cristo, y escogen a los maestros que los alaban y lisonjean. Y entre los profesos ministros de Cristo están los que predicán las opiniones de los hombres, en vez de la Palabra de Dios. Infieles a su cometido, desvían a los que buscan en ellos la dirección espiritual.

En los preceptos de su santa ley, Dios ha dado una perfecta norma de vida; y ha declarado que hasta el fin del tiempo esa ley, sin sufrir cambio en una sola jota o tilde, mantendrá sus demandas sobre los seres humanos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable. Mostró que está basada sobre el anchuroso fundamento del amor a Dios y a los hombres, y que la obediencia a sus preceptos comprende todos los deberes del hombre. En su propia vida, Cristo dio un ejemplo de obediencia a la ley de Dios. En el sermón del monte mostró cómo sus requerimientos se extienden más allá de sus acciones externas y abarca los pensamientos e intentos del corazón.

La ley, obedecida, guía a los hombres a renunciar “a la impiedad y a los deseos mundanos” y a vivir “en este siglo templada, y justa, y píamente.” Tito 2:12. Pero el enemigo de toda justicia ha cautivado al mundo y ha arrastrado a la humanidad a desobedecerla. Como Pablo lo anticipó, multitudes han abandonado las claras y penetrantes verdades de la Palabra de Dios, y se han elegido maestros que les presentan las fábulas que ellos desean. Entre nuestros ministros y creyentes hay muchos que están hollando bajo sus pies los mandamientos de Dios. Así es insultado el Creador del mundo, y Satanás se ríe triunfalmente al ver el éxito que obtienen sus estratagemas.

Con el desprecio creciente hacia la ley de Dios, existe una marcada aversión a la religión, un aumento de orgullo, amor a los placeres, desobediencia a los padres e indulgencia propia; y dondequiera se preguntan ansiosamente los pensadores: ¿Qué puede hacerse para corregir esos males alarmantes? La respuesta la hallamos en la exhortación de Pablo a Timoteo: “Predica la Palabra.” En la Biblia encontramos los únicos principios seguros de acción. Es la transcripción de la voluntad de Dios, la expresión de la sabiduría divina. Abre a la comprensión de los hombres los grandes problemas de la vida; y para todo el que tiene en cuenta sus preceptos, resultará un guía infalible que le guardará de consumir su vida en esfuerzos mal dirigidos. Dios ha hecho conocer su voluntad, y es insensato para el hombre poner en tela de juicio lo que han proferido sus labios. Después que la Infinita Sabiduría habló, no puede existir una sola cuestión en duda que el hombre haya de aclarar, ninguna posibilidad de vacilar que corregir. Todo lo que el Señor requiere de él es un sincero y fervoroso acatamiento de su expresa voluntad. La obediencia es el mayor dictado de la razón, tanto como de la conciencia” (Elena G. de White - HAP 402-403).

“Pero ahora, con su propia voz familiar, Jesús le dijo: “¡María!” Entonces supo que no era un extraño el que se dirigía a ella y, volviéndose, vió delante de sí al Cristo vivo. En su gozo, se olvidó que había sido crucificado. Precipitándose hacia él, como para abrazar sus pies, dijo: “¡Rabboni!” Pero Cristo alzó la mano diciendo: No me detengas; “porque aun no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” Y María se fué a los discípulos con el gozoso mensaje.

Jesús se negó a recibir el homenaje de los suyos hasta tener la seguridad de que su sacrificio era aceptado por el Padre. Ascendió a los arios celestiales, y de Dios mismo oyó la seguridad de que su expiación por los pecados de los hombres había sido amplia, de que por su sangre todos podían obtener vida eterna. El Padre ratificó el pacto hecho con Cristo, de que recibiría a los hombres arrepentidos y obedientes y los amaría como a su Hijo. Cristo había de completar su obra y cumplir su promesa de hacer "más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ophir al hombre." En cielo y tierra toda potestad era dada al Príncipe de la vida, y él volvía a sus seguidores en un mundo de pecado para darles su poder y gloria" (Elena G. de White - DTG 734-735).

"El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para llegar hasta el pecador y salvarlo en sus pecados. Dios pide obediencia de todos sus súbditos, obediencia completa a todos sus mandamientos. Ahora, como siempre, demanda perfecta justicia como el único título para el cielo. Cristo es nuestra esperanza y nuestro refugio. Su justicia solo es atribuida al que obedece" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1072).

"El plan de redención no es solo una forma de escapar del castigo de la transgresión, sino que, por medio de ese plan, el pecador recibe el perdón de sus pecados y finalmente será recibido en el cielo; pero no como un delincuente que es perdonado y dejado en libertad y que sin embargo es objeto de desconfianza y no se le brinda amistad ni se le tiene fe, sino que se le da la bienvenida como a un hijo y se le da de nuevo la más plena confianza ... Si aceptamos esta salvación maravillosa por medio de la fe viva, nunca pereceremos como transgresores culpables de la ley santa, inmutable de Dios. Al creer en el Hijo, hemos de ser obedientes a todos los mandamientos del Padre, y tenemos vida por medio de Jesucristo. Pero muchos dejan de actuar en base a esta fe, y por lo tanto Dios es deshonrado... Pero el evangelio de las buenas nuevas no debe interpretarse como si permitiera que los hombres vivan en rebelión continua contra Dios al transgredir su ley justa y santa. ¿Por qué aquellos que dicen entender las Escrituras no pueden ver que el requisito de Dios bajo la gracia es el mismo que dio en el Edén: una obediencia perfecta a su ley? ... El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para encontrar al pecador y salvarlo en sus pecados. Dios requiere obediencia de todos sus sujetos, obediencia entera a todos sus mandamientos. Él demanda ahora como siempre una justicia perfecta como el único título al cielo. Cristo es nuestra esperanza y refugio. Su justicia solo se imputa al obediente. Aceptémoslo por la fe, que el Padre no encuentre pecado en nosotros. Pero aquellos que han pisoteado la santa ley no tendrán derecho a reclamar esa justicia.

¡Oh, que podamos ver la inmensidad del plan de salvación como hijos obedientes de todos los requisitos de Dios, creyendo que tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo, nuestro sacrificio expiatorio!" (Elena G. de White - Review and Herald, 21 de septiembre, 1886; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 962).

"El trabajo de Satanás es dejar la verdad de Dios sin efecto. Expulsado del cielo por su transgresión, su objetivo ha sido frustrar el propósito de Dios para el hombre. El busca hacer parecer que la ley es imperfecta, injusta, tiránica. El declara que es imposible para el hombre guardar la ley. Y con sus propias fuerzas el hombre no puede obedecer la ley. Sin El Salvador, el está sin esperanza. Cristo vio la indefensa condición de la raza humana, y el vino para redimirlos viviendo la vida de obediencia requerida por la ley, y pagando con su muerte la pena por la desobediencia. El vino para darnos el mensaje y los medios de liberación, una garantía de la salvación, no a través de la abrogación de la ley, sino a través de la obediencia hecha posible gracias a sus méritos" (Elena G. de White - Review and Herald 29 abril, 1902, art. A, p. 9 y 10).

"Cristo vino a esta tierra para enseñarle a la raza humana cómo obedecer a Dios... Para que no cometiéramos error, tomó nuestra naturaleza, y vivió en ella una vida de perfecta obediencia. Obedeció en humanidad, ennobleciendo y elevando a la humanidad por la obediencia. Vivió en obediencia a Dios, para que no solo por las palabras, sino por todas sus acciones, pudiera honrar la ley. Al hacer tal cosa, no solo declaró que debemos obedecer, sino que nos mostró cómo obedecer... La obediencia que Cristo rindió es exactamente la obediencia que Dios requiere de los seres humanos hoy" (Elena G. de White – Signs of the Times, 25 de enero, 1899).

"Cristo asumió la naturaleza humana para demostrarle al mundo caído, a Satanás y su sinagoga, al universo del cielo y a los mundos no caídos, que la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina, podía llegar a ser enteramente obediente a la ley de Dios; que sus seguidores, por su amor y unidad, darían evidencia de que el poder de redención es suficiente para permitir que el hombre venza" (Elena G. de White – Signs of the Times, 5 de noviembre, 1896).

"Debilitado por el pecado, no podemos por nosotros mismos guardar la ley de Dios. Pero Cristo vino a nuestro mundo para restaurar la imagen moral de Dios en los hombres, y para rescatarlos del camino de la desobediencia a un camino de obediencia. Su misión en el mundo era revelar el carácter de Dios al vivir la ley, que es el fundamento de su gobierno; y aquellos que lo acepten como su Salvador personal crecerán en gracia, y en su poder serán habilitados para obedecer la ley de Dios" (Elena G. de White – Signs of the Times, 11 de febrero, 1897).

"Satanás, el ángel poderoso que había sido expulsado del cielo, por mucho tiempo había reclamado el dominio sobre la tierra. Cristo vino a conquistar a este enemigo, para que a través de la gracia divina nosotros también podamos obtener la victoria sobre el enemigo de nuestras almas. A la cabeza de la humanidad, por una perfecta obediencia a los mandamientos de Dios, Cristo demostró al universo que el hombre podía resistir las tentaciones de Satanás... Para ser ciertamente un Salvador, le era necesario conocer el poder de la tentación, resistir cada dificultad que viene a los pobres y necesitados. Sufrió el cansancio y el hambre. Comprende cada inconveniencia que podamos enfrentar. Bajo toda circunstancia permaneció fiel a cada precepto de la ley de Dios, viviendo en nuestro lugar una vida perfecta. Desde la niñez hasta la madurez, resistió la prueba de la obediencia" (Elena G. de White – Signs of the Times, 14 de enero, 1903).

"Cristo vino al mundo a contrarrestar la falsedad de Satanás de que Dios había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Tomando la humanidad sobre sí, vino al mundo, y mediante una vida de obediencia mostró que Dios no había hecho una ley que los hombres no podían cumplir. Demostró que era perfectamente posible que los hombres obedezcan la ley. Los que aceptan a Cristo como su Salvador, participando de su naturaleza divina, pueden seguir su ejemplo, viviendo en obediencia a cada precepto de la ley. Mediante los méritos de Cristo, el hombre debe mostrar por su obediencia que será digno de confianza cuando esté en el cielo, que no se rebelará. Cristo poseyó la misma naturaleza del hombre. Fue tentado en todo tal como los hombres. El mismo poder que le ayudó a obedecer está a las órdenes del hombre" (Elena G. de White - Manuscrito 48, 1893 – A fin de conocerle 294-295).

"El gran Maestro vino a nuestro mundo, no solamente para expiar el pecado, sino para ser un maestro tanto por precepto como por ejemplo. Vino para mostrar al hombre cómo guardar la ley en la humanidad, de manera que no tuviera excusa por seguir su propio juicio defectuoso. Vemos la obediencia de Cristo, su vida sin pecado. Su obediencia de toda la vida es un reproche para la humanidad desobediente. La obediencia de Cristo no ha de ser puesta a un lado como si fuera algo

completamente diferente de la obediencia que él requiere de nosotros individualmente. Cristo nos ha mostrado que es posible que toda la humanidad obedezca las leyes de Dios" (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 152-153).

"Dios los llevó al Sinaí; manifestó allí su gloria; les dio la ley, con la promesa de grandes bendiciones siempre que obedecieran: "Ahora pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto,... vosotros seréis mi reino de sacerdotes, y gente santa." Éxodo 19:5, 6. Los israelitas no percibían la pecaminosidad de su propio corazón, y no comprendían que sin Cristo les era imposible guardar la ley de Dios; y con excesiva premura concertaron su pacto con Dios. Creyéndose capaces de ser justos por sí mismos, declararon: "Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos." Éxodo 24:7. Habían presenciado la grandiosa majestad de la proclamación de la ley, y habían temblado de terror ante el monte; y sin embargo, apenas unas pocas semanas después, quebrantaron su pacto con Dios al postrarse a adorar una imagen fundida. No podían esperar el favor de Dios por medio de un pacto que ya habían roto; y entonces viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, llegaron a sentir la necesidad del Salvador revelado en el pacto de Abrahán y simbolizado en los sacrificios. De manera que mediante la fe y el amor se vincularon con Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ya estaban capacitados para apreciar las bendiciones del nuevo pacto" (Elena G. de White - PP 388-389).

"El último mensaje de amonestación al mundo ha de hacer ver a los hombres la importancia que Dios concede a su ley. Tan claramente ha de ser presentada la verdad que ningún transgresor que la oiga tenga excusa por dejar de discernir la importancia de la obediencia a los mandamientos de Dios" (Elena G. de White - El evangelismo, pp. 168).

"La obra que el Señor nos ha dado en este tiempo es presentar a la gente la verdadera luz acerca de las cuestiones vitales de la obediencia y la salvación: los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, p. 194).

"El evangelio que debe ser predicado a todas las naciones, tribus, lenguas y a todos los pueblos, presenta la verdad en líneas claras que muestran que la obediencia es la condición para obtener la vida eterna. Cristo imparte su justicia a aquellos que le permiten que quite sus pecados. Tenemos con Cristo una deuda por la gracia que nos hace completos en él" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 983).

"Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad, abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán a ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para situarse del lado más fácil y de mayor popularidad. Hombres de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniados y acusarlos y para incitar a los magistrados contra ellos por medio de falsos informes e insinuaciones" (Elena G. de White – CS 666).

"Él (el pecador) ve en el plan de salvación que la muerte de Cristo es un argumento indiscutible respecto del carácter inmutable de la ley. La ley de Dios es tan inmutable como su autor; y debido

a que ningún precepto podía ser cambiado o alterado para encontrar al hombre en su condición caída, el Hijo de Dios tuvo que morir: el justo por el injusto. Él llevó el castigo de la desobediencia del hombre, para que el hombre pueda ser reinstaurado al favor de Dios, y por una vida de obediencia humilde pueda formar tal carácter que pueda contarse digno de un lugar en el reino de Dios" (Elena G. de White – Signs of the Times, 6 de julio, 1888).

"El arrepentimiento de aquellos que verdaderamente buscan el perdón los llevará a laborar por Cristo. Será una gracia viva, eficaz y transformadora. Aquellos que sienten este arrepentimiento lo revelarán en su vida. Cada facultad de la mente, el alma y el cuerpo será sometida a la obediencia a Cristo. La sinceridad de sus oraciones será demostrada por sus esfuerzos por servir a Dios. Este cambio de injusticia a justicia es logrado por la cooperación con Dios" (Elena G. de White – Signs of the Times, 1 de abril, 1897).

"Cristo no olvidó a Juan. En la prisión solitaria se manifestó a él, mostrándole que pronto él mismo sufriría una muerte de mucha vergüenza e ignominia. No solo eso, sino que habría de llevar la pena de la transgresión de la ley de Dios, no para darles a los hombres la libertad para continuar en el pecado, sino para quitarles su inclinación al pecado, para que no desearan transgredir. Aquellos que reciben a Cristo son obedientes a sus mandamientos, porque su mente les es dada a ellos. Él los imbuye con su espíritu de obediencia, y ellos retornan a su (condición de) lealtad" (Elena G. de White – The Youth's Instructor, 6 de abril, 1899).

"Cristo no habría venido a esta tierra si los mandamientos no hubieran sido quebrantados. No vino a salvarnos en nuestros pecados, sino de nuestros pecados. No hay felicidad genuina en la transgresión, sino en la obediencia. Nuestro mérito está en la sangre de Cristo. Pero los hombres creen que pueden transgredir y despreciar la cruz, y aun así entrar en la ciudad" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 3, p. 98).

"Jesús vino para traer un poder moral que se combina con el esfuerzo humano, y en ningún caso sus seguidores deben tomarse la libertad de perder de vista a Cristo, que es su ejemplo en todas las cosas. Él dijo: 'Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad' (Juan 17:19). Jesús presenta la verdad delante de sus hijos para que puedan contemplarla, y para que contemplándola puedan ser cambiados, siendo transformados por su gracia, de la transgresión a la obediencia, de la impureza a la pureza, del pecado a la santidad del corazón y a la rectitud de la vida" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 306,307).

"Cristo vino a la tierra tomando la humanidad y presentándose como representante del hombre para mostrar que, en el conflicto con Satanás, el hombre tal como Dios lo creó, unido con el Padre y el Hijo, podía obedecer todos los requerimientos divinos. Hablando por medio de su siervo, declara: 'Sus mandamientos no son gravosos' (1 Juan 5:3). Fue el pecado el que separó al hombre de su Dios, y es el pecado el que mantiene esa separación" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, p. 297).

"La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios. Entonces el Señor puede con confianza contarlos entre el número que compondrá la familia del cielo... Tienen derecho a unirse a la multitud que ha sido lavada con sangre" (Elena G. de White – PVGM 255-256).

"Por su vida sobre la tierra, él honró la ley de Dios. Por su muerte, la estableció. Él dio su vida como sacrificio, no para destruir la ley de Dios, no para crear una norma inferior, sino para que la justicia pudiera ser mantenida, para demostrar la inmutabilidad de la ley, para que permaneciera para siempre. Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios" (Elena G. de White – PVGM 255).

"La revelación del Sinaí solo podía impresionarlos con su necesidad e impotencia. Otra lección debía enseñar el tabernáculo mediante su servicio de sacrificios: La lección del perdón del pecado y el poder de obedecer para vida, a través del Salvador" (Elena G. de White – La educación, p. 36).

"En el don del amado Hijo de Dios, se ha dado una visión definida de su carácter a la raza que nunca se ausenta de su mente. Su corazón mismo ha sido manifestado en la ley real. Esa norma infinita es presentada a todos, para que no haya errores respecto del pueblo que Dios quiere como parte de su reino. Solo aquellos que son obedientes a todos sus mandamientos serán miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Estos serán honrados con una ciudadanía superior, una vida que se mide con la vida de Dios, una vida sin penas, dolor o muerte por las edades eternas" (Elena G. de White – Signs of the Times, 17 de noviembre, 1898).

"Eva creyó realmente las palabras de Satanás, pero esta creencia no la salvó de la pena del pecado. No creyó en las palabras de Dios, y esto la condujo a su caída. En el juicio final, los hombres no serán condenados porque creyeron concienzudamente una mentira, sino porque no creyeron la verdad, porque descuidaron la oportunidad de aprender la verdad. No obstante los sofismas con que Satanás trata de establecer lo contrario, siempre es desastroso desobedecer a Dios. Debemos aplicar nuestros corazones a buscar la verdad... Podemos estar seguros de que todo lo que contradiga la Palabra de Dios procede de Satanás" (Elena G. de White – PP 38).

"Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos. Imputa al Creador la caída de nuestros primeros padres, con toda la miseria que ha provocado, e induce a los hombres a considerar a Dios como autor del pecado, del sufrimiento y de la muerte. Jesús había de desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, había de dar un ejemplo de obediencia. Para esto tomó sobre sí nuestra naturaleza, y pasó por nuestras vicisitudes. "Por lo cual convenía que en todo fuese semejado a sus hermanos." Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, en este detalle Satanás representaría el poder de Dios como insuficiente para nosotros. Por lo tanto, Jesús fue "tentado en todo punto, así como nosotros." Soportó toda prueba a la cual estemos sujetos. Y no ejerció en favor suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente. Como hombre, hizo frente a la tentación, y venció en la fuerza que Dios le daba. El dice: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón." Mientras andaba haciendo bien y sanando a todos los afligidos de Satanás, demostró claramente a los hombres el carácter de la ley de Dios y la naturaleza de su servicio. Su vida testifica que para nosotros también es posible obedecer la ley de Dios" (Elena G. de White - DTG 15-16).

"Si se ha hecho a favor nuestro este sacrificio grande e infinito, preguntémosnos qué estamos haciendo. ¿Decimos, 'cree en Dios y eso es todo lo que tienes que hacer'? Es nuestro privilegio preguntarles a aquellos que nos dicen tal cosa, lo que hemos de creer. Las palabras de Satanás

siempre llevan a la desobediencia, pero la voz de Dios en este mundo conduce a una obediencia perfecta. Tenemos que tener la fe que obra por amor y purifica el alma de cada mancha de pecado. ¿Qué es el pecado? La única definición que se le da a usted en la Palabra de Dios es: 'El pecado es transgresión de la ley'. El apóstol dice: 'Donde no hay ley, no hay transgresión' (Elena G. de White – Review and Herald 27 de marzo 1888).

"Los propósitos del Señor para su pueblo han sido siempre los mismos. Desea prodigar a los hijos de los hombres las riquezas de una herencia eterna. Su reino es un reino eterno. Cuando los que eligieron llegar a ser súbditos obedientes del Altísimo estén finalmente salvados en el reino de gloria, se habrá cumplido el propósito de Dios para la humanidad" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1199).

"A menos que entendamos los términos de nuestra salvación, y estemos dispuestos a ser totalmente obedientes a la Palabra de Dios, nunca podremos ser admitidos a la ciudad de Dios. De esto ser posible, y aquellos que rehúsan cumplir con las condiciones de la salvación fueran admitidos al hogar de los redimidos, introducirían sus propias ideas no santificadas a la familia celestial y se crearía una segunda rebelión" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 10, p. 147).

"Cuando Satanás sea destruido, no quedará nadie más que tiene para hacer el mal; no se necesitará repetir más la expiación, y no habrá más peligro de que haya otra rebelión en el universo de Dios. Aquel que es el único que con eficacia puede reprimir el pecado en este mundo de oscuridad, evitará el pecado en el cielo. Los santos y los ángeles verán el significado de la muerte de Cristo. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. ¿No ensalzaremos, pues, la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues aun ellos no están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Los ángeles del cielo están protegidos contra la apostasía por medio de la eficacia de la cruz. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal de lo que estuvieron los ángeles antes de la caída de Satanás...

"Si los hombres contemplaran el amor de Cristo desplegado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y estarían limpios y salvados de pecado. Hay muchos que se perderán porque dependen de una religión legal, o el mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir una obediencia perfecta a la ley de Dios; y el cielo nunca será ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría en peligro a todo el cielo, y haría posible una segunda rebelión.

Los que serán salvos en el reino de Dios serán aquellos que han lavado sus mantos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo será perfeccionada en cada alma que acepta el don de su gracia, y aquellos que son perfeccionados por medio de su gracia, estarán delante de Dios iguales en posición, poder y pureza a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno... La atención de todos los habitantes de todos los mundos será dirigida a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se concentrará el ilimitado y eterno peso de gloria. La imaginación se cansa en su intento por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grande para ser plenamente captado por una comprensión finita" (Elena G. de White - Signs of the Times, 30 de diciembre, 1889; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

"La única esperanza de cualquier ser humano descansa en Cristo Jesús... Las vestimentas puras y santas no están preparadas para que alguien se las ponga después de haber entrado en la puerta de la ciudad. Todos los que entraren allí poseerán el manto de la justicia de Cristo, y sobre sus frentes se verá el nombre de Dios. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la sumisión de la mente a una obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios" (Elena G. de White - Sons and Daughters of God, p. 370; parcialmente en Hijos e hijas de Dios, p. 372).

"Uno de los rasgos notables en la presentación de los 144.000 es que 'en sus bocas no fue hallada mentira'... Aparecen delante de nosotros como estando en pie sobre el monte Sión, ceñidos para el servicio santo, vestidos de un blanco manto de lino, que es la justicia de los santos. Pero todos los que sigan al Cordero en el cielo lo habrán seguido antes en la tierra, con una obediencia confiada, amante y dispuesta; lo siguieron no en forma displicente y caprichosa, sino con toda confianza, lealmente, como el rebaño sigue al pastor" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 485).

"El amor se expresa en la obediencia, y el amor perfecto echa fuera el temor. Los que aman a Dios, tienen el sello de Dios en la frente, y obran las obras de Dios" (Elena G. de White - Eventos de los últimos días, p. 225).

"Todos los que entren tendrán el manto de la justicia de Jesucristo, y el nombre de Dios será visto en sus frentes. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la cesión de la mente a la obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios. No habrá en de pecados y faltas, que oculte la deformidad del carácter; no habrá ropa medio lavada; por el contrario, todos serán puros y sin mancha" (Elena G. de White - The Youth's Instructor, 18 de agosto, 1886).

"La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Esta es la voluntad de Dios, es a saber, vuestra santificación." Y ruega así: "El mismo Dios de paz os santifique del todo." 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23 (VM). La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos: "Santifícalos con la verdad: tu Palabra es la verdad." Juan 17:17, 19 (VM). Y San Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo. Romanos 15:16. ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo a sus discípulos: "Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda la verdad." Juan 16:13 (VM). Y el salmista dice: "Tu ley es la verdad." Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es santa, justa y buena, un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia a esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. El dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan." Juan 15:10; 8:29 (VM). Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes a él, es decir, adquirir por la gracia de Dios un carácter conforme a los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación" (Elena G. de White - CS 522-523).

"La ley de Dios es tan santa como él mismo. Es la revelación de su voluntad, el reflejo de su carácter, y la expresión de su amor y sabiduría. La armonía de la creación depende del perfecto acuerdo de todos los seres y las cosas, animadas e inanimadas, con la ley del Creador. No sólo ha dispuesto Dios leyes para el gobierno de los seres vivientes, sino también para todas las operaciones de la naturaleza. Todo obedece a leyes fijas, que no pueden eludirse. Pero mientras

que en la naturaleza todo está gobernado por leyes naturales, solamente el hombre, entre todos los moradores de la tierra, está sujeto a la ley moral. Al hombre, obra maestra de la creación, Dios le dio la facultad de comprender sus requerimientos, para que reconociese la justicia y la benevolencia de su ley y su sagrado derecho sobre él; y del hombre se exige una respuesta obediente" (Elena G. de White - PP 34-35).

"Cristo no libera al pecador de su obligación de guardar la ley. Por su muerte, Cristo hace posible que podamos guardar la ley. El pecador está bajo obligación a la ley. Aunque Cristo murió en el lugar del pecador, este es responsable de toda la penalidad de la ley si no cumple con las condiciones del evangelio; y este prescribe la obediencia, si él se beneficiara por la obediencia que ofrece. La expiación fue hecha para quitar el pecado del mundo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de agosto, 1898).

"Solo los que reconocen las demandas válidas de la ley moral pueden explicar la naturaleza de la expiación. Cristo vino para mediar entre Dios y el hombre, para hacer al hombre uno con Dios, poniéndolo en obediencia a la ley divina. No había poder en la ley para perdonar a su transgresor. Solo Jesús podía pagar la deuda del pecador. Pero el hecho de que Jesús haya pagado la deuda del pecador arrepentido, no le da a él licencia para continuar transgrediendo la ley de Dios, sino que debe, de allí en adelante, vivir en obediencia a esa ley" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 269, 270).

"La obediencia mediante Jesucristo le da al hombre perfección de carácter y el derecho a participar del árbol de la vida" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 248, 249).

"Es cierto que el tiempo se ha extendido más de lo que esperábamos en los primeros días de este mensaje. Nuestro Salvador no apareció tan pronto como lo esperábamos. Pero, ¿ha fallado la palabra del Señor? ¡Nunca! Debiera recordarse que las promesas y amenazas de Dios son igualmente condicionales.

Dios ha confiado a su pueblo una obra que debe efectuarse en la tierra. Había de ser dado el mensaje del tercer ángel, las mentes de los creyentes habían de ser dirigidas al Santuario celestial, donde Cristo ha entrado para hacer expiación por su pueblo. La reforma del día de reposo había de ser llevada adelante. Debe ser reparada la brecha en la ley de Dios. El mensaje debe ser proclamado con fuerte pregón para que todos los habitantes de la tierra puedan recibir la amonestación. El pueblo de Dios debe purificar su alma mediante la obediencia a la verdad y estar preparado para encontrarse con él sin falta, en su venida. Si después del gran chasco de 1844 los adventistas se hubiesen mantenido firmes en su fe, y unidos en la providencia de Dios que abría el camino, hubieran proseguido recibiendo el mensaje del tercer ángel y proclamándolo al mundo con el poder del Espíritu Santo, habrían visto la salvación de Dios y el Señor hubiera obrado poderosamente acompañando sus esfuerzos, se habría completado la obra y Cristo habría venido antes de esto para recibir a su pueblo y darle su recompensa" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, pp. 76, 77).

"Si deseamos alcanzar altos logros en excelencia moral y espiritual, debemos vivir con ese objetivo. Estamos bajo una obligación personal frente a la sociedad de hacer esto, con el fin de ejercer continuamente influencia en favor de la ley de Dios. Debíamos dejar que nuestra luz brillase de modo que todos pudieran ver que el sagrado evangelio está influyendo sobre nuestros corazones y nuestras vidas, que caminamos en obediencia a sus mandamientos y no violamos ninguno de sus principios. En gran medida, el mundo tiene derecho a pedirnos cuentas por las almas de los que nos rodean. Nuestras palabras y acciones constantemente

testifican a favor o en contra de Cristo y de esa ley, la cual él vino a este mundo para vindicar. Permitamos que el mundo vea que no nos hallamos egoístamente limitados en la prosecución de nuestros intereses exclusivos y goces religiosos, sino que somos generosos y deseamos que los demás compartan nuestras bendiciones y privilegios a través de la santificación de la verdad. Permitámosles ver que la religión que profesamos no cierra ni congela las avenidas del alma, haciéndonos incomprensivos y exigentes. Todos los que profesan haber encontrado a Cristo, ministren como él lo hizo para beneficio del hombre, atesorando un espíritu de sabia benevolencia. Entonces veremos a muchas almas seguir la luz que brilla de nuestros preceptos y nuestro ejemplo" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 4, pp. 62, 63).

"La verdadera religión es la imitación de Cristo. Los que son seguidores de Cristo se negarán a sí mismos, tomarán la cruz de Cristo y caminarán en sus pisadas. Seguir a Cristo significa obediencia a todos sus mandamientos. De ningún soldado se puede decir que obedece a su comandante si no obedece sus órdenes. Cristo es nuestro modelo. Imitar a Jesús, lleno de amor, ternura y compasión, exige que nos acerquemos a él diariamente. ¡Oh, cuánto ha sido deshonrado Dios por sus falsos representantes!" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, p. 960).

"Antes de que se pusieran los fundamentos de la tierra, se hizo el pacto de que serían hijos de Dios todos los que fueran obedientes, todos los que por medio de la abundante gracia proporcionada llegaran a ser santos en carácter y sin mancha delante de Dios, al apropiarse de esa gracia. Ese pacto, hecho desde la eternidad, fue dado a Abraham mil novecientos años antes de que viniera Cristo. ¡Con cuánto interés y con cuánta intensidad estudió Cristo en su humanidad a la raza humana para ver si los hombres aprovecharían el recurso ofrecido!" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista tomo 6, p. 1114).

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová" (Elena G. de White – PVGM 253, 254).

"La salvación del alma requiere la combinación de la fuerza divina y la humana. Dios no se propone hacer la obra que el hombre puede hacer para alcanzar la norma de justicia. El hombre tiene una parte que hacer... Pero a fin de recibirla, el hombre debe unirse con su divino Ayudador. A menos que de su propio consentimiento el hombre esté dispuesto a renunciar a la práctica del pecado, Cristo no puede quitarle su pecado. El hombre debe cooperar de todo corazón con Dios, obedeciendo voluntariamente sus leyes, demostrando que aprecia el gran regalo de la gracia. Por medio del sentimiento de su dependencia de Dios, teniendo fe en Cristo como su Salvador personal, esperando eficacia y éxito mientras mantiene siempre a Cristo delante de él-es así como el hombre cumple con la exhortación: 'Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor' (Filipenses 2:12). Pero el esfuerzo humano no es suficiente. De nada sirve sin el poder divino. Por sí mismo, el hombre no tiene fuerza para luchar contra los poderes de las tinieblas. Por lo tanto, Cristo vistió su divinidad con la humanidad, y vino a esta tierra para cooperar con el hombre. A aquellos que lo reciben y confían en su poder para salvar, les imparte la virtud de su justicia. Les da el poder de ser hijos de Dios. 'Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia - Juan 1:14, 16" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de septiembre, 1901).

"La ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe'. El Espíritu Santo por medio del apóstol está hablando en este texto especialmente de la ley moral. La ley nos revela el pecado, y hace que sintamos nuestra necesidad de Cristo y que acudamos a él en procura de perdón y paz, arrepintiéndonos ante Dios y teniendo fe en nuestro Señor Jesucristo... La ley de los Diez Mandamientos no debe ser considerada tanto desde el punto de vista de las prohibiciones como de la misericordia. Sus prohibiciones son la segura garantía de felicidad en la obediencia. Si se recibe en Cristo, obra en nosotros la pureza del carácter que nos proporcionará gozo a través de los siglos eternos. Para el obediente es un muro de protección. Contemplamos en ella la bondad de Dios, quien al revelar a los hombres los inmutables principios de rectitud, procura escudarlos contra los males que resultan de la transgresión" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1110).

"Nadie que cree en Jesucristo está bajo la esclavitud de la ley de Dios; porque su ley es una ley de vida, no de muerte, para quienes obedecen sus preceptos. Todos los que entienden la espiritualidad de la ley, todos los que reconocen su poder como detector del pecado, están en una condición tan impotente como la del mismo Satanás, a menos que acepten la expiación provista para ellos en el sacrificio mediador de Jesucristo, el único ante Dios. Cada principio de la ley es hecho posible por la fe en la obediencia de Cristo" (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 8, p. 98).

"Si nuestros corazones son regenerados a la semejanza de Dios, si el amor divino es implantado en el corazón, ¿no se manifestará la ley de Dios en la vida? Cuando es implantado el principio del amor en el corazón, cuando el hombre es renovado conforme a la imagen del que lo creó, se cumple en él la promesa del nuevo pacto: 'Pondré mis leyes en su corazón, y también en su mente las escribiré' (Hebreos 10:16). Y si la ley está escrita en el corazón, ¿no modelará la vida? La obediencia, es decir, el servicio y la lealtad de amor, es la verdadera prueba del discipulado" (Elena G. de White - El camino a Cristo, p. 60).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

"La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1202).

"La verdad, según es en Jesús, es obediencia a cada precepto de Jehová. Es una obra en el corazón. La santificación bíblica no es la falsa santificación de hoy, la cual no anhela escudriñar las Escrituras sino que confía en los buenos sentimientos e impulsos antes que en buscar la verdad como un tesoro escondido. La santificación bíblica consiste en conocer los requerimientos de Dios y obedecerlos. Hay un cielo puro y santo que está reservado para los que guardan los

mandamientos de Dios, el cual merece el esfuerzo incansable y perseverante de toda la vida. Satanás está a vuestra diestra y a vuestra siniestra, delante y atrás; tiene un platillo de fábulas preparado para cada alma que no albergue la verdad tal como es en Jesús" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 4, p. 1121).

"La señal de Dios es la santificación por medio de la obediencia a la verdad. Esta santificación torna al sujeto leal tal como su Gran Cabeza, Jesucristo. Es conducido a una relación peculiar y eterna con el Salvador sobre la condición de que mantenga su lealtad hasta el fin. Cuando seamos así santificados, no tendremos una fe espuria, una doctrina espuria, una experiencia espuria. Al abandonar el mundo y aceptar el sábado de la creación, con el cual Dios nos ha bendecido y santificado, damos evidencia de la verdadera conversión" (Elena G. de White - Signs of the Times, 22 de noviembre, 1899).

"Esta es la voluntad de Dios acerca de usted, hasta su santificación'. Grandes posibilidades, logros elevados y santos, están dentro de nuestro alcance. La santificación significa perfecto amor, obediencia perfecta, total conformidad a la voluntad de Dios. Significa una rendición a él sin reservas, ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto. Desde la eternidad Dios nos eligió para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por su gracia. Su objetivo para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de su propia voz, extendiendo a todos la invitación, 'Sube más alto. Sé más santo, más santo aún'. Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Fue para esto que Cristo vistió su divinidad con la humanidad. Fue para esto que él vino a la tierra, y vivió una vida de sufrimientos y privaciones" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1902).

"Más aun, Cristo cambia el corazón. Habita en vuestro corazón por la fe. Debéis mantener esta comunión con Cristo por la fe y la sumisión continua de vuestra voluntad a él; mientras hagáis esto, él obrará en vosotros para que queráis y hagáis conforme a su voluntad. Así podréis decir: 'y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí' (Gálatas 2:20). Así dijo Jesús a sus discípulos: 'No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros' (Mateo 10:20). De modo que si Cristo obra en vosotros, manifestaréis el mismo espíritu y haréis las mismas obras: obras de justicia y obediencia" (Elena G. de White - El camino a Cristo, pp. 62, 63).

"Cristo ofrece la vida eterna a aquellos que deciden ser obedientes y sumisos a la voluntad de Dios. Al llevar el yugo de la obediencia gustosamente, los hombres y las mujeres declaran a los mundos no caídos, a los ángeles, y a los hombres, que han aceptado a Cristo como su Gobernante, y conforman sus vidas a su voluntad" (Signs of the Times, 24 de junio, 1903).

"El hombre puede ser exaltado, ennoblecido por la obediencia a los mandamientos de Dios, y llegar a ser un ciudadano leal y verdadero de su reino. Podemos llegar a ser uno con Cristo en espíritu y carácter, y testificar ante el mundo que Dios nos ama como ama a su Hijo. ¡Qué posibilidades las que se presentan ante el agente humano caído! Que se rinda la perfecta obediencia a Dios por medio de la justicia imputada de Cristo, y revelaremos al mundo el hecho de que Dios nos ama así como ama a Jesús" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de mayo, 1896).

"Pero al paso que Dios puede ser justo y sin embargo justificar al pecador por los méritos de Cristo, nadie puede cubrir su alma con el manto de la justicia de Cristo mientras practique

pecados conocidos o descuide deberes conocidos. Dios requiere la entrega completa del corazón antes de que pueda realizarse la justificación. Y a fin de que el hombre retenga la justificación, debe haber una obediencia continua mediante una fe activa y viviente que obre por amor y purifique el alma" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, p. 429).

"En torno del trono de Dios se halla el arco iris del pacto, símbolo de la palabra empeñada por Dios de que él recibirá a cada pecador que abandone toda esperanza de vida eterna por medio de su propia justicia, y acepte la justicia del Redentor del mundo, creyendo que Cristo es su Salvador personal, capaz de salvarlo de su pecado, y que lo libra de caer. A menos que Cristo sea la base de nuestra esperanza, no heredaremos la vida eterna... El apóstol declara, 'La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno' (Romanos 7:12). ¿Entonces por qué razón debería el Señor poner a un lado su ley para proporcionar una vía de escape para el pecador, o hacerle posible que la transgreda impunemente? No hay ninguna razón, y la ley del Señor 'permanece para siempre'... Bajo el pacto de gracia Dios requiere del hombre solamente lo que requirió en el Edén: obediencia perfecta. El pecador creyente, por medio de su sustituto divino y su garante, obedece la ley de Dios... (Tito 4:3-8) Las buenas obras sobrevenirán como las flores y los frutos de la fe. La apropiación de la justicia de Cristo será manifestada en una vida ordenada y una conversación piadosa" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de septiembre, 1892).

"El evangelio de Cristo es una bendición que todos pueden poseer. Toma a los hombres como son, pobres, desgraciados, miserables, ciegos y desnudos. La única condición que Cristo presenta a los que vienen a él para ser vestidos con su justicia es la obediencia a sus mandamientos. Y para el alma obediente la ley es vista como una ley de libertad perfecta, libertad para descansar por la fe en la esperanza segura y firme. Cuando nos volvemos hacia Dios, cuando lavamos los ropajes de nuestro carácter, y los blanqueamos en la sangre del Cordero, entonces tenemos derecho a una corona celestial" (Elena G. de White - Signs of the Times, 15 de diciembre, 1898).

"La fe se aferra de las promesas de Dios, y produce frutos de obediencia... La fe habría inducido a nuestros primeros padres a confiar en el amor de Dios y obedecer sus mandamientos... La verdadera fe tiene su cimiento en las promesas y provisiones de las Escrituras" (Elena G. de White - Obreros evangélicos, p. 274).

"Solo los que, mediante la fe en Cristo, obedecen todos los mandamientos de Dios, alcanzarán la condición de impecabilidad en que vivía Adán antes de su transgresión. Testifican de su amor a Cristo obedeciendo todos sus preceptos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 3, p. 1118).

"La fe de nuestro Señor Jesucristo es una fe inteligente. El servicio de Dios es una obra de abnegación, de sobriedad, de seriedad, de un propósito decidido por obedecer todas las exigencias de Dios, aun si ello requiriera la pérdida de algo tan querido por nosotros como el ojo o el brazo derecho. Cristo hará que sus seguidores usen su intelecto en los asuntos espirituales tal como en las transacciones comerciales, concienzudamente, pesando las evidencias, independientemente de los resultados. Él desea que piensen profundamente... Cristo es la verdad, y los que vacilan en obedecer la verdad, niegan a Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 28 de julio, 1898).

"Es posible estar en la presencia de Cristo, e incluso acercársele bastante, y aun así no recibir ninguna bendición, porque lo tocamos solo con el toque ocasional de la multitud. Hay cientos y

miles que piensan que tienen fe en Cristo; pero no lo tocan con la fe manifestada por la mujer que sufría. ¿Por qué no manifestamos más fe? ... Para ejercer la fe no es necesario entrar en un éxtasis de los sentimientos... Ejercer fe significa recibir a Dios en su Palabra, creer en su poder de salvar a lo sumo a todos los que vienen a él confiando en su Palabra, porque él está detrás de la pro mesa y puede hacer todas las cosas ... 'Si algo pidiereis en mi nombre,' dice él, 'yo lo haré'. Entonces viene la condición: 'Si me amáis, guardad mis mandamientos'. La obediencia nos hace testigos para Dios. Tenemos que tomar el verdadero sentido de las palabras de Cristo. Podemos leerlas una y otra vez, y aun así perder su significado verdadero... Muchos están haciendo esto. Piensan que confían en el Salvador, pero su fe se parece a la de la multitud, que lo tocó con solo un toque ocasional" (Elena G. de White - Signs of the Times, 25 de octubre, 1899).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

"La ley de Jehová es sumamente amplia. Jesús... declaró llanamente a sus discípulos que la santa ley de Dios podía ser violada aun por los sentimientos, los pensamientos y los deseos, tanto como por las obras y las palabras. El corazón que ama a Dios sobre todas las cosas, de ninguna manera se sentirá inclinado a estrechar sus preceptos hasta concederles un derecho mínimo, pero, el alma obediente y leal alegremente le rendirá una plena obediencia espiritual cuando la ley sea vista en su poder espiritual. Entonces, los mandamientos se posesionarán del alma con toda su verdadera fuerza. El pecado aparecerá sumamente pecaminoso... Ya no habrá más justicia propia, estima propia, honor propio. La seguridad propia habrá desaparecido. El resultado será una profunda convicción de pecado y aversión hacia sí mismo, y entonces el alma, comprendiendo el peligro que corre, se aferrará de la sangre del Cordero de Dios como su único remedio..." (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación, 142 1888 / MCP tomo 1 - 33).

"(Se cita Romanos 5:12, 18-19) El apóstol contrasta la desobediencia de Adán y la plena y completa obediencia de Cristo. ¡Pensad en lo que la obediencia de Cristo significa para nosotros! Significa que con la fortaleza de él nosotros también podemos obedecer. Cristo fue un ser humano. Sirvió a su Padre celestial con toda la fortaleza de su naturaleza humana. Tiene una naturaleza doble: es al mismo tiempo humana y divina. Es tanto Dios como hombre. Cristo vino a este mundo para mostrarnos lo que Dios puede hacer y lo que nosotros podemos hacer en cooperación con Dios. Fue al desierto en la carne humana para ser tentado por el enemigo.

Sabe lo que es tener hambre y sed. Conoce las debilidades y flaquezas de la carne. Fue tentado en todo como nosotros somos tentados" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1073, 1074).

"Es inminente "la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra." Apocalipsis 3:10. Todos aquellos cuya fe no esté firmemente cimentada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. La operación de Satanás es "con todo el artificio de la injusticia" a fin de alcanzar dominio sobre los hijos de los hombres; y sus engaños seguirán aumentando. Pero sólo puede lograr sus fines cuando los hombres ceden voluntariamente a sus tentaciones. Los que busquen sinceramente el conocimiento de la verdad, y se esfuercen en purificar sus almas mediante la obediencia, haciendo así lo que pueden en preparación para el conflicto, encontrarán seguro refugio en el Dios de verdad. "Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré" (Vers. 10), es la promesa del Salvador. El enviaría a todos los ángeles del cielo para proteger a su pueblo antes que permitir que una sola alma que confíe en él sea vencida por Satanás" (Elena G. de White - CS 616-617).

"Más acertado sería que las naciones aboliesen sus estatutos y dejaran al pueblo hacer lo que quisiese, antes de que el Legislador del universo anulase su ley y dejase al mundo sin norma para condenar al culpable o justificar al obediente. ¿Queremos saber cuál sería el resultado de la abolición de la ley de Dios? El experimento se ha hecho ya. Terribles fueron las escenas que se desarrollaron en Francia cuando el ateísmo ejerció el poder. Entonces el mundo vio que rechazar las restricciones que Dios impuso equivale a aceptar el gobierno de los más crueles y despóticos. Cuando se echa a un lado la norma de justicia, queda abierto el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la tierra" (Elena G. de White - CS 641).

"Siempre que sea leído este libro, la misericordia y el amor de Dios saltarán a la vista, y se echará de ver que Dios no impone a los hombres ninguna de aquellas pesadas cargas. Todo lo que él pide es un corazón contrito y un espíritu humilde y obediente" (Elena G. de White - CS 626).

"Nadie preste oídos al engaño tan agradable al corazón humano de que Dios aceptará la sinceridad, no importa cuál sea la fe, no importa cuán imperfecta sea la vida. Dios requiere de sus hijos perfecta obediencia" (Elena G. de White - 1MS 438-439).

"En la vida de los hijos de Dios, las verdades de su Palabra han de revelar su gloria y excelencia. Mediante su pueblo, Cristo ha de manifestar su carácter y los principios de su reino. Satanás trata de obstruir la obra de Dios, e insta constantemente a los hombres a aceptar sus principios. Presenta al pueblo escogido de Dios como a gente engañada. Es un acusador de los hermanos, y su poder de acusar lo emplea contra los que obran justicia. El Señor desea, mediante su pueblo, contestar las acusaciones de Satanás mostrando los resultados de la obediencia a los principios rectos" (Elena G. de White - Palabras de vida del gran Maestro, p. 238).

"Del mismo modo que las aguas del diluvio, las llamas del gran día proclamarán el veredicto de Dios de que los malos son incurables. Ellos no tienen ninguna disposición para someterse a la autoridad divina. Han ejercitado su voluntad en la rebeldía; y cuando termine la vida será demasiado tarde para desviar la corriente de sus pensamientos en sentido opuesto, demasiado tarde para volverse de la transgresión hacia la obediencia, del odio hacia el amor" (Elena G. de White - CS 598).

“La inmortalidad prometida al hombre a condición de que obedeciera, se había perdido por la transgresión. Adán no podía transmitir a su posteridad lo que ya no poseía; y no habría quedado esperanza para la raza caída, si Dios, por el sacrificio de su Hijo, no hubiese puesto la inmortalidad a su alcance. Como “la muerte así pasó a todos los hombres, pues que todos pecaron,” Cristo “sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” Romanos 5:12; 2 Timoteo 1:10. Y sólo por Cristo puede obtenerse la inmortalidad. Jesús dijo: “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida.” Juan 3:36. Todo hombre puede adquirir un bien tan inestimable si consiente en someterse a las condiciones necesarias. Todos “los que perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad,” recibirán “la vida eterna - Romanos 2:7” (Elena G. de White - CS 588).

“Pero ¿cómo comprendió Adán, después de su pecado, el sentido de las siguientes palabras: “En el día que comieres de él de seguro morirás”? ¿Comprendió que significaban lo que Satanás le había inducido a creer, que iba a ascender a un grado más alto de existencia? De haber sido así, habría salido ganando con la transgresión, y Satanás habría resultado en bienhechor de la raza. Pero Adán comprobó que no era tal el sentido de la declaración divina. Dios sentenció al hombre, en castigo por su pecado, a volver a la tierra de donde había sido tomado: “Polvo eres, y al polvo serás tornado.” Vers. 19. Las palabras de Satanás: “Vuestros ojos serán abiertos” resultaron ser verdad pero sólo del modo siguiente: después de que Adán y Eva hubieron desobedecido a Dios, sus ojos fueron abiertos y pudieron discernir su locura; conocieron entonces lo que era el mal y probaron el amargo fruto de la transgresión.

En medio del Edén crecía el árbol de la vida, cuyo fruto tenía el poder de perpetuar la vida. Si Adán hubiese permanecido obediente a Dios, habría seguido gozando de libre acceso a aquel árbol y habría vivido eternamente. Pero en cuanto hubo pecado, quedó privado de comer del árbol de la vida y sujeto a la muerte. La sentencia divina: “Polvo eres, y al polvo serás tornado,” entraña la extinción completa de la vida” (Elena G. de White - CS 587-588).

“Desde los tiempos más remotos de la historia del hombre, Satanás se esforzó por engañar a nuestra raza. El que había promovido la rebelión en el cielo deseaba inducir a los habitantes de la tierra a que se uniesen con él en su lucha contra el gobierno de Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices mientras obedecieron a la ley de Dios, y esto constituía un testimonio permanente contra el aserto que Satanás había hecho en el cielo, de que la ley de Dios era un instrumento de opresión y contraria al bien de sus criaturas. Además, la envidia de Satanás se despertó al ver la hermosísima morada preparada para la inocente pareja. Resolvió hacer caer a ésta para que, una vez separada de Dios y arrastrada bajo su propio poder, pudiese él apoderarse de la tierra y establecer allí su reino en oposición al Altísimo” (Elena G. de White - CS 586).

“Las condiciones por las cuales puede ganarse la vida eterna bajo el nuevo pacto, son las mismas que había bajo el antiguo pacto: perfecta obediencia” (Elena G. de White - 7CBA 943).

“¿Está entonces libre para violar la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: “¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No por cierto! antes bien, hacemos estable la ley.” “Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?” Y San Juan dice también: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.” Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3 (VM). En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y rebelión a la obediencia y a la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces “la justicia que requiere la ley” se cumplirá “en nosotros, los que no andamos según la

carne, sino según el espíritu.” Romanos 8:4 (VM). Y el lenguaje del alma será “!Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación - Salmos 119:97” (Elena G. de White - CS 521-522).

“Esto es lo que sucede infaliblemente cuando se dejan de apreciar y aprovechar la luz y los privilegios que Dios concede. A menos que la iglesia siga el sendero que le abre la Providencia, y aceptando cada rayo de luz, cumpla todo deber que le sea revelado, la religión degenerará inevitablemente en mera observancia de formas, y el espíritu de verdadera piedad desaparecerá. Esta verdad ha sido demostrada repetidas veces en la historia de la iglesia. Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia que correspondan a las bendiciones y privilegios que él le concede. La obediencia requiere sacrificios y entraña una cruz; y por esto fueron tantos los profesos discípulos de Cristo que se negaron a recibir la luz del cielo, y, como los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación. Lucas 19:44. A causa de su orgullo e incredulidad, el Señor los dejó a un lado y reveló su verdad a los que, cual los pastores de Belén y los magos de oriente, prestaron atención a toda la luz que habían recibido” (Elena G. de White - CS 362-363).

“Los ateos, los incrédulos y los apóstatas se oponen abiertamente a la ley de Dios; pero los resultados de su influencia prueban que el bienestar del hombre depende de la obediencia a los estatutos divinos. Los que no quieran leer esta lección en el libro de Dios, tendrán que leerla en la historia de las naciones” (Elena G. de White - CS 330).

“Tales son los avisos que ha dado Dios para que los hombres se abstengan de alterar lo revelado o mandado por él. Estas solemnes denuncias se refieren a todos los que con su influencia hacen que otros consideren con menosprecio la ley de Dios. Deben hacer temblar y temer a los que declaran con liviandad que poco importa que obedezcamos o no obedezcamos a la ley de Dios. Todos los que alteran el significado preciso de las Sagradas Escrituras sobreponiéndoles sus opiniones particulares, y los que tuercen los preceptos de la Palabra divina ajustándolos a sus propias conveniencias, o a las del mundo, se arrojan terrible responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada individuo y condenará a todo el que fuere hallado falto por esta prueba infalible” (Elena G. de White - CS 311).

“Si la iglesia estuviese dispuesta a vestirse con la justicia de Cristo, apartándose de toda obediencia al mundo, se presentaría ante ella el amanecer de un brillante y glorioso día. La promesa que Dios le hizo permanecerá firme para siempre. La hará una gloria eterna, un regocijo para muchas generaciones. La verdad, pasando por alto a los que la desprecian y rechazan, triunfará. Aunque a veces ha parecido sufrir retrasos, su progreso nunca ha sido detenido. Cuando el mensaje de Dios lucha con oposición, él le presta fuerza adicional, para que pueda ejercer mayor influencia. Dotado de energía divina, podrá abrirse camino a través de las barreras más fuertes, y triunfar sobre todo obstáculo” (Elena G. de White - HAP 480).

“Los convidados a la fiesta de bodas fueron inspeccionados por el rey, y se aceptó solamente a aquellos que habían obedecido sus requerimientos y se habían puesto el vestido de bodas. Así ocurre con los convidados a la fiesta del Evangelio. Todos deben ser sometidos al escrutinio del gran Rey, y son recibidos solamente aquellos que se han puesto el manto de la justicia de Cristo. La justicia es la práctica del bien, y es por sus hechos por lo que todos han de ser juzgados. Nuestros caracteres se revelan por lo que hacemos. Las obras muestran si la fe es genuina o no. No es suficiente que creamos que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no consiste en fábulas arteramente compuestas. Podemos creer que el nombre de Jesús es el único nombre debajo del cielo por el cual el hombre puede ser salvo, y sin embargo, no hacer de él, por la fe, nuestro Salvador personal. No es suficiente creer la teoría de la verdad. No es suficiente profesar

fe en Cristo y tener nuestros nombres registrados en el libro de la iglesia. “El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. “Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos”. Esta es la verdadera evidencia de la conversión. No importa cuál sea nuestra profesión de fe, no nos vale de nada a menos que Cristo se revele en obras de justicia.

La verdad ha de implantarse en el corazón. Ha de dominar la mente y los afectos. Todo el carácter debe ser amoldado por las declaraciones divinas. Cada jota y tilde de la Palabra de Dios ha de ser puesto en práctica en la vida diaria.

El que llegue a ser participante de la naturaleza divina estará en armonía con la gran norma de justicia de Dios, su santa ley. Esta es la regla por la cual Dios mide las acciones de los hombres. Esta será la prueba del carácter en el juicio” (Elena G. de White – PVGM 254-255).

“La iglesia es la agencia de Dios para la proclamación de la verdad, facultada por él para hacer una obra especial; y si le es leal y obediente a todos sus mandamientos, habitará en ella la excelencia de la gracia divina. Si manifiesta verdadera fidelidad, si honra al Señor Dios de Israel, no habrá poder capaz de resistirle” (Elena G. de White - HAP 479-480).

“Estos, los que siguen al Cordero por dondequiera que fuere. Estos fueron comprados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero.” Apocalipsis 14:4, 5. La visión del profeta los coloca frente al Monte de Sión, ceñidos para un servicio santo, vestidos de lino blanco, que es la justificación de los santos. Pero todo el que siga al Cordero en el cielo, primeramente tiene que seguirle en la tierra, no con inquietud o caprichosamente, sino con confianza, amor y obediencia voluntaria; como la oveja sigue al pastor” (Elena G. de White - HAP 472).

“Muchos son los que, aunque se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios, tienen poca paz y alegría. Esa falta en su experiencia es el resultado de no ejercer fe. Caminan como si estuvieran en una tierra salitrosa, o en un desierto reseco. Demandan poco, cuando podrían pedir mucho, por cuanto no tienen límite las promesas de Dios. Los tales no representan correctamente la santificación que viene mediante la obediencia a la verdad. El Señor desea que todos sus hijos sean felices, llenos de paz y obedientes. Mediante el ejercicio de la fe el creyente llega a poseer esas bendiciones. Mediante ella puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada” (Elena G. de White - HAP 450).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo,—y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (Elena G. de White - HAP 450).

“Los que se unen con el mundo... se preparan para la marca de la bestia. Los que desconfían de si mismos, se humillan delante de Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, son los que reciben el molde celestial y se preparan para tener el sello de Dios en sus frentes” (Elena G. de White - 2JT 71).

“A todo el que se rinde completamente a Dios, se le da el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo... Dios requiere de nosotros perfecta obediencia. Debemos purificarnos a nosotros mismos, como él es puro. Al guardar sus mandamientos, hemos de revelar

nuestro amor por el Supremo Gobernador del universo” (Elena G. de White - Review and Herald, 27 de septiembre de 1906, p. 8).

“Sólo los que, mediante la fe en Cristo, obedecen todos los mandamientos de Dios, alcanzarán la condición de impecabilidad en que vivía Adán antes de su transgresión. Testifican de su amor a Cristo obedeciendo todos sus preceptos” (Elena G. de White - MS 122, 1901 / Comentario bíblico adventista, vol. 6, p. 340).

“La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección. Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre, quien debe obtener su poder de Dios. Por un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos, y por el otro, debilidad, perversidad, impotencia absoluta.

Dios desea que tengamos dominio sobre nosotros mismos, pero no puede ayudarnos sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra por medio de los poderes y facultades otorgados al hombre. Por naturaleza, no estamos capacitados para armonizar nuestros propósitos, deseos e inclinaciones con la voluntad de Dios; pero si tenemos el deseo de que Dios cree en nosotros la voluntad, el Salvador lo efectuará por nosotros, “destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo.” 2 Corintios 10:5.

El que desea adquirir un carácter fuerte y armónico, el que desea ser un cristiano equilibrado, debe dar todo y hacer todo por Cristo; porque el Redentor no aceptará un servicio a medias. Diariamente debe aprender el significado de la entrega propia. Debe estudiar la Palabra de Dios, aprendiendo su significado y obedeciendo sus preceptos. Así puede alcanzar la norma de la excelencia cristiana: día tras día Dios trabaja con él, perfeccionando el carácter que resistirá el tiempo de la prueba final; y día tras día el creyente está efectuando ante hombres y ángeles un experimento sublime, el cual demuestra lo que el Evangelio puede hacer en favor de los seres humanos caídos” (Elena G. de White - HAP 384-385).

“Dios reclama con derecho el amor y la obediencia de todas sus criaturas. Les ha dado en su ley una norma perfecta de justicia. Pero muchos olvidan a su Hacedor, y en oposición a su voluntad eligen seguir sus propios caminos. Retribuyen con enemistad el amor que es tan alto como el cielo, tan ancho como el universo. Dios no puede rebajar los requerimientos de su ley para satisfacer la norma de los impíos; ni pueden los hombres, por su propio poder, satisfacer las demandas de la ley. Solamente por la fe en Cristo puede el pecador ser limpiado de sus culpas y capacitado para prestar obediencia a la ley de su Hacedor” (Elena G. de White - HAP 339).

“Pablo sabía que su lucha contra el mal no terminaría mientras durara la vida. Siempre comprendía la necesidad de vigilarse severamente, para que los deseos terrenales no se sobrepusieran al celo espiritual. Con todo su poder continuaba luchando contra las inclinaciones naturales. Siempre mantenía ante sí el ideal que debía alcanzarse, y luchaba por alcanzar ese ideal mediante la obediencia voluntaria a la ley de Dios. Sus palabras, sus prácticas, sus pasiones: todo lo sometía al dominio del Espíritu de Dios” (Elena G. de White - HAP 253).

“Hoy son demasiados los que ignoran tanto como los creyentes de Éfeso la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad se enseña más claramente en la Palabra de Dios. Los

profetas y apóstoles se han explayado en este tema. Cristo mismo nos llama la atención al crecimiento del mundo vegetal como una ilustración de la operación de su Espíritu en el sostenimiento de la vida espiritual. La savia de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunde por las ramas, y provee al crecimiento y a la producción de flores y fruto. Así el poder vivificador del Espíritu Santo, que procede del Salvador, llena el alma, renueva los motivos y afectos, y pone hasta los pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios, capacitando al que lo recibe para llevar los preciosos frutos de acciones santas” (Elena G. de White - HAP 230).

“Hoy día las verdades de las Escrituras deben presentarse a los grandes del mundo, a fin de que puedan escoger entre obedecer a la ley de Dios y servir al príncipe del mal. Dios les presenta la verdad eterna, la verdad que los hará sabios para la salvación; pero no los obliga a aceptarla. Si se apartan de ella, los abandona a sus propios medios, para que se llenen con los frutos de sus propias obras” (Elena G. de White - HAP 196).

“La guerra contra la ley de Dios, que empezó en el cielo, continuará hasta el fin del tiempo. Cada hombre será probado. El mundo entero ha de decidir si quiere obedecer o desobedecer. Todos serán llamados a elegir entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. En esto se trazará la línea divisoria. Habrá solamente dos clases. Todo carácter quedará plenamente definido; y todos demostrarán si han elegido el lado de la lealtad o el de la rebelión” (Elena G. de White - DTG 712).

“Otro engaño iba a ser presentado ahora. Satanás declaró que la misericordia destruía la justicia, que la muerte de Cristo abrogaba la ley del Padre. Si hubiese sido posible que la ley fuera cambiada o abrogada, Cristo no habría necesitado morir. Pero abrogar la ley sería inmortalizar la transgresión y colocar al mundo bajo el dominio de Satanás. Porque la ley era inmutable, porque el hombre podía ser salvo únicamente por la obediencia a sus preceptos, fué levantado Jesús en la cruz. Sin embargo, Satanás representó como destructor de la ley aquel mismo medio por el cual Cristo la estableció. Alrededor de esto girará el último conflicto de la gran lucha entre Cristo y Satanás” (Elena G. de White - DTG 711).

“Así como Cristo vivió la ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan sólo nos asimos del Fuerte para obtener fortaleza. Pero no hemos de colocar la responsabilidad de nuestro deber en otros, y esperar que ellos nos digan lo que debemos hacer. No podemos depender de la humanidad para obtener consejos. El Señor nos enseñará nuestro deber tan voluntariamente como a alguna otra persona. Si acudimos a él con fe, nos dirá sus misterios a nosotros personalmente. Nuestro corazón arderá con frecuencia en nosotros mismos cuando él se ponga en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc. Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrade a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir. Y recibirán no solamente sabiduría, sino fuerza. Se les impartirá poder para obedecer, para servir, según lo prometió Cristo. Cuanto se dio a Cristo—todas las cosas destinadas a suplir la necesidad de los hombres caídos, —se le dio como a la cabeza y representante de la humanidad. “Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (Elena de White DTG 622).

“Pero orar en nombre de Cristo significa mucho. Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras. La promesa del Salvador se nos da bajo cierta condición. “Si me amáis—dice, —guardad mis mandamientos.” El salva a los hombres no en el pecado, sino del pecado; y los que le aman mostrarán su amor obedeciéndole” (Elena G. de White - DTG 621).

“Después que hubo indicado las señales de su venida, Cristo dijo: “Cuando viereis hacerse estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.” “Mirad, velad y orad.” Dios advirtió siempre a los hombres los juicios que iban a caer sobre ellos. Los que tuvieron fe en su mensaje para su tiempo y actuaron de acuerdo con ella, en obediencia a sus mandamientos, escaparon a los juicios que cayeron sobre los desobedientes e incrédulos. A Noé fueron dirigidas estas palabras: “Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí.” Noé obedeció y se salvó. Este mensaje llegó a Lot: “Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad.” Lot se puso bajo la custodia de los mensajeros celestiales y se salvó. Así también los discípulos de Cristo fueron advertidos acerca de la destrucción de Jerusalén. Los que se fijaron en la señal de la ruina inminente y huyeron de la ciudad escaparon a la destrucción. Así también ahora hemos sido advertidos acerca de la segunda venida de Cristo y de la destrucción que ha de sobrecoger al mundo. Los que presten atención a la advertencia se salvarán” (Elena G. de White - DTG 588).

“Por cuanto no sabemos la hora exacta de su venida, se nos ordena que velemos. “Bienaventurados aquellos siervos, a los cuales cuando el Señor viniere, hallare velando.” Los que velan esperando la venida de su Señor no aguardan en ociosa expectativa. La espera de la venida de Cristo debe inducir a los hombres a temer al Señor y sus juicios sobre los transgresores. Les ha de hacer sentir cuán grande pecado es rechazar sus ofrecimientos de misericordia. Los que aguardan al Señor purifican sus almas obedeciendo la verdad. Con la vigilancia combinan el trabajo ferviente. Por cuanto saben que el Señor está a las puertas, su celo se vivifica para cooperar con los seres divinos y trabajar para la salvación de las almas. Estos son los siervos fieles y prudentes que dan a la familia del Señor “a tiempo... su ración.” Declaran la verdad que tiene aplicación especial a su tiempo. Como Enoc, Noé, Abrahán y Moisés declararon cada uno la verdad para su tiempo, así también los siervos de Cristo dan ahora la amonestación especial para su generación” (Elena G. de White - DTG 588-589).

“A los que, como el joven príncipe, ocupan altos puestos de confianza y tienen grandes posesiones, puede parecer un sacrificio demasiado grande el renunciar a todo a fin de seguir a Cristo. Pero ésta es la regla de conducta para todos los que quieran llegar a ser sus discípulos. No puede aceptarse algo que sea menos que la obediencia. La entrega del yo es la substancia de las enseñanzas de Cristo. Con frecuencia es presentada y ordenada en un lenguaje que parece autoritario porque no hay otra manera de salvar al hombre que separándolo de aquellas cosas que, si las conservase, desmoralizarían todo el ser” (Elena G. de White - DTG 481).

“Los fariseos se habían declarado a sí mismos hijos de Abrahán. Jesús les dijo que solamente haciendo las obras de Abrahán podían justificar esta pretensión. Los verdaderos hijos de Abrahán vivirían como él una vida de obediencia a Dios. No procurarían matar a Aquel que hablaba la verdad que le había sido dada por Dios. Al conspirar contra Cristo, los rabinos no estaban haciendo las obras de Abrahán. La simple descendencia de Abrahán no tenía ningún valor. Sin una relación espiritual con él, la cual se hubiera manifestado poseyendo el mismo espíritu y haciendo las mismas obras, ellos no eran sus hijos” (Elena G. de White - DTG 432).

“Muchas veces, cuando Satanás no logra excitar la desconfianza, nos induce a la presunción. Si puede hacernos entrar innecesariamente en el camino de la tentación, sabe que la victoria es suya. Dios guardará a todos los que anden en la senda de la obediencia; pero el apartarse de ella es aventurarse en terreno de Satanás. Allí, lo seguro es que caeremos. El Salvador nos ha ordenado: “Velad y orad, para que no entréis en tentación.” La meditación y la oración nos impedirían precipitarnos, sin orden alguna, al peligro, y así nos ahorraríamos muchas derrotas” (DTG 102).

“Por su humanidad, Cristo tocaba a la humanidad; por su divinidad, se asía del trono de Dios. Como Hijo del hombre, nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios, nos imparte poder para obedecer. Fue Cristo quien habló a Moisés desde la zarza del monte Horeb diciendo: “YO SOY EL QUE SOY.... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros.” Tal era la garantía de la liberación de Israel. Asimismo cuando vino “en semejanza de los hombres,” se declaró el YO SOY. El Niño de Belén, el manso y humilde Salvador, es Dios, “manifestado en carne.” Y a nosotros nos dice: “‘YO SOY el buen pastor.’ ‘YO SOY el pan vivo.’ ‘YO SOY el camino, y la verdad, y la vida.’ ‘Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.’ ‘YO SOY la seguridad de toda promesa.’ ‘YO SOY; no tengáis miedo.’” “Dios con nosotros” es la seguridad de nuestra liberación del pecado, la garantía de nuestro poder para obedecer la ley del cielo” (Elena G. de White - DTG 16).

“Al poner a un lado la Biblia se ha abandonado la ley de Dios. La doctrina por la cual se enseña que los hombres quedan relevados de obedecer a los preceptos divinos, ha reducido la fuerza de la obligación moral, y abierto las compuertas de la iniquidad que inunda al mundo. La perversidad, la disipación y la corrupción lo están arrasando como un diluvio abrumador. Por doquiera se ven envidias, malas sospechas, hipocresía, enajenamiento, emulación, contienda y traición de los cometidos sagrados, complacencia de las concupiscencias. Todo el sistema de los principios religiosos y las doctrinas, que debiera formar el fundamento y el esqueleto de la vida social, se asemeja a una masa tambaleante, a punto de caer en ruinas” (Elena G. de White - PR 460).

“(Satanás) está constantemente buscando engañar a los seguidores de Cristo con su fatal sofisma de que es imposible que ellos puedan vencer” (Elena G. de White - CS 489).

“El redentor del mundo pasó por el mismo terreno donde Adán cayó por haber desobedecido la ley expresa de Jehová; y el unigénito Hijo de Dios vino a nuestro mundo como un hombre, para revelar al mundo que los seres humanos podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán. Y él afirmaba que toda la raza humana estaba bajo su dominio.

El Hijo de Dios se colocó en el lugar del pecador, y caminó por el mismo terreno en donde Adán pecó; y soportó la tentación en el desierto, que era cien veces más fuerte de lo que alguna vez tendría que soportar la raza humana. Jesús resistió las tentaciones de Satanás de la misma manera en que cualquier alma tentada puede resistir, remitiéndolo al registro inspirado, y diciendo: “Escrito está” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 154).

“Vino a nuestro mundo a mantener un carácter puro e impecable, y a refutar la mentira de Satanás de que no era posible que los seres humanos guardaran la ley de Dios. Cristo vino a vivir la ley en su carácter humano, exactamente de la misma manera en que todos pueden cumplirla en la naturaleza humana si hacen lo que Cristo hizo” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 146).

“Exacta obediencia es requerida, y aquellos que dicen que no es posible vivir una vida perfecta lanzan contra Dios la imputación de injusticia y de falsedad” (Elena G. de White - RH VI 519).

“Desde la caída de Adán, los hombres en todas las edades se han excusado por pecar, cargando a Dios con sus pecados, diciendo que no pueden guardar Sus mandamientos. Esta es la insinuación que Satanás le arrojó a Dios en el cielo. Pero el pretexto, “no puedo guardar los mandamientos”, nunca debiera ser presentado a Dios; porque delante de Él está el Salvador, con las marcas de la crucifixión sobre su cuerpo, un testigo viviente de que la ley puede ser guardada. No es que los

hombres no puedan guardar la ley, sino que no quieren” (Elena G. de White - Review and Herald Mayo 28, 1901, Art. A, par. 8).

“Atravesando los siglos, encontramos que llegó el tiempo cuando la ley de Dios debería revelarse de una manera inconfundible como la norma de la obediencia, Cristo vino para vindicar las sagradas exigencias de la ley. Vino a vivir una vida de obediencia a sus requerimientos y así probar la falsedad de la acusación hecha por Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios. Como hombre, encaró la tentación y venció en el poder que Dios le dio. Al andar haciendo el bien, sanando a todos los que eran afligidos por Satanás, hizo claro a los hombres el carácter de su ley y la naturaleza de su servicio. Su vida atestigua que es posible que nosotros también obedezcamos la ley de Dios” (Elena G. de White - Testimonio para la Iglesia tomo 8 221).

“Jesús fue tentado en todos los aspectos como nosotros somos tentados. De ese modo sabría cómo socorrer a los que iban a ser tentados. Su vida es nuestro ejemplo. Con su obediencia siempre dispuesta nos muestra que el hombre puede guardar la ley de Dios y que la transgresión de la ley, no su obediencia, lo lleva a la esclavitud” (Elena G. de White - Testimonios para la Iglesia, tomo 4 290).

“Si Dios, el gran Maestro operador, está con nosotros, podemos resistir las grandes tentaciones que nos han de probar, y podemos permanecer leales y verdaderos al principio. Podemos alcanzar victorias, que la pequeñez de nuestra fe nos ha llevado a pensar que serían imposibles” (Elena G. de White - 3RH 627).

“Dios creó al hombre a su semejanza, libre de pecado. La tierra debía ser poblada con seres algo inferiores a los ángeles; pero debía probarse su obediencia; pues Dios no había de permitir que el mundo se llenara de seres que menospreciaran su ley. No obstante, en su gran misericordia, no señaló a Adán una prueba severa. La misma levedad de la prohibición hizo al pecado sumamente grave. Si Adán no pudo resistir la prueba más ínfima, tampoco habría podido resistir una mayor, si se le hubiesen confiado responsabilidades más importantes.

Si Adán hubiese sido sometido a una prueba mayor, entonces aquellos cuyos corazones se inclinan hacia lo malo se hubiesen disculpado diciendo: “Esto es algo insignificante, y Dios no es exigente en las cosas pequeñas.” Y así hubiera habido continuas transgresiones en las cosas aparentemente pequeñas, que pasan sin censura entre los hombres. Pero Dios indicó claramente que el pecado en cualquier grado le es ofensivo.

A Eva le pareció de poca importancia desobedecer a Dios al probar el fruto del árbol prohibido y al tentar a su esposo a que pecara también; pero su pecado inició la inundación del dolor sobre el mundo. ¿Quién puede saber, en el momento de la tentación, las terribles consecuencias de un solo mal paso? Muchos que enseñan que la ley de Dios no es obligatoria para el hombre, alegan que es imposible obedecer sus preceptos. Pero si eso fuese cierto, ¿por qué sufrió Adán el castigo por su pecado? El pecado de nuestros primeros padres trajo sobre el mundo la culpa y la angustia, y si no se hubiesen manifestado la misericordia y la bondad de Dios, la raza humana se habría sumido en irremediable desesperación. Nadie se engañe. “La paga del pecado es muerte.” Romanos 6:23. La ley de Dios no puede violarse ahora más impunemente que cuando se pronunció la sentencia contra el padre de la humanidad” (Elena G. de White - PP 45).

“La muerte de Abel fue el primer ejemplo de la enemistad que Dios predijo que existiría entre la serpiente y la simiente de la mujer; entre Satanás y sus súbditos, y Cristo y sus seguidores. Mediante el pecado del hombre, Satanás había obtenido el dominio de la raza humana, pero Cristo habilitaría al hombre para librarse de su yugo.

Siempre que por la fe en el Cordero de Dios, un alma renuncie a servir al pecado, se enciende la ira de Satanás. La vida santa de Abel desmentía el aserto de Satanás de que es imposible para el hombre guardar la ley de Dios” (Elena G. de White - PP 62-63).

“Satanás procuraba inculcar a los hombres la creencia de que no había premio para los justos ni castigo para los impíos, y que era imposible para el hombre obedecer los estatutos divinos. Pero en el caso de Enoc, Dios declara de sí mismo que “existe y que es remunerador de los que le buscan.” Hebreos 11:6. Revela lo que hará en bien de los que guardan sus mandamientos. A los hombres se les demostró que se puede obedecer la ley de Dios; que aun viviendo entre pecadores corruptos, podían, mediante la gracia de Dios, resistir la tentación y llegar a ser puros y santos. Vieron en su ejemplo la bienaventuranza de esa vida; y su traslación fue una evidencia de la veracidad de su profecía acerca del porvenir que traerá un galardón de felicidad, gloria y vida eterna para los obedientes, y de condenación, pesar y muerte para el transgresor.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte,... y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.” Vers. 5. En medio de un mundo condenado a la destrucción por su iniquidad, Enoc pasó su vida en tan íntima comunión con Dios, que no se le permitió caer bajo el poder de la muerte. El piadoso carácter de este profeta representa el estado de santidad que deben alcanzar todos los que serán “comprados de entre los de la tierra” (Apocalipsis 14:3) en el tiempo de la segunda venida de Cristo. En ese entonces, así como en el mundo antediluviano, prevalecerá la iniquidad. Siguiendo los impulsos de su corrupto corazón y las enseñanzas de una filosofía engañosa, el hombre se rebelará contra la autoridad del Cielo. Pero, así como Enoc, el pueblo de Dios buscará la pureza de corazón y la conformidad con la voluntad de su Señor, hasta que refleje la imagen de Cristo. Tal como lo hizo Enoc, anunciarán al mundo la segunda venida del Señor, y los juicios que merecerá la transgresión; y mediante su conversación y ejemplo santos condenarán los pecados de los impíos” (Elena G. de White - PP 76-78).

“Antes del diluvio, Dios mandó a Noé que diese aviso al mundo, para que los hombres fuesen llevados al arrepentimiento, y para que así escapasen a la destrucción. A medida que se aproxima el momento de la segunda venida de Cristo, el Señor envía a sus siervos al mundo con una amonestación para que los hombres se preparen para ese gran acontecimiento. Multitudes de personas han vivido violando la ley de Dios, y ahora, con toda misericordia, las llama para que obedezcan sus sagrados preceptos. A todos los que abandonen sus pecados mediante el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo, se les ofrece perdón. Pero muchos creen que renunciar al pecado es hacer un sacrificio demasiado grande. Porque su vida no está en armonía con los principios puros del gobierno moral de Dios, rechazan sus amonestaciones y niegan la autoridad de su ley” (Elena G. de White - PP 91-92).

“Mediante mensajes como los dados por Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, así como mediante la opresión impuesta por los enemigos paganos, los israelitas aprendieron finalmente la lección de que la verdadera prosperidad depende de la obediencia a la ley de Dios” (Elena G. de White - PR 522).

“En el tiempo del fin, ha de ser restaurada toda institución divina. Debe repararse la brecha, o portillo, que se hizo en la ley cuando los hombres cambiaron el día de reposo. El pueblo remanente de Dios, los que se destacan delante del mundo como reformadores, deben demostrar que la ley de Dios es el fundamento de toda reforma permanente, y que el sábado del cuarto mandamiento debe subsistir como monumento de la creación y recuerdo constante del poder de Dios. Con argumentos claros deben presentar la necesidad de obedecer todos los preceptos del Decálogo. Constreñidos por el amor de Cristo, cooperarán con él para la edificación de los lugares

desiertos. Serán reparadores de portillos, restauradores de calzadas para habitar - Isaías 58:12" (Elena G. de White - PR 501-502).

"La restauración espiritual de la cual fue símbolo la obra realizada en tiempos de Nehemías, se halla esbozada en estas palabras de Isaías: "Edificarán los desiertos antiguos, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades asoladas." "Edificarán los de ti los desiertos antiguos; los cimientos de generación y generación levantarás: y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar." Isaías 61:4; 58:12.

El profeta describe así a un pueblo que, en tiempos de apartamiento general de la verdad y la justicia, procura restablecer los principios que son el fundamento del reino de Dios. Reparar una brecha que fue hecha en la ley de Dios, o sea el muro que puso él en derredor de sus escogidos para protegerlos y para que en la obediencia a sus preceptos de justicia, verdad y pureza hallasen una salvaguardia perpetua" (Elena G. de White - PR 500).

"Así como el Señor cooperó con Daniel y sus compañeros, cooperará con todos los que se esfuerzan por hacer su voluntad. Mediante el impartimiento de su Espíritu fortalecerá todo propósito fiel, toda resolución noble. Los que anden en la senda de la obediencia encontrarán muchos obstáculos. Pueden ligarlos al mundo influencias poderosas y sutiles; pero el Señor puede inutilizar todo agente que obre para derrotar a sus escogidos; en su fuerza pueden ellos vencer toda tentación y toda dificultad" (Elena G. de White - PR 357-358).

"El obedecer es mejor que los sacrificios." Las ofrendas de los sacrificios no tenían en sí mismas valor alguno a los ojos de Dios. Estaban destinadas a expresar, por parte del que las ofrecía, arrepentimiento del pecado y fe en Cristo, y a prometer obediencia futura a la ley de Dios. Pero sin arrepentimiento, ni fe ni un corazón obediente, las ofrendas no tenían valor. Cuando, violando directamente el mandamiento de Dios, Saúl se propuso presentar en sacrificio lo que Dios había dispuesto que fuese destruido, despreció abiertamente la autoridad divina. El sacrificio hubiera sido un insulto para el Cielo. No obstante conocer el relato del pecado de Saúl y sus resultados, ¡cuántos siguen una conducta parecida! Mientras se niegan a creer y obedecer algún mandamiento del Señor, perseveran en ofrecer a Dios sus servicios religiosos formales. No responde el Espíritu de Dios a tal servicio. Por celosos que sean los hombres en su observancia de las ceremonias religiosas, el Señor no las puede aceptar si ellos persisten en violar deliberadamente uno de sus mandamientos" (Elena G. de White - PP 688).

"Para las naciones así como para los individuos, el camino de la obediencia a Dios es el sendero de la seguridad y de la felicidad, mientras que, por otro lado, el de la transgresión conduce tan sólo al desastre y la derrota" (Elena G. de White - PP 641).

(Comentando sobre la etapa de los jueces) "Se les aseguró que mientras permanecieran obedientes Dios subyugaría a sus enemigos delante de ellos: "Yo enviaré mi terror delante de ti, y consternaré a todo pueblo donde tú entres, y te daré la cerviz de todos tus enemigos" (Elena G. de White - PP 585).

"La obediencia de Cristo a Su Padre era la misma que es requerida del hombre... El Señor Jesús vino a nuestro mundo no para revelar lo que Dios podría hacer, sino lo que el hombre podría realizar mediante la fe en el poder de Dios" (Elena G. de White - SDABC, vol. 7, pág. 929).

“Es requerida obediencia exacta, y los que dicen no ser posible llevar una vida perfecta, lanzan sobre Dios la acusación de injusticia y falsedad” (Elena G. de White - Lecciones de la Esc. Sabática, 2 trimestre 89, Edición Profesor, pág. 48).

“Jesús fue hecho en todo semejante a sus hermanos. Se hizo carne, como somos carne. Tuvo hambre y sed, y sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento y refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter ha de ser el nuestro. El Señor dice de aquellos que creen en él: "Habitare y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo."

Cristo es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra y cuya cima llegaba a la puerta del cielo, hasta el mismo umbral de la gloria. Si esa escalera no hubiese llegado a la tierra, y le hubiese faltado un solo peldaño, habríamos estado perdidos. Pero Cristo nos alcanza donde estamos. Tomó nuestra naturaleza y venció, a fin de que nosotros, tomando su naturaleza, pudiésemos vencer. Hecho "en semejanza de carne de pecado," vivió una vida sin pecado. Ahora, por su divinidad, echa mano del trono del cielo, mientras que por su humanidad llega hasta nosotros. El nos invita a obtener por la fe en él la gloria del carácter de Dios. Por lo tanto, hemos de ser perfectos, como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto" (Elena G. de White - DTG 278).

“Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerlo, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso” (Elena G. de White – DTG 621-622).

“El amor de Dios ahora se extiende para abrazar al más degradado y vil pecador que se acerque contrito a Cristo. Se extiende para transformar al pecador en obediente y fiel hijo de Dios. Sin embargo, ni una sola alma puede ser salvada si continúa en el pecado” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 367).

“Cristo vino a esta tierra y por medio de una vida de obediencia demostró que el hombre podía obedecer...” (Elena G. de White - Alza Tus Ojos 222).

“El amor y la justicia de Dios, y también la inmutabilidad de su ley, se manifiestan por la vida del Salvador no menos que por su muerte. El asumió la naturaleza humana con sus debilidades, con todos sus riesgos, con sus tentaciones... Fue “tentado en todo según nuestra semejanza”. Hebreos 4:15. No ejerció en su propio beneficio ningún poder que el hombre no pueda ejercer. Como hombre hizo frente a la tentación, y venció con la fuerza que Dios le dio. Nos da un ejemplo de perfecta obediencia. El ha hecho posible que podamos llegar a ser participantes de la naturaleza divina; nos asegura que podemos vencer como él venció. Su vida testificó de que en base a la ayuda del mismo poder divino que Cristo recibió, es posible que el hombre obedezca la ley de Dios” (Elena G. de White - Mensajes selectos tomo 3 149).

“En el sermón del monte Cristo dijo: sed perfectos como Dios es perfecto... Nos pide que seamos perfectos como él, es decir de igual manera... En el sermón del monte Cristo está hablando de su justicia y de sus frutos... La vida de Cristo producirá en nosotros el mismo carácter y manifestará las mismas obras... Así estaremos en armonía con cada precepto de la ley... Mediante el amor la justicia de la ley se cumplirá en nosotros” (Elena G. de White - DMJ 67, 68).

## Capítulo 20

### COLECCIÓN DE CITAS DE LA BIBLIA Y ELENA G. DE WHITE

#### ¿PODEMOS DEJAR DE PECAR?

#### Introducción

Antes de comenzar a leer las citas inspiradas que son las que tienen el peso de la evidencia en este tema que estamos estudiando, sin embargo varios autores han captado muy bien las palabras de Dios, y han hecho comentarios muy acertados basados en la inspiración. Veamos el caso de los hermanos que llevaron el "preciosísimo mensaje" de 1888: A.T. Jones y E.G. Waggoner:

"El borramiento del pecado es la extirpación de él de nuestra naturaleza, para que no sea más conocido, porque los que tributan este culto, limpios de una vez realmente comprados por la sangre de Cristo no tendrían más conciencia de pecado, porque el camino del pecado se ha ido de ellos. Su iniquidad puede ser buscada, pero no será hallada. Ha desaparecido para siempre de ellos, ella es extraña para sus nuevas naturalezas, y aun cuando ellos sean capaces de recalcar el hecho de que han cometido ciertos pecados, han olvidado el pecado en sí mismo, ellos no piensan en cometerlo más. Este es el trabajo de Cristo en el verdadero santuario, que el Señor levanto, y no el hombre, el santuario no hecho de manos, sino traído a la existencia por el pensamiento de Dios" (E.G. Waggoner - The Blotting Out of Sin Review and Herald, 30 de Septiembre de 1902).

"Recuérdese: justicia de los siglos. No justicia para hoy y pecado para mañana, y justicia otra vez, y pecado de nuevo. Eso no es justicia de los siglos (rectitud perdurable). La justicia de los siglos es traída para permanecer constantemente en la vida de quien ha creído y confesado, y que sigue creyendo y recibiendo esa justicia de los siglos en lugar del pecado y el pecar. En eso consiste la justicia de los siglos, en eso consiste la redención eterna del pecado. Y esa bendición inenarrable es el don gratuito de Dios por medio del ministerio celestial que ha establecido para nuestro beneficio en el sacerdocio y ministerio de Cristo en el santuario celestial.

En consecuencia, hoy, justamente ahora, "mientras dura ese 'hoy' ", como nunca antes, la palabra de Dios a todo hombre es: "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, y vengan los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y él envíe a Jesucristo, designado de antemano, a quien es necesario que el cielo retenga hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas" (Hechos 3:19-21).

El tiempo de la venida del Señor y de la restitución de todas las cosas está verdaderamente a las puertas. Y cuando Jesús venga, será para tomar a su pueblo consigo. Para presentarse a sí mismo una iglesia gloriosa "que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha". Es para verse a sí mismo perfectamente reflejado en todos sus santos.

Y antes de que venga, su pueblo debe estar en esa condición. Antes de que venga debemos haber sido llevados a ese estado de perfección, a la plena imagen de Jesús (Efe. 4:7, 8, 11-13). Y ese estado de perfección, ese desarrollo en todo creyente de la completa imagen de Jesús, eso es la consumación del misterio de Dios, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria (Col. 1:27). Esa consumación halla su cumplimiento en la purificación del santuario, que significa la realización plena del misterio de Dios, y que consiste en acabar la prevaricación, poner un fin decidido a los pecados, hacer reconciliación por la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir el Santo de los santos.

Puesto que es en este tiempo que la venida de Jesús y la restauración de todas las cosas está a las puertas; y dado que ese perfeccionamiento de los santos debe necesariamente preceder a dicha venida y restauración, tenemos una sólida evidencia de que ahora estamos en el tiempo del

refrigerio, el tiempo de la lluvia tardía. Y tan ciertamente como eso es así, estamos actualmente viviendo en el tiempo del borramiento definitivo de todos los pecados que jamás nos hayan asediado. La purificación del santuario consiste precisamente en el borramiento de los pecados, en acabar la transgresión en nuestras vidas, en poner fin a todo pecado en nuestro carácter, en la venida de la justicia misma de Dios que es por la fe en Jesús, para que permanezca ella sola por siempre.

Ese borramiento de los pecados debe preceder a la recepción del refrigerio de la lluvia tardía, ya que la promesa del Espíritu viene solamente sobre quienes tienen la bendición de Abraham, y esa bendición se pronuncia solamente sobre quienes están redimidos del pecado (Gálatas 3:13 y 14). Por lo tanto, ahora, como nunca antes, debemos arrepentirnos y convertirnos, para que nuestros pecados sean borrados, para que se les pueda poner fin por completo en nuestras vidas, y para traer la justicia de los siglos; y eso con el fin de que sea nuestra la plenitud del derramamiento del Espíritu Santo, en este tiempo del refrigerio de la lluvia tardía. Debe darse todo esto para que el mensaje del evangelio del reino, que produce la maduración de la cosecha, sea predicado en todo el mundo con ese poder de lo alto por el que toda la tierra será iluminada con su gloria” (A.T. Jones – El camino consagrado a la perfección cristiana 52).

Fred Wright comparando el santuario del cielo con el santuario que es el hombre nota lo siguiente:

“Que aquellos que están desanimados por el conocimiento de que tienen una naturaleza caída, pecadora y humana, miren al santuario y la vida de Cristo y vean ambas cosas, el testimonio que, cuando la vida divina habita en un templo como el suyo, entonces pueden, si eso deciden, vivir vidas de obediencia que son aceptables a Dios” (Fred Wright – Los tres templos 34).

“Cuando Satanás trae sus terribles tentaciones contra la carne, el Señor nada puede hacer a menos y hasta que nosotros hagamos una decisión definitiva para no rendirnos a esa tentación. Esa decisión tiene que ser hecha con el poder de una fe viviente en la capacidad de Dios para salvar de la tentación. Porque una persona tenga la naturaleza pecaminosa y humana, no es una garantía de que ella pecará. Ella no necesita pecar en absoluto. Con la mentalidad de la carne no tiene elección, pero cuando se ha liberado de la presencia de ese poder, tiene el poder viviente de Dios en ella. Y si vela en oración para discernir la naturaleza de las tentaciones de Satanás, y pone resueltamente su voluntad contra ellas con el seguro conocimiento y fe en el poder de Dios para que lo salve, no pecará, sino que tiene completa victoria” (Fred Wright – El destino de un movimiento 146).

Contemporáneo a nosotros, George Steveny afirma:

“Nos hemos preguntado por qué Jesús vino a la tierra. Él mismo responde que para llamar a los pecadores al arrepentimiento (Marcos 2:17) y salvar lo que estaba perdido (Mateo 18:11). Completa su respuesta mostrando que es imposible salvar al pecador en su pecado. Cuando alguien está enfermo, hay que curarlo de su enfermedad. Si la enfermedad es el pecado, hay que hacer desaparecer el pecado. Es para lo que Jesús vino; para cumplir la ley, porque el pecado es también la transgresión de la ley” (1 Juan 3:4) (George Steveny – Jesús el enviado de Dios 71).

Las doctrinas bíblicas están perfectamente “calzadas” una sobre otras, formando un edificio equilibrado. Pero cuando hay desviaciones en una doctrina, para que el edificio quede equilibrado o se disimule su falta de equilibrio, debe afectar otros bloques (doctrinas) y de esta manera todo el edificio cambia. Ralph Larson lo explica muy bien:

“La cristología, la naturaleza de Cristo, y la soteriología, la obra salvadora de Cristo, son inseparables y están íntimamente unidas. Cuando hablamos de una, inevitablemente hablamos de la otra. Cuando cambiamos una, invariablemente cambiamos la otra. Así los cristianos Arminianos y Wesleyanos, incluyendo los Adventistas del Séptimo Día, han creído que Cristo obedeció la ley de Dios en la carne (y naturaleza) del hombre caído para mostrar que nosotros, ejerciendo la misma fe y la misma dependencia de Dios que Él ejerció, puede hacer exactamente la misma cosa.

Los cristianos Calvinistas, por otro lado, han creído que desde Cristo vino en la naturaleza no caída de Adán, Su obediencia a la ley de Dios no indica que nosotros podemos, aun a través de la fe en la dependencia de Dios, hacer exactamente la misma cosa. Ellos afirman resueltamente que el hombre no puede nunca, por ningún medio, dejar de pecar mientras dure esta vida. Tal como ellos lo ven, Dios hará alguna especie de milagro con ellos, de manera que dejarán de pecar, en el momento en que Él los lleve al Reino. Este es un concepto contra el cual Ellen White dejó fuertes advertencias (Ralph Larson – La palabra se hizo carne 167).

“No debiera ser una gran sorpresa para nosotros, entonces, cuando observamos que dentro de muy poco tiempo, así como van las tendencias teológicas, el apareamiento entre los Adventistas del Séptimo Día de la idea Calvinística de que Cristo tomó la naturaleza no caída de Adán fue seguida por el apareamiento entre nosotros de la idea Calvinística de que es imposible que el hombre deje de pecar. Causa y efecto son inexorables en la teología, como en cualquier otro campo” (Ralph Larson – La palabra se hizo carne 168).

Pero lo importante es analizar los textos inspirados, a ellos iremos ahora:

### **¿Podemos dejar de pecar?**

#### **En la Biblia**

“Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Y Moisés respondió al pueblo: No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis” (Éxodo 20:19-20).

“Y me seréis varones santos” (Éxodo 22:31).

“El Señor dijo: “Habéis de serme varones santos,” dignos de ser reconocidos por un Dios santo” (Elena G. de White - PP 320).

“He aquí, aunque él me matare, en él esperaré; No obstante, defenderé delante de él mis caminos, Y él mismo será mi salvación, Porque no entrará en su presencia el impío” (Job 13:15-16).

“Puso también Josafat en Jerusalén a algunos de los levitas y sacerdotes, y de los padres de familias de Israel, para el juicio de Jehová y para las causas. Y volvieron a Jerusalén. Y les mandó, diciendo: Procederéis asimismo con temor de Jehová, con verdad, con corazón íntegro. En cualquier causa que viniere a vosotros de vuestros hermanos que habitan en las ciudades, en causas de sangre, entre ley y precepto, estatutos y decretos, les amonestaréis que no pequen contra Jehová, para que no venga ira sobre vosotros y sobre vuestros hermanos. Haciendo así no pecaréis” (2Crónicas 19:8).

“En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti” (Salmos 119:11).

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida. Aparta de ti la perversidad de la boca, Y aleja de ti la iniquidad de los labios. Tus ojos miren lo recto, Y diríjense tus párpados hacia lo que tienes delante. Examina la senda de tus pies, Y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; Aparta tu pie del mal” (Proverbios 4:23-27).

“Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (Isaías 1:16-20).

“Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma” (Ezequiel 3:21).

“Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina” (Ezequiel 18:30).

“Y les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos. Ni se contaminarán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios. Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra. Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre. Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre (Ezequiel 37:21-28).

“En aquel día no serás avergonzada por ninguna de tus obras con que te rebelaste contra mí; porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte. Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová. El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice” (Sofonías 3:11-13).

“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos. Y vendré a vosotros para juicio; y seré

pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos” (Malaquías 3:2-5).

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8).

“Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (Juan 5:14).

(La prostituta y Jesús preguntando por sus acusadores) “Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11)

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (Romanos 6:1-15).

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Romanos 8:10).

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1Corintios 6:9-11).

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1Corintios 10:13).

“Velad debidamente, y no pequéis; porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo” (1Corintios 15:34).

“Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1Corintios 15:57).

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:3-4).

“Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5).

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido (Efesios 5:22-33).

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16).

“Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal” (2Tesalonisenses 3:3).

“A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman” (1Timoteo 5:20).

“Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Timoteo 4:18).

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo” (Filipenses 2:14-15).

“El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza

del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro” (Colosenses 1:15-23).

“Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:13-14).

“Sino, como aquel que os llamó es Santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1Pedro 1:15).

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1Pedro 1:18-23).

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido.” (1Pedro 2:9).

“Porque ¿qué gloria es, si pecando vosotros sois abofeteados, y lo sufrís? mas si haciendo bien sois afligidos, y lo sufrís, esto ciertamente es agradable delante de Dios. Porque para esto sois llamados; pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas: El cual no hizo pecado; ni fue hallado engaño en su boca: Quien cuando le maldecían no retornaba maldición: cuando padecía, no amenazaba, sino remitía la causa al que juzga justamente: El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos á los pecados, vivamos á la justicia: por la herida del cual habéis sido sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas; mas ahora habéis vuelto al Padre y Obispo de vuestras almas” (1 Pedro 2:20-25).

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás (2Pedro 1:3-10).

“Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” (2Pedro 2:9).

“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz” (2Pedro 3:11-12).

“Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1Juan 1:5-10).

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1Juan 2:1-6).

“Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros” (1Juan 3:4-11).

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1Juan 5:18-20).

(Comentando 1Juan) “Pero gradualmente sobrevino un cambio. Los creyentes comenzaron a buscar defectos en los demás. Espaciándose en las equivocaciones, y dando lugar a una crítica dura, perdieron de vista al Salvador y su amor. Llegaron a ser más estrictos en relación con las ceremonias exteriores, más exactos en la teoría que en la práctica de la fe. En su celo por condenar a otros, pasaban por alto sus propios errores. Perdieron el amor fraternal que Cristo les había encomendado, y lo más triste de todo, era que no se daban cuenta de su pérdida. No comprendían que la alegría y el regocijo se retiraban de sus vidas, y que, habiendo excluido el amor de Dios de sus corazones, pronto caminarían en tinieblas” (Elena G. de White - HAP 437).

(Comentando 1Juan) “A medida que los años transcurrían y el número de creyentes crecía, Juan trabajaba con mayor fidelidad y fervor en favor de sus hermanos. Los tiempos estaban llenos de peligro para la iglesia. Por todas partes existían engaños satánicos. Por medio de la falsedad y el engaño los emisarios de Satanás procuraban suscitar oposición contra las doctrinas de Cristo; como consecuencia las disensiones y herejías ponían en peligro a la iglesia. Algunos que creían en Cristo decían que su amor los libraba de obedecer la ley de Dios. Por otra parte, muchos creían que era necesario observar las costumbres y ceremonias judías; que una simple observancia de la ley, sin necesidad de tener fe en la sangre de Cristo, era suficiente para la salvación. Algunos sostenían que Cristo era un hombre bueno, pero negaban su divinidad. Otros que pretendían ser fieles a la causa de Dios eran engañadores que negaban en la práctica a Cristo y su Evangelio. Viviendo en transgresión ellos mismos, introducían herejías en la iglesia. Por eso muchos eran llevados a los laberintos del escepticismo y el engaño” (Elena G. de White - HAP 441-442).

(Comentando 1Juan) “Juan se llenaba de tristeza al ver penetrar en la iglesia esos errores venenosos. Veía los peligros a los cuales ella estaba expuesta y afrontaba la emergencia con presteza y decisión. Las epístolas de Juan respiran el espíritu del amor. Parecería que las hubiera escrito con pluma entintada de amor. Pero cuando se encontraba con los que estaban transgrediendo la ley de Dios, y sin embargo aseveraban que estaban viviendo sin pecado, no vacilaba en amonestarlos acerca de su terrible engaño” (Elena G. de White - HAP 442).

(Comentando 1Juan) “Estamos autorizados a tener el mismo concepto que tuvo el apóstol amado de los que afirman morar en Cristo y viven transgrediendo la ley de Dios. Existen en estos últimos días males semejantes a los que amenazaban la prosperidad de la iglesia primitiva; y las enseñanzas del apóstol Juan acerca de estos puntos deben considerarse con cuidadosa atención. “Debéis tener amor,” es el clamor que se oye por doquiera, especialmente de parte de quienes se dicen santos. Pero el amor verdadero es demasiado puro para cubrir un pecado no confesado. Aunque debemos amar a las almas por las cuales Cristo murió, no debemos transigir con el mal. No debemos unirnos con los rebeldes y llamar a eso amor. Dios requiere de su pueblo en esta época del mundo, que se mantenga de parte de lo justo tan firmemente como lo hizo Juan cuando se opuso a los errores que destruían las almas” (Elena G. de White - HAP 442-443).

“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Santiago 1:21).

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

“Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará (Santiago 4:6-10).

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el

pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:26-31).

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:1-2).

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 1:24).

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7).

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte” (Apocalipsis 2:10-11).

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe” (Apocalipsis 2:17).

“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 2:26-29).

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias (Apocalipsis 3:1-6).

“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 3:12-13).

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 3:21).

“Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios” (Apocalipsis 14:1-5).

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:6).

“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27).

“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22:14-15).

### **¿Podemos dejar de pecar?**

#### **En los escritos de Elena G. de White**

“La historia de Israel debía escribirse para la instrucción y advertencia de las generaciones venideras. Los hombres de todos los tiempos habrían de ver en el Dios del cielo a un Soberano imparcial que en ningún caso justifica el pecado. Pero pocos se dan cuenta de la excesiva gravedad del pecado. Los hombres se lisonjean de que Dios es demasiado bueno para castigar al transgresor. Sin embargo, a la luz de la historia bíblica es evidente que la bondad de Dios y su amor le compelen a tratar el pecado como un mal fatal para la paz y la felicidad del universo” (Elena G. de White – PP 444-445).

“Nadie diga: No puedo remediar mis defectos de carácter. Si llegáis a esta conclusión, dejaréis ciertamente de obtener la vida eterna. La imposibilidad reside en vuestra propia voluntad. Si no queréis, no podéis vencer. La verdadera dificultad proviene de la corrupción de un corazón no santificado y de la falta de voluntad para someterse al gobierno de Dios” (Elena G. de White - PVGM 266).

“El amor de Dios como se manifestó en Jesús, nos llevará al verdadero concepto del carácter de Dios. Cuando contemplemos a Cristo, traspasado por nuestros pecados, veremos que no podemos quebrantar la ley de Dios, y permanecer en su gracia. Sentiremos que, como pecadores debemos aferrarnos a los méritos de Cristo y cesar de pecar. Entonces somos acercados a Dios. Tan pronto como tengamos un concepto correcto del amor de Dios no estaremos inclinados a abusar de él” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 - 366).

“Cristo tomó la humanidad y cargó con el odio del mundo para poder mostrar a los hombres y las mujeres que podían vivir sin pecado, que sus palabras, sus acciones y su espíritu podían ser consagrados a Dios. Podemos ser perfectos cristianos si manifestamos este poder en nuestras

vidas. Cuando la luz del cielo descansa continuamente en nosotros, representaremos a Cristo..." (Elena G. de White - Alza Tus Ojos 303).

"El amar y consentir pecado, es amar y consentir al autor del mismo, al enemigo mortal de Cristo. Cuando ellos (el pueblo de Dios) excusan y se aferran a la perversidad del carácter, dan a Satanás un lugar en sus afecciones, y le rinden homenaje" (Elena G. de White - Our High Calling, p. 231).

"Cristo ha dado cada provisión para la santificación de Su iglesia. Ha hecho abundante provisión para que cada alma posea tal gracia y fortaleza que será mas que vencedora en la batalla contra el pecado...Vino a este mundo y vivió una vida sin pecado, para que en Su poder Su pueblo también pueda vivir una vida sin pecado. Desea que ellos al practicar los principios de la verdad muestren al mundo que la gracia de Dios tiene poder para santificar el corazón" (Elena G. de White - Review and Herald, Abril 1, 1902).

"Y al par que Cristo abre el cielo al hombre, la vida que imparte abre el corazón del hombre al cielo. El pecado no sólo nos aparta de Dios, sino que destruye en el alma humana el deseo y la aptitud para conocerlo. La misión de Cristo consiste en deshacer toda esta obra del mal. El tiene poder para vigorizar y restaurar las facultades del alma paralizadas por el pecado, la mente oscurecida, y la voluntad pervertida. Abre ante nosotros las riquezas del universo y nos imparte poder para discernir estos tesoros y apropiarnos de ellos" (Elena G. de White - La Educación, 28, 29 – 1903 - MCP tomo 1 - 13).

"El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, los tres santos dignatarios del cielo, han declarado que darán poder al hombre para que venza a las potestades de las tinieblas. Se prometen todos los recursos del cielo a los que, mediante sus votos bautismales, han hecho un pacto con Dios" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1085).

"Cristo puede salvar hasta lo sumo a todos los que se acercan a él con fe. Si se lo permiten los limpiará de toda contaminación; pero si se aferran a sus pecados no hay posibilidad de que sean salvos, pues la justicia de Cristo no cubre los pecados por los cuales no ha habido arrepentimiento. Dios ha declarado que aquellos que reciben a Cristo como a su Redentor, aceptándolo como Aquel que quita todo pecado, recibirán el perdón de sus transgresiones. Estas son las condiciones de nuestra elección. La salvación del hombre depende de que reciba a Cristo por fe. Los que no quieran recibirlo, pierden la vida eterna porque se niegan a aprovechar el único medio proporcionado por el Padre y el Hijo para la salvación de un mundo que perece (Elena G. de White – MS 142, 1899 / 7CBA 942-943).

"El pastor Fuller ha escuchado el testimonio presentado en público de que en el profeso pueblo de Dios no eran todos santos, que algunos eran corruptos. Dios trataba de elevarlos, pero ellos se negaban a acceder a un plano superior de acción. Los corruptos instintos animales predominaban, y las facultades morales e intelectuales eran sojuzgadas y hechas sus siervas. Los que no controlan sus pasiones bajas no pueden apreciar la expiación ni darle el valor correcto al alma. No experimentan ni entienden la salvación. La gratificación de los instintos animales es la más alta ambición de sus vidas. Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto en el carácter, los excluirá por siempre del Cielo, con todas sus glorias y tesoros" (Elena G. de White - T2 403).

"¿Qué pasa con el alma que ha aceptado a Jesucristo como Salvador personal? El amor fluye del corazón divino al del creyente. ¿Qué hace entonces ese corazón? Se dedica a servir a Dios y a

guardar sus mandamientos para que no se lo encuentre en la condición de Adán y Eva después de la transgresión. No podemos permitir esto. No podemos darnos el lujo de pecar. El pecado es realmente muy caro” (Elena G. de White - Cada Día Con Dios 87).

“En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (Elena G. de White - CS 681).

“Hoy Satanás presenta las mismas tentaciones que presentó a Cristo, ofreciéndonos los reinos del mundo a cambio de nuestra sumisión. Pero no tienen poder las tentaciones de Satanás sobre aquel que contempla a Jesús como el autor y consumidor de su fe. No puede hacer pecar al que acepte por la fe las virtudes de Aquel que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 - 262).

“Estas cosas os he hablado—dijo, —para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción: mas confiad, yo he vencido al mundo.” Cristo no desmayó ni se desalentó, y sus seguidores han de manifestar una fe de la misma naturaleza perdurable. Han de vivir como él vivió y obrar como él obró, porque dependen de él como el gran Artífice y Maestro. Deben poseer valor, energía y perseverancia. Aunque obstruyan su camino imposibilidades aparentes, por su gracia han de seguir adelante. En vez de deplorar las dificultades, son llamados a superarlas. No han de desesperar de nada, sino esperarlo todo. Con la áurea cadena de su amor incomparable, Cristo los ha vinculado al trono de Dios. Quiere que sea suya la más alta influencia del universo, que mana de la fuente de todo poder. Han de tener poder para resistir el mal, un poder que ni la tierra, ni la muerte ni el infierno pueden dominar, un poder que los habilitará para vencer como Cristo venció” (Elena G. de White - DTG 634).

"Pero el plan de Dios, ideado para la salvación del hombre, disponía que Cristo conociera el hambre y la pobreza, y cada aspecto de la experiencia del hombre. Resistió a la tentación mediante el poder que puede tener el hombre. Se aferró del trono de Dios, y no hay un hombre o mujer que no pueda tener acceso a la misma ayuda mediante la fe en Dios. El hombre puede llegar a ser participante de la naturaleza divina. No vive una sola alma que no pueda pedir la ayuda del cielo en la tentación y la prueba. Cristo vino para revelar la fuente de su poder a fin de que el hombre nunca necesitara depender de sus capacidades humanas desvalidas... Cristo vino para ser nuestro ejemplo y para hacernos saber que podemos ser participantes de la naturaleza divina. ¿Cómo? Habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Satanás no ganó la victoria sobre Cristo. No holló con su pie el alma del Redentor. No tocó la cabeza, aunque lastimó el talón. Con su propio ejemplo, Cristo puso en evidencia que el hombre puede mantenerse íntegro. Los hombres pueden tener un poder para resistir el mal: un poder que ni la tierra, ni la muerte, ni el infierno pueden vencer; un poder que los colocará donde pueden llegar a ser vencedores como Cristo venció. La divinidad y la humanidad pueden combinarse en ellos" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, pp. 478,479).

"Jesús nos ha dado un ejemplo para mostrarnos cómo podemos enfrentar y conquistar a Satanás... Una vida santa es accesible a todo hijo de Dios que se arrepiente y cree. Hemos de obrar afuera lo que Cristo obra adentro. Entonces obremos, hermanos y hermanas cristianas, 'ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad'. Se ha hecho toda provisión para que ustedes puedan resultar más que vencedores" (Elena G. de White – Signs of the Times, 13 de diciembre, 1899).

"Jesús vino para traer un poder moral que se combina con el esfuerzo humano, y en ningún caso sus seguidores deben tomarse la libertad de perder de vista a Cristo, que es su ejemplo en todas las cosas. Él dijo: 'Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad' (Juan 17:19). Jesús presenta la verdad delante de sus hijos para que puedan contemplarla, y para que contemplándola puedan ser cambiados, siendo transformados por su gracia, de la transgresión a la obediencia, de la impureza a la pureza, del pecado a la santidad del corazón y a la rectitud de la vida" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, pp. 306,307).

"La intervención del tentador no ha de ser tenida por excusa para cometer una mala acción. Satanás se alegra cuando oye a los que profesan seguir a Cristo buscando excusas por su deformidad de carácter. Son estas excusas las que inducen a pecar. No hay disculpa para el pecado. Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo, es accesible para todo hijo de Dios arrepentido y creyente" (Elena G. de White - DTG 278).

"Todos los que profesan la vida piadosa tienen la más sagrada obligación de guardar su espíritu y de dominarse ante las mayores provocaciones. Las cargas impuestas a Moisés eran muy grandes; pocos hombres fueron jamás probados tan severamente como lo fue él; sin embargo, ello no excusó su pecado. Dios proveyó ampliamente en favor de sus hijos; y si ellos confían en su poder, nunca serán juguete de las circunstancias. Ni aun las mayores tentaciones pueden excusar el pecado. Por intensa que sea la presión ejercida sobre el alma, la transgresión es siempre un acto nuestro. No puede la tierra ni el infierno obligar a nadie a que haga el mal. Satanás nos ataca en nuestros puntos débiles, pero no es preciso que nos venza. Por severo o inesperado que sea el asalto, Dios ha provisto ayuda para nosotros, y mediante su poder podemos ser vencedores" (Elena G. de White - PP 446).

"En Cristo habitaba la plenitud de la Deidad corporalmente. Por eso, aunque fue tentado en todo como lo somos nosotros, se mantuvo ante el mundo, desde que entró por primera vez en él, incontaminado por la corrupción, aunque estuvo rodeado por ella. ¿No debemos también nosotros llegar a ser participantes de esa plenitud, y no es así y únicamente así como podemos vencer como él venció?" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 119).

"Cuando permitamos que Dios lleve a cabo su voluntad en nosotros no abrigaremos ningún pecado. Toda escoria se consumirá en el horno depurador" (Elena G. de White - RH, 10 junio 1902).

"Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote hacía la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas arrepintiéndose de sus pecados y humillándose ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben

ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, sin embargo él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante” (Elena G. de White - CS 544).

“Que todo el que desee participar de la naturaleza divina aprecie el hecho de que debe huir de la corrupción que está en este mundo a través de la concupiscencia. Debe haber una lucha del alma, constante y ferviente, contra los malos pensamientos. Debe haber una resistencia decidida contra la tentación a pecar en pensamiento o en acto. El alma debe mantenerse libre de toda mancha por fe en Aquel que es capaz de guardaros sin caída” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 19).

“Cuando hacemos de la palabra de Dios nuestro consejero y escudriñamos las escrituras para obtener luz, los ángeles del cielo se acercan para impresionar la mente y alumbrar el entendimiento de modo que pueda decirse con razón: “la explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los sencillos”. No es asombroso que no haya más inclinación hacia las cosas celestiales entre los jóvenes que profesan el cristianismo, cuando se presta tan poca atención a la Palabra de Dios. Se desatienden los consejos divinos, se desobedecen las amonestaciones, no se busca la gracia y sabiduría divinas para evitar pecados ‘pasados y limpiar el carácter de toda mancha de corrupción” (Elena G. de White - Mensajes Para los Jóvenes 303).

“Así como el sacrificio en beneficio nuestro fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La ley de Dios no disculpará ningún acto de perversidad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del Evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. La vida de Cristo fue el perfecto cumplimiento de todo precepto de la ley. Él dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Su vida es para nosotros un ejemplo de obediencia y servicio” (Elena G. de White - El Ministerio de Curación 359).

“En la transgresión de la ley, no hay seguridad ni reposo ni justificación. El hombre no puede esperar permanecer inocente delante de Dios y en paz con él mediante los méritos de Cristo, mientras continúe en pecado. Debe cesar de transgredir y llegar a ser leal y fiel” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 250).

“Jesús ha dado a la niñez y a la juventud un ejemplo perfecto. Estudiad la norma, Cristo Jesús, y copiadla si queréis ser Como él: puros, santos, sin pecado, y sin contaminación” (Elena G. de White - Nuestra Elevada Vocación 267).

"No solo en la cruz se sacrificó Cristo por la humanidad. Cuando 'anduvo haciendo bienes' (Hechos 10:38) su experiencia cotidiana era un derramamiento de su vida. Solo de un modo se podía sostener semejante vida. Jesús vivió dependiendo de Dios y de su comunión con él. Los hombres acuden de vez en cuando al lugar secreto del Altísimo, bajo la sombra del Omnipotente; permanecen allí un tiempo, y el resultado se manifiesta en acciones nobles; luego falla su fe, se interrumpe la comunión con Dios, y se echa a perder la obra de la vida. Pero la vida de Jesús era una vida de confianza constante, sostenida por una comunión continua, y su servicio para el cielo y la tierra fue sin fracaso ni vacilación. Como hombre, suplicaba ante

el trono de Dios, hasta que su humanidad se cargaba de una corriente celestial que unía la humanidad con la Divinidad. Recibía vida de Dios, y la impartía a los hombres" (Elena G. de White - La educación, pp. 80, 81).

"Cualquiera que habite en él no peca. Dios tiene poder para mantener al alma que está en Cristo, cuando esa alma está bajo tentación... 'cualquiera que nace de Dios no comete pecado'" (Elena G. de White – HHD 297).

"Mediante el plan de redención, Dios ha provisto medios para vencer cada rasgo pecaminoso y resistir cada tentación, no importa cuán poderosa sea" (Elena G. de White - 1MS 94).

"Si queréis estar bajo la bandera ensangrentada del Príncipe Emanuel, realizando fielmente su servicio, necesitáis no ceder nunca a la tentación, porque hay Uno a vuestro lado que puede manteneros sin caer" (Elena G. de White – AFC 202).

"El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza de la naturaleza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos "participantes de la naturaleza divina", y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación con la divinidad, no peca" (Elena G. de White – MC 136).

"La gracia que Cristo derrama en el alma es la que crea en el hombre enemistad contra Satanás. Sin esta gracia transformadora y este poder renovador, el hombre seguiría siendo esclavo de Satanás, siempre listo para ejecutar sus órdenes. Pero el nuevo principio introducido en el alma crea un conflicto allí donde hasta entonces reinó la paz. El poder que Cristo comunica habilita al hombre para resistir al tirano y usurpador. Cualquiera que aborrezca el pecado en vez de amarlo, que resista y venza las pasiones que hayan reinado en su corazón, prueba que en él obra un principio que viene enteramente de lo alto" (Elena G. de White – CS 560).

"Muchos han dejado en gran medida de recibir la primera lluvia. No han obtenido todos los beneficios que Dios ha provisto así para ellos. Esperan que la falta sea suplida por la lluvia tardía. Cuando sea otorgada la abundancia más rica de la gracia, se proponen abrir sus corazones para recibirla. Están cometiendo un terrible error. La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente. Todo individuo debe comprender su propia necesidad. El corazón debe ser vaciado de toda contaminación, y limpiado para la morada interna del Espíritu. Fue por medio de la confesión y el perdón del pecado, por la oración ferviente y la consagración de sí mismos a Dios, como los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. La misma obra, solo que en mayor grado, debe realizarse ahora. Entonces el agente humano tenía solamente que pedir la bendición, y esperar que el Señor perfeccionara la obra concerniente a él. Es Dios el que empezó la obra, y él la terminará, haciendo al hombre completo en Cristo Jesús. Pero no debe haber descuido de la gracia representada por la primera lluvia. Solo aquellos que están viviendo a la altura de la luz que tienen recibirán mayor luz. A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones en torno de nosotros, pero no la discerniremos ni la recibiremos" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros, pp. 515,516).

"Contemplando a Jesús recibimos en el corazón un principio viviente y que se expande; el Espíritu Santo lleva a cabo la obra y el creyente progresa de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, de

carácter en carácter. Se amolda a la imagen de Cristo hasta que en crecimiento espiritual alcanza la medida de la estatura plena de Cristo Jesús. Así Cristo pone fin a la maldición del pecado y libera al alma creyente de su acción y efecto” (Elena G. de White - 1MS 463).

“Jesús murió para salvar a su pueblo de sus pecados, y la redención en Cristo significa cesar de transgredir la ley de Dios y liberarse de todo pecado; ningún corazón que está agitado de enemistad contra la ley de Dios está en armonía con Cristo, quien sufrió en el Calvario para vindicar y exaltar la ley delante del universo” (Elena G. de White – FO 98).

“El amor de Cristo con su poder redentor ha venido a su corazón. Este amor subyuga todo otro motivo, y eleva a su poseedor por encima de la influencia corruptora del mundo” (Elena G. de White – PVGM 72).

“Un hombre con las mismas pasiones que nosotros mismos, la pluma de la inspiración lo describe como (a Daniel) siendo sin falta” (Elena G. de White – PR 546).

“Tened cuidado con las dilaciones. No posterguéis la obra de abandonar vuestros pecados y buscar la pureza del corazón por medio del Señor Jesús. En esto es donde miles y miles han errado a costa de su perdición eterna. No insistiré aquí en la brevedad e incertidumbre de la vida; pero se corre un terrible peligro, que no se comprende lo suficiente, cuando se posterga el acto de ceder a la voz suplicante del Santo Espíritu de Dios y se prefiere vivir en el pecado, porque tal demora consiste realmente en esto. No se puede continuar en el pecado, por pequeño que se lo considere, sin correr el riesgo de una pérdida infinita. Lo que no vencemos nos vencerá a nosotros y nos destruirá” (Elena G. de White - El Camino a Cristo 32).

“El Salvador tomó sobre Sí mismo las enfermedades de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no tuviesen miedo que a causa de la debilidad de la naturaleza humana ellos no pudiesen vencer” (Elena G. de White - Ministerio de Curación, 1905, pág. 180).

“El Salvador tomó sobre Sí mismo las enfermedades de la humanidad, y en esta tierra vivió una vida sin pecado para que el hombre no tuviese miedo que a causa de la debilidad de la naturaleza humana no estuviese habilitado para vencer” (Elena G. de White - Mensaje 51, 1903, pág. 4).

“Tomando la humanidad sobre Sí, Cristo vino para ser uno con la humanidad... Él fue hecho en todas las cosas como Sus hermanos. Él se hizo carne, así como nosotros lo somos... En Su fuerza los hombres y mujeres pueden vivir la vida de pureza y nobleza que Él vivió” (Elena G. de White - Mensaje 124, 1903, pág. 111).

“Obedeciendo a favor del hombre, Él fue colocando al hombre caído en terreno ventajoso con Dios. En Su naturaleza humana Jesús dio evidencia que en cada tentación con que Satanás puede asaltar al hombre caído, hay ayuda para él en Dios... Jesús permaneció en la naturaleza humana como un conquistador a favor de la raza caída” (Elena G. de White - Mensaje 49, 1897, pág. 8).

“Para que la familia humana no pudiese tener ninguna excusa en la tentación, Cristo se hizo uno con ellos” (Elena G. de White, Signs of the Times, 14-10-1897, pág. 627, col. 2, BV422).

“Él sabía que el enemigo vendría a cada ser humano, para tomar ventaja de las debilidades hereditarias... Y pasando sobre el terreno que el hombre tiene que atravesar... Cristo preparó el

camino para que nosotros ganemos la victoria” (Elena G. de White - Signs of the Times, 27-05-1897, pág. 325, col. 3, BV386).

“Cristo sabía que el hombre no podía vencer sin su ayuda. Por lo tanto, consintió en deponer su manto real y vestir su divinidad de humanidad para que nosotros pudiéramos ser ricos. El vino a esta tierra, sufrió, y sabe exactamente cómo simpatizar con nosotros y ayudarnos a vencer. El vino a traer al hombre poder moral, y él no quiere que el hombre crea que él no tiene nada que hacer, porque cada uno tiene una obra que hacer en favor de sí mismo, y por medio de los méritos de Jesús podemos vencer al pecado y al diablo” (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 3, pp. 173, 174).

"Cristo puso a un lado sus mantos reales, y vino a esta tierra trayendo consigo un poder suficiente para vencer el pecado. Vino para vivir la ley de Dios en humanidad, para que al participar de su naturaleza divina, nosotros también pudiésemos vivir la ley... Podemos decir que es imposible para nosotros alcanzar la norma de Dios; pero cuando Cristo vino como nuestro sustituto y garante, fue como ser humano" (Elena G. de White – Signs of the Times, 4 de marzo, 1897).

"Satanás, el ángel poderoso que había sido expulsado del cielo, por mucho tiempo había reclamado el dominio sobre la tierra. Cristo vino a conquistar a este enemigo, para que a través de la gracia divina nosotros también podamos obtener la victoria sobre el enemigo de nuestras almas. A la cabeza de la humanidad, por una perfecta obediencia a los mandamientos de Dios, Cristo demostró al universo que el hombre podía resistir las tentaciones de Satanás... Para ser ciertamente un Salvador, le era necesario conocer el poder de la tentación, resistir cada dificultad que viene a los pobres y necesitados. Sufrió el cansancio y el hambre. Comprende cada inconveniencia que podamos enfrentar. Bajo toda circunstancia permaneció fiel a cada precepto de la ley de Dios, viviendo en nuestro lugar una vida perfecta. Desde la niñez hasta la madurez, resistió la prueba de la obediencia" (Elena G. de White – Signs of the Times, 14 de enero, 1903).

“En el tiempo de Juan el Bautista, Cristo estaba por presentarse como revelador del carácter de Dios. Su misma presencia haría manifiestos a los hombres sus pecados. Únicamente en la medida en que estuviesen dispuestos a ser purificados de sus pecados, podrían ellos entrar en comunión con él. Únicamente los limpios de corazón podrían morar en su presencia” (Elena G. de White - DTG 83).

“Los discípulos de Cristo saben muy poco de las tramas que Satanás y sus huestes urden contra ellos. Pero el que está sentado en los cielos hará servir todas esas maquinaciones para el cumplimiento de sus altos designios. Si el Señor permite que su pueblo pase por el fuego de la tentación, no es porque se goce en sus penas y aflicciones, sino porque esas pruebas son necesarias para su victoria final. El no podría, en conformidad con su propia gloria, preservarlo de la tentación; pues el objeto de la prueba es precisamente prepararlo para resistir a todas las seducciones del mal.

Ni los impíos ni los demonios pueden oponerse a la obra de Dios o privar de su presencia a su pueblo, siempre que éste quiera con corazón sumiso y contrito confesar y abandonar sus pecados y aferrarse con fe a las promesas divinas. Toda tentación, toda influencia contraria, ya manifiesta o secreta, puede ser resistida victoriosamente: “¡No por esfuerzo, ni con poder, sino por mi Espíritu! dice Jehová de los Ejércitos - Zacarías 4:6 (VM)” (Elena G. de White - CS 583).

“Los jóvenes de hoy pueden tener el espíritu que dominó a Daniel; pueden sacar fuerza de la misma fuente, poseer el mismo poder de dominio propio y revelar la misma gracia en su vida, aun

en circunstancias tan desfavorables como las que predominaban entonces. Aunque rodeados por tentaciones a satisfacer sus apetitos, especialmente en nuestras grandes ciudades, donde resulta fácil y atrayente toda complacencia sensual, pueden permanecer por la gracia de Dios firmes en su propósito de honrar a Dios. Mediante una determinación enérgica y una vigilancia constante, pueden resistir toda tentación que asalte el alma. Pero sólo podrá alcanzar la victoria el que resuelva hacer el bien por el bien mismo” (Elena G. de White - PR 360).

"Solo su gracia puede hacernos capaces de resistir las tendencias de una naturaleza caída y subyugarlas. Y ese poder lo anulan las teorías espiritualistas referentes a Dios. Si Dios es una esencia inherente a toda la naturaleza, debe, pues, morar en todos los hombres, y para llegar a la santidad, el hombre necesita tan solo desarrollar el poder que está en él. Esas teorías desarrolladas hasta sus conclusiones lógicas suprimen completamente el cristianismo. Eximen de la necesidad de la redención, y hacen del hombre su propio salvador. Esas teorías referentes a Dios quitan toda eficacia a su Palabra, y los que las aceptan estarán expuestos al peligro de considerar finalmente toda la Biblia como una fábula. Pueden estimar que la virtud es mejor que el vicio; pero habiendo privado a Dios de su soberanía, ponen su confianza en la fuerza del hombre, la cual sin Dios no tiene valor. La voluntad humana abandonada a sí misma no tiene fuerza real para resistir al mal y vencerlo. Las defensas del alma son derribadas. El hombre no tiene más barreras contra el pecado. Una vez rechazadas las restricciones de los mandamientos de la Palabra y del Espíritu de Dios, no sabemos hasta qué profundidad podemos caer” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios, tomo 3, pp. 269, 270).

“La Biblia nos muestra a Dios en un lugar alto y santo, no en un estado de inactividad, ni en silencio y soledad, sino rodeado por diez mil veces diez millares y millares de millares de seres santos, todos dispuestos a hacer su voluntad. Por conductos que no podemos discernir está en activa comunicación con cada parte de su dominio.

Pero es en el grano de arena de este mundo, en las almas por cuya salvación dio a su Hijo unigénito, donde su interés y el interés de todo el cielo se concentran. Dios se inclina desde su trono para oír el clamor de los oprimidos. A toda oración sincera, él contesta: “Aquí estoy.” Levanta al angustiado y pisoteado. En todas nuestras aflicciones, él es afligido. En cada tentación y prueba, el ángel de su presencia está cerca de nosotros para librarnos” (Elena G. de White - DTG 323).

“Pero la historia de David no suministra motivos por tolerar el pecado. David fue llamado hombre según el corazón de Dios cuando andaba de acuerdo con su consejo. Cuando pecó, dejó de serlo hasta que, por arrepentimiento, hubo vuelto al Señor. La Palabra de Dios manifiesta claramente: “Esto que David había hecho, fue desagradable a los ojos de Jehová.” Y el Señor le dijo a David por medio del profeta: “¿Por qué pues tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? ... Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada; por cuanto me menospreciaste.” Aunque David se arrepintió de su pecado, y fue perdonado y aceptado por el Señor, cosechó la funesta mies de la siembra que él mismo había sembrado. Los juicios que cayeron sobre él y sobre su casa atestiguan cuanto aborrece Dios al pecado...

Hasta entonces la providencia de Dios había protegido a David de todas las conspiraciones de sus enemigos, y se había ejercido directamente para refrenar a Saúl. Pero la transgresión de David había cambiado su relación con Dios. En ninguna forma podía el Señor sancionar la iniquidad. No podía ejercitar su poder para proteger a David de los resultados de su pecado como le había protegido de la enemistad de Saúl...

(Absalón toma las concubinas de David) Así se cumplió la palabra que Dios había dirigido a David por medio del profeta: “He aquí yo levantaré sobre ti el mal de tu misma casa, y tomaré tus

mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo.... Porque tú lo hiciste en secreto: mas yo haré esto delante de todo Israel, y delante del sol." 2 Samuel 12:11, 12. No era que Dios instigara estos actos de impiedad; sino que a causa del pecado de David, el Señor no ejerció su poder para evitarlos" (Elena G. de White - PP 782).

"El evangelio que debe ser predicado a todas las naciones, tribus, lenguas y a todos los pueblos, presenta la verdad en líneas claras que muestran que la obediencia es la condición para obtener la vida eterna. Cristo imparte su justicia a aquellos que le permiten que quite sus pecados. Tenemos con Cristo una deuda por la gracia que nos hace completos en él" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 983).

"Satanás procuró embargarle con el sentimiento de su culpabilidad para desanimado y apartarlo de Dios. Jacob fue casi empujado a la desesperación; pero sabía que sin la ayuda de Dios perecería. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado, y apelaba a la misericordia de Dios... Así como Satanás influyó en Esaú para que marchase contra Jacob, así también instigará a los malos para que destruyan al pueblo de Dios en el tiempo de angustia ... Mientras Satanás acusa al pueblo de Dios haciendo hincapié en sus pecados, el Señor le permite probarlos hasta el extremo. La confianza de ellos en Dios, su fe y su firmeza serán rigurosamente probadas. El recuerdo de su pasado hará decaer sus esperanzas; pues es poco el bien que pueden ver en toda su vida. Reconocen plenamente su debilidad e indignidad. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que su caso es desesperado, de que las manchas de su impureza no serán jamás lavadas... Aun cuando los hijos de Dios se ven rodeados de enemigos que tratan de destruirlos, la angustia que sufren no procede del temor de ser perseguidos a causa de la verdad; lo que temen es no haberse arrepentido de cada pecado y que debido a alguna falta por ellos cometida no puedan ver realizada en ellos la promesa del Salvador: 'Yo también te guardaré de la hora de prueba que ha de venir sobre todo el mundo' (Apocalipsis 3:10, V.M.). Si pudiesen tener la seguridad del perdón, no retrocederían ante las torturas ni la muerte; pero si fuesen reconocidos indignos de perdón y hubiesen de perder la vida a causa de sus propios defectos de carácter, entonces el santo nombre de Dios sería vituperado... Afligen sus almas ante Dios, recordándole cada uno de sus actos de arrepentimiento de sus numerosos pecados y la promesa del Salvador: '¿Forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí haga paz conmigo' (Isaías 27:5). Su fe no decae si sus oraciones no reciben inmediata contestación. Aunque sufren la ansiedad, el terror y la angustia más desesperantes, no dejan de orar. Echan mano del poder de Dios como Jacob se aferró al ángel; y de sus almas se exhala el grito: 'No te soltaré hasta que me hayas bendecido'... Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos" (Elena G. de White - CS 676-678).

"En el día del juicio, la conducta de aquel que haya conservado la fragilidad y la imperfección de la humanidad, no será defendida. Para el tal no habrá lugar en el cielo. No podría disfrutar de la perfección de los santos en luz. El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo del pecado, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 411).

"Ninguno de nosotros recibirá jamás el sello de Dios mientras nuestros caracteres tengan una mancha. Nos toca a nosotros remediar los defectos de nuestro carácter, limpiar el templo del alma de toda contaminación. Entonces la lluvia tardía caerá sobre nosotros como cayó la lluvia temprana sobre los discípulos en el día de Pentecostés" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 5, p. 199).

"Vi que nadie podrá participar del 'refrigerio' a menos que haya vencido todas las tentaciones y triunfado del orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y toda palabra y obra malas. Por lo tanto, debemos acercarnos más y más al Señor y buscar anhelosamente la preparación necesaria que nos habilite para permanecer firmes en la batalla, en el día del Señor" (Elena G. de White - Primeros escritos, p. 71).

"La religión de Cristo significa más que el perdón del pecado; significa la extirpación de nuestros pecados y el henchimiento del vacío con las gracias del Espíritu Santo. Significa iluminación divina, regocijo en Dios. Significa un corazón despojado del yo y bendecido con la presencia permanente de Cristo. Cuando Cristo reina en el alma, hay pureza, libertad del pecado. Se cumple en la vida la gloria, la plenitud, la totalidad del plan evangélico. La aceptación del Salvador produce un resplandor de perfecta paz y amor perfecto, de perfecta seguridad. La belleza y fragancia del carácter de Cristo, reveladas en la vida, testifican de que Dios ha enviado ciertamente a su Hijo al mundo para ser su Salvador" (Elena G. de White – Exaltad a Jesús, p. 286).

"La expiación de Cristo no es simplemente una forma capaz de hacer que sean perdonados nuestros pecados; es un remedio divino para la curación de las transgresiones y la restauración de la salud espiritual; es el medio ordenado por el cielo por el cual la justicia de Cristo puede estar no solo sobre nosotros, sino en nuestros corazones y caracteres" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1073).

"Se describe a Cristo como quien lleva los pesares y dolores causados por el pecado, y él hace esto no solo como nuestro amigo que simpatiza con nosotros, sino como nuestro sustituto. Por lo tanto, nuestros pecados de egoísmo, de carácter inamistoso, de indolencia, de malos hábitos y malas prácticas, deben ser eliminados positiva y firmemente. El que se desliga de Satanás no debe dar lugar a sus tentaciones. Consideren las almas que van a Cristo que él es quien lleva los pecados... Que el alma arrepentida se aferre por fe del recurso preparado para salvarla no en sus pecados sino de sus pecados. Cristo, como el que lleva los pecados, debe quitar los pecados y rescatar al pecador de su malsana condición espiritual" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 7, pp. 382,383).

"Cristo ha entrado en el mundo como el destructor de Satanás y el Redentor de los que se hallan cautivos bajo su poder. Con su propia vida victoriosa, quiere dejar un ejemplo que el hombre siga y venza así las tentaciones de Satanás" (Elena G. de White – Mensajes selectos, tomo 1, p. 318).

"Cristo no habría venido a esta tierra si los mandamientos no hubieran sido quebrantados. No vino a salvarnos en nuestros pecados, sino de nuestros pecados. No hay felicidad genuina en la transgresión, sino en la obediencia. Nuestro mérito está en la sangre de Cristo. Pero los hombres creen que pueden transgredir y despreciar la cruz, y aun así entrar en la ciudad" (Elena G. de White – Manuscript Releases, tomo 3, p. 98).

"Cristo vino a este mundo como un hombre, para probarles a los ángeles y a los hombres que el hombre puede vencer, que puede saber que en toda emergencia los poderes del Cielo están listos para ayudarlo. Nuestro Salvador tomó la naturaleza del hombre, con todas sus posibilidades. No tenemos que resistir nada que él no haya resistido" (Elena G. de White - Signs of the Times, 3 de diciembre, 1902).

"Para incitar la rebelión de la raza caída, hizo aparecer a Dios como injusto por haber permitido que el hombre violara su ley. Dijo el artero tentador: 'Si Dios sabía cuál iba a ser el resultado, ¿por qué permitió que el hombre fuese probado, que pecara, e introdujera la desgracia y la muerte?'... Millares de personas repiten hoy la misma rebelde queja contra Dios. No comprenden que al quitarle al hombre la libertad de elegir, le roban su prerrogativa como ser racional y le convierten en un mero autómatas. No es el propósito de Dios forzar la voluntad de nadie. El hombre fue creado moralmente libre. Como los habitantes de todos los otros mundos, debe ser sometido a la prueba de la obediencia; pero nunca se le coloca en una situación en la cual se halle obligado a ceder al mal. No puede sobrevenirle tentación o prueba alguna que no sea capaz de resistir. Dios tomó medidas tales para que el hombre nunca tuviese que ser derrotado en su conflicto con Satanás" (Elena G. de White – PP 342-343).

"Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de obligación para con la ley divina y dan a los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace aceptar falsas ideas acerca de Dios, de suerte que le miran con temor y odio más bien que con amor" (Elena G. de White – CS 625).

"Hay muchos en estos días que conceptualizarían el pecado de Acán como de poca importancia, y excusarían su culpabilidad; pero esto se debe a que no comprenden el carácter del pecado y sus consecuencias, no entienden la santidad de Dios y sus requerimientos. Con frecuencia se oye la afirmación de que Dios no es exigente, ya sea que obedezcamos diligentemente su Palabra o no, ya sea que obedezcamos todos los mandamientos de su santa ley o no; pero el registro de la forma en que trató a Acán debiera ser una advertencia para nosotros. En ninguna manera justificará al culpable" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 2, p. 992).

"La religión que hace del pecado un asunto liviano, espaciándose en el amor de Dios hacia el pecador sin tener en cuenta sus acciones, solo consigue estimular al pecador a creer que Dios le recibirá aunque continúe haciendo lo que sabe que es pecado. Esto es lo que están haciendo algunos que profesan creer la verdad presente. Mantienen la verdad apartada de la vida, y ésta es la razón por la cual no tiene poder para convencer y convertir el alma" (Elena G. de White – Testimonios para la iglesia, tomo 5, p. 509).

"Debéis experimentar una muerte al yo y vivir para Dios. Si pues habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1). No debemos consultar con el yo, el orgullo, el amor propio, el egoísmo, la avaricia, la codicia, el amor al mundo, el odio, la suspicacia, los celos, las malas sospechas, todas esas cosas deben ser subyugadas y sacrificadas para siempre. Cuando Cristo venga no lo hará para corregir esos males y darnos un carácter adecuado para su venida, Esa preparación debe estar completa antes de que venga" (Elena G. de White - Maranata el Señor viene 57).

“Hermanos míos, estamos viviendo en un periodo muy solemne de la historia de la tierra. Nunca es tiempo de pecar. Siempre es peligroso continuar en la transgresión. Pero en un sentido especial esto es cierto en el tiempo actual” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 363).

“Los seguidores de Cristo han de ser puros en palabras y en hechos. En este mundo, un mundo de iniquidad y corrupción los cristianos deben manifestar los atributos de Cristo. Todo lo que hagan y digan debe estar libre de egoísmo. Cristo desea presentarnos ante el Padre sin mancha ni arruga ni cosa semejante, purificados por su gracia y llevando su semejanza” (Elena G. de White - Dios nos cuida 266).

"Cumplir con esta amonestación del apóstol atará y mantendrá restringida cada pasión ilícita, y hará del control propio una necesidad absoluta para el cristiano. La austeridad, el esfuerzo, la energía y todo lo que fortalezca y desarrolle cualidades y tendencias nobles serán cultivados. El poder divino, combinado con el esfuerzo humano, les dará a todos una victoria perfecta y completa (Elena G. de White – Signs of the Times, 14 de febrero, 1878).

“Si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros.” ¡Cuántas almas cargadas por el pecado han repetido esta oración! Y para todas, la respuesta del Salvador compasivo es: “Si puedes creer, al que cree todo es posible.” Es la fe la que nos une con el Cielo y nos imparte fuerza para luchar con las potestades de las tinieblas. En Cristo, Dios ha provisto medios para subyugar todo rasgo pecaminoso y resistir toda tentación, por fuerte que sea. Pero muchos sienten que les falta la fe, y por lo tanto permanecen lejos de Cristo. Confíen estas almas desamparadas e indignas en la misericordia de su Salvador compasivo. No se miren a sí mismas, sino a Cristo. El que sanó al enfermo y echó a los demonios cuando estaba entre los hombres es hoy el mismo Redentor poderoso. La fe viene por la palabra de Dios. Entonces aceptemos la promesa: “Al que a mí viene, no le echo fuera.”<sup>2</sup> Arrojémonos a sus pies clamando: “Creo, ayuda mi incredulidad.” Nunca pereceremos mientras hagamos esto, nunca” (Elena G. de White - DTG 396).

"Dios es quien nos da poder para vencer. Los que oyen su voz y obedecen sus mandamientos, reciben el poder para formar caracteres rectos. Los que desobedecen sus órdenes explícitas, formarán caracteres similares a las propensiones que fomentan" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, pp. 954,955).

"Satanás no tiene el poder para obligar a alguien a pecar. El pecado es el acto individual del pecador. Antes que el pecado exista en el corazón, debe darse el consentimiento de la voluntad, y tan pronto como se lo da, el pecado triunfa y el infierno se regocija. Pero no hay excusa para el pecado, ya sea grande o pequeño. Cristo ha sido provisto como el refugio del tentado (Hebreos 2:16-18; 4:15-18). La tentación no es pecado, y no indica que Dios está disgustado con nosotros. El Señor permite que seamos tentados, pero él mide cada tentación y la asigna según nuestra capacidad para resistirla y vencer el mal. .. Por medio de la oración y la palabra de Dios se nos habilitará para vencer la tentación" (Elena G. de White - Signs of the Times, 18 de diciembre, 1893).

"La mente de los hombres está siendo controlada, o bien por los ángeles malos, o por los ángeles de Dios... Debemos hacer toda la preparación que podamos para resistir al enemigo de las almas. Se han tomado todas las medidas; en el plan de Dios se ha dispuesto todo para que el hombre no sea abandonado a sus propios impulsos, a sus facultades limitadas para continuar la lucha contra los poderes de las tinieblas, porque ciertamente fracasaría si fuera abandonado a sí mismo" (Elena G. de White – Comentario bíblico adventista, tomo 6, p. 1120).

"Aquello que nuestro pueblo debe entretejer con su vida y carácter es la revelación del plan de redención y los conceptos más elevados de Dios y su santidad, introducidos en la vida. El lavado de los mantos del carácter en la sangre del Cordero es una obra que debemos atender fervientemente mientras se ha de eliminar todo defecto de carácter" (Elena G. de White – *Counsels to Writers and Editors*, p. 81).

“¿Qué estáis haciendo, hermanos, en la gran obra de preparación? Los que se unen con el mundo reciben su molde y se preparan para la marca de la bestia. Los que desconfían de sí mismos, se humillan delante de Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, son los que reciben el molde celestial y se preparan para tener el sello de Dios en sus frentes. Cuando se promulgue el decreto y se estampe el sello, su carácter permanecerá puro y sin mancha para la eternidad. Ahora es el momento de prepararse. El sello de Dios no será nunca puesto en la frente de un hombre o una mujer que sean impuros.

Nunca será puesto sobre la frente de seres humanos ambiciosos y amadores del mundo. Nunca será puesto sobre la frente de hombres y mujeres de corazón falso o engañoso. Todos los que reciban el sello deberán estar sin mancha delante de Dios y ser candidatos para el cielo” (Elena G. de White - *Joyas de los testimonios tomo 2 - 71*).

"La única esperanza del hombre yace en Jesucristo, quien trajo el manto de su justicia para ponerlo sobre el pecador que quiera dejar de lado sus sucios andrajos. Hay muchos que se aferran a sus andrajos, los cuales Cristo está dispuesto a quitarles, y prefieren las manchas del pecado antes que las pulcras vestiduras de la justicia de Cristo. No se preparan los mantos puros y santos para que alguien se los ponga después de haber entrado por los portales de la ciudad. Todos los que entren tendrán el manto de la justicia de Jesucristo, y el nombre de Dios será visto en sus frentes. Este nombre es el símbolo que el apóstol vio en visión, y significa la cesión de la mente a la obediencia inteligente y leal a todos los mandamientos de Dios. No habrá cobertura de pecados y faltas, que oculte la deformidad del carácter; no habrá ropa medio lavada; por el contrario, todos serán puros y sin mancha" (Elena G. de White - *The Youth's Instructor*, 18 de agosto, 1886; parcialmente en *Hijos e hijas de Dios*, p. 68).

“Los que dan un franco testimonio contra el pecado, tan ciertamente serán aborrecidos como lo fue el Maestro que le dio esa obra para hacerla en su nombre, al igual que Cristo serán llamados enemigos de la iglesia y de la religión” (Elena G. de White - *Mensajes selectos tomo 1 – 83*).

“En todo verdadero discípulo, este amor, como fuego sagrado, arde en el altar del corazón. Fue en la tierra donde el amor de Dios se reveló por Cristo. Es en la tierra donde sus hijos han de reflejar su amor mediante vidas inmaculadas. Así los pecadores serán guiados a la cruz, para contemplar al Cordero de Dios” (Elena G. de White - *HAP 269-270*).

“Aunque Jesús conocía a Judas desde el principio, le lavó los pies. Y el traidor tuvo ocasión de unirse con Cristo en la participación del sacramento. Un Salvador longánime ofreció al pecador todo incentivo para recibirle, para arrepentirse y ser limpiado de la contaminación del pecado. Este ejemplo es para nosotros. Cuando suponemos que alguno está en error y pecado, no debemos separarnos de él. No debemos dejarle presa de la tentación por algún apartamiento negligente, ni impulsarle al terreno de batalla de Satanás.

Tal no es el método de Cristo. Porque los discípulos estaban sujetos a yerros y defectos, Cristo lavó sus pies, y todos menos uno de los doce fueron traídos al arrepentimiento” (Elena G. de White - *DTG 612*).

"El tabernáculo judío era un símbolo de la iglesia cristiana. Fue una maravillosa estructura hecha de dos partes, la exterior y la interior; una abierta a la ministración de todo los sacerdotes, y la otra abierta solo al Sumo Sacerdote, que representaba a Cristo. La iglesia en la tierra, compuesta por los que son fieles y leales a Dios, es el 'verdadero tabernáculo' del cual es ministro el Redentor. Dios, y no el hombre, levantó este tabernáculo sobre una plataforma elevada. Este tabernáculo es el cuerpo de Cristo, y del norte y sur, este y oeste reúne a los que ayudarán a integrar- lo. A través de Cristo, los creyentes verdaderos son representados como edifica- dos juntos para la morada de Dios en el Espíritu...

Un tabernáculo santo está formado por los que reciben a Cristo como su Salvador personal... Al recibir a Cristo y conformarse a su voluntad, el hombre se dirige a la perfección. Este fortalecimiento del carácter individual, que se renueva, constituye una estructura más noble que cualquier obra de mano mortal. Así, la gran obra de Dios avanza paso a paso. Quienes desean un lugar en su iglesia muestran esto en su deseo de ser tan conformados a la voluntad divina que se puede confiarles la gracia para impartirla a otros. Se necesita la ministración divina para dar poder y eficiencia a la iglesia en este mundo... Cristo es el Ministro del verdadero tabernáculo, el Sumo Sacerdote de todos los que creen en él como un Salvador personal; y ningún otro puede tomar su oficio. Él es el Sumo Sacerdote de la iglesia y tiene una obra que hacer que ningún otro puede realizar. Por su gracia, él es capaz de guardar a cada hombre de la transgresión (Elena G. de White - Signs of the Times, 14 de febrero, 1900; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 943).

"Ahora Cristo está en el Santuario celestial. ¿Y qué está haciendo? Está haciendo expiación por nosotros, purificando el santuario de los pecados del pueblo. Entonces tenemos que entrar por fe con él en el santuario; debemos iniciar la obra en el santuario de nuestras almas. Debemos limpiarnos de toda contaminación. Debemos 'limpiarnos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios' (Elena G. de White - The 1888 Ellen G. White Materials, p. 127).

"Se me mostró que la reforma pro salud es una parte del mensaje del tercer ángel y está tan íntimamente ligada a él como el brazo y la mano lo están al cuerpo humano. Vi que como pueblo debemos avanzar en esta gran obra. Los ministros y el pueblo deben actuar en armonía. El pueblo de Dios no está preparado para el fuerte clamor del tercer ángel. Sus hijos tienen una tarea que hacer por sí mismos que no debieran dejar que Dios la haga por ellos. Él ha dejado esa obra para que ellos la lleven a cabo. Es una obra individual; nadie puede hacerla por otro. 'Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios' (2 Corintios 7:1). La glotonería es un pecado predominante de esta época. El apetito sensual esclaviza a hombres y mujeres. Nubla su intelecto y entorpece la sensibilidad moral a tal punto que la persona deja de apreciar las sagradas y elevadas verdades de la Palabra de Dios. Las tendencias más bajas han gobernado a hombres y mujeres" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 1, p. 427).

"El plan de redención no es solo una forma de escapar del castigo de la transgresión, sino que, por medio de ese plan, el pecador recibe el perdón de sus pecados y finalmente será recibido en el cielo; pero no como un delincuente que es perdonado y dejado en libertad y que sin embargo es objeto de desconfianza y no se le brinda amistad ni se le tiene fe, sino que se le da la bienvenida como a un hijo y se le da de nuevo la más plena confianza ... Si aceptamos esta salvación maravillosa por medio de la fe viva, nunca pereceremos como transgresores culpables de la ley santa, inmutable de Dios. Al creer en el Hijo, hemos de ser obedientes a todos los

mandamientos del Padre, y tenemos vida por medio de Jesucristo. Pero muchos dejan de actuar en base a esta fe, y por lo tanto Dios es deshonrado... Pero el evangelio de las buenas nuevas no debe interpretarse como si permitiera que los hombres vivan en rebelión continua contra Dios al transgredir su ley justa y santa. ¿Por qué aquellos que dicen entender las Escrituras no pueden ver que el requisito de Dios bajo la gracia es el mismo que dio en el Edén: una obediencia perfecta a su ley?... El evangelio del Nuevo Testamento no es la norma del Antiguo Testamento rebajada para encontrar al pecador y salvarlo en sus pecados. Dios requiere obediencia de todos sus sujetos, obediencia entera a todos sus mandamientos. Él demanda ahora como siempre una justicia perfecta como el único título al cielo. Cristo es nuestra esperanza y refugio. Su justicia solo se imputa al obediente. Aceptémoslo por la fe, que el Padre no encuentre pecado en nosotros. Pero aquellos que han pisoteado la santa ley no tendrán derecho a reclamar esa justicia.

¡Oh, que podamos ver la inmensidad del plan de salvación como hijos obedientes de todos los requisitos de Dios, creyendo que tenemos paz con Dios por medio de Jesucristo, nuestro sacrificio expiatorio!" (Elena G. de White - Review and Herald, 21 de septiembre, 1886; parcialmente en Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 962).

"Antes de que se pusieran los fundamentos de la tierra, se hizo el pacto de que serían hijos de Dios todos los que fueran obedientes, todos los que por medio de la abundante gracia proporcionada llegaran a ser santos en carácter y sin mancha delante de Dios, al apropiarse de esa gracia. Ese pacto, hecho desde la eternidad, fue dado a Abraham mil novecientos años antes de que viniera Cristo. ¡Con cuánto interés y con cuánta intensidad estudió Cristo en su humanidad a la raza humana para ver si los hombres aprovecharían el recurso ofrecido!" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista tomo 6, p. 1114).

"Este es nuestro tiempo de lavar y planchar: tiempo cuando debemos limpiar nuestros mantos del carácter en la sangre del Cordero. Juan dice: 'He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo'... ¿No le permitiremos que los quite? ¿No dejaremos que nuestros pecados se vayan?" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1106).

"Cuando usted renuncia abiertamente al pecado y a Satanás, las tres grandes potencias del cielo se comprometen a ayudarlo a vencer. Usted fue levantado en novedad de vida por el poder que levantó a Cristo de los muertos. Salió de la tumba líquida para consagrar su vida al servicio del Maestro. De aquí en adelante ha de vivir una vida nueva, y ahora la razón, el conocimiento, los afectos, el lenguaje, las propiedades y todo lo demás que le ha sido confiado, adquiere la perspectiva del cielo a fin de que pueda sea usado por Dios. Usted debe llevar la cruz y vivir con abnegación; ha de vivir ligado a la vida de Cristo. El carácter del cristiano debe ser una reproducción del carácter de Cristo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 12 de febrero, 1902).

"Esforcémonos con seriedad para ganar la victoria sobre el pecado. Propongámonos no darle lugar al enemigo, criticando, destacando los defectos, menospreciando a otros, y buscando ser los primeros. Estudiemos la oración elevada en nuestro favor, y obremos para que se cumpla. Mantengamos nuestros ojos fijos en el Modelo perfecto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 19 de septiembre, 1900).

"Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo. Cuando venga el Señor, los que

son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su proceso de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora debe realizarse esta obra en nosotros. Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta. Nos eleva y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es que se completará esta obra a nuestro favor. Es aquí que nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad" (Elena G. de White - Dios nos cuida, p. 360).

"Es la fe lo que nos une con el Cielo y nos imparte fuerza para luchar contra las potestades de las tinieblas. En Cristo, Dios ha provisto los medios para subyugar todo rasgo pecaminoso y resistir toda tentación, por fuerte que sea" (Elena G. de White - DTG 396).

"Solo aquellos que son santificados por medio de la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios pretende que sus hijos deban tener, no es ese carácter que guía a los hombres a jactarse de su justicia y rechazar la ley de Dios, la cual es 'santa, y justa, y buena'. La santificación de la Biblia es obediencia implícita a los mandatos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Él vino para salvar 'a su pueblo de sus pecados', para que 'la justicia de la ley se cumpliera' en sus seguidores" (Elena G. de White - Signs of the Times, 10 de febrero, 1888).

"Los que piensan que están firmes porque tienen la verdad, experimentarán algunas terribles caídas; pero (los tales) no tienen la verdad como es en Jesús. Un momento de descuido puede sumir al alma en una ruina irremediable. Un pecado puede conducir al segundo, y el segundo prepara el camino para el tercero, y así sucesivamente. Como fieles mensajeros de Dios debemos rogarle constantemente que seamos guardados por su poder. Si nos apartamos una sola pulgada del deber, estamos en peligro de continuar en una conducta pecaminosa que termine en la perdición. Hay esperanza para cada uno de nosotros, pero solamente de una manera: aferrándonos a Cristo, ejerciendo toda energía para alcanzar la perfección de su carácter. La religión liviana que hace del pecado algo de poca gravedad y que constantemente se detiene en el amor de Dios hacia el pecador, anima a éste a creer que Dios lo salvará mientras continúa en el pecado, sabiendo que es pecado. Esta es la forma en que muchos proceden mientras profesan creer la verdad presente. La verdad está separada de sus vidas, y esa es la razón por la cual no tienen más poder para convencer y convertir el alma. Debe esforzarse todo nervio e intención y músculo para abandonar al mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus modas" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 3, p. 175).

"Él con mucho gusto perdona a los que se arrepienten, pero retirará su favor de aquellos que continúan pecando, exaltando el yo, y mezclando lo sagrado con lo común. Terribles juicios destruirán a aquellos que lo han representado mal al decir: 'Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este' (Jeremías 7:4), cuando su ejemplo es engañoso" (Elena G. de White - Signs of the Times, 31 de octubre, 1900).

"Solo el evangelio de Cristo puede librarle de la condenación o de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley transgredió, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene 'remisión de los pecados cometidos anteriormente', y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios... En el nuevo nacimiento el corazón viene a quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. Terminó su antigua vida de separación con Dios; y comenzó la nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces 'la justicia que requiere la ley' se cumplirá 'en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu' (Romanos 8:4). Y el lenguaje del alma será '¡Cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación' (Salmos 119:97)" (Elena G. de White - El conflicto de los siglos, pp. 551, 552).

"Juan exhortaba a esos hombres a que hicieran 'frutos dignos de arrepentimiento'; es decir, que mostraran que se habían convertido y que sus caracteres se habían transformado... Ni palabras ni simulaciones; los frutos -el abandono de los pecados y la obediencia a los mandamientos de Dios- son los que demuestran la realidad de un genuino arrepentimiento y una verdadera conversión" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1053).

"Dios no perdona el pecado para animarnos a seguir en el mal. Debe confrontar el pecado tan de cerca, que la naturaleza divina pueda tomar posesión del ser, y la riqueza del cielo sea vertida en la mente y el corazón. Dios ha hecho toda provisión para que los recursos divinos puedan fluir libremente, y no debemos juzgar ningún sacrificio demasiado costoso a fin de que los tesoros de la verdad puedan ser dados al mundo. Fallar en hacer esto sería traicionar la sagrada confianza" (Elena G. de White - Signs of the Times, 1 de marzo, 1899).

"El arrepentimiento comprende tristeza por el pecado y abandono del mismo. No renunciaremos al pecado a menos que veamos su pecaminosidad; mientras no lo repudiamos de corazón, no habrá cambio real en la vida" (Elena G. de White - El camino a Cristo, p. 21).

"Pero al paso que Dios puede ser justo y sin embargo justificar al pecador por los méritos de Cristo, nadie puede cubrir su alma con el manto de la justicia de Cristo mientras practique pecados conocidos o descuide deberes conocidos. Dios requiere la entrega completa del corazón antes de que pueda realizarse la justificación. Y a fin de que el hombre retenga la justificación, debe haber una obediencia continua mediante una fe activa y viviente que obre por amor y purifique el alma" (Elena G. de White - Mensajes selectos, tomo 1, p. 429).

"En torno del trono de Dios se halla el arco iris del pacto, símbolo de la palabra empeñada por Dios de que él recibirá a cada pecador que abandone toda esperanza de vida eterna por medio de su propia justicia, y acepte la justicia del Redentor del mundo, creyendo que Cristo es su Salvador personal, capaz de salvarlo de su pecado, y que lo libra de caer. A menos que Cristo sea la base de nuestra esperanza, no heredaremos la vida eterna... El apóstol declara, 'La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno' (Romanos 7:12). ¿Entonces por qué razón debería el Señor poner a un lado su ley para proporcionar una vía de escape para el pecador, o hacerle posible que la transgreda impunemente? No hay ninguna razón, y la ley del Señor 'permanece para siempre'... Bajo el pacto de gracia Dios requiere del hombre solamente lo que requirió en el Edén: obediencia perfecta. El pecador creyente, por medio de su sustituto divino y su garante, obedece la ley de Dios... (Tito 4:3-8) Las buenas obras sobrevendrán como las flores y los frutos de la fe. La apropiación de la justicia de Cristo será

manifestada en una vida ordenada y una conversación piadosa" (Elena G. de White - Signs of the Times, 5 de septiembre, 1892).

"Satanás viene al pueblo de Dios con la tentación, y la tentación gana la victoria, y aquellos que afirman seguir a Cristo caen presa de los engaños del enemigo, dándole una excusa para señalar al pueblo de Dios como vestido con trapos de inmundicia. Señala sus defectos como una muestra de lo que hacen los que guardan los mandamientos de Dios... pero Dios no los ha olvidado. Nada en este mundo es tan caro al corazón de Dios como su iglesia... Dios no abandona a su pueblo para que sea vencido por las tentaciones de Satanás. Él castigará a quienes lo representan mal. Pero tendrá misericordia de todos los que se arrepienten sinceramente... Al comparecer ante Dios con ropa inmundas, Josué representó bien la condición de los ministros de Dios y los miembros de su iglesia. Ellos necesitan ser reavivados y reformados... Aquellos que siguen en el servicio de la voluntad de Dios, por el reavivamiento de las agencias designadas por el Señor, volverán a una obediencia de corazón, dependiendo en los méritos de un Salvador crucificado, y confiando en su expiación para salvación. Los justos proseguirán practicando la justicia, porque Cristo, que se ha formado en su interior, es la justicia y la verdad. Ellos serán imbuidos de un amor puro, ferviente, un amor gestado por el amor de Dios... Él les dará toda la ayuda necesaria a quienes acudan a él suplicando fuerza para desarrollar un carácter semejante al de Cristo. Pero su amor no significa debilidad. Él no transigirá con sus pecados, ni los prosperará mientras sigan un curso de acción incorrecto. Solo por el arrepentimiento fiel sus pecados serán perdonados, ya que Dios no cubrirá el mal con el manto de su justicia. Él honrará el servicio fiel. .. Que aquellos que se comprometieron a servirle caminen ante él en humildad verdadera, siguiendo fielmente sus pasos, apreciando los santos principios que permanecerán a través de las edades eternas. Que por palabra y acción muestren que obedecen las leyes que son obedecidas en el cielo" (Elena G. de White - Signs of the Times, 13 de noviembre, 1901).

"La justicia que Cristo enseñaba es la conformidad del corazón y de la vida a la voluntad revelada de Dios. Los hombres pecaminosos pueden llegar a ser justos únicamente al tener fe en Dios y mantener una relación vital con él. Entonces la verdadera piedad elevará los pensamientos y ennoblecerá la vida. Entonces las formas externas de la religión armonizarán con la pureza interna del cristiano. Entonces las ceremonias requeridas en el servicio de Dios no serán ritos sin significado como los de los hipócritas fariseos" (Elena G. de White - El Deseado de todas las gentes, p. 276).

"La fe mencionada en la Palabra de Dios exige una vida en la cual la fe en Cristo sea un principio activo y viviente. Es la voluntad de Dios que la fe en Cristo se perfeccione por las obras. Él une la salvación y la vida eterna de los que creen, con estas obras, y por este medio hace provisión para que la luz de la verdad llegue a todo pueblo y nación. Este es el fruto de la operación del Espíritu de Dios. Mostramos nuestra fe en Dios al obedecer sus órdenes. La fe siempre se expresa en palabras y acciones. Produce resultados prácticos, porque es un elemento vital de la existencia. La vida que está moldeada por la fe engendra una determinación de avanzar, de ir hacia adelante siguiendo las pisadas de Cristo. La fe en Jesucristo como nuestro Salvador personal, aquel que perdona nuestros pecados y transgresiones, aquel que puede guardarnos del pecado y conducirnos en sus pisadas, es presentada en el capítulo 58 de Isaías. Aquí se presentan los frutos de una fe que obra por el amor y purifica el alma del egoísmo. Aquí son combinadas la fe y las obras" (Elena G. de White - Review and Herald, 17 de marzo, 1910; parcialmente en En lugares celestiales, p. 109).

"Usted podrá decir que cree en Jesús cuando tenga una apreciación del costo de la salvación. Podrá hacer esta afirmación cuando sienta que Jesús murió por usted en la cruenta cruz del Calvario; cuando tenga una fe inteligente que le haga comprender que esa muerte hace posible que usted deje de pecar, y perfeccione un carácter por medio de la gracia de Dios, y que le es concedido como una adquisición de la sangre de Cristo" (Elena G. de White - Review and Herald, 24 de julio, 1888).

"Una simple profesión de piedad no tiene valor... Una aceptación nominal de la verdad sirve hasta donde su influencia alcanza, y la capacidad de dar razón de nuestra fe es un buen logro, pero si la verdad no penetra aun más profundamente, el alma nunca será salvada. El corazón debe ser purificado de toda contaminación moral" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 962).

"En medio de las trampas a las que todos están expuestos, se necesitan defensas fuertes y dignas de confianza de las que se pueda depender. En este siglo corrupto, muchos tienen una provisión tan pequeña de la gracia de Dios, que con frecuencia su defensa es derribada en el primer asalto y los cautivan las tremendas tentaciones. El escudo de la gracia puede preservar a todos sin que sean vencidos por las tentaciones del enemigo, aunque estén rodeados por las influencias más corruptoras. Mediante firmes principios y una confianza inmutable en Dios, pueden brillar su virtud y nobleza de carácter y, aunque estén rodeados por el mal, ninguna mancha debe quedar necesariamente sobre su virtud e integridad. Y si, como en el caso de José, sufren calumnia y falsas acusaciones, la Providencia encauzará para el bien todos los artificios del enemigo, y a su debido tiempo Dios los exaltará tanto más cuanto que por un tiempo estuvieron rebajados por una impía venganza" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1111).

"El inagotable suministro de la gracia de Dios espera la demanda de cada alma. Esto sanará cada enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Esto une a los seres humanos con Cristo, permitiéndoles andar en el camino de la obediencia voluntaria. Por la influencia del Espíritu de Dios, el hombre es transformado; su gusto es refinado, su juicio purificado, su corazón limpiado; llega a ser completo en Cristo. El amor que fue manifestado en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento captura a Cristo. La belleza y la fragancia de su carácter son reveladas en la vida, testificando que Dios en efecto envió su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso. Las palabras de Cristo descenderán con poder vivificante sobre los corazones obedientes; la imagen perfecta de Dios será reproducida, y en el cielo se dirá: 'Ustedes están completos en él'. Reconociendo que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se ubica a sí mismo bajo la formación del gran Maestro, sabiendo que solo así puede alcanzar la perfección. Y la presencia del Espíritu le permite revelar la semejanza de Cristo. Diariamente se torna más capaz de entender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra más y mejor capacitado para ayudar a otros. Al descansar en Cristo, produce mucho fruto" (Elena G. de White - Signs of the Times, 4 de junio, 1902).

"Por medio del cultivo de los principios de justicia el hombre puede ganar la victoria sobre la predisposición al pecado. Si obedece la ley de Dios, sus sentidos no estarán distorsionados y deformados; sus facultades ya no serán pervertidas y desperdiciadas al ejercitarse en objetos que pueden alejarlo de Dios. Por medio de la gracia otorgada por el Cielo, las palabras, los pensamientos y las energías pueden ser purificados; se puede formar un carácter nuevo, y se puede vencer la degradación del pecado" (Elena G. de White - Manuscrito 60, 1905 / MCP tomo 1 - 31).

“Cristo hace que sus discípulos lleguen a una unión viviente con él y con el Padre. El hombre es hecho completo en Cristo Jesús mediante la obra del Espíritu Santo en la mente humana. La unidad con Cristo establece un vínculo de unidad mutua. Esa unidad es la prueba más convincente ante el mundo de la majestad y virtud de Cristo y de su poder para eliminar los pecados” (Elena G. de White - Manuscrito 111, 1903; Comentario Bíblico Adventista 5:1122 / MCP tomo 1 - 30).

“Satanás no puede tocar la mente o el intelecto a menos que se los cedamos a él (Elena G. de White - Manuscrito 17, 1893; The S.D.A. Bible Commentary 6:1105 / MCP tomo 1 – 25-26).

"Así como un buen árbol dará buenos frutos, así el árbol que es realmente plantado en el huerto del Señor producirá buenos frutos para vida eterna. Los pecados que nos rodean son vencidos; no se permiten en la mente malos pensamientos; los malos hábitos son eliminados del templo del alma. Las tendencias que se han torcido en una dirección equivocada, vuelven a encaminarse por el sendero correcto. Se cambian las disposiciones y sentimientos equivocados; se reciben nuevos principios de acción y hay una nueva norma de carácter. Disposiciones santas y emociones santificadas son el fruto que da ahora el árbol cristiano. Se ha efectuado una transformación completa.

Esta es la obra que debe realizarse" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1079, 1080).

"El Espíritu Santo es su representante en nuestro mundo para ejecutar el propósito divino de proporcionar poder de lo alto a los hombres caídos a fin de que puedan ser vencedores. Todos los que entran en un pacto con Jesucristo, se convierten en hijos de Dios por adopción. Son limpiados por el poder regenerador de la Palabra, y los ángeles tienen la comisión de ministrar a favor de ellos" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 933).

“Los redimidos entonan un canto de alabanza que se extiende y repercute por las bóvedas del cielo: “¡Atribúyase la salvación a nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero!” Vers. 10 (VM). Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Al ver los redimidos el poder y la malignidad de Satanás, han comprendido, como nunca antes, que ningún poder fuera del de Cristo habría podido hacerlos vencedores. Entre toda esa muchedumbre ni uno se atribuye a sí mismo la salvación, como si hubiese prevalecido con su propio poder y su bondad. Nada se dice de lo que han hecho o sufrido, sino que el tema de cada canto, la nota dominante de cada antifona es: Salvación a nuestro Dios y al Cordero” (Elena G. de White - CS 723).

(Durante el tiempo de angustia) “La historia de Jacob nos da además la seguridad de que Dios no rechazará a los que han sido engañados, tentados y arrastrados al pecado, pero que hayan vuelto a él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás trata de acabar con esta clase de personas, Dios enviará sus ángeles para consolarlas y protegerlas en el tiempo de peligro. Los asaltos de Satanás son feroces y resueltos, sus engaños terribles, pero el ojo de Dios descansa sobre su pueblo y su oído escucha su súplica. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero el Refinador los sacará como oro purificado por el fuego. El amor de Dios para con sus hijos durante el período de su prueba más dura es tan grande y tan tierno como en los días de su mayor prosperidad; pero necesitan pasar por el horno de fuego; debe consumirse su mundanalidad, para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente” (Elena G. de White - CS 678-679).

“Es inminente “la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra.” Apocalipsis 3:10. Todos aquellos cuya fe no esté firmemente cimentada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. La operación de Satanás es “con todo el artificio de la injusticia” a fin de alcanzar dominio sobre los hijos de los hombres; y sus engaños seguirán aumentando. Pero sólo puede lograr sus fines cuando los hombres ceden voluntariamente a sus tentaciones. Los que busquen sinceramente el conocimiento de la verdad, y se esfuercen en purificar sus almas mediante la obediencia, haciendo así lo que pueden en preparación para el conflicto, encontrarán seguro refugio en el Dios de verdad. “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré” (Vers. 10), es la promesa del Salvador. El enviaría a todos los ángeles del cielo para proteger a su pueblo antes que permitir que una sola alma que confíe en él sea vencida por Satanás” (Elena G. de White - CS 616-617).

“Cristo imputa su perfección y justicia al pecador creyente que no continúa en el pecado, sino que se aparta de la transgresión para obedecer los mandamientos” (Elena G. de White - The Review and Herald, 23 de mayo de 1899).

“Al par que se hace pasar ante los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, Satanás producirá enfermedades y desastres al punto que ciudades populosas sean reducidas a ruinas y desolación. Ahora mismo está obrando. Ejerce su poder en todos los lugares y bajo mil formas: en las desgracias y calamidades de mar y tierra, en las grandes conflagraciones, en los tremendos huracanes y en las terribles tempestades de granizo, en las inundaciones, en los ciclones, en las mareas extraordinarias y en los terremotos. Destruye las mieses casi maduras y a ello siguen la hambruna y la angustia; propaga por el aire emanaciones mefíticas y miles de seres perecen en la pestilencia. Estas plagas irán menudeando más y más y se harán más y más desastrosas. La destrucción caerá sobre hombres y animales. “La tierra se pone de luto y se marchita,” “desfallece la gente encumbrada de la tierra. La tierra también es profanada bajo sus habitantes; porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno - Isaías 24:4, 5 (VM)” (Elena G. de White - CS 647).

“Un estudio de la Biblia hecho con oración mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y se lo haría aborrecer y rehuir; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente a Dios para ser conducidos a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, desconocen tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar a Dios, pero que parezca recordarlo. El papado responde perfectamente a las necesidades de todas esas personas. Es adecuado a dos clases de seres humanos que abarcan casi a todo el mundo: los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Tal es el secreto de su poder” (Elena G. de White - CS 629).

“Todos aquellos que conservan y cultivan rasgos pecaminosos de carácter, o que fomentan un pecado conocido, atraen las tentaciones de Satanás. Se separan de Dios y de la protección de sus ángeles, y cuando el maligno les tiende sus redes quedan indefensos y se convierten en fácil presa. Los que de tal suerte se abandonan al poder satánico no comprenden adónde los llevará su conducta. Pero, después de haberlos subyugado por completo, el tentador los empleará como agentes para empujar a otros a la ruina” (Elena G. de White - CS 615).

“Si no existiera otra evidencia tocante a la naturaleza real del espiritismo, debería bastar a todo cristiano el hecho de que los espíritus no hacen ninguna diferencia entre lo que es justo y lo que es pecado, entre el más noble y puro de los apóstoles de Cristo y los más degradados servidores de

Satanás. Al representar al hombre más vil como si estuviera altamente exaltado en el cielo, es como si Satanás declarara al mundo: “No importa cuán malos seáis; no importa que creáis o no en Dios y en la Biblia. Vivid como gustéis, que el cielo es vuestro hogar.” Los maestros espiritistas declaran virtualmente: “Todo aquel que obra mal es bueno a los ojos de Jehová, y él se complace en los tales; o si no, ¿dónde está el Dios de juicio?” Malaquías 2:17 (VM). La Palabra de Dios dice: “¡Ay de los que llaman a lo malo bueno, y a lo bueno malo; que ponen tinieblas por luz, y luz por tinieblas! - Isaías 5:20 (VM)” (Elena G. de White - CS 613).

“Del mismo modo que las aguas del diluvio, las llamas del gran día proclamarán el veredicto de Dios de que los malos son incurables. Ellos no tienen ninguna disposición para someterse a la autoridad divina. Han ejercitado su voluntad en la rebeldía; y cuando termine la vida será demasiado tarde para desviar la corriente de sus pensamientos en sentido opuesto, demasiado tarde para volverse de la transgresión hacia la obediencia, del odio hacia el amor” (Elena G. de White - CS 598).

“El Señor declara por el profeta Isaías: “Decid al justo que le irá bien.” “¡Ay del impío! mal le irá porque según las obras de sus manos le será pagado.” Isaías 3:10, 11. “Pero aunque el pecador haga mal cien veces—dice el sabio, —y con todo se le prolonguen los días, sin embargo yo ciertamente sé que les irá bien a los que temen a Dios, por lo mismo que temen delante de él. Al hombre malo empero no le irá bien.” Eclesiastés 8:12, 13 (VM). Y San Pablo declara que el pecador se atesora “ira para el día de la ira de la manifestación del justo juicio de Dios; el cual pagará a cada uno conforme a sus obras;” “tribulación y angustia sobre toda persona humana que obra lo malo - Romanos 2:5, 6, 9” (Elena G. de White - CS 596).

“Consideremos lo que la Biblia enseña además respecto a los impíos y a los que no se han arrepentido, y a quienes los universalistas colocan en el cielo como santos y bienaventurados ángeles. “Al que tuviere sed, le daré a beber de la fuente del agua de la vida de balde.” Apocalipsis 21:6 (VM). Esta promesa es sólo para aquellos que tuvieron sed. Sólo aquellos que sienten la necesidad del agua de la vida y que la buscan a cualquier precio, la recibirán. “El que venciere heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo.” Vers. 7 (VM). Aquí también, las condiciones están especificadas. Para heredar todas las cosas, debemos resistir al pecado y vencerlo” (Elena G. de White - CS 595-596).

“Y ése es el objeto que Satanás trata de conseguir. Nada desea él tanto como destruir la confianza en Dios y en su Palabra. Satanás se encuentra al frente de los grandes ejércitos de los que dudan, y trabaja con inconcebible energía para seducir a las almas y atraerlas a sus filas. La duda está de moda hoy. Una clase muy numerosa de personas mira la Palabra de Dios con la misma desconfianza con que fue mirado su Autor: porque ella reprueba y condena el pecado” (Elena G. de White - CS 580).

“Satanás asaltó a Cristo con sus tentaciones más violentas y sutiles; pero siempre fue rechazado. Esas batallas fueron libradas en nuestro favor; esas victorias nos dan la posibilidad de vencer. Cristo dará fuerza a todos los que se la pidan. Nadie, sin su propio consentimiento, puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene el poder de gobernar la voluntad o de obligar al alma a pecar. Puede angustiar, pero no contaminar. Puede causar agonía pero no corrupción. El hecho de que Cristo venció debería inspirar valor a sus discípulos para sostener denodadamente la lucha contra el pecado y Satanás” (Elena G. de White - CS 564-565).

“Cristo murió para hacer posible que usted cese de pecar” (Elena G. de White - RH, 28 de Agosto de 1894).

“Hablo claramente. No pienso que esto desanimará a un verdadero cristiano; no quiero que ninguno de vosotros llegue al tiempo de angustia sin una esperanza bien fundada en su Redentor. Resolved conocer lo peor de vuestro caso. Averiguad si tenéis una herencia en el cielo. Tratad verazmente con vuestra alma. Recordad que Jesús presentará a su Padre una iglesia sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 56).

“Cristo está pronto a venir en las nubes del cielo, y debemos estar preparados para encontrarlo sin tener mancha, ni arruga ni cosa semejante... El poder transformador de Dios debe estar sobre nuestros corazones. Debemos estudiar la vida de Cristo e imitar el Modelo divino. Debemos espaciarnos en la perfección de su carácter y ser transformados a su imagen. Nadie entrará en el reino de Dios a menos que su voluntad sea puesta en cautividad a la voluntad de Cristo” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“Nos estamos acercando rápidamente al fin de la historia de esta tierra. El fin está muy cerca, más cerca de lo que muchos suponen, y siento la carga de insistir en la necesidad que tiene nuestro pueblo de buscar fervientemente al Señor. Muchos están dormidos, ¿y qué puede decirse para despertarlos de su sopor carnal? El Señor quiere que su iglesia esté purificada antes que sus juicios caigan más señaladamente sobre el mundo...” (Elena G. de White - Ser semejante a Jesús 326).

“Mediante todos sus hábitos de vida el Salvador dio un ejemplo de lo que Dios espera que sea su iglesia en la tierra. Dile esto a la gente. Cristo quiere presentar su iglesia ante el Padre sin mancha ni arruga. Los primeros años de la vida del Salvador fueron años de pobreza. Los días de su niñez los pasó trabajando. Al trabajar en el banco del carpintero, al asumir las responsabilidades que recaían sobre él como miembro de la familia, a menudo se cansaba. Vivía en una era corrompida. Sin embargo, el mal que lo rodeaba no lo contaminó, ni influyeron sobre su carácter los de personalidad artificial y malvada. En los amplios campos y en medio de los paisajes de la naturaleza encontraba descanso del trabajo y alimento para su vida espiritual” (Elena G. de White - Cada día con Dios 141).

“... a menos que el profeso pueblo de Dios reciba el nuevo corazón que santifica la conducta. A menos que se reformen y cambien sus caracteres, serán dejados fuera de la ciudad de Dios; pues por sus puertas no puede entrar ninguna cosa inmunda. Sólo los que estén sin mancha, arruga ni nada semejante podrán pasar el gran examen. La ambición profana resultará en la ruina de muchas almas. Esta es la palabra que se me ha instruido dar a todos los que dicen creer la verdad presente” (Elena G. de White - El ministerio médico 202).

“La redención eterna nunca pareció tan extraordinariamente preciosa como en este tiempo presente, y nunca antes he sentido más profundamente el anhelo de vencer en cada punto como lo siento ahora. No debe haber defectos en nuestro carácter, ninguno. Cada mancha y arruga debe ser borrada por la sangre del Cordero. Nuestros rasgos peculiares de carácter desaparecerán cuando el poder transformador de la gracia de Dios se sienta en nuestros corazones. Los frutos de paciencia, amabilidad, tolerancia y abnegación que producimos testificarán que hemos aprendido de Jesús” (Elena G. de White - Alza tus ojos 152).

“Los que trabajan por las almas deben obtener un conocimiento más profundo, más pleno y más claro de Dios que el que se puede adquirir mediante un esfuerzo ordinario. Deben poner todas sus

energías en la obra del Señor. Están ocupados en una alta y sagrada vocación, y si ganan almas como salario, deben asirse firmemente de Dios, y recibir diariamente gracia y poder de la Fuente de toda bendición. "Porque la gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo templada, y justa, y píamente, esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras - Tito 2:11-14" (Elena G. de White - HAP 167).

"Dios está ahora probando a su pueblo. Está desarrollando su carácter. Los ángeles están pesando el valor moral, y llevando un registro fiel de todos los actos de los hijos de los hombres. Entre los que profesan ser hijos de Dios hay corazones corrompidos; pero serán probados. El Dios que lee lo que hay en el corazón de cada uno, sacará a la luz cosas ocultas de las tinieblas donde con frecuencia menos se sospechan, para eliminar las piedras de tropiezo que han estorbado el progreso de la verdad, a fin de que Dios tenga un pueblo limpio y santo que declare sus estatutos y juicios" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 1, p. 298).

"Pero los días de la purificación de la iglesia se aproximan velozmente. Dios se propone tener un pueblo puro y leal. En el gran zarandeo que pronto se llevará a cabo podremos medir más exactamente la fuerza de Israel. Las señales indican que el tiempo está cerca cuando el Señor revelará que tiene un aventador en su mano y limpiará con esmero su era" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 5, pp. 75, 76).

"¿No tiene Dios una iglesia viva? El tiene una iglesia, pero es la iglesia militante, no la iglesia triunfante. Lamentamos que haya miembros defectuosos, que haya cizaña en medio del trigo" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros 45).

"La iglesia de Cristo en la tierra será imperfecta, pero Dios no destruye a su iglesia a causa de su imperfección. Ha habido y habrá personas llenas de celo no conforme a ciencia, que querrán purificar la iglesia y desarraigar la cizaña de en medio del trigo. Pero Cristo nos ha dado luz especial sobre la manera de tratar a los que yerran y a aquellos que en la iglesia no están convertidos. Ninguna resolución espasmódica, celosa y apresurada ha de ser tomada por los miembros de la iglesia para separar de la misma a los que ellos consideran defectuosos de carácter. La cizaña aparecerá en medio del trigo; pero haría más daño arrancarla (a menos que sea de la manera señalada por Dios), que dejarla" (Elena G. de White - Testimonios para los ministros 46).

"Cristo ha enseñado claramente que aquellos que persisten en pecados manifiestos deben ser separados de la iglesia; pero no nos ha encomendado la tarea de juzgar el carácter y los motivos. El conoce demasiado bien nuestra naturaleza para confiarnos esta obra a nosotros. Si tratásemos de extirpar de la iglesia a aquellos que suponemos cristianos falsos, cometeríamos seguramente errores. A menudo consideramos sin esperanza a los mismos a quienes Cristo está atrayendo hacia sí. Si tuviéramos nosotros que tratar con estas almas de acuerdo con nuestro juicio imperfecto tal vez ello extinguiría su última esperanza. Muchos que se creen cristianos serán hallados faltos al fin. En el cielo habrá muchos de quienes sus prójimos suponían que nunca entrarían allí. El hombre juzga por la apariencia, pero Dios juzga el corazón. La cizaña y el trigo han de crecer juntamente hasta la cosecha; y la cosecha es el fin del tiempo de gracia" (Elena G. de White - PVGM 50).

“Tanto la parábola de la cizaña como la de la red enseñan claramente que no hay un tiempo en el cual todos los malos se volverán a Dios. El trigo y la cizaña crecen juntos hasta la cosecha. Los buenos y los malos peces son llevados juntamente a la orilla para efectuar una separación final. Además, estas parábolas enseñan que no habrá más tiempo de gracia después del juicio. Una vez concluida la obra del Evangelio, sigue inmediatamente la separación de los buenos y los malos, y el destino de cada clase de personas queda fijado para siempre” (Elena G. de White - PVGM 93-94).

“El mundo no tiene derecho a dudar de la verdad del cristianismo porque en la iglesia haya miembros indignos, ni debieran los cristianos descorazonarse a causa de esos falsos hermanos. ¿Qué ocurrió en la iglesia primitiva? Ananías y Safira se unieron con los discípulos. Simón el mago fue bautizado. Demás, que desamparó a Pablo, había sido contado como creyente. Judas Iscariote figuró entre los apóstoles. El Redentor no quiere perder un alma; su trato con Judas fue registrado para mostrar su larga paciencia con la perversa naturaleza humana; y nos ordena que seamos indulgentes como él lo fue. El dijo que los falsos hermanos se hallarán en la iglesia hasta el fin del tiempo” (Elena G. de White - PVGM 51-52).

“Los profesos cristianos se mantienen demasiado cerca de las cosas vulgares de la tierra. Sus ojos están acostumbrados a ver sólo las cosas comunes y sus mentes se complacen en las cosas que contemplan sus ojos. Su experiencia religiosa es a menudo superficial e insatisfactoria, y sus palabras son livianas y sin valor. ¿Cómo podrán los tales reflejar la imagen de Cristo? ...

El cielo está libre de todo pecado, de toda contaminación e impureza; y si deseamos vivir en su atmósfera, si deseamos contemplar la gloria de Cristo, debemos ser puros de corazón, perfectos de carácter por medio de su gracia y su justicia. No debemos embargarnos con placeres o diversiones, sino prepararnos para las gloriosas mansiones que Cristo ha ido a preparar para nosotros...

Cristo está pronto a venir en gloria; y cuando su majestad se revele, el mundo deseará haber tenido su favor. En ese momento, todos desearemos un lugar en las mansiones celestiales. Pero los que no confiesen a Cristo ahora en palabra, en vida, en carácter, no podrán esperar que él los reconozca delante de su Padre y de sus ángeles santos” (Elena G. de White - En los lugares celestiales 287).

“Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la pureza de carácter y al crecimiento en la gracia. Dondequiera que miramos, vemos corrupción y contaminación, deformidad y pecado. Y ¿cuál es la obra que hemos de emprender aquí precisamente antes de recibir la inmortalidad? Consiste en conservar nuestros cuerpos santos y nuestro espíritu puro, para que podamos subsistir sin mancha en medio de las corrupciones que abundan en derredor nuestro en estos últimos días” (Elena G. de White - Consejos sobre la salud 44-45).

“Puede parecer maravilloso que Juan haya visto a Cristo como es, y que Cristo se haya dirigido por sí mismo a las iglesias. Pero debemos recordar que la iglesia, por más debilitada y defectuosa que sea, es el único objeto de la tierra al cual Cristo confiere su suprema consideración. Constantemente la está vigilando con solicitud, y la está fortaleciendo con su santo Espíritu. ¿Estaremos dispuestos, nosotros, como miembros de su iglesia, a permitirle que dirija nuestra mente y que trabaje por medio de nosotros para su gloria?” (Elena G. de White - Manuscrito 155, 1902).

“Cristo ama a su iglesia. Dará toda la ayuda necesaria a los que pidan fortaleza para desarrollar un carácter cristiano. Pero su amor no es debilidad. No transigirá con sus pecados, ni les dará prosperidad mientras sigan una conducta torcida. Sus pecados serán perdonados sólo en virtud de

un fiel arrepentimiento; porque Dios no cubrirá el mal con el manto de su justicia. Honrará el servicio fiel. Bendecirá abundantemente a los que revelan a sus semejantes su justicia, su misericordia y su amor. Que los que entran en su servicio anden delante de él en verdadera humildad, siguiendo fielmente sus pisadas, atesorando los santos principios que perdurarán por las edades eternas. Que demuestren, mediante la palabra y la acción, que obedecen las leyes que se obedecen en el cielo” (Elena G. de White - Manuscrito 52, 1901 / Hijos e hijas de Dios 7 de enero).

“Sobre todos los demás pueblos del mundo, los adventistas del séptimo día debieran ser modelos de piedad, santos de corazón y conducta... Si los que hacen tan alta profesión de fe se complacen en el pecado y la iniquidad, su culpa sería muy grande... Los que no controlan sus pasiones bajas no pueden apreciar la expiación ni darle el valor correcto al alma. No experimentan ni entienden la salvación. La gratificación de los instintos animales es la más alta ambición de sus vidas. Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto en el carácter, los excluirá para siempre del Cielo, con todas sus glorias y tesoros” (Elena G. de White - Consejos sobre la salud 570).

“Nuestra propia conducta determina si recibiremos el sello del Dios viviente, o si seremos abatidos por las armas destructoras. Ya han caído sobre la tierra algunas gotas de la ira divina; pero cuando se derramen las siete últimas plagas sin mixtura en la copa de su indignación entonces será para siempre demasiado tarde para arrepentirse y hallar refugio. No habrá entonces sangre expiatoria que lave las manchas del pecado.

“Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo: y será tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro.” Daniel 12:1. Cuando llegue ese tiempo de angustia, cada caso se habrá decidido, ya no habrá tiempo de gracia ni misericordia para el impenitente. El sello del Dios vivo estará sobre su pueblo. Este pequeño remanente, incapaz de defenderse en el mortífero conflicto con las potestades de la tierra mandadas por la hueste del dragón, hace de Dios su defensa” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 2 - 67).

“La iglesia de Cristo es el instrumento de Dios para la proclamación de la verdad. Está autorizada por él para efectuar una labor especial, y si es fiel a Dios y obediente a todos sus mandamientos, morará en ella la excelencia del poder divino. Si honra al Señor Dios de Israel ningún poder podrá oponérsele. Si mantiene su fidelidad, las fuerzas del enemigo ya no podrán subyugarla más de lo que puede la paja resistir al remolino de viento” (Elena G. de White - Dios nos cuida 305).

“El vestido de boda de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo. A la iglesia “le fue dado que se vista de lino fino, limpio y brillante”, “que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante”. El lino fino, dice la Escritura, “son las justificaciones de los santos”. Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal” (Elena G. de White – PVGM 252)

“La iglesia es el instrumento de Cristo en este mundo. A través de ella busca representar el carácter divino” (Elena G. de White - Signs of the Times, 1 de febrero, 1899).

“El objeto del agricultor al sembrar la semilla y cultivar la planta creciente es la producción de grano. Desea pan para el hambriento y semilla para las cosechas futuras. Así también el Agricultor

divino espera una cosecha como premio de su labor y sacrificio. Cristo está tratando de reproducirse a sí mismo en el corazón de los hombres; y esto lo hace mediante los que creen en él. El objeto de la vida cristiana es llevar fruto, la reproducción del carácter de Cristo en el creyente, para que ese mismo carácter pueda reproducirse en otros... 'Cuando el fruto fuere producido, luego se mete la hoz, porque la siega es llegada'. Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos. Todo cristiano tiene la oportunidad no solo de esperar sino de apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo (2 Pedro 3:12). Si todos los que profesan el nombre de Cristo llevaran fruto para su gloria, cuán prontamente se sembraría en todo el mundo la semilla del evangelio. Rápidamente maduraría la gran cosecha final, y Cristo vendría para recoger el precioso grano" (Elena G. de White – PVGM 46-48).

“Muchos opinan que será concedido un tiempo de gracia después que Jesús acabe su obra de mediador en el departamento santísimo. Este es un sofisma de Satanás. Dios prueba al mundo por la luz que se complace en darle antes de la venida de Cristo. Entonces se habrá formado el carácter para la vida o la muerte. Pero el tiempo de gracia de aquellos que prefieran vivir una vida de pecado, y descuidar la gran salvación ofrecida, se cierra cuando cesa el ministerio de Cristo, precisamente antes de su aparición en las nubes de los cielos” (Elena G. de White - Joyas de los testimonios tomo 1 - 282-283).

"Los que hayan recibido instrucciones acerca de los peligros del consumo de carne, té, café y alimentos demasiado condimentados o malsanos, y quieran hacer un pacto de sacrificio con Dios, no continuarán satisfaciendo sus apetitos con alimentos que saben que son malsanos. Dios pide que los apetitos se purifiquen y que se practique la abnegación en relación con las cosas que no son buenas. Esta obra debe ser hecha antes que su pueblo pueda estar delante de él como un pueblo perfecto" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 9, p. 123.).

"El Señor es un Dios celoso; sin embargo es muy tolerante con los pecados y transgresiones de su pueblo en esta generación. Si el pueblo de Dios hubiera andado en sus consejos, la obra de Dios habría avanzado, los mensajes de la verdad hubieran llegado a toda la gente que habita la faz de la tierra. Si el pueblo de Dios hubiera creído en él y proclamado su palabra con entusiasmo, si hubiese guardado sus mandamientos, el ángel no habría surcado el cielo con el mensaje a los cuatro ángeles que iban a soltar los vientos para que soplaran sobre la tierra sufriente: 'No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios'. Pero porque el pueblo es desobediente, ingrato y sin santidad como el antiguo Israel, el tiempo es prolongado para que todos puedan escuchar el último mensaje de misericordia proclamado a alta voz. La obra del Señor ha sido obstaculizada y el tiempo del sellamiento postergado. Muchos no han escuchado la verdad. Pero el Señor les dará una oportunidad para que la escuchen y se conviertan, y la gran obra de Dios progresará" (Elena G. de White - Manuscript Releases, tomo 15, pp. 292, 293; parcialmente en La fe por la cual vivo, p. 290).

"Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el directo testimonio que exige el consejo del Testigo Fiel a la iglesia de Laodicea. Tendrá este consejo efecto en el corazón de quien lo reciba y le inducirá a ensalzar la norma y expresar claramente la verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él. Esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios. El testimonio del Testigo no ha sido escuchado sino a medias. El solemne testimonio, del cual

depende el destino de la iglesia, se tiene en poca estima, cuando no se lo descarta por completo. Este testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento, y todos los que lo reciban sinceramente, le obedecerán y quedarán purificados" (Elena G. de White - Testimonios para la iglesia, tomo 1, pp. 167, 168).

"Satanás hará sus milagros para engañar; establecerá su poder como si fuera supremo. Quizá parezca que la iglesia está por caer; pero no caerá. Permanecerá, mientras que los pecadores en Sión serán eliminados por la zaranda: el tamo será separado del precioso trigo. Esta es una prueba terrible, y sin embargo se llevará a cabo. Nadie sino únicamente los que han llegado a ser vencedores por la sangre del Cordero y la palabra del testimonio de ellos, serán hallados con los leales y fieles, sin mácula ni mancha de pecado, sin engaño en sus bocas... Los del remanente que purifican sus almas obedeciendo la verdad, obtienen vigor del proceso de la prueba, exhiben la belleza de la santidad en medio de la apostasía circundante" (Elena G. de White - Comentario bíblico adventista, tomo 7, p. 923).

"Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios, su única defensa será la oración... la iglesia remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miran a sí mismos, estarán por desesperar. El tentador estará listo para acusarlos... Se esforzará para espantar... con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se desvíen de su fidelidad a Dios y reciban la marca de la bestia... Pero aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor...

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia. Los hijos de Dios están suspirando y clamando por las abominaciones hechas en la tierra. Con lágrimas advierten a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley divina, y con increíble tristeza se humillan delante del Señor a causa de sus propias transgresiones. Los impíos se burlan de su pesar, ridiculizan sus solemnes súplicas y se mofan de lo que llaman debilidad. Pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter pérdidas como consecuencia del pecado...

Los fieles, que se encuentran orando, están, por así decirlo, encerrados con Dios. Ellos mismos no saben cuán seguramente están escudados. Incitados por Satanás, los gobernantes de este mundo procuran destruirlos, pero si pudiesen abrírseles los ojos... verían a los ángeles de Dios acampados en derredor de ellos, manteniendo en jaque a la hueste de las tinieblas con su resplandor y gloria.

Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: "Quitadle esas vestimentas viles", y se pronuncian las alentadoras palabras: "Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala". Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo... Han resistido los lazos del engañador, no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador... Mientras Satanás estaba insistiendo en sus acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en

sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra” (Elena G. de White - 5T 447-450).

“Él llama a cada ser humano a ser puro, santo, santificado, de manera que pueda cumplirse la obra para este tiempo. Cuando el pueblo de Dios se coloca en una relación apropiada con él y unos con otros, habrá una concesión plena del Espíritu Santo para la combinación armoniosa de todo el cuerpo” (Elena G. de White - Signs of the Times, 7 de febrero, 1900).

“Un poder extraordinario de parte de Dios debe apoderarse de las iglesias adventistas del séptimo día. Entre los miembros se debe producir una reconversión, para que sean testigos de Dios y demuestren la autoridad del poder de la verdad que santifica el alma. La iglesia debe ser renovada, purificada y santificada, de lo contrario caerá sobre ella la ira de Dios con una fuerza muy superior que sobre los que nunca han profesado ser santos” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 14 de octubre).

“Los padres crean en extenso grado la atmósfera que reina en el círculo del hogar, y donde hay desacuerdo entre el padre y la madre, los niños participan del mismo espíritu. Impregnad la atmósfera de vuestro hogar con la fragancia de un espíritu tierno y servicial. Si os habéis convertido en extraños y no habéis sido cristianos de acuerdo con la Biblia, convertíos; porque el carácter que adquiráis durante el tiempo de gracia será el carácter que tendréis cuando venga Cristo. Si queréis ser santos en el cielo, debéis ser santos primero en la tierra. Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados por la muerte ni por la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia nuestro carácter al venir. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino” (Elena G. de White - El hogar cristiano 12).

“La iglesia, dotada de la justicia de Cristo, es su depositaria, en la cual las riquezas de su misericordia, su amor y su gracia, han de aparecer en plena y final manifestación” (Elena G. de White - Testimonio para los Ministros, pág. 18).

“El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia.” Proverbios 28:13 (VM). Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, y los usa para desafiar a Cristo y sus santos ángeles, se apresurarían a confesar sus pecados y a renunciar a ellos. De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia.” 2 Corintios 12:9. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” Mateo 11:29, 30. Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos” (Elena G. de White - CS 543-544).

“Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: Los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.” Salmos 51:17. Y al acusador de su pueblo le dice: “Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén,

te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” Zacarías 3:2. Cristo revestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una “Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante.” Efesios 5:27 (VM). Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: “Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos - Apocalipsis 3:4” (Elena G. de White - CS 538).

(Antes había citado a 1Juan) “Y la aseveración de estar sin pecado constituye de por sí una prueba de que el que tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree” (Elena G. de White CS 526-527).

(Contexto de 1844) “El profeta dice: “¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Leví, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia.” Malaquías 3:2, 3 (VM). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersion. Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis.

Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. “Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata a Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos.” Malaquías 3:4 (VM). Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una “Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante. Efesios 5:27 (VM). Entonces ella aparecerá “como el alba; hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército con banderas tremolantes - Cantares 6:10” (VM) (Elena G. de White - CS 478).

“En esos anales podemos ver un anticipo del conflicto que nos espera. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y por la iluminación de su Espíritu, podemos ver descubiertos las estratagemas del maligno y los peligros que deberán evitar los que quieran ser hallados “sin mácula” ante el Señor a su venida” (Elena G. de White - CS 14).

“El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta la consumación de los tiempos. En todas las edades la ira de Satanás se ha manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo para robustecerlo contra el poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el Evangelio por el mundo entero y consignarlo por escrito para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la luz del Espíritu. Pero a medida que la iglesia se va acercando a su liberación final, Satanás obrará con mayor poder. Descenderá “teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo.” Apocalipsis 12:12. Obrará “con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos.” 2 Tesalonicenses 2:9. Por espacio de seis mil años esa inteligencia maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y en el

conflicto final se emplearán contra el pueblo de Dios todos los recursos de la habilidad y sutileza satánicas, y toda la crueldad desarrollada en esas luchas seculares. Durante este tiempo de peligro los discípulos de Cristo tienen que dar al mundo la amonestación del segundo advenimiento del Señor; y un pueblo ha de ser preparado “sin mácula, y sin reprensión” para comparecer ante él a su venida. 2 Pedro 3:14. Entonces el derramamiento especial de la gracia y el poder divinos no será menos necesario a la iglesia que en los días apostólicos” (Elena G. de White - CS 12-13).

“Mientras vuestra alma suspire por Dios, encontraréis más y más de las inescrutables riquezas de su gracia. Mientras las contempléis, llegaréis a poseerlas y se os revelarán los méritos del sacrificio del Salvador, la protección de su justicia, la perfección de su sabiduría y su poder para presentaros ante el Padre “sin mácula, y sin reprensión - 2 Pedro 3:14” (Elena G. de White - HAP 453-454).

“Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre” (Elena G. de White - HAP 452-453).

“Las instrucciones formuladas en la Palabra de Dios no dan lugar para transigir con el mal. El Hijo de Dios se manifestó para atraer a todos los hombres a sí mismo. No vino para adormecer al mundo arrullándolo, sino para señalarle el camino angosto por el cual todos deben andar si quieren alcanzar finalmente las puertas de la ciudad de Dios. Sus hijos deben seguir por donde él señaló la senda; sea cual fuere el sacrificio de las comodidades o de las satisfacciones egoístas que se les exija; sea cual fuere el costo en labor o sufrimiento, deben sostener una constante batalla consigo mismos” (Elena G. de White - HAP 451-452).

“Juan no enseñó que la salvación puede ser ganada por la obediencia; sino que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados—dijo, —y no hay pecado en él. Cualquiera que permanece en él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” 1 Juan 3:5, 6. Si permanecemos en Cristo, si el amor de Dios habita en el corazón, nuestros sentimientos, pensamientos y acciones estarán de acuerdo con la voluntad de Dios. El corazón santificado está en armonía con los preceptos de su ley” (Elena G. de White - HAP 450).

“A todo el que se rinde completamente a Dios, se le da el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo... Dios requiere de nosotros perfecta obediencia. Debemos purificarnos a nosotros mismos, como él es puro. Al guardar sus mandamientos, hemos de revelar nuestro amor por el Supremo Gobernador del universo” (Elena G. de White - Review and Herald, 27 de septiembre de 1906, p. 8).

“Ser redimido significa dejar de pecar” (Elena G. de White - Review and Herald, vol. 77, No. 39, p. 1, 25 de septiembre de 1900).

“Mediante el orgullo de la sabiduría humana, el desprecio hacia la influencia del Espíritu Santo y la aversión a las verdades de la Palabra de Dios, muchos que profesan ser cristianos, y que se sienten competentes para enseñar a otros, serán inducidos a abandonar los requerimientos de Dios. Pablo declaró a Timoteo: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo

comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán la verdad del oído, y se volverán a las fábulas.”

El apóstol no se refiere aquí a la oposición de los abiertamente irreligiosos, sino a los profesos cristianos que han hecho de sus tendencias su guía y que así han sido esclavizados por el yo. Los tales están deseosos de oír solamente las doctrinas que no reprenden sus pecados o condenan su placentero curso de acción. Se ofenden por las sencillas palabras de los fieles siervos de Cristo, y escogen a los maestros que los alaban y lisonjean. Y entre los profesos ministros de Cristo están los que predicán las opiniones de los hombres, en vez de la Palabra de Dios. Infieles a su cometido, desvían a los que buscan en ellos la dirección espiritual.

En los preceptos de su santa ley, Dios ha dado una perfecta norma de vida; y ha declarado que hasta el fin del tiempo esa ley, sin sufrir cambio en una sola jota o tilde, mantendrá sus demandas sobre los seres humanos. Cristo vino para magnificar la ley y hacerla honorable. Mostró que está basada sobre el anchuroso fundamento del amor a Dios y a los hombres, y que la obediencia a sus preceptos comprende todos los deberes del hombre. En su propia vida, Cristo dio un ejemplo de obediencia a la ley de Dios. En el sermón del monte mostró cómo sus requerimientos se extienden más allá de sus acciones externas y abarca los pensamientos e intentos del corazón.

La ley, obedecida, guía a los hombres a renunciar “a la impiedad y a los deseos mundanos” y a vivir “en este siglo templada, y justa, y píamente.” Tito 2:12. Pero el enemigo de toda justicia ha cautivado al mundo y ha arrastrado a la humanidad a desobedecerla. Como Pablo lo anticipó, multitudes han abandonado las claras y penetrantes verdades de la Palabra de Dios, y se han elegido maestros que les presentan las fábulas que ellos desean. Entre nuestros ministros y creyentes hay muchos que están hollando bajo sus pies los mandamientos de Dios. Así es insultado el Creador del mundo, y Satanás se ríe triunfalmente al ver el éxito que obtienen sus estratagemas.

Con el desprecio creciente hacia la ley de Dios, existe una marcada aversión a la religión, un aumento de orgullo, amor a los placeres, desobediencia a los padres e indulgencia propia; y dondequiera se preguntan ansiosamente los pensadores: ¿Qué puede hacerse para corregir esos males alarmantes? La respuesta la hallamos en la exhortación de Pablo a Timoteo: “Predica la Palabra.” En la Biblia encontramos los únicos principios seguros de acción. Es la transcripción de la voluntad de Dios, la expresión de la sabiduría divina.

Abre a la comprensión de los hombres los grandes problemas de la vida; y para todo el que tiene en cuenta sus preceptos, resultará un guía infalible que le guardará de consumir su vida en esfuerzos mal dirigidos. Dios ha hecho conocer su voluntad, y es insensato para el hombre poner en tela de juicio lo que han proferido sus labios.

Después que la Infinita Sabiduría habló, no puede existir una sola cuestión en duda que el hombre haya de aclarar, ninguna posibilidad de vacilar que corregir. Todo lo que el Señor requiere de él es un sincero y fervoroso acatamiento de su expresa voluntad. La obediencia es el mayor dictado de la razón, tanto como de la conciencia” (Elena G. de White - HAP 402-403).

“En la Epístola a los Hebreos se señala el propósito absorbente que debería caracterizar la carrera cristiana por la vida eterna: “Dejando todo el peso del pecado que nos rodea, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta, puestos los ojos en el Autor y consumidor de la fe, en Jesús.” Hebreos 12:1, 2. La envidia, la malicia, los malos pensamientos, las malas palabras, la codicia: éstos son pesos que el cristiano debe deponer para correr con éxito la carrera de la inmortalidad. Todo hábito o práctica que conduce al pecado o deshonor a Cristo, debe abandonarse, cualquiera que sea el sacrificio.

La bendición del cielo no puede descender sobre ningún hombre que viola los eternos principios de la justicia. Un solo pecado acariciado es suficiente para degradar el carácter y extraviar a otros.

Y si tu mano te escandalizare—dijo el Salvador, —córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la Gehenna, al fuego que no puede ser apagado.... Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo: mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en la Gehenna.” Marcos 9:43-45. Si para salvar el cuerpo de la muerte debería cortarse el pie o la mano, o hasta sacarse el ojo, ¡cuánto más fervientemente debiera el cristiano quitar el pecado, que produce muerte al alma!” (Elena G. de White - HAP 251-252).

“Aunque Pablo poseía elevadas facultades intelectuales, su vida revelaba el poder de una sabiduría aun menos común, que le daba rapidez de discernimiento y simpatía de corazón, y le ponía en estrecha comunión con otros, capacitándolo para despertar su mejor naturaleza e inspirarlos a luchar por una vida más elevada.

Su corazón estaba lleno de ardiente amor por los creyentes corintios. Anhelaba verlos revelar una piedad interior que los fortaleciera contra la tentación. Sabía que a cada paso del camino cristiano se les opondría la sinagoga de Satanás, y que tendrían que empeñarse diariamente en conflictos. Tendrían que guardarse contra el acercamiento furtivo del enemigo, rechazar los viejos hábitos e inclinaciones naturales, y velar siempre en oración. Pablo sabía que las más valiosas conquistas cristianas pueden obtenerse solamente mediante mucha oración y constante vigilancia, y trató de inculcar esto en sus mentes. Pero sabía también que en Cristo crucificado se les ofrecía un poder suficiente para convertir el alma y divinamente adaptado para permitirles resistir todas las tentaciones al mal. Con la fe en Dios como su armadura, y con su Palabra como su arma de guerra, serían provistos de un poder interior que los capacitaría para desviar los ataques del enemigo” (Elena G. de White - HAP 248).

“En esta carta a los corintios, Pablo se esforzó por mostrarles el poder de Cristo para guardarlos del mal. Sabía que si cumplieran con las condiciones expuestas serían revestidos de la fuerza del Poderoso. Como medio para ayudarles a librarse de la esclavitud del pecado y perfeccionar la santidad con el temor del Señor, Pablo les presentó con vehemencia los requerimientos de Aquel a quien habían dedicado sus vidas cuando se convirtieron. “Sois de Cristo” (V.M.), declaró. “No sois vuestros.... Comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (Elena G. de White - HAP 247).

“La influencia refinadora de la gracia de Dios cambia el temperamento natural del hombre. El cielo no sería deseable para las personas de ánimo carnal; sus corazones naturales y profanos no serían atraídos por aquel lugar puro y santo; y si se les permitiera entrar, no hallarían allí cosa alguna que les agradase. Las propensiones que dominan el corazón natural deben ser subyugadas por la gracia de Cristo, antes que el hombre caído sea apto para entrar en el cielo y gozar del compañerismo de los ángeles puros y santos. Cuando el hombre muere al pecado y despierta a una nueva vida en Cristo, el amor divino llena su corazón; su entendimiento se santifica; bebe en una fuente inagotable de gozo y conocimiento; y la luz de un día eterno brilla en su senda, porque con él está continuamente la Luz de la vida” (Elena G. de White - HAP 221).

“Los esfuerzos de Pablo en Corinto no fueron estériles. Muchos se volvieron del culto de los ídolos para servir al Dios vivo, y una gran iglesia se alistó bajo la bandera de Cristo. Algunos fueron rescatados de entre los gentiles más disipados, y llegaron a ser monumentos de la misericordia de Dios y la eficacia de la sangre de Cristo para limpiar del pecado” (Elena G. de White - HAP 205).

“Por fin Jesús descansaba. El largo día de oprobio y tortura había terminado. Al llegar el sábado con los últimos rayos del sol poniente, el Hijo de Dios yacía en quietud en la tumba de José.

Terminada su obra, con las manos cruzadas en paz, descansó durante las horas sagradas del sábado.

Al principio, el Padre y el Hijo habían descansado el sábado después de su obra de creación. Cuando “fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su ornamento,” el Creador y todos los seres celestiales se regocijaron en la contemplación de la gloriosa escena.

“Las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios.” Ahora Jesús descansaba de la obra de la redención; y aunque había pesar entre aquellos que le amaban en la tierra, había gozo en el cielo. La promesa de lo futuro era gloriosa a los ojos de los seres celestiales. Una creación restaurada, una raza redimida, que por haber vencido el pecado, nunca más podría caer, era lo que Dios y los ángeles veían como resultado de la obra concluida por Cristo. Con esta escena está para siempre vinculado el día en que Cristo descansó. Porque su “obra es perfecta;” y “todo lo que Dios hace, eso será perpetuo.” Cuando se produzca “la restauración de todas las cosas, de la cual habló Dios por boca de sus santos profetas, que ha habido desde la antigüedad,” el sábado de la creación, el día en que Cristo descansó en la tumba de José, será todavía un día de reposo y regocijo. El cielo y la tierra se unirán en alabanza mientras que “de sábado en sábado,” las naciones de los salvos adorarán con gozo a Dios y al Cordero” (Elena G. de White - DTG 714).

“Al describir a sus discípulos la obra y el cargo del Espíritu Santo, Jesús trató de inspirarles el gozo y la esperanza que alentaba su propio corazón. Se regocijaba por la ayuda abundante que había provisto para su iglesia. El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo.

Por el Espíritu es purificado el corazón. Por el Espíritu llega a ser el creyente partícipe de la naturaleza divina. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal, hereditarias y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia” (Elena G. de White - DTG 625).

“Pero orar en nombre de Cristo significa mucho. Significa que hemos de aceptar su carácter, manifestar su espíritu y realizar sus obras. La promesa del Salvador se nos da bajo cierta condición. “Si me amáis—dice, —guardad mis mandamientos.” El salva a los hombres no en el pecado, sino del pecado; y los que le aman mostrarán su amor obedeciéndole” (Elena G. de White - DTG 621).

“Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué a mí, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de animales gruesos: no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demandó esto de vuestras manos, cuando vinieseis a presentaros delante de mí, para hollar mis atrios?” “Lavad, limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos; dejad de hacer lo malo: aprended a hacer bien; buscad juicio, restituid al agraviado, oíd en derecho al huérfano, amparad a la viuda” (Isaías 1:10-12, 16, 17).

“Ningún arrepentimiento que no obre una reforma es genuino. La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la

entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo” (Elena G. de White - DTG 509).

“En los labios de Caifás esta preciosísima verdad se convertía en mentira. La idea que él defendía se basaba en un principio tomado del paganismo. Entre los paganos, el conocimiento confuso de que uno había de morir por la raza humana los había llevado a ofrecer sacrificios humanos. Así, por el sacrificio de Cristo, Caifás proponía salvar a la nación culpable, no de la transgresión, sino en la transgresión, a fin de que pudiera continuar en el pecado. Y por este razonamiento, pensaba acallar las protestas de aquellos que pudieran atreverse, no obstante, a decir que nada digno de muerte habían hallado en Jesús” (Elena G. de White - DTG 498-499).

“Cuando el alma se entrega a Cristo, un nuevo poder se posesiona del nuevo corazón. Se realiza un cambio que ningún hombre puede realizar por su cuenta. Es una obra sobrenatural, que introduce un elemento sobrenatural en la naturaleza humana. El alma que se entrega a Cristo, llega a ser una fortaleza suya, que él sostiene en un mundo en rebelión, y no quiere que otra autoridad sea conocida en ella sino la suya. Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás. Pero a menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno. Debemos estar inevitablemente bajo el dominio del uno o del otro de los dos grandes poderes que están contendiendo por la supremacía del mundo. No es necesario que elijamos deliberadamente el servicio del reino de las tinieblas para pasar bajo su dominio. Basta que descuidemos de aliarnos con el reino de la luz. Si no cooperamos con los agentes celestiales, Satanás se posesionará de nuestro corazón, y hará de él su morada. La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene” (Elena G. de White - DTG 291).

“Los métodos mundanales y los invariables principios de la justicia, no se fusionan imperceptiblemente como los colores del arco iris. Entre los dos, el Dios eterno ha trazado una separación amplia y clara. La semejanza de Cristo se destaca tanto de la de Satanás como el mediodía contrasta con la medianoche. Y únicamente aquellos que vivan la vida de Cristo son sus colaboradores. Si se conserva un pecado en el alma, o se retiene una mala práctica en la vida, todo el ser queda contaminado. El hombre viene a ser un instrumento de iniquidad (Elena G. de White - DTG 279-280).

“El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Esta orden es una promesa. El plan de redención contempla nuestro completo rescate del poder de Satanás. Cristo separa siempre del pecado al alma contrita. Vino para destruir las obras del diablo, y ha hecho provisión para que el Espíritu Santo sea impartido a toda alma arrepentida, para guardarla de pecar” (Elena G. de White - DTG 277-278).

“Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.” Por estas palabras, Cristo no enseña que el llorar tiene en sí poder de quitar la culpabilidad del pecado. No sanciona la humildad voluntaria o afectada. El lloro del cual él habla, no consiste en la melancolía y los

lamentos. Mientras nos apesadumbramos por causa del pecado, debemos regocijarnos en el precioso privilegio de ser hijos de Dios.

A menudo nos apenamos porque nuestras malas acciones nos producen consecuencias desagradables. Pero esto no es arrepentimiento. El verdadero pesar por el pecado es resultado de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu revela la ingratitude del corazón que ha despreciado y agraviado al Salvador, y nos trae contritos al pie de la cruz. Cada pecado vuelve a herir a Jesús; y al mirar a Aquel a quien hemos traspasado, lloramos por los pecados que le produjeron angustia. Una tristeza tal nos inducirá a renunciar al pecado. El mundano puede llamar debilidad a esta tristeza; pero es la fuerza que une al penitente con el Ser infinito mediante vínculos que no pueden romperse. Demuestra que los ángeles de Dios están devolviendo al alma las gracias que se perdieron por la dureza de corazón y la transgresión. Las lágrimas del penitente son tan sólo las gotas de lluvia que preceden al brillo del sol de la santidad. Esta tristeza es precursora de un gozo que será una fuente viva en el alma. “Conoce empero tu maldad, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado.” “No haré caer mi ira sobre vosotros: porque misericordioso soy yo, dice Jehová.” “A los que lloran en Sión,” él ha decidido darles “hermosura en lugar de ceniza, el aceite de gozo en vez de lamentos, y el manto de alabanza en lugar de espíritu de pesadumbre” (Elena G. de White - DTG 267-268).

“Para restaurar la salud a ese cuerpo que se corrompía, no se necesitaba menos que el poder creador. La misma voz que infundió vida al hombre creado del polvo de la tierra, había infundido vida al parálítico moribundo. Y el mismo poder que dio vida al cuerpo, había renovado el corazón. El que en la creación “dijo, y fue hecho,” “mandó, y existió,”<sup>8</sup> había infundido por su palabra vida al alma muerta en delitos y pecados. La curación del cuerpo era una evidencia del poder que había renovado el corazón. Cristo ordenó al parálítico que se levantara y anduviese, “para que sepáis—dijo—que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados” (Elena G. de White - DTG 235).

“El Salvador continuó: “Todo lo que él (el Padre) hace, esto también hace el Hijo juntamente.... Como el Padre levanta los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.” Los saduceos sostenían que no habría resurrección del cuerpo; pero Jesús les dice que una de las mayores obras de su Padre es la de resucitar a los muertos, y que él mismo tiene poder para hacerla. “Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que oyeren vivirán.” Los fariseos creían en la resurrección. Cristo les dice que ya está entre ellos el poder que da vida a los muertos, y que han de contemplar su manifestación. Este mismo poder de resucitar es el que da vida al alma que está muerta en “delitos y pecados.” Ese espíritu de vida en Cristo Jesús, “la virtud de su resurrección,” libra a los hombres “de la ley del pecado y de la muerte.” El dominio del mal es quebrantado, y por la fe el alma es guardada de pecado. El que abre su corazón al Espíritu de Cristo llega a participar de ese gran poder que sacará su cuerpo de la tumba” (Elena G. de White - DTG 180).

“En algunos casos de curación, Jesús no concedió inmediatamente la bendición pedida. Pero en el caso del leproso, apenas hecha la súplica fue concedida. Cuando pedimos bendiciones terrenales, tal vez la respuesta a nuestra oración sea dilatada, o Dios nos dé algo diferente de lo que pedimos, pero no sucede así cuando pedimos liberación del pecado. El quiere limpiarnos del pecado, hacernos hijos suyos y habilitarnos para vivir una vida santa. Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro.” Y “ésta es la confianza que tenemos en él, que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que demandáremos, sabemos que tenemos las peticiones que le habiéremos demandado.”<sup>5</sup> “Si confesamos nuestros

pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad” (Elena G. de White - DTG 231-232).

“Por la misma fe podemos recibir curación espiritual. El pecado nos separó de la vida de Dios. Nuestra alma está paralizada. Por nosotros mismos somos tan incapaces de vivir una vida santa como aquel lisiado lo era de caminar. Son muchos los que comprenden su impotencia y anhelan esa vida espiritual que los pondría en armonía con Dios; luchan en vano para obtenerla. En su desesperación claman: “¡Miserable hombre de mí! ¿quién me libraré del cuerpo de esta muerte?” Alcen la mirada estas almas que luchan presa de la desesperación. El Salvador se inclina hacia el alma adquirida por su sangre, diciendo con inefable ternura y compasión: “¿Quieres ser sano?” El os invita a levantaros llenos de salud y paz. No esperéis hasta sentir que sois sanos. Creed en su palabra, y se cumplirá. Poned vuestra voluntad de parte de Cristo. Queréd servirle, y al obrar de acuerdo con su palabra, recibiréis fuerza. Cualquiera sea la mala práctica, la pasión dominante que haya llegado a esclavizar vuestra alma y cuerpo por haber cedido largo tiempo a ella, Cristo puede y anhela libraros. El impartirá vida al alma de los que “estabais muertos en vuestros delitos.”<sup>2</sup> Libraré al cautivo que está sujeto por la debilidad, la desgracia y las cadenas del pecado” (Elena G. de White - DTG 172-173).

“El tentador no puede nunca obligarnos a hacer lo malo. No puede dominar nuestra mente, a menos que la entreguemos a su dirección. La voluntad debe consentir y la fe abandonar su confianza en Cristo, antes que Satanás pueda ejercer su poder sobre nosotros. Pero todo deseo pecaminoso que acariciamos le da un punto de apoyo. Todo detalle en que dejamos de alcanzar la norma divina es una puerta abierta por la cual él puede entrar para tentarnos y destruirnos. Y todo fracaso o derrota de nuestra parte le da ocasión de vituperar a Cristo” (Elena G. de White - DTG 100-101).

“Juan proclamaba la venida del Mesías, e invitaba al pueblo a arrepentirse. Como símbolo de la purificación del pecado, bautizaba en las aguas del Jordán. Así, mediante una lección objetiva muy significativa, declaraba que todos los que querían formar parte del pueblo elegido de Dios estaban contaminados por el pecado y que sin la purificación del corazón y de la vida, no podrían tener parte en el reino del Mesías” (Elena G. de White - DTG 80).

“La hora más sombría de la lucha que sostiene la iglesia con las potencias del mal, es la que precede inmediatamente al día de su liberación final. Pero nadie que confíe en Dios necesita temer; porque si bien “el ímpetu de los violentos es como turbión contra frontispicio,” Dios será para su iglesia “amparo contra el turbión.” Isaías 25:4.

Para aquel día, la liberación está prometida solamente a los justos. “Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia, y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos por no recibir cohecho, el que tapa su oreja por no oír sangres, el que cierra sus ojos por no ver cosa mala: éste habitará en las alturas: fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento; se le dará su pan, y sus aguas serán ciertas - Isaías 33:14-16” (Elena G. de White - PR 535).

“Es una solemne declaración la que hago a la iglesia, de que ni uno de cada veinte de aquellos cuyos nombres están registrados en los libros de la iglesia se halla preparado para terminar su historia terrenal, y que estaría tan ciertamente sin Dios y sin esperanza en el mundo como el pecador común. Profesan servir a Dios, pero están sirviendo fervientemente a Mammón. Esta obra que se hace a medias es una negación constante de Cristo, más bien que una confesión de Jesús.

Muchos han traído a la iglesia su propio espíritu insubordinado, carente de refinamiento. Su gusto espiritual está pervertido por sus propias corrupciones inmorales y degradantes, y simbolizan al mundo en espíritu, en corazón y en propósito, confirmándose a sí mismos en prácticas lujuriosas, completamente llenos de engaño en su profesa vida cristiana. ¡Viven como pecadores, y pretenden ser cristianos! Los que pretenden ser cristianos y confesar a Cristo deben salir de entre ellos, y no tocar cosa inmunda, y separarse” (Elena G. de White - Servicio cristiano 52-53).

“Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Ezequiel 18:30. El docto Nicodemo había leído esas precisas profecías con una mente anublada, pero ahora empezaba a comprender su verdadero significado, y a entender que, aun un hombre justo y honorable como era él, debía experimentar un nuevo nacimiento por medio de Jesucristo como la única condición sobre la cual pudiera ser salvado y tener asegurada una entrada en el reino de Dios. Jesús habló en forma absoluta, indicando que a menos que una persona nazca de nuevo, no puede percibir el reino que Cristo vino a establecer en la tierra. Una precisión rígida en obedecer la ley no le da derecho a nadie a entrar en el reino de los cielos.

Debe haber un nuevo nacimiento, una nueva mente mediante la operación del Espíritu de Dios que purifica la vida y ennoblece el carácter. Esta conexión con Dios habilita a los mortales para el glorioso reino de los cielos. Ningún invento humano puede encontrar nunca un remedio para el alma pecadora. Sólo por medio del arrepentimiento y la humillación, de una sumisión a los requerimientos divinos, puede llevarse a cabo la obra de la gracia. La iniquidad es tan ofensiva a la vista de Dios, a quien el pecador ha insultado y agraviado por tanto tiempo, que un arrepentimiento proporcional al carácter de los pecados cometidos a menudo produce una agonía de espíritu que es difícil de soportar.

Nada menos que una aceptación práctica y una aplicación de la verdad divina abre el reino de Dios a los seres humanos. Allí sólo puede entrar un corazón puro y humilde, obediente y amante, firme en la fe y en el servicio del Altísimo. Jesús también declaró que, “como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:14, 15...

La serpiente en el desierto fue levantada sobre un palo ante el pueblo, para que todos los que habían sido mordidos fatalmente por las serpientes ardientes pudieran mirar a esa serpiente de bronce, símbolo de Cristo, y ser sanados instantáneamente. Pero debían mirar con fe, o no les serviría de nada. De la misma manera la gente hoy debe mirar al Hijo del Hombre como su Salvador para tener la vida eterna. El pecado ha separado a la raza humana de Dios. Cristo trajo su divinidad a la tierra, velada por su humanidad, para rescatar a la raza de su condición perdida. La naturaleza humana es vil, y el carácter debe ser cambiado antes de que pueda armonizar con lo puro y santo en el reino inmortal de Dios. Esta transformación es el nuevo nacimiento” (Elena G. de White - The Signs of the Times, 15 de noviembre de 1883 / SSJ 360.5).

“En el antiguo ritual que era el Evangelio en símbolos, ninguna ofrenda imperfecta podía ser llevada al altar de Dios. El sacrificio que había de representar a Cristo debía ser sin mancha. La palabra de Dios señala esto como ilustración de lo que deben ser sus hijos: un “sacrificio vivo,” santo y “sin mancha - Romanos 12:1; Efesios 5:27” (Elena G. de White - PR 359).

“El Señor reconocerá todo esfuerzo que hagan por alcanzar el ideal que él tiene para ustedes. Cuando fracasen, cuando por traición sean inducidos a pecar, no se sientan imposibilitados de orar, no se sientan indignos de presentarse ante el Señor. “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. 1 Juan 2:1. Él espera con los brazos extendidos para dar la bienvenida al hijo pródigo. Vayan a él y cuéntenle sus errores y fracasos. Pídanle que los fortifique para un renovado

esfuerzo. Nunca los chasqueará, nunca burlará la confianza de ustedes (Elena G. de White - SSI 354.2).

(Hablando de Jeroboam y los reyes siguientes en su apostasía) “Nunca iba a ser dejado el reino de Israel sin nobles testigos del gran poder de Dios para salvar a los hombres del pecado. Aun en las horas más sombrías, algunos iban a permanecer fieles a su Gobernante divino, y en medio de la idolatría vivirían sin mancha a la vista de un Dios santo. Esos fieles se contaron entre el residuo de los buenos por medio de quienes iba a cumplirse finalmente el eterno propósito de Jehová” (Elena G. de White – PR 78-80).

“A todo a aquel que se rinda plenamente a Dios se le otorga el privilegio de vivir sin pecado, en obediencia a la ley del cielo” (Elena G. de White - Review and Herald 27-09-1906).

“El amor de Dios no lo lleva a disculpar el pecado. No lo disculpó en Satanás; no lo excusó en Adán o en Caín; ni lo disculpará en cualquier otro hombre. No tolerará nuestros pecados, y no pasará por sobre nuestros defectos de carácter. Espera que vencamos en Su nombre” (Elena G. de White - PVGM 316).

“A pesar de haber Cristo ganado una victoria incalculable a favor del hombre, venciendo las tentaciones de Satanás en el desierto, esta victoria no será de ningún beneficio al hombre, a menos que él también gane la victoria por sí mismo” (Elena G. de White - En el Desierto de la Tentación, pág. 77 / Confrontation, pág. 64).

“Si tan solo queréis velar, velar continuamente en oración, y tan solo hacéis todo como si estuviésteis en la presencia inmediata de Dios, seréis salvados de caer en la tentación, y podréis esperar llevar hasta el fin una vida pura, sin mancha ni contaminación” (Elena G. de White - Joyas de los Testimonios tomo 2 64).

“No necesitamos retener ninguna inclinación pecaminosa” (Elena G. de White - La Maravillosa Gracia 236).

“Cuando permitamos que Dios lleve a cabo su voluntad en nosotros no abrigaremos ningún pecado. Toda escoria se consumirá en el horno depurador” (Elena G. de White - RH, 10 junio 1902).

“Para nosotros la salvación significa una entrega total del espíritu, el alma y el cuerpo... la única esperanza para el pecador es dejar de pecar. Así su voluntad estará en armonía con la voluntad de Cristo. Su alma será puesta en comunión con Dios” (Elena G. de White - Cada Día Con Dios 140).

“Dios se propone que el hombre vuelva a ser recto y noble, y él no será frustrado. Envío a su Hijo a este mundo para cargar con la penalidad del pecado y mostrar al hombre cómo vivir una vida sin pecado” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 315).

“Dios no aceptará nada menos que una rendición incondicional. Los cristianos medio convertidos y pecadores nunca entrarán al cielo” (Elena G. de White - Dios Nos Cuida 265).

“El camino está abierto para que todos se preparen para la segunda venida de Jesucristo, de tal manera que en su aparición puedan ser vindicados por haber abandonado todo pecado y vencido por medio de la sangre purificadora de Cristo. Mediante la intercesión de Jesús la imagen de Dios se renueva en la mente, el corazón y el carácter” (Elena G. de White - Alza Tus Ojos 63).

“Cristo venció como hombre las tentaciones. Cada hombre puede vencer como Cristo venció. Él se humilló a sí mismo por nosotros. Fue tentado en todo punto, así como nosotros. Redimió el desgraciado fracaso de la caída de Adán, y fue vencedor, testificando así ante los mundos no caídos y ante la humanidad caída, que el hombre podía guardar los mandamientos de Dios por medio del poder divino que el cielo le concedía. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, soportó la tentación por nosotros, y venció en nuestro favor para mostrarnos cómo podemos vencer...” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 3 154).

“Asimismo no basta que el pecador crea en Cristo para el perdón de sus pecados; debe, mediante la fe y la obediencia, permanecer en él. “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio, y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios - Hebreos 10:26, 27” (Elena G. de White - PP 554).

“La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza, se produce una muerte al yo y al pecado, y una vida enteramente nueva. Este cambio puede ser efectuado únicamente por la obra eficaz del Espíritu Santo” (Elena G. de White – DTG 143).

“Cuando estemos revestidos por la justicia de Cristo, no tendremos ningún gusto por el pecado, pues Cristo obrará dentro de nosotros. Quizá cometamos errores, pero aborreceremos el pecado que causó los sufrimientos del Hijo de Dios” (Elena G. de White - The Review and Herald, 18 de Marzo de 1890).

“Como consecuencia del pecado, Moisés había caído bajo el dominio de Satanás. Por sus propios méritos era legalmente cautivo de la muerte; pero resucitó para la vida inmortal, por el derecho que tenía a ella en nombre del Redentor. Moisés salió de la tumba glorificado, y ascendió con su Libertador a la ciudad de Dios. Nunca, hasta que se ejemplificaron en el sacrificio de Cristo, se manifestaron la justicia y el amor de Dios más señaladamente que en sus relaciones con Moisés. Dios le vedó la entrada a Canaán para enseñar una lección que nunca debía olvidarse; a saber, que él exige una obediencia estricta y que los hombres deben cuidar de no atribuirse la gloria que pertenece a su Creador. No podía conceder a Moisés lo que pidiera al rogar que le dejara participar en la herencia de Israel; pero no olvidó ni abandonó a su siervo. El Dios del cielo comprendía los sufrimientos que Moisés había soportado; había observado todos los actos de su fiel servicio a través de los largos años de conflicto y prueba. En la cumbre de Pisga, Dios llamó a Moisés a una herencia infinitamente más gloriosa que la Canaán terrenal” (Elena G. de White - PP 512).

(En Egipto y Canaán) “La idolatría y todos los pecados que la acompañaban eran abominables para Dios, y ordenó a su pueblo que no se mezclara con las otras naciones, ni hiciera “como ellos hacen” (Éxodo 23:24), para que no se olvidaran de Dios. Les prohibió el matrimonio con los idólatras, para que sus corazones no se apartaran de él. Era tan necesario entonces como ahora que el pueblo de Dios fuese puro, “sin mancha de este mundo.” Santiago 1:27” (Elena G. de White - PP 385-386).

“Cuando Adán y Eva fueron creados recibieron el conocimiento de la ley de Dios; conocieron los derechos que la ley tenía sobre ellos; sus preceptos estaban escritos en sus corazones. Cuando el hombre cayó a causa de su transgresión, la ley no fue cambiada, sino que se estableció un sistema

de redención para hacerle volver a la obediencia. Se le dio la promesa de un Salvador, y se establecieron sacrificios que dirigían sus pensamientos hacia el futuro, hacia la muerte de Cristo como supremo sacrificio. Si nunca se hubiera violado la ley de Dios, no habría habido muerte ni se habría necesitado un Salvador, ni tampoco sacrificios” (Elena G. de White - PP 478).

“Dios quiso enseñar al pueblo que debía acercarse a él con toda reverencia y veneración y exactamente como él indicaba. El Señor no puede aceptar una obediencia parcial. No bastaba que en el solemne tiempo del culto casi todo se hiciera como él había ordenado. Dios ha pronunciado una maldición sobre los que se alejan de sus mandamientos y no establecen diferencia entre las cosas comunes y las santas. Declara por medio del profeta: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz! ... ¡Ay de los sabios en sus ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos! ... ¡Los que dan por justo al impío por cohechos, y al justo quitan su justicia! ... porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel - Isaías 5:20-24” (Elena G. de White - PP 374-375).

“El gran plan de la redención dará por resultado el completo restablecimiento del favor de Dios para el mundo. Será restaurado todo lo que se perdió a causa del pecado. No sólo el hombre, sino también la tierra, será redimida, para que sea la morada eterna de los obedientes. Durante seis mil años, Satanás luchó por mantener la posesión de la tierra. Pero se cumplirá el propósito original de Dios al crearla. “Tomarán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos - Daniel 7:18” (Elena G. de White - PP 355).

“El pueblo de Israel estaba anonadado de terror. El inmenso poder de las declaraciones de Dios parecía superior a lo que sus temblorosos corazones podían soportar. Cuando se les presentó la gran norma de la justicia divina, comprendieron como nunca antes el carácter ofensivo del pecado y de su propia culpabilidad ante los ojos de un Dios santo. Huyeron del monte con miedo y santo respeto. La multitud clamó a Moisés: “Habla tú con nosotros, que nosotros oiremos; mas no hable Dios con nosotros, porque no muramos.” Su caudillo respondió: “No temáis; que por probaros vino Dios, y porque su temor esté en vuestra presencia para que no pequéis.” El pueblo, sin embargo, permaneció a la distancia, presenciando la escena con terror, mientras Moisés “se llegó a la oscuridad, en la cual estaba Dios” (Elena G. de White - PP 318-319).

“Dios se propuso hacer de la ocasión en que iba a pronunciar su ley una escena de imponente grandeza, en consonancia con el exaltado carácter de esa ley. El pueblo debía comprender que todo lo relacionado con el servicio de Dios debe considerarse con gran reverencia. El Señor dijo a Moisés: “Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y laven sus vestidos; y estén apercebidos para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá, a ojos de todo el pueblo, sobre el monte de Sinaí.” Durante esos días, todos debían dedicar su tiempo a prepararse solemnemente para aparecer ante Dios. Sus personas y sus ropas debían estar libres de toda impureza. Y cuando Moisés les señalara sus pecados, ellos debían humillarse, ayunar y orar, para que sus corazones pudieran ser limpiados de iniquidad” (Elena G. de White - PP 310-311).

“Mediante su obediencia el pueblo debía evidenciar su fe. Asimismo todo aquel que espera ser salvo por los méritos de la sangre de Cristo debe comprender que él mismo tiene algo que hacer para asegurar su salvación. Sólo Cristo puede redimirnos de la pena de la transgresión, pero nosotros debemos volvernos del pecado a la obediencia. El hombre ha de salvarse por la fe, no por las obras; sin embargo, su fe debe manifestarse por sus obras. Dios dio a su Hijo para que muriera en propiciación por el pecado; ha manifestado la luz de la verdad, el camino de la vida; ha dado facilidades, ordenanzas y privilegios; y el hombre debe cooperar con estos agentes de la salvación;

ha de apreciar y usar la ayuda que Dios ha provisto; debe creer y obedecer todos los requerimientos divinos” (Elena G. de White - PP 283-284).

“Se demostró a los egipcios que la tierra está bajo el dominio del Dios viviente, que los elementos responden a su voz, y que la única seguridad consiste en obedecerle” (Elena G. de White - PP 263).

(Jesús) “Había algunos que buscaban su sociedad, sintiéndose en paz en su presencia; pero muchos le evitaban, porque su vida inmaculada los reprendía. Sus jóvenes compañeros le instaban a hacer como ellos. Era de carácter alegre; les gustaba su presencia, y daban la bienvenida a sus prontas sugerencias; pero sus escrúpulos los impacientaban, y le declaraban estrecho de miras. Jesús contestaba: Escrito está: “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra.” “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Elena G. de White - DTG 68).

“La verdadera santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta y conformidad perfecta a la voluntad de Dios. Somos santificados por Dios mediante la obediencia a la verdad. Nuestra conciencia debe ser purificada de las obras de muerte sirviendo al Dios viviente. Todavía no somos perfectos; pero es nuestro privilegio separarnos de los lazos del yo y del pecado y avanzar hacia la perfección. Grandes posibilidades, altos y santos fines están al alcance de todos” (Elena G. de White - HAP 451).

“Aquellos que constantemente contemplan al Único lleno de gracia y de verdad, pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Cuando lo contemplan, él les concede el poder de llegar a ser hijos de Dios. Con amor y compasión, sin trazas de aspereza, el Salvador los reconoce en su necesidad. Con una disposición de simpatía, por el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con infatigable paciencia, trabaja para expulsar del alma todos los elementos inquietantes, transforma la enemistad en amor, la incredulidad en confianza... Ellos deben recibir constantemente de su poder. Esto es necesario, a fin de que la nueva vida en Cristo pueda ser vivida. Ninguna parte de la vida debe permanecer afectada por el pecado. Cristo esparce la actividad santificada por todas las partes del ser, y desarrolla el altruismo en el servicio de Dios ... Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer la virtud de su carácter por medio de la abnegación y el sacrificio, por la mansedumbre y la modestia, por las buenas palabras y obras. No se ve en su vida engaño ni falsedad alguna. Las palabras que pronuncia son palabras fieles, palabras confiables, que significan todo lo que ellos expresan. Su vida no es una manifestación de falsedad -una representación de Cristo y al mismo tiempo una negación de él” (Elena G. de White - Signs of the Times, 11 de marzo, 1903).

“El santuario será purificado (Daniel 8.14) se refiere tanto al santuario celestial como al humano (1 Corintios 3:16). El trabajo allá no se concluirá antes que Cristo purifique el templo del alma de Su pueblo aquí (Judas 24; 2 Corintios 11:2).

“Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí.” Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben

encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia” (Elena G. de White - CS 680-681).

“El amor de Dios ahora se extiende para abrazar al más degradado y vil pecador que se acerque contrito a Cristo. Se extiende para transformar al pecador en obediente y fiel hijo de Dios. Sin embargo, ni una sola alma puede ser salvada si continúa en el pecado” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 367).

“Dondequiera que la Palabra de Dios se predicara con fidelidad, los resultados atestiguaban su divino origen. El Espíritu de Dios acompañaba el mensaje de sus siervos, y su Palabra tenía poder. Los pecadores sentían despertarse sus conciencias. La luz “que alumbra a todo hombre que viene a este mundo,” iluminaba los lugares más recónditos de sus almas, y las ocultas obras de las tinieblas eran puestas de manifiesto. Una profunda convicción se apoderaba de sus espíritus y corazones. Eran redargüidos de pecado, de justicia y del juicio por venir. Tenían conciencia de la justicia de Dios, y temían tener que comparecer con sus culpas e impurezas ante Aquel que escudriña los corazones. En su angustia clamaban: “¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” Al serles revelada la cruz del Calvario, indicio del sacrificio infinito exigido por los pecados de los hombres, veían que sólo los méritos de Cristo bastaban para expiar sus transgresiones; eran lo único que podía reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad aceptaban al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Por la sangre de Jesús alcanzaban “la remisión de los pecados cometidos anteriormente.

Estos creyentes hacían frutos dignos de su arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida, como nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme a sus antiguas concupiscencias, sino por la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos, así como él es puro. Amaban lo que antes aborrecieran, y aborrecían lo que antes amaran. Los orgullosos y tercos se volvían mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y arrogantes se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos; los borrachos, sobrios; y los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas a un lado. Los cristianos no buscaban el adorno “exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro o el de la compostura de los vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; esa es la hermosura en la presencia de Dios - 1 Pedro 3:3, 4” (V. Nácar-Colunga) (Elena G. de White - CS 514-515).

“Juan era un maestro de santidad, y en sus cartas a la iglesia señaló reglas infalibles para la conducta de los cristianos. “Y cualquiera que tiene esta esperanza en él—escribió,—se purifica, como él también es limpio.” “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.” 1 Juan 3:3; 2:6. Enseñó que el cristiano debe ser puro de corazón y vida. Nunca debe estar satisfecho con una profesión vana. Así como Dios es santo en su esfera, el hombre caído, por medio de la fe en Cristo, debe ser santo en la suya” (Elena G. de White - HAP 446).

“La santificación no es obra de un momento, una hora, o un día, sino de toda la vida. No se la consigue por medio de un feliz arranque de los sentimientos, sino que es el resultado de morir constantemente al pecado y vivir cada día para Cristo. No pueden corregirse los males ni producirse reformas en el carácter por medio de esfuerzos débiles e intermitentes. Solamente venceremos mediante un prolongado y perseverante trabajo, penosa disciplina y duro conflicto” (Elena G. de White - HAP 447-448).

“No sabemos en el día actual cuán intenso será nuestro conflicto en el siguiente. Mientras reine Satanás, tendremos que dominarnos a nosotros mismos y vencer los pecados que nos rodean;

mientras dure la vida, no habrá un momento de descanso, un lugar al cual podamos llegar y decir: Alcancé plenamente el blanco. La santificación es el resultado de la obediencia prestada durante toda la vida” (Elena G. de White - HAP 448).

“No está salvado ningún transgresor de la ley de Dios, la cual es el fundamento del gobierno divino en el cielo y en la tierra” (Elena G. de White - Mensajes Selectos tomo 1 370).

“No eliminar algún pecado significa acariciar un enemigo que solo espera un momento de descuido para causar nuestra ruina...” (Elena G. de White - Exaltad a Jesús 137).

“Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerlo, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso” (Elena G. de White – DTG 621-622).

“Cuando el creyente se entrega en las manos del Señor, cada obstáculo del carácter heredado o cultivado es eliminado. Así es como llega a ser participante de la naturaleza divina. Solo cuando muere el yo, Cristo puede vivir en el agente humano. El creyente habita en Cristo, y Jesús en él” (Elena G. de White - Recibiréis Poder 64).

*(Los niños)* “Al ser tiernos de corazón estarán en condiciones de recibir las impresiones que van a perdurar. Sus corazones podrán ser inspirados a confiar en el amor de Jesús y a vivir para el Salvador. Cristo hará de ellos pequeños misioneros. Toda la dirección de sus pensamientos podrá ser orientada al punto de que el pecado no les parezca deseable, sino repugnante y detestable” (Elena G. de White - Recibiréis Poder 142).

“Digo a todos, que nadie albergue un pensamiento o sentimiento impío” (Elena G. de White - Alza Tus Ojos 63).